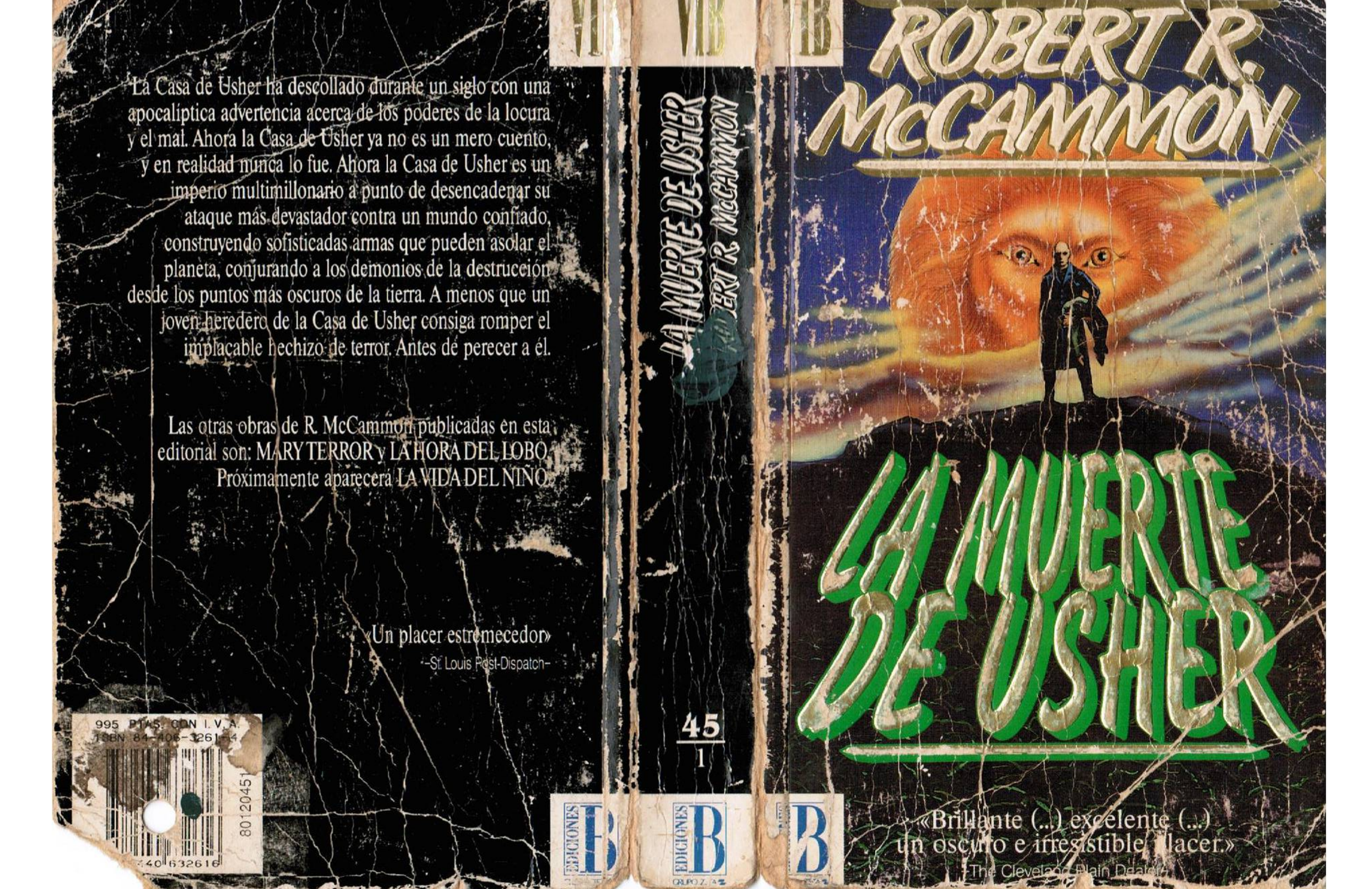
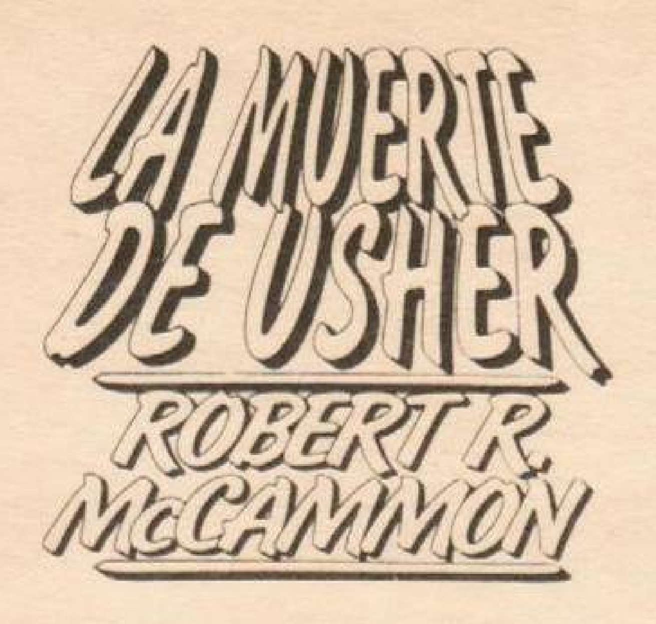

VIB
La Casa de Usher ha descollado durante un siglo con una apocalíptica advertencia acerca de los poderes de la locura y el mal. Ahora la Casa de Usher ya no es un mero cuento, y en realidad nunca lo fue. Ahora la Casa de Usher es un imperio multimillonario a punto de desencadenar su ataque más devastador contra un mundo confiado, construyendo sofisticadas armas que pueden asolar el planeta, conjurando a los demonios de la destrucción desde los puntos más oscuros de la tierra. A menos que un joven heredero de la Casa de Usher consiga romper el implacable hechizo de terror. Antes de perecer a él.
Las otras obras de R. McCammon publicadas en esta editorial son: MARY TERROR y LA HORA DEL LOBO. Próximamente aparecerá LA VIDA DEL NIÑO.
«Un placer estremecedor»
–St. Louis Post-Dispatch–
995 PTAS. CON I.V.A.
ISBN 84-406-3261-4
8012045
EDICIONES B
LA MUERTE DE USHER
ROBERT R. McCAMMON
45
1
EDICIONES B
GRUPO Z
ROBERT R. McCAMMON
LA MUERTE DE USHER
«Brillante (...) excelente (...) un oscuro e irresistible placer.»
–The Cleveland Plain Dealer–


LA MUERTE
DE USHER
ROBERT R.
McCAMMON


EDICIONES
B
GRUPO ZETA

Título original:
Usher's Passing

Traducción:
Nuria Lago Jaraiz

1.ª edición: noviembre 1992

La presente edición es propiedad de Ediciones B, S.A.
Calle Rocafort, 104 - 08015 Barcelona (España)

Printed in Spain
ISBN: 84-406-3261-4
Depósito legal: B. 36.046-1992

Impreso por LITOGRAFÍA ROSÉS

Cubierta:
Jordi Vallhonesta


LA MUERTE DE USHER
ROBERT R. McCAMMON

«Robert McCammon parte de un obsesivo cuento de Poe y eleva el terror hasta cotas estremecedoras.»

Best Sellers

«El autor mezcla con maestría ingredientes como la magia, la codicia, la maledicencia, la superstición y lo sobrenatural. ¡Un novelista nato!»

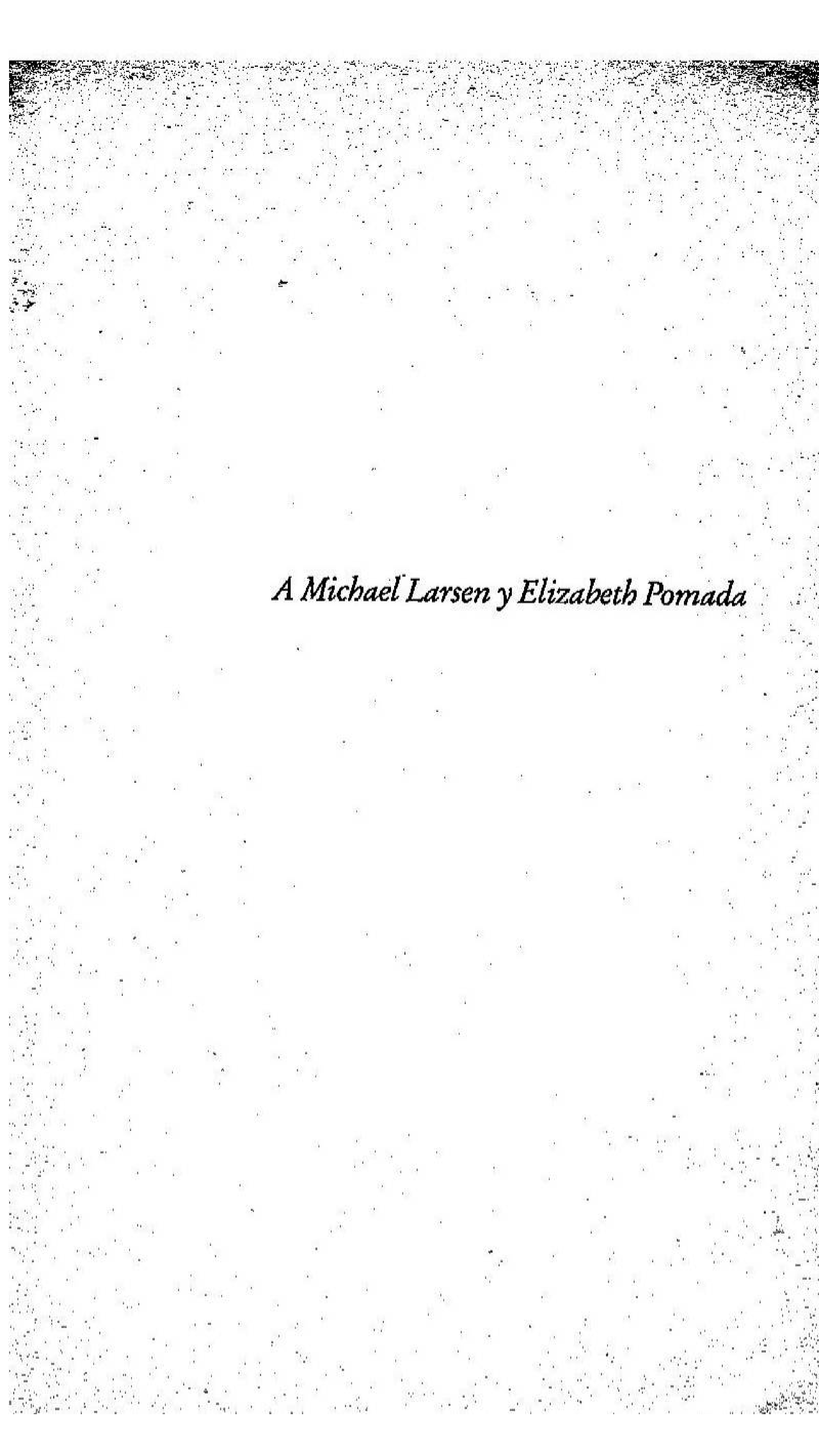
The Indianapolis Star

«Verdadero maestro de la novela gótica, McCammon realiza aquí la soberbia tarea de continuar el cuento de Poe acerca de la irreal familia Usher. El autor derrocha suspense cuando conduce a los lectores, sin forzarlos pero sin ofrecerles tampoco escapatoria, a un mundo de locura habitado por extrañas criaturas que hacen desaparecer a todos los niños de una ciudad cercana uno a uno. Una narración estremecedora.»

Booklist

«Una novela deliciosamente terrorífica que describe las supersticiones de un pueblo de montañeros de Carolina. Que los amantes del terror tomen nota: un genio ha puesto manos a la obra.»

Library Journal



A Michael Larsen y Elizabeth Pomada

«Temo los acontecimientos del futuro.»

RODERICK USHER

«El demonio está pasando.»

Antiguo dicho galés
aplicado a la calamidad.

PRÓLOGO

I

El trueno retumbó como una campana de hierro sobre toda la ciudad de Nueva York. En la cargada atmósfera, el relámpago crujió al chocar contra la tierra, estremeciendo el alto campanario gótico de la iglesia de la Nueva Gracia de James Renwick de la calle Diez Este, y lanzando una descarga mortal sobre un caballo de tiro medio ciego, en los solares ocupados ilegamente en la parte norte de la calle Catorce. El amo del caballo profirió un gemido de terror y saltó a tiempo de su carro antes de que volcara, desparramando su carga de patatas sobre un palmo de barro.

Era el 22 de marzo de 1847, y el meteorólogo del *New York Tribune* había predicho una noche de «tormentas espantosas, impracticable para todo bicho viviente». Por una vez, su predicción era totalmente acertada. El cielo de la calle Market era un estallido de chispas pues había caído un rayo en la chimenea de hierro de la estufa de un almacén de artículos de ferretería. La construcción de madera ardía rabiosamente, mientras la multitud,

boquiabierta, contemplaba sonriente el espectáculo, al alegre calor de las llamas. Los coches de bomberos, envueltos en su propio vapor, se demoraban, con sus ruedas de madera y los cascos de los caballos atascados en el fango de la Bowery. Manadas de perros, ratas y cerdos campaban por las mismas calles donde bandas como los Dover Boys, los Plug Uglies y los Moan Stickers acechaban a sus víctimas en los angostos callejones de adoquines. Los policías conseguían mantenerse vivos porque se quedaban quietos como estatuas junto a las farolas de gas.

Nueva York era una ciudad joven, aunque ya estaba empezando a estallar por las costuras. Era un universo desenfrenado, sembrado tanto de peligros por las porras de los matones como de oportunidades de hallar alguna bolsa de monedas de oro. El desorden de las calles abarcaba desde los muelles hasta el teatro, desde las salas de baile hasta los lupanares, desde el rincón del crimen hasta la casa de la villa, con idéntica imparcialidad, aunque algunas avenidas eran intransitables debido al empantanamiento de basuras y escombros.

Volvió a tronar y la tormenta rasgó el cielo y vomitó un torrente. Empapó a los pisaverdes y a las damiselas que salían del Delmonico, azotó los cristales de las nobles ventanas de Colonnade Row y se coló, negro de hollín, a través de los tejados de las chabolas. La lluvia remojó los fuegos, interrumpió las peleas, aceleró las proposiciones deshonestas o los ataques asesinos y vació las calles en una lenta marea de inmundicias que corrieron hacia el río. El fárrago nocturno de humanidad quedó interrumpido, al menos de momento.

Dos caballos alazanes, con la cabeza gacha bajo

el diluvio, tiraban de un landó por la avenida Broadway, en dirección al puerto, hacia el sur. El cochero irlandés, arrebujado en un abrigo marrón empapado, mientras el agua le chorreaba del ala de su sombrero calado hasta las orejas, maldecía su decisión de aquella tarde de pasar con su coche junto al hotel De Peyser, en la calle Canal. Si no hubiera recogido a ese pasajero, pensaba tristemente, a esas horas estaría en su casa, calentándose los pies junto a la lumbre, con una jarra de cerveza al alcance de la mano. Por lo menos tenía un águila de oro en el bolsillo... Pero ¿de qué le serviría un águila de oro si se moría por el remojón y la tiritona? Atizó un latigazo poco convincente en el ijar de uno de los caballos, aun a sabiendas de que no andarían más rápido. ¡Demonios coronados! pensó. ¿Qué era lo que andaba buscando su pasajero?

El caballero se había montado frente al hotel De Peyser, le había puesto un águila de oro en la palma de la mano y le había dicho que le llevara lo más aprisa posible a las oficinas del *Tribune*. Una vez allí, le había pedido que le esperara, y él había sujetado a los caballos hasta que el caballero vestido de negro había reaparecido quince minutos más tarde y le había dado una nueva dirección. Fue un largo trayecto hasta las afueras, cerca de Fordham, a la sombra de las colinas de Long Island, mientras se congregaban las nubes tormentosas de bordes violáceos y retumbaba el trueno en la lejanía. En una casita bastante destartalada, una mujer de mediana edad, corpulenta, de pelo gris y ojos grandes y asustados recibió al caballero, aunque al cochero le pareció que de muy mala gana. Tras otra media hora bajo un frío chaparrón que pronosticó al cochero un tratamiento de bálsamo caliente y acei-

te de gaulteria, el caballero de negro salió con otra serie de direcciones: de vuelta a Nueva York, lo más rápidamente posible, a varias tabernas de mala muerte, en el barrio más infame de la ciudad. ¡Al triángulo sur y de noche!, pensó el cochero con disgusto. El caballero estaba buscando una ramera barata o una escaramuza con la muerte.

Mientras se desplazaban por las calles sin ley del sur de la ciudad, el cochero advirtió aliviado que el aguacero mantenía a la mayoría de los criminales a cubierto. ¡Alabado sea el Señor! pensó... y en ese mismo instante dos muchachos harapientos salieron corriendo de un callejón en dirección a su coche. Uno de ellos, observó el cochero horrorizado, llevaba un ladrillo con la intención de romper los radios de una rueda, como mínimo para asaltarle a él y a su pasajero. Restalló el látigo con enloquecido abandono y gritó:

—¡Arre! ¡Arre!

La collera, presintiendo un peligro inminente, dio una arrancada sobre las piedras resbaladizas. El ladrillo se estampó contra el costado del coche produciendo un sonido de madera astillada.

—¡Arre! —volvió a gritar el cochero.

Mantuvo a sus caballos al trote hasta que tuvieron a los dos jóvenes pedigüeños a dos calles de distancia.

La trampilla corredera se abrió a la espalda del conductor.

—Cochero, ¿qué ha sido eso? —preguntó el pasajero con voz firme y serena.

La voz de alguien acostumbrado a dar órdenes, pensó el cochero.

—Le ruego me disculpe, señor, pero...

Se volvió a mirar por la ventanita de comunica-

ción y vio, a la cansina luz, la cara pálida y demacrada del hombre, enmarcada por una barba y un bigote platedos y bien recortados. El caballero tenía los ojos hundidos, del color del estaño pulido; los clavó en el cochero con la autoridad de la aristocracia. Parecía no tener una edad determinada; curiosamente, su rostro no ostentaba arrugas reveladoras y su tez era de un blanco marmóreo. Llevaba un traje negro y una chistera negra y reluciente; sus manos alargadas, enfundadas en guantes de cuero negro, jugueteaban con un bastón de ébano cuyo puño de plata lucía una preciosa cabeza de felino... de león, advirtió el cochero, con dos brillantes esmeraldas en los ojos.

—¿Pero qué? —inquirió el hombre.

El cochero no logró identificar su acento.

—Señor... esta parte de la ciudad no es muy recomendable. Parece usted un caballero refinado y respetable, señor, y por aquí no abundan...

—Usted, a lo suyo. Estamos perdiendo el tiempo —le advirtió el hombre, y luego corrió la portezuela.

El cochero, con la barba empapada, azuzó a su collera. ¡Lo que llegaba a hacer un hombre por un águila de oro!, pensó. Más tarde, seguro que le depararía buenos momentos en la barra del bar.

El Sandy Welsh's Cellar, un bar de la calle Ann, fue su primera parada. El caballero entró, permaneció sólo un instante y después prosiguieron su periplo. En el Peacock de la calle Sullivan no se quedó más de un minuto. El Gent's Pinch, a dos manzanas de allí, mereció una visita apenas más larga. En la estrecha calle Pell, donde un cerdo muerto había atraído a una jauría de perros carroñeros, el cochero retuvo a su collera frente a una

taberna ruinosa llamada Muleskinner. Mientras el caballero de negro penetraba en el tugurio, el cochero se caló el sombrero, planteándose regresar a los campos de patatas.

En el interior del Muleskinner, una congregación de borrachos, jugadores y camorristas perseguía sus intereses en la amarillenta penumbra. El humo flotaba en inmóviles penachos por toda la sala, y el caballero de negro frunció su bien perfilada nariz ante el tufo de whisky malo, puros baratos y ropa empapada por la lluvia. Varios hombres le miraron, evaluándolo como víctima propiciatoria; pero la fuerza de sus hombros cuadrados y la intensidad de su mirada les hicieron desviar la vista. La lluvia y la humedad eran como un jarro de agua fría sobre las energías del más malvado de los criminales.

El caballero se acercó a la barra del Muleskinner, donde un hombre atezado vestido de ante estaba escanciando una jarra de cerveza verdosa de un barril, y profirió un solo nombre.

El tabernero sonrió fríamente y se encogió de hombros. Una moneda de oro cruzó la tosca barra de madera de pino; la codicia brilló en los ojillos negros del hombre. Tendió la mano hacia la moneda, pero un bastón con una cabeza de león de plata en el puño se la aprisionó contra la barra. El caballero de negro repitió el nombre, lentamente y en voz baja.

—En aquél rincón.

El tabernero señaló con la cabeza a un hombre, sentado solo, absorto en lo que garabateaba a la luz de una humeante lámpara de aceite de ballena.

—No será usted policía, ¿verdad?

—No.

—No me gustaría meterle en problemas. Es el Shakespeare americano, sabe...

—No lo sabía.

Levantó el bastón, y la mano del tabernero reptó como una araña hacia la moneda.

El caballero de negro se dirigió muy decidido hacia el hombre solitario que escribía junto a la lámpara de aceite. Sobre una mesa cuadrada de tablas, frente al escritor, había un tintero, una pila de folios baratos azul claro todos revueltos, una botella de jerez medio vacía y un vaso sucio. El suelo estaba cubierto de hojas desechadas. El escritor, un hombre pálido y delgado con los ojos grises y acuosos, escribía sobre la hoja de papel con una pluma de ave, que agarraba con mano larga y nerviosa. Dejó la escritura para llevarse el puño a la frente y se quedó inmóvil un momento, como si se hubiera quedado con la mente en blanco. Frunció el entrecejo, soltó un amargo reniego, arrugó el papel y lo tiró al suelo; pero fue a caer sobre la puntera de la bota del caballero.

El escritor levantó la vista y miró al hombre a la cara; parpadeó, desconcertado, con una brillante capa de sudor febril en la frente y las mejillas.

—¿El señor Edgar Poe? —preguntó en voz baja el caballero de negro.

—Sí —repuso el escritor, con la voz tomada por la enfermedad y la bebida—. ¿Quién es usted?

—Hace tiempo que deseaba conocerle... señor. ¿Puedo sentarme?

Poe se encogió de hombros y señaló una silla. Tenía unas profundas ojeras moradas, los labios grisáceos y mortecinos, y el traje marrón y barato que llevaba tenía manchas de barro y de humedad. La pechera de su camisa blanca de hilo y su hara-

piento fular negro estaban salpicados de manchas de jerez; los gastados puños le sobresalían de las bocamangas de la chaqueta, como las de un escribiente pobre. Irradiaba el calor de la fiebre, y al echarse a temblar tras un súbito escalofrío tuvo que dejar la pluma y se llevó una mano temblorosa a la frente; su pelo oscuro estaba empapado en sudor y unas gotas diminutas de humedad le brillaban en el bigote bajo la luz amarilla de la lámpara. Poe emitió una tos profunda y entrecortada.

—Perdone... He estado enfermo —dijo.

El hombre dejó el bastón en la mesa, cuidando de no tocar los papeles ni el tintero, y se sentó. Al momento, una corpulenta camarera se le acercó contoneándose a preguntarle qué quería tomar, pero él la despidió con un ademán.

—Debería probar el amontillado —le aconsejó Poe—. Atiza las brasas del intelecto. Por lo menos calienta el estómago en las noches de lluvia. Disculpe mi situación, señor. Estaba trabajando, ve... —Entornó los ojos para intentar enfocar al caballero—. ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

—Me llamo Hudson Usher —dijo el caballero de negro—. Roderick Usher era mi hermano.

Poe se quedó inmóvil un momento, con la boca entreabierta; se le escapó un pequeño suspiro, seguido por un cloqueo surgido de un gemido. Soltó una potente carcajada y no dejó de reírse hasta que se le saltaron las lágrimas, empezó a toser y se dio cuenta de que corría el peligro de asfixiarse y se llevó la mano al fular.

Cuando fue capaz de controlarse, Poe se enjugó los ojos, reprimió un nuevo acceso de tos y se vertió más jerez en el vaso.

—¡Una broma excelente! Se lo aseguro, señor.

Ahora ya puede usted devolver su plumaje a la tienda de disfraces y decirle a mi querido amigo el pastor Griswold que por poco consigue sus intenciones de matarme de una congestión pulmonar. ¡Dígale que no olvidaré sus amables esfuerzos! —Tomó un sorbo de jerez y sus ojos grises brillaron en su cara pálida y enfermiza—. Oh, no... ¡espere! Quiero que le cuente unas cosas más al pastor Griswold. ¿Sabe lo que estoy escribiendo ahora, señor Usher? —Le dedicó una sonrisa ebria y palmoteó sobre las pocas páginas terminadas—: ¡Mi obra maestra, señor! Una percepción de la verdadera naturaleza de Dios. Está todo aquí, aquí... —Cogió las hojas y se las apretó contra el pecho, con una torcida sonrisa en los labios—. Con esta obra, Poe ascenderá a las alturas de Dickens y Hawthorne. Por supuesto, todos podríamos ser eclipsados por el genio literario del pastor Griswold... pero no lo creo.

Poe agitó las hojas ante la cara del otro hombre. Parecían una composición de borrones de tinta y manchas de jerez.

—Le pagaría una bonita suma por echar un vistazo a estas páginas ¿eh? ¿Por espiar para él y ayudarle en el confuso curso de sus plagios? ¡Márchese, señor, no tengo más que decirle!

El caballero de negro no se movió durante toda la parrafada de Edgar Poe; se lo quedó mirando con la dura expresión de sus ojos acerados.

—¿Está usted tan sordo como borracho? —le preguntó en su acento extraño y melodioso—. Le he dicho que me llamo Hudson Usher y que soy hermano de Roderick, un hombre a quien usted difamó con su hiel venenosa. He venido a este manicomio americano a resolver unos asuntos, y

decidí dedicar un día a localizarlo. Primero fui al *Tribune*, donde un tal Horace Greeley me informó del paradero de su casa de campo. Su suegra me dio una lista de...

—¿Mamá? —Poe se quedó boquiabierto. Una página de su obra cayó al suelo, sobre un charquito de cerveza derramada—. ¿Ha ido usted a ver a mamá?

—... una lista de las tabernas donde podría encontrarle —prosiguió Hudson Usher. Apoyó sus manos enguantadas en la mesa y entrelazó los dedos—. Creo que no le encontré por los pelos en la bodega Sandy Welsh's.

—¡Es usted un embustero! —susurró Poe, con los ojos abiertos como puños por la impresión—. Usted no es... no puede ser la persona que afirma.

—¿Ah no? Bueno, pues repasemos los hechos. En 1837, mi atormentado hermano mayor se ahogó en una inundación que arrasó nuestra casa de Pennsylvania. Mi esposa y yo estábamos en Londres en ese momento, y mi hermana Madeline acababa de escaparse con un actor de gira, dejando a Roderick solo. Rescatamos lo que pudimos y ahora residimos en Carolina del Norte. —La cara de edad indefinida de Usher pareció tensarse como una máscara, sus ojos brillantes por una rabia largo tiempo reprimida—. Ahora, señor Poe, imagínese usted mi desconcierto cuando cinco años más tarde tropiezo con un despreciable volumen de cuentos titulado *Tales of the Grotesque and Arabesque*. Grotesco desde luego. Particularmente el cuento titulado... Pero sabe usted perfectamente su título, estoy seguro. En él convierte usted a mi hermano en un demente y a mi hermana en un cadáver ambulante. ¡Oh, señor Poe, cuántas ganas tenía de

encontrarle de una vez! Tengo entendido que el *Tribune* le menciona con frecuencia, y que fue usted el león literario hace varias temporadas, ¿verdad? Pero ahora... en fin, la fama es una consecución fugaz, ¿no cree?

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Poe, aturdido—. Si viene a pedirme dinero, o a arrastrar mi nombre por el fango en un caso de calumnia, está usted perdiendo el tiempo, señor. Apenas tengo dinero, y Dios sabe que no he calumniado intencionadamente el nombre de su familia ni su honor. ¡Hay cientos de personas con el apellido Usher en este país!

—Tal vez sí —aceptó Usher—, pero no hay más que un Roderick que se ahogara, y una sola Madeline maldita.

Se calló un momento a examinar la cara y la ropa de Poe. Después sonrió sin ganas, mostrando la punta de los dientes, blancos y regulares.

—No, no quiero su dinero. No creo que se le pueda sacar sangre a una piedra, pero si pudiera confiscaría todos los ejemplares de ese ridículo cuento y les prendería fuego. No, quería ver qué clase de hombre era usted, y quería que usted supiera qué clase de hombre soy yo. La familia Usher sigue en pie, señor Poe, y seguirá existiendo mucho después de que usted y yo seamos polvo bajo tierra.

Usher sacó una pitillera de plata, de la que extrajo un puro habano; lo encendió en la llama de la lámpara y guardó de nuevo la pitillera. Después exhaló una vaharada de humo gris hacia la cara de Poe.

—Tendría que despellejarle y clavar su piel a un árbol por haber mancillado el apellido de mi fami-

lia. Por lo menos debería usted ser encerrado en un asilo para lunáticos.

—Le juro que... ¡que el cuento era una invención! Relataba los productos de mi mente y de mi alma.

—Entonces, señor, a partir de ahora me compadezco de su alma. —Usher dio una calada al puro y sacó el humo por la nariz, entornando los ojos en dos finas líneas—. Pero déjeme adivinar cómo dio usted con esa idea descabellada. Nunca fue un secreto que mi hermano estaba torturado física y mentalmente; estaba desequilibrado desde que nuestro padre murió en el pozo de una mina, allá en el país de Gales, antes de que nos viniéramos a este país. Cuando Madeline huyó de casa debió de sentirse totalmente abandonado.

»En cualquier caso, el estado mental de Roderick y el deterioro de la casa que yo dejé a su cuidado no pasaron desapercibidos para los simplones de los pueblos de los alrededores. No es de extrañar, pues, que su muerte y la destrucción de la casa en la riada dieran pie a toda suerte de rumores malvados. Yo sugiero, señor Poe, que la semilla de su cuento procede de algún establecimiento como éste, donde el alcohol desata las lenguas e inflama la imaginación. Tal vez oyera usted mencionar a Roderick Usher en alguna taberna entre Pittsburg y Nueva York, y su cerebro atrofiado se inventara los detalles. Me culpo de haber dejado solo a Roderick en una situación delicada de salud. Comprenderá por tanto que su asquerosa historia es como una espina que llevo clavada en el corazón.

Poe dejó las páginas sobre la mesa y las acarició como si fueran de carne y hueso. Profirió un leve gemido al advertir la hoja que yacía en el suelo

mugriento, la recogió y se la limpió en la manga. Dedicó un momento a intentar cuadrar, con manos temblorosas, los bordes de los papeles.

—Hace algún tiempo que no me encuentro muy bien, señor Usher —dijo en voz baja—. Mi mujer... murió recientemente. Se llamaba Virginia. Conozco muy bien el dolor de la separación de un ser querido. Le prometo a usted ante Dios que nunca he tenido la intención de manchar el apellido de su familia. Tal vez oí el nombre de su hermano en alguna parte, o leí alguna cosa sobre esos acontecimientos en un periódico... Ha pasado tanto tiempo que lo he olvidado. ¡Pero yo soy escritor, señor! Y un escritor tiene la defensa de la curiosidad. Le ruego que me perdone, señor Usher, pero también debo decirle que, como escritor, estoy obligado a ver el mundo a través de mis propios ojos.

—Entonces —dijo el otro fríamente—, creo que el mundo sería mucho mejor de haber nacido usted ciego.

—He dicho todo lo que podía —Poe cogió su vaso de jerez—. ¿Ha terminado usted, señor?

—Sí. Le he visto, y no puedo soportar por más tiempo el espectáculo.

Usher sumergió el puro en el tintero de Poe. Se apagó con un siseo y Poe miró a Usher sin expresión, con el vaso de jerez en los labios. Usher cogió su bastón y se levantó. Luego dejó una moneda en la mesa.

—Pida otra botella, señor Poe. Por lo visto su cerebro se alimenta de tal inspiración.

Esperó hasta que Poe cogió la moneda.

—Les deseo a usted y a su familia una larga y venturosa existencia —dijo Poe.

—Y que su suerte siga su curso.

Usher se tocó el ala del sombrero con el bastón y salió del bar Muleskinner.

—Al hotel De Peyser —dijo al cochero empapado al sentarse en el raso negro del landó.

Mientras el coche se alejaba por la calzada, Usher bajó la intensidad de la lámpara para dar un descanso a sus ojos y se quitó el sombrero de copa. Tenía la frente despejada y una exuberante mata de pelo plateado, muy brillante. Estaba satisfecho de los acontecimientos del día. Tendría la escritura del hotel De Peyser al día siguiente por la tarde, y había satisfecho su curiosidad acerca de Edgar Poe. El hombre era un desgraciado, un pobre loco con un pie al borde de la tumba. Poe no sabía nada realmente significativo sobre la familia Usher; el cuento no era más que una simple ficción que se acercaba excesivamente a la verdad. Dentro de cinco años, se tranquilizó Usher, Edgar Poe estaría en un ataúd y su historia habría volado con el viento como otros intentos fallidos de la «literatura». Y ahí acabaría aquello.

La lluvia aporreaba el tejadillo del coche. Usher cerró los ojos y apretó las manos sobre el bastón.

Oh, pensó... ¡Si Edgar Poe conociera el resto de la historia! Si conociera la auténtica naturaleza de la demencia que había afectado a su hermano Roderick... Pero Roderick siempre había sido débil; era él, Hudson, quien había heredado la fuerza y la determinación de su padre, el sentido de supervivencia que había persistido a lo largo de las generaciones del antiguo clan galés de los Ushaar. Un Usher va adonde quiere, meditó, y toma lo que quiere.

El apellido Usher perduraría en los anales del futuro. Hudson Usher se encargaría de ello. Y pobres de quienes osaran resistirse a la voluntad de los Usher.

Los cascos de los caballos repiquetearon sobre los adoquines resbaladizos. Hudson Usher, que a sus cincuenta y tres años apenas parecía contar treinta, sonrió como un lagarto.

II

—Al hotel De Peyser, por favor —dijo el hombre alto y rubio, con un traje de mezclilla marrón, al montarse en un taxi amarillo en la calle Sesenta Este, a menos de tres manzanas de Central Park.

—¿Qué? —el taxista frunció el ceño. Era un rastafariano* con greñas rojizas sin peinar y ojos ambarinos—. ¿Dónde queda eso?

—En la calle Canal, esquina con Greene.

—¡Volando!

Embragó, arrancó, dio un bocinazo y metió el morro en el tráfico de la tarde, soltando un taco cuando una furgoneta de reparto de Bloomingdale's por poco le raya el coche. Se abrió paso hacia la Quinta Avenida en dirección sur, entre un mar de taxis, camiones, coches y autobuses.

El pasajero del asiento trasero se aflojó la corbata y se desabrochó el botón del cuello de la

* Jamaicano negro, devoto del culto religioso a Haile Selassi. *(N. de la T.)*

camisa. Advirtió, petrificado, que le temblaban las manos. El sonido de un martillo pilón en una acera le taladró el cerebro, y lamentó no haberse tomado otro bourbon en La Cocotte, el pequeño restaurante francés donde acababa de almorzar. Una copa más le habría ablandado la pataleta mental. Pero no tenía importancia, pensó. Era un superviviente, y podía digerir la mala noticia que le acababan de comunicar.

El bocinazo de un camión por detrás del taxi casi le mata del susto. Le había empezado a latir la cabeza como si tuviera un flemón. Mala señal. Se agarró los muslos y se puso rígido, intentando concentrarse en el tictac regular del taxímetro. Se quedó mirando fijamente el pendiente que llevaba el taxista: un diminuto esqueleto con chistera que bailaba colgado del lóbulo derecho del rasta. Se balanceaba de atrás a delante con el bamboleo del coche.

Esto va a peor, se dijo el hombre.

—Tú eres un profesional, Rix —le había dicho Joan Rutherford hacía menos de una hora en La Cocotte—. Y tampoco es el fin del mundo, vamos.

Era una mujer enérgica, con el pelo teñido de negro, que encendía cada Kool con la colilla del anterior, en una descolorida boquilla de marfil. Era una de las agentes literarias más importantes del sector, le había gestionado sus tres novelas de terror anteriores, y le acababa de echar un jarro de agua fría con la cuarta.

—No le veo ningún futuro a *Casa de locos*, tal y como está estructurada actualmente. Es demasiado episódica, le sobran personajes y cuesta muchísimo seguir el argumento. Stratford House está contenta contigo, Rix, y quiere publicar tu próximo libro, pero yo no creo que pueda ser éste.

—¿Y qué me propones que haga? Tirar el libro a la basura después de pasarme más de dieciséis meses trabajando en él? ¡Tiene casi seiscientas páginas, maldita sea! —Se dio cuenta del tono suplicante de su voz y guardó silencio hasta que pudo controlarse—. Lo he rescrito cuatro veces, Joan. ¡No puedo tirarlo así como así!

—*Casa de locos* no es lo mejor que puedes escribir, Rix. —Joan Rutherford le miró sin emoción con sus ojos azules y él sintió un hilillo de sudor debajo de la axila izquierda—. Los personajes se te salen de la trama, un niño tísico y ciego que lee en el pasado o algo así, y un médico loco que mata a la gente de hambre en el sótano de un bloque de viviendas. Yo no acabo de enterarme de qué va. Has escrito una novela de seiscientas páginas que parece la guía de teléfonos, Rix.

La comida que había tomado le pesaba como un ladrillo en el estómago. Dieciséis meses. Cuatro reescrituras desesperantes. Su último libro, un best-seller moderado titulado *Dedos de fuego*, había salido a la calle hacía tres años, publicado por Stratford House. Ya se había gastado todo el dinero que había ganado. Las negociaciones para llevarlo a la pantalla no habían prosperado. Una garra de acero le agarrotaba la nuca y había empezado a tener unas pesadillas donde la voz de su padre le decía con fruición que había nacido para fracasar.

—De acuerdo —dijo Rix, contemplando su segundo bourbon—. ¿Y qué tengo que hacer ahora?

—Dejas *Casa de locos* aparcada en un rincón y empiezas otra novela.

—Eso es muy fácil de decir.

—¡Oh, venga! —Joan apagó el cigarrillo en el pequeño cenicero de cerámica—. Ya eres mayorci-

to, podrás soportarlo... Cuando los profesionales tienen problemas, dan media vuelta y vuelven a empezar.

Rix había asentido, con sonrisa de pena. Su alma se sentía en el purgatorio. En los tres años posteriores a su último best-seller, había intentado escribir varios libros distintos; incluso había ido a Gales a investigar en torno a una idea que no prosperó; pero los argumentos se le desmoronaban entre las manos como un castillo de naipes. Un día, sentado en un bar de Atlanta, rumiando sobre la continuación de *Dedos de fuego*, comprendió que tenía problemas. La idea de *Casa de locos* se le ocurrió durante una pesadilla de corredores sombríos, caras distorsionadas y cadáveres colgados de ganchos. A mitad de la obra, se le había deshecho la trama como papel mojado. Pero abandonar después de tanto tiempo... Destruir las escenas y los escenarios como de cartón piedra, cortar el cordón umbilical de los personajes de su imaginación y dejarlos morir... Le parecía tan cruel como un asesinato. Joan Rutherford le había dicho: «empieza otro libro» , como si eso fuera tan sencillo como cambiarse de camisa. Le daba miedo no ser capaz de terminar otro libro. Se sentía esquilmado por inútiles ejercicios mentales y ya no confiaba en su instinto para urdir historias decentes. Su salud continuaba de mal en peor, y experimentaba un temor que nunca había sentido: el miedo al éxito, el miedo al fracaso, el miedo a probar suerte siquiera. Por encima del tumulto que bramaba en su interior oía la risa burlona de su padre.

—¿Por qué no escribes cuentos? —le había preguntado Joan antes de pedir la cuenta—. Podría vender alguna cosa a *Playboy* o *Penthouse*. Y ya

sabes, te he dicho muchas veces que utilizar tu verdadero nombre también sería útil.

—Creí que Jonathan Strange te parecía un seudónimo muy apropiado.

—Lo es. Pero ¿por qué no capitalizas tu apellido, Rix? No harías daño a nadie haciendo saber al público que desciendes de los Usher sobre los que escribió Poe. Creo que sería positivo, en particular en el género de terror.

—Sabes que no me gusta escribir cuentos. No me interesa.

—¿Y tu carrera te interesa? —le había preguntado Joan con aspereza—. Si quieres ser escritor, escribe.

Sacó una tarjeta American Express y se la tendió al camarero tras repasar cuidadosamente la cuenta. Después entornó los ojos como si mirara a Rix Usher por primera vez.

—No has comido mucho. Parece que has perdido peso desde la última vez que te vi. ¿No te encuentras bien?

—Me encuentro perfectamente —mintió.

Cuando hubo pagado la cuenta, Joan le dijo que le mandaría su manuscrito por correo a Atlanta. Él se quedó un rato más en el restaurante, paladeando su copa, cuando ella se fue. El rayo de luz que entró en el comedor cuando ella abrió la puerta le dio en los ojos, aunque era un día nublado de mediados de octubre.

Otra copa. Salud. Y a la calle.

Cerca de Washington Square, el taxista protestó:

—¡Mierda! ¡Mire!

Un chiflado tocaba el violín en medio de la Quinta Avenida.

El rasta tocó la bocina y Rix Usher sintió su agudo tañido como papel de lija en el espinazo.

El violinista loco —un hombre de edad cargado de espaldas, con un abrigo largo y negro— siguió tocando su instrumento, atascando la circulación del cruce.

—¡Eh, majara! —chilló el taxista por la ventanilla— ¡Aparta de ahí, hombre!

Dio un fuerte bocinazo y pisó el pedal a fondo. El taxi brincó hacia delante, a escasos centímetros del violinista, que cerró los ojos y siguió tocando.

De repente apareció otro taxi por la esquina, dio un bandazo para eludir al chiflado y rozó contra una furgoneta de reparto del *Times*. El segundo taxi, cuyo conductor era un vociferante italiano, esquivó al violinista por los pelos y se incrustó en la aleta delantera izquierda del rastafariano.

Los dos taxistas se apearon de los coches de un salto y empezaron a gritarse entre sí y al lunático. Rix permaneció como paralizado, con los nervios de punta. Su dolor de cabeza era atroz; las voces de los taxistas, el clamor de los bocinazos y el gemido disonante del violín eran como una sinfonía de dolor. Apretó los puños tan fuerte que se clavó las uñas en las palmas de las manos. Se me pasará, se dijo. Sólo necesito tranquilidad. Tranquilidad. Tranqui...

Se produjo un ruido como un chisporroteo de grasa, seguido por el de una uña chirriando lentamente sobre una pizarra. Se repitieron un par de veces antes de que Rix los identificara.

Llovía.

La lluvia repiqueteaba en el parabrisas y resbalaba por el cristal.

Rix empezó a sudar.

—¡Viejo chiflado! —gritó el italiano al violinista que seguía tocando.

La lluvia empezó a aporrear los techos, los capós y los parabrisas de los vehículos atrapados en el atasco.

—¡Eh, tú! ¡Te lo digo a ti!

—¿Y quién me va a pagar la reparación, tío? —exigía el rastafariano al otro chófer—. Tú me has dado, y tú me la vas a pagar.

Rix oía repiquetear las gotas de lluvia sobre el techo como perdigones. Cada bocinazo se le clavaba como un punzón del hielo en los oídos, cada vez más hondo. Su corazón latía desacompasadamente y se dio cuenta de que si la lluvia seguía golpeando y deslizándose por el parabrisas, él perdería el juicio en aquel torbellino atronador. Por encima del martilleo de la lluvia oía otro ruido: un tamborileo bajo y profundo, cada vez más fuerte y terriblemente descontrolado. Rix se tapó los oídos con las manos; lágrimas de dolor le abrasaban los ojos, pero el tamborileo era como un martillo que le aporreara la cabeza. Un coro de bocinas le traspasó. La cortante sirena de un coche de policía que se acercaba le desquició los nervios. Comprendió que el tamborileo era de su propio corazón y estuvo a punto de dejarse vencer por el pánico.

Con un gemido de miedo y de dolor, Rix se bajó del taxi y echó a correr bajo la lluvia, hacia la acera.

—¡Eh! —gritó el rastafariano en una voz que a Rix se le clavó en el cogote como una garra de hierro—. ¿Y la carrera, tío?

Rix siguió corriendo, aturdido, al ritmo de los desbocados latidos de su corazón. La lluvia repicaba en las marquesinas de la acera como una salva de

artillería. Resbaló sobre los restos de un merengue y cayó contra una papelera de alambre, que se volcó y vomitó su contenido por el suelo. Le brillaron motas negras ante los ojos, y de repente la mortecina luz gris se hizo tan intensa que tuvo que entornar los ojos; los edificios grises resplandecían de luz, la acera mojada y gris refulgía como un espejo. Intentó incorporarse y resbaló en la basura, cegado por los colores chillones de los coches, los carteles, la ropa y la piel de la gente. Los garabatos anaranjados de un graffiti en el costado de un autobús municipal le deslumbraron, como procedentes de otro mundo; un paraguas multicolor abierto bajo el chaparrón irradiaba insoportables rayos láser; el semáforo verde de la esquina le hería los ojos. Cuando un viandante bienintencionado intentó ayudar a Rix a levantarse, él se puso a chillar y se debatió; en su hombro, la mano de aquel hombre le había quemado hasta la piel a través de su chaqueta de mezclilla.

La habitación insonorizada. ¡Tenía que llegar a la habitación insonorizada!

Bombardeado por todos lados de luz, color y ruido, Rix se levantó con esfuerzo y echó a correr como un animal salvaje; sintió la vibración del calor humano como si los que le rodeaban fueran estufas ambulantes y se sumaran a sus propios latidos tumultuosos: un universo de latidos de distinto ritmo e intensidad. Cuando gritó, su voz resonó en su cabeza una y otra vez como un eco enloquecido. Corrió por la calle mientras las formas amarillas, rojas, verdes y azules se cernían sobre él, pegadas a sus talones. Al doblar una esquina, se enganchó la manga y se arañó la rodillas, y cuando una vaga figura resplandeciente con un latido atronador se detuvo ante él, gritó que no le tocara.

La lluvia arreció y empezó a aporrear el pavimento a su alrededor como cantos rodados arrojados por una catapulta. Cada gota que le daba en la cara, el pelo o las manos le abrasaba la piel como la sosa cáustica. No tenía más elección que seguir corriendo, medio cegado, hacia el sur, hacia la y seguridad del hotel De Peyser.

Por fin, la aguja gótica del hotel De Peyser se recortó contra la blanquecina claridad del cielo; sus ventanas hirvientes de reflejos de luz y la marquesina roja que coronaba la entrada del hotel de la calle Greene hirieron los sentidos destrozados de Rix. Cruzó la calle corriendo, produciendo chirridos de frenos y una horrenda cacofonía de bocinazos que le hicieron chillar de angustia, pero no se atrevió a aminorar la marcha. Con las manos en los oídos, se precipitó al interior del hotel De Peyser por la puerta giratoria y después atravesó el alargado vestíbulo que olía a moho, con su llamativa alfombra de círculos rojos y dorados entrelazados. Haciendo caso omiso de si le veían, Rix pulsó con insistencia el botón del único ascensor, resintiéndose por el contacto de su carne sobre el plástico. Oyó chirriar los mecanismos en lo alto y el roce de los cables mientras descendía el ascensor. Cuando llegó abajo, Rix se metió dentro y cerró la puerta sin dejar entrar a nadie más. Pulsó el botón del octavo piso, la planta más alta del hotel De Peyser.

El ascensor subió con una lentitud exasperante. Rix oía el sonido del agua por las cañerías, los concursos de la radio y la televisión, música rock y discotequera; las voces humanas se filtraban a través de las viejas paredes como los diálogos de las pesadillas, que se oyen pero son incomprensibles.

Rix se agazapó en un rincón, con la cabeza encogida entre las rodillas y los ojos cerrados.

La puerta corredera se abrió. Rix salió corriendo hacia su habitación del final de pasillo mal iluminado y mal ventilado, buscando frenético la llave. Se abalanzó al interior de su suite, cuya única ventana —afortunadamente en ese momento, con las cortinas corridas— daba a la calle Greene. La luz que se colaba por la tela barata era dolorosamente incandescente. De otro de sus bolsillos, Rix sacó una antigua llave de latón que se había puesto verdosa con los años; la metió en la cerradura de una puerta blanca contigua a la del cuarto de baño, la hizo girar y abrió la pesada puerta tapizada de espuma que daba a la habitación insonorizada.

Con una involuntaria exclamación de alivio, Rix cruzó el umbral.

Una cosa como un esqueleto con las órbitas de los ojos sanguinolentas se balanceó de súbito desde lo alto, por delante de la puerta, y le bloquó el paso. Sus huesudos brazos se tendían hacia él, y mientras Rix retrocedía tambaleándose pensó desaforadamente que el Hombre de la Calabaza le había encontrado por fin.

Una carcajada familiar resonó en la suite. Rix se hincó de rodillas, temblando y bañado en sudor, y cuando levantó la cara vio a su hermano Boone.

III

Boone sonreía. A la luz difusa, para la torturada visión de Rix, los dientes largos y blancos de

Boone y su rostro cincelado e irregular le conferían la apariencia de un predador.

—¡Chúpate ésta, Rixy! —exclamó con voz áspera y estentórea, que hizo estremecerse a Rix.

Volvió a soltar una carcajada, pero luego se dio cuenta de que su hermano menor estaba sufriendo un ataque y se le heló la sonrisa en la cara.

—Rix... ¿Estás bien?

—Fatal —murmuró Rix, acurrucado en el umbral de la habitación insonorizada.

El esqueleto de plástico de tamaño natural bailaba ante sus narices, colgado de un gancho por encima de la puerta.

—Me ha dado por la calle... No me dio tiempo a ir... a meterme en un lugar tranquilo.

—¡Dios mío! —Boone retrocedió unos pasos, temiendo que su hermano le vomitara encima—. Espera un minuto. ¡Aguanta!

Abrió la puerta del lavabo, donde se había sentado a leer un *Rolling Stone* hasta que Rix entró en tromba en la habitación, y llenó un vaso de plástico de agua del grifo. Tenía un ligero tinte rojizo, que se disimuló cuando Boone vertió un poco de Canadian Club que había comprado en la tienda de licores de la esquina.

—No hay hielo, lo siento —le dijo, agachándose para tender a Rix la bebida.

Éste la apuró de un trago. El escocés y el bourbon lucharon en su estómago un momento, y Rix cerró los ojos tan fuerte que se le saltaron las lágrimas. Cuando los volvió a abrir, la luz era más tenue; el elegante traje azul marino de Boone ya no le deslumbraba como una bombilla pintada de zafiro, y hasta se había difuminado el brillo de la dentadura de su hermano. Los ruidos del hotel se

iban amortiguando y también los latidos de su corazón. La cabeza todavía le latía salvajemente, y se sentía como si le hubieran vaciado las cuencas de los ojos, pero sabía que lo estaba superando. Un par de minutos más. Tranquilízate, se dijo. Respira hondo. No te agobies. Respira hondo otra vez. ¡Dios todopoderoso, qué fuerte me ha dado! Meneó la cabeza lentamente de un lado a otro, su pelo fino y rubio aplastado por la lluvia y el sudor.

—Ya se me está pasando —comunicó a Boone—. Espera un minuto.

Se puso en cuclillas a esperar que remitiera el zumbido de sus circuitos cerebrales recalentados.

—Ya me encuentro mejor —dijo con voz ronca—. Ayúdame a levantarme, ¿quieres?

—Supongo que no vomitarás, ¿eh?

—¡Ayúdame a levantarme, maldita sea!

Boone agarró la mano que le tendía Rix y tiró de él. Cuando estuvo en pie, Rix le pegó un puñetazo en la cara con todas las fuerzas que logró reunir.

No fue más que una ligera bofetada en la mandíbula. Boone retrocedió y recuperó su amplia sonrisa al reconocer la expresión de rabia de su hermano.

—¡Cabrón! —bufó Rix.

Fue a descolgar el esqueleto de plástico con las órbitas de los ojos sanguinolentas —pintura roja mal aplicada— para tirarlo al suelo, pero detuvo la mano a medio camino. Por alguna razón, no soportaba tocarlo. Dejó caer la mano.

—¿Qué pretendías con esto?

—Era una broma, simplemente. Pensé que te haría gracia, encajaba tanto en tu línea de trabajo... —Se encogió de hombros, y tras descolgar el es-

queleto lo dejó sentado en una silla, en el otro extremo de la habitación—. Así. Parece muy real ¿verdad?

—¿Por qué lo has colgado en la habitación insonorizada? ¿Por qué no en el cuarto de baño o el armario? ¡Sabes perfectamente que la abro únicamente en ciertas circunstancias!

—Oh... — Boone frunció el entrecejo—. Tienes razón, Rixy. No se me ocurrió. Me pareció el mejor sitio para colocarlo, eso es todo. Bueno, al final, todo ha salido bien, ¿no es cierto? ¡Sí, mierda! ¡Esta porquería te ha quitado el ataque de golpe! —Soltó una risotada como un rebuzno y señaló la entrepierna de Rix—: ¡Pero Rixy! ¡Si te has meado encima!

Rix se dirigió a la cómoda en busca de unos pantalones y una camisa limpia.

Boone repantingó su propio esqueleto de metro ochenta y cinco en un butacón con demasiado relleno y puso los pies sobre una mesilla de café Art Deco con las patas de cristal azul. Se frotó el lugar de la mandíbula donde le había atizado Rix. Él habría arrastrado a su hermano boca abajo por el barro de Carolina del Norte por una ofensa mucho menor.

—Este hotel huele a perro mojado. ¿Es que nunca limpian las alfombras?

—¿Cómo has entrado aquí? —inquirió Rix mientras se cambiaba de ropa. Todavía seguía temblando.

—Todo el mundo se pone firmes cuando les dices que te llamas Usher —repuso Boone, cruzando los tobillos. Llevaba unas botas de montar de piel de lagarto beige que se daban de palos con su traje clásico—. ¿Sabes lo que cuentan sobre este

sitio? Que varios botones han visto a un hombre vestido de negro, con una chistera negra y una barba blanca, y que lleva un bastón. Parece el mismísimo abuelo Hudson, ¿no te parece? El pobre bastardo probablemente habrá sido condenado a recorrer los pasillos del hotel De Peyser durante toda la eternidad. Dicen que su presencia hiela el ambiente. Menudo sitio más horrendo para pasar la vida eterna, ¿eh, Rixy?

—Te he dicho que no me llames así.

—Oh, perdona. ¿Prefieres que te llame Jonathan *Strange*? ¿O cuál es tu nombre esta semana, señor Autor Famoso?

Rix ignoró la guasa.

—¿Cómo has entrado en la habitación insonorizada?

—He pedido la llave. La caja fuerte de la planta baja está llena. Verdes y viejísimas, como para abrir mausoleos. Algunas ostentan huellas dactilares negras en el metal. Me pregunto cuántos Usher las habrán usado. Yo no pasaría ni una sola noche en esta horrible cripta. ¡Dios mío, qué oscuridad!

Boone se levantó y cruzó la habitación hasta la ventana; descorrió la cortina y una tenue claridad penetró por los cristales salpicados por la lluvia. Se quedó allí un momento contemplando el tráfico de la calle. Tenía la cara ancha y hermosa, casi sin una arruga, a pesar de que sólo le faltaban tres meses para cumplir treinta y siete años; podría haber pasado fácilmente por un hombre de veinticinco. Su pelo espeso y ondulado era un poco más oscuro que el de su hermano, y sus ojos claros y hundidos eran del color del ámbar con motas verdes. Era fornido, cuadrado de hombros y parecía rebosante de salud.

—Siento lo de tu ataque —le dijo a Rix—. No habría montado una broma tan estúpida si tuviera dos dedos de frente. Pero vi ese chisme colgado en el escaparate de una tienda de artículos de broma mientras me encaminaba hacia aquí y no sé... se me ocurrió que te haría gracia. ¿Sabes que hace más de seis meses que no me da un ataque? Y el último no fue muy fuerte... se me pasó en tres o cuatro minutos. Tal vez se me haya olvidado lo desagradables que pueden ser.

Se volvió a mirar a su hermano... y se quedó helado.

Hacía casi un año que no veía a Rix, y se quedó pasmado de lo cambiado que lo encontraba. A la luz, la ajada cara de Rix parecía de porcelana agrietada. Los ojos gris acerado de Rix estaban cansados y festoneados de rojo, su frente despejada surcada de arrugas. Aunque Rix era cuatro años más joven que Boone, aparentaba por lo menos cuarenta y cinco años. Parecía demacrado y enfermo, y Boone advirtió que tenía las sienes veteadas de plata.

—Rix... —murmuró—. ¡Dios santo! ¿Qué te ha pasado?

—He estado enfermo —respondió Rix, aun a sabiendas de que aquello no era todo.

En realidad no sabía exactamente lo que le pasaba, aparte de que sus ataques eran muy fuertes e imprevisibles, que su sueño estaba constantemente plagado de pesadillas y que se sentía como un viejo de setenta años.

—Supongo que he trabajado demasiado.

Se aposentó en una butaca, con cuidado, porque le dolían todos los huesos.

—Escucha. Necesitas comer carne para reconstituirte la sangre. —Boone resopló—. Yo me como

un filete todos los días y ¡mírame! ¡Más sano y más fuerte que un toro!

—Fantástico —dijo Rix—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Llamaste a Katt y le dijiste que estabas citado con tu agente. ¿Y dónde ibas a estar en Nueva York sino en este viejo pudridero?

Rix asintió. Hudson Usher había comprado el hotel De Peyser en 1847, cuando era un magnífico edificio gótico que coronaba el agitado barrio portuario. Según tenía entendido Rix, la fábrica de pólvora de Hudson Usher, situada cerca de Asheville en Carolina del Norte, exportaba enormes cantidades de pólvora y balas de plomo a Europa a través del puerto de Nueva York; Hudson quería vigilar a los intermediarios y se había preparado una suite con una habitación aislada de todo ruido por si le sobrevenía un ataque. La habitación insonorizada había permanecido prácticamente inalterada a través de varias generaciones de Usher, mientras la suite iba decayendo gradualmente. Rix suponía que su padre, Walen, conservaba el De Peyser únicamente en espera de la oferta de alguna empresa constructora. La familia rara vez abandonaba Usherland, su extensa propiedad a cuarenta kilómetros de Asheville.

—No deberías trabajar tanto. ¿Cuándo sale tu próximo libro?

Boone se sirvió otro vaso de whisky y volvió a sentarse. Al levantar la mano hasta la boca, el hermoso brillante de su sortija resplandeció.

—Ha pasado bastante tiempo desde *Dedos de fuego* ¿verdad?

—Acabo de terminar otra novela.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo sale al mercado?

—Posiblemente este verano. —Rix se asombró de mentir con tanta soltura.

Boone volvió a ponerse en pie.

—Tendrías que escribir un libro de verdad, Rix. Sobre cosas que puedan suceder en la realidad. Eso de la literatura de terror es una basura. ¿Por qué no escribes un libro del que te sientas orgulloso y puedas firmar con tu nombre auténtico?

—No empecemos con eso otra vez, ¿de acuerdo?

Cada vez que se encontraba con Boone acababan discutiendo del mismo tema. Boone se encogió de hombros.

—Bueno. Pero es que yo creo que la gente que escribe esas porquerías es porque le falla algo.

—Me imagino que no habrás venido sólo para criticar mi carrera literaria. ¿Qué pasa?

Boone hizo una pausa para tomar un trago.

—Mamá quiere que vuelvas a casa —dijo tranquilamente—. Papá está fatal.

—¿Y por qué demonios no le lleváis a un hospital?

—Ya sabes lo que ha dicho siempre papá: «Un Usher no puede vivir fuera de Usherland». Y por tu aspecto, hermano, se diría que tiene toda la razón. Debe haber algo en el aire de Carolina del Norte, porque has ido de mal en peor desde que saliste de allí.

—No me gusta la finca. No me gusta el Pabellón. Mi casa está en Atlanta. Además, tengo trabajo que hacer.

—¿Ah sí? Pensaba que acababas de terminar un nuevo libro. Pero si se parece a los otros tres, no habrá trabajo que lo arregle.

Rix sonrió tristemente:

—Gracias por tu aliento.

—Papá se está muriendo —dijo Boone, con un breve destello de cólera en los ojos—. He hecho todo lo que he podido por él. He intentado ser como él quería, durante todos estos años. Pero ahora quiere verte a ti. No sé por qué, y menos desde que volviste la espalda a la familia. Pero creo que sigue aguantando sólo para tenerte a su lado cuando muera.

—Entonces, si no voy —le dijo Rix categóricamente— tal vez no se muera. Tal vez se levante de la cama y se ponga a hacer negocios con sus armas de rayos láser y sus bombas biológicas... ¿eh?

—¡Oh, mierda! —Boone se levantó furioso de su butaca—. ¡No me vengas con tus manidos rollos antibelicistas, Rix! Gracias a ese negocio te has criado en una de las fincas más bonitas del Estado, te has vestido y te has alimentado y has asistido a la mejor facultad de económicas del país. ¡Te parece poco! ¿Y quién ha dicho que tengas que alojarte en el Pabellón cuando llegues a casa? Siempre te ha dado un miedo espantoso, ¿no? Cuando te perdiste allí y Edwin tuvo que ir a sacarte, tuviste la cara como un queso azul durante... —se interrumpió bruscamente, porque le pareció que Rix estaba a punto de saltar sobre él por encima de la mesa.

—Pues yo no lo recuerdo así —opinó Rix con voz tensa.

Se quedaron mirando durante unos segundos. Rix captó la imagen de su hermano haciéndole un placaje por la espalda cuando eran niños, clavándole una rodilla en la región lumbar que le dejó sin respiración, con la cara pegada al polvo de Usherland: «Levántate, Rixy. Venga, levántate. ¿Por qué no te levantas, Rixy?», le había echado en cara Boone.

—Bueno...

Boone buscó en los bolsillos de su abrigo y sacó un billete de avión de primera clase a Asheville. Lo dejó caer sobre la mesa.

—Ya te he visto y te he dicho lo que debía decirte. Esto es de parte de mamá. Cree que tendrás bastante valor para venir a ver a tu padre en su lecho de muerte. Si no es así, allá tú...

Se dirigió a la puerta y después se detuvo y se volvió. Había recuperado el brillo ardiente de su mirada y en su boca había una mueca.

—Sí, hombre, vuélvete corriendo a Atlanta, Rixy. Regresa a tu mundo de fantasía. Mierda, si hasta estás empezando a tener pinta de aparecido... Le diré a mamá que no te espere.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Sus botas de montar se alejaron a paso firme por el pasillo.

Rix se quedó mirando el esqueleto de plástico al otro lado de la habitación. Le sonreía como un viejo amigo, el símbolo familiar de la muerte en las miles de películas de terror que Rix había visto. Un esqueleto en un armario. Huesos enterrados bajo el suelo. Una calavera en una sombrerera. Una mano esquelética asomando por debajo de una cama. Huesos sueltos saliendo de una tumba.

Mi padre se está muriendo, pensó. No, no: Walen Usher era demasiado testarudo para abandonarse a la muerte. La muerte y él eran viejos amigos. Tenían un pacto entre caballeros. «El negocio» saciaba el hambre de la muerte... ¿Para qué iba a morder la mano que le daba de comer?

Rix cogió el billete de la compañía Delta. El vuelo salía a la una de la tarde del día siguiente. ¿Walen se moría? Él sabía que la situación de su padre se había ido deteriorando durante los últi-

mos seis meses pero... ¿morirse? Se sintió anonadado, desgarrado entre el alivio y la pena. Nunca se había llevado bien con su padre; habían sido como extraños durante muchos años. Walen Usher era uno de esos hombres que insisten en que sus hijos le pidan hora para visitarle. Había mantenido a sus hijos bajo su yugo... hasta que Rix se largó, granjeándose el odio eterno de su padre.

Ni siquiera estaba seguro de querer a su padre, ni tampoco de saber lo que era querer.

Rix sabía que Boone siempre había sido un mentiroso muy hábil.

—Papá no se está muriendo —le dijo al esqueleto—. Es un cuento para hacerme volver.

Los huesos de plástico le ofrecieron una sonrisa, pero ningún consejo. Al mirarlo, recordó el pendiente del taxista, el pequeño esqueleto que se mecía de delante a atrás. Se le puso la piel de gallina y tuvo que llamar al servicio de habitaciones para que se lo llevaran, porque era incapaz de decidirse a tocarlo.

Después hizo una llamada a la mansión de Usherland, en Carolina del Norte.

A ochocientos kilómetros de distancia le respondió una voz:

—Residencia Usher.

—Quiero hablar con Edwin Bodane. Soy Rix.

—Sí, señor. Espere un minuto.

Rix esperó. Se encontraba mejor. Hacía tiempo que esperaba el ataque; el último le había sobrevenido en plena noche, hacía una semana, mientras escuchaba un disco de jazz de su colección, en su apartamento de Atlanta. Cuando se recuperó y recobró el control de sus movimientos, rompió el disco en pedazos, pensando que la música podía habérselo desencadenado. Había leído en alguna

parte que algunos acordes, tonos o vibraciones podían causar una respuesta física.

Sabía que sus ataques eran síntomas de una enfermedad llamada Mal de Usher en varias publicaciones médicas. No tenía cura. Si su padre se estaba muriendo, lo que le mataba era el mal de Usher en estado avanzado.

—¡Señorito Rix! —dijo la voz cálida, refinada y levemente rasposa de Carolina del Norte—. ¿Dónde estás?

—En Nueva York, en el De Peyser.

La voz de Edwin le evocó multitud de buenos recuerdos. Se imaginó al hombre alto, con el uniforme de la casa Usher, de blazer gris y pantalones azul marino, con la raya tan planchada que cortaba. Rix siempre se había sentido más cerca de Edwin y Cass Bodane que de sus padres.

—¿Quieres hablar con tu...?

—No. No quiero hablar con nadie. Edwin, Boone ha venido a verme. Me ha dicho que papá ha empeorado. ¿Es cierto?

—La salud de tu padre se deteriora a ojos vistas —repuso Edwin—. Estoy seguro de que Boone te ha participado los deseos que tiene tu madre de que vuelvas.

—No quiero ir. Ya sabes por qué.

Hubo una pausa.

—El señor Usher pregunta por ti todos los días. —Bajó la voz—. Me gustaría que vinieras, Rix. Te necesita.

Rix no pudo reprimir una risita nerviosa, estrangulada.

—¡Pues hasta ahora nunca me había necesitado!

—Te equivocas. Tu padre siempre te ha necesitado, y ahora más que nunca.

Rix permaneció en silencio, desgarrado por emociones contradictorias. Había luchado por una vida propia, al margen del clan Usher. ¿Por qué exponerse ahora a los juegos mentales que se desarrollarían dentro de Usherland?

—Te necesita, Rix —dijo Edwin suavemente—. No des la espalda a tu familia.

La verdad le acometió sin remisión: Walen Usher, el patriarca del poderoso clan Usher y acaso el hombre más rico de América, estaba en el lecho de muerte. Aunque sus sentimientos hacia ese hombre discurrían por extraños derroteros, Rix sabía que debía asistir a la muerte de su padre. Pidió a Edwin que fuera a recogerle al aeropuerto a la llegada de su vuelo, y colgó antes de cambiar de opinión. Se dijo que sólo se quedaría en Usherland unos días. No más. Después tendría que regresar a Atlanta, a ordenar su vida, a discurrir otra idea y ponerse a trabajar antes de que toda su carrera de escritor se hundiera bajo el peso del letargo.

Un empleado de mantenimiento, hispano y con profundas ojeras, llamó a la puerta de su habitación. Esperaba otra rata muerta y suspiró aliviado cuando Rix le dijo que se llevara de allí el esqueleto de plástico.

Rix se tumbó en la cama e intentó dormir. Le embargaban unas imágenes de Usherland: el oscuro bosque de su niñez, por cuyo monte bajo correteaban criaturas de pesadilla, según contaban; las montañas que se recortaban negras contra el cielo rayado de naranja, con nubes enganchadas en su rocosa cima como penachos grises; y el Pabellón —siempre el Pabellón— inmenso, sombrío y silencioso, con sus secretos ocultos como un puño cerrado.

Un esqueleto con las órbitas de los ojos sanguinolentas se coló lentamente en su evocación, y Rix se sentó bajo la luz plomiza.

Una idea recurrente le invadió de nuevo. Era la misma idea que le había hecho ir a Gales, la misma idea que le había hecho revolver en las genealogías de las bibliotecas de Nueva York y Atlanta, en busca del apellido Usher. Unas veces pensaba que podría hacerlo, si realmente lo deseara; otras, se daba cuenta de que sería un trabajo endemoniado, probablemente para nada.

Tal vez ahora sea el momento, se dijo. Sí. Ciertamente, necesitaba un proyecto, y de todos modos pensaba volver a Usherland. Una sonrisa se insinuó en sus labios; oía los gritos de agravio de Walen a ochocientos kilómetros.

Rix fue al cuarto de baño a por un vaso de agua, y después recogió del suelo el ejemplar de *Rolling Stone* que Boone había dejado doblado. Se lo llevó a la cama para leerlo, y entonces una tarántula del tamaño de un puño que Boone había colocado en su interior se le cayó sobre el pecho y echó a correr como una loca.

Rix se levantó de un brinco, intentando quitarse al bicho de encima. Le aplastó un ataque como un negro maremoto, que le condujo al refugio de la habitación insonorizada. Con la puerta cerrada, nadie oyó sus gritos.

Boone siempre había sido un bromista redomado.

UNO

USHERLAND

—Cuéntame un cuento —pidió el niño a su padre—. Que sea emocionante.

—Emocionante... —repitió el hombre, y reflexionó un momento.

Del otro lado de la ventana del cuarto del niño, la oscuridad era total, salvo por el sonriente disco de la luna. El niño lo veía por encima del hombro de su padre, y le pareció una linterna dentro de una calabaza en un negro campo de Halloween, que nadie se atreviera a hollar.

Su padre se inclinó sobre la cama.

—Bueno —dijo, y la tenue luz se le reflejó en las gafas—. Te voy a contar una historia sobre un rey que se moría en su castillo, al igual que los hijos de ese rey y todos los reyes que les precedieron. Puede que tome diversos caminos e intente engañarte. Es posible que no acabe como a ti te gustaría... pero la historia es así. Y lo más terrorífico de todo —lo más espantoso— es que puede ser cierta... o falsa. ¿Preparado?

Y el niño sonrió, inconsciente.

La noche no es nuestra,
JONATHAN STRANGE,
Stratford House, 1978.

1

Cuando Rix se bajó del avión de la Delta y caminó hacia la terminal del aeropuerto, a doce kilómetros de Asheville, vio la cabeza de Edwin Bodane que sobresalía del grupo de gente que estaba esperando a los demás pasajeros. Edwin medía un metro noventa, era delgado y de aspecto aristocrático, y resultaba casi imposible no verlo. Sonrió como un niño excitado y se abalanzó a abrazar a Rix, que captó, indefectiblemente, la mueca casi imperceptible de Edwin al advertir cuánto había envejecido Rix durante el último año.

—¡Señorito Rix! ¡Señorito Rix! —exclamó Edwin, con un acento sureño de pura sangre, tan digno como la plata bruñida—. ¡Qué aspecto...

—Tan horroroso. Pero tú estás espléndido, Edwin. ¿Cómo se encuentra Cass?

—Igual que siempre. Cada día más lista, me temo.

Intentó coger la bolsa de Rix, pero éste se lo impidió.

—¿Traes más equipaje?

—Sólo una maleta. No pienso quedarme mucho tiempo.

Se detuvieron en el mostrador a recoger la

maleta y luego salieron a la fresca brisa de una soleada tarde de octubre. Junto a la acera, una limusina nueva, un Lincoln Continental marrón con los cristales ahumados y techo solar. Las pasiones de los Usher incluían la mecánica tanto como la potencia del pura sangre. Rix metió el equipaje en el cavernoso maletero y se sentó en el asiento de delante pues no veía la necesidad de estar separado de Edwin por un panel de plexiglás. Edwin se puso unas gafas de sol de montura metálica y se pusieron en marcha, dejando atrás el aeropuerto, hacia la línea teatral de las montañas Blue Ridge.

A Rix, Edwin siempre le había recordado el personaje de uno de sus cuentos favoritos: Ichabood Crane de *Headless Horseman*, de Washington Irving. Daba igual la precisión del corte de su blazer gris, a Edwin siempre le quedaban cortas las mangas. Tenía la nariz aguileña, tan grande que Boone decía que se le podría colgar un sombrero. Su cara levemente arrugada tenía las mandíbulas cuadradas y unos ojos azul grisáceo luminosos y bondadosos. Bajo la gorra negra de chófer tenía la frente alta, coronada por una frágil mata de pelo blanco. Sus grandes orejas —auténticas obras maestras esculpidas en carne— invitaban a otra comparación con el pobre maestro de escuela de Irving. En sus ojos brillaba la expresión soñadora de un niño que anhelaba unirse a un circo, aunque Edwin Bodane tenía ya sesenta y tantos años. Había nacido en la casa de la familia Usher, continuando la larga estirpe de los Bodane, que habían actuado como hombres de confianza de los patriarcas Usher. Con su blazer gris de botones plateados y el emblema de la casa —una cabeza de león— bordado en plata en el bolsillo superior de la america-

na, sus pantalones oscuros primorosamente planchados, su corbata negra y sus relucientes zapatos tipo Oxford, cada centímetro de Edwin reflejaba su puesto de encargado de Usherland.

Rix sabía que bajo aquella cara cómica y sin pretensiones había una mente lúcida que podía organizar cualquier cosa, desde las más sencillas tareas domésticas hasta un banquete para doscientas personas. Edwin y Cass tenían la responsabilidad de dirigir a un pequeño ejército de camareras, lavanderas, jardineros, doncellas y cocineros, aunque Cass prefería hacer personalmente la comida de sus señores. Sólo tenían que responder ante Walen Usher.

—¡Señorito Rix! ¡Señorito Rix! —repetía Edwin, venerando el sonido de esa palabra—. ¡Es estupendo tenerte en casa de nuevo! —frunció ligeramente el ceño y atenuó inmediatamente su entusiasmo—. Desde luego... siento que hayas tenido que volver en estas circunstancias.

—Mi casa está en Atlanta —Rix se dio cuenta de que sus palabras sonaban demasiado a la defensiva—. Veo que tenéis un coche nuevo. Apenas lleva quinientos kilómetros de rodaje.

—El señor Usher lo compró hace un mes, cuando todavía andaba por ahí. Ahora no se levanta de la cama. Tiene una enfermera, por supuesto. La señora Paula Reynolds, de Asheville.

La limusina cruzó suavemente Asheville, pasando junto a almacenes de tabaco, bancos y comercios de todo tipo. En el límite septentrional de la ciudad se alzaba una gran nave gris de hormigón que parecía un búnker y ocupaba casi media hectárea de terreno. Estaba rodeada por una cadena y una alambrada de espino. Sus únicas ventanas eran

unos orificios horizontales, equidistantes unos de otros, situados justo debajo del tejado, como las almenas de una fortaleza. El aparcamiento, lleno de coches, ocupaba diez mil metros cuadrados. En la fachada que daba a la carretera unas letras metálicas negras decían USHER ARMAMENTS, y debajo, en letras más pequeñas, FUNDADA EN 1841. Era el edificio más repelente que Rix había visto en su vida, y cada vez que pasaba junto a él se agravaba su sensación.

El viejo Hudson estaría orgulloso, se dijo Rix. La fábrica de pólvora y balas de plomo levantada en 1841 por un galés había culminado en cuatro plantas de armas y municiones de la firma Usher: en Asheville, Washington D.C., San Diego y Bruselas, en Bélgica. «La fábrica», como la llamaban en casa, había suministrado pólvora, armas de fuego, dinamita, explosivos plásticos y los más sofisticados sistemas bélicos al mayor postor durante más de ciento cincuenta años. «La fábrica» había levantado Usherland, había hecho que el apellido fuera conocido y respetado como propagador de muerte. Rix se preguntó cuántas muertes habrían ocasionado aquellas armas por cada uno de los metros cuadrados de Usherland y cuántos seres humanos habrían volado por los aires por cada piedra gris del Pabellón.

Cuando dejó Usherland hacía casi siete años, Rix no pensaba volver. Para él, Usherland estaba manchada con la sangre del exterminio; hasta de niño sentía la presencia invasora de la muerte en sus frondosos bosques, en la mansión y en el insensato Pabellón. Aunque su herencia sangrienta le daba náuseas, sus primeros recuerdos de Usherland le perseguían a lo largo de los años, casi como

si llevara en su interior alguna insatisfacción y Usherland le llamara una y otra vez, con susurros de promesas. Había regresado varias veces, pero sólo durante un día o dos. Su madre y su padre seguían tan distantes e impasibles como siempre, su hermano parecía inmovilizado en el tiempo como un fanfarrón, y su hermana hacía todo lo posible por evitar encararse con la realidad.

Dejaron el edificio atrás y tomaron por una carretera muy ancha y sinuosa que ascendía a las montañas. Un paisaje espectacular recibió a Rix; las escarpadas colinas y la alfombra de bosques resplandecían de escarlata, púrpura y oro. Bajo el cielo azul sin una nube, la tierra era un panorama de sangre y fuego.

—¿Qué tal lo lleva mamá? —preguntó Rix.

—Aguanta. Unos días mejor que otros. Pero ya sabes cómo es ella, Rix. Ha vivido tantos años en un mundo perfecto que no puede aceptar lo que ocurre.

—Pensaba que mejoraría —dijo Rix en voz baja—. Sabes lo fuerte y lo obstinado que es. ¿Quién es el doctor que mencionaste por teléfono?

—El doctor John Francis. El señor Usher lo ha traído de Boston. Es un especialista en degeneración celular.

—¿Sufre mucho papá?

Edwin no respondió, y Rix se lo supuso. La agonía que debía de estar soportando Walen Usher —el estadio final del mal de Usher— hacía ridículo, en comparación, el ataque de Rix en Nueva York.

Edwin dejó la carretera general y tomó por una carreterita secundaria, estrecha pero en buen estado. En un cruce, unas señales indicaban en diferen-

tes direcciones las poblaciones de Rainbow, Taylorville y Foxton. Torció hacia el este, hacia Foxton. Foxton era un municipio de unos dos mil habitantes, en su mayor parte granjeros, y los campos de tabaco que lo rodeaban pertenecían a la familia Usher desde hacía cinco generaciones.

La limusina cruzó suavemente las calles de Foxton. La comunidad crecía rápidamente y Rix descubrió cambios desde su última visita. El café Broadleaf se había trasladado a un edificio nuevo de ladrillo, habían levantado un banco nuevo, el Carolinas, y en el aparcamiento de una tienda de coches usados ondeaban al viento banderines de colores. La marquesina del teatro Empire anunciaba para Halloween un excelente programa doble de películas de terror de Orlon Kronsteen. Sin embargo, perduraba el viejo Foxton de siempre: un par de granjeros ancianos, con sombrero de paja, sentados frente a la ferretería, tomando el sol; una destartalada camioneta pasó traqueteando, cargada con fardos de hojas de tabaco; junto a los almacenes Woolworth's, un grupo de hombres ociosos se volvió a contemplar la limusina, y Rix leyó el resentimiento en sus ojos, como brasas de carbón. Desviaron rápidamente la mirada. Rix sabía que bajarían la voz para hablar de los Usher, incluso hasta un murmullo, por temor a que sus comentarios sobre Walen atravesaran el espeso bosque y las cimas rocosas que separaban Foxton de Usherland.

Rix observó el pequeño edificio de piedra que albergaba el *Foxton Democrat*, el semanario que cubría la zona de las tres ciudades. Vio el reflejo de la limusina en la luna de la ventana y después advirtió que había una mujer de pelo oscuro al otro lado del ventanal, tan cerca que su cara casi rozaba

el cristal. Se imaginó que ella clavaba sus ojos en él durante un segundo o dos, pero sabía que no podía verle a través de los cristales ahumados de la limusina. Aun así, miró hacia otro lado, incómodo.

Pasado Foxton, el bosque se cerraba de nuevo rápidamente, cerniéndose sobre la carretera como un muro impenetrable. La belleza de las montañas se hizo salvaje, con las rocas dentadas que emergían del suelo como huesos grises de monstruos grotescos semienterrados. Desde la carretera se adentraban serpenteando por el bosque algunos caminitos de tierra, llenos de baches, que conducían a los remotos territorios donde cientos de familias serranas se aferraban tenazmente a los valores del siglo XIX. Su baluarte, Briartop Mountain, se alzaba en los límites septentrionales de Usherland, y Rix se preguntaba muchas veces qué pensarían aquellas gentes —que llevaban generaciones habitando en las montañas— de la hectáreas de jardines, redondeadas colinas, fuentes y cuadras del extraño mundo que se extendía a sus pies. Desconfiaban de todo excepto de lo suyo, y rara vez bajaban a Foxton a comerciar.

De repente, Rix notó un cosquilleo en la nuca. Si hubiera estado mirando un mapa de la propiedad no habría sabido con mayor certeza que acababa de penetrar en los dominios de Usherland. El bosque parecía más oscuro, las hojas otoñales de vivos rojos y púrpuras parecían untadas de una oleosa negrura. El negro dosel de vegetación se cerró sobre la carretera, y marañas de zarzas —de ésas que pinchan hasta el hueso y se parten— se retorcían en horrendos tirabuzones tan peligrosos como el alambre de espino. Inmensas costras de piedra, prendidas de la falda de las colinas, amena-

zaban con descolgarse y dejar la limusina hecha chatarra. Rix se dio cuenta de que le sudaban las palmas de las manos. La espesura parecía un entorno hostil, impropio para la civilización humana; no obstante, aquélla era la tierra de la que se había enamorado Hudson Usher. O quizás la hubiera considerado un desafío a superar. En cualquier caso, nunca fue del agrado de Rix.

Al recorrerla de ese modo a lo largo de los años, aun con poca frecuencia, Rix siempre había captado un aspecto de brutalidad en la tierra, una especie de poder desalmado y aplastante que le hacía sentirse débil y pequeño. Pensó que no era de extrañar que los habitantes de Foxton consideraran Usherland un lugar que era mejor evitar, y que hubieran creado leyendas que magnificaban su miedo a esas montañas sombrías y prohibidas.

—¿Sigue en el bosque el Hombre de la Calabaza? —preguntó Rix en voz baja.

Edwin le miró y luego dijo sonriendo:

—¡Dios mío! ¿Todavía te acuerdas de esa historia?

—¿Cómo iba a olvidarla? Veamos... ¿cómo decía la canción? «Corre, corre todo lo que puedas, porque por el bosque ronda el Hombre de la Calabaza». ¿No era así?

—Más o menos.

—Algún día hablaré del Hombre de la Calabaza en un libro —dijo Rix—. ¿Y la pantera negra que anda erguida como un hombre? ¿Alguna novedad?

—Sí, la verdad. En agosto, el *Democrat* publicó que un cazador lunático juraba haberla visto en Briartop. Supongo que ésas son las historias que venden.

Rix observó la espesura a ambos lados de la carretera. Un nudo le atenazaba el estómago mientras recordaba el cuento del Hombre de la Calabaza que le contó Edwin; según los lugareños, aquella criatura llevaba más de cien años viviendo en las montañas y se llevaba a los niños que se alejaban mucho de su casa. Incluso entonces, una vez adulto, Rix todavía recordaba al Hombre de la Calabaza con terror infantil, aun a sabiendas de que la historia era una invención de los serranos para que sus hijos pequeños no se perdieran en el bosque.

Al salir de una curva apareció ante ellos un formidable muro de granito que sostenía una verja de hierro forjado, de intrincada elaboración. El arco de granito que coronaba la verja lucía el nombre USHER en letras de hierro. Edwin accionó el mando a distancia de la cerradura de la puerta, que estaba instalado en el salpicadero. Las puertas se abrieron sin que Edwin hubiera de levantar el pie del acelerador.

Cuando pasaron, Rix se volvió a mirar y vio que las puertas se cerraban solas. Su diseño siempre le había recordado una telaraña.

De pronto cambió el paisaje. Aunque todavía había zonas de bosque indómito, se veían parcelas de praderas y jardines meticulosamente cuidados, donde rosas, violetas y girasoles crecían entre estatuas de faunos, centauros y querubines haciendo cabriolas. Un gran tejado de vidrio que asomaba entre las ordenadas hileras de pinos delimitaba el invernadero, donde uno de los antepasados de Rix había criado una colección de cactus y plantas crasas. Del bosque emergían madreselvas, culantrillos y hiedra. Rix vio a varios jardineros recortando los

setos y podando los árboles. En un jardín se alzaba una enorme locomotora Baldwin roja, sobre un pedestal de piedra. Databa de la época de los pioneros del ferrocarril y había sido la primera pieza del equipo que compró su tatarabuelo Aram, el hijo de Hudson. En su día, los Usher poseyeron su propia compañía de ferrocarril —la Atlantic Seaboard Limited— que transportaba sus cargas de pólvora, munición y armas.

Varios cientos de hectáreas de la propiedad de los Usher estaban aún sin delimitar en el mapa. La tierra abarcaba montañas, arroyos tranquilos, extensas praderas y tres lagos profundos, cubiertos de turba. Como siempre, Rix se quedó impresionado por la belleza pura de Usherland, mientras Edwin conducía hacia la mansión. Era una edificación magnífica e imponente, digna de la realeza americana. Pero, pensó Rix con disgusto, estaba el Pabellón, la catedral santificada del clan Usher.

Edwin redujo la velocidad cuando se acercaron a la cochera de la mansión. La casa, de piedra caliza blanca con el tejado de pizarra roja, estaba rodeada por un jardín multicolor y enormes robles centenarios. Tenía treinta y dos habitaciones, y la había construido el bisabuelo Ludlow como pabellón de invitados.

La limusina se detuvo. Rix temía entrar en la casa. Se quedó inmóvil cuando Edwin empezaba a bajarse del coche y después sintió la mano de Edwin en el hombro.

—Todo irá bien, ya verás —le aseguró Edwin.

—Sí —replicó Rix.

Se obligó a apearse y sacó su maletín del maletero del coche mientras Edwin se ocupaba de su maleta. Subieron un tramo de escaleras de piedra,

atravesaron una terraza de losas con un estanque de peces de colores en el centro y se detuvieron ante una puerta que parecía una losa de roble.

Cuando Edwin llamó al timbre les abrió una joven doncella negra, con un uniforme azul claro muy almidonado. Otro criado, un hombre negro de mediana edad con un traje gris, dio la bienvenida a Rix y cogió su equipaje, con el que cruzó el vestíbulo de parqué hasta la curvada escalinata central. Rix observó que cada vez que iba allí, la casa se parecía más a un museo maldito. El mobiliario era perfecto: alfombras persas, mesas y sillas antiguas francesas, espejos de marco dorado de últimos de siglo, tapices medievales con escenas de caza en las paredes; todo parecía estar dispuesto para ser admirado a distancia. Las sillas Luis XV no soportarían el peso humano; los objetos de bronce y de cerámica eran desempolvados con un plumero, pero nunca tocados por mano alguna. Todos los objetos de la casa le parecían tan fríos como las personas que los habían elegido.

—La señora Usher y el señorito Boone están en el salón, señor —dijo la doncella joven, esperando para escoltarle.

—Buena suerte —le deseó Edwin, y se fue a meter la limusina en el garaje.

El cuarto de estar tenía una doble puerta corredera de nogal, encerada. La doncella la abrió. Rix se detuvo ante el umbral un segundo, oliendo un extraño aroma dulzón que había surgido de alguna parte.

Comprendió que era el olor de la descomposición humana. Venía del piso de arriba.

Del cuarto de su padre.

Se dio ánimos y penetró en el salón a enfrentarse con su hermano y la matriarca de la familia Usher.

2

Boone, que estaba removiendo los leños de la chimenea de mármol con un atizador de bronce, levantó la vista al oír que se abrían las puertas y vio a Rix en el espejo de marco dorado que estaba colgado sobre el hogar.

—¡Hombre! —exclamó—. ¡Aquí está nuestro famoso autor de terror, mamá!

Margaret Usher estaba sentada en un sillón italiano de orejas, frente a la lumbre. Se había pasado el día helada, sin conseguir quitarse el frío de los huesos. No se volvió a saludar a su hijo.

Las puertas se cerraron suavemente a espaldas de Rix, con el leve clic de una trampa. Rix se quedó a solas con ellos. Llevaba unos tejanos deslucidos y un suéter beige sobre una camisa azul celeste; un atuendo perfecto para cualquier otra parte, pensó. Boone llevaba un traje de rayas y su madre un recargado vestido azul y oro.

—Hola, mamá —dijo Rix.

—Tengo frío —dijo ella como si no le hubiera oído—. Hace un frío tremendo en esta casa, ¿no crees?

—¿Quieres que te traiga un jersey, mamá?

Ella hizo una pausa, con la cabeza levemente ladeada, rumiando la pregunta de Boone.

—Sí —respondió al fin—. Un jersey me vendría muy bien.

—Claro, mamá. Enséñale a Rixy las perlas que te traje de Nueva York.

Le puso un dedo debajo de la barbilla para hacerle levantar la cabeza. La ristra de perlas brilló, reflejando la luz dorada que se colaba por el ventanal que abría sobre el jardín de azaleas.

—Precioso, ¿verdad? Me costaron cuatro mil dólares.

—Muy bonito —convino Rix—. Boone también me compró un par de regalos en Nueva York, mamá.

Boone se rió sin ganas.

—¿Qué te pareció, Rixy? Pensé que te gustaría. La tienda de animales que está a dos manzanas del De Peyser tenía justo lo que yo buscaba. El tío que me la vendió me dijo que era exactamente como las que usan en las películas de miedo.

—Creo que te jodí el plan. Probablemente pretendías que primero encontrara ese bicho, pensando que la impresión me desencadenaría un ataque. Y luego, al entrar en la habitación insonorizada, tropezaría con la segunda sorpresa.

—No digas palabrotas. —Margaret miraba fijamente las llamas—. «Joder» no es una palabra decente.

Su voz era pausada y gutural, la voz de una mujer acostumbrada a dar órdenes.

—No es una palabra apropiada para un autor famoso ¿verdad, mamá? —Como siempre, Boone aprovechaba la menor oportunidad para apuntarse tantos con su madre contra Rix—. Bueno, ahora espera un momento, que en seguida te traigo un jersey.

Cuando Boone pasó junto a Rix camino de la puerta, le dedicó una sonrisita forzada.

—Boone... —llamó Margaret. Su hijo mayor se detuvo—: Procura que el jersey no desentone con el vestido, querido.

—Sí, mamá —replicó Boone antes de salir de la estancia.

Rix se acercó a su madre. Volvió a percibir aquel olor extraño, como de una rata muerta pudriéndose detrás de una pared. Margaret cogió un ambientador de pino Lysol de una mesa que estaba junto a su sillón y empezó a vaporizar a su alrededor. Cuando terminó, el cuarto olía como un pinar lleno de animales muertos.

Rix se quedó de pie junto a su madre, que seguía intentando demorar el tiempo. A sus cincuenta y ocho años, Margaret Usher luchaba desesperadamente por aparentar treinta y cinco. Llevaba el pelo muy corto, a la moda, teñido de un tono castaño cobrizo. Diversos viajes a un quirófano de cirugía plástica de California le habían dejado la tez tan tirante que parecía que se le fuera a rajar por los pómulos. Llevaba un maquillaje más exagerado de lo que Rix recordaba, y en los labios un carmín rojo rabioso. Las arrugas habían invadido el contorno de su boca y las comisuras de sus ojos verdes. Su cuerpo seguía esbelto, salvo unas ligeras redondeces en las caderas y el vientre; Rix recordó que Katt le había contado que su madre temía la flacidez más que la peste negra. Sus manos largas y finas ostentaban una pasmosa variedad de anillos de brillantes, rubíes y esmeraldas. Los brillantes del broche que llevaba prendido en el vestido lanzaban destellos a la luz de la lumbre. Allí sentada, inmóvil, a Rix le pareció una pieza perfecta más

del mobiliario de la mansión, que no debía ser tocada.

Su expresión era de desconsuelo e indefensión. Rix se sintió embargado por un sentimiento de tristeza hacia ella. ¿Qué precio había tenido que pagar para ser la señora de Usherland?

De pronto ella volvió la cabeza y le miró. Fue la típica mirada vaga que se dedica a un extraño.

—Has adelgazado —advirtió—. ¿Has estado enfermo?

—He tenido épocas mejores.

—Pareces un esqueleto en movimiento.

Él se encogió de hombros, incómodo, sin ganas de que le recordaran sus indisposiciones físicas.

—No tiene importancia.

—Ésa no es forma de vivir... En una ciudad lejana, viviendo al día, sin tu familia. No entiendo cómo lo has aguantado tanto tiempo. —Se le iluminaron los ojos y tendió la mano para coger la de Rix—. Pero esta vez has vuelto para quedarte, ¿verdad? Te necesitamos aquí. Acabo de remozar tu antiguo dormitorio. Todo está exactamente como antes, ahora que vienes a quedarte.

—Mamá... —dijo Rix dulcemente—. No puedo quedarme. Sólo he venido a pasar unos días, para ver a papá.

—¿Por qué? —La presión de su mano aumentó—. ¿Por qué no puedes quedarte aquí, en tu casa?

—Usherland no es mi casa. —Rix sabía que era inútil meterse de nuevo en esa discusión. Acabaría inevitablemente en pelea—. Debo volver a trabajar.

—¿Quieres decir a escribir? —Margaret le soltó la mano y se puso en pie para admirar sus perlas nuevas en el espejo—. Yo no lo llamaría trabajar,

Rix. Al menos no es la clase de ocupación de la que tú eres capaz. ¿Has visto las perlas que me trajo tu hermano? ¿Verdad que son espléndidas? —Frunció el ceño y se pasó un dedo por debajo de la barbilla—. Dios mío, parezco una vieja, ¿no? Debería demandar al último cirujano que me operó la barbilla. Deberían expulsarle de la profesión. ¿No te parezco la vieja más horrible del mundo?

—Te encuentro muy guapa.

Ella se contempló y sonrió tristemente.

—Oh, es que no te acuerdas de cómo era antes... ¿Sabes cómo me llamaba mi padre? La chica más guapa de toda Carolina del Norte. Puddin' cree que es hermosa, pero no sabe lo que es la auténtica belleza. —Margaret pronunció el nombre de la esposa de Boone con indisimulada repugnancia—. Me parecía a Katt. Tenía la tez finísima, como ella.

—¿Dónde está Katt?

—¿No te lo ha dicho tu hermano? Se ha ido a las Bahamas a hacer un reportaje para una revista. Era un compromiso ineludible. Esperaba estar aquí mañana o pasado mañana. ¿Sabes cuánto le pagan en este momento? Dos mil dólares la hora. El mes que viene saldrá en portada del *Vogue*. Yo era como ella a su edad.

—¿Y Puddin'?

—¿Puddin'? —Margaret se encogió de hombros, con indiferencia—. Supongo que estará arriba, en su cuarto. Se pasa el día durmiendo. He intentado decirle a Boone que su pequeña reina de belleza está empezando a beber demasiado, pero él no me hace caso. No. Él sólo se ocupa de la cuadra y de cronometrar a los caballos.

Volvió a coger el bote de Lysol y roció el aire.

—Por lo menos tú eres un hombre libre. Tu hermano ha hecho una tontería con...

Se abrieron las puertas y Boone entró con una rebeca dorada. La forma en que Margaret cerró inmediatamente la boca y tensó la espalda era una señal evidente de que estaba hablando de él. Boone enarbolaba una sonrisa radiante como una máscara.

—Aquí tienes el jersey, mamá —y se lo echó por los hombros—. ¿Qué maldades estábais diciendo?

—Oh, nada que te ataña —dijo Margaret dulcemente, con los párpados a media asta—. Rix me estaba contando sus aventuras femeninas. Sabe jugar bien sus bazas.

La sonrisa de Boone se ensanchó, y Rix casi le oyó crujir la carne. En sus ojos brillaba una advertencia; Rix la había observado en muchas ocasiones cuando eran niños, justo antes de que Boone le atacara por cualquier desaire imaginario.

—Lo que quiere decir mamá, Rixy, es que yo soy la desgracia de la familia... después de ti, claro. Porque me he divorciado dos veces y me he casado con una jovencita. Mamá cree que debería de ir por la vida con una cadena y una bola. ¿Verdad, mamá?

—No digas tonterías delante de tu hermano, querido.

—¿Sabes por qué conoce Rixy a tantas mujeres, mamá? Porque ninguna vuelve a salir con él por segunda vez. Su idea de una salida divertida consiste en deambular por el cementerio más próximo y cazar espectros. Y no olvidemos a la preciosa mujercita de Rix que decidió tomar un...

Rix se volvió bruscamente hacia él, con el rostro contraído de rabia. Boone se calló en seco.

—No lo digas —susurró Rix con voz ronca—. Si lo dices tendré que matarte, cabrón.

Boone se quedó de piedra. Luego soltó una carcajada aguda, pero se le notó un temblor.

—Chicos... —Margaret les regañó dulcemente—. ¿No notáis un poco de corriente?

Boone se acercó a la lumbre a calentarse las manos.

—Sabes, mamá... Rix dice que ha terminado otro libro.

—¿Ah, sí? —Se le heló la voz—. Me imagino que será otra novela sangrienta. ¡Te juro que no entiendo por qué escribes esas cosas! ¿Crees de veras que tus libros gustan a la gente?

A Rix le dolía la cabeza. Se tocó las sienes, temiendo un ataque. Dios mío, ¿para qué habré vuelto? se preguntó. La referencia que había hecho Boone de Sandra por poco le saca de quicio.

—Tienes que comprender a Rixy, mamá —propuso Boone, mirándoles alternativamente—. Siempre estaba muerto de miedo cuando éramos niños. Siempre veía al Hombre de la Calabaza debajo de su cama. Así que ahora escribe novelas de terror para matar todos sus viejos demonios. Y se cree Edgar Allan Poe. Ya sabes, el artista sufriente...

—¡Calla! —exclamó ella abruptamente—. ¡No se te ocurra mencionar ese nombre en esta casa! Si tu padre lo oyera le daría un ataque.

—¡Pues es cierto! —insistió Boone, sonriendo a Rix, mientras se frotaba las manos—. ¿Cuándo piensas escribir algo sobre nosotros, Rixy? Eso es lo que esperamos todos de ti.

Con el rabillo del ojo, Rix vio palidecer a su madre. Respondió con una sonrisa afectada:

—Sabes, hermanito, sería una idea estupenda.

Podría escribir un libro sobre los Usher. La historia de la familia. ¿Qué te parece, mamá?

Ella abrió la boca para contestar, pero después la cerró bruscamente. Volvió a utilizar el ambientador, y Rix aspiró el hedor nuevo y casi insoportable que se había colado por debajo de la puerta.

—Es tan difícil —dijo Margaret echando ambientador— mantener una casa vieja fresca y limpia... Cuando una casa llega a cierta edad empieza a caerse a pedazos. Yo siempre me he preocupado de la casa. —Dejó de vaporizar; estaba claro que el desinfectante no era lo bastante fuerte—. Mi madre me lo enseñó —proclamó con orgullo.

Rix había aplazado el momento todo lo posible.

—Es mejor que suba a verlo —dijo con resignación.

—¡No, todavía no! —Margaret le agarró de la mano, con una sonrisa tensa y forzada en los labios—. Sentaos un rato aquí conmigo, los dos. Cass está haciendo una empanada galesa para ti. Sabe cuánto te gustan.

—Mamá, he de subir.

—Estará durmiendo, seguramente... La señora Reynolds dice que necesita descansar. Quédate y charlemos de cosas agradables, venga.

—Déjale subir, mamá —dijo Boone suavemente, observando a Rix—. En cuanto vea qué aspecto tiene papá, podrá empezar a escribir otra novela de terror...

—¡Cierra el pico! —chilló Margaret—. Eres un chico cruel, Boone Usher. Tu hermano por lo menos quiere presentar sus respetos a Walen, que es más de lo que haces tú.

Boone desvió la mirada de la ira de su madre y murmuró algo entre dientes.

—Será mejor que suba —dijo Rix.

En los ojos de su madre brillaban dos lágrimas como minúsculos diamantes, y él tendió la mano para acariciarle la mejilla.

—No —dijo ella, apartando la cabeza—, me vas a despeinar.

Él retiró la mano lentamente. Aquí no ha cambiado nada, pensó. Despiertan tus sentimientos de la manera que sea y luego te pisotean como si fueras una cucaracha. Pasó junto a ella meneando la cabeza, salió de la sala y se dirigió a la escalera principal. Ésta subía en una amplia curva hacia los dormitorios y los gabinetes que habían utilizado Teddy Roosevelt, Woodrow Wilson, Herbert Hoover y un elenco de lumbreras del gobierno y del Pentágono, tan famosos como infames.

Mientras subía las escaleras, le corroía las entrañas el miedo de ver a su padre. No sabía lo que le esperaba. Se preguntaba por qué quería verle Walen. Su padre le odiaba por haber abandonado Usherland y Rix despreciaba lo que representaba la empresa Usher Armaments. ¿De qué podían hablar?

En el piso de arriba, el olor a descomposición aún era más intenso. Pasó junto a su antigua habitación sin detenerse a mirarla por dentro. A lo largo del pasillo había jarrones de cristal con flores de colores vivos y ramas verdes, en un vano intento por disfrazar el hedor. Lúgubres pinturas al óleo —como *War Clouds* de Victor Hallmark, *After the Battle* de Rutledge Taylorson y *Blood on the Snow* de George H. Nivens— se alineaban en las paredes, testimonio del mal gusto artístico de Walen Usher. Al extremo del pasillo, otra escalera ascendía hasta una única puerta blanca: la habitación insonorizada de la casa.

Rix se paró al pie de la escalera, haciendo acopio de valor. El olor a descomposición flotaba a su alrededor, como un miasma asqueroso. Nada que oliera así, pensó Rix, podía estar vivo.

La última vez que Rix había visto a su padre, Walen Usher era la figura autoritaria alta y recia que él recordaba desde su niñez. La edad no había disminuido el poder de su mirada ni la fuerza de su voz, y sus rasgos irregulares y bastos parecían los de un hombre de cuarenta y pocos años de no ser por los remolinos grises de sus sienes y las escasas arrugas de su frente alta y aristocrática. La prominente mandíbula de Walen Usher era como la proa de un barco de guerra, y su boca era una línea fina que rara vez se distendía en una sonrisa.

Rix nunca había sido capaz de entender cómo fucionaba la mente de su padre. No tenían puntos en común, ni forma alguna de comunicación. Walen llevaba la finca y la empresa con el control firme de un dictador. Siempre había mantenido sus proyectos empresariales en secreto ante la familia, y cuando Rix era niño, Walen se encerraba durante largas temporadas en su estudio, sin salir. Rix sólo sabía que un montón de militares venían a visitar a su padre a puerta cerrada.

Walen trataba a sus hijos como si fueran soldados de su ejército particular. Les pasaba revista al amanecer, les imponía un estricto código de conducta, de vestido y de modales, y salvajes ataques verbales si sus hijos fallaban en alguna cosa. Sus asaltos más violentos eran contra Rix, cuando el chico se mostraba perezoso o se negaba a cooperar.

Si Rix contestaba mal, no se lustraba los zapatos, llegaba tarde a la mesa o cometía cualquier otra infracción de las reglas no escritas, la tira de

cuero que su padre llamaba el Pacificador se abatía sobre sus piernas y sus nalgas, muchas veces delante de Boone, que sonreía afectadamente a espaldas de Walen. Por otra parte, Boone era un maestro representando el papel de hijo perfecto, siempre vestido inmaculadamente, siempre limpio y aseado y adulando a su padre. Kattrina había aprendido a plegarse a todos los deseos de Walen, y así eludía muchos de sus abusos. Margaret, siempre ocupada planeando fiestas y acontecimientos benéficos, sabía que era mejor no cruzarse en el camino de Walen, y nunca se puso de parte de Rix contra su padre. Ella decía que las reglas eran las reglas.

Una vez Rix vio a Walen tirar a un criado al suelo y darle patadas en las costillas por una inexistente negligencia en sus obligaciones. Si no interviene Edwin, Walen podía haber matado a aquel hombre. Algunas noches, cuando el resto de la familia se había acostado, Rix oía a su padre desde la cama, atravesando el corredor, yendo y viniendo, derrochando energía y nervio. Temía las noches porque su padre podía irrumpir en su dormitorio, echando chispas de cólera por los ojos, y pegarle con la misma furia que había desplegado con el criado.

Pero en los ratos de buen humor, Walen llamaba a Rix a su cuarto inmenso, con paredes pintadas de rojo oscuro y pesados muebles victorianos negros, monstruosidades traídas del Pabellón, y le ordenaba que le leyera pasajes de la Biblia. Lo que Walen quería oír no eran párrafos referidos a cosas espirituales, sino los linajes largos y enrevesados: quién engendró a quién y quién a quién más. Se lo exigía una y otra vez, y algunas veces su bastón de ébano golpeaba impaciente el suelo cuando Rix tartamudeaba con los nombres.

A los diez años, Rix se había escapado de casa después de una sesión particularmente desagradable con el Pacificador. Edwin le encontró en la estación de autobuses Trailways de Foxton; mantuvieron una larga conversación y cuando Rix se echó a llorar, Edwin le abrazó y le prometió que Walen nunca volvería a pegarle mientras él viviera. La promesa había permanecido intacta durante todos aquellos años, aunque las pullas de Walen habían aumentado. Rix era el fracasado, la oveja negra, el debilucho que se quejaba de que los Usher hubieran vivido y medrado sobre generaciones de muertos.

Rix subió los escalones con el corazón en un puño. En la puerta había un letrero escrito a mano: «Llamen con suavidad». Junto a la puerta había una mesa con una caja llena de mascarillas verdes de cirujano.

Cogió el picaporte de la puerta y luego retiró la mano bruscamente. La habitación irradiaba corrupción; la sentía como el calor de un horno. No sabía si sería capaz de soportar lo que le esperaba al otro lado y de repente le abandonó toda su determinación. Inició el descenso de la escalera.

Pero un segundo después le facilitaron las cosas. El picaporte giró desde dentro y se abrió la puerta.

3

Una enfermera de uniforme con una mascarilla aséptica sobre la boca y la nariz observó a Rix des-

de la habitación insonorizada. También llevaba guantes de cirujano de goma finísima. Por encima de la mascarilla, sus ojos eran castaños, rodeados por una telaraña de arrugas.

Una vaharada de descomposición emanó de la habitación insonorizada y arrolló a Rix con intensidad casi tangible. Se agarró a la barandilla apretando los dientes.

—Le será útil la mascarilla —susurró la señora Reynolds señalando la caja.

Rix se puso una. Su interior estaba perfumado a la menta, aunque de poco servía.

—¿Es usted Rix?

Era una mujer de complexión fuerte, de unos cuarenta y tantos años, con el pelo muy corto de color gris acerado. Rix advirtió que tenía los ojos levemente inyectados en sangre.

—¡Pues claro que es Rix, imbécil! —tronó una voz ronca casi inhumana desde la oscuridad.

Rix se tensó. La voz melodiosa de su padre había degenerado en un gruñido animal:

—¿No le dije que era Rix? ¡Déjele entrar!

La señora Reynolds entonces abrió un poco más la puerta.

—Rápido —le dijo—. Le molesta mucho la luz. Y recuerde, debe hablar lo más bajo posible.

Rix penetró en el cuarto de techo alto, tapizado e insonorizado, sin ventanas. La única luz procedía de una pequeña lámpara Tensor de pantalla verde, situada sobre una mesa, junto a la butaca de la señora Reynolds, que proyectaba una claridad muy tenue, de apenas medio metro de diámetro. Antes de que la señora Reynolds cerrara la pesada puerta tapizada, impidiendo la entrada de la luz del rellano, Rix pudo ver que habían colocado los

muebles del dormitorio de su padre en la habitación.

Vio la cama de dosel de su padre. En ella yacía un cuerpo, debajo de una cámara de oxígeno transparente. Rix dio gracias a Dios de que ella hubiera cerrado la puerta antes de llegar a distinguirlo mejor.

Se oía en la oscuridad el suave pitido de un osciloscopio. La máquina se hallaba a la izquierda del lecho de su padre; Rix vio el zigzag verde pálido del trabajoso latido del corazón de Walen Usher. Su respiración era un jadeo fatigoso y líquido. Se oyó el frufrú de las sábanas de seda.

—¿Necesita alguna cosa, señor Usher? —susurró la enfermera.

—No —repuso la voz agónica—. ¡Y no grite, maldita sea!

La señora Reynolds volvió a su butaca, dejando a Rix que se las compusiera solo. Prosiguió la lectura de una novela de Barbara Cartland por donde la había dejado.

—Acércate —ordenó Walen Usher.

—Es que no veo por dónde...

Se oyó una áspera inhalación.

—¡Más bajo! ¡Ay Dios mío, mis oídos!

—Lo siento —murmuró Rix, nervioso.

El pitido del osciloscopio se aceleró. Walen no volvió a hablar hasta que se le regularizó el ritmo cardíaco.

—Más cerca. Vas a tropezar con una silla. A la izquierda. ¡Cuidado con ese cable, idiota! Más a la izquierda. Muy bien, estás a cinco pasos de los pies de la cama. Caramba, hijo, ¿es que no sabes caminar con suavidad?

Cuando llegó junto a la cama, Rix advirtió la

fiebre que irradiaba el cuerpo de su padre. Agarró uno de los lienzos del dosel y sintió el sudor debajo de los brazos.

—Bien, bien... —dijo Walen.

Rix sintió cómo le examinaba. Las sábanas de seda volvieron a crujir, y una forma se movió lentamente en la cama.

—Así que has vuelto a casa, ¿eh? Date la vuelta. Deja que te mire.

—No soy un caballo de concurso —musitó Rix entre dientes.

—Ni tampoco un hijo de concurso. Rix, la ropa te viene grande. ¿Qué te pasa? ¿Es que la escritura no te da para comer?

—Estoy muy bien.

—¡Y un jamón! —gruñó Walen.

Hizo una pausa y Rix oyó el borboteo líquido de sus pulmones.

—Estoy seguro de que recuerdas esta habitación, ¿verdad? Era donde tú, Boone y Kattrina os refugiabais cuando os daba un ataque. ¿Dónde te metes ahora?

—Utilizo un trastero de mi apartamento. He colocado cartones de huevos en las paredes para amortiguar el ruido y he acondicionado la puerta para que no pase la luz.

—Apuesto a que parecerá un útero. Siempre tuviste algo dentro que te empujaba a querer regresar al seno materno.

Rix ignoró su comentario. La penumbra y el hedor a descomposición le agobiaban. El calor enfermizo del cuerpo de su padre reverberaba en su cara como el sol sobre un metal.

—¿Dónde van Katt y Boone desde que tú te has instalado aquí arriba?

—Boone se he hecho su propia habitación insonorizada al lado de su dormitorio. Katt se ha acondicionado un agujero en la pared detrás del armario. Pero no sufren muchos ataques. No entienden lo que estoy pasando aquí, Rix. Siempre han vivido a salvo, en Usherland. Pero tú... tú sí que sabes lo que es el infierno, ¿verdad?

—No me dan demasiados ataques.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamas la experiencia que viviste ayer en Nueva York?

—¿Te lo ha contado Boone?

—Oí cómo se lo contaba a Margaret anoche, en la sala de estar. Te has olvidado del oído que tengo, Rix. Te he oído hablar con ellos en el piso de abajo. Te he oído subir las escaleras. En este momento puedo oír los latidos de tu corazón. Está desbocado. Algunas veces mis sentidos son más agudos que otras; me da por rachas. Pero tú entiendes lo que quiero decir, ¿verdad? Los Usher no pueden sobrevivir mucho tiempo fuera de los dominios de Usherland. Estoy seguro de que ya estás empezando a darte cuenta de ello.

Los ojos de Rix empezaron a acostumbrarse a la oscuridad. Frente a él, tumbado en la cama, bajo los pliegues de la cámara de oxígeno, había una figura tiesa y marrón, horriblemente demacrada. Yacía inmóvil; pero cuando extendió un brazo flaco y tembloroso para subirse la sábana, Rix sintió un escalofrío en la columna vertebral. Hacía menos de un año, Walen Usher medía más de un metro noventa y pesaba noventa y cinco kilos. La sombra del lecho no pesaría más de la mitad, como máximo.

—No me mires —carraspeó Walen—. Ya te llegará la hora.

Rix tenía un nudo en la garganta. Cuando recobró la voz, le dijo:

—No parece que el haber vivido en Usherland durante toda la vida te haya servido de nada...

—Te equivocas. Tengo sesenta y cuatro años. Estoy al final del camino. ¡Pero mírate! Podrías ser hermano mío en lugar de hijo mío. Cada año que pasas fuera de Usherland se va deteriorando tu salud. Tus ataques se agravarán. Pronto, tu pequeño útero no te bastará. Un día, cuando intentes refugiarte allí, descubrirás demasiado tarde que penetra un resquicio de luz. Te quedarás ciego y te volverás loco allá dentro, sin nadie que te ayude. Yo llevaba cinco años —su voz gorgoteó de enfado— sin sufrir un ataque. Hudson Usher sabía que el aire, la paz y la soledad de este lugar eran un bálsamo para la enfermedad. Edificó esta casa para que sus descendientes pudieran llevar una existencia larga y plena. Nosotros poseemos nuestro mundo aquí, Rix. Es una locura pretender vivir en otra parte. A menos que quieras suicidarte poco a poco...

—Me fui porque quería vivir mi vida.

—Claro.

Se produjo un borboteo por debajo de la cama. Excreciones fisiológicas, se dijo Rix. Walen estaba conectado a toda clase de tubos, que le descargaban de sus fluidos.

—Oh, desde luego has vivido tu vida. Escribiste el texto de los anuncios de unos grandes almacenes de Atlanta. Después trabajaste como vendedor de libros. Más tarde, como corrector de estilo de algún periodicucho local. Magníficas ocupaciones. Y no olvidemos tu trayectoria personal. ¿Te apetece hablar de tu descabellado matrimonio y sus consecuencias?

Rix apretó los dientes. Se sintió como si fuera niño de nuevo y le estuvieran azotando con el Pacificador.

—Entonces te lo ahorraré. Hablemos de tus logros literarios. Tres obras completamente absurdas. Creo que tu último libro ha estado en la lista de best-sellers una temporada. Como suele decirse, si metes a un mono en una habitación con una máquina de escribir durante el tiempo suficiente, acabará produciendo sonetos shakespearianos.

Hizo una pausa para dar tiempo a que penetrara el dolor de los azotes. De niño, Rix luchaba contra el llanto cuando trabajaba el Pacificador, pero el dolor siempre acababa venciendo. «¿Tienes ya bastante?» le preguntaba Walen, y como Rix guardaba un obstinado silencio, el cuero volvía a restallar.

—Esos libros tuyos probablemente condujeron a tu mujer al suicidio, sabes —dijo Walen como sin darle importancia.

Rix sintió crujir su control como un hueso partido. Su boca se contrajo bajo la mascarilla y le zumbó la sangre en los oídos.

—¿Qué se siente a la hora de la muerte, papá? —se oyó preguntar con voz agria—. Estás a punto de perderlo todo, ¿verdad? La finca, la empresa, el Pabellón, el dinero... No te servirán de nada cuando seas polvo dentro de una caja, ¿o sí?

El osciloscopio empezó a pitar y la señora Reynolds carraspeó nerviosa desde el otro extremo de la habitación.

—Pronto estarás muerto —prosiguió Rix— y nadie lo sentirá... salvo, tal vez, las sanguijuelas del Pentágono. Sois tal para cual. ¡El apellido Usher me da náuseas!

El esqueleto de la cama no se movió. De pronto, Walen alzó sus flacos brazos y aplaudió suavemente dos veces.

—Muy dramático —susurró—. Muy sentido. Pero no te preocupes por mi muerte, Rix. Me abandonaré cuando yo quiera, no antes. Hasta entonces, estaré aquí.

—Parece que nunca llego a aprender que aquí las cosas no cambian, ¿verdad? Creo que ya llevo aquí demasiado tiempo —hizo ademán de alejarse de la cama.

—No, espera —era una orden, y Rix la obedeció, pese a su enfado—. Quiero decirte una cosa más.

—Pues dila, porque me voy.

—Como quieras. Pero me has interpretado mal, hijo. Yo siempre me he tomado a pecho tus intereses.

—¿Qué? —Rix casi se echó a reír.

—Soy un ser humano, lo mismo da lo que tú creas. Tengo sentimientos. Pero también he asumido mi destino, Rix, y me he preparado para él. Lo malo... es que me ha sobrevenido tan deprisa, tan deprisa... —Calló mientras fluían más líquidos por los tubos—. Lo peor de todo es la indignidad de la muerte. —dijo en voz baja—. Vi cómo moría mi padre, igual que yo. Sabía lo que me esperaba, a mí y a mis hijos. No puedes volver la espalda a tu herencia Usher, por más que lo intentes.

—Haré todo lo posible.

—¿De veras?

Walen sacó la mano de debajo de la sábana y la acercó a un pequeño panel, adosado a la cama. Empezó a tocar botones y se encendieron una serie de pantallas de televisión en una consola

empotrada en la pared. El contraste y el brillo de las pantallas eran muy tenues para no lastimar los ojos de Walen, pero Rix distinguió el interior de la piscina cubierta de estilo romano, las pistas de tenis cubiertas, el helipuerto y el hangar situado detrás de la mansión, el interior del garaje con la colección de automóviles de época y la verja de entrada de Usherland. Las cámaras de circuito cerrado barrían lentamente los decorados.

—La vida en Usherland no tiene por qué ser desagradable —dijo Walen—. Mira todo lo que tenemos aquí. Nuestro propio mundo. Libertad para hacer todo cuanto queremos y cuando queremos. Y tenemos influencia, Rix, más influencia de la que te puedes figurar.

—¿Quieres decir el poder de volar países enteros del mapa? —preguntó Rix con aspereza.

En la luz azulada, Rix vio sonreír la calavera de su padre, por el rabillo del ojo. No se atrevió a mirarlo de cerca.

—Venga ya. Los Usher sólo diseñan y construyen las armas. Nosotros no las usamos. Lo mismo que hicieron los Colt, los Winchester y cientos de hombres con visión. Sólo hemos llevado el proceso un poco más lejos.

—Desde los fusiles de chispa al rayo láser. ¿Qué viene después? ¿Un arma para matar a los niños en el útero de las madres? ¿Para que mueran antes de llegar a ser soldados?

La calavera sonrió.

—¿Lo ves? Siempre he dicho que eras el más imaginativo de mis hijos...

—Seguiré escribiendo.

Las pantallas de televisión se fueron apagando.

—Tu madre te necesita —dijo Walen.

—Tiene a Boone y a Katt.

—Boone tiene otras preocupaciones. Su mujer le ha hecho inestable. Y Katt finge ser dura, pero sus emociones son como el cristal. Tu madre ahora mismo necesita un hombro sobre el que apoyarse. ¡Santo cielo! ¿Qué es ese silbido que no para de sonar? ¡Parece que viene del piso de abajo!

—Es mamá vaporizando Lysol —dijo Rix asombrado de que su padre pudiera detectar ese sonido tan lejano.

—¡Es que me dan ganas de mear! Dile que no lo haga más. Ella te necesita, Rix. A ti, no a Boone ni a Katt.

—¿Y qué me dices de Cass y Edwin?

—Ellos tienen que cuidar de la finca. ¡Maldita sea! ¡No pienso suplicarte! Es lo último que te pido. ¡Quédate aquí, por tu madre!

A Rix le pilló desprevenido; no esperaba una petición tan clara de su padre. Pero estaba allí, en Usherland, con el control de la finca y del tiempo en sus manos... ¿Qué mejor oportunidad para llevar a cabo la idea que se le había ocurrido en Nueva York? La mansión poseía una buena biblioteca; encontraría libros de utilidad. Habría de tener cuidado. Aunque la última vez que estuvo allí había mencionado la idea de pasada a Cass, no quería que nadie se enterara de que lo estaba considerando en serio.

—Muy bien —aceptó Rix—. Pero sólo unos días. No puedo permanecer más tiempo aquí.

—Es lo único que te pedía.

Rix asintió. El esqueleto se movió dolorosamente en el lecho. Había algo a su lado. Rix tuvo que observarlo un momento para distinguir que era el bastón Usher con la cabeza de león de plata

en la empuñadura, el símbolo del patriarca de la familia. La mano de Walen se desplazó como un cangrejo hasta él.

—Ya puedes marcharte —le dijo escuetamente.

Se acabó la cita, pensó Rix. Se volvió bruscamente y se dirigió a tientas a la puerta. La señora Reynolds dejó el libro y se levantó para abrirle.

La mortecina luz de la escalera le deslumbró. Se quitó la mascarilla de la cara y la tiró a una papelera de acero inoxidable. La ropa le apestaba a podrido.

Bajó las escaleras con paso inseguro, pero a mitad de camino le sobrecogió un mareo agobiante. Tuvo que pararse mientras el mundo daba vueltas a su alrededor. Sintió sudores fríos y temió que le diera un ataque. Pero se le pasó. Después hizo varias inspiraciones profundas para despejarse la cabeza.

Cuando se sintió capaz de caminar, siguió por el pasillo y encontró a Edwin esperándole. Edwin no tuvo necesidad de preguntarle por su visita a su padre; Rix tenía la cara como la cera.

Edwin carraspeó:

—¿Has visto ya tu cuarto?

—No. ¿Por qué?

La última vez que estuvo allí, su dormitorio era cómodo, pero nada especial. Hacía tiempo que habían quitado sus antiguos muebles y los habían sustituido por una cama primorosa, una cómoda, un tocador de palo de rosa y una mesa de mármol traída del Pabellón.

Edwin le abrió la puerta.

Rix se detuvo como si hubiera tropezado con una mampara de cristal.

Habían vuelto a cambiar su habitación. Los

muebles ostentosos habían desaparecido. En su lugar, su conocida mesa de pino, con su secante verde y la vieja máquina de escribir Royal —su primera máquina de escribir, la que había parido sus cuentos de monstruos cuando tenía diez años; su vieja cómoda, decorada con cientos de calcomanías de modelos de aviones; su cama cuya cabecera labrada utilizaba como consola de mandos de su nave espacial; incluso la alfombra verde oscuro que parecía musgo del bosque. Estaba idéntica, incluso con las lámparas de bronce del escritorio y la mesilla de noche. Rix se quedó anonadado. Tenía la sensación de haber retrocedido en el tiempo; pensó que si abría la puerta del armario encontraría a Boone —más pequeño, pero no menos travieso— agazapado allí, entre los trajes y los zapatos infantiles, dispuesto a dar un salto y gritar: «¡El Hombre de la Calabaza!» a pleno pulmón.

—Dios mío... —murmuró Rix.

—Tu madre ha insistido en que se recuperaran todos estos muebles del Pabellón —dijo Edwin encogiéndose de hombros, sin poder evitarlo.

—¡Es increíble! ¡Está exactamente igual que cuando tenía diez años!

—Ha querido asegurarse de que estuvieras cómodo. Se hizo todo de la noche a la mañana.

Rix penetró en su cuarto. Todo estaba igual. Hasta la colcha de cuadros azules y verdes.

—¿Cómo recordaba lo que había aquí? No creo que prestara nunca demasiada atención a mi cuarto.

—La ayudamos Cass y yo.

Rix abrió el último cajón de la cómoda, con la secreta esperanza de encontrar los tres montones de antiguos tebeos de Batman que había guardado y, más tarde, había tirado estúpidamente, pensan-

do que era demasiado mayor. El cajón estaba vacío, como todos los demás. Olían a naftalina. Encima de la cómoda había un objeto que Rix casi había olvidado: una cajita de madera labrada. Rix la abrió y volvió a la infancia: en su interior, una colección de guijarros de río, mármoles y monedas antiguas. La colección había permanecido intacta a lo largo de los años. Cerró suavemente lo que él llamaba su «cofre del tesoro» y se dirigió al armario. Dentro encontró su bolsa de viaje y su maleta.

—¿Está todo bien? Tu madre quiere saberlo.

—Supongo que sí. ¡Es que no me lo puedo creer! Se ha pasado un poco, ¿no?

—Es su manera de demostrarte cuánto se alegra de tu vuelta —dijo Edwin—. Y yo también me alegro, Rix. Cass y yo te hemos echado de menos, mucho más de lo que te puedes figurar —y le apretó con cariño el hombro.

—¿Dónde está Cass, en la cocina? Me gustaría verla.

—No, ha ido al mercado de hortalizas de Foxton a comprar verduras frescas. Esta noche va a hacer una empanada galesa para ti. Em... supongo que habrás traído traje y corbata...

Rix sonrió.

—Sí. Sabía que de lo contrario, no me dejarían comer.

Su madre no permitía la entrada en el comedor a nadie que no llevara lo que ella consideraba un atuendo civilizado.

—Sigue igual que siempre, ¿verdad?

—Tu madre fue educada para ser una señora —dijo Edwin diplomáticamente—. Conserva ciertos convencionalismos. Pero por favor, Rix, recuerda que está pasando un momento terrible.

—Me portaré bien —prometió Rix.

—Hablaremos más tarde. Quiero que me hables de tu último libro. ¿Cómo se titulaba? *¿Casa de locos?*

—Sí.

Rix había explicado a Edwin el argumento de *Casa de locos* una noche, durante una larga conferencia telefónica, hacía seis meses, y recordó el silencio de Edwin cuando él se había extendido en los detalles de los cuerpos descarnados colgados en el sótano del bloque de viviendas. Edwin hizo lo posible por fingir entusiasmo por los proyectos literarios de Rix, aunque éste sabía que prefería la historia americana y las biografías.

Cuando Edwin salió, Rix puso su maleta encima de la cama y la abrió. En su interior, entre la ropa, había una docena de frascos de vitaminas. Hacía más de tres años que había empezado a consumir metadosis, al mirarse al espejo y verse tan envejecido. Pensaba que tomando vitaminas recuperaría el apetito. De todos modos, comía como un pajarito. Aunque creía que le sentaban bien. Por lo menos, había dejado de perder el pelo a puñados.

Llenó el vaso con agua del grifo del cuarto de baño y echó dentro varias cápsulas de cada frasco.

—Bienvenido a casa —le dijo al viejo del espejo.

DOS

EL NIÑO DE LA MONTAÑA

4

El sol descendía como un alfanje anaranjado por el horizonte. Un viento helado de creciente intensidad susurraba entre los pinos, los robles escarlata y los prietos tirabuzones de las zarzas de Briartop Mountain.

Un muchacho de quince años llamado Newlan Tharpe se alzaba sobre la llamada Lengua del Diablo, un saliente de roca redondeado y liso. Llevaba un cubo de plástico en cada mano, llenos de moras brillantes. Tenía los dedos, los labios y la barbilla teñidos de violeta; sus ojos oscuros y vivaces estaban fijos en el panorama que se extendía a sus pies, a unos doscientos cincuenta metros.

Los espesos bosques y los sombríos lagos de Usherland estaban cubiertos de oscuras sombras y luz anaranjada, como una intrincada manta tejida con los colores de Halloween. En la isla que había en el centro del lago más grande se alzaba la casa más inmensa del mundo. La llamaban el Pabellón Usher. New había decidido hacía mucho tiempo que en su interior cabría la ciudad de Foxton entera, y aún sobraría sitio para un rancho de caballos. Su madre decía que ni siquiera los propios Usher soportaban vivir en ella, y el caserón llevaba mu-

cho tiempo deshabitado... salvo por el ser solitario que moraba en su interior.

Pero ella no explicaba qué era aquella criatura.

En escasos minutos, el sol poniente teñiría de fuego los muros del Pabellón. New veía sus reflejos en las docenas de veletas y de pararrayos que coronaban los empinados tejados de pizarra. Del alero de granito que corría por debajo del tejado sobresalían figuras de leones, unos rampantes, otros amenazantes. Cuando el sol les daba de lleno como ahora, los felinos de mármol rojizo parecían cobrar vida, estirarse y recorrer el alero como guardando su territorio.

New contempló una bandada de seis patos salvajes que comían entre la hierba de la orilla septentrional del lago. El lago era de color de ébano hasta en plena luz del día, y ni una sola vez, de las muchas que había acudido a ese lugar a otear el horizonte, había visto saltar ningún pez fuera del agua.

El Pabellón ocupaba casi toda la superficie de la isla. Un puente de piedra lo comunicaba con una carreterita asfaltada de Usherland. Una vez, después de un chaparrón muy fuerte, New había ido allí y había visto romper las olas contra los cimientos del Pabellón. Dejó vagar su mente por encima de las montañas azules que limitaban su mundo, y le embargó la pregunta de siempre: ¿cómo habría sido la vida si su madre hubiera sido una Usher en vez de una Tharpe? Habría podido recorrer esos bosques, montar a caballo por los suaves prados verdes y ver el impresionante Pabellón por dentro... Algunas veces sentía una punzada de envidia al ver jinetes allá abajo, por los senderos del bosque. Aunque él vivía cerca de los

límites septentrionales de Usherland, sabía que igual daría estar a cientos de kilómetros de allí. Veía el Pabellón en sueños, y su anhelo de penetrar en él iba en aumento; no obstante, nunca contó a su madre sus sentimientos. Ella les había prohibido, a él y a su hermano Nathan, de diez años, adentrarse por los sinuosos senderos que salían de Briartop hacia el interior de Usherland. Decía que era un lugar encantado. Los Usher eran una extirpe depravada con la que era mejor no tratarse.

Con el Hombre de la Calabaza y su negro compañero que rondaban por el bosque, New mantenía a raya su curiosidad por el Pabellón. Aunque nunca les había visto, se sabía los cuentos de memoria. En el bosque había seres que vagaban por la noche, seres que debían evitarse a toda costa. Él había encontrado unas huellas inmensas y bestiales en el suelo, y una gélida noche de enero había oído los pasos de un animal enorme por el techo de la cabaña. Había cogido una linterna y la escopeta de su padre —porque por más miedo que tuviera, él era el único hombre de la casa— y había iluminado el tejado de la cabaña, aunque no descubrió nada allí.

De repente vio que los patos aleteaban y emprendían el vuelo casi al unísono. Formaron una uve y sobrevolaron el Pabellón.

Más aprisa, pensó New. Más aprisa.

Los patos ganaron altitud.

Deprisa, les instaba el muchacho mentalmente. Antes de que se despierte y...

De pronto, la formación de los patos fue alterada, como por turbulencias del aire. Cuatro de ellos aletearon furiosamente, como arrastrados por un confuso torbellino. Los otros dos bajaron a ras de agua.

Deprisa, pensó él, conteniendo el aliento.

Los cuatro patos cambiaron de rumbo, hacia la escarpada cara norte del Pabellón.

Uno tras otro chocaron contra la pared y cayeron en cascada, en una nube de plumas, entre los esqueletos putrefactos de otros pájaros y otras aves salvajes.

New oyó la lejana llamada de uno de los patos que había logrado escapar, y después, silencio, sólo el aullido del viento. El Pabellón no tenía ventanas; las habían tapiado todas, cientos de ellas, de todas formas y tamaños. New se imaginaba por qué: a lo largo de los años, probablemente, los pájaros habían roto todos los cristales y los Usher decidieron cerrar la casa a cal y canto.

—Está anocheciendo —dijo Nathan, al lado de su hermano.

Él llevaba un solo cubo con moras y con la otra mano jugueteaba con el maldito yoyó azul que su madre le había comprado en Foxton.

—Más vale que volvamos a casa, mamá se va a poner furiosa.

—Sí —replicó New, sin moverse del borde de la Lengua.

Dio una patada a una piedra suelta, que se precipitó al vacío. Llevaban toda la tarde recogiendo moras. Su madre las empleaba para hacer tartas, que luego vendía al café Broadleaf de Foxton. No tenían que haber pasado junto a la Lengua del Diablo, pero New remoloneó hasta allí y llevaba diez minutos contemplando el Pabellón. Muchos de los balcones estaban alfombrados de cadáveres de pájaros, como la nieve. En lo alto del tejado, entre las chimeneas y los torreones, había algo parecido a un enorme bulbo de cristal, descolorido, opaco y

sucio. New se preguntó por qué sería tan espantosamente grande esa casa y por qué sentía él la necesidad de ir allí, día tras día, como en respuesta a los sueños que le asaltaban por la noche. Vio uno de los patos, que aún se agitaba al pie de los muros de la casa, y dio media vuelta. La imagen del Pabellón bañado por la luz mortecina del crepúsculo no se le borraba de la mente.

—Bueno —dijo—, supongo que habrá que irse a casa.

—Venga, rápido, se está haciendo de noche.

Se bajaron de la roca. New echó una última mirada y echaron a andar por el sendero pedregoso que conducía a su casa, a un par de kilómetros de allí. Se suponía que debían de llegar a casa bastante antes del anochecer, y de no haberse detenido en la Lengua así habría sido, se dijo New. Los hombres de la casa, pensó.

Las familias que vivían al borde de los sinuosos caminos de Briartop llevaban allí muchas generaciones. Había varios cientos de cabañas como la de los Tharpe, asentadas en zonas umbrías o en los claros ganados al bosque. Briartop era una montaña maciza con la cumbre rocosa y un collar de bajobosque de zarzas y espinos. La gente decía que esas zarzas se te podían enroscar al cuello cuando les dabas la espalda, atrapándote tan fuertemente que era imposible liberarse. Era del dominio público que varios cazadores que habían perseguido al venado hasta Briartop se habían quedado atrapados y enterrados por los espinos, y no se habían encontrado ni sus huesos.

Briartop formaba parte de Usherland, en la zona norte de la finca de mil doscientas hectáreas. Las familias que habitaban por allí tenían la fuerza

de la raigambre irlandesa y escocesa; defendían su intimidad y vivían mayormente a base de ciervos, conejos y codornices. Los extraños —cualquiera que no viviera en las montañas— eran expulsados rápidamente con disparos de advertencia, aunque de todos modos los extraños no encajaban allí. La dureza de la vida serrana se asumía y se consideraba como parte de la vida. Aun así, la gente se mantenía alejada de los senderos poco transitados y atrancaba bien las puertas tras la puesta del sol.

—Habría cogido tantas moras como tú si hubiera llevado otro cubo —dijo Nathan mientras caminaban—. ¡Podría haber llenado tres cubos!

—Pero no puedes llevar más de un cubo, porque el otro lo vuelcas —le contestó New—. Como la última vez.

—¡Claro que sí!

—No señor.

—¡Que te digo que sí!

—Que no.

El yoyó, la valiosa posesión de Nathan, silbó descaradamente.

New advirtió que las sombras se alargaban. Se les echaba la noche encima. Pensó que hubieran debido emprender el regreso una hora antes, pero como se habían comido un montón de moras mientras las iban cogiendo y se estaba tan bien al sol, habían perdido la noción del tiempo. Era la estación de la cosecha... y eso significaba que el Hombre de la Calabaza podía estar por allí.

Sale de ronda cuando las calabazas están maduras, le había dicho su madre; puede volar con el viento y atravesar los arbustos, y se te echa encima tan aprisa que cuando te das cuenta ya es demasiado tarde...

—Camina más deprisa —dijo New.

—¡Tú tienes las piernas más largas!

—¡Deja de jugar con ese maldito yoyó!

—¡Me chivaré a mamá que has dicho una palabrota! —le amenazó Nathan.

Se había levantado un ventarrón helado que azotó el denso follaje a ambos lados del sendero y se les coló entre las piernas. New se estremeció, aunque llevaba su suéter marrón, tejanos con rodilleras y una cazadora de pana heredada de su padre. Seguía oliendo a hombre, un aroma a ron de bayas y a pipa de mazorca.

New estaba bastante alto para su edad. Se parecía mucho a su padre, de constitución delgada y huesuda, con la nariz y la barbilla puntiagudas, pecas en las mejillas, y unos rizos castaños caoba por encima de las orejas y el cuello. Tenía los ojos grandes y expresivos, y al mismo tiempo curiosos y precavidos. Estaba pasando una edad desconcertante, y lo sabía. New dudaba entre salir de la adolescencia de cabeza o dar marcha atrás. Por su parte, Nathan se parecía más a su madre. Era de constitución más menuda y más pálido de tez, aparte de sus dos manchas rubicundas en las mejillas. Los niños de la escuela, del otro lado de la montaña, se metían con él porque era enclenque, y New había hecho morder el polvo a más de uno por burlarse de su hermano pequeño. New se detuvo a esperarle:

—¡Venga, pelmazo!

Intentó hablar en tono tranquilo, aunque la incomodidad le aguijoneaba las tripas. La oscuridad se cernía como un velo sobre Briartop. Su madre decía que los ojos del Hombre de la Calabaza brillaban en la oscuridad.

—¡No puedo andar tan aprisa! —se quejó Nathan—. Si no nos hubiéramos quedado tanto tiempo en...

Oyeron un agudo graznido. De repente, el aire que rodeaba la cabeza de Nathan se plagó de unas cosillas voladoras que surgieron del monte bajo. El chiquillo soltó un aullido de terror y empezó a dar vueltas en círculo. Tenía algo en el pelo.

—¡Murciélagos! —chilló, y del susto tiró el cubo de moras, que salieron disparadas por los aires.

New se pegó un susto de muerte, pero al ver alejarse a los animalillos se echó a reír de su propio miedo.

—¡Codornices! —exclamó—. ¡Has asustado a una bandada!

—¡Eran murciélagos! —insistió Nathan desafiante—. ¡Se me han agarrado al pelo!

—Codornices.

—¡Murciélagos! —Nathan no estaba dispuesto a admitir que unas cuantas codornices inofensivas le hubieran puesto los pelos de punta—. ¡Y además, grandes!

Seguía con el yoyó en la mano y de pronto se dio cuenta de que había tirado el cubo de moras.

—¡Las moras!

—¡Ay, Dios mío! Seguro que has repartido moras de aquí hasta Asheville. —Había moras por todo el sendero.

—Mamá me va a despellejar si no le llevo el cubo lleno a casa.

El niño empezó a recogerlas entre los espinos, quejándose cada vez que se pinchaba.

—No, no lo hará. Venga, vámonos, es mejor que... —New se calló al ver la mirada de su hermano.

Estaba a punto de echarse a llorar; había trabajado duro toda la tarde, y ahora unas codornices de nada lo habían echado todo a perder. La vida parecía deleitarse malévolamente en atormentar a Nathan.

—Bueno... —dijo New, dejando los cubos en el suelo—. Te ayudaré a recogerlas.

Las sombras se cerraban. New se metió entre los matorrales, enganchándose la ropa con los pinchos.

—¿Pero por qué has hecho eso? ¡Qué estupidez! —le dijo, enfadado.

—Porque eran murciélagos y se me metieron en el pelo, por eso...

—¡Codornices! —puntualizó New.

Vio algo a escasa distancia y se aproximó. Había un trozo de tela descolorida enganchado entre los espinos. Parecía un trozo de una camisa. Se le clavó una espina en el cuello y juró por lo bajo.

—No sé adónde habrán ido a parar... Podrían haber llegado a la luna por el modo...

Dio un paso más y el suelo se hundió bajo sus pies.

Cayó, desollándose en las enredaderas, los matorrales y las ramas de los espinos.

Oyó que Nathan le llamaba a gritos y luego oyó su propio grito.

Se estaba despeñando por el precipicio, pensó. Se iba a morir.

Fue cayendo dando tumbos, pinchándose las manos al agarrarse a las zarzas. Su cabeza chocó con algo duro... «una roca, me he dado con una piedra, ay, mi cabeza» y no se enteró de nada más hasta que oyó a Nathan llamándole desde las alturas.

New estaba inmóvil. Jadeaba, sin aliento, y tenía sangre en la boca.

—¿Me oyes, New? ¿Me oyes...? —la voz de Nathan era frenética.

Se le saltaron las lágrimas de dolor. No veía nada y al intentar enjugarse los ojos no consiguió liberar los brazos. Estaba colgando de alguna cosa. Olía mucho a tierra... y a otra cosa, de aroma intenso y dulzón: olor a muerto, muy cerca de él.

—¡Nathan! —exclamó, aunque no fue más que un susurro—. ¡Nathan! —gritó, más fuerte.

—¿Estás bien?

Sí, estupendamente, pensó, y casi se echó a reír. Le ardían todas las articulaciones del cuerpo. Tiró del brazo derecho con todas sus fuerzas y oyó cómo se le rasgaba la ropa; después se enjugó la humedad y el polvo pegajoso de los ojos y a la pálida luz violácea vio dónde se encontraba.

No se había despeñado por el precipicio de Briartop sino tan sólo a un agujero oculto por los matorrales. Tendría unos doce metros de hondo, calculó, con un empinado reborde de tierra, que se perdía en la oscuridad. New estaba atrapado en una trampa de zarzas, como alambres de espino, por el pecho y las piernas, y tenía el brazo izquierdo esposado por la muñeca. Los horrendos espinos se le enroscaban al cuerpo, como lazos, vueltas y nudos. Si se movía, comprendió con un escalofrío, le apresarían con más fuerza.

Pero lo peor de todo eran sus compañeros de prisión.

Había cadáveres en diversos estados de putrefacción, desde carne bastante fresca hasta esqueletos amarillentos. La cabeza de un venado alzaba sus cuernos hacia el cielo, enmarañado sin reme-

dio. Por todas partes había huesos de mapache, de mofeta, de zorro, de serpiente y de pájaros. Un cadáver reciente de ciervo yacía a su derecha; acababa de reventar. Cuando New volvió la cabeza hacia la izquierda, los rizos del cuello se le erizaron.

A menos de dos metros de él, retorcido entre las zarzas, había un esqueleto humano. Llevaba los restos de una camisa de franela roja, pantalones de ante y botas. Su boca se abría en el vacío como en un último estertor. Le habían crecido zarzas por la columna vertebral, y las enredaderas le habían abierto las junturas del cráneo. Su brazo derecho se retorcía en ángulo agudo hacia atrás, con el hueso roto, sin duda. Poco más allá había un rifle oxidado, y el cazador llevaba una vaina vacía de cuchillo a la cintura.

New forcejeó violentamente por liberarse. Los lazos se afianzaron en torno a su pecho.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Nathan! ¡Ve a buscar ayuda! —la cabeza le latía sin piedad.

Nathan tardó unos segundos en contestar.

—Tengo miedo, New —dijo al fin—. Creo que he oído algo... Unos pasos.

—¡Vete a buscar ayuda! ¡Vete a buscar a mamá! ¡Corre, Nathan!

Se le clavó un picho en la mejilla.

—¡He oído algo, New! ¡Se está acercando! —Al chiquillo se le quebró la voz.

Salía la luna. Como una calabaza, pensó New; y se quedó helado por dentro.

—¡Corre! —susurró, y luego dijo a gritos—: ¡Vete a casa, Nathan! ¡Corre! ¡Vete a casa!

Cuando le llegó la voz de Nathan, estaba cargada de decisión:

—¡Voy a buscar a mamá! ¡Te salvaremos, New! ¡Ya verás!

New le oyó abrirse camino por el monte, y luego un grito lejano:

—¡Ya verás!

Y silencio.

Sopló una ráfaga de viento. Unas hojas muertas bajaron revoloteando por la sima. New oyó el sonido entrecortado de su respiración. El hedor a muerte flotaba en torno a él.

No sabía qué hora era, pero de pronto le recorrió un escalofrío dolorosísimo. Algo le estaba mirando, lo sentía tan claramente como un sabueso tras la pista de un zorro. Miró hacia lo alto, con el corazón en un puño.

Iluminada por la luz de la luna, una silueta se alzaba a doce metros de él, en el borde del hoyo. Llevaba una capa negra, y bajo el brazo derecho una cosa parecida a un saco.

New casi logró hablar... casi. Pero se le había helado la sangre porque sabía lo que estaba viendo.

El ser no se movió. New no podía decir lo que era, aunque parecía... vagamente humano. Lo que llevaba bajo el brazo tampoco se movía, pero New creyó, durante un instante terrible, que la luna estaba iluminando una cara blanca, vuelta hacia arriba. La cara de un niño. New parpadeó.

El ser había desaparecido, si es que había estado allí alguna vez. Se había marchado sin hacer ruido, en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Nathan! —gritó.

Y siguió llamando a su hermano hasta que su voz quedó reducida a un débil murmullo. En su alma sintió la misma desesperación que al ver cómo metían en la tumba el ataúd de su padre.

Corre, corre todo lo que puedas, porque el Hombre de la Calabaza ronda por el bosque...

Se le escapó un grito estremecido de angustia. A su alrededor, los huesos crujían movidos por las ráfagas de aire.

5

Rix se estaba vistiendo para la cena. Mientras se hacía el nudo de la corbata delante del espejo oval de encima de la cómoda, le distrajo una racha de viento que hizo chocar unas hojas rojizas contra las ventanas de su cuarto, en la fachada norte. Los árboles se abrieron un instante, como un mar embravecido, y Rix vio a lo lejos los tejados y las chimeneas del Pabellón Usher, teñidos de naranja y púrpura por el crepúsculo. Luego, los árboles volvieron a cerrarse.

Tuvo que volver a anudarse la corbata. Se le había escurrido de los dedos.

Cuando apenas contaba nueve años, fue al Pabellón por primera y última vez. Boone le había desafiado a jugar al escondite allí dentro. Primero se había escondido su hermano. Dentro reinaba la oscuridad, pero ellos llevaban sendas linternas. Boone estableció las reglas de juego: sólo se podían esconder en la planta baja de la residencia, y no podían utilizar las alas oriental ni occidental. Ahora cierra los ojos y cuenta hasta cincuenta. Rix salió en su búsqueda en cuanto contó hasta treinta. En el Pabellón no había electricidad, porque estaba deshabitado desde 1945, y reinaba un silencio

espectral. Y hacía mucho frío, cuanto más adentro, peor. Lo cual era raro, porque estaban a primeros de octubre y fuera todavía hacía calor. Pero el Pabellón repelía el calor, estaba seguro. Encerraba entre sus sinuosos pasillos y en el laberinto de sus habitaciones los fantasmas helados de ciento cuarenta inviernos. Dentro del Pabellón se estaba siempre como en pleno enero, era un mundo de magnificencia gélida y remota.

«Maquimalvada», pensó Rix. Era una palabra que Rix estaba rumiando, para emplearla como título de alguno de sus futuros libros. Significaba «maquinación maligna» o, más literalmente, algo construido con malos propósitos. El Pabellón era maquimalvado, edificado sobre los escombros de la destrucción, para albergar a las generaciones de asesinos que Rix llamaba sus ancestros. Si comparásemos Usherland con un cuerpo, el Pabellón sería su corazón maligno, adormecido pero no muerto. El Pabellón, a semejanza de Walen Usher, escuchaba, reflexionaba y esperaba.

Le había retenido atrapado en sus fauces durante casi cuarenta y ocho horas cuando tenía nueve años, como una bestia que intentara digerirle poco a poco. A veces la mente de Rix daba un salto al pasado, y él regresaba al cuerpo de aquel niño de nueve años, perdido en la oscuridad del Pabellón, cuando las pilas gastadas que Boone había colocado en su linterna se agotaron. No recordaba gran cosa de aquella prueba, pero sí recordaba la oscuridad, absoluta y aterradora, una fuerza monstruosa y silenciosa que le hizo caer de rodillas y después andar a gatas. Entonces él no lo sabía, pero el Pabellón contaba con doscientas habitaciones y, debido a la locura o el ingenio de los planos, había zonas

sin ventanas a las que no se podía acceder por ningún corredor conocido. Recordaba haberse caído por una escalera, donde se desolló las rodillas, pero no estaba demasiado seguro de nada. Eran sombras que intentaba mantener a raya.

Se despertó en su cama varios días más tarde. Cass le dijo que Edwin había ido a buscarle y le había encontrado vagando por el ala oriental del segundo piso. Rix había caminado sonámbulo por todo el Pabellón, golpeándose con las paredes y las puertas como un juguete mecánico. Sólo Dios sabía cómo se las había arreglado para no partirse el cuello. Desde aquel día, no había vuelto a pisar el Pabellón.

La imagen del esqueleto de ojos sanguinolentos colgando de un gancho se coló lentamente en los recuerdos de Rix. Él la rechazó rápidamente. Le dolía sordamente la cabeza. Boone le había atraído deliberadamente al Pabellón para que se perdiera.

Le resultaba curioso el empeño de su padre en que Boone no interviniera para nada en Usher Armaments. Boone ni siquiera había visitado la fábrica, y Rix no tenía ningunas ganas de hacerlo. Aunque al parecer su principal ocupación eran los caballos de carreras, Boone tenía una agencia artística con oficinas en Houston, Miami y Nueva Orleans. No soltaba prenda de sus negocios, pero Rix se había enterado de que representaba «a una docena de estrellas de Hollywood, tan guapas que serían capaces de derretirte las entrañas».

En ese caso, se preguntaba Rix, ¿por qué no tenía su hermano una delegación en California? Rix nunca había visitado ninguna de las oficinas de Boone —y no era probable que fuera invitado— pero por lo visto Boone ganaba mucho dinero con

su agencia. Por lo menos se vestía y hablaba como un próspero hombre de negocios.

En lo único que Rix había triunfado, y moderadamente, era escribiendo. Tenía ahorrados unos cuantos miles de dólares, pero sabía que no le durarían demasiado. ¿Y luego qué? ¿Encontrar un trabajo modesto, que le duraría cuatro o cinco meses como mucho? Si no lograba escribir otro libro —otro best-seller— todo lo que Walen le había pronosticado sobre su fracaso se haría realidad. Y él tendría que regresar a Usherland, de rodillas.

Rix intentó alejar de su mente toda incertidumbre. Se puso la americana de mezclilla e inspeccionó un desgarrón debajo de la manga derecha, producido cuando se cayó en la acera, en Nueva York. También se le había roto el forro, pero pensó que su madre no se daría cuenta. Ya estaba listo. Bajó la escalinata.

De camino a la sala de estar, se detuvo a curiosear en la sala de juego, con las dos mesas de billar y las lámparas antiguas Tiffany verde mar. Todo seguía como siempre, aunque advirtió dos novedades: los juegos «Wizard'Quest» y «Defender Arcade». Estaban en un rincón discreto, probablemente para el disfrute de Boone. Atravesó la sala de juego hacia el salón de fumar, una estancia de techo alto con las paredes de roble que olía levemente a habano. Las paredes estaban adornadas con pinturas al óleo de escenas de caza, al lado de cabezas disecadas de alce, muflón y jabalí. En un rincón se alzaba un oso grizzly de más de dos metros de alto, cazado en la finca por el propio Teddy Roosevelt, al parecer. Un reloj de pared con un hermoso péndulo de bronce tocó suavemente las siete.

Al otro lado del salón de fumar había una puerta corredera de dos hojas. Rix fue hacia ella para abrirla. Daba a la biblioteca de su padre.

Pero la puerta estaba cerrada a cal y canto.

—¿Has visto a tu hermano?

Rix se sobresaltó como un niño pillado en falta con la mano dentro del bote de galletas. Se volvió hacia su madre, que llevaba un traje de noche gris plateado. Iba perfectamente peinada y maquillada.

—No —respondió Rix.

—Supongo que estará otra vez en las cuadras —dijo ella frunciendo el ceño con desaprobación—. Cuando no está con los caballos, está jugando al póquer con esos amigotes suyos en el Country Club. Le he dicho un montón de veces que le hacen trampas, pero él no me hace ni caso, claro. —Agudizó la mirada—: ¿Buscas algo para leer?

—No exactamante, sólo estaba echando un vistazo.

—Tu padre ha cerrado con llave la biblioteca.

—La última vez que estuve aquí no estaba cerrada.

—Pues ahora sí —insistió ella.

—¿Por qué?

—Tu padre ha estado investigando... antes de caer enfermo, quiero decir. —Un plateado destello de tristeza cruzó sus ojos, pero desapareció al instante—. Se trajo unos libros del Pabellón. Evidentemente no quiere que se estropeen más.

—¿Una investigación sobre qué tema?

Su madre se encogió de hombros:

—No tengo ni la menor idea. ¿Es que tu hermano no sabe que en esta casa se cena a las siete y media en punto? ¡No pienso dejarle sentarse a la mesa oliendo a sudor de caballo!

—Estoy seguro de que olerá maravillosamente a sí mismo.

—El sarcasmo nunca gana victorias de popularidad, hijo —afirmó su madre gravemente—. Bueno, he de averiguar si su mujercita piensa reunirse con nosotros esta noche o no. Lleva toda la semana cenando en la cama.

—¿Por qué no mandas a un criado a que se lo pregunte?

—Porque Puddin' es responsabilidad de Boone —repuso Margaret fríamente—. No pienso permitir que mis criados le hagan reverencias como si fuera una princesa. Me importa muy poco que su pereza la impida levantarse de la cama para ir al baño, pero Cass tiene que saber cuántos cubiertos pone a la mesa.

—Pues yo no pienso meterme en esto.

Rix volvió a mirar los picaportes de bronce de la biblioteca y luego desvió la atención hacia una cabeza de alce que había encima de la chimenea.

—Confío en que no te retrases para la cena —dijo Margaret—. Se diría que necesitas una buena comilona. Y tampoco vendrían mal aguja e hilo en esa vieja americana, la verdad. Quítatela después de cenar, que te la mandaré coser.

—Gracias.

—Pues entonces, hasta luego. En esta casa la cena es a las siete y media.

Una vez solo, Rix contempló de nuevo las puertas cerradas y después regresó por donde había llegado, por el corredor principal. Se dirigió hacia la parte trasera de la casa, dejando atrás el salón y el comedor.

Rix se detuvo ante el umbral de la inmensa cocina de la mansión; de paredes inmaculadas con

baldosas blancas, de donde pendían cacharros y otros utensilios de cobre con meticulosa precisión. Contempló a la mujer bajita y voluminosa de pelo gris que vigilaba una hilera de cazuelas humeantes dando órdenes en voz baja aunque firme a las dos pinches de cocina que se ajetreaban a su alrededor. Una sorprendente oleada de afecto embargó a Rix, y de repente se dio cuenta de cuánto había echado de menos a Cass Bodane. Una de las cocineras le miró por encima del hombro —sin reconocerle— y después se volvió Cass, que se quedó helada.

Rix ya estaba preparado para eso. La cara ovalada y rubicunda de la mujer reflejó su mala impresión durante un segundo tan sólo y después enarboló una sonrisa radiante. Rix estaba seguro de que Edwin le había contado que tenía mal aspecto.

—¡Oh, Rix! —dijo Cass, acudiendo a abrazarle.

La coronilla de la mujer le llegaba a la barbilla. Su cariño fue tan bien acogido como una alegre fogata en una noche invernal, y Rix sintió una sensación de bienestar. Sin aquella mujer y su marido, Rix sabía que su vida en Usherland habría sido francamente desagradable. Ellos vivían en una casita blanca del parque, junto al garaje. De niño, Rix había deseado tantas veces vivir en aquella casa con ellos... Aunque compartían una enorme responsabilidad, nunca estaban tan ocupados como para no escucharle un ratito o darle ánimos.

—¡Es estupendo tenerte aquí otra vez!

La mujer retrocedió para mirarle; sus claros ojos azules sólo se inmutaron un instante.

—Como digas que tengo buen aspecto, te diré que le has estado dando al jerez de guisar —le dijo él sonriendo.

—¡No te metas conmigo! —Le dio una cariñosa

palmada en el pecho y luego le cogió de la mano—. Ven a sentarte. Louise, traenos dos tazas de café a la mesa, por favor. Una con crema y azúcar y la otra sólo con azúcar.

—Sí señora —dijo una de las cocineras.

Cass le abrió paso a través de una puerta hasta el cuartito donde descansaba la servidumbre. Había una mesa y varias sillas y una ventana que daba al jardín, iluminado por unos focos indirectos. Se sentaron, y Louise les llevó el café.

—Edwin me ha dicho que estabas arriba —explicó Cass—, pero sabía que necesitabas descansar. ¿Qué tal por Nueva York?

—Bien, supongo. Mucho ruido.

—¿Has ido a trabajar? ¿A investigar para algún otro libro?

—No..., tenía que tratar algunas cosas con mi agente.

Cuando ella sonrió, se le surcó la cara de arrugas. Era una mujer encantadora de sesenta y un años, y Rix sabía que de joven había sido una preciosidad. Había visto la foto que Edwin llevaba en la cartera: Cass a los veinte años, con una larga melena rubia, un tipazo perfecto y unos ojos que podían parar el tiempo.

—¡Qué emoción, Rix! —exclamó ella, cogiéndole la mano—. Quiero que me lo cuentes todo...

Él sabía que *Casa de locos* era inviable. Era inútil intentar resucitarla de la tumba.

—Me gustaría hablar de... mi próximo trabajo —le dijo.

—¿Una nueva novela de terror? —preguntó ella con los ojos brillantes—. ¡Fantástico!

—Hablamos de ello la última vez que vine a casa. —Rix se cruzó de brazos, porque recordaba

su reacción—. Sigo empeñado en escribir la historia de los Usher.

La sonrisa de Cass se desvaneció. Guardó silencio, desvió los ojos y jugueteó con la taza de café.

—Llevo mucho tiempo meditándolo —prosiguió Rix—. Ya he empezado a investigar.

—¿Ah, sí?

—Fui a Gales cuando acabé *Dedos de fuego*. Me acordaba de que papá me había dicho que Malcolm Usher poseía una mina de carbón a principios de 1800. Tardé dos semanas en encontrar lo que quedaba de ella, cerca de un pueblo llamado Gosgarrie. Estaba clausurada, pero el encargado del registro desempolvó unos documentos sobre la Compañía de Carbón Usher. Hubo una explosión y un derrumbamiento hacia 1830. Malcolm, Hudson y Roderick estaban visitando la mina cuando sucedió, y se quedaron atrapados dentro. —Rix esperó a que ella le mirara, pero no lo hizo—. Hudson y Roderick fueron rescatados, pero el cuerpo de su padre no pudo ser recuperado. Evidentemente, se quedaron tan desechos por su muerte que se fueron a América, con Madeline.

Cass no rompió su silencio.

—Quiero saber cómo eran mis antepasados —insistió Rix—. Qué les impulsó a fabricar armas, por qué se instalaron aquí y por qué edificaron el Pabellón. Edwin me ha contado cosas del abuelo Erick, pero... ¿y los demás?

Sus retratos estaban colgados en la biblioteca y sabía sus nombres: Ludlow, padre de Erick; Aram, padre de Ludlow e hijo de Hudson; pero no sabía nada de sus vidas.

—¿Cómo eran las mujeres de la familia? —insistió Rix—. Sé que la investigación será ardua. Pro-

bablemente habré de recurrir a la imaginación en muchos casos, pero creo que es factible.

Cass tomó un sorbo de café y conservó la taza entre las manos:

—Tu padre te cortará el cuello —le dijo en voz baja.

—¿No crees que a la gente le gustaría saber cosas de la familia Usher? Además sería una historia de la industria de guerra americana. ¿Crees que puedo conseguirlo?

—Ésa no es la cuestión. El señor Usher tiene derecho a su intimidad. Y también toda tu familia, incluyendo a tus difuntos antepasados. ¿Estás seguro de que te va a gustar que la gente sepa todo lo que ha pasado en Usherland?

Rix sabía que Cass se estaba refiriendo a su abuelo Erick, que era aficionado a organizar fiestas desmadradas con mujeres desnudas como centro de mesa. En una de sus fiestas, le había contado Edwin, todos los invitados habían montado a caballo en el interior del Pabellón, y Erick ordenó a los criados que se pusieran armaduras y celebraran una justa a orillas del lago, para entretenerles.

—Perdona si me equivoco —dijo Cass, mirándole por fin a los ojos—, pero creo que deseas escribir la historia de la familia para utilizarla contra tu padre y contra el negocio familiar. Ya le has afirmado tus intenciones. ¿Es que no te das cuenta de cuánto te respeta por haberte atrevido a romper los moldes?

—¿Te estás burlando?

—Él es un hombre orgulloso, y nunca admitirá que se equivocó contigo. Envidia tu independencia. El señor Usher nunca se habría atrevido a enfrentarse con Erick. Alguien tenía que ocuparse

de la empresa a la muerte de tu abuelo. Tú no deberías odiarle por eso. Bueno... haz lo que quieras. De todos modos, lo harás. Pero mi consejo es que no despiertes al león dormido.

—Puedo escribir esa obra. Sé que soy capaz —afirmó Rix.

Cass asintió, ausente. Estaba claro que quería decir algo más, pero no sabía por dónde empezar. Apretó los labios.

—Rix... tengo que decirte una cosa. Oh, cariño, ¡qué difícil! —Cass miró hacia el jardín a través de la ventana—. La vida da tantas vueltas, Rix... nunca se sabe lo que uno se puede encontrar a la vuelta de la esquina. ¡Demonios! Nunca he sabido soltar sermones. —Cass le miró fijamente—: Éste es el último año que Edwin y yo pasamos en Usherland.

El primer impulso de Rix fue soltar una carcajada. ¡Vaya bromita! Pero la risa se le atragantó en la garganta cuando vio que ella permanecía muy seria.

—Ha llegado la hora de retirarnos —Intentó sonreír, pero no pudo—. De sobras, en realidad. Queríamos hacerlo hace dos años, pero el señor Usher logró convencer a Edwin. Ahora hemos ahorrado suficiente dinero para comprar una casa en Pensacola. Yo siempre he deseado vivir en Florida.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! ¡Dios mío! ¡Os he visto aquí durante toda mi vida!

—Ya lo sé. Y no hace falta que te diga que has sido como un hijo para nosotros. —Había tristeza en su mirada, y Cass tuvo que callarse un momento para ordenar sus ideas—. Edwin ya no puede cuidar de la finca como antes. Usherland requiere

unas manos más jóvenes. Queremos disfrutar del sol, Edwin quiere practicar la pesca de altura. Yo quiero llevar sombreros de paja —Sonrió melancólicamente—. Y Edwin dice que si me aburro, puedo abrir una pequeña pastelería. Ha llegado el momento, Rix, de veras.

Rix estaba tan aturdido que apenas lograba pensar. ¿Qué sería de Usherland sin Edwin y Cass?

—Florida...: está tan lejos.

—No tanto. También existe el teléfono, sabes...

—Pero... ¿quién va a ocupar vuestro lugar? Sois insustituibles.

Rix conocía la tradición: desde tiempos de Hudson, el máximo responsable de Usherland siempre había sido un Bodane. Pero como Cass y Edwin no habían tenido hijos, el siguiente encargado tendría que ser un extraño.

—Ya sé lo que estás pensando —replicó Cass—. Siempre ha habido un Bodane a cargo de Usherland. Bueno, Edwin no quiere romper la tradición. Habrás oído nombrar a su hermano Robert, ¿verdad?

—Un par de veces.

El hermano de Edwin se había marchado de la finca de joven, pero se había instalado cerca de Foxton. Rix sabía que Edwin le iba a visitar de tarde en tarde.

—Robert tiene un nieto llamado Logan. Tiene diecinueve años y lleva dos trabajando en la fábrica de armamento. Edwin cree que es capaz de hacerse cargo de esa responsabilidad.

—¿Un chico de diecinueve años? ¡Es una locura!

—Edwin tenía veintitrés cuando sustituyó a su padre —le recordó Cass—. Ha hablado con Logan del asunto y le considera capaz. El señor Usher ha

dado su aprobación. Mañana, Edwin va a traer a Logan para empezar a ponerle al día. Desde luego, si Logan decide que no quiere quedarse, pondremos un anuncio ofreciendo el puesto. Y si hay el menor problema, él se irá.

—¿Lo conoces?

—Le he visto una sola vez. Parece inteligente y tiene excelentes informes de trabajo en la fábrica.

Rix advirtió un deje de reticencia en su voz.

—¿Te convence?

—Sinceramente, no. Es un poco tosco. Creo que tiene que demostrar lo que vale. Pero ha aceptado probar, y creo que hay que darle una oportunidad.

Sonó un timbre en la cocina. Eran casi las siete y media y Margaret convocaba a la servidumbre al comedor.

—Me tengo que ir —dijo Cass poniéndose en pie.

Rix se quedó mirando el jardín y ella le tocó el hombro.

—Lamento haberte dado un disgusto, Rix, pero no nos queda otra alternativa. Así están las cosas. Es mejor que vayas a cenar. En el horno hay una empanada galesa riquísima para ti.

Rix dejó a Cass en la cocina y se dirigió aturdido al comedor. Su madre estaba esperando, sola, sentada a la larga y reluciente mesa de caoba.

Justo cuando uno de los muchos relojes tocaba las siete y media y los otros le hacían eco, Boone atravesó la puerta. Traía la cara arrebolada y polvo de la pista de carreras en las cejas, pero se había puesto un traje azul marino y corbata.

—Pareces una mierda pinchada en un palo, Rixy —dijo Boone sentándose frente a él.

—Mis dos muchachos están en casa —dijo Margaret, forzando un tono animado. Luego inclinó la cabeza—: Demos gracias por la comida que vamos a compartir.

6

El Hombre de la Calabaza rondaba por el bosque. Llevaba un traje fúnebre de terciopelo negro y una chistera negra. Tenía la cara amarillenta, como la leche agria. Su guadaña lanzaba destellos azulados a la luz de la luna mientras él iba apartando con su mano esquelética los matorrales a su paso. Quienes le habían visto y habían sobrevivido para contarlo decían que sus ojos brillaban como lámparas verdes; su cara enarbolaba una sonrisa malvada, de dientes afiladísimos.

El Hombre de la Calabaza estaba acostumbrado a esperar. Tenía todo el tiempo del mundo. Antes o después, algún niño se extraviaría lejos de su universo conocido, o perseguiría a un conejo hasta un lugar cubierto de sombras como lápidas de cementerio. Entonces ya nunca volvería a casa.

Llevaba su arma relajadamente, y olfateaba el viento nocturno en busca de olores humanos. Un animalillo salió corriendo entre las hierbas. El Hombre de la Calabaza se quedó imóvil, como una estatua; sólo su gélida mirada se movía lentamente a través de la oscuridad.

Miró hacia la mansión Usher, donde dormía el niño Usher. El niño Usher había vuelto a casa. Si

el niño Usher no salía a jugar a la noche siguiente, siempre habría otra. O la siguiente. Se detuvo bajo la ventana del niño Usher, mirando hacia arriba. Sal, sal a jugar, susurró con voz semejante al viento entre las hojas muertas. Te quiero a ti, niño Usher.

Cuando Rix se despertó tenía los nervios desatados. Se incorporó en la cama. Las paredes de su habitación estaban rayadas de sombras, las ramas de los árboles a la luz de la luna. Hasta esa noche nunca había tenido una pesadilla tan vívida sobre el Hombre de la Calabaza. La criatura se parecía a una foto de Lon Chaney en *Londres después de medianoche*, con ojos hipnotizadores y dientes de vampiro. Tendré que prescindir de esos malditos programas de terror de las madrugadas, se dijo. Sólo sirven para quitar el sueño y...

Crujió una tabla del suelo.

Junto a su cama se alzaba una sombra. Mirándole.

Antes de que Rix reaccionara —estaba a punto de gritar como un niño— una melosa voz femenina que olía a humo susurró:

—¡Chist! Soy yo, encanto.

Rix logró dar con el interruptor de la lamparita de noche después de mucho tantear, y encendió la luz. Y vio a Puddin' Usher, la mujer de su hermano, parpadeando en la luz.

Llevaba una bata rosa y transparente que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. A través de la tela se distinguían las aréolas oscuras de sus pezones y el triángulo negro del pubis. Estaba todo lo desnuda que puede estar una mujer sin quitarse la ropa. Su melena rubia caía en cascada sobre sus hombros desnudos. Puddin' iba muy maquillada, con un carmín exageradísimo y sombra de ojos

de color champán. Tenía los ojos muy oscuros, tan insondables como los lagos turbosos de Usherland. Había ganado unos cinco kilos desde que Rix la vio la última vez, pero seguía siendo guapísima, con su estilo salvaje y ordinario. Hacía varios años que su figura, embutida en un bañador rojo de una talla demasiado pequeña, le había deparado el título de Miss Carolina del Norte. En el concurso de belleza de Atlantic City había hecho méritos con sus antorchas encendidas, pero no había alcanzado la final. Su boca sensual de labios carnosos siempre estaba como pidiendo que la besaran, cuanto más fuerte mejor. Pero en ese momento, su boca ostentaba una mueca de amargura, y su cara una expresión de dureza. Tenía los ojos extraviados, torturados. Rix aspiró una vaharada de perfume —¿Chanel nº 5?— que emanó de su cuerpo, pero por debajo de la fragancia se distinguía un complejo aroma a bourbon y a sudor. De hecho, Puddin' olía como si llevara una semana o más sin darse un baño.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Boone?

—Se ha ido. ¡Adio-ós...! —respondió ella, y torció la boca al sonreír—. A ese club suyo, a jugar al póquer hasta las tantas.

Rix consultó su reloj de pulsera, que estaba en la mesilla de noche. Las tres menos cuarto. Se frotó los ojos.

—¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado?

Ella se encogió de hombros.

—Boone y yo discutimos de vez en cuando. —Lo soltó con asco—. Se fue como a medianoche. Le dejan quedarse a dormir en el club cuando ha perdido todo el dinero y está demasiado borracho para conducir.

—¿Sueles entrar a hurtadillas en el dormitorio de la gente? Me has pegado un susto de muerte.

—No he entrado a hurtadillas. La puerta no estaba cerrada con llave.

Las puertas de los cuartos de Rix, Boone y Katt no tenían cerraduras. Puddin' le miró con el ceño fruncido:

—Tienes mala cara. ¿Has estado enfermo o algo así?

—Algo así. ¿Por qué no vuelves a tu habitación y te pones a dormir?

—Necesito hablar. Por favor. ¡Tengo que hablar con alguien, o si no saldré cagando leches a follar con el primero que pase!

La misma Puddin' de siempre, pensó Rix. Cuando estaba borracha era capaz de ruborizar a un camionero.

—¿De qué? —preguntó Rix contra todo buen juicio.

—Si fueras un caballero me ofrecerías asiento.

Él señalo una silla, de mala gana. Puddin' decidió sentarse en el borde de la cama. La bata se le subió hasta los muslos. En la rodilla izquierda tenía una marca de nacimiento en forma de corazón. Mierda, se dijo Rix: su cuerpo estaba respondiendo y tuvo que levantar las rodillas para formar una tienda con las sábanas. Puddin' se quedó un momento contemplándose una uña, larga y pintada de rojo.

—En esta casa no puedo hablar con nadie. No me quieren —gimoteó.

—Creía que Katt y tú erais amigas.

—Katt tiene demasiado trabajo para las amigas. Se pasa el día montando a caballo por la finca, o colgada del teléfono. ¡Un día habló con un tío de

Venecia durante dos horas enteras! ¿Cómo es posible que alguien hable por teléfono tanto rato?

—¿También escuchas las conversaciones ajenas?

Ella se atusó el pelo impúdicamente.

—Me aburro. Coño, aquí no hay nada que hacer, ¿entiendes? Boone se ocupa más de sus malditos caballos que de mí. —Soltó una risita—. A lo mejor si me pongo una montura a la espalda me monta.

—¡Puddin'! —la regañó Rix—. ¿Qué demonios pasa?

—Tú siempre... me has tenido simpatía, ¿verdad?

—Casi no nos conocemos.

—Pero te gusta lo que conoces, ¿o no? —le dijo ella tocándole la mano.

—Supongo que sí.

Aunque sabía que debía hacerlo, Rix no retiró la mano. Sintió un tirón en la ingle.

Puddin' sonrió.

—Me lo imaginaba. Las mujeres nos damos cuenta del brillo en los ojos de un hombre y ese tipo de cosas. Deberías de haber visto cómo se incorporaban en sus asientos los jueces de Atlantic City cuando pisé el escenario. Casi se oyó cómo les chocaba la polla contra el tablero de la mesa. Las viejas brujas engreídas fueron quienes votaron en mi contra.

—Creo que es mejor que vuelvas a tu cuarto —dijo él, y arrugó la nariz—. ¿Cuándo te has dado el último baño?

—El jabón produce cáncer —repuso ella—. Lo he oído en las noticias. En el jabón hay algo que produce cáncer. ¿Sabes qué es lo mejor para la piel? La gelatina. ¿Sabes lo que es? Jell-O. La echo en el

agua del baño y dejo que se enfríe hasta que cuaja. Después me meto dentro. La mejor es la de naranja, porque además lleva vitamina C.

Él estuvo a punto de preguntarle si había perdido el juicio, pero se abstuvo. Tal vez fuera cierto. Vivir en aquella casa era para volverse loco.

—Sé que te gusto —dijo Puddin'—. Tú también me gustas. De verdad. Siempre he pensado que eras atractivo, elegante y todo eso. Tú no eres como Boone. Tú eres... en fin, un caballero.

Se inclinó hacia él, y se abrió el valle entre sus pechos. Rix aspiró una bocanada de Bourbon.

—Llévame contigo cuando te vayas de aquí —le susurró ella—. ¿De acuerdo?

Rix no contestó, pillado por sorpresa, y Puddin' remachó:

—¡Aquí todo el mundo me odia! ¡Sobre todo la señora dragón! Tu madre tiene ojos en la nuca. Le encanta contar mentiras sobre a mí. Katt no piensa más que en ser una modelo famosa y todo eso. Edwin y Cass me vigilan. Ni siquiera puedo coger el coche para ir de compras a Asheville...

—No me lo creo.

—¡Es cierto, maldita sea! No me dejan pasar de la puerta. Mira, intenté escaparme en agosto. Estaba hasta los cojones de esta mierda de sitio y cogí el Maserati. Llamaron a la policía. La policía del Estado me persiguió hasta Asheville y me llevó detenida a la comisaría, acusada de robar un coche. Tuve que pasar la noche allí, hasta que vino Boone a sacarme. —Frunció el ceño con amargura—. Me mintió para que me casara con él. Dijo que era millonario y que se pasaba la vida recorriendo el mundo. Yo no sabía que esto sería una cárcel y que él no tenía un céntimo propio que gastar.

—Boone tiene una agencia artística.

—Ya. —Puddin' soltó una carcajada de despecho—. La compró con dinero de Walen. Todavía se lo está devolviendo, con intereses. Boone no tiene dónde caerse muerto.

—Será rico —dijo Rix—. En cuanto muera papá... —Tuvo conciencia de ello mientras lo decía—. El negocio de la familia pertenecerá a Boone.

—Oh, no. Te equivocas. Eso es lo que Boone quiere, pero Katt también. ¡Y Boone está cagado de miedo de que el viejo se lo deje absolutamente todo a ella!

Rix lo meditó un momento. Todos los hermanos habían asistido a la Harvard School of Business, con la estipulación de pasar en Usherland los fines de semana. Boone había abandonado al cabo de un año, Rix se había ido a estudiar literatura a la Universidad de Carolina del Norte, pero Kattrina se había graduado *cum laude*. Siempre le había interesado la moda y había abierto una agencia de modelos en Nueva York, a los veintidós años. Al cabo de dos años vendió la agencia con casi tres millones de dólares de beneficios; después decidió trabajar como modelo *free-lance*, cobrando dos mil dólares por hora. Su aspecto dorado y saludable era enormemente popular en Europa, donde su cara vendía de todo, desde abrigos de piel hasta Ferraris.

—Katt es feliz —dijo Rix—. No le interesa la empresa.

—Boone está seguro de que sí la quiere. Dice que tu padre ha hablado con ella en secreto. Por eso el viejo Walen nunca dejará que Boone se haga cargo de las decisiones.

—Eso no significa nada. Nunca nos ha dejado

tomar decisiones, a ninguno. —Sonrió—. Así que Boone está tascando el freno, ¿eh?

—Pues claro. Igual que tú.

—Lo siento. Yo no quiero saber nada de nada.

—Pues Boone dice otra cosa. Dice que finges que no te interesa. Dice que estás esperando a que el viejo reviente, como todos los demás. ¿Sabes lo que me dijo Boone cuando nos casamos? —Frunció sus carnosos labios—. Me dijo que la empresa vale unos diez mil millones de dólares. Y que en cuanto hay rumores de guerra, los millones llegan a carretadas a todas las fábricas. Dice que ni los mismos alemanes hacen unas armas mejores que las Usher. Y ahora, mírame a los ojos y repíteme que te importa un carajo.

—Me importa un carajo —afirmó él.

—Mierda.

Los pechos casi se le salían de la bata, con los oscuros pezones en relieve como dos ojos bizcos.

—¡Sólo un maldito imbécil es capaz de rechazar diez mil millones de dólares! ¡Es todo el dinero del mundo! Mira, sé que protestabas contra Vietnam cuando estabas en la universidad, pero ahora ya no eres un hippie. Eres un hombre adulto.

Dejó arrastrar un poco la voz y por un momento pareció que estaba a punto de zozobrar. Después le agarró del brazo.

—No puedo soportar más esta casa, Rix. Es espeluznante, sobre todo por la noche. El viento sopla tan fuerte cuando anochece... Y Boone se va y me deja sola. Y con el viejo en esa habitación justo encima de mi cabeza... No aguanto ese hedor, Rix. ¡Quiero vivir con gente que me quiera!

—¿Has intentado hablar con Boone de...?

—Sí, lo he intentado —estalló Puddin', poniéndose como la grana—. ¡Y no me escucha! ¡Se limita a reírse! Boone ya no quiere saber nada de mí.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero Rix no supo si eran ficticias o no.

—Dice que no puede acostarse conmigo. ¡Conmigo! Primera majorette del instituto Daniel Webbster. Ganadora de un concurso de belleza. Los jugadores de fútbol se daban de hostias sólo por olerme las bragas. Boone tiene la polla como un fideo mojado.

Rix tardó un momento en digerirlo.

—Boone... ¿es impotente? —preguntó.

La última vez que él había estado allí, Boone le llevó a un club de *topless* llamado Rooster Strut, con chicas bailando bajo unos focos tremendos y una cerveza que sabía a agua sucia. Boone había hecho grandes alardes, llamando a cada chica por su nombre y presumiendo de cuántas se había tirado. Recordaba cómo sonreía Boone, con los dientes brillantes a la luz de los focos.

—Te gusto, ¿verdad? —Ella se enjugó un ojo, y se le corrió el rimmel—. Podría irme a Atlanta contigo. Ellos te lo permitirían, no intentarían impedírtelo. Boone te tiene miedo. Me lo ha dicho. Te iría estupendo, Rix. Tú necesitas a una mujer y yo no sería como la última que tuviste. No me volvería loca ni me cortaría...

—Vuelve a tu cuarto —le ordenó él.

Le asediaba el recuerdo de Sandra en la bañera con toda aquella sangre. La hoja de afeitar en las baldosas. Sangre en las paredes. Y su pelo rizado, rubio ceniza, flotando en el agua.

Puddin' se sacó los pechos fuera de la bata. Rix los tenía a escasos centímetros de la cara.

—Tócalos —le susurró ella con voz ronca—. Si quieres, te dejo.

E intentó acercarle las manos. Él cerró el puño.

—No —dijo, pensando que era un imbécil incorregible.

—Tócame uno. Sólo uno.

—No.

Al momento, su rostro se desmoronó como papel mojado y se le hinchó el labio inferior.

—Creía que te gustaba.

—Me gustas, pero eres la esposa de mi hermano.

—¿Eres del ramo? —preguntó ella en tonillo obsceno.

—No, no soy marica. Pero Boone y tú tenéis problemas. Y yo no pienso meterme por medio.

Ella entornó los ojos. Su máscara de perfección desapareció, revelando a la verdadera Puddin' que ocultaba.

—¡Eres igual que todos! ¡No te interesa más que tu propia conveniencia!

Se levantó, tirándose como ebria de la bata.

—¡Oh, el señor se hace el remilgado, pero no eres más que otro maldito Usher, de la cabeza a los pies!

—Baja la voz.

Seguro que Walen no se estaba perdiendo ripio de todo aquello.

—¡Gritaré cuanto me dé la gana!

Pero no estaba lo bastante borracha para atreverse a despertar a Margaret Usher. Se dirigió furiosa a la puerta y luego se volvió:

—¡Gracias por su ayuda, señor Usher! Le aseguro que se lo agradezco.

Salió del dormitorio muy digna y enfurecida, pero cerró suavemente la puerta sin dar un portazo.

Rix se quedó tumbado en la cama y sonrió. ¡Así que todo aquel pavoneo sexual de Boone no era más que papel mojado! ¡Qué risa! Y además me tiene miedo, pensó. ¡Imposible!

Pero lo tendrá antes de que acabe con él.

Diez mil millones de dólares, rumió, mientras le iba venciendo el sueño de nuevo. Con tanto dinero, un hombre podía hacer todo lo que le gustase. Podía tener un poder inimaginable. No habría de luchar más con la máquina de escribir, jugando alternativamente a Dios y el diablo con sus personajes de papel.

«Se acabaron las peleas, los libros, las miradas lascivas de los agentes...»

La extraña cantinela brotaba, con voz dulce y seductora de lo más hondo de su mente. Se sintió acunado por ella, y se imaginó apeándose de la limusina y dirigiéndose hacia las puertas abiertas de la fábrica de armamento. Dentro, militares, hermosas secretarias y sonrientes aduladores le esperaban para darle la bienvenida.

No, pensó, y la imagen se desvaneció. No, cada céntimo de ese dinero estaba manchado de sangre. Él se labraría su propio camino en el mundo, con sus propias fuerzas. No quería dinero sangriento.

Pero cuando apagó la luz para intentar conciliar el sueño, su último pensamiento consciente fue: «... diez mil millones de dólares...»

Una hora más tarde, el sueño intranquilo de Puddin' fue interrumpido por el rugido del viento en el exterior de la casa. Miró hacia la puerta y vio una sombra que tapaba la luz que se colaba por debajo de la puerta. Contuvo el aliento, expectan-

te. La sombra se detuvo, y luego prosiguió. Puddin' agarró la sábana de seda; por alguna razón, no se atrevía a abrir la puerta para ver quién andaba por el pasillo a esas horas. El hedor de Walen impregnó su dormitorio.

Puddin' cerró muy fuerte los ojos, y mientras se sumía en la oscuridad llamó a su madre en un ronco murmullo.

7

El sol empezaba a despuntar, tiñendo el cielo de rosa. New Tharpe había dejado de luchar.

Cada vez que había intentado liberarse durante la larga noche, las zarzas le aprisionaron más y más. Se le clavaron en la piel por mil sitios. Un par de veces lloró, pero se dio cuenta de que el llanto minaba sus fuerzas, y las iba a necesitar para no morir allí dentro, así que dejó de sollozar como si hubiera recibido una bofetada.

La claridad rojiza empezaba a penetrar en el agujero. El viento, tan violento durante toda la noche, había decaído hasta convertirse en un furtivo murmullo. Todavía se le condensaba el aliento, aunque tenía los huesos derretidos. New no había pasado tanto frío en toda su vida.

A lo largo de la noche le pareció oír dos veces que alguien gritaba su nombre en la lejanía. Intentó chillar pidiendo socorro, pero su voz era débil y ronca y le dolía mucho la cabeza. Después, cuando empezó a bajar la luna, oyó movimientos por lo

alto del hoyo. Intentó mirar lo más arriba posible, pero las ramas que le aprisionaban la garganta le impidieron ver nada. Fuera lo que fuese, a juzgar por el crujido de los matorrales, era algo muy grande. New pensó que había oído una respiración cavernosa. Luego, el bosque había enmudecido. Con la siguiente ráfaga de viento, New había olido el aroma a almizcle de algún animal... de un gato cazando.

Faucevoraz, pensó New manteniendo una inmovilidad absoluta. Faucevoraz estaba en el borde del agujero. Faucevoraz le olía y quería atraparle, pero hasta la monstruosa pantera negra temía meterse entre los espinos.

Al cabo de un rato, el jadeo se había desvanecido. La bestia se marchó en busca de otra presa más fácil.

Cada vez que cerraba los ojos, New veía aquella silueta negra con el saco vacío bajo el brazo. No podía afirmar nada acerca de ella: ¿Era hombre o mujer, joven o vieja, humana o no?... Pero sabía quién era. Le dio un vuelco el corazón y se le puso la piel de gallina. Su madre le había prevenido en contra de él durante toda su vida, era el ser que se había llevado a la niña Parnell la tercera semana de septiembre, y al pequeño Vernon Simmons durante la última cosecha.

Algunas veces pensaba que no era más que un cuento que se habían inventado los padres y las madres de Briartop Mountain para meter miedo a los niños e impedirles que se perdieran por el bosque.

Pero ahora pensaba otra cosa. Se lo había desvelado la luz de la luna.

¡Vete de aquí! gritaba New sin palabras. Volvió

a forcejear, intentando sacar el brazo izquierdo y la pierna derecha. Se le clavaron los pinchos en la garganta y le brotaron unas gotitas de sangre. Las zarzas le atenazaban el pecho como garras.

Tranquilo, no te muevas. Las zarzas te van a estrangular. Piensa en el modo de salir de aquí.

Volvió con cuidado la cabeza. El esqueleto del cazador que estaba a su lado relucía a la luz rojiza del amanecer. Vio que todavía llevaba su estuche de pólvora, de cuero podrido. Llevaba muerto mucho, muchísimo tiempo.

Resiguió con la mirada los tallos de las enredaderas que trepaban por el brazo derecho, fracturado, del esqueleto. Los huesos verdes de los dedos apuntaban como una flecha a las hojas descoloridas que se arremolinaban en torno a las piernas del cadáver.

New vio la vaina vacía del cuchillo.

¿Dónde estaría el cuchillo?

¿Se le habría perdido durante la caída? New volvió a examinar las manos y después el montón de hojas.

Movió la pierna izquierda y hurgó con la punta del pie entre las hojas, apartándolas. Puso en fuga a unos escarabajos negros. Emanó un olor a tumba húmeda. Cuando intentó llegar un poco más lejos con el pie, se le clavaron más pinchos. Lo intentó en otro sitio, y destapó hojas muertas, gusanos y bichos.

Jadeando de dolor mientras las zarzas le estrangulaban, New volvió a meter el pie entre las hojas, justo debajo de la mano del esqueleto. Un nido de arañas marrones salió corriendo en todas direcciones.

Una de ellas reptaba por el mango de asta de un

cuchillo de monte, clavado hasta el puño en la tierra húmeda.

El cazador había intentado coger su cuchillo hasta que le sobrevino la muerte.

Graznó un cuervo por encima del agujero. Sonaba como una risa cruel. El cuchillo ya podía estar a un kilómetro de distancia: con sólo una mano y una pierna libres, New era incapaz de alcanzarlo.

—¡Socorro! —gritó, desesperado.

Su voz sonó como un jadeo. A esas horas, pensó, su madre le estaría buscando. Y más gente. Lograrían dar con él. Seguro, pensó, desalentado... Como al cazador que había a su lado.

New reprimió un sollozo. Miró fijamente el cuchillo. Tienes que cogerlo, se dijo. Como sea. Si no, te morirás aquí abajo.

Ahora eres el hombre de la casa, le decía siempre su madre. Su padre había muerto en febrero, en el garaje de Foxton, donde trabajaba. Un accidente imprevisible, había dicho el sheriff Kemp. Bobby Tharpe estaba reparando un neumático de camión. Le estalló en plena cara. Kemp les dijo que no había sufrido en absoluto. Se quedó muerto en el acto.

Si te metes en líos, le había dicho su madre, tendrás que arreglártelas solo.

New quería mucho a su padre. Bobby Tharpe se casó con Myra Satterwhite bastante mayor, a los treinta y tantos años; murió a los cincuenta y dos. El padre de New tenía los ojos de color esmeralda, igual que New. Era un hombre tranquilo y pacífico, pero algunas veces New se daba cuenta de que estaba preocupado, aunque no sabía por qué. El padre de New era muy reservado.

Coge el cuchillo. Como sea.

Se imaginó cómo sentiría su contacto en la mano. Intentó desclavarlo con la puntera de la bota, pero sólo logró enterrarlo más profundamente. Mentalmente, su mano asió el puño de asta y sintió cada bulto, cada ranura, y su peso al extremo del brazo.

El Hombre de la Calabaza se había llevado a su hermano pequeño. Entero y verdadero. Se había asomado al borde del agujero a mirarle, sin dejar de sonreír.

La rabia estalló como un trueno en los ojos de New, que miraban el cuchillo de monte.

Cuando uno desea de veras algo, le había dicho un día su padre, acaba consiguiéndolo. Pero sólo si se desea con cuerpo y alma, si se desea con todos los poros de la piel y todos los pelos de la cabeza, y uno sabe que es lo correcto.

El Hombre de la Calabaza se reía. Se reía de él, se reía mientras se llevaba a Nathan a las profundidades más recónditas del bosque.

El corazón de New latía desbocado. La luz rojiza le dio en los ojos. Se estiró hacia el cuchillo todo lo que pudo. Los pinchos le desgarraban la piel sin compasión. No querían soltarle.

El Hombre de la Calabaza se había llevado a su hermano y se había reído de él en la oscuridad.

Le embargó una oleada de rabia como un fuego amargo. Era un furor que nunca había experimentado hasta entonces, y no era sólo por el Hombre de la Calabaza, sino por la caja de pino que encerraba el cuerpo de su padre, y el neumático de camión que le había reventado en la cara sin avisar, y las zarzas de Briartop Mountain y la ruinosa cabaña donde su madre, taciturna, horneaba sus

tartas de mora. Todo eso le rezumó por los poros como una oleada de sudor.

¡Quiero ese cuchillo!, gritó sin palabras.

El cuchillo de monte se movió y emergió del suelo con un suave susurro. Se quedó suspendido a unos centímetros del suelo y luego cayó otra vez entre las hojas.

New soltó un grito de asombro.

Durante un segundo había sentido, sentido de veras, el mango del cuchillo en la mano derecha. Como un clavo ardiendo.

Observó si se volvía a mover, pero estaba inmóvil. Aunque desenterrado. Con el pie fue tirando de él. Las arañas corrían por debajo de su bota.

Lo quiero ahora, dijo mentalmente, concentrándose en sentir otra vez el cuchillo en la mano, en que cerraba los dedos sobre su puño de asta, en que notaba su peso.

El cuchillo brincó como un pez. Luego se quedó quieto.

Flotaba como en un sueño. Le latía la sangre en la cabeza, en donde se había golpeado contra una roca durante la caída. En las sienes sentía una presión como la de una banda de acero. Nunca se había sentido así, como si su mente se le separara del cuerpo, como algo independiente y extraño. Su corazón latía desacompasadamente, y en un determinado momento le dolía tanto la cabeza que creyó que se iba a morir.

Pero no. El cuchillo seguía en el suelo, a sus pies. Su hoja estaba veteada de herrumbre, pero su filo brillaba bajo la intensa luz rosada.

New sentía su filo. Un extraño poder corría entre el cuchillo y él, los conectaba como una descarga eléctrica.

Y New comprendió lo que era.
Era magia.
Había magia en aquel cuchillo. Llevaba tanto tiempo clavado en la tierra de Briartop que había absorbido parte de su magia. Y esa magia iba a ayudar a New a escapar.
Lo quiero, ordenó.
El cuchillo no se movió.
Ahora. Lo quiero ahora. Se imaginó que el cuchillo se levantaba del suelo, lenta, muy lentamente y volaba por el aire hasta su mano abierta... sintió el frío mango de asta en la piel y cerró la mano. Ahora. Lo quiero ahora mismo.
Y el cuchillo saltó y voló.
Ahora. Ya. ¡Ahora, maldita sea! Y le recorrió un nuevo estremecimiento de rabia.
Como si obedeciera sus órdenes, el cuchillo saltó por los aires y quedó suspendido a un metro del suelo. Empezó a moverse hacia sus dedos, pero cayó al suelo de nuevo. La siguiente intentona fue más fácil, aunque se le volvió a caer. Ahora lo tenía en el suelo junto a la mano derecha.
Venga, ordenó New, arriba. Sube hasta mi mano. Casi se echó a reír: imagínate cuando se lo cuente a Nathan... Le invadió el recuerdo de Nathan. Recordó la pálida luz de la luna en el rostro de Nathan y gritó por dentro.
El cuchillo mágico saltó del suelo, cada vez más alto, haciendo piruetas, hasta que su mango se deslizó en el puño de New como si hubiera nacido en él. Rápidamente empezó a segar las zarzas que le sujetaban. Los tallos que le rodeaban el pecho se partieron con un crujido y soltaron un jugo amarillento. Se liberó el brazo izquierdo, en el que se le quedó una pulsera de heridas. Lo peor fue cortar

las zarzas que tenía alrededor del cuello, porque algunas estaban profundamente clavadas, y no quería rebanarse la garganta.

Cuando terminó de desasirse, la luz que se filtraba a través de la vegetación era cálida y dorada. New cavó unos escalones en el talud de tierra y fue trepando por ellos, asiéndose a los arbustos y a las raíces, lentamente, hasta lo alto. Cuando llegó arriba, con el cuchillo mágico en la mano, New se volvió hacia el agujero, con la cara sucia y sangrando, y gritó:

—¡Muerte, vete a la mierda!

Su voz fue un leve graznido, pero liberó toda su furia.

Después se abrió camino hasta el sendero, donde los cubos de moras eran pasto de los cuervos, y echó a correr hacia su casa.

No vio cómo las zarzas del interior del agujero empezaban a ponerse negras, se marchitaban y morían.

8

—Un penique por tus pensamientos —dijo Margaret Usher alegremente.

Rix aterrizó de las nubes.

—Estaba divagando —le contestó, y cogió otra salchicha de su plato del desayuno.

De hecho, estaba pensando que hacía una mañana radiante; se hallaban en el porche acristalado de la parte trasera de la mansión, desde donde el

panorama sobre el parque y las cimas de las montañas de poniente formaban una unidad cromática ininterrumpida. Aunque no eran más que las ocho, un jardinero negro tocado con un sombrero de paja estaba ya trabajando, barriendo las hojas secas de los paseos empedrados que recorrían el parque. Figuras de mármol de querubines, faunos y sátiros retozaban entre las flores.

Hacía un cielo límpido y azul. Un escuadrón de patos cruzó volando el campo visual de Rix. El desayuno estaba bueno, el café fuerte y Rix había descansado bien la noche anterior después de que se fuera Puddin'. Al tomarse las vitaminas esa mañana, se había mirado al espejo, y sus ojeras no le parecieron tan profundas. ¿O no era más que fruto de su imaginación? En cualquier caso, se sentía bien, y había recobrado incluso algo de apetito, porque se estaba comiendo todo el desayuno. Había añorado la cocina de Cass durante el año que llevaba lejos de casa.

—He oído llegar a Boone de madrugada —dijo Margaret, que sólo llevaba un ligero toque de maquillaje para resaltar los pómulos—. Creo que serían como las cinco. Te sorprendería saber las cosas que oigo cuando hay silencio en esta casa.

—¿Ah sí?

Rix se puso de inmediato en guardia. ¿Significaba eso que Margaret había oído a Puddin' en su habitación? Probablemente no. Su dormitorio estaba al otro extremo del pasillo, separado del suyo por varias habitaciones.

—Desde luego que oigo a Boone y a esa pelandusca discutiendo como el perro y el gato. —Meneó la cabeza y apretó sus rojos labios, enfadada—. ¡Oh, ya le advertí que no se casara con ella! Le dije

que se arrepentiría y ya sabes que nunca me equivoco. Y se ha arrepentido.

—¿Y por qué no se divorcia de ella, como de sus dos anteriores esposas, si es tan desgraciado?

Ella dobló cuidadosamente la servilleta y la colocó junto a su plato. Apareció una camarera que empezó a recoger los servicios.

Margaret hizo una pausa para esperar a que ésta saliera y dijo:

—Porque es inconcebible lo que esa ramera llegaría a decir si la dejáramos salir de esta casa. Bebe como una esponja, pero hace dos años, cuatro meses y doce días que es una Usher. Eso son dos años más que las otras dos. Ella sabe... cosas sobre nosotros que podrían publicarse si le damos suelta.

—¿Te refieres a la enfermedad?

La mirada de Margaret se ensombreció.

—Sí, eso. Y otras cosas. Información sobre nuestro dinero y nuestros bienes raíces. Sabe que somos dueños de una isla en el Caribe, del Casino de Montecarlo, de bancos y otras compañías. Boone es un bocazas. ¿Te imaginas los titulares si hubiera un divorcio? Esa furcia no aceptaría un arreglo amistoso, como las otras dos. Se iría derecha al *National Enquirer* con toda clase de mentiras sensacionalistas.

—¿Y verdades sensacionalistas...? —preguntó Rix.

—Tienes muy mal concepto de tu familia, Rix. Deberías estar orgulloso de ser quien eres, y de la contribución de tus antepasados a la supervivencia de esta nación.

—Bueno, yo siempre he sido la oveja negra de la familia, ¿no? Creo que es demasiado tarde para actuar como abanderado de barras y estrellas.

—Por favor, no hablemos de banderas —dijo ella fríamente.

Rix supuso que se refería a una fotografía publicada en varios periódicos de Carolina del Norte. En ella, Rix llevaba una camiseta de Jefferson Airplane y hacía ondear una bandera negra; el pelo le llegaba por los hombros y caminaba al frente de una manifestación contra la guerra de Vietnam, en la Universidad de Carolina del Norte. La foto fue tomada minutos antes de que la policía cargara para disolver su acto pacifista. Cuando acabaron los disturbios, había nueve muchachos con huesos fracturados y Rix se sentó en la cuneta con un chichón del tamaño de un huevo en la cabeza, rodeado por un mar de piernas en movimientos de flujo y reflujo.

La fotografía también había aparecido en portada del semanario *Foxton Democrat*, con un círculo en torno a la cabeza de Rix.

Walen se había subido por las paredes.

—Mejor sería que estudiaras los logros de tus ancestros —sugirió Margaret.

Rix la escuchó con educación, sin exteriorizar su sorpresa.

—Te enseñarán un par de cosas sobre el orgullo de la familia.

—¿Y cómo quieres que haga tal cosa?

Ella se encogió de hombros:

—Puedes empezar leyendo algunos de los libros que se trajo Walen de la biblioteca del Pabellón. Lleva tres meses estudiando los documentos familiares.

—¿Qué? —A Rix le dio un vuelco el corazón.

—Los documentos familiares. Walen mandó a los criados que se los trajeran del Pabellón. Doce-

nas de antiguos legajos, diarios y esas cosas, de la colección de recuerdos familiares. Hay miles de ellos en la biblioteca del sótano del Pabellón. Yo no la he visto, claro, pero me lo ha contado Edwin.

Rix se quedó anonadado. ¿Documentos familiares? ¿Allí mismo, en su casa?

—Creí entender que no sabías de qué clase de libros se trataba.

—Bueno, no sé exactamente lo que son, ni por qué los ha estado leyendo Walen. Pero sí sé que provienen de la biblioteca del Pabellón.

—¿Los has visto?

¡Cuidado, se dijo Rix, que no se te note tanto interés!

—Claro que los he visto. Los vi la mañana que los trajeron aquí. Algunos están tan enmohecidos que huelen a pescado muerto.

Dios mío, pensó Rix. Apoyó la barbilla en la mano para disimular su sonrisa. ¡Documentos familiares en la biblioteca de la mansión! Y él que esperaba encontrar allí algo que mereciera la pena... ¡aquello era un don del cielo! No, un momento. Había una pega.

—La biblioteca está cerrada con llave —recordó a Margaret—. Aunque quisiera hojear esos viejos legajos, no podría entrar allí, ¿o sí?

—Pues... Walen ha insistido en que permanezca cerrada. Pero Edwin tiene un juego de llaves maestras, por supuesto. Y alguien tendrá que entrar a limpiar, porque el olor a moho de esa habitación podría invadir toda la casa.

Su madre parpadeó de pronto, y Rix comprendió que estaba pensando en el hedor de Walen.

—Ha sido un desayuno delicioso, ¿verdad? —pre-

guntó, recobrándose enseguida—. A Boone le disgustará habérselo perdido.

Rix estuvo a punto de hacerle más preguntas sobre la biblioteca del sótano del Pabellón, pero entonces oyó un leve zumbido regular. Los pájaros emprendieron bruscamente el vuelo de los árboles. El zumbido creció. Rix miró por la ventana y vio un Bell Jetcopter brillante y plateado sobrevolar la casa en un lento círculo y después posarse suavemente en la pista de helicópteros.

—¡Oh, ésa debe de ser tu hermana! —Margaret se levantó de su silla, estirando el cuello para ver—. ¡Kattrina ha vuelto! —gorgeó.

Pero no era Katt quien ascendía por el paseo. Eran dos hombres, uno vestido de uniforme militar y el otro con un traje oscuro de calle. Éste último llevaba gafas de sol y un portafolios negro.

—Son ellos otra vez —dijo Margaret, volviendo a sentarse. Suspiró levemente—. Vienen a ver a Walen.

Los dos hombres caminaron a buen paso por el parque y rodearon la casa en dirección a la puerta principal.

—¿Quiénes son? —preguntó Rix.

—Uno de ellos es del Pentágono. Creo que ya te lo han presentado, o tal vez no. Es el general Mc Vair. El otro es el señor Meredith, de la fábrica de armamento. El doctor Francis le ha ordenado a tu padre descanso absoluto, pero Walen no le hace ni caso. —Sonrió a Rix con ojos extraviados—. Cuando tu padre salga de ésta, nos iremos de vacaciones. Tal vez a Acapulco. Sería delicioso en enero, ¿no crees?

—Sí... —repuso él, observándola atentamente—, delicioso.

—En Acapulco siempre luce el sol. Tu padre necesita unas buenas vacaciones. Necesita reponerse al sol, y reírse.

—Perdona —Rix se levantó—. Creo que necesito dar un paseo y tomar el aire.

—Hace un día magnífico para pasear, ¿verdad? Puedes montar a caballo, si te apetece.

—Ya discurriré algo que hacer. Gracias por el desayuno.

Rix dejó a su madre sentada en el porche; no podía soportar la idea de verla viviendo en un mundo irreal de sueños y falsas esperanzas, esperando que su marido se sacudiera la mortaja y se pusiera a bailar por las escaleras como Fred Astaire. Su próximo viaje sería al cementerio de Usherland, en la parte oriental de la finca.

Pero de momento quería encontrar a Edwin. Quería conseguir esa llave maestra y ver personalmente qué había del otro lado de la puerta de la biblioteca. Tendría que tener sumo cuidado; no quería que nadie se enterase de sus intenciones, y en ese momento lamentaba incluso habérselo contado a Cass. Si Walen tenía la más mínima sospecha de que él pensaba destapar la olla de los Usher, los documentos regresarían al sótano del Pabellón. Se dirigió a una doncella para preguntarle si había visto a Edwin, pero ella le contestó que no.

Rix salió de la casa. El aire resplandeciente olía a vino espumoso blanco y fresco. Edwin podía estar en doce sitios distintos de la propiedad, dirigiendo los centenares de obligaciones rutinarias que se realizaban todos los días. Recorrió el parque por el paseo que conducía a la casa de los Bodane, dejando atrás la pista de tenis.

Pasó junto al garaje, un edificio bajo y alargado

de piedra con diez puertas levadizas de madera, para las diez plazas de coche individuales. En su día, el garaje albergaba los coches de caballos de los Usher. Ahora guardaba el Ferrari rojo de Boone, el Maserati rosa de Katt, la limusina nueva, otra limusina de repuesto, un Thunderbird rojo del 57, un Cadillac del 52 azul claro, un Packard blanco del 48, un Duesenberg gris del 32, un Stutz Bearcat y un Ford T en perfectas condiciones. De todos modos, aquéllos eran los automóviles que Rix había visto la última vez; la colección podía haber crecido durante el último año.

La vivienda de los Bodane, diminuta comparada con la mansión, era una casita victoriana de dos plantas, rodeada de árboles. A su lado había un pequeño garaje blanco con la furgoneta Chevrolet de los Bodane. Rix subió los peldaños hasta la puerta delantera y llamó al timbre.

La puerta se abrió. Edwin le recibió, sin gorra, pero de uniforme.

—¡Rix! —dijo sonriendo, pero con tristeza en la mirada—. Pasa, por favor.

—Me alegro de haberte pillado en casa...

Rix penetró en ella. Una oleada de nostalgia le invadió de súbito. Aquella casa no había cambiado un ápice, lo mismo que su dormitorio: las paredes de madera satinada, adornadas con labores primorosas de Cass; el suelo del cuarto de estar, cubierto por una alfombra de color burdeos, muy gastada en algunos sitios, con una cenefa dorada; unas butacas tapizadas, muy cómodas, y un sofá rodeaban una chimenea de ladrillo rojo, donde ardía una pequeña lumbre; sobre la chimenea había una guirnalda de piñas y bellotas. Los dos ventanales del cuarto de estar daban directamente a la mansión.

Rix se había sentado en aquella alfombra a soñar delante de la chimenea, mientras Cass le leía fábulas de Esopo y cuentos de hadas de Hans Christian Andersen. Cass te podía partir el corazón con «El soldadito de plomo», o hacerte morir de risa con la zorra ansiosa de uvas. Edwin hacía el mejor chocolate del mundo y su mano en el hombro infundía fortaleza y valor. Dónde se habían ido todos aquellos años, se preguntó Rix, mirando el cuarto de estar... ¿Qué le había pasado a aquel niño pequeño que se sentaba frente a la lumbre con ojos soñadores?

Le habían arrojado a las llamas de la realidad con su bailarina enamorada y no quedaba más que metal fundido.

—¿Querías alguna cosa? —le preguntó Edwin, rompiendo el hechizo.

—Sí. Yo...

Le llamó la atención una cosa sobre la repisa de la chimenea. Cruzó el cuarto hasta allí y se quedó mirando una pequeña fotografía enmarcada de él, a los siete u ocho años, vestido de traje y corbata, con el pelo engominado hacia atrás. A cada lado, cogiéndole de las manos y sonrientes, estaban Edwin y Cass, mucho más jóvenes. Les había tomado la foto algún criado, recordó. Era un caluroso día de julio... ¡el día de su cumpleaños! Sus padres se habían ido a Washington a resolver algún negocio, y se habían llevado a Boone con ellos. Edwin y Cass habían organizado una fiesta de cumpleaños en su honor, invitando a los hijos de la servidumbre y a los amigos de Rix de su colegio privado de Asheville. Cogió la foto y la examinó de cerca. Eran todos tan felices entonces... El mundo era feliz. No había guerras ni rumores de guerras. No

había banderas negras ni manifestaciones, ni cargas de la policía con porras. La vida se extendía como una alfombra roja.

—Se me había olvidado —dijo Rix en voz baja.

Contempló las caras, una tras otra, y Edwin se le acercó. Tres personas felices cogidas de las manos, pensó Rix. Pero había otra presencia en la foto, una cosa que no había advertido hasta entonces.

Por encima del hombro izquierdo de Rix, sobresaliendo por encima de los frondosos árboles de julio, asomaba una de las chimeneas del Pabellón. El Pabellón había arruinado su fiesta de cumpleaños, sin que Rix lo supiera.

Rix depositó la foto en su lugar, sobre la repisa de la chimenea.

—Quiero que me des la llave de la biblioteca —dijo, volviéndose—. Papá me ha ofrecido el material que contiene...

—¿Quieres decir... los documentos que tu padre ha traído del Pabellón?

—En realidad sólo estoy buscando cosas sobre Gales. Lo de las minas de carbón. —Rix sonrió.

Se le encogió el estómago. Si había alguna cosa en el mundo que odiase, era mentir a Edwin Bodane; pero temía que Edwin, por lealtad hacia Walen, pusiera obstáculos para darle la llave si Rix le explicaba la auténtica razón.

—¿Sabes si hay algo en la biblioteca relativo a las minas de carbón?

—Seguramente...

Edwin le miró a los ojos, y durante breves segundos Rix sintió que Edwin leía en su interior.

—Creo que ahí dentro hay libros sobre lo que quieras.

Atravesó la habitación hasta una estantería decorada con tarros de barro. Uno tenía el rótulo «coches», otro «explotación agrícola», en el tercero «casa», en el siguiente «esparcimiento», y en los tres últimos, «Pabellón».

Edwin cogió el que decía «casa», lo abrió y sacó un inmenso manojo de llaves de todos los tamaños y formas.

Encontró la que buscaba y empezó a manipular el llavero para sacarla.

—¿Piensas escribir sobre Gales en tu próximo libro? —preguntó.

—Pretendo situar la trama allí. Se trata... no te rías... de unos vampiros que viven en el interior de las minas de carbón. —Una mentira enlazaba con la siguiente.

—¡Dios santo! —exclamó Edwin, mientras una sonrisa dilataba sus rasgos afables—. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea?

Rix se encogió de hombros.

—No sabría decírtelo. En cualquier caso, acabo de iniciar la investigación. Puede que siga adelante, y puede que no.

Edwin sacó la llave, metió el llavero en el tarro y lo colocó sobre el estante. Al ofrecérsela a Rix, le dijo:

—Cass me lo ha contado, Rix.

—¡Ay la Virgen! ¿En serio?

—Sí, hablamos de ello esta noche.

—Vaya, vaya. ¿Y tú qué opinas? —le preguntó Rix.

Edwin frunció el entrecejo.

—¿Qué opino? Bueno, si te pones así, opino que Logan será capaz de hacerlo, una vez haya aprendido a ser paciente y disciplinado.

—¿Logan?

—¿No estábamos hablando de eso? Cass me ha dicho esta noche que te ha contado lo de nuestro retiro. Pensaba explicártelo personalmente, al venir del aeropuerto, pero no quise cargarte con la noticia.

Rix se metió la llave en el bolsillo del pantalón, aliviado.

—En otras palabras: ¿es impaciente e indisciplinado?

—Logan es un hombre joven —repuso Edwin diplomáticamente—. Todavía no le da valor a la responsabilidad. —Se adelantó a enderezar la foto sobre la repisa de la chimenea—. No acaba de entender el significado de la tradición. Una generación Bodane prepara a la siguiente, desde que Hudson Usher contrató a un montañés llamado Whitt Bodane como ayudante del capataz. En cuatro años, Whitt se hizo jefe de explotación. Detestaría que se rompiera esa larga tradición.

—Entonces, ¿crees que puedes enseñarle a un muchacho de diecinueve años todo lo que sabes?

—Cuando yo me hice cargo del puesto, Usherland tenía más de trescientos empleados. Ahora no llegan a ochenta. No estoy afirmando que no cometerá errores. Ni siquiera estoy diciendo que estoy seguro de que saldrá adelante. Pero pienso hacer todo lo posible para que Logan comprenda la importancia de esa tradición.

—Estoy impaciente por conocerle —dijo Rix con poco entusiasmo.

—Muy bien —Edwin consultó su reloj de bolsillo—. Precisamente estaba preparando su cuarto en el piso de arriba. Pienso ir a recogerle dentro de una hora, a la granja de Robert. Si te apetece acompañarme...

Rix deseaba colarse en la biblioteca, pero sentía curiosidad por el joven que iba a sustituir a Edwin. Decidió que sería demasiado arriesgado investigar los documentos a plena luz del día. Podían esperar hasta la noche.

—Estupendo, te acompaño —aceptó.

Edwin cogió su gorra de un perchero del recibidor y se la puso. Después salieron a la luz matinal, subieron a la furgoneta y se pusieron en marcha.

9

Rix contempló por la ventanilla el panorama de los campos de tabaco. A lo lejos, un granjero guiaba un carro con un caballo por un camino de tierra, levantando una brillante polvareda. Edwin conducía el coche en dirección a Taylorville, sin prisas, disfrutando del hermoso paisaje de bosques escarlata y prados a punto para la siega. Pasaron junto a un campo con montones de calabazas, que estaban cargando en un camión para llevarlas al mercado de Asheville. Por alguna razón, a Rix le recordaron una fotografía de un campo de batalla en Vietnam: cabezas apiladas, pudriéndose al sol.

La cuestión volvió a rondarle a Rix por la cabeza. Ya se lo había preguntado antes a Edwin, pero siempre había recibido la misma respuesta. Plantear esa pregunta significaba pisar arenas movedizas, que en cualquier momento se lo podían tragar sin previo aviso. Pero tenía que hacerla.

—Edwin —dijo al fin—, cuando hablaste con Sandra aquella noche, ¿estás seguro de que ella no... digamos... no te pareció...? —se le estranguló la voz.

—¿Angustiada? —preguntó Edwin solícito.

—Sí. Angustiada.

—No, no lo estaba. En absoluto. Parecía muy feliz. Me dijo que habías vendido *Congregación* a Stratford House, que acababas de terminar *Dedos de fuego* y que al día siguiente ibais a salir a celebrarlo. No tenía ni idea de que pasara algo malo.

—No pasaba nada malo. Bueno, tal vez algunas cosillas sin importancia. Íbamos justos de dinero, se había estropeado el lavaplatos, la transmisión del coche no funcionaba, ella estaba viviendo ciertas presiones en la compañía de seguros... pero Sandra era una mujer fuerte, Edwin. Mentalmente fuerte. Habíamos superado muchas cosas antes. Era ella quien me impulsaba a seguir adelante.

Rix tenía los puños apretados y al abrirlos se le quedaron las manos agarrotadas de la tensión.

—A veces la gente hace cosas por motivos extraños. Yo no conocí a tu mujer, por supuesto, pero cuando hablábamos por teléfono, siempre parecía muy contenta y muy enamorada de ti. —Edwin frunció su gris entrecejo—. Tienes que olvidarlo, Rix. Eso forma parte del pasado.

—¡No puedo! —Se le quebró la voz y hubo de esperar un minuto para continuar—. Lo he intentado. No pasaba nada malo, Edwin. Ella no estaba loca. No era una persona de ésas que deciden abandonar y se cortan las venas en la bañera.

—Lo siento —dijo Edwin amablemente—. Ojalá pudiera decirte que me pareció preocupada, si eso te sirviera de algo. Pero cuando hablamos por

teléfono aquella noche, Sandra parecía muy feliz. Al enterarme me quedé tan trastornado como tú.

Rix había telefoneado a Edwin a Usherland hacía cuatro años, cuando encontró a Sandra muerta en la bañera. ¡Cuánta sangre! El agua estaba roja, la cabeza de Sandra se había sumergido y su pelo flotaba como los pétalos de una flor marchita. La hoja de afeitar que había utilizado para abrirse las muñecas estaba en el suelo, manchada de sangre.

Rix estaba traumatizado, y Edwin le dijo que llamara a la policía y que no tocara nada hasta que ésta llegara. A la mañana siguiente había tomado el primer avión hacia Atlanta para acompañar a Rix, y se había quedado hasta después del funeral.

Más tarde, las pesadillas de Rix en las que se perdía en el Pabellón se habían agravado y sus ataques se habían recrudecido con renovada virulencia.

La víspera del suceso, ella le había dicho que Edwin había llamado mientras él estaba fuera. Habían charlado un momento sobre Rix y sus libros, la nueva obra que iba a empezar y la posibilidad de ir a Usherland a pasar las Navidades. Parecía feliz respecto al futuro y esperanzada en seguir ayudando a Rix a superar la culpabilidad que sentía por la empresa de su familia. Él siempre le había dicho que ella era su tabla de salvación, que sin ella nunca habría sido capaz de canalizar sus sentimientos hacia otro libro. Habían pasado largas noches en vela charlando de su infancia en Usherland y de su necesidad de hacer algo por sí mismo, alejado de la familia. Ella le alentaba a escribir y se sentía muy optimista.

Cuatro años después de su suicidio, Rix seguía

sin poder entenderlo. La quería mucho y pensaba que ella le correspondía. Cuando reflexionaba sobre su muerte, Rix llegaba siempre a la misma conclusión: él la había contaminado, en cierto modo, conduciéndola a una depresión que mantuvo cuidadosa y trágicamente en secreto.

—Ella me dijo lo mucho que significabas para ella —manifestó Edwin—. Creo que, cualquiera que fuera la idea que la llevó a quitarse la vida, ya la tenía en mente antes de que la conocieras. Creo que era algo inevitable. Tú no tienes la culpa, Rix. Ni tú ni nadie.

—Me gustaría creerte.

Edwin aminoró la velocidad y torció por un camino de tierra que serpenteaba entre plantaciones de tabaco. En lo alto de una colina había un secadero y una modesta casita blanca. Junto a ésta, un cobertizo de tablas. Una mujer de pelo blanco, con un vestido de guingán, estaba sentada en el porche, pelando guisantes en una cazuela metálica. Cuando Edwin paró el coche, se abrió la puerta mosquitera y salió un hombre mayor, bastante calvo y con un tupido bigote blanco. Llevaba un mono de trabajo y una camisa de franela, pero se movía con la dignidad de los Bodane.

Rix y Edwin se apearon del coche mientras se les acercaba Robert Bodane. Su esposa dejó a un lado los guisantes y bajó del porche sobre sus gordezuelas piernas. Los dos hermanos se estrecharon la mano.

—¿Te acuerdas de Rix? —preguntó Edwin—. Creo que la última vez que le viste sería así de alto —y levantó la mano a poco más de un metro del suelo.

—¿Rix? ¿Aquel chiquillo? ¡Dios santo!

Robert parecía asombrado. Su cara estaba muy curtida por la intemperie y le faltaban dos dientes inferiores. Cuando Rix le dio la mano, la fuerza de su apretón le sorprendió.

—Supongo que no te acordarás de mí. Fuimos a visitar Usherland.

Rix no se acordaba, pero dijo con una sonrisa:

—Creo que sí. Me alegro de volver a verle.

Robert Bodane le presentó a su esposa Jeanie, y después habló con Edwin durante un par de minutos de la abundante cosecha que esperaba ese año.

—Tendrías que trabajar un poco la tierra —dijo Robert con una sonrisa maliciosa—, ensuciarte un poco las uñas te convertiría en un hombre.

—Gracias, pero espero pisar tierras de Florida dentro de tres meses. ¿Está Logan a punto?

—Ya ha hecho el equipaje. Supongo que el chico andará rondando por alguna parte. Es difícil seguirle la pista a un chaval tan sinvergüenza. ¡Eh, Logan! —gritó en dirección al bosque que nacía detrás de la casa—. ¡Ha llegado Edwin!

—Andará por ahí con Mutt —dijo la mujer—. Menudo cariño le tiene a ese perro.

—¡Eh! ¡Logan! —repitió Robert. Luego se encogió de hombros—. Vayamos a sentarnos un momento en el porche. No tardará en aparecer.

Un hombre joven con el pelo rizado del color del latón bruñido atisbó por la ventana del cobertizo, mientras sus abuelos y los otros dos hombres se dirigían hacia el porche. Sabía que el más alto y elegantón era Edwin; el más joven debía de ser algún trabajador de Usherland. No eran ni las nueve y media todavía. Edwin había llegado temprano. Bueno, pensó el joven, pues que esperaran, joder.

Logan se volvió hacia el banco de trabajo, a contemplar su obra. Llevaba el delantal de las barbacoas del viejo, con la leyenda «Soy feo, pero sé guisar» sobre una caricatura de un chef achicharrando salchichas en una parrilla. Había hecho un buen trabajo, pensó. Era algo que llevaba mucho tiempo queriendo solucinar. Colocó en su sitio el martillo y la sierra de metales y se limpió con esmero las manos en un trapo.

Se quitó el delantal y cubrió el banco con él. Después, satisfecho, salió del cobertizo, cerró la puerta a su espalda y se dirigió lentamente hacia la casa.

Rix vio cómo se aproximaba el joven, y decidió instantáneamente que no confiaría a Logan ni el cuidado de sus zapatos, y mucho menos las obligaciones de Edwin en Usherland.

Logan caminaba con un contoneo arrogante, las manos metidas en los bolsillos de sus gastados vaqueros. Llevaba una ajada cazadora de cuero sobre una camisa gris de trabajo, y dio una patada a una piedra suelta con la puntera de su bota. El pelo largo le enmarcaba la cara, delgada y rubicunda, con los pómulos salientes, y cuando se acercó, Rix vio que tenía los ojos hundidos, de un azul frío, con una mirada distante y despreocupada, casi de hastío. Les echó un vistazo mientras subía al porche.

—Te estaba llamando —dijo Robert—. ¿Dónde te habías metido?

—En el cobertizo —replicó Logan, con una voz profunda y áspera, que a Rix le atacó los nervios—, sin hacer nada de particular.

—Bueno, no te quedes ahí. Saluda a Edwin y al señor Usher.

El joven dedicó mayor atención a Rix. Al sonreír, sólo distendió un lado de la boca, como con expresión burlona.

—¿Ah, sí? ¿Cuál de los Usher?

—El señor Usher —recalcó Rix.

—¿Será usted mi nuevo patrón?

—No, yo no, sino Edwin.

—Vale.

Logan tendió la mano a Rix, que miró la costra roja alrededor de sus uñas. La sonrisa de Logan vaciló un segundo y retiró la mano.

—Estaba trabajando en el cobertizo. Me he ensuciado con el tinte, supongo. Tendría que tener más cuidado.

—Pues sí.

Edwin se levantó a estrecharle la mano. Logan era casi tan alto como él, pero mucho más fuerte. El joven tenía los hombros cuadrados y las manos grandes de un jornalero.

—Tenemos que volver a Usherland. ¿Tienes las maletas preparadas? —preguntó Edwin.

—Tardaré un instante. Encantado de conocerle, señor Usher. —Sonrió como un animal taimado, pensó Rix, y entró en la casa.

Edwin observaba atentamente a Rix.

—Leo tus pensamientos como en un libro abierto... Dale una oportunidad —le dijo Edwin.

—Logan es un buen muchacho, señor Usher —dijo la mujer sin dejar de pelar guisantes—. Tiene sus cosas, pero todos los chicos de su edad son iguales, ¿no? Pero es listo y fuerte.

—Es un frescales —dijo Robert—. Me recuerda a mí cuando tenía su edad.

—Eso era mucho antes de que yo lo metiera en vereda —dijo la mujer guiñando un ojo a Rix; lue-

go emitió un agudo silbido—. ¡Mutt! ¡Ven! ¿Dónde estará ese perro? Le he oído ladrar como loco esta madrugada.

—Lo más seguro es que esté cazando ardillas otra vez.

Rix se levantó cuando Logan salió de la casa con dos maletas. Edwin le cogió una. Rix dijo a los Bodane que había sido un placer conocerles, se dirigió a la furgoneta y se montó.

Logan y Edwin metieron las maletas en la parte trasera, y el joven se sentó en el asiento de atrás. Luego bajó la ventanilla mientras Edwin ponía el motor en marcha.

—¡Pórtate bien! —le gritó la señora Bodane—. ¡Y atiende a lo que te diga Edwin!

—¡Eh, abuelo! —dijo Logan—. Estaba haciendo una cosa en el cobertizo y no he terminado de limpiarlo. Supongo que estará hecho una porquería...

—Bueno. Hazle caso a Edwin y que estemos orgullosos de ti, ¿oyes?

—Estaréis orgullosísimos —dijo Logan, volviendo a subir la ventanilla.

Edwin se fue alejando de la granja, mientras Logan se despedía de sus abuelos con la mano.

—¿Tiene radio este cacharro? —preguntó.

Robert Bodane se quedó ante la puerta del cobertizo, observando el vehículo hasta perderlo de vista.

—¡Guisantes frescos para la comida! —exclamó su mujer—. ¿Te apetecen con patatas?

—Estupendo —replicó él.

El polvo volvió a posarse. Robert abrió la puerta del cobertizo y entró. El trabajo de su nieto estaba sobre el banco de trabajo, cubierto por un delantal. Reinaba un olor muy intenso.

Robert levantó el delantal.

Tardó un momento en asumir que la carnicería que había sobre el banco de trabajo había sido un perro. Mutt estaba decapitado y sin entrañas; sus intestinos nadaban en un charco de sangre coagulada.

Oyó cómo su mujer volvía a llamar al perro y empezó a buscar algo donde meter sus restos.

10

Aparcado frente a la mansión había un Cadillac nuevo, gris metalizado. Desde el asiento posterior de la furgoneta, Logan dio un silbido de admiración, rompiendo el silencio que había planeado durante todo el regreso desde Taylorville.

—Es el coche del doctor Francis —dijo Edwin a Rix; luego detuvo la furgoneta bajo la marquesina—. Voy a enseñarle la propiedad a Logan. Es mejor que vayas a ver qué pasa.

Mientras Rix se apeaba, Logan le dijo:

—Ha sido un placer conocerle, señor Usher.

Rix miró la gélida sonrisa del joven y se dijo que Logan Bodane no duraría allí una semana.

Después subió los escalones de la entrada, y un criado le dijo que su madre le estaba buscando y quería verle inmediatamente en el salón.

Se apresuró por el pasillo y abrió las puertas correderas del salón.

—... actividad celular destructiva —fueron las únicas palabras que oyó.

El hombre que estaba hablando con Margaret y Boone guardó silencio y le miró desde su butaca.

—Doctor Francis —dijo Margaret—, éste es nuestro hijo menor. Rix, pasa y siéntate. Quiero que escuches lo que el doctor tiene que decirnos.

Rix cogió una silla, a la izquierda y un poco por detrás de Boone, desde donde podía observar al doctor Francis. John Francis era un hombre de mediana edad, apuesto, con el pelo castaño entreverado de gris y un piquito en la frente. Llevaba unas gafas con montura de carey, y sus ojos oscuros miraban firme y fijamente a Margaret. Tenía las manos cuidadas de un cirujano o de un pianista, advirtió Rix, y vestía un traje inmaculado de espiguilla y una corbata de rayas marrones.

El doctor Francis prosiguió por donde le habían interrumpido:

—La actividad celular destructiva de las muestras de tejidos del señor Usher ha aumentado con las radiaciones. Ello nos indica que los tratamientos tradicionales contra el cáncer, enfermedad que más se parece a su afección, no darán resultado.

Se quitó las gafas y limpió los cristales con un pañuelo de cachemira. Tenía unas profundas ojeras de cansancio.

—Su presión sanguínea le ha subido a la estratosfera. El encharcamiento de sus pulmones se incrementa al mismo ritmo en que se los drenamos. Temo que los riñones se le bloqueen en cualquier momento. La sensibilidad de su sistema nervioso, por supuesto, aumenta cada día que pasa. Se queja de problemas de sueño a causa del sonido de su propio corazón.

—Lo que yo quiero saber —intervino Margaret—, es cuándo se pondrá bueno del todo.

Hubo una pausa fatídica. El doctor Francis carraspeó y volvió a ponerse las gafas. Boone se levantó de repente de su silla y atravesó la habitación hasta el aparador donde estaban los vasos y las licoreras.

—Señora Usher —dijo por fin el médico—, hay una cosa muy clara, y yo creía que usted la había entendido: la enfermedad de Usher, en este estadio, supone un deterioro irreversible de la estructura celular corporal. Los glóbulos blancos de la sangre están consumiendo sus glóbulos rojos. Su sistema digestivo se alimenta de los tejidos de su propio cuerpo. Está destruyendo y devorando sus células nerviosas, sus corpúsculos conjuntivos, sus células óseas y cartilaginosas... Y es imposible saber por qué ni cómo.

—Pero usted es médico —afirmó ella con voz insegura; tenía los ojos vidriosos, como de loca—. Un especialista. Debería hacer algo.

Hizo una mueca cuando Boone echó los cubitos de hielo en el vaso.

—Los tranquilizantes le han ayudado a descansar, y los analgésicos también le han hecho efecto. La señora Reynolds es una enfermera magnífica. Pienso proseguir la investigación con las muestras de los tejidos. Pero poco más puedo hacer por él a menos que acepte ingresar en el hospital.

—Walen no ha puesto los pies en un hospital en su vida —dijo ella con expresión abatida—. Por la publicidad. Sería una noticia... horriblemente sonada.

El doctor Francis frunció el ceño.

—Creo que la publicidad no debería ser una preocupación a tener en cuenta. Su marido se está muriendo. No se lo puedo decir con más claridad;

no se le puede tratar adecuadamente en esa habitación.

—¿Podrían curarle llevándoselo a un hospital? —preguntó Boone, revolviendo su whisky con el dedo.

—Eso no se lo puedo prometer. Pero podríamos hacerle más pruebas, tomar nuevas muestras de tejidos... Podríamos estudiar mejor los procesos degenerativos.

—¿Utilizarlo como conejillo de Indias, quiere usted decir? —Boone echó un buen trago a su bebida.

Rix advirtió la decepción de la mirada del doctor, y el leve rubor que le tiñó las mejillas.

—¿Cómo quiere usted tratar un mal, joven, sin tener ni puta idea de lo que es? Según tengo entendido, los facultativos que trataron a las anteriores generaciones de su familia estaban tan desconcertados como yo. ¿Por qué se da únicamente en el seno de esta familia? ¿Por qué se presenta casi de la noche a la mañana, cuando el sujeto se encuentra en perfectas condiciones físicas? ¿Por qué esa sensibilización sobrehumana del sistema nervioso, mientras las demás funciones fisiológicas se vienen abajo? En el pasado, además, su familia prohibió realizarles la autopsia. —Dedicó una mirada fugaz a Margaret, pero ésta se hallaba demasiado asombrada para reaccionar—. Para tener la más mínima esperanza de curar este mal, primero tenemos que comprenderlo. ¿Es tan terrible entonces que su padre haga de conejillo de Indias?

—La prensa invadiría el hospital en busca de noticias —dijo Boone.

—Walen ha estado siempre tan sano... —dijo Margaret con voz débil; miró al doctor Francis,

pero a través de él—. Nunca había estado enfermo. Nunca. Cuando se cortaba al afeitarse, a la mañana siguiente ya se le había cicatrizado la herida. Nunca le he visto sangrar más de una gota o dos. Una vez, al principio de nuestro matrimonio, Walen me llevó a las cuadras a ver un nuevo semental árabe. El caballo le tiró y él... se dio en la nuca al caer. Nunca olvidaré el sonido de su cráneo al chocar contra el suelo. Pensé que se habría roto el cuello. Pero él se levantó y estaba perfectamente. Nunca se ha hecho daño, y nunca ha estado enfermo.

—Pues ahora lo está —dijo el doctor Francis—. Y yo no puedo ayudarle si no me lo llevo al hospital.

Ella meneó la cabeza. Sus ojos se despejaron y su boca formó una línea firme y dura.

—No. Mi marido no quiere salir de Usherland. La publicidad sería terrible para toda la familia. Traiga aquí a su equipo. Traiga a todo el personal del hospital. Pero Walen ha dicho bien claro que no quiere salir de la aquí.

El doctor Francis miró a Boone y a Rix.

—¿Y ustedes qué dicen? ¿Aceptarían ingresar en el hospital para hacerse unas pruebas?

—¿Para qué? —preguntó Boone, nervioso.

—Análisis de sangre y de tejidos.

Boone vació su vaso de whisky de un trago.

—Escuche, doctor. No he estado enfermo en mi vida. Nunca he puesto los pies en un hospital y no pienso hacerlo nunca.

—¿Y usted? —El médico se volvió hacia Rix.

—Yo tampoco soy muy aficionado a los hospitales. De todos modos, me voy de aquí dentro de unos días. —Sintió los ojos de su madre clavados en él.

El médico suspiró, meneó la cabeza y se levantó.

—Creo que ustedes no se hacen verdaderamente cargo de lo que está en juego. No estamos hablando sólo de la vida de Walen Usher. Estamos hablando de la de ustedes, y de la de los hijos que les sucederán.

—El paciente es mi marido —dijo Margaret—, no mis hijos.

—Sus hijos lo serán, señora Usher —replicó el médico firmemente—. Antes o después, lo serán.

—Estoy muy cansada. ¿Alguno de vosotros quiere acompañar al doctor a la puerta, por favor?

Boone se sirvió otro trago, y Rix escoltó al doctor por el pasillo hasta el vestíbulo.

—¿Cuánto tiempo le queda a mi padre? —le preguntó Rix discretamente al llegar a la puerta.

—Sus funciones vitales pueden venirse abajo en una semana. O en dos, como máximo.

Rix permaneció en silencio, y el doctor añadió:

—¿Quiere usted morirse así? Es lo más probable, sabe... Es un hecho al que debe usted enfrentarse. Pero entretanto, ¿qué piensa hacer al respecto?

Las palabras de un extraño sobre el tiempo de vida que le quedaba a su padre dejaron a Rix aturdido.

—No lo sé —dijo como embotado.

—Escuche. Me alojo en el hotel Sheraton de Asheville, cerca del centro médico. Si cambia de opinión respecto a las pruebas, llámeme, ¿de acuerdo?

Rix asintió, aunque ya estaba resuelto. Walen les había inculcado desde que eran niños que los hospitales eran una guarida de matasanos que experimentaban con los pacientes moribundos.

Que él supiera, Walen ni siquiera tomaba medicamentos.

El doctor Francis salió de la casa, se dirigió a su Cadillac y Rix cerró la puerta de la casa.

Al regresar al salón, encontró a Boone solo, agitando su bebida en una butaca frente a la chimenea.

—Vaya una mierda. Una mierda de cojones —comentó Boone.

Rix se sirvió un bourbon, le añadió unos cubitos de hielo y echó un trago que le abrasó la garganta.

—¿Qué te pasa, Rixy? ¿Estás tan contento que no puedes ni hablar?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que acabas de oír. Tendría que ser el día más feliz de tu vida, Rixy. Los médicos dicen que no hay la más mínima esperanza de sacar a papá de ésta. Deberías estar radiante.

—¡Basta ya!

—No es ningún secreto que siempre has odiado a papá —prosiguió Boone ásperamente—. Y además, yo sé la verdadera razón de tu regreso. Quieres parte de ese dinero para tus arcas, ¿no es así?

—¿Estás hablándole al espejo?

Boone se levantó, y Rix advirtió que estaba de un humor peligroso. Un mechón de pelo le colgaba desaliñadamente sobre la frente, y tenía la cara arrebolada por la rabia y el alcohol.

—¡Papá te importa un carajo! Estás esperando a que se muera para lanzarte sobre sus restos. —Se adelantó unos pasos—. ¡Debería arrojarte por esa maldita ventana!

Rix sabía que su hermano buscaba bronca. En

el silencio que les separaba, Rix oyó que sonaba el teléfono del pasillo.

—Fuiste tú quien me invitó a venir, ¿recuerdas? —dijo Rix con calma.

—Yo no te invité. Mamá me envió a buscarte. Te juro que no pensé que llegaras a poner los pies en esta ca... —Llamaron a la puerta y Boone gritó—: ¿Qué coño pasa?

Una doncella atemorizada, la misma joven negra que abrió la puerta a Rix el día de su llegada, asomó la cabeza.

—Señor Usher... Le llaman por teléfono. Una señora llamada Dunstan, que telefonea desde el *Foxton Democrat*, señor.

Boone hizo una mueca de rabia.

—¡Que le den por el culo! —rugió—. ¿Es que no te queda ni una gota de sentido común?

La doncella desapareció como un conejo en su madriguera.

—¡Imbécil! —musitó Boone.

Apuró el resto de su whisky escocés y se dirigió al aparador.

—Quítate de mi camino —dijo a Rix, que se apartó para dejarle pasar.

—¿Te importaría decirme qué es lo que pasa? ¿Quién es esa mujer que ha llamado por teléfono?

—Una bruja de ese periodicucho de Foxton.

—¿Está investigando una historia?

Boone dio un resoplido.

—No sé qué es lo que busca, pero de mí no va a sacar nada. Si no hubiera llamado ella, habría llamado su padre, el viejo Wheeler Dunstan. ¡Hace años que debería estar encerrado en un psiquiátrico!

Boone se llenó el vaso hasta el borde, sin molestarse en echarle hielo. Había aplacado parte de

de su furia con la doncella, pero seguía echando humo.

—¿Wheeler Dunstan? —el nombre le sonaba—. ¿No es el dueño del *Democrat*?

—Sí señor, su dueño. Escribe en él, lo edita y también se limpia el culo con él, supongo, como todos nuestros vecinos de este condado.

—No sabía que tuviera una hija.

—La bruja estaba fuera, en Memphis o no sé dónde. Ojalá hubiera sido en la luna. Papá ha ordenado que nadie comentara nada con los periódicos, y en especial con el *Democrat*. Hemos cambiado el número de teléfono, y además no viene en el listín, pero siempre acaban averiguándolo. Espera un minuto. —Fijó sus turbios ojos en Rix—. Pensaba que lo sabías. Lo del libro. ¿No lo sabías?

—No. ¿Qué libro?

—¿Qué libro? Ese hijo de puta de Dunstan está escribiendo un libro sobre nosotros, Rixy. ¡Sobre la familia Usher! Lleva años trabajando en esa maldita historia.

A Rix se le cayó el vaso en la alfombra.

—Has tirado el vaso, estúpido —dijo Boone.

—Yo... no sabía nada de esto. —Rix sentía la lengua como una bola de plomo en la boca.

—¡Pues sí! Ese hijo de puta está revolviendo en la mierda. Le dio por telefonear a cualquier hora del día o de la noche, hasta que papá le mandó a un abogado. Eso tranquilizó un poco el asunto, pero Dunstan dijo al abogado que éramos figuras públicas y que papá no podía impedirle legalmente que escribiera ese libro. ¿Qué te parece?

—¿Quién más lo sabe, aparte de Walen?

—Todo el mundo. Menos tú, claro. ¿Cómo ibas a saberlo? Llevas demasiado tiempo fuera...

—¿Y... está terminada la obra?

—No, todavía no. Papá estaba a punto de llevarlo a los tribunales cuando cayó enfermo. De todas maneras, papá cree que nunca logrará terminarlo. ¿Cómo va a llevar a cabo la investigación ese Dunstan, si todos los recuerdos familiares y demás papeles están en el sótano del Pabellón? Excepto lo que papá se ha traído aquí, quiero decir, y ese Dunstan no será capaz de llegar hasta ellos. Así que papá cree que acabará por abandonar.

Tras unos cuantos tragos más de whisky, se le nublaron los ojos.

—Edwin fue a casa de Dunstan para intentar ver su manuscrito. Dunstan no se lo enseñó. Papá piensa que el viejo probablemente ha abandonado y ha tirado a la basura lo que tenía.

—En tal caso, ¿para qué ha telefoneado su hija?

—¿Quién sabe? Papá nos ha dicho que no hablemos con ella, que le colguemos el teléfono. Y eso es precisamente lo que hago.

Rix recogió su vaso y lo llevó al aparador. Se sentía incómodo y débil, y casi se le escapó una risa nerviosa. Cass no se lo había comentado cuando él le comunicó su idea. ¿Por qué? ¿Porque temía que él pudiera colaborar con Wheeler Dunstan y que pasara secretos al bando enemigo?

—¿Desde cuándo dura esto? —inquirió.

—Parece que desde siempre. Supongo que hará unos seis años, cuando Dunstan llamó por primera vez. Quería entrevistarse con papá y discutir la idea con él. Papá pensó que era un buitre y se lo dijo así mismo.

—¿Seis años? —repitió Rix, incrédulo.

Un extraño llevaba seis años investigando el linaje de los Usher... ¿Cómo se le habría ocurrido

eso a Dunstan? ¿Qué le habría inducido a escribir semejante obra? Y, más importante aun, ¿hasta dónde había llegado en su investigación?

—Tienes mal aspecto —le dijo Boone—. ¿Te va a dar un ataque?

Rix creía que no; tenía la cabeza despejada y no sentía dolor. Sin embargo, tenía el estómago en las rodillas.

—No.

—Si te da, vete a vomitar a otro sitio. Yo pienso quedarme aquí sentado y emborracharme.

Rix dejó el salón y subió al piso de arriba. Cerró la puerta y la apalancó con una silla para impedir que entrara Puddin', y luego se tumbó de espaldas en su cama. Se olía el hedor a descomposición de Walen en su dormitorio, impregnando su pelo y su ropa. En un arrebato, se levantó de pronto y se quitó la ropa a tirones, abrió el grifo de la ducha y se metió bajo su chorro purificador.

Mientras se secaba, se quedó horrorizado al comprobar que el hedor de su padre se le había metido en los poros.

11

Cayó la noche sobre Usherland, y con ella se levantó el viento que descendía de las montañas y sacudía las ventanas de la mansión.

Cerca de la medianoche, Rix salió de su cuarto, con el mismo traje que se había puesto para la cena, y bajó a la planta baja. Las luces del pasillo

estaban encendidas, rodeadas de zonas de sombra como charcos de tinta. El viento zumbaba en el exterior de la casa con un sonido de abejorros furiosos. Rix se metió la mano en el bolsillo y sacó la llave de la biblioteca.

Cruzó la sala de juegos y el salón de fumar y se detuvo ante la puerta de la biblioteca. La llave entró suavemente en la cerradura, pero hizo un ruido tremendo al abrir, que le sobresaltó. Al penetrar en la biblioteca y encender la luz, el reloj de pared del salón de fumar tocó el primer cuarto.

Era una de las habitaciones más amplias de la casa, con todas las paredes cubiertas de estanterías llenas de libros. Sobre el suelo de parqué había una alfombra persa carmesí, y del techo alto con artesonado de roble pendía una lámpara de hierro forjado. La biblioteca estaba amueblada con varios butacones, un sofá de cuero negro, una mesa escritorio con su sillón y una lámpara de pantalla verde. Sobre la chimenea de mármol negro, el escudo de armas de los Usher: tres leones de plata sobre campo de gules, separados unos de otros por bandas diagonales rojas.

La estancia estaba impregnada por el aroma polvoriento de la historia. Entre las estanterías, los retratos de los antiguos dueños de Usherland. El abuelo de Rix —el robusto y atlético Erick Usher— estaba montado sobre un hermoso garañón castaño, con el Pabellón a su espalda. Llevaba el pelo rubio panocha engominado y con la raya al medio; sus ojillos oscuros brillaban detrás de unas gafas de montura metálica y lucía un bigotito bien recortado. Sobre las rodillas, el bastón de ébano con la cabeza de león.

En el retrato siguiente, el padre de Erick, Lud-

low Usher, rubio y frágil. De pie en una habitación en penumbra, miraba por una de las ventanas del Pabellón, hacia el bosque. Llevaba un traje negro y casi toda su cara, pálida y de rasgos cincelados, también estaba en penumbra. A su espalda brillaba un reflejo en el péndulo de un reloj de pared idéntico al del salón de fumar. Ludlow también se apoyaba en el bastón con la cabeza de león.

El retrato siguiente mostraba a Aram Usher, el padre de Ludlow. Aram era joven y vigoroso; su pelo era una maraña de rizos rubios, y su cara delgada y hermosa casi irradiaba luz. Llevaba una pistolera con dos pistolas de oro, y a su espalda había una escena fantasmagórica de locomotoras humeantes, caballos de estampida, indios salvajes y búfalos resoplando. El bastón lo llevaba apoyado con gesto displicente sobre el hombro derecho.

Hudson Usher, austero, con una barba plateada, resplandecía desde su cuadro en tonos grises. Tenía los ojos del mismo color acerado que Rix, y su autoridad imperaba sobre las generaciones. Estaba sentado en una butaca de respaldo alto, a modo de trono, con un almohadón de color escarlata. Su mano derecha aferraba firmemente el bastón con la cabeza de león, y su mirada desafiaba al mundo a que se lo arrebatara.

Rix se volvió a contemplar el retrato más reciente, que estaba colgado al otro lado de la habitación, frente al de Erick. Walen Usher, de hombros cuadrados y gallardía aristocrática, con el pelo ondulado rubio tirando a rojo, llevaba un traje gris con chaleco. Tras él dominaba el Pabellón —dramáticamente crecido desde el retrato de Erick— y las cimas azules de las montañas circundantes. Co-

gía el bastón familiar con las dos manos, apretándoselo contra el pecho.

El hueco siguiente estaba reservado para el próximo patriarca de Usherland. Rix pensó que a Boone le gustaría que le retrataran con gorra y chaquetilla de jokey, sobre uno de sus pura sangre; y probablemente llevaría el maldito bastón agarrado entre los dientes. Pero... ¿y si era Katt? Casi se podía imaginar la indignación de los viejos huesos y el polvo de momias del cementerio de Usherland.

También había muestras de las armas Usher en las paredes de la biblioteca: el rifle Bufalo Usher de 1854, el revólver Mark III, que había adoptado la armada china; la pistola de caballería con retroceso de 1900; y otras, incluido el Enforcer de 1902, un revólver de siete tiros y del calibre 9, utilizado por la policía desde Chicago hasta Hong-Kong. El Enforcer podía saltarle la cabeza a un hombre a diez metros, y lo utilizaron los británicos durante la Primera Guerra Mundial como arma de campaña.

Había varias cajas de cartón apiladas alrededor de la mesa de trabajo. Rix hurgó en una de ellas y encontró un batiburrillo: cartas amarillentas sujetas con gomas, paquetes de facturas y cheques, libros de cuentas y diarios, en su mayor parte con manchas verdes y grisáceas de moho. Cogió un libro encuadernado en cuero marrón. Al sacarlo de la caja se cayeron al suelo unas viejas fotografías, como hojas muertas.

Eran fotos en color sepia del Pabellón. Rix dejó a un lado el álbum de fotos y se agachó a recogerlas. En una de ellas, Erick Usher, con traje de mezclilla y gorra, sonreía desafiante a la cámara; al fondo se veían los obreros, encaramados a los andamios que pendían del Pabellón. En otra, Erick

montaba un caballo tordo en el puente de carruajes; de nuevo, la construcción del caserón progresaba a su espalda. Rix advirtió que no sonreía con los ojos; eran intensos y fríos, fijos en la cámara con mirada altiva y desafiante. Su idea de la sonrisa parecía ser un estiramiento de la boca de lado a lado de la cara.

La mayor parte de las fotos mostraban el Pabellón desde diversos ángulos. En muchas de ellas aparecían obreros como formas difuminadas, colgados como arañas de los andamios. Rix comprendió que estaban ampliando el Pabellón. Las fotos reflejaban diferentes estaciones del año: la aureola frondosa de los árboles en verano; el esqueleto de esos mismos árboles en invierno, con nieve en los tejados del Pabellón y humo saliendo por las chimeneas; los nuevos brotes estallando en primavera. Y los obreros seguían allí, con sus martillos y sus escoplos en la mano, izando bloques de granito o de mármol, levantando una estructura mucho mayor.

¿Por qué ampliaba Erick el Pabellón? ¿Para qué, si ya era la casa más grande del condado? Rix volvió a mirar las dos fotografías de Erick, y de repente advirtió que faltaba algo.

El bastón.

Erick no llevaba el bastón con la cabeza de león en aquellas fotografías.

A ir a meterla en el álbum, le llamó la atención otra de las fotos. Era una panorámica del Pabellón desde lejos, tomada probablemente desde la otra orilla del lago. Contra la maciza fachada gris del caserón, una figura vestida de blanco, de pie en uno de los balcones del ala de levante. Una mujer, pensó Rix al examinarla de cerca. Una mujer con

un traje largo, blanco. ¿Quién sería? ¿Una de las múltiples amantes de Erick? ¿La madre de Walen?

Revolvió otra vez en la caja y descubrió un tesoro de planos enrollados, sujetos por gomas viejas. Extendió varios planos sobre la mesa y encendió la lámpara. Eran planos de despiece de armas de mercado negro de la compañía Usher, del año 1941. En detalle, había una mina anticarro, un lanzagranadas, un lanzallamas y varias ametralladoras.

El siguiente objeto que atrajo su curiosidad fue un pequeño cuaderno negro, muy ajado y enmohecido. Lo abrió bajo la luz de la lámpara, y por poco se le caen varias hojas sueltas. El papel estaba muy amarillo de puro viejo, y casi se le desmenuzó entre los dedos. Rix pasó las páginas con cuidado. Su desconcierto creció. El cuaderno contenía fórmulas matemáticas, algunas de las cuales cubrían varias páginas; había extraños dibujos, como herraduras con la abertura hacia arriba, apoyadas en peanas. Las fórmulas proseguían, tan complicadas que Rix no pudo encontrarles ni pies ni cabeza.

Después se acabaron las fórmulas y empezaron anotaciones musicales: grupos de corcheas y pentagramas. Más dibujos de herraduras y también figuras de largas cañas con triángulos, medias lunas o círculos en la base. Las últimas páginas del libro tenían manchas de humedad y era imposible descifrarlas. Asombrado, volvió a meter el cuaderno en la caja y se sentó un momento, mirando la profusión de documentos de las demás cajas.

¿Cómo imaginar siquiera que pudiera sacarle sentido a todo aquello? Requeriría meses de investigación, y la redacción sería un calvario. Además, él no tenía ningún control sobre esos documentos;

en cualquier momento, Walen podía decidir llevarlos de nuevo al Pabellón, y entonces Rix podría darlos por perdidos, porque él no volvería a poner los pies en aquella casa. Pero ¿por qué se los había traído Walen? ¿Qué estaba buscando?

La historia de los Usher, que habían levantado un imperio multimillonario vendiendo balas y bombas, estaba en aquellas cajas de cartón; seguramente no toda la historia, pero la suficiente para empezar. ¿Cuántos cadáveres y cuántos escándalos yacían en esas tumbas mohosas? Tenía todo el material allí delante, aunque habría de ingeniárselas para darle cohesión.

Se imaginaba el horror de su padre, encerrado en la habitación insonorizada. Sus pensamientos derivaron hacia el desierto Pabellón, que se cernía en el centro de Usherland, y los retorcidos corredores por los que se había extraviado.

Le embargó lentamente el recuerdo del esqueleto con las cuencas de los ojos sanguinolentas. La sonrisa malvada de Logan Bodane —muy parecida a la de Boone, pensó Rix— emergió en su memoria.

Wheeler Dunstan llevaba seis años trabajando en la historia de los Usher. Seis años. ¿Habría conseguido estructurarla por lo menos? ¿Sabría cómo se hilvanaban las generaciones? ¿Qué otros secretos conocería?

Rix deseaba tener entre las manos el manuscrito de Dunstan... si es que existía alguno. No le conocía personalmente, pero su madre echaba pestes de Wheeler Dunstan. El *Foxton Democrat* pertenecía a la familia Dunstan desde hacía varias generaciones, y aunque no era más que un periodicucho local se deleitaba contando historias sobre los Usher, y publicaba editoriales sobre la influencia nefasta

de los Usher sobre el mercado de tabaco en la zona de Rainbow, Taylorville y Foxton. Los Usher financiaban casi todas las fincas grandes de tabaco del condado, y eran dueños de casi todas las casas de Foxton, salvo una: el solar de las oficinas del *Democrat*.

Rix hurgó en otra de las cajas y encontró una carpeta llena de recortes de periódico sobre la apertura de las fábricas Usher de San Diego y Washington, un viejo libro de cuentas con entradas y números escritos en una caligrafía fuerte e historiada, y un libro marrón dentro de un sobre de papel manila.

Lo abrió y un aroma a rosas polvorientas ascendió hasta Rix. Dentro descubrió una delicada caligrafía femenina. Era un diario, con las fechas anotadas cuidadosamente ante cada entrada. Empezó a leerlo por el 5 de noviembre de 1916:

«El señor Usher se sentó a la mesa enfrente de mí. Mientras padre y él hablaban de la guerra y de economía, advertí que me miraba. Hizo un comentario acerca del vestido azul que llevaba y me preguntó si me gustaban las carreras de caballos. Le contesté que sí, si ganaba un caballo de la cuadra St. Clair. El señor Usher frunce los labios cuando sonríe.

»A la luz de las velas parece guapo, aunque he visto fotos suyas en los periódicos, y en ellas parece un estudiante bravucón. Tendrá veintitantos años o treinta, diría yo, y una constitución atlética. Tiene los ojos muy oscuros, pero a la luz se detecta una chispa de color, como el brillo de una moneda de cobre. La risa del señor Usher suena como un fagot, provocada por las aburridas anécdotas de trabajo que le cuenta mi padre.

»Pese a su rudeza, el señor Usher posee cierto atractivo. Tiene la cara fuerte, inflexible. He notado que se ha puesto colonia. ¿Ha sido por mí? ¡No, tonta! El señor Usher sólo ha venido a comprar unos potros. Después del postre, padre se ha interesado por la salud del anciano señor Usher, y nuestro invitado ha sufrido un cambio. Ha dicho que su padre se encontraba bien, pero lo ha dicho apretando los dientes, y me pregunto si el señor Usher no deseará que su padre caiga enfermo. Sin embargo, su extraño humor se le ha pasado enseguida, cuando se ha puesto a contarle a padre la nueva pistola automática que está produciendo su empresa. Nos despidieron de la mesa a madre y a mí, mientras el señor Usher y padre se tomaban un coñac y se fumaban un puro en el salón.»

Rix buscó la siguiente entrada en la que aparecía Erick Usher, con fecha del 11 de noviembre:

«... asombrada por la generosidad del señor Usher. Hoy ha llegado una carretada de rosas rojas. ¡Para mí! Padre ha dicho que el señor Usher estaba encaprichado conmigo y que yo tenía que escribirle una nota dándole las gracias por su detalle.»

13 de noviembre: «El señor Usher posee un gusto muy curioso por los regalos. Esta tarde ha llegado por el paseo un coche dorado tirado por cuatro caballos árabes tordos, los más finos que había visto en la vida. En su interior, más de cien peceras llenas de peces de colores japoneses. En honor de los caballos y el carruaje, debo decir que no habían derramado una gota de agua. Una carta del señor Usher —que me pide que le llame Erick, querido diario— decía que esperaba que me gustaran los peces y que usara el carruaje y los caballos para ir a visitarle a Usherland en Navidad. Madre

ha dicho que no puedo ir sola, pero padre se ha enfadado y ha dicho que todas las cosas que escriben sobre Erick Usher son puros embustes y que es un hombre de negocios correcto y un buen cristiano.»

Exactamente, pensó Rix. Dio gato por liebre a tu padre, ¿verdad Nora?

El diario pertenecía a Nora St. Clair Usher, la única esposa de Erick, madre de Walen, su propia abuela.

El reloj de pared del salón de fumar tocó la una. Durante un instante, Rix escuchó el rumor del viento que barría los muros de la casa.

Podía empezar con ese diario, se dijo. Al menos le ayudaría a entender mejor a Erick Usher, y desde luego a Nora St. Clair Usher, de la que Walen apenas hablaba. Después podría empezar a dar algún significado al resto del material.

Rix colocó todo de nuevo en las cajas de cartón y salió de la biblioteca, llevándose el diario. Apagó la lámpara y cerró la puerta con llave; después subió las escaleras hasta su cuarto. La casa estaba en silencio, de no ser por el furioso rugido del viento.

Una vez en su habitación, Rix se sentó ante su mesa y prosiguió la lectura por donde la había dejado. El día de Año Nuevo de 1917, Erick había pedido la mano de Nora. Nora estaba indecisa. Su madre le dijo que tenía que tomar una decisión porque Erick era el partido de su vida. El padre de Nora dijo que sólo una insensata desperdiciaría una ocasión semejante.

Se casaron en la Primera Iglesia Metodista de Charlotte el 2 de marzo de 1917. Ludlow Usher no asistió a la ceremonia. Los detalles de la noche de bodas no aparecían. La siguiente entrada era de

una semana más tarde: Erick se había marchado a Inglaterra por asuntos profesionales y Nora estaba sola en el Pabellón.

Hijo de puta, pensó Rix.

Un leve resplandor le llamó la atención y levantó la vista del diario.

Del otro lado de su ventana no había sino oscuridad; después, durante un segundo tan sólo, una chispa en el bosque, entre la mansión y el Pabellón. Pero no volvió a brillar más.

Rix permaneció expectante durante unos minutos. La oscuridad era absoluta. ¿Se había imaginado lo de la luz? ¡Santo Dios! Creerse que uno ha visto una luz en un bosque después de la medianoche era el cliché más viejo de los libros de terror. En ese momento, por lo menos en sus novelas, el protagonista galante —y estúpido— habría de salir a investigar, para acabar convertido en una hamburguesa ambulante. Pero aquello era la vida real y Rix no era ningún héroe. Sabía que no existía ladrón alguno en la zona capaz de colarse en Usherland por la noche; no había un solo hombre en todo el condado dispuesto a entrar en Usherland tras la puesta del sol, y menos con todas las historias que corrían sobre el Hombre de la Calabaza, la pantera negra, la bruja que al parecer vivía en las profundidades de uno de los lagos, y todas las demás bestias que rondaban por allí.

En cualquier caso, allí fuera no había nada. Nada más que el zoo de Erick, que estaba destrozado.

Pero... ¿había visto una luz, o no?

Si era así, ahora no estaba. Si algún desgraciado se había caído en el foso de los caimanes, seguiría allí a la mañana siguiente, con una pierna rota.

Rix prosiguió su lectura, pero de vez en cuando observaba la noche.

El Pabellón estaba allí. Un maquimalvado esperando a que alguien abriera sus puertas y desatara la tormenta. ¿Esperaría a Katt, o a Boone?

Diez mil millones de dólares, reflexionó. Después se sumió en la vida de Nora St. Clair Usher.

TRES

RAVEN

12

Ella ya había estado antes en otros sitios agrestes, y en ese momento preferiría hallarse en cualquiera de ellos. La angosta pista de tierra que subía su Volkswagen escarabajo amarillo Briartop Mountain arriba, era una pura piedra suelta con baches como pozas, y se temía un reventón o un pinchazo de un momento a otro. Llevaba casi dos kilómetros subiendo en primera y le parecía que la transmisión olía a quemado. Desde que dejó atrás la cabaña de Perry, al pie de Briartop, llevaba unos cuarenta y cinco minutos de sacudidas como una coctelera y no había visto bicho viviente, tan sólo unas pocas cabañas disimuladas en el frondoso bosque.

Clint Perry le había dicho que buscara una cabaña de tablas con las persianas rojas, bajo dos robles grandes que juntaban sus copas por encima del tejado. Le había advertido que tuviera cuidado en no meter el Volkswagen en la cuneta; encontraría pocos camiones por los caminos de la montaña dispuestos a remolcarla, comentó. Como te caigas a la cuneta, no te sacarán hasta el día de Año Nuevo.

Ella no quería pasar más tiempo de lo imprescindible en Briartop Mountain, desde luego. La ro-

deaban los bosques más cerrados que había visto en la vida y, a pesar de ser ya casi las diez de la mañana, el sol dorado no atravesaba la densa vegetación. De vez en cuando trinaba algún pájaro desde la copa de un árbol, pero generalmente reinaba el silencio. El viento, que durante la noche era tan fuerte que la había despertado constantemente, se había convertido en un suave murmullo. De los árboles caían hojas amarillas y rojas, formando una abigarrada alfombra sobre el camino.

El Volkswagen traqueteó por encima de una serie de baches. Ojalá aguante la suspensión, se dijo. Cruzó por delante de una cabaña de aspecto destartalado, con una humeante chimenea de piedra, y vio un perro grande y colorado tumbado al sol, ante la entrada. El perro alzó las orejas al oír el esforzado ronroneo del motor de su coche, pero el animal era demasiado perezoso para ladrar siquiera. La contempló mientras se alejaba, con la lengua fuera, como un banderín rosado.

La pista ascendía en una pendiente muy acusada. Estaba torturando el motor, pero si metía la segunda no subiría. No voy a llegar, se dijo con desaliento.

Entonces, tras una curva entre los árboles, casi atropelló a un viejo andrajoso que cruzaba muy despacio el camino, apoyado en un nudoso bastón.

Durante un instante, creyó que le iba a coger. Casi oyó el crujido de sus huesos. Pero pisó el freno y el coche se detuvo en seco, tan bruscamente que salió proyectada contra el volante.

El anciano prosiguió su camino, arrastrando los pies, calzados con unas botas de pescador de color naranja, entre las hojas muertas. Estaba demacrado y llevaba la cabeza gacha, como plegada

por el peso de una larga barba entre gris y amarillenta, y los hombros encogidos. Con el bastón iba tanteando cuidadosamente entre las hojas para prevenir los agujeros.

Ella sacó la cabeza por la ventanilla:

—Perdone...

Él no se detuvo.

—¡Perdone, señor!

El anciano se detuvo por fin, pero sin mirarla. Esperaba a que ella le dirigiera la palabra.

—Estoy buscando la casa de los Tharpe —dijo con un acento sureño que todavía reflejaba un deje entre escocés e irlandés.

El viejo inclinó la cabeza hacia un lado, escuchando; después, sin decir palabra, siguió cruzando la pista y empezó a adentrarse en el bosque.

—¡Eh, oiga! —chilló ella, pero el bosque se cerró tras él como una puerta multicolor—. Menuda hospitalidad la de este país —murmuró.

Aceleró el Volkswagen, y entonces pensó que el coche se había parado un instante antes de que ella pisara el freno. ¿Sí, o no?

Estás chalada, pensó y se le escapó un suspiro de alivio cuando vio la cabaña con las persianas rojas un poco más adelante. Estaba a unos diez metros más o menos del camino, y en la parte delantera había una forgoneta desvencijada, con el capó verde, la puerta marrón, el techo rojo y los parachoques oxidados. Junto a ésta, una vieja lavadora de las de rodillo asomaba entre las malas hierbas. También había algo parecido a un motor de camión medio cubierto de herrumbre.

Salió del camino y detuvo el coche detrás de la furgoneta. Cuando se apeaba, se abrió la puerta mosquitera de la cabaña y una mujer muy delgada,

de mediana edad, con el pelo lacio y castaño y que llevaba unos ajados tejanos, salió al porche.

—¿Señora Tharpe? —inquirió la joven acercándose.

—¿Quién es usted?

Fue una pregunta brusca, preñada de suspicacia.

—Me llamo Raven Dunstan. Vengo de Foxton para hablar con usted.

—¿De qué?

—Ayer por la tarde hablé con el sheriff Kemp. Me dijo que su hijo menor desapareció anteanoche. ¿Puedo pasar a charlar con usted unos minutos?

Myra Tharpe se cruzó de brazos. En su juventud había sido guapa, pero el paso de los años no le había hecho ningún bien; el rudo clima de Briartop Mountain le había labrado todos los rasgos de la cara y tenía las comisuras de los ojos, pequeños y marrones, cuajadas de arrugas. En ese momento los tenía hinchados por el llanto. Su boca era una línea fina y desgraciada y tenía la barbilla afilada. Examinó a su visitante con mirada agria e inflexible.

—Nadie ha llamado al sheriff —replicó—. Nadie le ha dicho nada de Nathan.

—Ayer se lo dijo Clint Perry. Es alguacil, sabe...

—No quiero que nadie se meta en esto —dijo Myra—. Es asunto mío.

Examinó a la otra mujer: una joven de la ciudad, vestida con unos pantalones de pana y una cazadora azul marino sobre una blusa blanca. Una mujer de la ciudad, de los pies a la cabeza. De unos veinticinco años, alta, con una melena negra y ondulada que se le desparramaba por los hombros. Tenía los ojos claros, azules y la tez clara y suave

de una mujer que no trabaja a la intemperie. Apenas iba maquillada, y era guapa, aunque le pasaba algo en la pierna izquierda porque cojeaba al andar. Cuando Raven se acercó a los escalones del porche, Myra vio una cicatriz blanca que le cruzaba la ceja izquierda hacia arriba. Una mujer de la ciudad. Hasta sus manos eran blancas y finas. ¿Qué estaba haciendo en Briartop?

—Me gustaría hablar con usted unos minutos sobre Nathan —dijo Raven—. ¿Puedo pasar?

—No. La escucharé aquí mismo.

—Vengo del *Foxton Democrat*.

Raven sacó la cartera del bolso y le enseñó su carné de prensa, pero la mujer no lo miró.

—¿De la revista? No la leo.

—Oh, bueno. El señor Perry dijo al sheriff que anteanoche se organizó una expedición para buscar a sus dos hijos, y que uno de ellos... ¿Newlan, se llama? apareció en su casa a la mañana siguiente. Dijo que la expedición volvió a salir ayer, pero que no encontraron el menor rastro de Nathan. ¿Piensan volver a salir hoy?

—Ahora mismo hay unos cuantos hombres en el bosque —repuso Myra—. Si hay alguna posibilidad de encontrar a mi hijo, lo encontrarán.

Por la manera en que lo dijo, algo puso en guardia a Raven.

—¿No cree usted que lo vayan a encontrar, señora Tharpe?

—Tal vez haya alguna posibilidad.

Raven iba preparada para encontrar resistencia. Su padre le había hablado de los habitantes de la montaña. Pero lo de aquella mujer era pura hostilidad.

—¿Puedo hablar con Newlan?

—No. Newlan está durmiendo. Se lastimó en el bosque.

—Espero que no sea nada serio...

—Cortes y arañazos. Se pondrá bien en unos días.

—¿Quiénes son los hombres que han estado buscando a Nathan, señora Tharpe?

—Hombres —dijo, entornando los ojos—. Es imposible que los conozca, siendo de fuera.

—¿Por qué no lo denunció al sheriff? —preguntó Raven—. Él habría organizado una búsqueda más sistemática...

—¿Lo va a publicar en su revista? ¿Va a escribir una historia sobre mis hijos?

—No. Es únicamente para informarme.

—Ya veo —dijo Myra, asintiendo—. Bueno, pues... Ya he dicho todo lo que podía decirle.

—¿Todo lo que podía decir... o lo que tiene que decir? —inquirió Raven.

—Las dos cosas —dijo, dando media vuelta en dirección a la casa.

—Señora Tharpe... —la llamó Raven—. Me gustaría hablar con usted del Hombre de la Calabaza.

Myra Tharpe se quedó de piedra. Raven vio que se le tensaban los hombros; entonces la mujer se volvió hacia ella y esta vez su rostro denotaba emoción, y el rubor teñía sus mejillas.

—Váyase de mi tierra, señorita de la ciudad.

—¿Conoce usted al Hombre de la Calabaza?

—No pienso decir nada más.

—¿Por qué? ¿Cree que él la está escuchando? Vamos, señora Tharpe, hable conmigo. Déjeme entrar para ver a Newlan.

—Le he dicho que se vaya. No se lo voy a repetir.

—¿Pero qué les pasa a ustedes? —La voz de Raven reflejaba frustración—. ¿Qué intentan ocultar? ¡Dios mío, señora Tharpe! ¡Su hijo lleva dos noches perdido! ¡Y ni siquiera lo ha denunciado usted al sheriff Kemp! ¿De qué tienen ustedes miedo?

Myra Tharpe se revolvió y se metió en su casa. Volvió a salir al momento con una escopeta. Se la encaró sin vacilar y apuntó a Raven.

—Señorita de la ciudad, le concedo un minuto —la advirtió tranquilamente—. Si dentro de un minuto no ha salido usted de mi propiedad, le meto un perdigonazo en el culo.

Raven fue retrocediendo con cautela.

—Muy bien —dijo—. Me marcho. No se ponga nerviosa.

—Nerviosa... ¡un balazo en la cabeza!

Raven llegó a su coche —¡maldita sea, cómo le dolía la pierna!— y se montó. Myra Tharpe la seguía encañonando con la escopeta mientras ella ponía en marcha el Volkswagen. Metió la marcha atrás y regresó a la pista. Después inició el descenso de la montaña, manejando el freno para no patinar con las piedras, mientras sujetaba con fuerza el volante.

—Estúpida de mierda... —murmuró Myra Tharpe, bajando el cañón de la escopeta.

Era una Usher, orgullo y alegría de Bobby hasta el accidente. Al darse la vuelta para entrar en la casa, vio a New detrás de la mosquitera. Llevaba vendajes en el cuello, el puente de la nariz y los dedos. Tenía los ojos hinchados y profundas ojeras.

El muchacho dio un paso atrás para dejar pasar a su madre, que cerró la puerta tras de sí. Atravesó

el cuarto de estar y dejó la escopeta de Bobby en su lugar, junto a la chimenea de piedra. La casa era sencilla, tenía dos habitaciones, más la cocina y el cuarto de estar; el entarimado del suelo estaba levantado por algunos sitios, combado como el mar, y el tejado era de madera barata y tenía goteras como un colador. Bobby había hecho personalmente la mayor parte de los muebles, de pino, en un cobertizo que había detrás de la casa; unas esteras baratas cubrían las manchas de humedad del suelo. En ese momento, la casa olía a mermelada de moras y a bizcocho. El señor Berthon, dueño del café Broadleaf, esperaba sus tartas ese mismo día.

—Vaya, vaya —dijo Myra a su hijo—, ¿qué es lo que has oído?

—Casi todo.

—Deberías estar en la cama. Vete a acostar.

—¿Por qué no has dejado entrar a esa mujer para que hablara conmigo, mamá? —preguntó New en voz baja.

—Porque no es asunto suyo, por eso. Es una extraña, una señorita de la ciudad. No hay más que mirarla.

—Puede ser —convino New—, pero creo que quería ayudarnos.

—¡Ayudarnos! —exclamó la madre con sorna—. Nosotros no necesitamos ayuda de fuera, hijo. Qué tontería... Y ahora, a la cama.

La mujer se dirigió a la cocina, haciendo crujir el suelo por donde pisaba.

—Mamá... —dijo New—. Le he visto. En el borde del hoyo. Le vi a él y también oí rondar a su felino negro...

—¡Tú no has visto ni has oído nada! —le interrumpió ella, volviéndose hacia su hijo.

Myra avanzó unos pasos, pero New no cedió terreno. Ella enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿Me has oído?

Tendió el brazo para zarandearle, pero el niño le dijo:

—No lo hagas, mamá.

El tono de su voz detuvo el gesto de la madre. Myra parpadeó, indecisa. ¡Estaba creciendo tan deprisa! Dejó caer la mano a lo largo del cuerpo, pero los ojos le brillaban de furia.

—¡Tú no has visto ni has oído nada!

—Él se llevó a Nathan. —A New se le quebró la voz—. Lo llevaba amarrado debajo del brazo y se lo llevó al bosque. Yo lo sé, mamá, porque lo he visto y nadie puede negarlo.

—Era de noche y tú estabas atrapado entre las zarzas, cubierto de arañazos y de cortes. Tenías un chichón como un huevo en la nuca. ¿Qué vas a saber tú de lo que viste o dejaste de ver allí?

En su cara pálida y llena de arañazos, los ojos de New eran como dos esmeraldas furiosas.

—Vi al Hombre de la Calabaza —insistió testarudo—. Y se llevó a Nathan.

—¡No pronuncies ese nombre en esta casa!

—Esa mujer tenía razón. Tienes miedo. ¿De qué, mamá? Dímelo.

—¡Los extraños no saben nada de nada! —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Tú tampoco lo entiendes, New. En absoluto. No hay que hablar con los extraños, y menos de él. No queremos que Briartop Mountain se llene de extraños haciendo preguntas y metiendo sus narices en todas partes. Nosotros resolveremos nuestros propios asuntos.

—Pues si yo no le he visto... —replicó New—,

¿qué le pasó a Nathan, mamá? ¿Cómo es posible que todavía no le hayan encontrado?

—Nathan se perdió en el bosque. Tomó por un camino equivocado, hacia alguna parte. Tal vez se quedara atrapado entre las zarzas. No lo sé. Si hay alguna posibilidad de encontrarle, nos lo traerán.

New meneó la cabeza.

—No le encontrarán. Tú lo sabes, y yo también. Si hubiera alguna posibilidad, a estas horas ya le habrían encontrado. Y Nathan no se alejaría del camino, y menos de noche.

Myra fue a decir algo, pero se calló. Cuando recobró la voz, era un susurro angustiado:

—No te metas en líos, hijo. No busques problemas. Dios sabe que estoy medio loca de angustia por Nathan, pero... ahora tú eres lo único que me queda. Tienes que ser el hombre de la casa. Debemos ser fuertes y seguir viviendo. ¿Me comprendes?

New no lo entendía. ¿Por qué le había impedido su madre hablar con la periodista? ¿Por qué no le había dejado hablar ni con los voluntarios de la expedición de rescate? Pero se dio cuenta de que su madre estaba al borde del colapso y le dijo:

—Sí, mamá.

—Muy bien. —Ella le dedicó una sonrisa forzada y tensa, con los ojos atormentados—. Eres un buen chico. Y ahora vete a acostar. Necesitas descanso.

Se quedó allí un instante, con el labio inferior temblando, y después regresó a la cocina a ocuparse de las tartas.

New volvió a la habitación que compartía con Nathan. Había dos catres, separados por una desvencijada mesa de pino. No tenían armario; la ropa

de New y Nathan estaba colgada en un perchero de la pared. Una sola ventana daba a la pista, y por ella fue por donde New vio llegar a la periodista.

New cerró la puerta y se sentó en su cama. Olía al ungüento que su madre le había aplicado en las heridas: jugo de tabaco con yodo. Le escocía como un demonio.

La noche anterior había vuelto a soñar con el Pabellón. El caserón resplandecía de luz, la cosa más brillante que New había visto en su vida, y mientras lo contemplaba, había advertido unas siluetas que pasaban de un lado a otro por detrás de las ventanas. Se movían despacio, a ritmo majestuoso, como en un baile de una gran fiesta. Y en el sueño, como solía suceder, oía que le llamaba por su nombre, desde muy lejos, una voz susurrante y seductora, la misma que a veces le atraía al borde de la Lengua del Diablo.

Le acosaban montones de interrogantes sobre el Hombre de la Calabaza. ¿Qué era ese ser, y por qué se había llevado a Nathan? Pensó que era como preguntarle a la luna por qué cambiaba de forma. El Hombre de la Calabaza vivía en el viento, en los árboles, en la tierra, en los espinos. El Hombre de la Calabaza salía de sus escondrijos a secuestrar a los niños desprevenidos. Si él no se hubiera caído en aquellas zarzas, pensó New, Nathan estaría en casa. Miró la cama de su hermano. Yo tenía que haberle salvado... de alguna forma. Yo soy el hombre de la casa, podía haber hecho algo.

¿Podía realmente?

Su padre le habría dejado hablar con esa joven, estaba seguro. Su padre no le tenía miedo a nada. Y ahora, él era el hombre de la casa, y la cama de Nathan estaba vacía.

New levantó el delgado colchón de su catre y cogió su cuchillo mágico.

Se lo había llevado a casa escondido dentro de una manga de la chaqueta. El truco se lo había enseñado su padre una vez; te metes el cuchillo en la manga, y cuando lo necesitas, no tienes más que estirar el brazo muy deprisa y se te desliza en la mano. Su padre, antes de casarse con su madre, bebía de lo lindo, y New sospechaba que su padre había usado ese truco para defenderse en las peleas de los garitos del pueblo.

El cuchillo mágico era su secreto. No se lo había enseñado a su madre y, sin tener exactamente conciencia de sus motivos, quería probarlo antes de decirle nada.

Lo dejó sobre la cama de Nathan y luego se sentó otra vez en la suya.

Lo quiero, dijo mentalmente, y tendió su mano vendada.

El cuchillo no se movió.

Debía desearlo con más fuerza. Concentró toda su atención en exigir al cuchillo que llegara hasta su mano. Lo quiero ahora, pensó.

El cuchillo se estremeció... ¿Tal vez? O tal vez no.

Le invadió espontáneamente la imagen de la silueta negra con Nathan debajo del brazo. Vio la luz de la luna en la cara de su hermano, sintió la férrea presa de las zarzas en su piel mientras él intentaba zafarse, recordó la horrenda sonrisa que dilataba el rostro deformado del Hombre de la Calabaza.

Respiró hondo.

¡Lo quiero ahora!

El cuchillo mágico salió volando de la cama con una prontitud que le sorprendió. Hizo una pi-

rueta en el aire, ganó velocidad y después se dirigió hacia su mano con el puño por delante.

Pero fue demasiado rápido, más de lo que él podía controlar, y se dio cuenta de que el cuchillo le atravesaría y se clavaría en la pared.

En ese momento, su madre abrió la puerta para decirle que lamentaba haber perdido la calma; entonces el cuchillo trazó una curva en el aire, a escasos centímetros de ella, y se clavó violentamente en el techo, a un metro de su cabeza.

La mujer se quedó sin aliento.

El cuchillo se quedó clavado en el techo, vibrando, con el sonido de una cuerda de violín rota.

13

Rix se despertó con el abrazo del espectro de su abuela.

Su dormitorio era una neblina dorada por los rayos de sol que se colaban entre las ramas de los árboles. Eran más de las diez; Rix tenía un hambre de lobo y lamentaba que nadie le hubiera despertado para bajar a desayunar. La comida no se serviría hasta las doce y media.

Se levantó de la cama y se estiró. Se había quedado leyendo el diario de Nora Usher hasta cerca de las dos de la madrugada, y las escenas de la vida de los Usher durante 1917 y 1918 permanecían tan vívidas en su memoria como las viejas fotografías de color sepia que encontró en la biblioteca. Después de su boda, las entradas del diario de

Nora se habían vuelto cada vez más sucintas e irregulares. Se notaba un cambio en su personalidad, desde la de una niña protegida a la de una mujer desconcertada y al mismo tiempo tremendamente rica. Pasaban meses enteros sin una sola anotación, a veces algún mes se resumía en una sola frase que describía una fiesta o cualquier otro acontecimiento. Quedaba claro que Nora estaba hasta el moño de Usherland y que Erick —una vez la tuvo en su poder— se había cansado de ella enseguida.

Rix se lavó la cara con agua fría en su cuarto de baño, y se acarició con el dedo las profundas arrugas de las comisuras de los ojos. ¿Eran menos pronunciadas que el día anterior? ¿Estaba menos pálido, tenía los ojos menos fatigados? Se sentía bien, pero no dejó de tomarse las vitaminas.

Llamaron a su puerta y Rix la abrió.

—Hace un día espléndido —dijo Cass, que traía una bandeja con huevos revueltos, empanadillas de carne, cereales y una jarrita de café.

—Buenos días. Me he quedado dormido, lo siento.

—Te he guardado todo esto. ¿Te acostaste muy tarde anoche?

Cass dejó la bandeja en la mesa, justo al lado del diario de Nora Usher, todavía abierto.

—Pues sí, muy tarde.

Si vio el diario, Cass no exteriorizó reacción alguna. Enarbolaba una sonrisa amplia y radiante.

—Tu madre quería que te despertara. Ha tenido que desayunar sola esta mañana, pero la he convencido de que te dejara dormir.

—Gracias. El desayuno tiene muy buena pinta. ¿Dónde estaba Boone esta mañana?

—No creo que llegara a casa antes del amanecer...

Antes de que Rix pudiera tocar el diario, Cass le estaba sirviendo una taza de café.

—Su afición al póquer es desastrosa para su cuenta corriente. ¿Qué es esto? —preguntó señalando con la cabeza el diario abierto.

—Pues... una cosa que estoy leyendo.

—Parece muy antiguo.

Rix vio cómo ella examinaba la página y dejaba de verterle el café.

—¿De dónde lo has sacado, Rix?

Por el tono en que se lo preguntó, Rix comprendió que Cass sabía de qué se trataba. Tardó unos segundos en responderle, intentando inventarse una historia creíble, pero ella se encaró con él y Rix comprendió que no podía mentirle.

—Edwin me ha dado la llave de la biblioteca.

—Oh... Entonces sabías que trajeron todos esos libros del Pabellón.

—Sí, y también lo de la historia de los Usher que está escribiendo Wheeler Dunstan. ¿Por qué no me lo contaste, Cass?

Ella dejó la cafetera, eludiendo su mirada.

—No sé —dijo, y exhaló un leve suspiro—. Supongo que... pensé que no tenía importancia.

—¿Que no tenía importancia? —repitió él incrédulo—. ¡Un extraño lleva seis años escribiendo la historia de nuestra familia y tú crees que no tiene importancia! ¡Cass, por favor! Cuando Boone me lo dijo, por poco me caigo de espaldas. Si alguien tiene que escribir esa obra, debería ser yo, desde luego. Y no un extraño.

—Dunstan no conseguirá terminarla —repuso ella con calma, mirándole a los ojos.

—Y sin embargo, ese asunto ha preocupado tanto a papá que le ha mandado un abogado.

—Tu padre valora mucho su intimidad. Quiere proteger el apellido Usher. ¿Se lo vas a reprochar?

Rix guardó silencio. La expresión de Cass era tan firme y resuelta que él se sintió impulsado a darle la razón.

—No, claro que no... —dijo.

—En este momento —prosiguió ella—, la intervención de la prensa sería nefasta para la situación de la familia. Antes o después, los periodistas averiguarán que tu padre está agonizando. Se abalanzarán sobre Usherland como moscas a la miel, Dios no lo quiera. Pero yo espero que eso suceda después de que esté liquidada la herencia y el negocio haya cambiado de manos.

Rix cogió la taza de café y tomó un sorbo.

—¿Por quién se ha decidido papá? ¿Por Boone o por Katt? —preguntó Rix, como sin darle importancia.

—No lo sé. Edwin cree que el señor Usher apuesta por tu hermana. Está mejor preparada.

Rix meneó la cabeza.

—Pues yo no la veo con ganas. Es demasiado feliz haciendo lo que hace ahora. —La siguiente pregunta se le escapó sin poder remediarlo—: ¿Se ha enmendado?

—Que yo sepa —repuso ella, encogiéndose de hombros—, jura que lo único que toma es un vaso de vino de vez en cuando. Sigue fumando muchísimo, pero cigarrillos normales, nada de cosas raras. Después de lo de Tokio, en fin... —y dejó la frase sin concluir.

Hacía varios años, cuando su hermana entraba en Japón para hacer un reportaje, la policía japone-

sa le había incautado doce gramos de cocaína pura y treinta gramos de Maui Wowie escondidos en sus frascos de cosméticos. Los funcionarios de aduanas la emprendieron con ella y el asunto había traído cola durante casi un mes. Rix, que a la sazón estaba escribiendo una novela de brujería titulada *Congregación*, se había enterado por los periódicos; una foto de portada la mostraba macilenta y despeinada, sostenida por su padre y Boone, metiéndose en una limusina frente a una comisaría. Walen blandía amenazante su bastón hacia los fotógrafos, y la boca de Boone parecía estar soltando reniegos.

—Así que... —dijo Cass señalando el diario—, ¿lo lees por placer o... forma parte de tu investigación?

—Si te digo que tengo la intención de escribir esa historia, ¿se lo contarás a Edwin o a papá?

Ella frunció el entrecejo, acentuando las arrugas que tenía entre los ojos, y pareció reflexionar un momento:

—Tengo un voto de lealtad hacia tu padre, Rix —dijo al fin—. Igual que Edwin. Y mi palabra me obliga a revelarle todo lo que pueda ocurrir y de lo que él deba estar enterado.

A Rix le asaltó de repente una idea horrorosa. No hacía falta que Cass revelara nada a Walen. Si tenía el oído tan aguzado como para oír voces en el salón, no cabía duda de que podía estar escuchando esa misma conversación. No obstante, era imposible que Walen entendiera el sentido de lo que estaban diciendo... ¿o no?

—¿Nos puede oír? —inquirió Rix en un nervioso susurro, con el corazón desbocado—. ¿Lo has dicho para que te oyera?

—No, no nos puede oír. Hace una hora le llevé el desayuno a la señora Reynolds, y tu padre estaba durmiendo. Le ha dado un tranquilizante, porque ha pasado mala noche.

Cass nunca le había mentido, y Rix vio en sus ojos que le decía la verdad.

—¿Se lo dirás? —le preguntó en voz baja. Pero antes de que le contestara, la cogió de la mano—. Por favor, Cass, no se lo digas, te lo ruego. Dame una oportunidad. Desde que... Sandra murió, las cosas no me han ido demasiado bien. No consigo que cuajen mis ideas; todo me sale confuso y enrevesado. Sandra me ayudaba a expresarme, me impulsaba a seguir adelante. Sin ella... soy incapaz de realizar nada de nada.

Le apretó la mano:

—Tengo que empezar otro libro, Cass. Si no, le daría la razón a papá respecto a lo de mi carrera: yo no sería más que un escritorzuelo que tuvo un golpe de suerte.

—¿Por qué estás tan seguro de tu capacidad para escribir la historia de la familia? Yo creo que sería mucho más fácil escribir una novela.

—No estoy seguro, pero debo intentarlo. La investigación será difícil, claro, pero la historia ya está escrita. Lo único que tengo que hacer es hilvanarla. ¿Y si Wheeler Dunstan la acaba antes que yo? ¡Me lleva seis años de ventaja! Si pierdo esta oportunidad, no sé qué será de mí.

El rostro de Cass reflejaba un conflicto de emociones.

—Yo... di mi palabra.

—Edwin y tú estáis a punto de retiraros. Cuando yo acabe la obra llevaréis mucho tiempo lejos de aquí. Lo único que te pido es que me des un po-

co de tiempo. Si se lo cuentas a papá, mandará que guarden todos los documentos en el Pabellón, y en tal caso no habrá forma de que yo pueda llegar hasta ellos. Por favor... Dame un poco de tiempo. Sólo te pido eso.

Cass liberó su mano.

—Lo pensaré. No puedo prometerte nada, en un sentido ni en otro.

Rix sintió frío, mientras su corazón seguía al galope.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Cass—. Te has puesto muy pálido.

—Supongo que necesito comer algo... —dijo él, asintiendo.

—Bueno, pues come antes de que se te enfríe.

Cass se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de salir.

—Me has puesto en un compromiso, Rix —dijo serena—. Te quiero mucho... pero también quiero a tu padre.

—¿A cuál de los dos quieres más? —le preguntó él.

Cass salió sin contestarle.

Rix se sintió rastrero por dentro; obligarla a tomar partido de aquella manera era una de las manipulaciones típicas de su padre. De todos modos, si Cass confiaba a Walen su idea, Rix ya podía despedirse. Su idea le pertenecía de pleno derecho, mucho más que a un extraño. Se tocó una sien y la sintió cubierta de sudor frío.

El esqueleto de los ojos sanguinolentos se balanceaba en su mente de delante atrás, una y otra vez. Hilillos de sangre le manchaban los blancos huesos de los pómulos. El cabello de Sandra flotaba en el agua roja.

«Un fracasado... —le decía su padre—, no eres más que un maldito fracasado.»

Rix se agarró al canto de la mesa. Tenía los nervios de punta.

La luz dorada que bañaba su habitación se convirtió en un rayo deslumbrante que le hirió los ojos. Oyó el gorgoteo del agua por las cañerías de la mansión. Los ronquidos de Boone sonaban como el rugido de una motosierra a través de la pared. Algo parecido al zumbido de un mosquito fue aumentando de volumen. El zumbido se convirtió en un tronar. Era el Jetcopter que se acercaba a Usherland.

Tenía que encontrar un lugar donde refugiarse. La habitación insonorizada más próxima era la de Boone, pero tenía que pasar al lado de la habitación de Puddin' para llegar allí. Walen le había dicho que había un armario en el cuarto de Katt. Tendría que darse prisa para llegar allí antes de que le sobreviniera el apogeo del ataque. La cabeza le martilleaba mientras se dirigía a trompicones a la puerta y agarraba el picaporte.

Pero cuando tendió la mano para abrir, el picaporte había cambiado. Ya no era un octógono de cristal tallado; era la cabeza de un león rugiendo, de plata bruñida.

Rix retiró la mano como si se hubiera quemado. Un latigazo de dolor le taladró la cabeza y en ese mismo instante vio un cuerpo enflaquecido tumbado en una cama, a oscuras, y comprendió que no se trataba de su padre sino de él mismo, pudriéndose en la habitación insonorizada.

Después se le pasó. Terminó la crisis y se quedó tembloroso y sudando, con la frente apoyada en la puerta. La intensidad de la luz y los ruidos de la casa disminuyeron.

Rix contempló el picaporte de cristal. La cabeza de león había desaparecido. Pero él ya había visto antes aquel picaporte. No recordaba dónde. Tal vez, se dijo, en sus pesadillas recurrentes sobre el Pabellón.

Se preguntó por qué se le había pasado el ataque. El sudor de la cara se le estaba secando y los latidos de su corazón volvían a la normalidad. En circunstancias normales, a esas horas ya estaría revolcándose por el suelo. ¿Sería cierto lo que le había dicho Walen sobre Usherland? ¿Se estaba reponiendo ahora que había vuelto a casa?

Todavía estremecido, Rix se puso unos pantalones de color caqui, una camisa blanca y un suéter marrón de cuello de pico. Dentro de su armario se habían materializado tres trajes nuevos de su talla, pantalones, jerséis y una docena de camisas almidonadas. Se sentó a su mesa y engulló vorazmente la comida que le había llevado Cass.

Después se sintió mucho mejor y se puso a hojear el diario.

No tenía la menor idea del aspecto físico de Nora St. Clair, pero recordó la fotografía de una mujer vestida de blanco en un balcón. Su postura denotaba una dignidad regia, aunque había algo terriblemente triste en la foto: una figura solitaria, de pie contra la inmensidad del Pabellón, con la mirada perdida por encima de la superficie negra y lúgubre del lago. Se imaginó a Nora como una mujer de su época: infantil, inocente, tal vez un tanto malcriada, pero desde luego hermosa. Se la representó delgada, con bucles castaños peinados hacia atrás, dejándole la frente despejada, unos ojos grandes, grises, de animalito extraviado y curioso. Tenía que ser elegante, si no Erick no la ha-

bría cortejado con tanto ardor. Era encantadora, capaz de charlar amablemente con cualquier invitado que Erick llevara a Usherland, y probablemente una anfitriona ejemplar.

Rix se acabó el café y se sirvió otra taza. Se encontraba fortalecido. El desayuno le había sentado estupendamente.

Se detuvo en el texto fechado el 5 de julio de 1919; era la primera entrada en más de seis meses. La caligrafía era irregular, salpicada de manchas y borrones, reflejo de la tensión de Nora.

La primera línea decía: «Él es un asesino.»

Durante su lectura, Nora St. Clair Usher empezó a hablarle a Rix desde muchas décadas de distancia. Sus palabras espolearon su imaginación; surcaron el tiempo y el espacio, y de repente Rix se encontró en plena celebración del 4 de julio en Usherland, más de treinta años antes de su nacimiento.

Miles de farolillos de papel brillaban con los colores del arco iris en los árboles de Usherland. Largas mesas cubiertas de finísimo encaje irlandés esperaban a los invitados de Erick Usher a la orilla del lago. Más de seiscientas personas se comerían el cerdo asado, los filetes de buey de Chicago, la langosta de Nueva Inglaterra, la ternera, el cordero, las bandejas de ostras crudas en hielo, traídas de Florida en avión. Había huevos de codornices en vinagre, lengua de faisán en vinagreta, pato de Pekín ahumado, cangrejo gigante de Alaska, como ruedas de Rolls-Royce. Antorchas auténticas plantadas en el suelo iluminaban la escena, mientras un ejército de camareros, todos de esmoquin rojo,

evolucionaban entre las mesas, sirviendo champán en copas de cristal. Una banda de viento, subida a un estrado decorado con banderas americanas, tocaba marchas militares. Las cigarras cantaban en los árboles, y de vez en cuando algún león o cualquier otra fiera rugía desde el zoo particular de Erick.

Junto a cada plato había una banderita americana. Los invitados se habían vestido según la petición inscrita en sus invitaciones grabadas en oro. Todos ellos, desde el diplomático de Washington hasta el presidente del banco de Asheville, iban vestidos de rojo, blanco y azul.

En la cabecera de la mesa más grande, Erick Usher se puso repentinamente en pie. Robusto, ancho de espaldas, llevaba un traje rojo chillón, camisa azul y corbata blanca. Se acercó un megáfono a los labios, mientras las antorchas pintaban destellos en sus gafas.

—¡Un brindis! —aulló levantando su copa de champán.

La banda de música se interrumpió en mitad de la pieza. El sonido de seiscientas ochenta y cuatro bocas que hablaban, comían y bebían fue decreciendo hasta un difuso murmullo. Los camareros tropezaban unos con otros, intentando llenar todas las copas alzadas. Los tapones salían disparados como zambombazos de cohetes.

—¿Qué? —gritó Erick por el megáfono—. ¡Levantaos, caray!

Los convidados se levantaron como en presencia del presidente de los Estados Unidos, cuyo secretario, el señor Conyers, estaba sentado junto a una impresionante Nora Usher, embutida en seda blanca. Llevaba guantes azules y lazos rojos en el

pelo. Cuando Nora se puso de pie, vio el brillo embriagado de los ojos de su esposo. Había bebido demasiado champán. Si aquella fiesta resultaba como las demás, podía continuar durante días, hasta que la gente se derrumbara en el suelo o se bañara desnuda en las fuentes de la finca. Nora levantó su copa con los demás. Frente a ella, del otro lado de la mesa, Harry Sanderson, un magnate del tabaco de Winston-Salem, emitió una vaharada de carne de cangrejo con salsa de ajo.

—¡Por el 4 de julio —rugió Erick—, y por los principios sobre los que se fundó esta nación! ¡Que nuestra bandera pueda ondear mucho tiempo sobre un país donde cualquier hombre que quiera arremangarse puede hacerse millonario!

A su espalda, al otro lado de la tranquila superficie del lago, el Pabellón relucía, completamente iluminado. Era un espectáculo muy sorprendente: Erick había ordenado a los albañiles que prosiguieran su trabajo. En la masa oscura de Briartop Mountain brillaban algunas lucecitas entre los árboles.

—Mi tatarabuelo llegó aquí desde Gales, con los bolsillos llenos de polvo de carbón —dijo Erick—. Pero tenía una idea. Diseñó un rifle capaz de tumbar a un indio en Canadá desde Kansas City... ¡Y la muy puñetera funcionó! El rifle repetidor Usher abrió las fronteras de este país, y sin él sus gentes estarían comiendo gachas de maíz en lugar de *roast beef*, y haciendo tintinear cuentas en los bolsilos en lugar de dólares de plata.

Hubo un murmullo de risas. Al otro extremo de la mesa, una fulana joven que había llegado del brazo de un comerciante de pólvora rico y entrado en años soltó una risita de hiena.

Nora era abstemia. Detestaba el sabor del alcohol, así que en su copa no había más que agua helada. El humo de los puros flotaba en el aire como una neblina azulada y le irritaba los pulmones. Por encima del hombro de Erick, vio súbitamente una sombra que se movía detrás de los paneles de cristal de la cúpula del tejado más alto del Pabellón. Ludlow, el padre de Erick, se había convertido en un eremita en los dos años que Nora llevaba en la casa. Ella rara vez le veía, y él nunca le dirigía la palabra. Se pasaba la mayor parte del tiempo en la cúpula de cristal, pero algunas noches Nora le oía pasar por el pasillo, junto a la puerta de su alcoba. Estaba segura de que era él porque oía los golpecitos de su bastón sobre el parqué.

De pronto, Erick bajó su copa y cogió a Nora por el brazo, para acercarla a él. Ella dio un trompicón y se derramó el agua por el vestido. Él olía a los caballos que montaba hora tras hora, día tras día, en la pista de carreras de la finca.

—¡Y he de anunciaros una cosa, queridos amigos! —exclamó Erick— ¡Voy a ser padre!

Hubo una calurosa ronda de aplausos y vítores. Erick palmoteó el vientre de Nora y ella sintió que le ardía la cara.

—Seré padre en febrero o marzo, según el doctor. ¡Así que un brindis por el futuro Usher y por todos los que vengan! ¡Y ahora ya puede beber todo el mundo!

Nora se apartó de él y se sentó. Ella planeaba participar la noticia por correo a un selecto grupo de amigos, y creía que Erick estaba de acuerdo. A la mañana siguiente, la noticia saldría en el periódico de Asheville, seguro. Captó la mirada de la señora Van Doss, de gélidos ojos en su rostro de co-

madreja. Al otro lado de la mesa, Harry Sanderson encendió otro de aquellos puros habanos de palmo y pidió a gritos más champán.

Los fuegos artificiales empezaron con un trueno desgarrador que resonó por encima del lago y rebotó en los muros del Pabellón. El cielo se iluminó de todos los colores, cohetes rojos, lluvias de estrellas azules, remolinos dorados. La exhibición costó a Erick más de sesenta mil dólares y duró más de media hora; cuando concluyó y la última ceniza se apagó con un silbido en el lago, Nora temblaba, hecha un manojo de nervios. Erick sonreía contento. Nora vio que las luces de la cúpula estaban apagadas.

Cuando se desvaneció el aplauso y Nora se obligó a conversar con una reina de la sociedad de Asheville, muy entrada en años, llamada Delilah Huckabee, Sanderson dio unas palmadas y chilló:

—¡Precioso espectáculo, Erick! ¡Maldita sea! ¡Ni yo lo habría hecho mejor!

Llevaba la corbata torcida y tenía los ojos inyectados en sangre. Su esposa intentaba controlarle, pero en vano.

—Ya conoces a los Usher, Harry —repuso Erick, cortando otra tajada de carne de la fuente que tenía delante—, siempre damos la campanada en nuestras fiestas.

—¿Cuánto te ha dado tu padre para gastarte en el espectáculo, Erick?

Erick levantó la vista. Su boca pringada de grasa esbozaba una sonrisa forzada, pero sus ojos eran como bloques de granito.

—Has bebido demasiado, ¿eh, Harry?

—¡Pues sí! ¿Qué pasa? Mira, estuve presente el día que tu padre celebraba los cuarenta años, aquí,

en Usherland. ¡Y aquélla sí que fue una fiesta cojonuda! El viejo hijo de su madre se gastaría más de cien mil dólares en fuegos artificiales... ¿Cuánto te ha dado para esta fiesta?

Sanderson se la estaba ganando, y lo sabía. Erick Usher todavía dependía económicamente de su padre. Aunque la salud de Ludlow no era muy buena, el viejo no soltaba las riendas del negocio... Y Nora sabía que Erick se enfurecía como un loco por lo que consideraba una renta miserable.

—Sí, sí —prosiguió Anderson, haciéndole un guiño exagerado a Nora—, el viejo Ludlow sí que sabía dar fiestas. Te quedabas petrificado de asombro, desde luego. Después de asistir a una de sus fiestas, no se te olvidaba en la vida. Se gastaría cien mil dólares en aquellos fuegos artificiales. Duraron una hora entera. ¡Qué condenado...!

—¿Ah, sí? —preguntó Erick.

Las llamas relucían en sus gafas. Unas treinta personas estaban oyendo ese diálogo, y nadie más que Nora sabía lo que estaba incubando su marido.

—Entonces, ¿te gustan los fuegos de artificio, Harry?

—Duraron más de una hora. ¡Camarero, más champán! —exclamó.

Erick se levantó, muy despacio, el pecho henchido como un gallo de pelea. Nora reconoció una señal de peligro.

—Si te gustan los fuegos artificiales, Harry... tendrás más fuegos artificiales. Diviértete. Bebe. Y sonríe. Señor Conyers, ¿quiere hacer el favor de atender a mi esposa? Vuelvo enseguida.

Antes de que Nora pudiera preguntarle adónde iba, Erick cruzó a paso decidido el césped hacia los

coches que estaban aparcados a lo largo del paseo. Se metió en una limusina Rolls-Royce, dio la vuelta y se dirigió hacia la salida de Usherland.

La banda siguió tocando, y durante la hora siguiente Nora estuvo charlando con el señor Conyers sobre la vida social de Washington. Harry Sanderson se fue resbalando gradualmente de su asiento. Una pareja convenientemente vestida se zambulló en el lago. Alguien sacó una pistola y empezó a disparar a los farolillos.

La conversación de Nora fue interrumpida por un ronroneo de motores. Las luces de unos faros hendieron la foresta. Tres camiones Usher, con la caja cubierta por sendas lonas verdes, se acercaban al Pabellón. Se detuvieron en el camino de acceso, a treinta metros de las mesas. Nora oyó los gritos de un hombre; parecía la voz de Erick, pero no estaba segura. Varias figuras fueron saliendo de los camiones. Erick se materializó en la noche en dirección a sus invitados, y Nora se levantó de su silla.

Erick tenía la cara arrebolada y cuando pasó junto a Nora, ella le oyó respirar jadeante, como un animal rabioso.

—¡Harry!

Éste le miró con los ojos extraviados por el alcohol.

—Te he traído un regalito, Harry. Una cosa que te ayudará a acordarte de mi fiesta.

—Cojonudo —murmuró Harry, y sonrió estúpidamente.

Los hombres retiraron los toldos. Nora observó que movían unos bultos con bastante esfuerzo. Tardó un momento en dilucidar lo que había en los camiones.

Armas. Obuses de campaña Usher, parecidos a los de una fotografía de un campo de batalla que le había enseñado Erick muy orgulloso.

—Fuegos artificiales —dijo Erick sonriente.

La gente se empezó a levantar de la mesa. Los cañones apuntaban directamente a la multitud.

—¡Listos, señor Usher! —gritó uno de los mozos.

—Erick... —empezó Nora, aturdida—. Dios mío, no irás a...

—Espero que te guste el espectáculo, Harry. —Erick se volvió con actitud regia hacia los camiones y gritó—: ¡Fuego!

Dispararon el primer obús. Voló por encima de las mesas con un estruendo semejante al de un tren de mercancías y sobrevoló el Pabellón en dirección a Briartop Mountain.

Se produjo un rugido digno de las almas condenadas a los infiernos mientras los convidados huían enloquecidos en todas direcciones, chocando unos con otros y con las mesas, y tirando la comida y el champán. Los otros cañones empezaron a disparar, haciendo estremecerse el suelo con cada descarga, tirando a la gente al suelo de rodillas. Los señores Sanderson salieron disparados de sus asientos como peleles y Nora se cayó, agarrada al señor Conyers. Las botellas de champán estallaban en las cajas. Los farolillos de papel danzaban enloquecidos de un lado para otro. Mientras los obuses seguían zumbando por el aire, el cielo se iluminó con un resplandor rojizo intermitente e irreal.

Continuó el bombardeo. Atontada y con un zumbido en la cabeza, Nora se incorporó sobre las rodillas y contempló cómo la gente, de esmoquin y traje largo, corría a refugiarse en el bosque, se caía con las ondas expansivas, se levantaba y seguía hu-

yendo. El aire apestaba a pólvora. La banda dejó sus instrumentos atrás cuando el estrado se desmoronó como un castillo de naipes. Algunos de los obuses estaban cubiertos de fósforo; Nora vio brillar uno por el cielo, justo por encima del Pabellón, como una enorme estrella fugaz, y luego la explosión rojiza sobre Briartop Mountain.

Dios mío, pensó horrorizada. Los cañones apuntaban a la montaña. ¡Está disparando contra las casas de los granjeros!

Entonces recobró el habla, y aunque no oía el sonido de su voz por encima del tumulto, chilló:

—¡Diles que paren, asqueroso asesino! ¡Diles que paren!

Las piezas de artillería seguían acribillando la ladera de la montaña. Nora vio que se alzaban lenguas de fuego en el lugar de los impactos. Se levantó, caminó a tientas entre la nube de humo, tropezó con la gente y pisoteó los cuerpos caídos. Una sombra se le acercó entre la humareda, y cuando la tuvo delante advirtió que era Erick.

—¿Por qué? ¿Por qué? —le gritó.

Él se detuvo y la miró. Tenía una sonrisa torcida en los labios.

—Porque me da la gana —repuso.

Y entonces Nora se dio cuenta de que había terminado el cañoneo.

Después, él pasó junto a ella, como sonámbulo, y se sumió en los espesos torbellinos y espirales de humo.

Ella se quedó mirando las llamas que ardían en Briartop Mountain y se echó a llorar. A sus pies, pequeñas banderolas americanas revoloteaban por el suelo en las turbulencias chamuscadas creadas por los obuses.

Llamaron a la puerta de Rix.

—¿Quién es? —preguntó, levantando los ojos del diario.

La puerta se abrió sin avisar.

—No me saltes a la garganta —dijo Kattrina Usher haciendo un puchero.

14

—Cuéntanos más cosas de la fiesta en el yate —pidió Margaret a Katt, con tono de excitación infantil—. ¡Sería maravillosa!

Katt se encogió de hombros, echando un vistazo a Rix, al otro extremo de la mesa del comedor.

—Bueno, no era más que una fiesta. Seríamos unas cien personas, supongo. La mayor parte del mundillo de la moda, y también había otras modelos. Navegamos entre las islas a la luz de la luna. Por toda la jarcia tililaban bombillas de colores. La brisa era fresca y pura, y al mirar el agua se veían los peces nadando alrededor del barco, dejando una brillante estela verde-azulada. Tiene algo que ver con los organismos microscópicos del mar. En cualquier caso, lo pasamos muy bien. Al día siguiente terminamos el reportaje y yo me vine para casa.

—¿Y no conociste a ningún hombre interesante? —preguntó Margaret con cara de decepción—. Seguro que había toda clase de solteros ricos en la fiesta.

—Mamá —dijo Katt sonriendo gentilmente—,

te he dicho cientos de veces que no necesito conquistar a ningún soltero rico. Además, he ido a Barbados para trabajar.

—Suena como si te deslomaras realmente —comentó Boone.

Tenía los ojos hinchados por el sueño, pero se había puesto un traje de rayas y una corbata de seda para la comida. Pinchó el tenedor en la ensalada y se llenó la boca de lechuga.

—Y además, te podías haber matado navegando de noche de esa manera. ¿Has oído hablar de los arrecifes? Si un barco topa con un arrecife, se deja el casco hecho trizas.

—No hables con la boca llena —le reprendió Margaret; volvió a mirar a su hija con los ojos brillantes—. ¿Dónde vas a ir ahora, Katt?

—No estoy segura. Tal vez a Suecia, en noviembre, para posar en los icebergs. Me he comprometido a trabajar para el peletero Stephano.

—Se te congelará el culo —dijo Boone—. Y como te salgan marcas de congelación, puedes despedirte de tu carrera de modelo.

Rix sonrió mientras Katt ponía los ojos en blanco. Como siempre, estaba pasmado por su belleza. Katt tenía la cara fina y cincelada de una reina celta; su piel —en ese momento levemente bronceada por el sol caribeño— era aterciopelada, apenas sin el menor rastro de arrugas. Se le formaban en la comisura de los ojos cuando sonreía. Llevaba el pelo rubio claro, corto y liso, con reflejos de color fresa, y tenía las cejas rubias y espesas. Era un tipazo impresionante, pero sus ojos eran el rasgo que enamoraba a la cámara: grandes y expresivos, levemente almendrados y misteriosos, como con un rastro de sangre oriental. Tonos boreales,

verde, ámbar y gris brillaban en sus iris. Ese día se había maquillado muy ligeramente, apenas un poco de brillo en los labios, pero su belleza siempre había sido muy natural. Aunque tenía treinta y un años, se le hubieran echado veinte.

Rix había visto su rostro en montones de portadas de diversas revistas. Cuando viajó a Gales, la cara de Katt adornaba la cubierta de la publicación de la línea aérea que había en el bolsillo de delante de su asiento. Le había sonreído durante toda la travesía del océano. Rix la recordaba en la portada del *Sports Illustrated*, con un bañador de rayas tipo cebra, en la cola de caja del supermercado, una hora antes de encontrar a Sandra muerta en la bañera.

Katt había llegado del aeropuerto en el Jetcopter. Sus maletas blancas y sus bolsas de viaje acababan de llegar, y la familia se había sentado a la mesa. Rix advirtió que, una vez más, no había cubierto para Puddin'. Habían vaporizado Lysol en el comedor, pero de tanto en tanto Rix percibía el hedor de su padre. Katt, si lo olía, no lo demostraba.

Rix la quería muchísimo, pero se habían visto bastante poco en los últimos siete años. Cada vez que Rix había acudido a Usherland a una breve visita, Katt estaba trabajando en algún país extranjero. Aunque era rica, Katt aceptaba algunos trabajos por hacer un favor a algunos amigos diseñadores, y simplemente para que el público no perdiera su rostro de vista. Su hermana le telefoneaba regularmente y había leído todos sus libros. Rix sabía que ella se consideraba presidenta de su club de fans —si tal cosa existiera— y no paraba de animarle a que fuera a pasar una larga temporada en Usherland.

Su juventud era asombrosa. Rix sabía que jugaba al tenis, nadaba, hacía jogging, montaba y salta-

ba a caballo, esquiaba, hacía pesas y paracaidismo. Esperaba que hubiera resuelto definitivamente su problema con las drogas; la limpidez de sus ojos parecía corroborarlo.

—Ya basta de mi vida —dijo. Tenía la voz grave y suave, con un amable acento sureño—. Cuéntame cosas de la tuya, Rix. ¿Qué tal Nueva York?

—Llena de sorpresas. —Echó una mirada a Boone, que se estaba atiborrando—. Pero muy productiva, supongo.

—¿Te han comprado la última novela? ¿Cómo se titulaba... *Casa de locos*?

—Exacto. Bueno... todavía lo están considerando.

—¿Qué? —Margaret dejó el tenedor—. ¿Quieres decir que no te han dicho si te van a comprar o no tu nueva obra?

—La comprarán —dijo Rix a la defensiva—. Es que los editores se lo toman todo con mucha calma.

—Deberías escribir una novela de espionaje —dijo Boone—. Esas historias de terror son demasiado irreales.

—Pero son entretenidas —intervino rápidamente Katt—. Sobre todo para leerlas en los aviones. Con los libros de Rix se te pasa el tiempo volando. Quiero decir... no es ésa la única razón por la que los leo, Rix. La mejor era *Congregación*. Me gustó la idea de una asamblea de brujas en una ciudad sureña, y lo hiciste tan real que casi me lo creí.

—Claro —rió Boone groseramente—, y también lo del Hombre de la Calabaza que ronda por el bosque.

Katt le miró, y enarcó las cejas.

—¿Por qué no? Nunca se sabe...

—Rixy cree que necesita demostrar algo —Boone echó un breve vistazo a su madre—. Probablemente sería incapaz de escribir libros sobre la realidad, ¿verdad, mamá?

El uso sarcástico y reiterativo de su diminutivo infantil, sobre todo delante de Katt, acabó por alterar los nervios de Rix. Sintió que se ruborizaba y miró a Boone.

—¿Por qué no maduras de una vez, tonto del culo? ¡Si quieres decir algo, dilo como un hombre, sin necesidad de mirar a mamá para que te dé su beneplácito!

Bonne sonrió con ojos fríos y malvados. Era la misma sonrisa que Rix temía de niño, pero en ese momento sólo le hizo desear pegarle un puñetazo en las narices.

—Digo lo que me da la gana y como me da la gana, Rixy. Eres un maldito fracasado, la desgracia de esta familia. ¿Te queda claro?

—No hables de fracasos, Boone. Puddin' también podría hablarnos de fracasos, ¿no es cierto?

Boone frunció el ceño. Parpadeó y se le cayó el labio inferior como si hubiera recibido una bofetada.

—Chicos —les regañó suavemente Margaret—. No discutáis en la mes...

—¿Qué has dicho? —A Boone se le quebró la voz de pura rabia y medio se incorporó en su silla.

Rix también estaba a punto de levantarse de su silla bullendo de furia. Un puñetazo, pensó. Sólo un buen puñetazo.

Pero entonces vio que su hermano palidecía y soltaba una leve exhalación. Estaba mirando por encima del hombro de Rix. Éste se volvió a mirar.

—Hola a todos —dijo Puddin' Usher con voz gangosa.

Estaba en el umbral, con un vestido de noche largo y blanco, bordado de perlas y un echarpe rojo al cuello. Apoyada en el marco de la puerta, su postura era insolente y ordinaria, con las caderas desencajadas hacia un lado y los pechos a punto de salírsele por su escote bajísimo. Llevaba una espesa máscara de maquillaje en la cara y el pelo tieso de laca, como un casco de bronce decorado con purpurina dorada. Era evidente que no llevaba absolutamente nada debajo, porque el traje se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Calzaba unas botas vaqueras rojas adornadas con pedrería.

Al levantarse, Boone estuvo a punto de volcar su silla. En la cabecera de la mesa, la boca de Margaret formaba una O de sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Boone.

—Pero Boone, cariñito... yo también vivo en esta casa. Estaba harta de comer en mi habitación, y quería venir a saludar a Katt. Hola, Katt —dijo Puddin' con una sonrisa forzada.

—Hola.

Entró en el comedor contoneando las caderas como por la pasarela de Atlantic City. Estaba reviviendo la mejor escena de su vida para un público de tres.

—Anda... —dijo Puddin'—. ¿No hay sitio para mí?

Margaret Usher tomó la palabra, congelando la habitación.

—Joven —dijo a punto de asfixiarse—, llegas veinte minutos tarde. En esta casa la comida se sirve a las doce y media, ni un minuto más tarde.

Puedes comer en tu cuarto o quedarte sin comer, pero no comerás en esta mesa.

Puddin' se inclinó hacia Margaret. Ésta palideció y se acercó la servilleta de encaje a la cara. Puddin' susurró en un perfecto tonillo sureño:

—Mierda... joder... polla.

—¡Boone! —chilló Margaret intentando apartar la cara de su aliento—. ¡Haz algo!

Él se movió como si le hubieran puesto un petardo en el trasero y cogió a su mujer por un brazo.

—Estás borracha. Sube a tu habitación.

Ella se desasió.

—No. Pienso quedarme aquí.

—¡Ya has oído lo que he dicho! ¡Sube a tu habitación o te quito la mona de una paliza!

—¡Cómo apesta! —gimió Margaret—. Dios mío, llévatela de aquí.

—¡Vamos!

Boone la agarró por la muñeca y le retorció el brazo, intentando arrastrarla hasta la puerta. Ella le atacó salvajemente en la cara con la mano libre. Él esquivó sus arañazos, pero ella se desasió y tropezó con la mesa, tirando un vaso de té helado al suelo. Boone, lívido de rabia, la cogió por el pelo y tiró de su vestido, mientras Margaret se ponía en pie, pidiendo ayuda a voces.

—¡Suéltala! —gritó Rix, rodeando la mesa—. ¡Boone, déjala!

—¡Oh, Dios! —dijo Katt con repugnancia, y dejó el tenedor en su plato.

Boone y Puddin' luchaban cuerpo a cuerpo. Él la empujó tan fuerte contra la mesa que le cortó el aliento. Después le pasó un brazo por el cuello y empezó a arrastrarla; ella se agarró al mantel y tiró

los platos, las copas y todo el servicio en un tremendo estrépito. Una camarera apareció por la puerta, pero no sabía qué hacer.

—¡Edwin! —chilló Margaret a pleno pulmón.

Rix cogió a su hermano por el hombro.

—¡Basta, Boone! ¡Venga, basta ya, maldita se...!

Boone resopló como una fiera y cruzó la cara a Rix, tan deprisa que éste no tuvo tiempo para esquivarle. La bofetada le dejó atontado y con lágrimas en los ojos; retrocedió unos pasos.

—¡Hijo de puta! —chilló Puddin'—. ¡Gilipollas, maricón, bastardo!

¡Rix se enfureció como un loco! Sintió algo bajo la mano derecha y cerró el puño. Después lo levantó velozmente. Aunque sabía que no era más que un cuchillo de mesa, pretendía hincárselo a su hermano en la espalda con todas sus fuerzas.

—¡Rix! —era la voz de Katt, por encima del alboroto—. ¡No!

Algo en el grito de Katt hizo que Boone se inclinara hacia un lado. La hoja traspasó su americana pero no era lo suficientemente afilada para causarle una herida. Después Boone, sin soltar todavía a Puddin' que forcejeaba y maldecía, vio el cuchillo y la mirada de su hermano. Se puso a su mujer delante a modo de escudo y empezó a retroceder.

—¡Me quiere matar, mamá! —chilló con voz insegura—. ¡No le dejes!

Al segundo siguiente, toda la ira de Rix se había evaporado. Miró el cuchillo que blandía, asombrado de sus repentinos deseos de matar. Boone seguía chillando, incluso cuando Rix abrió la mano. El cuchillo cayó al suelo.

Cass apartó a la asustada camarera y apareció en el umbral.

—¿Qué pasa aquí? ¿Quién quiere matar a nadie?

—¡Llévate de aquí a esa loca! —ordenó Margaret. Al levantarse, tenía el regazo empapado de té helado—. ¡Está chalada!

—¡Rix! —exclamó Puddin', con terror en sus ojos lacrimosos—. ¡No dejes que me lleven arriba! ¡Me azotará con el cinturón, Rix! ¡No le dejes!

Pero Rix se miraba la mano vacía, abriendo y cerrando el puño.

—Cass —dijo Katt tranquilamente—, ¿quieres echarle una mano a mi hermano con su esposa? Creo que necesita una ducha fría.

—Sí, señorita. Venga, Puddin'. Nadie le va a hacer daño.

Puddin' intentó liberarse de nuevo, pero esta vez Boone la agarraba con firmeza.

—Preguntadle por su agencia artística —chilló Puddin' mientras Cass y Boone la sacaban de la estancia—. Preguntadle sólo qué clase de...

Entonces Boone le pegó una bofetada en la boca; su grito fue incomprensible.

Margaret cerró la puerta de un portazo y empezó a temblar, incapaz de articular palabra. Finalmente se atusó el pelo y se alisó el vestido mojado antes de volverse hacia sus hijos.

—Esa mujer —anunció— debería estar en un manicomio.

Rix cerró el puño, lo abrió y volvió a cerrarlo. Le dolía la cabeza. Miró el cuchillo en el suelo, incapaz de creer que hacía un momento había intentado clavárselo a su hermano. ¡Dios santo! pensó, mientras se le cubría la cara de sudor frío. ¡He intentado matar a Boone! Si hubiera sido un cuchillo más afilado podía haberle atravesado la americana, clavándoselo en la espalda...

—¿Rix...? —preguntó Katt suavemente—. ¿Estás bien?

No pensaba hacerle daño, pensó Rix. No era más que para amedrentarle. Sabía que era un cuchillo inofensivo. Lo sabía. Se agachó, recogió el cuchillo y lo dejó en la mesa. Margaret le miraba con ojos acusadores. ¿Pensaba realmente atacar a mi hermano por la espalda?, se preguntó Rix.

—Sí...

Rix se echó a temblar. La respuesta fue un susurro suave y sibilino, que fluyó como agua helada por sus venas.

—¿Rix? —le llamó Katt.

—Estoy bien —dijo sin dejar de mirar el cuchillo. Temía que su dolor de cabeza arreciara, pero se le estaba pasando. Cogió una servilleta y se secó las gotas de sudor de la frente y las mejillas.

—Estoy bien —repitió.

—Se me ha estropeado el vestido —gimió Margaret—. ¡Mirad! ¡Oh, esa lunática deslenguada!

Alguien llamó a la puerta del comedor y cuando Margaret la abrió, uno de los viejos mayordomos negros de pelo blanco dijo amablemente:

—Perdone, señora Usher, pero el señor Usher dice que le gustaría ver a la señorita Kattrina.

—Subiré dentro de un minuto, Marcus —respondió Katt.

El digno criado se alejó por el pasillo.

—Bueno —dijo ella, contemplando los restos del comedor—, creo que mejor será que suba a ver a papá.

—¡Todavía no has terminado de comer!

—A él no le gusta esperar —le recordó Katt; se acercó a Rix y estudió su cara—. ¿Estás seguro de que no te pasa nada?

—Seguro, querida —le dijo él, con una sonrisa forzada.

Katt salió del comedor. Cuando su madre empezó a lamentarse otra vez de la mancha en el vestido, Rix salió apresuradamente detrás de Katt.

—¿Es que no queda nadie civilizado en esta casa? —gritó Margaret desde la puerta.

Rix y Katt subieron juntos la escalera. Un tufillo a descomposición flotaba ocasionalmente en el ambiente.

—No sé por qué lo he hecho —dijo Rix—. ¡Dios mío, deseaba herirle de veras!

—No, hombre. Vi cómo girabas la mano para no darle. Creo que querías asustarle, y funcionó. Puso los ojos como platos...

—Yo no soy un hombre violento. Pero él me desafía constantemente, Katt. Sabes que lo ha hecho otras veces. Es que no puedo soportarlo. ¡No sé por qué he vuelto a esta casa! Pensaba que sería diferente. Pero las cosas no cambian, ¿verdad?

—Aquí cambiarán —afirmó Katt al llegar al primer piso—. Y muy pronto. —Su tono era firme y seguro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rix.

—Papá y yo hemos hablado, y últimamente más que en toda la vida. Creo que él desea que yo me haga cargo de la empresa. Oh, no me lo ha dicho así, pero ésa es mi impresión. Me ha estado informando de algunos proyectos en curso. Y si tomo el control de los negocios, introduciré algunos cambios.

—¿Cuáles?

—Con la empresa se detenta la propiedad de la finca —dijo mientras recorrían el pasillo—. Pienso echar a Boone. Y después iniciaré investigaciones en nuevos ámbitos.

—Pero si yo pensaba que te gustaba lo que hacías... ¿En serio deseas la responsabilidad del negocio?

—La vicepresidencia y los equipos técnicos tendrán que dirigir la empresa de momento, mientras yo me hago cargo de la situación. Pero me gustan los desafíos, Rix. Me gusta salir de mi ambiente. Y si no, ¿quién va a hacerlo? Boone no. Por la forma en que maneja sus finanzas, Usher Armaments no duraría cinco años. Y tú no quieres, desde luego.

Rix no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿No querrás ser responsable de más muerte y destrucción, verdad?

Ella se detuvo al pie de la escalera que subía a la habitación insonorizada y se volvió. En su cara angelical, sus ojos parecían oscuros y hechizados.

—Rix, tú eres muy poco realista. Me gustaría que mi familia fabricara juguetes, dedales o enchufes eléctricos. Pero la realidad es otra. Por lo visto, tú y Boone os consideráis los únicos Usher, pero estáis equivocados. Yo también soy una Usher. Lamento que la familia viva de este negocio, pero no me avergüenzo de ello. Alguien tiene que fabricar armas. Si no las hacemos nosotros, las hará otra empresa.

—Hay mejores formas de ganar dinero.

—Sí, claro —asintió ella—. Pero para nosotros no.

En ese instante, Rix contempló a su hermana como si fuera una extraña. Nunca sospechó que ella tuviera el menor interés por Usher Armaments, y en ese momento se preguntaba si la conocía de veras. ¿Qué había sido de aquella niña que le perseguía y le volvía loco con sus preguntas tontas?

—No sabía que pensaras así —le dijo.

—Probablemente hay un montón de cosas que no sabes de mí —ella sostuvo su mirada unos segundos más y añadió—: Será mejor que suba a verle.

Ascendió hasta la habitación insonorizada, se paró a ponerse la mascarilla y un par de guantes de goma y penetró en el cuarto.

Rix se apartó de la escalera antes de que una oleada del hedor paterno llegara a sus narices. Desanduvo el pasillo hasta su cuarto, reflexionando sobre la actitud de su hermana. Se dio cuenta de que tenía su lado oculto, un lado oscuro que él no conocía. Nadie en su sano juicio querría crear la clase de destrucción que producía Usher Armaments.

Justo ante él, empezó a sonar el teléfono de una mesa del pasillo. Marcus, el mayordomo mayor, se dirigió hacia el aparato y descolgó al segundo timbrazo.

—Residencia Usher.

Rix estaba pasando a su lado cuando Marcus contestó:

—Lo siento, señorita, pero no estoy autorizado a pasar ninguna de sus llamadas a la familia —y fue a colgar el receptor.

La hija de Dunstan, pensó Rix. Se volvió de repente a coger el teléfono antes de que Marcus colgara.

—Yo contestaré. Soy Rix Usher. ¿Por qué nos importuna usted de este modo?

Hubo un silencio al otro lado del hilo.

—Bueno —insistió Rix—. La escucho.

—Perdone —dijo una mujer con acento sureño—, no esperaba que se pusiera un Usher al teléfono.

—Yo me hago cargo —dijo Rix a Marcus, que se retiró—. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Dunstan? —preguntó cuando Marcus se hubo alejado.

—Me sorprende que sepa usted quién soy. Lleva usted siete u ocho años viviendo fuera de Usherland, ¿no?

—Estoy seguro de que no ha llamado para hablar de mí. ¿No sabe que hay una ley sobre el acoso telefónico?

—Sólo quiero que me responda a una pregunta: ¿cuál es la situación física de Walen Usher?

—¿Su situación? ¿De qué me habla? Mi padre está bien.

—Qué raro... —dijo ella—. Sobre todo porque hace dos meses que Walen no va a la fábrica. Un Cadillac gris plateado, a disposición de un tal doctor Francis de Boston, va a Usherland tres o cuatro veces por semana. El doctor Francis es un especialista en enfermedades celulares. Si no está enfermo Walen, ¿quién está enfermo?

Cuelga, se dijo Rix. Pero al ir a colgar, se dio cuenta del poder de su posición. Era la hija del hombre que estaba trabajando sobre de la historia de los Usher desde hacía seis años. Ella necesitaba información y él también. Tal vez no volviera a tener esa oportunidad.

—¿Podemos reunirnos en alguna parte? —preguntó Rix en voz baja.

Ella guardó otro prudente silencio.

—Dese prisa. Me la estoy jugando.

—En el café Broadleaf, de Foxton —dijo ella—. ¿Puede ir esta misma tarde?

—Si no estoy allí a las tres es que no voy. Adiós.

Colgó y al momento sintió una punzada de

vergüenza. Lo que iba a hacer era una traición a la confianza de su familia... ¿o simple sentido práctico? La información sobre la salud de Walen podía ser la clave que necesitaba para llegar a Wheeler Dunstan y averiguar cómo realizaba la investigación para su obra y en qué punto estaba. Quería ver su manuscrito, y si tenía que divulgar algo que al fin y al cabo acabaría por saberse... pues qué se le iba a hacer.

Al pasar por delante de la puerta de Boone, oyó sollozar a Puddin'. Boone renegaba —era un sonido sordo y brutal— y después oyó el restallido de los latigazos.

¡Hijo de puta!, pensó Rix. Cualquier día Boone se la iba a ganar... y Rix deseó ardientemente estar allí para verlo.

¿Qué era lo que había dicho Puddin' en el comedor? Algo acerca de la agencia de Boone. Tal vez no fuera lo que parecía, pensó Rix. Y tal vez fuera provechoso averiguarlo.

El ruido del golpe siguiente le hizo estremecerse. Fue a coger el picaporte para interrumpir la paliza, pero de repente, el pomo plateado con la cara de león se interpuso y él no se resignó a tocarlo. Al cabo de un instante, se había desvanecido de nuevo.

¿Algo en el Pabellón? pensó. ¿Qué...? ¿Un picaporte? ¿De qué puerta, y de qué cuarto?

Todo eran sombras ocultas en el pasado.

Retiró la mano y siguió su camino.

15

Sentada en un reservado del fondo del café Broadleaf, Raven Dunstan consultó su reloj. Pasaban siete minutos de las tres. Un par de granjeros estaban sentados a la barra, tomando café y donuts pasados. La camarera, una mujer flaca con un uniforme amarillo, el pelo rubio platino recogido en un moño alto, estaba encaramada a un taburete detrás de la barra, leyendo un ejemplar atrasado de la revista *People*. La luz difusa de la tarde se colaba por las ventanas que daban a la calle. Pasó una camioneta jadeante. Dos niños cruzaron como un cohete por delante de las ventanas, pedaleando en sus bicicletas.

Ella decidió darle cinco minutos más antes de irse. Llevaba allí más de una hora, se había comido una porción de tarta de moras con crema de vainilla y tres tazas de un brebaje negro que servían como café. A su lado, sobre el asiento, había un ejemplar del *Democrat* de la semana anterior, cubierto de circunferencias rojas, donde ella había señalado las erratas, las contradicciones o los titulares que consideraba que se podían mejorar. Después de hablar con Rix Usher, había llamado a su padre para informarse sobre él. Wheeler le había dicho que era el hijo mediano y que tendría unos treinta y tres o treinta y cuatro años. Era la oveja negra de la familia, le dijo Wheeler, y había sido arrestado en 1970 por participar en una manifestación antibelicista en la Universidad de Carolina del Norte. Wheeler le dijo que creía que Rix vivía en algún lugar perdido del Sur, pero no sabía cómo se ganaba la vida.

Se abrió la puerta, que hizo sonar un cencerro, y Raven levantó la vista. Un hombre fornido, con una chaqueta de cuadros y una gorra marrón, se sentó a la barra y pidió un bocadillo de jamón y patatas fritas. Evidentemente, no era Rix Usher, se dijo Raven.

Llevaba dos semanas telefoneando a Usherland todos los días, intentando averiguar algo sobre la salud de Walen Usher. Una vez logró que una criada reconociera que el hombre estaba muy enfermo, pero entonces alguien le había arrancado el teléfono de las manos y había colgado. En general, sabía adivinar cuándo contestaba algún miembro de la familia, porque se producía un instante de silencio glacial antes de que le colgaran el teléfono. Los Usher se habían cambiado el número de teléfono en varias ocasiones, pero Raven había conseguido los nuevos con la colaboración de un viejo amigo de la facultad que trabajaba para la compañía telefónica de Asheville. Su padre le había inculcado su opinión de que cuando un toro carga sobre la puerta del establo un número suficiente de veces, acababa arrancando la puerta por las bisagras o alguien acababa abriendo la puerta para poner fin a las malditas arremetidas.

En este caso, pensaba Raven, Rix Usher había abierto la puerta.

Tintineó la campana.

Un hombre rubio, alto y delgado, vestido de caqui y con un suéter marrón entró en el Broadleaf. Raven vio que tenía el porte aristocrático y altivo de los Usher: un príncipe galés destronado, quizás, que soñaba con regresar triunfante a su castillo ancestral. Estaba muy pálido y casi demasiado delgado, como si hubiera estado enfermo

y llevara mucho tiempo encerrado. Si ese hombre era Rix Usher, su padre se había equivocado con respecto a su edad. Ella le calculó unos cuarenta años. A pesar de sus sentimientos hacia el clan Usher, el corazón empezó a latirle más aprisa. Se enderezó en su asiento, observando como él se acercaba a su mesa. Era un hombre guapo, pero emanaba de él algo de fragilidad. La miró precavidamente con sus ojos acerados y Raven se revolvió, incómoda.

—¿Señorita Dunstan? —preguntó Rix.

—Exacto.

Ella le indicó el asiento de enfrente y Rix se instaló.

La mujer era más joven y más atractiva de lo que Rix se imaginaba, desde luego. De hecho, se quedó agradablemente sorprendido. Había fuerza en el gesto de su mandíbula, inteligencia y curiosidad en sus claros ojos azules. No era una mujer guapa en el sentido clásico de la palabra —tenía la boca muy grande, la nariz demasiado afilada y un poco aguileña, como si se la hubiera roto—, pero la combinación de su tez clara, el pelo negro y sus penetrantes ojos azules era cautivadora. Para disimular su interés, Rix cogió la carta y examinó su contenido.

—¿Qué se puede tomar aquí? —preguntó.

—La tarta si le gustan las manzanas, los caquis o las moras. No le recomiendo el café.

La camarera se acercó sin prisas. Rix le pidió un vaso de agua; ella se encogió de hombros y se fue a buscárselo a la barra.

—Creo que ha estado usted molestando a mi familia —dijo Rix.

—Supongo que ello forma parte de mi trabajo.

—¿Ah, sí? Un tribunal no lo consideraría de ese modo. De hecho no entiendo por qué mi familia no les pone una demanda por hostigamiento a usted y al periódico para el que trabaja.

—Yo también me lo pregunto —replicó ella, desafiándole con la mirada—. Pero creo que sé por qué. Su padre está muy enfermo. No quiere la más mínima publicidad. Cero. Nada de nada. Sabe que si inicia algo contra el *Democrat*, lo advertirán otras publicaciones.

La camarera trajo el agua y él dio unos sorbos, pensativamente.

—Tiene usted una opinión desmesurada del *Democrat*, señorita Dunstan. No es más que uno de los periódicos del condado, de la docena que hay en este estado. ¿Qué la hace considerarlo tan importante?

—Pues que lo es. El *Democrat* se publicaba en esta tierra treinta años antes de que se colocara la primera piedra de Usherland. Mi tatara-tatarabuelo se trajo la prensa de mano desde Dublín, y la publicación se inició como boletín para los cultivadores de tabaco. Mi familia lo ha editado, lo ha escrito y lo ha publicado desde hace más de ciento sesenta años. Desde luego, existen muchos periódicos en el condado, pero el *Democrat* es el más antiguo, y ha estado controlando a los Usher desde que se instaló aquí el mismísimo Hudson.

—Espiándonos, querrá usted decir.

Ella esbozó una sonrisa. Rix observó la cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda y se preguntó cómo se la habría hecho.

—Alguien tiene que hacerlo. Su familia posee acciones de siete periódicos del Sur, como mínimo. Sólo Dios sabe cuántas emisoras de radio y te-

levisión poseen ustedes. Si quiere acudir a los tribunales, señor Usher, puede salir un caso muy bonito de monopolio y manipulación de intereses, ¿no le parece?

—Nadie piensa acudir a los tribunales —dijo él—. Y menos contra una gacetilla como el *Democrat*.

—No tiene usted muy buena opinión de él, ¿verdad? Bueno, puede que le interese saber que su padre ofreció al mío más de doscientos mil dólares por el *Democrat*, hace cuatro años. Él los rechazó, por supuesto. El *Democrat* se distribuye en todo el estado y las suscripciones ascienden a cuarenta y cinco mil.

—Y yo añadiría que la mayor parte de sus lectores buscan noticias de los Usher, o más bien, diría yo, indicios de escándalo. No conozco personalmente a su padre, pero estoy seguro de que estaría de acuerdo en que los Usher le han ayudado a vender su periódico.

—Ya no es suyo el periódico —dijo Raven, entrelazando las manos encima de la mesa—. Es mío. Soy su propietaria y su editora desde el primero de agosto, en que me hice cargo de la publicación.

—Ah. Ya veo. Entonces, supongo que Wheeler dedica su jubilación a escribir ese libro... sobre la historia de los Usher.

—Trabaja en ello todos los días, efectivamente.

¡Dios santo! pensó Rix. Procuró no demostrar emoción.

—Mi familia no está demasiado contenta. Les gustaría saber de dónde saca el material para su investigación.

—De sus fuentes —respondió ella enigmáticamente.

—¿Y cuándo piensa terminar?

—Quizás el año que viene. Quiere comprobar que todos los datos son correctos.

—Espero que lo sean, por el bien de ambos. Mi familia no recurrirá contra el *Democrat*, pero caerá, sobre ustedes en tromba en lo relativo a ese libro.

Los ojos de Raven escrutaron su rostro.

—¿Cuánto tiempo le queda de vida a Walen, y quién heredará la propiedad a su muerte?

Rix agitó los cubitos de hielo de su vaso. Pensó que lo mejor sería levantarse y marcharse. ¡Nunca debió aceptar el ir a verla! Pero se le pasó enseguida ese instante de turbación y recobró el control.

—¿Por qué está usted tan segura de que mi padre se está muriendo?

—La presencia de un especialista celular parece realmente significativa. El doctor Francis tampoco quiere hablar con nosotros. Pero el argumento decisivo es su vuelta a Usherland. Creo que se ha reunido el clan para el nombramiento del sucesor.

—Y usted quiere la historia antes de que los periódicos de primera división y la televisión se la roben, ¿no es eso?

—Sacar una historia como ésa sería como ganar la liga para el *Democrat*. Haríamos una edición especial y la distribuiríamos en todo el Estado. Probablemente triplicaría nuestra tirada y nos daría respetabilidad.

—Debe usted tener grandes planes para su periódico.

—No se va a ir al garete, si es eso lo que quiere decir.

Rix asintió y sonrió débilmente. Esperó un momento y luego dijo:

—Muy bien. Digamos, por pura especulación, que yo sé quién va a heredar la finca y la empresa. Me doy cuenta de lo valiosa que sería esa información para usted. —La miró directamente a los ojos—. Pero yo quiero algo a cambio.

—¿Qué?

—Ver el manuscrito de su padre. Y saber de dónde procede el material de su investigación.

Raven frunció el ceño. No esperaba tener que intercambiar información, como el trato entre un par de agentes secretos. Rix Usher esperaba una respuesta.

—Es obra de mi padre, no mía. Yo no puedo...

—Si usted no quiere ayudarme, yo no la ayudaré.

—Tal vez sea una estupidez preguntárselo —dijo Raven—, pero ¿por qué quiere usted ayudarme? Su familia y la mía no se han llevado bien durante los útimos cien años más o menos. ¿Por qué intenta ayudarme de pronto?

—Por curiosidad. Quiero ver lo que ha escrito su padre.

—¿Para contarlo en su casa?

—Nadie sabe que estoy aquí —afirmó Rix tajante—. He dicho que salía a dar un paseo en uno de los coches. No pienso contar en Usherland nada de lo que me enseñe su padre.

Raven hizo una pausa, dubitativa. En su opinión, los Usher eran más tortuosos que una serpiente. Y ahora tenía ante ella a la oveja negra de la familia Usher, ofreciéndole información vital. ¿Por qué? ¿Qué iba a ganar él viendo la obra de su padre?

—No sé... —dijo finalmente—. Creo que no puedo aceptar una cosa así.

—¿Por qué?

—Porque mi padre vigila su obra muy estrictamente. Ni siquiera la pone a mi disposición.

Volvió a escrutar en su mirada, intentando decidir si aquél era uno de los trucos de Walen.

—Tendré que hablarlo con él. ¿Podemos reunirnos otro día?

—¿Dónde y cuándo?

—¿Qué le parece aquí mismo, mañana a las tres de la tarde?

—Debo tener sumo cuidado. Si alguien de Usherland me ve con usted, se lo contará a Walen.

—¿Y qué haría él? —Raven enarcó las cejas—. ¿Desheredarle por colaborar con el enemigo?

—Algo así.

Rix pensó en los documentos de la biblioteca; a la menor sospecha de connivencia, Walen los mandaría al Pabellón, y sus esperanzas se vendrían abajo.

—De acuerdo, mañana a las tres.

Rix se levantó, aliviado de poner fin a su entrevista con Raven Dunstan.

Ésta no estaba satisfecha. Había algo demasiado sencillo en todo aquello.

—Señor Usher —dijo antes de que él se fuera—, ¿por qué significa tanto para usted el libro de mi padre?

—Ya se lo he dicho por curiosidad. Yo también soy escritor —¡Cuidado! se previno.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que escribe?

—Novelas de terror —le explicó, pensando que no había nada malo en decírselo—. Pero no bajo mi nombre auténtico, claro. Mi seudónimo es Jonathan Strange.

Raven no conocía ese nombre, ni era aficionada a ese género, pero no se lo dijo.

—Qué profesión más interesante... —comentó. Volvió a tintinear la campanilla de la puerta, y Raven miró hacia allá.

Entraron Myra Tharpe y su hijo. La mujer llevaba un gran cesto de mimbre, que dejó sobre la barra, junto a la caja registradora. La camarera llamó al señor Berthon por la puerta que daba a la cocina.

Raven se levantó de su asiento. El dueño del café Broadleaf, un hombre robusto con el pelo castaño y rizado y una cara carnosa y bovina, salió a examinar las tartas que le había llevado la señora Tharpe.

—Bueno —le dijo Rix—, nos encontraremos aquí...

Pero Raven le dejó con la palabra en la boca y se acercó a la mujer y al niño. Rix advirtió que Raven cojeaba y se preguntó a qué sería debido.

—Hola, señora Tharpe —dijo Raven.

Myra la miró y parpadeó, adoptando una expresión de suspicacia y desagrado. Raven observó al muchacho que la acompañaba. Llevaba finos vendajes en la frente y las mejillas, y Raven percibió un olor acre —¿a qué...?— a jugo de tabaco.

—Tú debes de ser Newlan. Yo soy Raven Dunstan.

—Sí señorita. La vi esta mañana, por la ventana.

—Fui a hablar contigo, pero tu madre no me dejó. Quería hacerte unas preguntas sobre...

—¡Oiga usted! —exclamó la mujer—. ¡Déjenos en paz! ¿Me oye?

Berthon frunció el entrecejo.

—Señora Tharpe, está hablando con la propietaria de...

—Sé perfectamente con quién estoy hablando, gracias.

Miró a Raven echando chispas por los ojos y después dedicó una breve mirada a Rix, que se acercaba a su espalda.

—No quiero que moleste a mi hijo. ¿Está claro? Por las tartas, lo de siempre, señor Berthon.

Raven miró al chico. Tenía los ojos verdes, muy verdes, pero en ese momento, turbados y confusos.

—Ya eres bastante mayor para hablar solo —le dijo—. Me gustaría saber qué os pasó a tu hermano y a ti anteanoche.

—¡Vete a la furgoneta, New! —le ordenó Myra con aspereza.

Tendió la palma de la mano hacia el señor Berthon, que estaba contando billetes y calderilla de la caja registradora.

—New... —la voz de Raven detuvo al chico—. Mira ese cartel de la pared —y lo señaló con la cabeza.

New lo miró, y Rix también. Junto a la puerta de la cocina había un cartel amarillo con la foto de cuatro niños —tres niños y una niña—, de unos nueve o diez años. Bajo las fotos, la leyenda: «Se recompensará la información sobre estos niños. ¿Los ha visto? Máxima discreción.»

Y al pie del cartel: «Llame al *Foxton Democrat*», seguido por un número de teléfono. Rix no tenía ni idea de lo que significaba el cartel, pero examinó cada fotografía con una creciente sensación de incomodidad.

—Dos de esos niños han desaparecido desde hace más de un año. La niña a primeros de mes. El tercer niño salió de caza con su padre hace dos se-

manas y no ha regresado ninguno de los dos. El sheriff Kemp tiene un fichero en su oficina, New. Cada carpeta se refiere a un niño, entre seis y catorce años, que se ha desvanecido en el aire... igual que tu hermano. Yo estoy intentando averiguar cómo y por qué.

New contempló el cartel. Entornó un poco los ojos, pero no contestó.

Myra cogió su dinero y agarró a su hijo por el hombro para conducirle hacia la salida del Broadleaf; pero él se le resistió como si de pronto hubiera echado raíces. Myra lanzó una cortante mirada a Raven y después pareció advertir por vez primera al hombre que tenía a su espalda.

—Usted —murmuró en tono agrio—. Es un Usher, ¿verdad?

¡Cielos!, pensó Rix. Todo el mundo estaba escuchando.

—Sé que es usted un Usher. Se le nota en todo. ¿Va usted con esta mujer, señor Usher?

Rix comprendió que era inútil mentir.

—Sí, señora.

—Señoritinga —dijo Myra en tono de mofa—, lo que anda buscando lo tiene delante de las narices. Pregunte a quien quiera lo que pasa en Usherland por la noche. Pregunte por el Pabellón y la clase de seres que lo pueblan en la oscuridad. ¡New! ¡Vámonos!

New se imaginó la cara de Nathan en el cartel, con los demás. Tenía que contarle a esa mujer lo que había visto, se dijo. Ahora él era el hombre de la casa y consideraba correcto hablar con ella. La mano de su madre le apretó el brazo.

—New...

La tensión contenida de su voz rompió el he-

chizo. New miró a Raven Dunstan, deseando decírselo, pero su madre le empujó, y él se dejó conducir a la puerta. Raven, totalmente impotente y frustrada, observó a través del cristal de la puerta cómo Myra se ponía al volante de la furgoneta. El niño se sentó a su lado y después el vehículo dio marcha atrás por la curva y bajó traqueteando por la calle hacia Briartop Mountain.

—¡Mierda! —exclamó Raven en voz baja.

—No le haga caso, señorita Dunstan —dijo Berthon—. Myra Tharpe es una campesina de la montaña y ya sabe, son gente extraña. Su marido murió a principios de este año. Es una ignorante.

En esto te equivocas, pensó Raven.

Rix desvió la atención del cartel:

—¿De qué se trata?

—De un asunto en el que estoy trabajando.

Raven no se extendió, porque no quería comentarlo delante de todos los clientes del café.

Rix tenía prisa por marcharse. Sentía todas las miradas clavadas en su cogote. Mientras Raven pagaba su consumición, Rix volvió a mirar las fotos de los niños.

«Desvanecidos en el aire, como tu hermano», había dicho Raven.

Rix dio media vuelta bruscamente y salió al exterior, a la luz del sol. Había aparcado el Thunderbird rojo a la vuelta de la esquina, lejos de las miradas de la calle principal de Foxton.

—¿De qué hablaba esa mujer? —preguntó Rix a Raven cuando ésta salió—. Mencionó el Pabellón.

Raven miró a lo lejos, hacia la cumbre de Briartop Mountain, velada por las nubes. El comentario de Myra Tharpe respecto al Pabellón no era la primera insinuación que oía Raven; rechazaba los

cuentos como supersticiones de la montaña, pero se empezaba a preguntar si entre todas aquellas supersticiones no habría algo de verdad.

—Los lugareños creen que alguien... o algo, vive en el Pabellón. ¿Cuándo se cerró?

—Cuando murió mi abuelo, en 1945. Dejaron todas las habitaciones como estaban, pero no vive nadie allí.

—¿Está usted seguro? ¿No podría haber algún vagabundo escondido... o tal vez un cazador furtivo?

—No. No hay electricidad, ni luz. Las ventanas están tapiadas, y es imposible orientarse en esa oscuridad.

—¿Está cerrado el Pabellón?

Él meneó la cabeza.

—Mi familia no ha considerado esa posibilidad. Nunca hemos tenido problemas con los furtivos.

—Pero usted no tiene seguridad absoluta de que el Pabellón esté deshabitado, ¿verdad? —inquirió Raven—. Con tantas habitaciones, cualquiera podría esconderse sin dificultad.

Rix no respondió. Comprendió que ella tenía razón; había cientos de sitios en el Pabellón donde se podría esconder un vagabundo que, con un arma, podía subsistir cazando.

—Tengo que volver a la oficina —dijo Raven tras consultar su reloj—. Hasta mañana.

Rix la observó alejarse cojeando. Recordó las caras de los niños perdidos, sonrientes. La luz del atardecer se teñía de rojo. Se dirigió a buen paso hacia el coche.

Al salir de Foxton le atormentaban pensamientos turbadores. «Desvanecidos en el aire... ¿Ha visto usted a estos niños?... El sheriff Kemp tiene un

fichero en su oficina... Desvanecidos en el aire, como tu hermano...»

El Hombre de la Calabaza en el bosque, pensó súbitamente. No, no... Aquello era una historia para atemorizar a los niños, un cuento de Halloween para las frías noches de octubre.

El esqueleto se meció en la mente de Rix, en un movimiento lento y terrorífico, sangrando por las órbitas de los ojos. Rix tuvo que dar un súbito golpe de volante hacia la derecha porque estaba pisando la línea central de la carretera.

A un par de kilómetros de Foxton, Rix miró por el retrovisor y advirtió que le seguía una desvencijada furgoneta marrón. Tras tomar una curva, la furgoneta volvió bruscamente por un camino de tierra antes de que Rix entrara en Usherland. Contrabandistas de alcohol, pensó Rix.

Cuando el Thunderbird rojo se perdió en la distancia, la furgoneta marrón se detuvo, dio media vuelta y regresó hacia Foxton.

16

Mientras el viento gemía y aullaba en torno a la mansión y las ramas de los árboles se clavaban en la luna, Nora St. Clair Usher iba desgranando lentamente sus secretos a Rix.

Era casi la una y Rix llevaba leyendo el diario desde poco antes de las once, momento en que se excusó en la sala de juego, después de que Katt le derrotara al ajedrez. Ella había sopesado con preci-

sión sus movimientos, sin darle la menor indicación de lo que habían hablado Walen y ella esa tarde. Boone había entrado y se había puesto a jugar solo a los dardos, intentando crear problemas cuando preguntó a Rix por dónde había dado su paseo a caballo, aunque Rix había logrado evitar el enfrentamiento. Después de cenar, Boone había ido a las cuadras a dar una vuelta y a comprobar si los caballos estaban en condiciones para pasar la noche. Rix había atrancado la puerta de su cuarto con una silla y una maleta, para impedir la entrada a Puddin'.

En ese momento, Rix se hallaba sentado a su mesa junto a la ventana, pasando con cuidado las quebradizas páginas. La caligrafía de Nora era clara y su prosa directa y sin florituras. Algunas páginas estaban demasiado desvaídas para ser legibles, pero la historia de su vida en Usherland se le iba revelando a Rix como una delicada acuarela. Se imaginaba el Pabellón como ella lo describía: habitaciones, corredores, aposentos inmaculados, llenos de antigüedades valiosísimas del mundo entero, los parqués encerados y brillantes, la miríada de ventanas de multitud de formas y tamaños que enmarcaban sólo la realidad de los Usher. En enero de 1920 se había resignado a la presencia constante de los obreros, que trabajaban desde el amanecer hasta la puesta del sol. El Pabellón alcanzaba unas proporciones inmensas.

Disfrutaba remando por el lago en las perezosas tardes de primavera, en general acompañada por Norris Bodane, observando los cisnes salvajes que anidaban en la orilla septentrional. Durante uno de aquellos paseos, en abril de 1920, mientras Erick se hallaba en Washington en viaje de nego-

cios, ella advirtió una peculiaridad en el Pabellón. Los albañiles habían talado una hilera de pinos frente a la fachada norte de la casa para construir los andamios, y entre las piedras del Pabellón, desde el tejado hasta los cimientos, corría una grieta serrada, rellena de cemento, de más de medio metro de anchura.

Cuando ella le preguntó a Norris, éste le explicó en su claro acento de Carolina del Norte que el Pabellón pesaba tanto que se estaba hundiendo poco a poco en la arena. La grieta existía desde hacía varios años, y Erick quería asegurarse de que no se agrandaba con los añadidos que estaban haciendo a la casa. Le dijo que no se preocupara; el Pabellón seguiría en pie para los tataranietos del pequeño Walen.

Nora tenía sus aposentos en el ala oriental, de donde apenas se aventuraba a salir. Se había extraviado varias veces por el interior del Pabellón, errando desesperada por el laberinto de habitaciones hasta tener la suerte de encontrar a un criado. Algunas veces pasaba días y días sin ver a Erick, y Ludlow no era más que un fantasma al que oía por los pasillos después de medianoche.

Rix estaba fascinado con ella. Observaba cómo una chiquilla se convertía en mujer. Ella describía sin aliento los banquetes para trescientas personas; agitada, regañaba a Erick por hacer volar un Fokker alemán capturado —que se había traído en un barco de Inglaterra después de la Gran Guerra— por delante de las ventanas del cuarto de jugar, aterrorizando al niño; amante y tierna cuando escribía sobre el pequeño Walen.

El pequeño Walen... pensó Rix melancólicamente. ¡Ay, Nora, si le vieras ahora!

El viento azotaba los árboles. Rix estaba llegando al final del diario. Era el confidente de Nora, su último compañero, y mientras iba leyendo, el tiempo retrocedía, se abría ante él y le sumía en su torbellino de gentes y acontecimientos.

Nora estaba en su balcón, con un vestido largo, blanco, contemplando el cielo amenazador de mayo. Los nubarrones se apelotonaban sobre las montañas como trenes de mercancías, cada uno más cargado que el anterior. Vetas de azul violáceo teñían el cielo, y los rápidos destellos de los relámpagos bailaban a lo lejos. Cuando las gotas de lluvia empezaron a hendir la superficie del lago, Nora entró en su dormitorio y cerró las puertas del balcón. Retumbó el trueno, sacudiendo los cristales de las ventanas en sus marcos.

Nora salió de su cuarto y atravesó el pasillo en dirección al cuarto de jugar de los niños, donde Maye Bodane cuidaba al pequeño Walen. El niño jugaba alegremente en su cuna. Maye, una joven irlandesa vivaz, con el pelo rubio y rizado, estaba de pie ante la ventana, contemplando la cortina de lluvia que caía sobre el lago.

—¿Cómo está mi angelito esta mañana? —preguntó Nora alegremente.

—Está muy bien, señora.

Maye se acercó a la cuna y sonrió a Walen. Era una mujer encantadora, de ojos grises y serenos, y tenía un hijo llamado Edwin.

—Está tan contento como una alondra.

Nora observó a su precioso hijo. Erick ya estaba hablando de tener otro, pero Nora se resistía. En la cama, Erick era frío y rudo. Ella recordaba la

advertencia de su padre: «Quédate con él, Nora. Dale tiempo. Si dejas pasar esta oportunidad, lo lamentarás durante el resto de tu vida.»

Walen hacía gorgoritos mientras jugueteaba con un juguete nuevo.

Cuando Nora vio lo que era, se quedó petrificada.

Se trataba de una pistolita de plata del tamaño apropiado para un bebé.

La cogió y se la quitó. Walen empezó a berrear.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¡Ya sabes cuánto me disgustan las armas, Maye!

—Sí señora —repuso ésta, nerviosa—, pero cuando entré esta mañana, la tenía en la cuna. Y como Walen parecía encantado con ella, yo pensé...

—¿Quién se la ha dado?

—No lo sé. ¡Oh, se ha alterado mucho, señora!

La niñera cogió al niño en brazos y empezó a acunarlo.

Nora cerraba el puño sobre el horrendo juguete. Le había dicho a Erick que no quería que su hijo se aficionara a las armas —incluidas las pistolas de juguete— hasta que tuviera oportunidad de saber lo destructivas que eran. Estaba furiosa de que él hubiera desafiado tan abiertamente sus deseos.

—¡Maldito sea! —exclamó, y Maye se la quedó mirando boquiabierta—. ¡No pienso permitir que me trate así!

Salió en tromba del cuarto del niño y cruzó muy decidida el pasillo hacia la escalera que llevaba a los dominios de Erick.

La lluvia azotaba los cristales emplomados y caía a chorros de los balcones. Mientras Nora subía la escalera, la deslumbró un relámpago, y el

trueno retumbó tan cerca de la casa que le pareció que el Pabellón entero se estremecía como un bote en una tormenta.

En el segundo piso, la luz grisácea se colaba por los gruesos cristales emplomados, confiriendo a esa parte del Pabellón la atmósfera de una iglesia pagana dedicada a algún dios de la guerra. En las paredes, toda clase de rifles, pistolas y ametralladoras Usher. Piezas de artillería adornaban los amplios corredores. Una casa de fieras disecadas —osos, ciervos, panteras y leones— se agazapaba entre las sombras. Sus ojos de vidrio parecían vigilar a Nora mientras pasaba a su lado, y más de una vez tuvo que volverse para comprobar que ninguno la seguía. El pasillo dobló a la izquierda, después a la derecha, conduciéndola hacia unas puertas que se abrían en las paredes de piedra y una angosta escalera que ascendía en una oscuridad total. Desde lo alto del tejado le llegaba el rítmico sonido de los martillazos de los trabajadores, como un latido infatigable.

El trueno retumbó como los cañonazos de aquella terrible velada de julio, de hacía casi un año.

—¡Erick! —gritó Nora, y su voz rebotó en las paredes de los corredores, distorsionada, volviendo hasta ella como un eco susurrante.

Al cabo de unos minutos Nora comprendió que se había equivocado en algún lugar de su recorrido. Todo era desconocido. Volvió a caer un rayo, todavía más fuerte. Una docena de búhos de cristal encaramados a sus peanas se estremeció; uno se cayó al suelo y se hizo añicos, con el estrépito de un disparo.

—¡Erick! —volvió a llamar, con una nota de pánico en la voz.

Siguió adelante, en busca de alguna escalera para bajar a la planta inferior. No encontró a ninguna criada, y las ventanas estaban veladas por una sábana de agua. Pero, el martilleo proseguía, subiendo y bajando, casi al ritmo del retumbar de los truenos.

Se había perdido. Los predadores rugían silenciosamente a su paso y más adelante, un león disecado le bloqueó el paso. Sus ojos verdes y brillantes la desafiaron a acercarse. Nora cogió por otro pasillo adornado con un centenar de armaduras y armas medievales. En el otro extremo encontró una pesada puerta; Nora la abrió y volvió a llamar a Erick. No obtuvo más respuesta que el constante golpeteo, cada vez más fuerte.

Una escalera metálica de caracol ascendía hasta una puerta blanca, a seis metros de su cabeza. Ella miró hacia arriba, mientras el martilleo le retumbaba en el cráneo. Si esa puerta daba a la azotea, se dijo, por lo menos podría recurrir a los albañiles para orientarse. Subió la escalera, procurando no tropezar, y tendió la mano para abrir la puerta.

Pero entonces se detuvo. La puerta estaba tapizada por una gruesa espuma blanca y su picaporte de bronce, descolorido por el sudor. Cuando lo tocó, un escalofrío le recorrió el brazo. Pero la puerta estaba cerrada. Cuando estaba a punto de llamar a la puerta y gritar pidiendo ayuda por encima del retumbar de los truenos y el martilleo, la cerradura se abrió con un chasquido metálico.

Lentamente, la puerta se fue abriendo. Nora retrocedió. Un denso aroma dulzón a descomposición salía por la rendija de la puerta. En el interior reinaba una oscuridad absoluta.

Una voz áspera susurró:

—¿Quién es?

—Oh —dijo Nora—. Me ha asustado.

No veía absolutamente nada. ¡Los martillazos! ¡Los martillazos! ¿Por qué no se detenían?

—Por favor —imploró la voz—, baja la voz todo lo que puedas.

—Yo... no quería molestarle. —De repente comprendió quién era—. ¿Es usted el señor Usher?

Se produjo una pausa.

—¿Te has perdido otra vez?

Ella asintió:

—Sí... Estaba buscando a Erick.

—Erick —repitió bajito Ludlow Usher—. Nuestro querido Erick...

La puerta se abrió del todo y una mano asió el canto. Sus dedos eran blanquecinos, sus uñas largas y estropeadas. La piel parecía enferma y manchada. Hacía más de dos meses que Nora no veía a Ludlow, y creía que él seguía instalado en la cúpula de cristal. Era la primera vez que veía esa habitación.

—Me encantan las visitas —dijo él—. ¿Quieres pasar?

Como vio que ella vacilaba, preguntó:

—No tendrás miedo, ¿verdad?

—No —mintió Nora.

—Bien. Tienes agallas. Siempre te he admirado por ello. Entra y hablaremos... solos tú y yo. ¿De acuerdo?

Nora reflexionó. Si se marchaba parecería una estúpida. Además, ¿qué podía temer de Ludlow Usher? Era un anciano. Por lo menos podría indicarle cómo salir de aquel sitio espantoso. Penetró en la habitación y Ludlow, una sombra indistinguible en la penumbra, cerró la puerta. Ella contuvo el aliento cuando oyó el chasquido de la cerradura.

—No tengas miedo —susurró él—. Voy a darte la mano y te conduciré hasta una silla.

La cogió de la mano y ella reprimió la necesidad de esquivarle. Tenía la piel fría y húmeda. La guió a través de la habitación.

—Ya puedes sentarte. ¿Te apetece una copa de jerez?

Nora encontró la silla y se sentó.

—No, gracias... Me quedaré sólo unos minutos.

—Ah, bien. ¿Te importa que me sirva yo?

Descorchó una botella y se sirvió vino en una copa.

—¿Cómo se orienta aquí dentro? ¡Está terriblemente oscuro!

—¿Oscuro? En absoluto. Bueno, para mí, quiero decir —Ludlow dio un hondo suspiro—. Para mí, la luz se cuela por las rendijas de las paredes. Emana de cada poro de tu cuerpo, Nora. Tus ojos me deslumbran. Y el anillo de boda de tu dedo es como un meteorito incandescente. Podría broncearme bajo esa luz. Escucha esos martillazos, Nora. ¿No es una música deliciosa? —dijo con un sarcasmo cortante.

Ella aguzó el oído. Desde aquella habitación no se oía el martilleo; en cambio llegaba un ruido distinto: un sonido semejante al latido amortiguado de un corazón. Había muchos latidos, algunos más fuertes que otros, unos más metálicos, otros más intensos. Los sonidos parecían proceder de toda la habitación, incluso de las propias paredes. Oyó un tintineo de herramientas, el leve chirrido de las cadenas de algún mecanismo.

—Son mis relojes —dijo Ludlow como si hubiera leído sus pensamientos—. Hay sesenta y dos relojes antiguos en esta habitación. Tenía más de

cien al principio, pero por desgracia se han estropeado. Si escuchas con atención oirás cómo rasga el aire el balanceo de los péndulos. El sonido del tiempo que pasa me reconforta, Nora. Por lo menos disimula los ruidos de los martillos y las sierras. ¡Oh, escucha a los obreros en la azotea! ¡Y la tormenta!

De repente aspiró una bocanada de aire. Cuando volvió a hablar, tenía la voz fatigada.

—Esta vez el rayo ha caído muy cerca. Los truenos son más fuertes.

Nora sólo oía el tictac de los relojes. La habitación no tenía ventanas, y evidentemente las paredes medían más de un metro de grueso. Pero no sabía en qué lugar exacto de la casa se hallaba.

—Ya sabrás que me estoy muriendo, claro —dijo Ludlow sin emoción.

—¿Muriendo? ¿De qué?

—Es... una enfermedad muy especial. Oh, pensaba que Erick ya te lo habría dicho. Lo hará. No le estropees la sorpresa.

—No lo entiendo. Si está enfermo ¿por qué está aquí arriba, solo y a oscuras?

—Por eso, querida, por eso precisamente estoy aquí. —Se interrumpió—. Otro trueno —susurró—. Dios mío, ¿no lo has oído?

—No, en absoluto.

Él guardó silencio y Nora tuvo la impresión de que estaba esperando algo. Como ese algo no se produjo, él dejó escapar el aire entre los dientes con un silbido.

—Detesto las tormentas, tanto como ese maldito martilleo. Es constante, día y noche. Erick destruye una habitación, la manda reconstruir. Edifica pasillos que desembocan en una pared de

piedra. Levanta una escalera que asciende por el aire. Y todo por mí, claro. Oh, Erick es muy astuto... Está intentando matarme, ¿sabes?

—¿Intentando matarle? ¿Cómo?

—Con el ruido, querida —dijo Ludlow—. Un ruido incesante, enervante, demoníaco. Sierras y martillos que no descansan. Hasta aquella ridícula exhibición del 4 de julio era para mí. El rugido de los cañones casi me obliga a suicidarme.

—Se equivoca, Ludlow. Erick intenta equilibrar el Pabellón. Hay una grieta en la fachada norte que...

Ludlow la interrumpió con una triste carcajada.

—¿Equilibrar el Pabellón? ¡Ésa sí que es buena! Quizá sea lo que dice a los obreros, pero es mentira.

—El Pabellón se está hundiendo en la isla —dijo Nora—. Yo misma he visto la grieta.

—Oh, sí, hay una grieta, de acuerdo. Yo también la he visto. Pero el Pabellón no se está hundiendo, querida. Hubo un terremoto... ¿cuándo fue?... en 1892. O en 1893, no me acuerdo. Esta zona es propensa a los temblores de tierra.

Nora pensó en los búhos de cristal que temblaban en sus peanas y en el que se estrelló en el suelo.

—Erick está intentando matarme —murmuró Ludlow—, porque quiere esto.

Nora sintió algo en el hombro y se asustó. Se llevó la mano y sintió el liso contacto del bastón de ébano que siempre llevaba Ludlow Usher.

—Erick se muere por él, Nora. ¿Sabes por qué? Porque tiene poder. Sobre la finca, sobre las fábricas, sobre todas las cosas. Incluso sobre el futuro. No tengo más remedio que pasárselo a Erick, aunque temo muchísimo las consecuencias.

Retiró el bastón de su hombro.

—Erick quiere precipitar mi muerte, sabes, para así poder...

Ella advirtió su súbita tensión.

—¡El trueno! —jadeó él—. ¡Oh Dios mío, el trueno!

Esta vez ella lo oyó: un leve y distante estruendo, amortiguado por los muros de piedra. Se dio cuenta de que la tormenta debía de estar en su apogeo.

—Espera —dijo Ludlow—. No te muevas, espera.

—¿Qué pasa?

—¡Calla! —siseó él.

El silencio se tensó entre los dos. Nora oyó tintinear las botellas de jerez. A los pocos segundos notó la vibración en su silla, que le subió por el cuerpo hasta la coronilla. El entarimado del suelo crujió. Algunas de las sonerías de los relojes sonaron, desafinadas y disonantes, por toda la habitación. Luego, con la misma brusquedad, cesó la vibración.

—Ese loco atrae los rayos con esas pértigas en el tejado — dijo Ludlow con voz ronca—. ¿Lo has notado? ¿El temblor? Ya ha pasado, pero me atrevería a afirmar que buena parte de la cacharrería de la cocina se ha roto y una docena de ventanas también. ¡Qué insensato! ¡No sabe cómo se la está jugando!

Nora pensó que estaba loco. Ludlow farfullaba como un chiflado.

—Esa pistola que llevas... ¿Por qué? Creía que odiabas las armas.

—Alguien la dejó en la cuna de Walen. —Su rabia se recrudeció—. Erick sabe lo que pienso respecto al hecho de familiarizar a mi hijo con las armas, y yo no pienso aceptarlo.

—Me da pena tu hijo —dijo Ludlow—. Erick quiere otro hijo, creo. Quiere criar niños como si fueran caballos pura sangre. Resístete a él, Nora. Resístete a él, por tu propia cordura.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? —se burló él sin compasión—. ¡Porque te lo digo yo! Escúchame bien: si tienes dos hijos, uno de ellos morirá. Si tienes tres, morirán dos. Al final, sólo sobrevivirá uno a las ejecuciones.

Ella se estremeció al oír esa palabra.

—Y ése —susurró Ludlow— heredará las puertas del infierno. Evita ese dolor, Nora. Niégate a engendrar otro hijo.

—Usted... ¡ha perdido el juicio! —protestó ella.

La oscuridad de la habitación se cernía sobre ella, atrapándola y sofocándola. Olía la descomposición de Ludlow, semejante al aroma del musgo húmedo.

—Abandona Usherland. No me preguntes por qué. Vete hoy mismo. En este momento. Olvida a Walen, no puedes hacer nada por él. No te mereces ser arrastrada a esta maldición.

Nora se levantó de la silla, roja de ira. Se dio en la espinilla con una mesa, retrocedió y chocó con otro mueble.

—Huye, Nora. Sal de esta casa y no te vuelvas a mirar atrás. ¡Oh, el martilleo, el martilleo!

Nora pensó que Erick tenía a su padre encerrado en aquella habitación porque se estaba volviendo loco. Anduvo a tientas hacia la puerta, tropezó con una mesa y volcó las botellas. Cuando alcanzó la puerta, tanteó en busca de la cerradura, pero no la encontró. Creyó que él la seguía y exclamó en la oscuridad:

—¡Apártese de mí! ¡No me toque, maldito!

Pero Ludlow no se había movido. Profirió un suspiro leve, dolido.

—No quería decirte esto —dijo con voz casi amable—, pero lo voy a hacer. Es posible que te evite la locura, y también que salve tu alma. Dios sabe cuánto necesito hacer una buena acción.

—¡Déjeme salir de aquí! —exclamó Nora, que seguía buscando a tientas la cerradura.

—Erick no te quiere —dijo el anciano—. Nunca te ha querido. Necesitaba una esposa que le diera hijos... el futuro de la extirpe Usher. Y tú llegaste con una buena dote. Erick siempre ha tenido obsesión por los caballos de carreras. Las cuadras de tu padre tienen una reputación excelente. Erick y tu padre hicieron un trato, Nora. Él te compró con cuatro sementales que pensaba usar para la cría de campeones para el derby de Kentucky. Tu padre recibió tres millones de dólares por ellos, y recibirá un millón más por cada hijo que le des a Erick.

A Nora se le quedó la mano helada sobre la cerradura.

—No —dijo.

Recordó las palabras de su padre: «Quédate con él, no desperdicies esta oportunidad.» Aun a sabiendas de que ella era desgraciada, la instó a permanecer al lado de Erick Usher. ¿Por qué?

—Yo mismo firmé el cheque para las cuadras St. Clair —dijo la voz desde la oscuridad—. Para Erick, eres carne. Carne reproductora. Cuando ya no quiera nada más de ti, te sacará a pastar. Créeme, Nora. Te suplico que te vayas de Usherland.

—Ésta es mi casa —respondió ella con coraje, aunque las lágrimas le ardían en los ojos—. Soy la esposa de Erick Usher.

—Eres su yegua —replicó Ludlow—. Y no se te ocurra pensar ni por un momento que Usherland te pertenecerá.

Ella manipuló la cerradura y abrió la puerta. La deslumbró la luz tenue de fuera. Se volvió a mirar a Ludlow Usher de frente.

Estaba demacrado, casi como una momia, era un esqueleto bajo un traje negro de rayas y un fular gris. Tenía la tez pálida y amarillenta, con manchas como costras marrones. Su pelo gris, ralo y ondulado, le llegaba por los hombros, pero tenía la coronilla calva. Sostenía el bastón Usher en la mano derecha. Al mirar al amo de Usherland, Nora sintió una oleada de compasión, a pesar de su horror. Ludlow tenía los ojos clavados en ella, con un resplandor rojizo como las entrañas de un alto horno.

—¡Por el amor de Dios, vete de Usherland! —le dijo con un carraspeo líquido de flema.

Nora soltó la pistola de juguete y huyó de allí. Primero estuvo a punto de caerse por los angostos peldaños, después corrió por los pasillos y descendió la primera escalera que encontró. Al cabo de unos veinte minutos encontró a un par de doncellas de parloteo.

Esa noche, durante la cena, Nora observó desde el otro extremo de la mesa a Erick, mientras éste se comía el estofado de buey. Se había manchado la camisa y la chaqueta. Pidió que le sirvieran más carne y una botella de Cabernet.

Durante el postre —una tarta helada y fresas en almíbar— Erick interrumpió su festín para comentarle que el nuevo potro que estaba domando, un semental castaño llamado King South, estaba demostrando la velocidad y la determinación de un

auténtico campeón del derby de Kentucky. Le recordó que King South era hijo de Donovan Red, uno de los sementales campeones que su padre le había ofrecido como regalo de boda. Con unas briznas de carne colgando del bigote, Erick se sirvió una copa de vino y juró que las cuadras Usher ganarían la copa del derby de 1922.

Un criado se acercó a Nora con una bandeja de plata. Traía algo cubierto por un pañuelo de seda blanca. Lo dejó delante de ella y se alejó sin dar explicaciones.

—¿Qué es esto? ¿Qué te ha traído Foster? —preguntó Erick.

Nora levantó una punta del pañuelo. Sobre la bandeja estaba la pistolita de juguete que se le había caído en la habitación de Ludlow. Bajo el arma había una hoja de papel, doblada. Nora apartó el juguete bélico, cogió la nota y la desdobló.

Era un resguardo de un giro bancario de tres millones de dólares, con fecha del 2 de marzo de 1917. Con la puntiaguda firma de Ludlow Usher. A favor de las cuadras St. Clair.

—¿Qué es eso, maldición? ¡No me ocultes secretos!

Cerrando el puño sobre el cheque, Nora cogió la pistola y se la lanzó con todas sus fuerzas por la superficie de la mesa. El juguete se deslizó hacia Erick, girando y brillando bajo las magníficas arañas de cristal, y tras recorrer unos diez metros, fue a chocar contra su plato.

—Explícame esto, bastardo —dijo Nora.

Erick se echó a reír. Cuando se cansó, alzó su copa en un brindis.

—¡Por nuestro segundo hijo!

Ahí concluía el diario de Nora. Rix lo cerró. Debía haber otro volumen en la biblioteca, pensó. Seguramente la historia de Nora proseguía en algún cuaderno, guardado en aquellas cajas de cartón. La narración dejaba sin respuesta varios interrogantes. ¿Cuál fue la reacción de Nora al averiguar que Ludlow le había dicho la verdad? ¿Cómo logró eludir los deseos de Erick de tener más hijos? Y, sobre todo, ¿cuál era el significado de las extrañas advertencias de Ludlow? Rix reflexionó que, con toda probabilidad, Nora estaba en lo cierto en cuanto a la cordura de Ludlow. Era evidente que la vida en la habitación insonorizada del Pabellón le había desquiciado, y su temor a los truenos se debía simplemente a la hiperagudización de sus sentidos. Pero ¿qué era todo aquello de los terremotos y la grieta en la fachada norte del Pabellón? Rix decidió que a la mañana siguiente iría a averiguarlo personalmente.

Cogió el diario y salió sigilosamente al pasillo. Miró a ambos lados, como para cruzar la vía del tren, a la espera inmediata de un convoy. Después bajó a la planta baja, cruzó la sala de juegos y el salón de fumar y abrió la puerta de la biblioteca.

Rix dejó el diario en una de las cajas y se puso a revolver entre los papeles. Se le deshizo entre las manos un pequeño volumen encuadernado en cuero y murmuró:

—¡Maldita sea!

Se agachó a recoger las páginas sueltas y las metió entre las tapas.

—Vaya, vaya —la voz flotó a su espalda—. ¡Mira quién está aquí!

17

New Tharpe estaba sentado, solo, en el cuarto de estar de la cabaña. La lumbre ya casi se había extinguido, pero la atizaban algunas ráfagas de viento que se colaban por la chimenea y aventaban las brasas. Sobre la repisa de la chimenea, junto a una fotografía enmarcada de sus padres, ardía una lámpara de queroseno, un único ojo de fuego estático.

El viento azotaba un costado de la cabaña con feroz intensidad, produciendo estridentes silbidos por las rendijas de las paredes. Parecía que el tejado viejo y endeble fuera a salir volando de repente hacia el cielo como una peonza, en un torbellino. El siseo del viento se parecía mucho al sonido que producía el yoyó de Nathan. Del otro lado de la pista llegaban los ladridos roncos de Birdie, el gran sabueso colorado de los Clayton.

New no podía dormir. Sus heridas seguían molestándole, aunque se le estaban cicatrizando bien debajo de los vendajes. Se había pasado un buen rato dando vueltas en su catre, pero el sueño le eludía. Tenía en mente el rostro de la joven de la ciudad, y las cosas que le había dicho en el Broadleaf le atormentaban. Recordaba el cartel de la pared; al imaginarse la fotografía de Nathan junto a la de los demás, se le hacía un nudo en la garganta.

Miró la lámpara de la repisa de la chimenea y comprendió que nunca volvería a ver a su hermano. El Hombre de la Calabaza se había llevado a Nathan; y cuando el Hombre de la Calabaza atacaba, no había ni la menor posibilidad de regreso. Se preguntó por qué había de ser así. ¿Quién era el Hombre de la Calabaza, y por qué no le había vis-

to nadie? Nadie, pensó New, aparte de él. Él era el hombre de la casa. ¿Es que no podía hacer nada para vengarse del Hombre de la Calabaza que había secuestrado a su hermano? ¡Se sentía tan impotente y tan débil! Apretó los puños y una oleada de rabia confusa pareció recorrer su cerebro.

La lámpara de queroseno se estremeció, tintineando contra las piedras.

New entornó los ojos. ¿Se había movido la lámpara o no? El cuchillo mágico estaba escondido en su habitación, debajo del colchón. Cuando se había clavado en el techo encima de la cabeza de su madre, Myra se había quedado de piedra y blanca como la cera. Había soltado una leve exhalación, y New vio un destello de temor en su mirada. Cerró la puerta de un portazo y se retiró a su dormitorio, y New la oyó llorar. Después se había pasado varias horas sin hablarle. Luego siguió preparando tartas en la cocina, más tartas que nunca, sin dejar de parlotear alegremente de que los hombres acabarían encontrando a Nathan, que regresaría a casa y luego todo volvería a ser como antes, e incluso mejor, porque Nathan y New habrían aprendido una valiosa lección sobre la puntualidad.

New decidió que si no se estaba volviendo loco, la lámpara de queroseno se había movido.

Y si él había hecho que se moviera... ¿dónde estaba la magia, en el cuchillo o en él?

Rechazó los pensamientos sobre su madre, el Hombre de la Calabaza y Nathan. El gemido del viento se convirtió en un murmullo. «Muévete", ordenó. No ocurrió nada. Lo estaba haciendo mal, tenía que ordenarlo con más fuerza. ¡Él no poseía la magia! Estaba en el cuchillo. Pero se imaginó

que la lámpara se levantaba de la repisa de la chimenea, subía cada vez más alto y casi llegaba al techo. Se agarró a los brazos de la butaca y pensó: «¡Muévete!»

La silla empezó a saltar como un potro salvaje. Dio un grito de asombro pero no se soltó. La silla se balanceó sobre una pata y empezó a girar desaforadamente, hasta que se tumbó en el suelo. Mientras se incorporaba, New advirtió que la luz de la habitación había cambiado.

La lámpara.

La lámpara se había levantado casi un metro de la repisa de la chimenea y flotaba justo por debajo del techo.

—Dios santo...

New aspiró suavemente un poco de aire.

Y entonces la lámpara empezó a descender hacia la repisa.

Se imaginó el queroseno ardiendo, la casa en llamas, y exclamó:

—¡No!

La lámpara se bamboleó, frenó y se posó suavemente sobre la repisa de la chimenea.

Se estaba volviendo loco, pensó. Loco de atar. Eso, o que estaba embrujado. Perspectiva tan horrible como la anterior.

Crujieron las tablas del suelo. New se volvió y vio a su madre en el cuarto, con una mano en la garganta. Por su aspecto, parecía que el más leve soplo de aire pudiera derrumbarla como una columna de cenizas.

—No era el cuchillo, mamá —fue lo único que se le ocurrió—. Soy yo.

—Sí —susurró ella casi sin voz.

—He movido la lámpara, mamá. Igual que el

cuchillo. ¿Qué me ha ocurrido? ¿Cómo es posible que me pase esto?

Una fría oleada de pánico le traspasó. ¡Embrujado!, pensó. ¿Cómo? ¿Por qué?

—No lo sé —dijo Myra.

Después retiró lentamente la mano de la garganta y se quedó mirando la silla volcada. Se acercó arrastrando los pies y la enderezó, acariciándola con las manos como para sentir algún rastro de vida en ella.

—Estoy embrujado. Debió de sucederme cuando me caí a aquel hoyo, mamá. Allí fue donde empezó todo esto.

Ella meneó la cabeza:

—No. No empezó allí, New. Y si estás embrujado... tu padre también lo estaba.

—¿Qué?

—Sí, tu padre —repitió ella.

Tenía la cara muy pálida y la mirada extraviada. El viento se coló por la chimenea y encendió las brasas como linternas encarnadas.

—No sé por qué, ni sé cómo... pero sé que tu padre era un hombre extraño. Era un hombre muy bueno, New, temeroso de Dios, pero había en él algo muy extraño. —Levantó la vista—. Tenía un temperamento muy fuerte. Algunas veces le dominaba. Una vez se puso furioso conmigo por no sé qué, ahora no me acuerdo, sería por cualquier tontería, y todos los muebles de la casa empezaron a brincar como saltamontes. Yo le he visto romper cristales sin tocarlos siquiera. Una noche me desperté y encontré a tu padre fuera, en medio de una aparatosa tormenta. Los faros de la furgoneta se encendían y se apagaban.

Myra parpadeó y torció la boca en una mueca.

—New, te juro que vi toda la parte delantera de la furgoneta levantarse como un caballo encabritado. Después aterrizó, muy despacio y delicadamente. Se me pusieron los pelos de punta al ver que tu padre podía hacer tales cosas. No hablaba mucho de ello, porque él mismo tampoco lo entendía, pero me contó que había hecho cosas en la escuela, como hacer bailar las mesas o empujar a un gamberro contra la tapia sólo con el pensamiento. Decía que no sabía de dónde procedían esos poderes, New, pero todo aquello le resultaba muy fácil, y lo hacía desde los once o los doce años. Por supuesto, no se lo contó a casi nadie, por miedo a lo que diría la gente.

—¿Y qué dirían si se enteraran de los míos, mamá? ¿Que estoy maldito? ¿Hechizado? ¿Cómo se me ha presentado así, de repente? Hace dos días, antes de caerme a ese pozo, yo era como todo el mundo...

New meneó la cabeza, turbado y confuso.

—Ahora... no sé qué soy, mamá. Ni por qué soy capaz de hacer que se muevan las cosas, como esa lámpara, sin tocarlas.

—Yo tampoco lo sé. Tu padre se esforzaba por mantenerse controlado. Decía que la única vez que se dejó vencer por la tentación fue un día en que se tropezó con no sé qué cosa muy pesada y que no podía levantar... —Myra señaló la lámpara con la cabeza—. He visto lo que has hecho. Vi lo del cuchillo esta mañana y comprendí que tú también poseías ese extraño don de tu padre. Posiblemente Nathan no lo tuviera; pero lo tuviera o no, ¿quién sabe? Lloré porque me asusté mucho, New. Me recordaste las cosas que hacía tu padre. Era un buen hombre, pero creo que había algo de maldad en él.

—¿Por qué? —preguntó New frunciendo el entrecejo.

Ella se encaminó a la ventana y miró hacia fuera. Birdie seguía ladrando al otro lado de la pista, junto a la casa de los Clayton. Myra tardó un momento en responder.

—Estaba trastornado, New. No sé por qué, ni él tampoco lo sabía. Había algo más que lo de mover objetos con la mente. —Hizo una pausa y resopló—. Nunca dormía bien —dijo en voz baja—. Se levantaba en plena noche y se sentaba en este cuarto durante horas, igual que tú cuando he entrado. Bobby veía cosas cuando cerraba los ojos. Veía fuego, destrucción y muerte, tantos desastres que no podía contármelos. Y yo no podía resistir que me los explicara. Veía que la tierra se abría y las casas se hundían en sus entrañas, y la gente se quemaba viva. Decía que era como el fin del mundo. Veía el fin del mundo con sus propios ojos.

Se volvió hacia su hijo y New se quedó impresionado por su aspecto de fragilidad. En su sombría mirada comprendió que había más cosas que contar.

—Veía el Pabellón, New. Lo veía todo iluminado como para una fiesta, una celebración o algo así. Y él iba muy trajeado, sabía que vivía en el Pabellón y tenía todo lo que cualquier hombre puede desear. Lograba todo lo que quería. Me dijo que el Pabellón le atraía día y noche. Y una voz en su cabeza, New, la voz más hermosa del mundo, le llamaba a Usherland. Me dijo que él quería ir a aquella casa más que nada en el mundo, pero sabía que si iba allí, nunca podría regresar. Por lo menos, no sería el mismo que antes de irse.

New sintió un escalofrío. Él también había no-

tado la atracción del Pabellón, y por eso se detenía en la Lengua del Diablo en cuanto tenía ocasión, para soñar que vivía en Usherland. Pensaba que no eran más que sueños fantásticos, pero ahora ya no estaba tan seguro.

—Usherland es un lugar encantado —dijo Myra—. Y el Pabellón es su alma maligna. Sólo Dios sabe qué ha pasado entre sus muros a lo largo de los años. Voy a contarte una cosa, New: Bobby se dejó arrastrar por la llamada y entró en Usherland. Se detuvo a orillas del lago y miró el Pabellón durante mucho rato. Cuando volvió a casa, tenía la cara pálida como un muerto y me dijo que si alguna vez intentaba salir de casa durante la noche, que le apuntara con la escopeta hasta que él lograra dominarse. Era un hombre valiente, New, pero había algo en el Pabellón que le reclamaba, y fuera lo que fuese, asustaba tanto a Bobby que empezó a atarse a la cama con cuerdas para dormir. Intentaba que vosotros no advirtierais su preocupación. Allá abajo había algo que le atraía y le hechizaba.

Myra se apartó el pelo de la cara con mano temblorosa y contempló el resplandor de las brasas.

—Decía que era todo lo que podía hacer para no oír lo que el Pabellón pretendía que hiciera.

New tenía la garganta seca y tragó saliva.

—¿Qué, mamá? ¿De qué se trataba?

—De matarnos —repuso ella—. A todos nosotros. Quemar esta casa. Y después encontrar al viejo.

—¿A qué viejo? ¿Quieres decir el Rey de la Montaña?

—Sí, encontrar al Rey de la Montaña y no sólo matarlo, New, sino descuartizarlo. Meter los pedazos en un saco y llevarlos al Pabellón. Eso le abriría sus puertas.

—¿El Rey de la Montaña? Si no es más que un pobre loco, ¿no?

Myra asintió.

—Bobby planeaba subir a las ruinas a buscarlo, pero antes de que pudiera hacerlo, le reventó aquel neumático en la cara. Él quería hablar con el viejo, para ver si sabía alguna cosa sobre el Pabellón. Pero no tuvo oportunidad. Yo... nunca se lo había contado a nadie, New. Y no pienso volver a hacerlo. Pero creo que... no sé cómo, el Pabellón mató a tu padre. Lo asesinó antes de que él llegara a hablar con el viejo.

—No —dijo New—, no fue más que un accidente. El Pabellón... no está vivo. No son más que piedras.

—Tienes que prometerme —le suplicó la madre— que no bajarás nunca a Usherland. Nadie tiene que saber que puedes mover cosas con el pensamiento. Y sobre todo no hables del Hombre de la Calabaza con nadie... ¡y menos con esa maldita forastera!

Él no tenía la menor intención de ir a Usherland, y estaba tan asombrado por sus nuevas habilidades que ni siquiera le pasó por la cabeza comentarlas. Pero el último punto se le atragantó. Creía que la señorita Dunstan quería averiguar verdaderamente más cosas sobre el Hombre de la Calabaza, y quizá, si le contaba lo que había visto, podría ayudar a Nathan, por lo menos un poco... o mitigar su sentimiento de culpa por no haber sido capaz de liberar a Nathan de las garras de la criatura. Él era el hombre de la casa. ¿No podía tomar sus propias decisiones?

—Prométemelo —dijo Myra.

Él asintió con la cabeza, con gran esfuerzo.

Ella pareció respirar.

—Y ahora vete a la cama. Descansa. ¿Te siguen doliendo las heridas?

—Un poco. Me pican.

Ella dio un pequeño gruñido.

—Tu padre me enseñó a hacer la medicina que te puse. Decía que servía para sacar los pinchos de cualquier clase.

El viento golpeó en la ventana que había a su espalda y ella volvió a escudriñar la oscuridad. Los ladridos de Birdie se habían convertido en aullidos aislados.

—Ese perro está haciendo mucho ruido esta noche, ¿no? Supongo que es por el viento. Tu padre sabía muchas cosas sobre el tiempo. Se sentaba a observar las nubes y predecía al minuto cuándo empezaría a llover. —Su voz se volvió triste y apoyó los dedos de una mano contra el cristal—. Bobby era una buen hombre. Sabes, le gustaba creer que su padre era marino. Capitán de barco. Incluso almirante. En la escuela, de adolescente, le gustaba leer cosas de los Pilgrim y de toda aquella gente que llegó en barco desde Inglaterra. Soñaba en barcos con grandes velas blancas henchidas al viento... Aunque no creo que llegara nunca a ver el mar, salvo en foto. Era un buen hombre, lleno de vida.

El viento gimió una vez más entre las rendijas de las tablas y New se imaginó que oía el silbido del juguete de su hermano.

—El viento ha ido a más en estas dos últimas noches —dijo Myra—. Tu padre siempre decía que eso significaba lluvia a los tres o cuatro días. Va a venir mal tiempo. —Miró al techo—. Me parece que deberíamos poner unos cuantos parches y tablillas en el tejado antes de que empiece el frío.

—Sí, mamá.

Ella le miró durante unos segundos y luego dijo:

—Es mejor que te vayas a acostar.

—Ahora mismo.

—Mañana seguiremos hablando de ello —dijo ella, y los dos supieron a qué se refería.

Myra dio media vuelta y salió del cuarto. New la oyó cerrar la puerta de su dormitorio.

Volvió a sentarse. Le temblaban las entrañas y su mente era una tormenta de confusión. ¿Por qué tenía esos poderes su padre? ¿Y por qué los había estrenado él de pronto, cuando había sido durante todos esos años tan normal como el que más? Era demasiado complicado: un cuchillo que flotaba, una lámpara que subía, muebles que bailaban y una furgoneta que se encabritaba como un potro salvaje. Cosas de brujería, de hechicería, que sólo obedecían al demonio, pensó New.

No era ningún secreto que el mal planeaba en Briartop Mountain, desde el Hombre de la Calabaza hasta la pantera negra llamada Faucevoraz por los lugareños. Nadie los veía, pero todo el mundo sabía que siempre acechaban en la oscuridad.

Y en ese momento New tenía que reflexionar sobre la clase de hombre que había sido su padre. Contempló la foto de la repisa de la chimenea. No contaba la totalidad de la historia. ¿Qué clase de poderes ocultos había detrás del rostro de Bobby Tharpe? ¿Y qué era lo que le atraía hacia Usherland con la promesa de lujo y riqueza?

New se sentía abrumado por el peso de sus pensamientos. Después de dar vueltas al asunto, se levantó, cogió la lámpara de la repisa de la chimenea y volvió a su dormitorio. Mientras se metía en

la cama y soplaba la llama, oyó aullar a Birdie. Los aullidos duraron casi un minuto y luego se interrumpieron bruscamente. Después, New ya no volvió a oírle.

En el espeso bosque que rodeaba la cabaña de los Tharpe, la sombra que llevaba allí más de una hora se volvió y desapareció en la noche.

18

—Sí, señor —dijo Logan Bodane—, es como si acabara de pillarle con las manos en la masa.

Estaba apoyado contra la pared, justo al lado de la puerta de la biblioteca, y su sonrisa maliciosa y astuta enfureció a Rix. Logan había sido provisto con el uniforme de la casa —pantalones oscuros, camisa azul celeste, corbata de rayas y chaquetilla gris— pero ya se estaba rebelando. Iba sin corbata, con la camisa desabrochada hasta el pecho y con la chaquetilla arrugada por sus descuidos. Una greña cobriza le caía sobre la frente, y pese a su sonrisa, sus ojos grises no reflejaban alegría.

Rix se había enderezado al oír su voz. Diseminadas a sus pies estaban las hojas que se habían caído del álbum.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mientras le embargaba la cólera, una vez superado el primer susto.

—He salido a dar un paseo. Decidí dar una vuelta a la casa antes de irme a dormir. Vi la luz encendida en la habitación de las mesas de billar y le oí revolver por aquí.

—La casa no entra dentro de tus competencias —le espetó Rix.

—Le ruego que me perdone, señor, pero no tenía esa idea. Tal y como yo lo he entendido, me ocuparé de toda la finca, ¿ve? —Levantó un manojo de llaves y las hizo tintinear—. De todos modos, pensé que ustedes, los amos, apreciarían el que yo echara un vistazo. Estos días debo hacer méritos.

Dio una vuelta por la biblioteca, examinando los libros de las estanterías. Sus ojos se posaron en las armas y dio un largo silbido.

—¿Son antiguas, ¿verdad?

—¿Ya sabe Edwin que te estás paseando por toda la propiedad?

—No me estoy paseando —dijo, volviendo a sonreír—. Ya le he dicho que estaba comprobando si todo estaba en orden. —Extendió la mano y cogió el revólver Mark III de su soporte—. ¡Cuánto pesa! Es imposible hacer puntería con un revólver tan pesado...

—Voy a llamar a Edwin para decirle que te estás poniendo pesado.

Rix se dirigió al teléfono que había sobre la mesa de nogal.

—No lo haga, señor Usher. Despertaría a Cass y a Edwin para nada. Parte de mi trabajo consiste en comprobar que todo está en orden por la noche. Por eso me dio Edwin las llaves.

Rix no le hizo caso. Marcó el número de la casa de Edwin y esperó. Así tal vez lograra que echaran de una patada a ese bastardo. El teléfono sonó un buen rato. Rix consultó su reloj. Eran las dos menos diez.

—Bueno, usted mismo.

Logan se encogió de hombros, hizo girar el

tambor del revólver y lo colocó de nuevo en su soporte. Las hojas del suelo le llamaron la atención y se acercó a las cajas de cartón.

—Me parece que es usted el que está donde no debe —dijo Logan—. Es bastante curioso estar estudiando libros a las dos de la madrugada ¿no le parece?

Descolgaron el teléfono.

—Bodane, dígame... —dijo Edwin con voz soñolienta.

En ese instante, Rix comprendió que había cometido un error. Claro que era tarea de Logan hacer las últimas comprobaciones de la noche en la casa, y para eso le había dado Edwin las llaves. Era Rix quien estaba en un buen lío, porque ahora tendría que explicar qué hacía en la biblioteca a las dos de la mañana, sobre todo cuando Logan dijera que le había descubierto revolviendo entre los antiguos documentos. Edwin comprendería enseguida qué pretendía Rix, y el voto que le ataba a Walen y a Margaret le obligaría a revelárselo.

—Bodane, ¿dígame? —repitió Edwin con un deje de irritación.

Logan había sacado un volumen de una de las cajas y observaba a Rix con atención. ¡Maldito sea! pensó Rix. Volvió a colgar el teléfono.

—No contestan —dijo—. De todos modos, no voy a despertarles por ti...

—Sí, Edwin duerme como un tronco. Se le oye roncar a través de la pared.

Tenía una mirada penetrante, y Rix pensó que la expresión de Logan indicaba que había captado la mentira.

—Bueno, vete, dejémoslo —dijo Rix.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Logan seña-

lando las cajas con la cabeza—. ¿Álbumes de recortes?

—Sí, algunos sí.

—Edwin me ha dicho que es usted escritor. ¿Qué hace? ¿Investigar o algo así?

—No —repuso Rix precipitadamente—. Sólo he bajado a buscar un libro para leer en la cama.

—Usted debe de ser un ave nocturna, como yo. ¡Ey, fotos!

—Ten cuidado. Son frágiles.

—Sí, parecen muy antiguas.

Pero las manoseó como si fueran de madera. Rix vio que eran más perspectivas del Pabellón, cuarteadas y difuminadas por el paso del tiempo.

—Qué caserón más grande y anticuado, ¿verdad? —dijo Logan mirándolas—. Por lo menos cabrían dentro diez fábricas. Edwin dice que hace más de cuarenta años que está deshabitado. ¿Por qué?

—Mi madre no quiso vivir allí.

—Seguro que es como para perderse en él —dijo, y Rix se puso tenso—. Seguro que está lleno de pasadizos secretos y cosas así. ¿Ha estado usted alguna vez dentro?

—Una vez. Hace mucho tiempo.

—Edwin me ha dicho que me llevará. Para enseñarme cómo vivían ustedes, los Usher. Tengo entendido que organizaban unas fiestas de cuidado allí.

Rix no entendía cómo pensaba pulir Edwin a ese palurdo. Su manera de hablar le desquiciaba los nervios. Probablemente no habría superado la escuela secundaria. Era ridículo creer que un muchacho así pudiera llenar el hueco de Edwin.

—¿Por qué no te vas? —le pidió Rix.

Logan dejó las fotografías sobre la mesa y le miró durante un instante, en silencio. A su espalda estaba el retrato de Hudson, y ambos le miraban. Después Logan parpadeó y dijo:

—No le caigo bien, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Por qué? ¿Porque Edwin quiere cederme las riendas?

—Has acertado. No te considero capaz. Eres arrogante, rudo y descuidado, y creo que te importa un bledo trabajar en Usherland. Creo que para ti no es más que un recurso para alejarte de la cadena de montaje. Creo que, cuando Edwin lleve un mes fuera de aquí, te largarás con todo lo que puedas apañar.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? Este trabajo me parece una maravilla. Bueno, tendré que dar el callo y tal, pero sobre todo, organizando el trabajo de los demás y vigilando que no se escaqueen. Edwin dice que el secreto del éxito es hacer que todo el mundo sepa que tú eres quien manda, y en no apretar demasiado las clavijas. Dice que el truco consiste en anticiparse a los problemas y saber ocuparse de ellos antes de que surjan. El sueldo es bueno, tendré mi propia casa y mi propio coche y conduciré la limusina grande. ¿Por qué iba a desperdiciar todo eso?

—Porque no tienes madera para el puesto —repuso Rix tranquilamente—. Me da igual que seas o no un Bodane. No tienes el estilo ni la educación de Edwin. Lo sabes tan bien como yo, y no entiendo cómo Edwin no se da cuenta.

—Soy capaz de hacer el trabajo. Tal vez no sea tan pulido como Edwin, pero puedo hacerlo. He trabajado duro en la cadena de montaje, y dos años

seguidos gané el trofeo al mejor productor. Nadie me ha acusado nunca de no esforzarme. Aprenderé todo lo que me enseñe Edwin y realizaré mi trabajo a la perfección.

—Ya veremos.

Logan se encogió de hombros; había dicho todo lo que tenía que decir y la opinión de Rix no le importaba lo más mínimo. Se dirigió a la puerta, pero antes se detuvo y se volvió.

—Si sale usted al exterior por la noche, tenga mucho cuidado —dijo con voz pausada.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca se sabe lo que puede haber ahí fuera, en la ocuridad. He oído que muchos animales se vuelven locos en estos boques. La vieja Faucevoraz puede comérselo de resopón. O se puede tropezar con el Hombre de la Calabaza. Así que, si le apetece pasearse por la noche, llámeme —le sonrió—. Buenas noches, señor Usher.

Y abandonó la biblioteca, cerrando las puertas al salir.

Rix renegó en voz baja. Sabía que los lugareños llamaban Faucevoraz a la mítica pantera negra que rondaba por Briartop; muy pocos cazadores la habían visto de refilón, y sus relatos —publicados en el *Democrat*, por supuesto— eran tan histéricos que adquirían proporciones grotescas. Se suponía que el animal era tan grande como un coche, y que corría tan veloz como un rayo. Un pobre desgraciado que la había visto de cerca juraba que no era exactamente una pantera negra sino una extraña combinación de felino y reptil. Al parecer, la bestia tenía la cola de una serpiente cascabel, los ojos fríos y sin párpados de un lagarto y una lengua bífida que brillaba en su boca como el mercurio. Si

realmente había una pantera allí arriba, pensó Rix, sería probablemente un descendiente de algún animal del zoológico de Erick Usher, que habría huido la noche que se incendió, por razones aún sin desconocidas.

Rix, nervioso por la intrusión de Logan, sacó al azar un par de libros de una de las cajas. Había varios fajos de cartas atadas con gomas elásticas, y también las cogió. Después examinó las fotografías que Logan había dejado sobre la mesa.

Junto a las vistas exteriores del Pabellón había fotos de algunas habitaciones. Eran estancias inmensas decoradas con muebles enormes, de cuero o cubiertos de piel, tapices medievales y armaduras, trofeos de caza, impresionantes arañas de cristal y chimeneas tan grandes que cabría un camión dentro. En el dorso de las fotografías, inscripciones desvaídas en tinta negra: «salón de visitas», «gabinete del desayuno», «salón del primer piso» y «galería principal». La sala náutica estaba llena de modelos de barco, timones, portillas y demás accesorios marinos. Osos polares disecados en posturas amenazantes bajo carámbanos artificiales que colgaban del techo blanco del salón ártico. La cavernosa sala de armas tenía en las paredes cientos de muestras de rifles y pistolas Usher, y en el centro había un búfalo disecado al ataque.

Rix encontró una fotografía —muy cuarteada y desvaída— de una niña sentada ante un enorme piano blanco. Tenía los dedos apoyados en el teclado y sonreía a la cámara. La niña llevaba un vestido con chorreras, de manga larga, y sus zapatos de tacón se balanceaban en el aire, encima de los pedales del piano. Tenía el pelo largo, negro y brillante y unos preciosos ojos almendrados que revelaban

su sangre oriental. Su cara parecía tallada en una hermosa pieza de marfil. Al dorso, en una caligrafía firme y regular, decía simplemente: «Mi ángel". Rix imaginó que se trataba de Shann Usher, la hija de Aram y su esposa asiática.

Pero fue la siguiente fotografía la que más le llamó la atención.

Mostraba a Erick sentado en una silla cubierta por una piel blanca. El bastón de ébano estaba apoyado contra la silla, y Erick miraba la cámara como un rey frente a un plebeyo. En la rodilla izquierda de Erick estaba sentado un niño de unos cuatro o cinco años, vestido de traje oscuro y con una pajarita de rayas. El niño, con el pelo rubio y rizado, sonreía feliz, tendiendo las manos hacia la lente.

De pie, detrás de Erick, una mujer alta y rubia, de cara agradable pero cansada y ojos oscuros y atormentados como por alguna tristeza interior. Llevaba el pelo recogido en un moño sujeto por una tiara de brillantes. En los brazos sostenía un bebé, probablemente menor de un año.

Rix volvió la fotografía. «Walen y Simms. Agosto de 1923», había escrito Erick, con su caligrafía puntiaguda.

¡Dios mío! pensó Rix. Descubrió los ojos de su padre en la cara del niño. Su cabello rizado irradiaba luz y salud. ¿Pero quién era Simms? ¿El bebé que tenía la mujer en sus brazos? ¿Sería Nora St. Clair Usher, con su segundo hijo? Simms era un nombre ambiguo... ¿sería un niño o una niña?

Era la primera vez que Rix veía ese nombre. ¿Se trataba entonces de un hermano menor de Walen? Rix siempre había creído que Walen era hijo único. ¿Qué había sido de aquel niño y por qué Walen nunca había mencionado a Simms?

Los ojos de Nora Usher, si es que era ella, le taladraron. Era tan hermosa como se la imaginaba, pero había en su cara algo vacío, sin vida. En contraste, la mirada de Erick reflejaba un hastío entre indolente y satisfecho.

Rix metió la foto en uno de los libros que había cogido. Quería averiguar más cosas sobre Simms. ¿Sería posible que tuviera algún tío o alguna tía vivos, de quienes nunca hubiera oído hablar?

Los interrogantes sin respuesta se multiplicaban, y Rix pensó en el enorme trabajo que supondría seleccionar el material para su investigación. ¡Tenía que leer el manuscrito de Dunstan! Apagó la luz y salió de la biblioteca, cerrando la puerta con llave. En la seguridad de su cuarto, examinó la cara radiante de su padre en la fotografía, y sorprendentemente se le hizo un nudo de tristeza en la garganta. Walen Usher era humano, después de todo. Había sido un niño sonriente, ajeno a lo que le reservaba el futuro. ¿Qué le había convertido en el monstruo en descomposición que yacía en la planta alta? ¿El paso del tiempo, simplemente, o alguna otra cosa?

Cuando Rix se quedó dormido por fin, en un sueño agitado e inquieto a causa del rugido del viento, tuvo una pesadilla.

Se había vuelto a perder por los sinuosos pasillos del Pabellón y podía sentir el inmenso tonelaje que pesaba sobre él como un puño a punto de machacarle. Frente a él, en la penumbra, había una puerta cerrada. Cuando Rix se aproximó a ella, vio flotar la esfera de plata con la cara del león rugiente. Contempló cómo alargaba el brazo telescópicamente y cómo se cerraba su mano sobre ella; estaba helada y empezó a encogerse.

La puerta se abrió. Dentro, el esqueleto de las órbitas de los ojos sanguinolentas se balanceaba como un péndulo macabro, iluminado por una luz intermitente, roja. Había sangre por todo el suelo, corriendo en arroyuelos. Rix reculó e intentó gritar, pero se había quedado sin voz. Notó que algo se aproximaba por el corredor, a su espalda, algo grande, oscuro y monstruoso, que se abalanzaba sobre él a una velocidad horrenda.

Entonces Boone apartó los huesos de plástico y atisbó por la puerta con una sádica sonrisa en la cara.

—¡Anda, Rixy! ¡Te has meado encima! —graznó.

Rix se incorporó en la cama. Estaba temblando y tenía la cara cubierta de sudor. El viento rugía y azotaba la casa. Rix se levantó de la cama, apretando los brazos contra el cuerpo por si le sobrevenía un ataque.

Cambió el sonido del viento y Rix creyó oír que le llamaba por su nombre: era un suave susurro, como un padre que llamara a su hijo, pero luego pasó. Miró a lo lejos por la ventana, hacia donde se alzaba el Pabellón en la agitada noche.

Diez mil millones de dólares, susurraba una voz en su interior. Todo el dinero del mundo.

Rix se estremeció; le dolía la cabeza, pero no le dio el ataque. Estoy mejor, pensó.

Diez mil millones de dólares.

Cuando estuvo seguro de que no tendría el ataque, volvió a la cama y después el tiempo fluyó en un sueño sin pesadillas.

CUATRO

EL REY
DE LA MONTAÑA

19

El Rey de la Montaña se despertó con el olor del amanecer.

No tenía ni idea de qué hora era. El tiempo ya no significaba nada para él. Para él, el reloj se había detenido hacía mucho tiempo y todas las horas eran iguales; el presente borraba el pasado, y el futuro empujaba el presente. Él sólo sabía que el viento punzante y helado se había reducido a un susurro y que el sol estaba despuntando por las cimas orientales, con su luz dorada que olía a fresas del bosque.

Se echaba a dormir sobre su colchón cubierto de trapos y periódicos, envuelto en su abrigo largo, negro y harapiento, y calzado con sus botas de suela de goma, y así seguía vestido cuando se levantaba, con la ayuda de su nudoso bastón de nogal. Llevaba una barba larguísima y descuidada, entre amarillenta y grisácea, llena de briznas de hierba, y le quedaban algunos mechones de pelo ralo en el cráneo, salpicado de manchas rojizas. En torno a él, entre los restos de una antigua casa de toscas paredes de piedra, reinaba el caos más absoluto: una pila informe de latas de conserva y de botellas de refrescos vacías, revistas y diarios, los restos de una

vieja lavadora y de la caja de cambios de un camión y un ovillo de cordeles diversos, del tamaño de una pelota de baloncesto. Por los agujeros del tejado de pizarra se habían colado multitud de hojas muertas, que crujieron al pisarlas el anciano cuando cruzó la estancia. Iba tanteando con su bastón el suelo de tierra. Al llegar ante una de las dos ventanas de la casa, desprovista de todo resto de cristales, el viejo volvió la cara hacia el sol. Una telaraña de profundas cicatrices y costurones le cubría la mayor parte del rostro, desde la frente despejada hasta la barbilla prominente y puntiaguda. Había perdido el ojo derecho, y su cuenca vacía era un hueco marrón y arrugado. Una fina película blancuzca le velaba el ojo izquierdo y le dificultaba su ya escasa visión, muy borrosa. Su oreja derecha era un puro muñón. Aunque estaba demacrado y caminaba con la cabeza gacha, había tal ferocidad en su expresión que quienes le visitaban para llevarle latas de comida, botellas de bebida o cuerdas para su colección, no se atrevían a mirarle a la cara. Quienes le conocían como Rey de la Montaña subían hasta la cumbre de Briartop Mountain a hacerle preguntas, pedirle consejo o simplemente, a tocarle. Los habitantes de las montañas sabían que el anciano —que llevaba viviendo allí más de cien años— sabía predecir el tiempo hasta la última gota de lluvia o el último copo de nieve, leía el pensamiento, dilucidaba cualquier clase de problema que pudieran tener y daba unos consejos que en principio podrían parecer chaladuras de un lunático pero que más tarde resultaban de lo más eficaces. Sabía predecir los nacimientos y las muertes, las cosechas prósperas o los desastres, e incluso intuir si alguien tenía un asuntillo con el marido o la esposa

de un tercero. A cambio sólo pedía comida en conserva —tenía predilección por el melocotón en almíbar— y refrescos, preferiblemente cerveza de jenjibre Buffalo Rock. El cordel servía para pagar las irregulares predicciones sobre el tiempo o sobre la defunción del interesado en alguna carretera mojada; la gente corría esa suerte al preguntar al Rey de la Montaña.

Debajo del abrigo llevaba tres suéteres ajados que le habían dejado debajo de la roca donde solían depositar los obsequios. Nadie entraba en la vieja ruina. Los lugareños sabían que era un lugar encantado y sólo el Rey de la Montaña osaba vivir allí.

Dejó que los tibios rayos de sol le juguetearan por la cara y después hizo varias profundas inspiraciones del aire de la mañana. Fuera, los últimos vestigios de niebla se desprendían de los montones de piedras oscuras y las ralas siemprevivas. Al cabo de un rato, el viejo salió de su morada de piedra y se dirigió hacia la ladera de la montaña, de suelo árido y rocoso. Todavía hacía frío y se puso a tiritar. A su alrededor emergían los restos de otras edificaciones de piedra, la mayor parte arruinadas e irreconocibles, apenas montones de rocas cubiertas de líquenes. Algunas de las piedras eran negras como el carbón.

El Rey de la Montaña se detuvo; en una mano llevaba su bastón y con la otra se apoyó en el tronco de un árbol retorcido medio petrificado. Después contempló el panorama que se extendía a sus pies, el macizo caserón en su isla, en el centro del lago negro y tranquilo, a casi seiscientos metros monte abajo.

Se quedó un buen rato inmóvil, y cualquiera

que lo viera habría creído que el anciano había echado raíces. Parecía estar esperando algo, la cabeza levemente ladeada, su único ojo velado fijo como la boca de un cañón en el Pabellón.

—Te conozco —dijo en voz baja y aflautada—. ¿Cuál será tu próxima fechoría?

Dejó vagar la mirada por la inmensa extensión de Usherland y luego volvió a fijarla en el caserón.

—Viento anunciador de lluvia —dijo—. Piedras que trituran otras piedras. Tienes la sonrisa resquebrajada esta mañana. ¿Cuál será tu próxima fechoría?

Se levantó una racha de viento, que elevó por el aire las hojas muertas del suelo.

—¿Será el chico? —susurró el Rey de la Montaña—. ¿O sigues pensando en mí?

Vio unas aves junto al ala más alejada. Patos o palomas, pensó. Observó cómo se desviaban de su curso, como atrapados en una súbita ráfaga de viento. Se estrellaron contra uno de los muros del Pabellón y cayeron revoloteando hasta el suelo.

—Yo también puedo esperar.

Pero interiormente sabía que no podría esperar mucho más. La espalda le causaba problemas, perdía intermitentemente la visión y algunas veces las piernas se le quedaban tan rígidas, sobre todo después de llover, que no podía ni andar. Había perdido la noción del tiempo, pero su cuerpo le marcaba los años con dolorosa regularidad. Una racha de viento frío subió de Usherland, y el Rey de la Montaña olió en él un cambio como a madera carbonizada. Se preguntó cuál sería ese cambio. ¿Y dónde encajaría el muchacho?

No lograba dilucidar la respuesta. El ojo de su pensamiento también se estaba quedando ciego.

Dio la espalda al precipicio y regresó a paso lento a su refugio.

Pero antes de llegar allí se detuvo otra vez y apartó unas hojas muertas con la punta del bastón.

Había huellas de algún animal en el suelo. Vio que procedían del bosque y subían hasta unos cinco metros de la casa. Después rodeaban la casa y regresaban de nuevo al bosque.

Le estaban espiando, lo sabía. Eso le produjo cierta satisfacción, pero aquellas huellas monstruosas —que se hundían un par de centímetros en la tierra— le preocuparon. No había presentido que la criatura saliera esa noche, y había otra cosa aún peor: ésta nunca se había acercado tanto a su refugio.

El Rey de la Montaña escupió sobre las huellas y pisó su salivazo con el pie. Después regresó lentamente a su morada a desayunar melocotón en almíbar y cerveza de jenjibre.

20

La foresta de Usherland resplandecía de colores a la intensa luz del mediodía. Las hojas de los viejos robles gigantescos lucían diversos tonos de rojo; las hojas de los fresnos brillaban como monedas de oro; los castaños ostentaban variados tonos de verde, dorado y violeta.

Katt y Rix recorrían a caballo uno de los múltiples senderos que se adentraban en el bosque. Rix llevaba mucho tiempo sin montar, pero esa mañana Katt le había ido a buscar a su dormitorio para

pedirle que la acompañara a dar un paseo a caballo antes de la comida. El encargado de las caballerizas, un fornido hombre de color de mediana edad llamado Humphries, les ensilló una yegua ruana bastante mansa para Rix, y a Katt su caballo predilecto, un semental tordo muy veloz con una estrella negra en la frente.

Se hallaban a un par de kilómetros de la mansión y se dirigían hacia el este. Rix tenía la sensación de hallarse en el interior de una catedral inmensa coronada por las altas copas de los árboles multicolores. De vez en cuando, una leve brisa desprendía una lluvia de hojas muertas. El sol se filtraba por el follaje como a través de cristales emplomados.

Katt, ataviada con un equipo de montar de pana, señaló sin decir nada hacia el bosque y Rix vio el rabo blanco de dos ciervos, que se sobresaltaron un segundo antes de salir brincando a ocultarse en la espesura del monte bajo.

Si Dios existía, en ese momento estaba en Usherland. El mundo parecía inmóvil y en paz; una serenidad que Rix no había conocido en muchos años reinaba a su alrededor. El aire fresco les traía el olor acre de la tierra. Sandra habría disfrutado ese momento perfecto. Era una mujer extraordinaria que sabía aprovechar lo mejor de las cosas más desagradables. Poco antes de su muerte, había animado a Rix a superar los antiguos rencores que le alejaban de su familia. Él era especialmente reacio a hablar de su padre, pero Sandra le había escuchado con paciencia hasta sonsacarle el último detalle. Incluso se había propuesto acompañarle a Usherland para ayudarle a reconciliarse con sus padres y su hermano. Ella le había ayuda-

do a recobrar la confianza en sí mismo, y después él se la había encontrado en la bañera llena de sangre y por poco pierde el juicio.

Rix se culpaba de ello. Se había entregado demasiado a sus propios problemas y no se había dado cuenta de las necesidades de Sandra. O bien, algo más terrible aún, tal vez hubiera expresado sus emociones con tanta intensidad que Sandra había sucumbido a los fantasmas de su niñez.

—¿Dónde te has metido? —le preguntó Katt, sujetando a su caballo hasta que Rix la alcanzó.

Él parpadeó, despertando de su ensoñación.

—Lo siento. Estaba admirando esta belleza.

—Como en los viejos tiempos, ¿verdad?

Katt tenía una sonrisa radiante esa mañana. No le quedaba ni rastro del frío pragmatismo que había reflejado el día anterior, cuando hablaron del futuro de Usher Armaments. Rix volvía a sentirse a gusto con ella.

—Añoraba la presencia de un acompañante en mis paseos a caballo.

—¿No te acompaña Boone? Pensaba que era un espléndido jinete.

Ella se encogió de hombros.

—Pasa solo la mayor parte del tiempo. En general está en la pista de carreras, cronometrando a los caballos.

La herencia de Erick, pensó Rix. Recordó los gritos de Puddin' mientras Boone la sacaba a rastras del comedor.

—¿Qué querría decir Puddin' ayer con aquello de la agencia artística de Boone? —preguntó él.

—No sé. Pensé que estaba borracha y divagaba. ¿Por qué?

—Boone cacarea desde el crepúsculo hasta el al-

ba, pero no habla mucho de su trabajo. ¿No te parece raro?

—No se me había ocurrido. Pero creo que es un negocio legal. Papá le prestó el dinero para montarlo —Katt sonrió maliciosamente—. ¿Qué estás pensando, Rix?

—Boone es demasiado evasivo cuando debería estar dándose golpes de pecho. ¿Va al club todas las noches?

—Más o menos.

—Bueno... Creo que tendré una pequeña charla con Puddin'.

—Yo de ti no me metería en camisa de once varas —le advirtió Katt—. Te traerá problemas.

Él asintió, pero sin escucharla. Continuaron adentrándose por el sendero del bosque, y Rix se puso a pensar en los documentos de la biblioteca.

—Katt... —dijo sin dar importancia a sus palabras—. ¿Por qué ha traído papá todos esos libros del Pabellón?

—¿Es que tu curiosidad de escritor hace horas extras?

—Tal vez. ¿Ha iniciado papá algún proyecto especial o algo por el estilo?

Katt vaciló un momento.

—No sé si debo responderte o no.

—¿Por qué?

—Porque... ya sabes, la seguridad y esas cosas.

—¿Qué crees que pienso hacer yo? —Le dedicó una sonrisa forzada—. ¿Vendérselo a los rusos? Venga, mujer... ¿Cuál es el gran secreto?

—Bueno, supongo que no pasará nada. No es que sepa demasiado al respecto, pero papá me ha dicho que está poniendo a punto algo nuevo en Usher Armaments. Se llama Pendulum, pero no sé

qué es ni para qué sirve. El general Mc Vair y el señor Meredith no paran de venir a verle últimamente. Debe de ser muy importante para él, porque les permite usar el Jetcopter.

—Pendulum —repitió Rix—. Suena fatal.

¿Qué nuevo brebaje macabro estaría cocinando la empresa? ¿Y qué tendrían que ver con ella todos esos documentos antiguos? Tuvo un destello mental de la foto de Nora con el bebé en brazos. El cementerio familiar estaba hacia el norte, cerca del Pabellón. Tardarían unos veinte minutos en llegar hasta allí. Si Walen había tenido algún hermano que había muerto durante la infancia, tendría que estar su tumba con su lápida.

—¿Estamos muy lejos del cementerio? —preguntó a Katt.

—¡Ay Dios mío! —exclamó ella con una mueca de horror—. ¡No me digas que Boone tenía razón!

—¿Qué?

—Boone dice que te has equivocado de profesión. Dice que tienes vocación de profanador de tumbas.

—No exactamente, aunque cuando estoy al lado de Boone me entran ganas de cavar la suya. No, en serio... Me gustaría llegar hasta allí y echar un vistazo.

—¿Al cementerio? —Katt hizo una mueca—. ¿Para qué?

—Porque hace un día precioso. Porque estoy loco. Porque me apetece. ¿De acuerdo? ¿Me acompañas?

—¡Vaya aficiones las tuyas, Rix!

Pero dirigió su caballo hacia el norte en el siguiente cruce. Salieron del bosque y tomaron por una carreterita empedrada, luego cruzaron un pe-

queño puente que atravesaba un arroyo cargado de turba que unía dos lagos. Al otro lado del puentecillo estaba el camposanto de Usherland, cuatro mil metros cuadrados de parque con esculturas rodeados por una tapia de mármol de casi tres metros de alto, con una enorme puerta de bronce.

Rix y Katt dejaron sus monturas atadas a las ramas bajas de un pino y penetraron en el cementerio. Los árboles de brillantes colores daban sombra a un espectáculo fantasmagórico de monumentos intrincados de mármol y de granito, obeliscos, esculturas grotescas y totems religiosos. Los paseos bordeados de setos primorosamente podados se entrecruzaban y convergían en la capilla de mármol blanco, en el centro del camposanto. También había un jardín japonés de rocalla, una cascada artificial que descendía por varios niveles de terrazas hasta un estanque con peces de colores, la Gruta de la Soledad, en cuya cueva se podía meditar en presencia de imágenes de santos, y una colección de locomotoras Baldwin de vapor, de los primeros tiempos del ferrocarril. Rix sabía que las tumbas de los Usher estaban cerca de la capilla; en los laterales se hallaban las tumbas de los criados. Había incluso una zona para los animales domésticos, junto a las locomotoras.

Rix, seguido a cierta distancia por su hermana, se dirigió por uno de los paseos hacia la capilla. Pasó junto a una serie de esculturas fascinantes y a un tiempo repelentes. La primera representaba a un niño rebosante de salud, la segunda a un adolescente mirando al cielo. La misma figura se repetía grotescamente cada veinte metros o así, cada vez con más edad y peor situación, hasta la última. Era un esqueleto con los brazos en actitud receptiva.

qué es ni para qué sirve. El general Mc Vair y el señor Meredith no paran de venir a verle últimamente. Debe de ser muy importante para él, porque les permite usar el Jetcopter.

—Pendulum —repitió Rix—. Suena fatal.

¿Qué nuevo brebaje macabro estaría cocinando la empresa? ¿Y qué tendrían que ver con ella todos esos documentos antiguos? Tuvo un destello mental de la foto de Nora con el bebé en brazos. El cementerio familiar estaba hacia el norte, cerca del Pabellón. Tardarían unos veinte minutos en llegar hasta allí. Si Walen había tenido algún hermano que había muerto durante la infancia, tendría que estar su tumba con su lápida.

—¿Estamos muy lejos del cementerio? —preguntó a Katt.

—¡Ay Dios mío! —exclamó ella con una mueca de horror—. ¡No me digas que Boone tenía razón!

—¿Qué?

—Boone dice que te has equivocado de profesión. Dice que tienes vocación de profanador de tumbas.

—No exactamente, aunque cuando estoy al lado de Boone me entran ganas de cavar la suya. No, en serio... Me gustaría llegar hasta allí y echar un vistazo.

—¿Al cementerio? —Katt hizo una mueca—. ¿Para qué?

—Porque hace un día precioso. Porque estoy loco. Porque me apetece. ¿De acuerdo? ¿Me acompañas?

—¡Vaya aficiones las tuyas, Rix!

Pero dirigió su caballo hacia el norte en el siguiente cruce. Salieron del bosque y tomaron por una carreterita empedrada, luego cruzaron un pe-

queño puente que atravesaba un arroyo cargado de turba que unía dos lagos. Al otro lado del puentecillo estaba el camposanto de Usherland, cuatro mil metros cuadrados de parque con esculturas rodeados por una tapia de mármol de casi tres metros de alto, con una enorme puerta de bronce.

Rix y Katt dejaron sus monturas atadas a las ramas bajas de un pino y penetraron en el cementerio. Los árboles de brillantes colores daban sombra a un espectáculo fantasmagórico de monumentos intrincados de mármol y de granito, obeliscos, esculturas grotescas y totems religiosos. Los paseos bordeados de setos primorosamente podados se entrecruzaban y convergían en la capilla de mármol blanco, en el centro del camposanto. También había un jardín japonés de rocalla, una cascada artificial que descendía por varios niveles de terrazas hasta un estanque con peces de colores, la Gruta de la Soledad, en cuya cueva se podía meditar en presencia de imágenes de santos, y una colección de locomotoras Baldwin de vapor, de los primeros tiempos del ferrocarril. Rix sabía que las tumbas de los Usher estaban cerca de la capilla; en los laterales se hallaban las tumbas de los criados. Había incluso una zona para los animales domésticos, junto a las locomotoras.

Rix, seguido a cierta distancia por su hermana, se dirigió por uno de los paseos hacia la capilla. Pasó junto a una serie de esculturas fascinantes y a un tiempo repelentes. La primera representaba a un niño rebosante de salud, la segunda a un adolescente mirando al cielo. La misma figura se repetía grotescamente cada veinte metros o así, cada vez con más edad y peor situación, hasta la última. Era un esqueleto con los brazos en actitud receptiva.

Y allí cerca estaba la pirámide dorada de seis metros de altura para el eterno descanso de Hudson Usher. Una inscripción en letras de bronce decía: «Él vio el futuro». No constaba la fecha de nacimiento de Hudson, pero sí la de su muerte, el 14 de julio de 1855. A diez metros de distancia, bajo una imagen de una monja con las manos entrelazadas, yacía enterrada su esposa, Hannah Burke Usher. Un pulido seto y una fila de querubines de piedra caliza separaban la tumba de Hannah de una sencilla lápida de mármol negro que ostentaba el nombre de Roderick. Rix no sabía si los restos de su antepasado estarían o no bajo esa lápida. No existía ninguna tumba con el nombre de Madeline Usher.

Rix sólo había estado allí una vez, en busca de paz, tras el suicidio de Sandra. Antes de llegar hasta el estanque tuvo que salir de allí. Había un aire terriblemente decadente en los monumentos ostentosos y las imágenes de los ángeles de la muerte. El lugar era casi una celebración de la muerte, un grito de alegría degradante por parte de la nueva generación sobre las tumbas de sus mayores.

Aram Usher yacía enterrado dentro de un cubo de mármol de tres metros de alto. En cada una de las esquinas había una estatua de tamaño natural de un hombre en pie y atento, con lo que parecía una pistola de duelo en la mano. Las cuatro figuras tenían los ojos distintos: de rubíes, esmeraldas, jades y topacios. A su lado se alzaba un cubo parecido, pero sin las esculturas, para Cynthia Cordweiler Usher. La leyenda de su lápida rezaba: «Las cenizas vuelven a las cenizas. Fallecida el 8 de octubre de 1871». Junto a estas tumbas, rodeada por una verja de hierro forjado, había una colum-

na de mármol coronada por un pequeño piano de cola de mármol. Unas letras de hierro forjado decían «Shann».

A unos diez metros de allí, Ludlow Usher estaba enterrado bajo una representación en granito del Pabellón que pesaría una tonelada. Rix pensó que esa tumba llevaba la firma de Erick. La inscripción decía: «Ludlow Usher, nuestro amado padre». Flanqueándola, las tumbas de sus dos esposas, Jessamyn Usher y Lauretta Kenworth Usher.

Un caballo encabritado adornaba la tumba de Erick, decorada con florones dorados y pedrería. Yacía solo, sin el cobijo de los árboles umbrosos. No se veía la tumba de Nora ni de Simms.

Desde la última visita de Rix al cementerio, le habían añadido una nueva sección. Unos ángeles recién esculpidos surgían de un bloque de mármol con vetas doradas. Llevaba el nombre de Walen Usher y su fecha de nacimiento. Al lado, una lápida de mármol rosa con la leyenda: «Margaret, mi amor».

—¿Ya has terminado? —le preguntó Katt a su espalda—. No me gusta este sitio.

Rix se quedó mirando las tumbas dispuestas de su padre y de su madre, y se sintió viejísimo. El espectáculo le recordó la inminencia de la muerte de Walen, mucho más que las palabras del doctor Francis. Dentro de una semana como máximo su padre estaría enterrado allí. ¿Cómo se lo tomaría él? Llevaba mucho tiempo acostumbrado a las turbulencias del amor mezclado con el odio, pero en ese momento la tristeza hizo mella en su marasmo de sentimientos contradictorios.

—Sí, ya he terminado —dijo Rix, como distante.

Pero volvió a detenerse delante de la tumba de Erick. Por detrás, a unos siete metros de distancia,

corría un seto de un metro de altura. Rix vio el dorso de una cabecita, otra estatua sobre un monumento. Se dirigió hacia allá.

—¡Rix! —le llamó Katt, irritada—. ¡Vámonos!

Rix se coló por una abertura del seto y dio la vuelta a la tumba, que sostenía un ángel tocando una lira. Se le aceleró el pulso y exclamó:

—¡Katt! Ven aquí un momento.

Ella lanzó un suspiro pero se le acercó. Contempló el mausoleo.

—¿Qué pasa?

—Mira...

Rix señaló la lápida. Grabado en la lira se leía: «Simms, nuestro niño dorado».

—¿Simms? Nunca lo había oído nombrar.

—Quizás haya sido premeditadamente. Simms era hermano de papá. Debió de morirse cuando era pequeño, por el tamaño de la tumba.

—¿Hermano de papá? ¡Venga ya! ¡Si papá es hijo único!

—Tal vez haya querido hacérnoslo creer —replicó Rix—. Aunque no sé por qué.

—Estás equivocado. Sería el hijo de algún criado. ¿Has perdido el seso?

—Aquí no están enterrados los hijos de los criados —le recordó él—. Esta zona es la de los Usher. No puedo decirte por qué, pero lo sé. Por alguna razón, papá ha mantenido lo de Simms en secreto durante todos estos años.

—Anda ya... Eso suena horripilante. Insisto en que sería hijo de algún criado. ¡Quién sabe, tal vez sea un perro! Escucha, tú haz lo que quieras, pero yo me voy de aquí. ¿Vienes o no?

Rix se inclinó y acarició la inscripción. «Simms, nuestro niño dorado». ¿De quién era ese sentimien-

to? ¿De Nora? La lápida no tenía fecha alguna, así que presumiblemente Simms habría fallecido durante la niñez. En tal caso, Walen apenas habría conocido a su hermano. Cuando se incorporó, Rix advirtió que su hermana se había ido. No se lo reprochó; debió de parecerle macabro.

Cuando salió del camposanto estaba saciado de imaginería fúnebre. Katt había cogido su caballo y se había marchado. Mientras desataba su yegua y se montaba, Rix pensó que mejor sería que Katt se fuera acostumbrando a la muerte si tenía el firme propósito de dirigir la empresa.

La carretera corría de norte a sur. Hacia el sur regresaría a las cuadras. Hacia el norte pasaría por el Pabellón. El sol calentaba y Rix quería ver la grieta que Nora mencionaba en su diario. Tomó hacia el norte.

Al cuarto de hora distinguió las chimeneas y los pararrayos que despuntaban por encima de los árboles. Antes de estar mentalmente preparado para el espectáculo, el follaje fue clareando y Rix llegó a la orilla meridional del lago, desde donde divisó el Pabellón Usher rodeado por la superficie de agua negra y lisa.

Rix pensó que aquello era el sueño de un loco. Ningún emperador, ningún zar ni rey alguno había poseído semejante monumento pagano en honor de los estragos de la guerra. Rix levantó la vista hacia los leones de los aleros y descubrió la descolorida cúpula de cristal que parecía una bombilla fundida. Una brisa procedente del Pabellón sopló sobre el lago y Rix se estremeció, como si estuviera delante de una cámara frigorífica. El agua susurró contra la orilla entre los juncos y los nenúfares verdes que flotaban.

El único acceso a la isla era por el puente de granito. Intentar seguir la ribera hacia la parte septentrional era imposible, porque el bosque era impenetrable. Rix guió a su montura hacia el puente. El corazón le empezó a latir con más fuerza.

En mitad del puente, Rix refrenó bruscamente a su yegua. La sombra del Pabellón, inmensa y monstruosa, le esperaba como para engullirlo.

No pudo acercarse más. El Pabellón todavía tenía poder sobre él. Incluso a esa distancia del caserón se sentía desorientado y claustrofóbico. Dio media vuelta, con las manos sudando de angustia.

Rix condujo a su yegua por un sendero del bosque, intentando tomar un atajo hacia las cuadras. La tensión que le atenazaba la nuca no se le relajó hasta que la vegetación se interpuso entre él y el Pabellón. Mientras se adentraba en el bosque, las copas de los árboles velaron la luz del sol, volviéndola una anaranjada penumbra.

De repente la yegua sacudió la cabeza con tal fuerza que por poco le arranca las bridas. El animal se resistía, relinchaba y resoplaba. Después de palmotearle el cuello durante un par de minutos, Rix logró tranquilizarla y emprendieron la marcha de nuevo. Rix echó un vistazo a su alrededor para ver qué la había asustado. La foresta parecía en calma. Salvo algún pájaro que trinaba a lo lejos, lo único que se oía era el susurro del viento entre las ramas.

La yegua volvió a sacudir la cabeza, y le temblaron nerviosamente los cuartos traseros.

—Tranquila, tranquila —dijo Rix dulcemente.

El animal emitió un sordo relincho gutural, pero respondió al mando y siguió avanzando.

A los treinta metros, y a ambos lados del cami-

no, Rix descubrió unas viejas farolas de gas, muy deterioradas. De la vegetación emergía un conjunto de jaulas de hierro y tela metálica, deformadas y algunas abiertas. Estaban cubiertas de enredaderas verde oscuro, y de los árboles podridos cubiertos de hongos grises emanaba un fuerte hedor a descomposición.

Eran los restos del zoológico particular de Erick. Se había incendiado allá por los años 20, según le dijo Margaret, pero ella no sabía cómo ni por qué. La mayor parte de los leones, tigres, panteras, cocodrilos, pitones, cebras, gacelas y aves exóticas habían muerto entre las llamas, pero algunos animales habían logrado escaparse de sus jaulas, refugiándose en el bosque. De vez en cuando, algún campesino de la región juraba haber visto una cebra corriendo por sus campos de tabaco, y en 1943 un cazador había matado un viejo leopardo desdentado. Por supuesto, también estaba Faucevoraz; la leyenda contaba que Faucevoraz era un cruce entre una pantera negra que había sobrevivido al desastre y otro animal salvaje. Otros decían que Faucevoraz era tan vieja como la misma Briartop Mountain.

Mientras pasaba entre los restos de las jaulas y el foso de hormigón de los cocodrilos, lleno de agua de lluvia y porquerías, el aviario hecho un amasijo de alambres retorcidos y ramas, Rix casi podía oír los rugidos de los animales. Los más fuertes se abalanzarían contra las paredes de sus jaulas en un frenético esfuerzo por escaparse, algunos hasta morir. Para Rix, aquél siempre había sido un lugar maléfico. De niño, a Boone le gustaba ir allí para jugar entre las jaulas, pero Rix lo evitaba.

La yegua volvió a relinchar, parecía confundida con el camino que debía tomar. Cuando doblaron la siguiente curva, Rix vio lo que la había asustado.

Colgando de una ramas bajas, a un par de metros del suelo, había ocho animales muertos. Eran tres ardillas, dos zarigüeyas, un zorro y dos ciervos, todos ellos colgados por las patas. Olía mucho la sangre que se había derramado en el suelo, a sus pies, y Rix comprendió que su montura la había olido antes que él. Un enjambre de moscas zumbaba alegremente, dándose un atracón.

Se acercó a ellos todo lo que la yegua le permitió. Los animales tenían la garganta limpiamente rebanada, pero por lo demás no se les veía herida alguna. Los insectos les habían reventado los ojos, y batallones de gusanos se daban un festín de sangre seca. Rix se espantó con una mano las moscas que revoloteaban en torno a su cabeza.

—¡Dios mío! —murmuró.

Recordó la luz que había visto desde su ventana. Sería por esa zona. ¿Se trataba de alguna broma macabra?

Los cadáveres se mecieron suavemente en sus alambres, recordando a Rix la deliciosa sorpresa de Boone en el hotel De Peyser. Pero seguramente Boone no tendría agallas para ir allí en plena noche y hacer una cosa semejante.

Condujo a la yegua entre los trofeos y dejó atrás las ruinas del zoo. Algo de aquella escena le repugnó más que la cruel carnicería.

Tardó varios minutos en comprender lo que era exactamente.

Los animales no tenían heridas de bala, sólo estaban degollados.

¿Cómo los habrían capturado?

Pegó con los talones en los ijares de su montura, y el animal salió trotando hacia las caballerizas.

21

—Lo que me gustaría saber —expresó Raven Dunstan con firmeza— es por qué no recluta a treinta hombres para que salgan con sabuesos a Briartop Mountain. Por lo menos lo habrá considerado...

Walt Kemp, el sheriff del condado estaba sentado frente a ella, del otro lado de su mesa de despacho, en su oficina de Taylorville. Era un hombre enjuto, con el pelo gris cortado al cepillo y grandes patillas grises. Tenía una cara angulosa, de mandíbulas cuadradas, y en ese momento sus ojos castaños reflejaban hastío por la entrevista, dándole la apariencia de lo que él era en realidad: un hombre acostumbrado a trabajar a la intemperie, un cultivador de tabaco acomodado con ciertos conocimientos legales, que había decidido presentarse a sheriff del condado porque el anterior era un vago redomado. Era su segundo año de ejercicio y ya estaba dispuesto a abandonar. No es que hubiera tantos delitos en el condado —apenas unos cuantos robos, hurtos de automóviles y destilerías ilegales—, pero el papeleo era inmenso. Su oficina estaba escasa de personal, le habían congelado el presupuesto y por si fuera poco ahí estaba Raven Dunstan, insistiendo en su tema favorito con la tenacidad de un perro de presa.

—No encontraría ni a cinco hombres dispuestos a subir ahí arriba —replicó él, encendiendo un cigarrillo—. Y claro que lo he considerado. De hecho, el año pasado subí a dos hombres con perros. ¿Y sabe lo que ocurrió? Alguien mató a uno de los perros de una perdigonada de sal y empezó a dispararnos en cuanto nos bajamos de los coches. Supongo que eran fabricantes de alcohol ilegal defendiendo su territorio.

—¿Así que abandonaron? ¿Por qué?

—No abandonamos. Sencillamente pensamos que no podíamos iniciar la búsqueda con sal en el culo, con perdón. —Dio una calada a su cigarrillo y sacó el humo por la nariz—. Los habitantes de Briartop Mountain son más malos que la peste, señorita Dunstan. No quieren intrusiones de quienes ellos llaman «forasteros», y eso me incluye a mí también. Sabe, tengo un ayudante entre ellos, Clint Perry. Es el único que se ha dignado escucharme cuando he intentado reclutar voluntarios. Los demás no quieren que se les moleste, y punto.

Ella meneó la cabeza.

—¡Es increíble! Usted es el sheriff del condado. ¡Es su deber molestarles!

—No quieren mi ayuda. —Kemp intentaba controlar su malhumor.

La hija de Wheeler era capaz de sacar de quicio al más pintado.

—¿Qué quiere usted que haga si me reciben a punta de escopeta? ¿Qué quiere usted que haga si bloquean las pistas derribando árboles? Clint intenta colaborar todo lo posible, pero está solo. Y sus convecinos le tratan como a un traidor por ayudarme. Ya le digo que no quieren saber nada de las autoridades.

—Quiero leerle una cosa —dijo ella, sacando una libreta de su bolso—. Cuando me hice cargo del periódico, estuve repasando los ejemplares atrasados del *Democrat*. Papá los guarda encuadernados en casa. Releí todos los artículos sobre las desapariciones de niños que encontré, y quiero decirle lo que he descubierto.

—Adelante —le dijo él.

—Desde 1872 —prosiguió Raven—, ha habido tres o cuatro incidentes cada año, excepto en 1893, el año del terremoto de Briartop. Tres o cuatro como mínimo. Y ésos son los casos que se denunciaron. ¿Cuántos más habrá? Súmelos. Asciende a más de trescientos. La mayor parte de ellos ocurrieron en octubre o noviembre. La temporada de la cosecha. Trescientos niños, todos ellos entre los seis y los catorce años, y todos de la zona que abarca Briartop Mountain, Foxton, Rainbow y Taylorville. ¿No cree usted que vale la pena «molestar» un poco a la gente por algo así?

—Tampoco hace falta que se ponga sarcástica. —Kemp dio una chupada tan fuerte al cigarrillo que casi se quema los dedos—. Cuando vino usted a pedirme que le dejara consultar los archivos sobre las personas desaparecidas y tal, pensaba que quería escribir un artículo acerca de mi trabajo respecto a ese tema, y no a llevarme al huerto de esta manera. Incluso le hice el favor de darle el nombre del chico Tharpe...

—Le agradezco el favor, pero no veo que haya movido usted un dedo sobre el particular.

—¿Pero qué quiere que haga? —exclamó, más alto de lo que pretendía.

La secretaria del otro despacho dejó de escribir a máquina.

—¿Que suba yo personalmente a la montaña? ¡Claro que pasa algo raro allá arriba! Y no sé si empezó en 1872, porque yo no estaba allí en ese momento. Y le diría que la cifra que me ha dado usted está algo hinchada, si los otros Dunstan eran iguales que usted y el viejo Wheeler. De acuerdo, los niños se esfuman en el aire... Y quiero decir en el aire, señorita Dunstan. No dejan una sola huella. Ni un pedazo de tela, ni una pisada, nada de nada. Y cuando subes a la montaña a hacer preguntas, te reciben con la escopeta. ¿Qué pretende usted que haga?

Raven no contestó. Cerró su libreta y se la guardó en el bolso. Sabía que el sheriff tenía razón. Si todos los demás eran tan reservados como Myra Tharpe, ¿cómo llevar a cabo una investigación medio decente?

—No lo sé —repuso al fin.

—Muy bien. —Kemp tiró su cigarrillo por la ventana con gesto furioso, las mejillas arreboladas de rabia—. Yo tampoco lo sé. ¿Sabe lo que creo yo? —Clavó los ojos en los de ella—. No existe el dichoso Hombre de la Calabaza. Es un cuento para atemorizar a los niños. Cada vez que un crío se mete en el bosque y luego no regresa a su casa, se supone que se lo ha llevado el Hombre de la Calabaza. Bueno, ¿y qué me dice de los que se pierden de verdad? ¿Y de los que se escapan de casa? Sabe, las cabañas de la montaña no son ninguna ganga. Muchos chavales se escaparán a la ciudad.

—¿Con seis años? —preguntó ella intencionadamente.

Kemp entrelazó las manos sobre el secante de su mesa. Raven le notó más agobiado que otros días.

—He subido a Briartop Mountain un par de ve-

ces —le dijo él con voz pausada—. Yo solo. ¿Sabe usted lo grande que es? ¿Sabe lo intrincado que es el bosque? Las zarzas cortan como cuchillos. En cuanto te alejas tres metros de los caminos, estás tan desorientado que te da vueltas la cabeza. Hay grutas, simas, cráteres y Dios sabe qué... ¿Sabe lo que hay en la misma cima? Una ciudad entera.

—¿Una ciudad? ¿Qué clase de ciudad?

—Bueno, está en ruinas. Pero fue una ciudad hace mucho tiempo. Ahora no vive nadie allí, a excepción de un viejo loco que se autodenomina Rey de la Montaña. —Se mordió durante unos segundos la punta de una uña—. Y le voy a decir otra cosa: Clint Perry dice que no subiría a esas ruinas ni aunque le pagaran quinientos pavos.

—Pues vaya ayudante más valiente... ¿Le asusta un pobre viejo?

—¡No, claro que no! Escuche, no publicará esto en el periódico, ¿verdad? Creo que le he pedido claramente que mis palabras queden entre nosotros.

—Claro —convino ella.

Si no necesitara la información confidencial de aquel hombre de vez en cuando, Raven ya se habría marchado de su oficina hacía rato.

—Ese maldito sitio está encantado —dijo Kemp, acompañándolo con una sonrisa para demostrar que no lo decía en serio—. Por lo menos, eso es lo que dice Perry. Yo he subido una vez, y tuve más que suficiente. Quedan en pie algunas paredes, más negras que el carbón y le juro por Dios que se ven las siluetas de la gente abrasada contra las paredes. Y ahora, ríase si quiere.

Raven lo habría hecho gustosa, pero la expresión de Kemp se lo impidió. Estaba muy serio.

—¿Personas en las paredes, dice?

—No, no he dicho eso. He dicho siluetas. Se te ponen los pelos de punta, se lo aseguro, por mi madre...

—¿Qué fue lo que sucedió?

Él se encogió de hombros.

—Ojalá lo supiera. He oído toda clase de historias demenciales sobre Briartop Mountain. Al parecer, una noche de verano cayeron unos cometas y ardió la montaña entera. Supongo que conoce la historia de la pantera negra que ronda por ahí. Cada año que pasa es más grande. Además están las historias de las brujas. Toda clase de estupi...

—¿Brujas? —le interrumpió Raven—. Ésta no la conocía.

—Sí, por lo visto Briartop estuvo llena de brujas no sé cuándo. Gil Partain, de Rainbow, dice que su abuela hablaba de ellas antes de morirse. La mujer decía que Dios intentó destruir Briartop Mountain. Supongo que no lo consiguió, porque todavía sigue en pie.

Raven consultó su reloj de pulsera y advirtió que iba a llegar tarde a su cita con Rix Usher. Su visita al sheriff Kemp había sido completamente inútil. Se colgó el bolso del hombro y se levantó para marcharse.

—La tendré al corriente... —dijo Kemp incorporándose—. Le he contado esas historias para que comprenda que no se puede creer todo lo que oiga por ahí. No existe el Hombre de la Calabaza. Alguien encontrará cualquier día el cuerpo del niño Tharpe en el fondo de un barranco, o atrapado en una mata de zarzas.

—Entonces sólo nos faltará encontrar a los otros doscientos noventa y nueve, ¿no le parece? —y Raven salió del despacho sin esperar respuesta.

Raven tardó veinte minutos en llegar a Foxton y entró en el café Broadleaf poco después de las tres. El local estaba casi vacío, exceptuando a la aburrida camarera del moño alto y a un hombre barbudo y corpulento, con un mono de trabajo, sentado a la barra frente a un café y un donut. Rix Usher la estaba esperando en el mismo sitio que ocuparon la víspera.

—Siento llegar tarde —dijo ella sentándose—. Estaba en Taylorville.

—No se preocupe, acabo de llegar.

Rix había vuelto a aparcar el Thunderbird rojo a la vuelta de la esquina para no llamar la atención. Después de la comida se había refugiado en su habitación a inspeccionar el material que se había subido de la biblioteca la noche anterior. Los libros de cuentas estaban llenos de anotaciones y cifras, casi todas ilegibles. Las cartas eran más reveladoras; la mayor parte eran de directores de bancos, proveedores de pólvora o directores de fábricas de acero, y se referían al trabajo de Erick. También había algunas cartas de mujeres. Dos de ellas, que aún conservaban un leve aroma a lavanda, eran claramente obscenas y describían noches de sexo brutal y sesiones sadomasoquistas. A las dos y media, Rix había salido furtivamente de la casa.

Raven hizo una seña a la camarera para que se alejara antes de que ésta llegara a su mesa.

—Anoche hablé con mi padre de su proposición. En primer lugar, él no confía en usted ni un pelo. Y en segundo lugar, quiere entrevistarse personalmente con usted.

Mejor, pensó Rix.

—¿Cuándo?

—¿Qué le parece ahora mismo? Tengo el coche ahí enfrente, si quiere dejar aquí el suyo.

Rix asintió. A los pocos minutos estaba sentado en el Volkswagen de Raven, con el que salieron de Foxton por una pequeña carretera comarcal. Tuvo la oportunidad de relajarse y observar a Raven Dunstan. Sus rasgos eran regulares y fuertes, y su melena negra y ondulada resaltaba su tez blanca. Iba ligeramente maquillada y Rix pensó que no necesitaba más. Tenía un atractivo natural, de intensa sensualidad. Había fuerza en sus ojos y en el gesto de su mandíbula, y Rix se preguntó qué aspecto tendría al reírse. No parecía amedrentarse ante nada ni ante nadie; tenía agallas, pensó Rix. Si no, no habría estado llamando a Usherland hasta vencer la oposición. Rix se dio cuenta de que la joven le gustaba.

Pero al momento desvió la mirada. Sus sentimientos por Sandra eran muy intensos; hasta que no resolviera el enigma de las razones de su suicidio en la bañera, no se libraría de su recuerdo obsesivo.

Raven advirtió que él la observaba y le dedicó un breve vistazo. Aunque parecía triste y cansado, lo consideró atractivo. Raven pensó que le faltaba vida en la mirada. Su expresión sombría encerraba algo que la turbaba.

—¿Por qué se ha hecho cargo del *Democrat*? ¿Por qué no ha preferido trabajar en algún periódico de la ciudad, o en televisión?

—Bueno, trabajé para un periódico durante una temporada. Fui editora de crónicas durante tres años en un periódico de Memphis. Pero cuando mi padre me llamó, tuve que volver. El *Democrat* ha pertenecido a mi familia desde siempre. Además, mi padre necesitaba ayuda para su libro.

—Entonces, ¿usted le ayuda a escribirlo?

—No. En realidad ni lo he visto siquiera. Cuando está trabajando no permite que me acerque. Mi padre es un hombre exageradamente reservado, señor Usher. Y también es muy orgulloso y muy testarudo.

—Ésa no es exactamente la opinión de mi padre —comentó Rix.

Ella sonrió levemente. Fue una sonrisa bonita y Rix deseó verla de nuevo.

Raven torció a la izquierda por un paseo de grava que ascendía suavemente entre pinos hasta una casa de dos pisos, blanca, en lo alto de una colina, desde la que se divisaba un panorama espléndido del cielo y las montañas.

—Bienvenido a la granja —dijo Raven.

Mientras la seguía por los escalones del porche, Rix estuvo a punto de preguntarle por su cojera, pero entonces se abrió la puerta y Rix descubrió a Wheeler Dunstan.

22

La primera idea de Rix, bastante macabra, fue que el nombre del viejo le venía como anillo al dedo. Dunstan estaba confinado a una silla de ruedas eléctrica*, que manejaba con un mando situado en el brazo izquierdo.

—No se acerque más —ordenó Dunstan con

* Juego de palabras intraducible. Silla de ruedas, en inglés, es *wheelchair*, muy semejante a Wheeler. *(N. de la T.)*

una voz áspera como el papel de lija—. Deje que le mire.

Rix se detuvo. Los brillantes ojos azules del anciano —casi del mismo tono que los de su hija, aunque mucho más glaciales— le examinaron de la cabeza a los pies, mientras Rix hacía lo mismo con él. Tendría poco más de sesenta años, el pelo gris y abundante y la mirada dura de un sargento de instrucción de la Marina. Gastaba una barba recortada y bigote, grises también, que incrementaban su apariencia erizada. Aunque sus piernas parecían muy flacas debajo de los vaqueros que llevaba, la parte superior de su cuerpo era musculosa; sus antebrazos, que asomaban de las mangas arremangadas de una camisa de trabajo descolorida, eran el doble que los de Rix. Su grueso cuello indicaba que había sido un hombre fuerte antes de que le sucediera lo que le condenó a la silla de ruedas, y Rix supuso que aún sería capaz de enderezar una herradura sólo con las manos. Sujetaba entre los dientes una pipa enorme de mazorca, e iba exhalando rápidas y altaneras bocanadas de humo azulado.

—Vengo desarmado, si es eso lo que le preocupa —dijo Rix.

Dunstan sonrió durante una fracción de segundo, pero sus ojos no perdieron la cautela.

—De acuerdo, tienes toda la pinta de un Usher. A ver, rápido, muchacho, ¿cómo se llamaba el jefe de policía que te metió en chirona después de aquella manifestación pacifista?

—Bill Blanchard. Y le llamaban Bulldog.

—Tu madre acude a un médico de cirugía plástica de Nueva York. ¿Su nombre? Deprisa.

—El doctor Mar tin Steiner. Y no ejerce en Nueva York, sino en Los Ángeles. —Rix enarcó las

cejas—. ¿Quiere que le diga quién ganó los mundiales del 48?

—Si lo sabes te saco a patadas del porche. El auténtico Rix Usher no tiene la más remota idea de deportes.

—No sabía que hubiera de pasar un examen oral.

—Ya —replicó Dunstan.

Dio una chupada a la pipa, examinando tranquilamente a Rix. Luego se la sacó de la boca y señaló la puerta con la cabeza.

—Ya puedes pasar.

Era la casa típica de un hombre, toda ella de maderas oscuras y muebles funcionales y baratos de pino. Tenía un ascensor eléctrico especial para sillas de ruedas, que subía al piso superior. En el amplio salón había una chimenea de ladrillo, flanqueada por estanterías llenas de curiosidades como cantos rodados, mazorcas indias secas y nidos de ave, además de un surtido de piñas. Una portada del *Democrat* enmarcada proclamaba el titular: «Entramos en la guerra» en negritas de diez centímetros. También había varias pinturas al óleo de graneros.

—Son míos —anunció Dunstan, advirtiendo el interés de Rix—. Mi estudio está en la parte trasera de la casa. Me gustan el aspecto y la textura de los viejos pajares. Pintar me relaja. Siéntate.

Rix se instaló en una silla que estaba arrimada a la pared. La casa olía intensamente a tabaco de pipa. La estancia estaba iluminada por un par de puertas ventanas que daban a la montaña. A lo lejos, Rix divisó el edificio nuevo del banco y el campanario blanco de la iglesia baptista de Foxton.

Raven se sentó en el sofá, no muy lejos de Rix,

desde donde podía observarles a los dos. El viejo hizo avanzar su silla de ruedas hasta casi tocar las rodillas de Rix; por un momento, éste se sintió atrapado, como un traidor en campo enemigo. Dunstan repiqueteó con los dedos en los brazos de su silla, con la cabeza levemente ladeada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el anciano con una aguda mirada—. Eres el niño de Walen Usher. —Pronunció la palabra «niño» con desprecio.

—Soy su hijo, no su niño. Si me conoce usted tan bien como pretende, debería saberlo.

—Sé que has sido la oveja negra de la familia. Sé que vives en otro estado desde hace siete años. Pareces mayor de lo que esperaba.

—Tengo treinta y tres años —repuso Rix.

—Bueno, el tiempo no pasa en balde —Dunstan apoyó las manos en los muslos—. ¿Por qué has aceptado venir a esta casa?

—Se lo expliqué ayer a su hija. A cambio de información sobre Walen y su sucesor, quiero ver su manuscrito y averiguar de dónde ha sacado todo su material.

—Tengo mi manuscrito bajo llave —dijo Dunstan sin inmutarse—. Y no pienso enseñárselo a nadie.

—Entonces no hay trato.

Rix fue a levantarse, pero el otro le dijo:

—Espera un minuto. Yo no he dicho eso.

—Muy bien. Le escucho.

Dunstan echó un breve vistazo a su hija y luego volvió a mirar a Rix.

—He invertido seis años de trabajo. No estoy dispuesto a enseñárselo a nadie por nada en el mundo. Pero podríamos hacer un trato, señor Usher. Te voy a contar todo lo que digo en mi libro. Y te

enseñaré cómo lo estoy escribiendo. Pero primero tienes que decirnos lo que queremos saber: ¿cuál es la situación de tu padre y quién se hará cargo de la empresa?

Rix se detuvo a reflexionar. Traición, felonía, deslealtad... Se aplicó todas esas definiciones. Pero luego recordó cómo le azotaba Walen, cómo se reía Boone antes de darle el puñetazo, y cómo se mecía el esqueleto en la puerta del hotel De Peyser. «¿Cuándo piensas escribir algo sobre nosotros, Rixy?» En ese instante, Rix comprendió el auténtico propósito de su visita: tenía que lograr el control sobre la obra que estaba escribiendo Wheeler Dunstan. Deseó que el destello de su mirada no le hubiera delatado. Pero primero tenía que poner a ese hombre a prueba.

—No —anunció firmemente—. Así ni hablar. Son capaces de no tener nada que ofrecerme. Me la estoy jugando viniendo aquí. Primero tiene que demostrarme que posee algo que me interesa.

Le tocó el turno de reflexión a su interlocutor, que exhaló una bocanada de humo.

—¿Qué opinas tú? —preguntó a Raven.

—No estoy segura. Tal vez me equivoque, pero... creo que podemos fiarnos de él.

Dunstan profirió un leve gruñido y frunció el ceño.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

Rix recordó de pronto el ángel que tocaba la lira.

—Simms Usher —repuso—. Explíqueme algo sobre él.

Dunstan pareció aliviado, como si esperara una pregunta más delicada.

—Simms era el hermano menor de tu padre, el

segundo hijo de Nora St. Clair Usher. No hay mucho de contar, en realidad... Salvo que era retrasado mental. No muy profundo, pero lo suficiente para que Erick no pudiera hacer nada con él. Erick despreciaba la imperfección. Simms murió a los seis años. Nada más.

¿Eso era todo? Entonces, ¿por qué nunca lo había mencionado Walen? ¿Se avergonzaba de tener un hermano subnormal?

—¿Cómo murió? ¿Tuvo algo que ver con su estado?

—No —repuso Dunstan—. Le mató un animal.

Rix se sintió más interesado.

—¿Un animal? ¿Qué clase de animal?

—Un animal salvaje —dijo secamente el viejo—. No sé de qué clase.

Se le había apagado la pipa; se la sacó de la boca y cogió una caja de cerillas del bolsillo de la camisa.

—Uno de los jardineros encontró los restos de su cuerpo. No era gran cosa. Simms se había alejado del Pabellón a cazar mariposas o algo así. Y un animal le atacó en el bosque.

Encendió la cerilla.

—Cuando se enteraron los lugareños, surgieron multitud de rumores. Unos decían que Erick quería que el niño muriera. Otros, que se trataba de uno de los animales que huyeron del incendio del zoo cuatro años atrás. En cualquier caso, no se le encontró. A los dos meses de la muerte de Simms, Nora huyó de Usherland y nunca más volvió.

—¿Y dejó a Walen con Erick? ¿Adónde fue?

—A San Agustín, en Florida. Se casó con un griego armador de barcos de pesca y se dedicó a educar a niños retrasados en una escuela especial.

Y siguió haciéndolo hasta el día de su muerte, en 1966. Han levantado un monumento en su honor frente a la escuela.

Dunstan observó a Rix a través del velo de humo.

—Eso es todo sobre Simms. Pensaba que me ibas a preguntar cosas que no sabe nadie más que yo.

Si lo que Dunstan le había contado era cierto, era evidente que el hombre estaba muy bien informado. Pero ¿cómo había conseguido esa información?

—He encontrado el diario de Nora en la biblioteca —dijo Rix—. ¿Qué sabe del trato de Erick Usher con las cuadras St. Clair?

—Compró a Nora y cuatro sementales por tres millones de dólares. Ludlow Usher firmó el cheque.

Rix recordó un detalle del diario que podía utilizar para poner a prueba los datos que poseía Dunstan.

—Erick tenía un caballo destinado a competir en el derby de Kentucky. ¿Sabe usted cómo se llamaba?

El hombre sonrió levemente con la pipa en la boca.

—King South. Erick lo lavaba con cerveza y se gastó más de cien mil dólares en una cuadra especial con ventiladores y calefacción. Le dejaba correr suelto por el Pabellón. Supongo que sabrás lo que ocurrió en el derby de 1922...

Rix meneó la cabeza.

—King South llevaba dos cuerpos de delantera en la última curva cuando tropezó y chocó con la barandilla —dijo Dunstan—. Se cayó. Los testigos juraron que oyeron cómo se le rompía la pata. O

tal vez fuera la columna vertebral del jokey. En calquier caso, hubo que sacrificar a King South en la misma pista. Erick y Nora lo vieron todo desde su palco, aunque no existe información sobre cómo reaccionó Erick. Regresaron directamente a Usherland. A las dos de esa madrugada, Erick se volvió loco y prendió fuego al zoológico. Corre el rumor de que Erick mandó disecar el cuerpo de King South y lo colocó en su dormitorio. Al parecer, un visitante de Washington lo encontró completamente desnudo, montado en el caballo disecado y pegándole con la fusta como si estuviera corriendo el derby. ¿Es cierto eso?

—No lo sé. No he estado nunca en el dormitorio de Erick.

—Muy bien.

Dunstan exhaló otra bocanada de humo y se quitó la pipa de la boca. Después se inclinó levemente hacia Rix, con mirada inquebrantable.

—Ahora hablemos de Walen. ¿Qué le pasa?

La hora de la verdad, pensó Rix. Un extraño sentimiento de lealtad familiar le embargó. Pero ¿a quién iba a perjudicar? Ese hombre tenía una cosa que él deseaba desesperadamente, no sólo deseaba, necesitaba desesperadamente.

—Walen se está muriendo —dijo Rix—. Le atiende un doctor de Boston llamado John Francis, pero dice que no hay muchas esperanzas. Cree que puede morirse en cualquier momento.

—Eso ya se lo imaginaba Raven —replicó Dunstan—. Francis es un especialista en degeneración celular. Y no hay forma de detener la enfermedad, ¿verdad? Walen Usher debe de estar encerrado en la habitación insonorizada.

Una chispa de placer recorrió su mirada.

—Es sorprendente que haya durado tanto. Está demostrando que es un viejo bastardo duro de roer. Y ahora dinos otra cosa: ¿quién se hará cargo de la empresa y de la finca?

Rix se calló, con el nombre en los labios. Estaba traicionando los secretos de su familia para ganarse la confianza de Wheeler Dunstan. Se dijo que si no lo hacía, no tendría la menor oportunidad de echar un vistazo a su manuscrito.

—Kattrina —les dijo—. Mi hermana lo heredará todo.

Wheeler Dunstan guardó silencio y luego emitió un largo silbido.

—La madre que me... Siempre pensé que sería Boone. Después, al averiguar tu venida, creí que serías tú.

—Yo no. Detesto ese negocio.

—Eso he oído, pero diez mil millones de dólares pueden convertir el odio en amor. Eso es lo que vale Usher Armaments, ¿verdad? Así que Kattrina, ¿eh? ¿Estás seguro?

—Totalmente seguro. Papá ha hablado mucho con ella, a solas. A ella le gusta la responsabilidad y tiene un montón de éxitos a sus espaldas.

—El negocio de las armas es muy distinto del de la moda. Por supuesto, estará rodeada por un ejército de consejeros y expertos de altos vuelos. Lo único que tiene que hacer es plasmar su firma en los contratos del Pentágono. Aunque... no estarás intentando engañarme, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué iba a mentirnos? —intervino Raven—. No le interesa.

—Tal vez —dijo Dunstan prudentemente—. Aunque no creo que Boone se achante y se haga el

muerto. Juega a ser el heredero de Walen en todos los tugurios de Asheville. Luchará contra Kattrina por el poder.

—Pero perderá. Cuando Walen transfiera todos los poderes a Katt, la herencia estará sellada.

Dunstan seguía sólo convencido a medias.

—Kattrina tiene reputación de drogadicta. Ha tomado de todo, desde LSD hasta caballo. ¿Cómo va a ceder Walen su patrimonio a una toxicómana?

—Ya no lo es —dijo Rix, con una punzada de rabia en el estómago. Le asqueaba hablar de Katt con un extraño—. De todos modos, eso es asunto que a usted no le va ni le viene.

Dunstan miró a Raven con expresión de triunfo por haber logrado hacerle perder los estribos.

—Bueno, usted ya tiene lo que quería. Ahora quiero mi parte —dijo Rix—. ¿Cómo está realizando su investigación?

—Te lo enseñaré.

La silla de ruedas retrocedió unos centímetros, y Rix se levantó de su asiento.

—Mi estudio está en el sótano. Te voy a dar hasta el título: *El tiempo contará la historia*. Es la primera frase. Vamos.

Guió a Rix, seguido por Raven, por un pequeño pasillo hasta una puerta que daba a una suave rampa de hormigón. Bajaron por ella hasta un sótano como cualquier otro, lleno de cachivaches, ropa vieja y muebles rotos. Dunstan siguió hasta una puerta del fondo y se sacó un llavero, con una máquina de escribir en miniatura, del bolsillo de la camisa. Dio la vuelta a la llave y abrió la puerta.

—Pasa, pasa a echar un vistazo.

Volvió a guardarse el llavero en el bolsillo y encendió la luz.

El estudio de Dunstan era una habitación sin ventanas forrada de madera de pino, con el suelo de cemento y el techo de baldosas. Unas estanterías metálicas que cubrían prácticamente todas las paredes sostenían gruesos volúmenes encuadernados en piel. Libros, periódicos y revistas se amontonaban en torno a su mesa de trabajo; encima de ésta, entre un revoltijo de libros y papeles que cubrían un viejo secante, había un teléfono, una lámpara de lectura con la pantalla verde y un procesador de textos con una impresora.

—En esos estantes duermen ciento treinta años del *Foxton Democrat* —explicó Dunstan—. Cada ejemplar menciona a los Usher por lo menos en una ocasión. He entrevistado a unos sesenta antiguos trabajadores de los Usher, entre criados, jardineros, carpinteros y pintores. Por supuesto, Raven es mis manos y mis pies.

—¿Está escribiendo el libro con un procesador de textos?

—Exacto. Lo empecé con mi máquina convencional, pero me lo compré hace dos años. También lo utilizo para la investigación. En las ciudades grandes, las bibliotecas están conectadas con un ordenador central que me permite llegar a las genealogías, colecciones de documentos excepcionales y los archivos eclesiásticos. Cuando necesito alguna copia, mis amigos de la biblioteca de Asheville me la consiguen.

Rix miró una pila de revistas que había junto a la mesa: ejemplares atrasados de *Time*, *Newsweek*, *Forbes*, *Business Week* y muchos más; Rix supuso que contenían datos, rumores o invenciones sobre los Usher. Encima de la mesa había varios cuadernos muy manoseados y algunas hojas amarillentas cubiertas por una esmerada caligrafía femenina.

Cartas, se dijo Rix. Fingió curiosear el procesador de textos, pero sus ojos se posaron en las cartas. Leyó las palabras «Querido Erick» en una de las hojas.

—Aquí está todo —dijo Dunstan de pronto.

Su voz denotó un instante de tensión, al darse cuenta de lo que Rix había visto.

Rix oyó el zumbido del motor de la silla de ruedas cuando Dunstan se acercó a él; pero ya había cogido la carta y la olió. Le resultó familiar el aroma a lavanda. Era de la mujer que adoraba las técnicas de sadismo de Erick.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó Rix, volviéndose hacia Wheeler Dunstan.

—De un antiguo criado que se guardó algunos documentos de Erick. Ahora vive en Georgia.

Dunstan tendió la mano para cogérsela, pero Rix no se lo permitió.

—Es mentira. Todos los recuerdos familiares, los documentos y las cartas se guardan en el sótano del Pabellón, y desde hace años. Ningún criado se habría atrevido a coger nada perteneciente a la familia.

Se calló al descubrir la verdad en la expresión inflexible y altiva de Dunstan.

—Lo ha sacado de Usherland, ¿verdad?

Dunstan levantó un poco la barbilla.

—Te he enseñado lo que querías ver. Ahora ya te puedes ir.

—No. Esta carta..., todas esas cartas. Proceden de Usherland. Quiero saber cómo las ha sacado de la propiedad.

Dunstan le miraba desafiante, y Rix tuvo un destello de lucidez.

—Tiene un espía dentro, ¿eh? Que recoge las cartas y todo lo que pilla... ¿Quién es?

—En realidad no quieres saberlo —repuso Dunstan—. De veras. Ahora, vete... Se acabó lo que se daba.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Llamar al sheriff para que me eche?

—Rix —dijo Raven—, por favor...

—¡Sabía que era una locura dejarle entrar en casa! —chilló Dunstan a su hija—. ¡No le necesitábamos! ¡Mierda!

—Va usted a decirme quién es —exigió Rix.

Dunstan tensó sus rasgos. Echaba chispas por los ojos.

—¡No te atrevas a utilizar ese tono conmigo, muchacho! —gritó—. No estás en Usherland, estás en mi casa. No te creas que me vas a hacer bailar con sólo chasquear los dedos, gili...

—Papá —le interrumpió Raven, poniéndole las manos sobre los hombros—. Tranquilízate, papá, vamos...

—No puedes darme órdenes —dijo Dunstan a Rix, aunque su voz había perdido un poco de agresividad—. ¿Me has oído?

—Su nombre —insistió Rix, como si no hubiera pasado nada— Quiero saberlo.

—Sé todo sobre tu infancia, muchacho. Sé cosas sobre ti que tú preferirías olvidar. Sé cómo te pegaba Boone y cómo te zurraba Walen con el cinturón hasta desollarte. —Sus ojos eran dos líneas furiosas—. Sé que odias a Walen Usher tanto como le odio yo, muchacho. En realidad no deseas saber ese nombre. Vete. Y llévate las cartas, si las quieres.

—Su nombre —repitió Rix.

Cuando lo oyó, a Rix se le aflojaron las piernas.

23

Cuando Rix salía del garaje y se dirigía a la casa de los Bodane, las sombras del atardecer se cernían ya sobre Usherland. Rix llamó con firmeza a la puerta y esperó a que le abrieran.

Edwin asomó con aspecto fresco y atildado, a pesar de llevar a cuestas toda una jornada de trabajo. No llevaba la gorra ni la chaquetilla del uniforme, sino una camisa azul de rayas y los pantalones oscuros impecablemente planchados. Se había desabrochado el botón del cuello de la camisa y enseñaba un mechón de vello blanco del pecho.

—¡Rix! —exclamó—. ¿Dónde has estado toda la tarde? Te he estado buscando...

—¿Está Cass en casa? —le interrumpió Rix.

—No, está en la mansión, haciendo la cena. ¿Pasa algo?

Rix entró en la casa.

—¿Y Logan? ¿Está aquí?

Edwin meneó la cabeza.

—Hoy se ha pasado todo el día en las cuadras. Tardará un cuarto de hora, más o menos. ¿Qué ocurre?

Cerró la puerta y esperó a que Rix se explicara.

Éste cruzó el cuarto de estar para calentarse las manos en la lumbre que ardía en la chimenea. Junto a la mecedora favorita de Edwin había un ejemplar del diario vespertino de Asheville. Al otro lado, una taza de té humeante sobre una mesita de roble, junto a un bloc y un lápiz. Edwin estaba haciendo el crucigrama.

—Esta noche va a refrescar —dijo Rix, cuya voz

sonó grave y profunda en la estancia—. Está empezando a soplar el viento.

—Sí, ya lo he advertido. ¿Quieres tomar algo? Hay un poco de té de jazmín, si te...

—No, no quiero nada, gracias.

Edwin se acercó a la mesa, cogió la taza y bebió un sorbo de té. Tenía una expresión alerta y vigilante por encima del borde de la taza.

—Sé lo de Wheeler Dunstan —dijo Rix al fin—. ¡Maldita sea, Edwin! —Echaba chispas por los ojos—. ¿Por qué no me dijiste que le estabas ayudando en la investigación para su libro?

—Oh —dijo el otro en un susurro—. Comprendo.

—Pues yo no. Dunstan me ha dicho que le has estado prestando documentos de la biblioteca del Pabellón desde el mes de agosto. ¡Y yo aquí, contándole a Cass que quería escribir la historia de la familia, mientras ella me hablaba de votos de lealtad!

—Lealtad... —dijo Edwin—. Qué mal suena, ¿verdad? Como el chasquido de la cerradura de una celda. Cass no lo sabe, Rix. Y no quiero que se entere nunca.

—¿Y qué era toda esa palabrería sobre la tradición, sobre los vínculos con el pasado y todo eso? ¡No entiendo por qué estás ayudando a Dunstan!

De repente, Edwin pareció muy viejo y muy cansado, y al verlo bajo la luz dorada, a Rix casi se le parte el corazón. Edwin dio un suspiro muy hondo y se sentó.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el principio.

—Eso se dice muy pronto. —Edwin sonrió con amargura. Tenía profundas arrugas en los ojos. Miró el fuego, con la mirada perdida—. Estoy har-

to —dijo—. Harto y asqueado de ciertas cosas... De cosas malas, Rix. De heridas, secretos y esqueletos encadenados. Oh, ya sé lo que pasaba cuando era niño. Entonces no me preocupaba. Lo consideraba emocionante. Bueno, como le pasa a Logan. Yo era tan arrogante, tan... estúpido, de veras. Tuve que aprender solo y ¡Dios mío, lo que aprendí!

—¿Qué clase de cosas malas? ¿Qué quieres decir?

—Cosas de espíritus. De oscuridad moral. Blasfemias y corrupción —cerró los ojos—. Tal vez el cuento de Poe fuera una invención, Rix, pero daba en el clavo. Los Usher lo tienen todo. Todo. Pero su alma está muerta. Hace mucho tiempo que lo sé, y no creo que pueda soportarlo mucho más tiempo.

Se le quebró la voz. Hizo una pausa para recobrar fuerzas antes de seguir.

—Sigo sin entenderlo.

Edwin abrió los ojos. Los tenía encarnados como unas brasas encendidas.

—Cuando muera tu padre, el imperio Usher se hará pedazos. Walen no tardará en morir. Es cuestión de días. O de horas. Quiere legar la finca y la empresa a Kattrina. Estoy seguro de que ya lo sabes. Boone espera heredarlos él. Llevará a Kattrina a los tribunales. Será un caso largo y complejo. Boone no tiene nada que hacer, por supuesto, pero lo intentará todo para desacreditar a Kattrina. Está loco por el dinero, Rix. Pierde más de veinticinco mil dólares todas las noches al póquer. Hace apuestas elevadísimas por un simple partido de fútbol. Y le importa un bledo, porque sabe que siempre puede conseguir más. El señor Usher le paga una asignación anual de trescientos mil dóla-

res, y cada vez que Boone quiere un adelanto, firma un vale. Pero Boone lo pierde todo. En resumen, va a atacar a tu hermana por su problema con las drogas. Acudirá a todos los picapleitos del país para intentar hundirla.

Cuando volvió a coger la taza, le temblaba la mano.

—Kattrina no soportará esas presiones, Rix. Cree que puede, pero se equivoca. Yo lo sé. La he visto crecer. Cuando Boone acabe con ella, Kattrina estará a punto de ingresar en una institución, o en la tumba...

—¿Insinúas que papá debería cambiar de opinión y legar sus bienes a Boone?

—¡No, por Dios! Boone acabaría con la empresa. No se le debería dar la menor oportunidad. Y desde luego Puddin' no es ninguna ayuda. Es una complicación más en toda esta maraña de intereses.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con el libro de Wheeler Dunstan? —preguntó Rix.

—Te estoy explicando mis esquemas mentales. Ten paciencia, por favor. En cualquier caso, Usher Armaments está al borde de la bancarrota. Sin una mano férrea en las riendas, las demás industrias bélicas la devorarán. Ya se están afilando las uñas. La familia no se sumirá en la pobreza, pero sin la empresa terminará su poder.

—Pues eso sería lo mejor que podría ocurrirnos.

—Tal vez —coincidió Edwin—. Pero si se hunde Usher Armaments, correrá igual suerte la paz mundial.

—¿Qué dices? No es posible que creas tal cosa.

—Claro que sí. A pies juntillas. El apellido

Usher es sinónimo de poder y confianza. En sí mismo es un poder disuasorio para los países enemigos. Si la producción de sistemas armamentísticos que utilizan la tecnología Usher es interrumpida y los sistemas antiguos están desfasados, que es lo que ocurrirá, el mundo puede verse abocado al desastre. Yo no soy un experto en temas bélicos, y aborrezco la guerra tanto como cualquiera, pero la cuestión sigue en pie: ¿vamos a atrevernos a dejar de producir misiles y bombas? Yo antes tenía fe en la humanidad, Rix. Cuando era mucho más joven e inconsciente... Debo de parecerte un imbécil...

—El libro —le recordó Rix—. ¿Por qué estás ayudando a Dunstan?

—Porque estoy harto de fingir que no tengo ojos ni oídos, ni boca para hablar. Estoy harto de ser un accesorio, un perchero o un mueble. ¡Soy un ser humano! —anunció con dignidad, aunque tenía los ojos velados—. He visto muchas cosas a lo largo de mi vida, Rix. Contra muchas de ellas no podía hacer nada, aunque se me revolvía el estómago y se me helaba la sangre. —Se inclinó hacia delante en la mecedora—. Si quieres te diré lo que le ocurrió a mi lealtad. Bueno, si de veras quieres saberlo.

—Adelante.

—Muy bien —Entrelazó las manos sobre el regazo, perdido en sus pensamientos—. Has visto a Wheeler Dunstan. Está impedido. Su hija, una mujer encantadora, tiene una cicatriz en la ceja y cojea. Yo sé cómo ocurrió.

—Te escucho.

—Quiero que te enteres, quiero que comprendas qué le sucedió a mi lealtad. En noviembre del 64, Wheeler Dunstan, su mujer y su hija tuvieron un accidente de automóvil en la carretera In-

terestatal, al sur de Asheville. Iban a visitar a la familia de la esposa el día de Acción de Gracias, lo recuerdo muy bien. En cualquier caso, el accidente fue... muy grave. Un camión se salió de su carril a causa del hielo y se les echó encima. Dunstan se fracturó la columna vertebral, la niña se rompió un brazo y una pierna y la esposa sufrió diversas heridas internas y fracturas. Pero la peor parte es que el coche se embutió debajo del camión. Se quedó bloqueado y la policía no podía sacarlo. Por lo visto, la esposa de Dunstan padecía una terrible agonía. La niña estaba aplastada contra ella y tuvo que oír el llanto y los gritos de su madre durante horas, hasta que consiguieron liberarlas. La señora Dunstan sobrevivió unos días en el hospital hasta que murió. Él permaneció varios meses ingresado hasta que pudo usar la silla de ruedas. Supongo que Raven fue la que salió mejor parada, aunque sólo Dios sabe lo que soñará en sus pesadillas.

Edwin miró a Rix.

—El camión que los embistió era de Usher Armaments. El conductor, un joven, iba tan atiborrado de pastillas que ni siquiera se daba cuenta de sus condiciones. Wheeler Dunstan inició un proceso contra tu padre. Walen le propuso zanjarlo fuera de los tribunales, pero la suma que le ofreció era insultante. Los Dunstan y los Usher nunca se han tenido mucho cariño. Al final, el caso no llegó a los tribunales. Al parecer, la policía encontró una botella de bourbon en el coche de Dunstan. Apareció una enfermera que juró que le olía el aliento a alcohol en la sala de urgencias. También aparecieron unos exámenes de sangre: Wheeler Dunstan estaba ebrio en el momento del accidente.

—¿Pero fue un apaño?

—Sí. No sé cómo ni cuándo. Se pagó con el dinero de tu padre, Rix. Fue decisiva la revelación de que Wheeler Dunstan era alcohólico. Era un secreto muy bien guardado, pero tu padre lo averiguó, vete tú a saber cómo... Los anunciantes de Dunstan fueron desertando. Al final aceptó su oferta y retiró la demanda. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Y mi padre lo saldó todo por una miseria?

—Con una multa de varios miles de dólares y la retirada del permiso de conducir del chófer.

Edwin contempló las llamas, con los hombros encogidos y las piernas estiradas.

—Hasta ese día, yo mantuve los ojos cerrados. Cuando me di cuenta de lo que había hecho tu padre, hasta dónde había llegado para eludir el juicio, algo me empezó a roer las entrañas. Sabía que Dunstan estaba trabajando en la historia de los Usher varios años antes de empezar a ayudarle. Hicimos un pacto: yo le daba los documentos que necesitaba, pero sin romper mi voto de silencio. Yo no digo lo que sé sobre los Usher. No hablo de los negocios de Walen. Yo suministro el material, se lo dejo y luego vuelvo a recogerlo. Cuando Dunstan termine su obra, Walen habrá muerto y Cass y yo estaremos en Florida.

—Edwin —dijo Rix—, he ido a visitar a Wheeler Dunstan para ver su manuscrito. No quería enseñármelo, pero le he pasado información para averiguar cómo llevaba a cabo su investigación. Le he comentado la situación de mi padre y que Katt se haría cargo de la empresa. Pero tenía otra razón para ir allí. Pienso escribir yo esa historia, Edwin. No un extraño. Me da igual lo que les haya pasado a los Dunstan.

Rix notó el tono de desesperación de su propia voz; se sintió avergonzado, pero prosiguió:

—Es indispensable que escriba ese libro. Tengo que hacerlo. Te pedí la llave de la biblioteca para revisar esos documentos. He de conseguir como sea que Dunstan confíe en mí lo suficiente para dejarme entrar en el proyecto. Por lo menos, que salga mi nombre como coautor.

Edwin dio un profundo suspiro y meneó su cabeza coronada de canas.

—Dios mío —murmuró—, ¿cómo hemos llegado tú y yo hasta aquí? ¿Es que nos consumen la repugnancia y el aborrecimiento?

Rix acercó una silla a la mecedora de Edwin y le cogió el brazo.

—No puedo desperdiciar esta oportunidad. Hace años que tengo en mente la idea de escribir un libro sobre mi familia. Habla con Dunstan. Hazlo por mí. Dile que puedo ayudarle a terminar el libro. Deja que le lleve yo el material que necesita. Pero hazle entender la importancia que esto tiene para mí. ¿Lo harás?

Edwin no contestó. Miró al fuego, y el resplandor anaranjado le pintó la cara de luces y sombras.

—Por favor... —rogó Rix.

Edwin puso una mano encima de la suya.

—Hablaré con él. Mañana por la mañana. No sé cómo se lo tomará, teniendo en cuenta lo que siente por los Usher. Pero hablaré con él.

—Gracias. Necesito escribir un libro como ése, Edwin.

—¿Tan importante es para ti?

—Sí —repuso Rix sin vacilar—, por supuesto.

Edwin sonrió, pero su mirada era triste y sombría.

—Te quiero mucho, Rix. Hagas lo que hagas, siempre te querré mucho. Trajiste la luz a esta casa cuando eras un niño. Recuerdo... que teníamos nuestros pequeños secretos. Cosas que me contabas y no querías que supiera nadie. —Su sonrisa se hizo melancólica—. Supongo que no está mal que compartamos este último secreto, ¿no es cierto?

Rix se levantó y abrazó a Edwin. El viejo parecía un manojo de huesos y nervios.

Edwin alzó un brazo para darle una palmada a la espalda y se quedaron así, abrazados, enmarcados por la chimenea, sin decir palabra.

24

El viento aullaba sobre Briartop Mountain, y New Tharpe se incorporó en su cama, con gotas frías de sudor en la cara.

Había vuelto a soñar con el Pabellón: el imponente caserón, majestuoso, iluminado, con las siluetas que cruzaban lentamente por detrás de las ventanas iluminadas, como en una sala de baile espectral... pero esta vez había una diferencia. Mientras él se hallaba junto a la orilla del lago, contemplando la casa, de repente se habían abierto las puertas de un balcón del piso superior y alguien había salido. La figura le había indicado que se acercara por el puente, y luego New oyó una voz familiar que le llamaba por su nombre desde lejos.

Era la voz de su padre, que le llamaba desde aquel palacio resplandeciente. Su padre estaba en

el balcón, le apremiaba a que cruzara el puente y entrara enseguida en el Pabellón, porque la fiesta era en su honor.

«Ven —le decía su padre—. Estamos todos aquí, esperando a que vuelvas a casa.»

New se había resistido, aunque la atracción que el Pabellón ejercía sobre él tenía una fuerza irresistible. Durante el sueño se le había puesto la piel de gallina, de miedo y de excitación. Su padre, una clara figura en el balcón, le hacía gestos con la mano, llamándolo:

«¡Corre, New! Ven a casa conmigo.»

Al otro lado del puente, la puerta principal del Pabellón se había abierto, dejando escapar un gran rayo de luz dorada. En el umbral le esperaba otra figura, tendiéndole los brazos para recibirle. New no supo distinguir quién era, pero le pareció que llevaba un abrigo oscuro que se agitaba al viento.

Sabía que el Pabellón le reclamaba. La figura de la puerta le estaba esperando. Si New cruzaba el puente y penetraba en el Pabellón, conseguiría todo lo que deseara. Nunca más tendría que acostarse en su duro jergón, en una habitación helada; tendría buena ropa, buena comida y una alfombra en el suelo de su dormitorio, libros para leer y tiempo para vagabundear por el verde bosque de Usherland; y sabría lo que significaba vivir en el Pabellón como en su propia casa. Se quedó a la entrada del puente, ponderando su decisión. Deseaba cruzar; quería echar a andar.

Pero entonces el viento se puso a aullar y despertó a New; luego, en su duermevela, mientras el viento gemía y se colaba en la cabaña a través de las grietas del tejado y de las paredes, se imaginó que oía un leve susurro seductor:

«Ven a tu casa....»

Se tumbó en la cama, tapándose con las sábanas hasta la barbilla y mirando el techo: Joe Clayton y su mujer les habían visitado esa tarde, para ver qué tal estaba New. Birdie había correteado tras ellos, ladrando muy enojado desde la parte exterior de la ventana. El señor Clayton dijo a New y a su madre que esa mañana había sucedido una cosa horrorosa, cuando salió a dar de comer a Birdie: sorprendió al perro a unos treinta metros de su casa, mirando al bosque. Birdie hacía una muestra impecable, con el rabo tieso y la cabeza gacha. El perro no respondió cuando él le llamó. Le tiró una piña, que le dio en un costado, y Birdie tampoco se movió. Al final, el señor Clayton se acercó al animal y le pasó la mano por las ancas; entonces el perro empezó a dar vueltas enloquecido, intentando morderse la cola y aullando. Birdie se pasó diez minutos revolcándose, y después tenía tanta hambre que casi se come el perol de la comida. El señor Clayton le dijo a New que el perro estaba loco, viejo, y que no valía una perra gorda, pero había hecho una muestra increíble...

Durante los intervalos de paz entre las rachas de viento, New oyó los débiles ladridos de Birdie. El viento le había excitado, pensó New. Lograba poner nerviosos hasta a los perros.

Cerró los ojos para conciliar el sueño.

Entonces oyó que crujía el tejado sobre su cabeza.

Volvió a abrir los ojos al instante.

Miró al techo.

Las vigas gemían levemente.

Después el tejado crujió en otro sitio, cerca de un rincón de su cuarto.

New encendió una cerilla de la caja que tenía en la mesilla de noche, junto a la cama, sacó la mecha de la lámpara y la encendió. La luz se difundió poco a poco, y New sacó las piernas de debajo de las mantas.

Por encima de su cabeza, el tejado gemía como los ronquidos de un viejo. New alzó la lámpara lo más arriba que pudo.

Con el corazón en un puño, advirtió que las tablas de pino se combaban hacia dentro. Oyó un rasguido largo y prolongado, como una garra que probara la solidez del tejado. El ser que andaba por el tejado volvió a moverse; New siguió su avance por las tablas. Después sonó un crujido más fuerte y un clavo cayó tintineando al suelo, junto a los pies de New.

El animal se quedó inmóvil, como escuchando.

New se quedó helado, observando la comba del techo bajo el peso de la bestia. Era la misma criatura nocturna que se había paseado por el tejado cuando murió su padre; fuera lo que fuera, New calculó que debía de pesar más de ciento cincuenta kilos. Siguió andando por el tejado, señalando sus pasos con los crujidos de las tablas. El tejado era endeble; New temió que su peso lo perforara.

Una tabla se soltó con un fuerte chirrido. El animal se detuvo otra vez. En el silencio posterior a una ráfaga de viento, New oyó un leve gruñido.

Era el mismo sonido espeluznante que había oído cuando estaba atrapado en el agujero.

Faucevoraz, se dijo New. La pantera negra que acompañaba al Hombre de la Calabaza, a escasos metros de New, sobre unas tablas gastadas por la intemperie.

«Vete de aquí», le ordenó New con el pensamiento. «¡Márchate!»

El animal no se movió. New sintió que se le erizaba el pelo. El olor acre del predador se coló en su cuarto. New comprendió que el felino le había olido, o que había visto alguna luz colándose por las rendijas del tejado. Una garra arañó la madera; el animal husmeaba y captaba su olor.

New se puso precipitadamente los vaqueros y un suéter grueso azul marino. Agarró la lámpara y se dirigió al cuarto de estar; cogió la escopeta de su padre que estaba junto a la puerta. Abrió el arma para comprobar si tenía los dos cartuchos en la recámara y la cerró con un chasquido. El tejado volvió a crujir sobre su cabeza. El animal le seguía.

New fue a la cocina, y encontró la linterna en su estante. Armado con la escopeta y la linterna, New estaba a punto de salir de la casa cuando la voz de su madre le detuvo.

—¡Hay algo en el tejado! —le susurró—. ¡Escucha!

Myra entró en el círculo iluminado de la lámpara que New había dejado en la mesa, muy pálida y con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba una vieja bata de franela; el miedo brillaba en sus ojos como brasas.

—¿Qué es, New? ¿Qué hay ahí arriba?

—No lo sé —repuso él.

No estaba seguro de que fuera Faucevoraz; podía ser otro animal procedente del bosque.

—Voy a averiguarlo.

Myra vio la escopeta y la linterna.

—¡No! ¡No pienso permitírtelo! —exclamó.

El tejado volvió a crujir; las tablas gemían y sonaban cuando el animal se movía por encima de sus

cabezas. Caminaba de un lado para otro. El techo se combaba intensamente donde el animal se detenía; se desprendió otro clavo, que cayó al suelo.

—Papá habría salido —dijo New.

—¡Tú no eres tu padre! —Myra agarró a New por el brazo—. Ya se irá. No quiere nada... ¡Dejémosle en paz!

De repente se soltaron más clavos, que sonaron como una pequeña traca, y Myra lanzó un grito. New encendió la linterna e iluminó el techo. El animal se había dirigido a una zona especialmente frágil del tejado y se habían desclavado varias tablas. La luz se coló por un agujero del tamaño de un puño.

New dejó de oír al animal. O se había bajado del tejado o estaba completamente inmóvil. El viento se coló por el agujero e inundó la habitación de un regusto a invierno. New se desasió suavemente de su madre.

—Papá habría salido —repitió.

Ella comprendió que no tenía nada más que decir.

New salió al porche con la linterna encendida. El frío le hizo ponerse a temblar. El viento rugía a su alrededor, levantando hojas muertas, que le azotaron las mejillas. Mientras Myra se quedaba en el umbral, New se bajó del porche e iluminó el tejado con la linterna.

No había nada allá arriba. New paseó el haz de la linterna de un lado a otro, con la escopeta debajo del brazo derecho, y el dedo apoyado en el gatillo. Oía los aullidos de Birdie, y su lúgubre sonido le puso la piel de gallina.

New se dirigió a uno de los lados de la cabaña. La luz no reveló nada. Cuando iba a volverse, algo

le agarró por el cogote. Sintió cómo si le clavaban unas uñas y casi se le dispara la escopeta. Pero se llevó la mano a la nuca y cogió una ramita, que aún conservaba algunas hojas muertas, y que se le había caído encima. La tiró al suelo, enfadado.

—¡New! —le llamó su madre—. ¡Vuelve a casa!

Él alumbró la copa de los árboles. Casi todas las ramas aún conservaban las hojas, que interceptaron la luz de la linterna. Las copas de los árboles se mecían con el viento implacable.

New continuó hasta donde le esperaba su madre. Pasó junto a la vieja lavadora y se detuvo junto a la furgoneta, volviendo a iluminar el tejado.

—¿Has visto algo? —preguntó Myra con voz débil y nerviosa.

—No, nada. Fuera lo que fuera, ya se habrá ido.

—¡Bueno, pues ven enseguida!

New dio un paso y se le heló la sangre.

Olió a Faucevoraz, muy cerca... el aroma acre de un felino de caza.

New se detuvo y enfocó el haz de luz hacia los árboles. El viento rugió, derribándole casi. Las ramas se plegaron y se balancearon. Cayeron unas hojas muertas. La tenía cerca, muy cerca...

Y entonces oyó gritar a su madre:

—¡New!

Dio rápidamente media vuelta, hacia la furgoneta.

Una forma brillante se movió por debajo de la furgoneta; fue tan rápido que no le dio tiempo de apuntar con la escopeta. Disparó a ciegas mientras daba un salto hacia atrás, y la puerta derecha de la furgoneta se abolló como golpeada por un puño inmenso. Pero entonces el monstruo —una forma oscura y vigorosa, que se movió como un rayo

aterciopelado— salió disparado de su escondrijo, y al levantarse sobre los cuartos traseros, superando a New más de un metro, se colocó durante un segundo en la zona iluminada.

El animal era una pantera negra de pesadilla. Su cabeza maciza estaba deformada, muy alargada. Llevaba las orejas puntiagudas bajadas hacia atrás, y el pecho surcado de músculos. Los ojos de la bestia eran incandescentes, de un color verde dorado hipnotizante, sus pupilas una fina raya vertical por la luz. Mientras New se tambaleaba hacia atrás, impresionado, vio que el animal sacaba las uñas; tendrían unos siete centímetros de largo, curvadas en un garfio atroz. Abrió las fauces, enseñando sus colmillos amarillentos y profiriendo un grito agudo que terminó en un rugido horripilante. Su cuerpo estaba cubierto de pelo corto, negro como el azabache, aunque la piel de su vientre era correosa y de color gris.

El monstruo tomó impulso sobre las patas traseras y dio un brinco como una exhalación.

New tenía la escopeta preparada. El segundo cartucho salió disparado, pero la pantera se apartó súbitamente hacia un lado, esquivando los perdigones. Aterrizó sobre las cuatro patas, se revolvió para atacar a New por la espalda y se abalanzó sobre él.

New no tenía tiempo para protegerse. Ciento cincuenta kilos de furia animal estaban a punto de aplastarle.

En pleno pánico, una visión estalló con diáfana claridad en su mente: la pantera se lanzaba contra un muro de piedra que se interponía entre los dos. El muro era una construcción imaginaria de líneas azules y ángulos agudos que flotaba en el

aire; pero New veía los ojos de la pantera a través de él.

«¡El muro está ahí!», gritó para su adentros.

Un gruñido gutural de dolor salió de la garganta de la bestia y su salto se interrumpió en pleno vuelo. Varias de las piedras azules imaginarias se desmoronaron, y Faucevoraz retrocedió a trompicones. Chocó contra el costado de la furgoneta y empezó a girar enloquecida, lanzando mordiscos al aire. New captó un atisbo de su rabo, que se agitaba salvajemente de un lado a otro, y oyó el zumbido amenazador de una serpiente cascabel.

El muro azulado se desvanecía rápidamente. Se le abrían agujeros como si fuera de humo. Myra, en el porche, pedía socorro a gritos. Faucevoraz meneó violentamente la cabeza, parpadeando confundida, y volvió a saltar hacia el muchacho.

Esta vez New visualizó trozos de cristal clavados en el muro, de un metro de grosor. Sentía los crujidos y los zumbidos de su cerebro, como una máquina en funcionamiento. El muro se reforzó, palpitando de poder.

Faucevoraz se dio de cabeza. Durante un instante temible, el muro se estremeció y New temió que la bestia lograra atravesarlo. Notó el golpe como si le hubieran pegado en la frente.

La bestia aulló y se cayó de costado. Cuando se puso en pie, tenía los ojos velados y extraviados, y la cabeza gacha. Se encararon a través del muro que se desvanecía. New tenía el corazón desbocado, pero no perdió terreno; la pantera levantó el hocico para husmear el aire y New vio su larga lengua negra y bífida que asomaba velozmente de su boca.

El muro era más fino que la seda. New sentía punzadas de dolor en el cráneo. Centraba toda la atención

en el animal; oyó los gritos frenéticos de su madre como desde un pozo muy profundo y distante.

Faucevoraz levantó una pata delantera, dando un zarpazo al aire. La bestia empezó a caminar de delante atrás, como atacando y retrocediendo. Tenía la mirada clavada en New, y él sentía la rabia hacer mella en su alma. Los ojos de la pantera relucían como las brasas.

El muro había desaparecido casi por completo, como desmenuzándose.

«¡Levántalo otra vez! —se dijo New—. ¡El muro está ahí, fuerte y grueso!»

Una vez más, el muro fue cobrando forma definida, piedra a piedra. Le dolía la cabeza y sentía la mirada de la pantera fija en él; estaba intentando hipnotizarle. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, New sintió que un poder frío y terrible amenazaba su resolución. Un oscuro remolino de vértigo empezó a girar en torno a él.

Faucevoraz estaba inmóvil. Sacó y metió la lengua con gran celeridad.

El muro que los separaba se estremeció y empezó a desmoronarse. ¡No! exigió New mentalmente, intentando volver a visualizarlo como antes. ¡Levántalo, rápido, y bien fuerte! Pero se estaba desvaneciendo, y el dolor de cabeza de New era insoportable.

La pantera esperaba, lista para saltar.

—Hombrecito...

Su voz suave y burlona se enroscó al cuello de New como un látigo de terciopelo.

—Hombrecito de la casa...

Procedía de todas partes y de ninguna, tan fría que le dolían los huesos. El muro se cuajó de agujeros y se difuminó como una telaraña.

—¿Qué vas a hacer, hombrecito de la casa?

La pantera dio un brinco, con las fauces abiertas. Atravesó la pared de humo con las garras tendidas hacia New, que se quedó helado en el sitio.

A menos de un metro de la cabeza de New, Faucevoraz recibió un golpe en el aire y pasó por encima del muchacho, dando una voltereta. New sintió una gélida oleada de poder que le derribó al suelo mientras las zarpas de la pantera se aferraban al vacío por encima de su cabeza.

Faucevoraz cayó a dos metros de New, contra el tronco de un roble, chocando con un crujido de huesos rotos. El animal gruñó de sorpresa agónica, y cuando cayó al suelo saltó a unos matorrales.

New la oyó alejarse rompiendo el monte; al cabo de un instante no se oía más que el rumor del viento en los árboles. Se le colapsaron los nervios, y cuando su madre llegó a su lado él la miró a la cara y murmuró:

—Papá habría salido, habría... habría salido, papá habría salido.

Ella se hincó de rodillas y lo abrazó, mientras la cabeza de New seguía rebotando como un disco rayado. Cuando concluyó su tartamudeo febril, empezó a sollozar histéricamente.

Myra le abrazó estrechamente. Le latía tan fuerte el corazón que temía fuera a estallarle. Después captó algo de refilón y se volvió a mirar hacia la pista.

Una delgada figura se alzaba en el lindero del bosque. El viento le agitaba los faldones del abrigo.

Después pensó que era una alucinación, porque en cuanto parpadeó, la figura había desaparecido.

—Vamos —dijo Myra con dulzura, aunque se le quebró la voz.

No lograba entender lo que había visto: la pantera monstruosa abalanzándose sobre su hijo, y luego derribada en el aire; pero sabía que esa noche a su hijo le había salvado la vida una cosa que ella no se atrevía a cuestionar: un poderoso sortilegio que flotaba en el aire inestable como el olor acre del azufre.

El viento se arremolinó a su alrededor, lúgubre, empujándolos desde distintas direcciones a la vez. Myra ayudó a su hijo a levantarse y se dirigieron juntos a la cabaña. Ella había visto el fulgor de los ojos de la fiera cuando salió reptando de debajo de la furgoneta; había tenido el juicio suficiente para esperar a que New le volviera la espalda. Su hijo corría peligro, y en ese momento Myra lo tenía muy claro. Aunque podía cerrar los ojos ante el Hombre de la Calabaza y las demás criaturas que vagaban por Briartop Mountain, no cabía duda de que la fiera había atraído a New al exterior de la casa para matarle. Era lo único que le quedaba y no sabía cómo protegerle.

Pero había alguien que sí podría.

Acompañó a su hijo hasta el interior y después echó el cerrojo a la puerta.

En el lindero del bosque, el Rey de la Montaña contemplaba la cabaña de los Tharpe, como un frágil arbolito. No se había movido durante la confrontación de New con la pantera, pero entonces encorvó los hombros y se apoyó en su nudoso bastón. Tenía frío y moqueaba. El helor se le calaba hasta los huesos; en su respiración superficial carraspeaba la flema.

Esperó, escuchando el viento. Le hablaba de

muerte y de destrucción, de graves cambios en el mundo. Unas hojas secas revolotearon a su alrededor y algunas se le prendieron en la barba. Se limpió la nariz con el dorso de la mano y pensó que hacía muchos años, cuando él todavía tenía juicio, podía haber aplastado a Faucevoraz contra el tronco de aquel roble con tal fuerza que le hubiera roto todos los huesos. De todos modos, le había dado un buen escarmiento... Pero Faucevoraz encontraría un lugar donde lamerse las heridas, y con los primeros albores saldría otra vez de ronda.

La pantera no regresaría allí esa noche. De momento, el chico estaba a salvo.

¿Pero quién era? ¿Cuál era su papel en la batalla que el Rey de la Montaña estaba librando desde la noche en que cayeron los cometas sobre Briartop Mountain? Preguntas que el anciano no podía contestar.

Tiritó y tosió repetidamente, con la mano ante la boca. Últimamente, los pulmones le ardían. Cuando superó el acceso, emprendió el largo camino hacia su refugio.

25

Rix hizo un descubrimiento inquietante en la mansión.

Uno de los libros que se había subido de la biblioteca la noche anterior era un libro mayor del año 1864, que enunciaba el nombre, obligaciones y salarios de todos los trabajadores de Usherland.

Había trescientos ochenta y ocho nombres, desde el primer pinche al último guarda de caza.

Pero el volumen que más le llamó la atención fue el registro de historias clínicas de un tal doctor Jackson Baird, director de un centro llamado Retiro Baird, en Pennsylvania. El centro Baird era un asilo privado para enfermos mentales. Al cuaderno, viejo y quebradizo, le faltaban muchas páginas, y reseñaba, mes a mes, el proceso de uno de los pacientes del doctor Baird: Jessamyn Usher, la primera esposa de Ludlow, madre de Erick.

Rix se sentó a su mesa con el libro abierto ante él y la lámpara encendida por encima de su hombro derecho. Durante toda una hora estuvo sumido en un escalofriante relato de locura, interrumpido únicamente por alguna ráfaga de viento más violenta que le distraía de la lectura. El doctor Baird escribía, con rígida caligrafía, que Jessamyn Usher ingresó en el centro en noviembre de 1886. Según un retrato que vio el propio médico durante su visita al Pabellón, Jessamyn Usher había sido una joven elegante, con el cabello castaño claro y ondulado, y unos luminosos ojos grises.

El 23 de noviembre de 1886, una enferma gruñona, embutida en una camisa de fuerza, fue encerrada en un cuarto acolchado del Retiro Baird. Se había arrancado el pelo, tenía los labios y la lengua destrozados de mordérselos continuamente, y sus ojos inyectados en sangre eran dos cráteres ardientes en una cara blanca como la leche. Ludlow no acompañó a su mujer; la llevaron entre cuatro criados, incluido Luther Bodane, el abuelo de Edwin. Cuando Jessamyn ingresó en el centro, tenía veintiséis años y su demencia era irremediable.

Rix prosiguió su lectura, fascinado por ese nue-

vo esqueleto del armario de los Usher. Jessamyn era hija de un millonario de Nueva Inglaterra, empresario textil, una joven bien educada, que en los siete años de matrimonio con Ludlow Usher se había convertido en un ser casi animal. Baird tardó cuatro meses en poder entrar sin peligro en su habitación. En diciembre de 1887, Baird escribía que sus síntomas abarcaban la violencia libertina, la blasfemia, el rechinar de dientes, aullidos de oraciones sin sentido y desvirtuadas a voz en grito y ataques físicos «durante los cuales la infortunada señora Usher había de ser amarrada a su cama con correas de cuero, con la boca llena de algodón para que no se mordiera la lengua».

El doctor Baird escribía que la enfermedad de Jessamyn parecía haberse iniciado con el nacimiento de Erick, en abril de 1884. En varias ocasiones, Jessamyn —cuyo pasatiempo favorito era la jardinería, las rosas, las camelias y los dientes de león, en el invernadero de la finca— intentó matar a su bebé.

Hasta el verano de 1888, Baird no logró hacerla hablar de su hijo. Hasta ese momento, el nombre de «Erick» la sumía en trances de maldiciones y oración. Pero durante ese fatídico verano, la tormenta que asolaba la mente de Jessamyn empezó a remitir. O tal vez, pensó Rix, Baird había encontrado al fin el ojo del huracán. En cualquier caso, Jessamyn tenía momentos de lucidez y facilitó al doctor una idea de su situación.

Informó al médico de que tenía que matar a Erick porque estaba poseído por Satanás.

Cuando eso ocurrió, Erick no era más que un bebé, explicó Jessamyn. Una violenta tormenta la despertó a media noche; ella temía al rayo y al

trueno tanto como a Ludlow, porque su educación puritana le había inculcado que la voz del trueno llevaba la desaprobación de Dios cuando se enfadaba, y el rayo era su lanza para castigar a los pecadores. Muchas veces, mientras ella se acurrucaba bajo las sábanas cuando descargaba alguna tormenta, se imaginaba que todo el Pabellón se estremecía; y en una ocasión las ventanas de su magnífico dormitorio saltaron hechas añicos después de un trueno excepcionalmente fuerte.

Aquella noche en particular, la lluvia azotaba rabiosamente el Pabellón. Retumbó un trueno, y a ella le pareció que crujían las paredes. En alguna parte del caserón se rompió un cristal. Jessamyn se levantó de la cama y se dirigió por el pasillo al cuarto de Erick. Cuando abrió la puerta lo vio, iluminado por el resplandor azulado de un rayo: una silueta se cernía sobre la cuna de Erick, con aspecto de un hombre corpulento y ancho de espaldas... pero no era un hombre. Su piel era de color gris pálido, y parecía tener el brillo del cuero mojado. Bajo el destello del rayo, Jessamyn tuvo tiempo de ver que aquel extraño ser había colocado una mano sobre la frente de la criatura dormida. Entonces, la figura se volvió rápidamente hacia ella, en un movimiento brusco aunque gracioso, como la pirueta de una bailarina.

Ella logró verle un instante la cara de rasgos crueles aunque con un raro atractivo, y finos labios torcidos en una media sonrisa de sorna; ella casi se desvaneció. Tenía los ojos de gato, de un verde dorado, con intensidad hipnotizadora y las pupilas muy dilatadas. Pero antes de que se oscureciera el resplandor del rayo, el ser desapareció.

Ella se puso a gritar; el bebé se despertó y tam-

bién empezó a gritar. Ella sabía lo que había visto y temió perder el juicio. No conseguía acercarse al niño; salió de la habitación y corrió por el pasillo, presa de pánico, hasta que se cayó por las escaleras y por poco se parte el cuello. Y allí se quedó hasta que la encontró un criado, que avisó a Ludlow.

Jessamyn había visto la encarnación del demonio tocando a su hijo; eso le dijo al doctor Baird. Le había visto colocar la mano sobre el niño, en un gesto protector y amable. El significado de aquello estaba muy claro, al menos para ella: Erick estaba contaminado por el diablo. Crecería con la marca de Satán en la frente. Si se le dejaba vivir, las calamidades que se abatirían sobre el mundo serían interminables. Había que matar a Erick antes de que se manifestara el mal que le invadía. Jessamyn intentó envenenar al niño, pero la niñera se lo impidió; intentó arrojarlo por el hueco de una escalera, pero Jenny Bodane, la esposa de Luther y cocinera de la familia, también se lo impidió. Después la encerraron en su habitación; pero ella se escapó por el antepecho de la ventana, secuestró a Erick de su cuarto y se lo llevó a la chimenea encendida de la sala de banquetes.

El propio Ludlow la descubrió cuando estaba a punto de arrojar al niño a las llamas. Cuando su marido se abalanzó sobre ella, Jessamyn cogió un atizador con la otra mano y le pegó en la cabeza. Ludlow paró el golpe con su bastón de ébano, pero ella le volvió a pegar con todas las fuerzas de la desesperación y le dio en la sien. Ludlow cayó al suelo, donde se quedó inmóvil, sangrando profusamente por la cabeza.

Entonces Jessamyn agarró por el cuello al niño, que no dejaba de berrear, y se acercó a la lumbre.

Erick le fue arrebatado rápidamente de la mano. Cosa increíble, Ludlow se había levantado, tambaleándose, con la cara como una grotesca máscara de sangre, para salvar a su hijo. Jessamyn le agarró por el cuello, y forcejearon ante las llamas. A pesar del dolor, Ludlow logró mantenerla a distancia con su bastón, hasta que unos criados lograron reducirla.

Rix leyó en el cuaderno que a lo largo de 1888 y 1889 la situación de Jessamyn había fluctuado entre la lucidez y la locura más espantosa. A finales de octubre de 1889, el doctor Baird se decidió a escribir a Ludlow Usher que la situación de su esposa era irremediable.

En diciembre, Ludlow Usher se presentó en el centro, acompañado por Luther Bodane y otros dos criados, a ver a su esposa por última vez. Dos meses después, Jessamyn Usher apareció muerta en su habitación. Había desgarrado la almohada de plumas con los dientes y se había tragado las plumas hasta atragantarse y morir asfixiada.

—Delicioso —murmuró Rix al terminar la lectura.

Dejó el cuaderno a un lado como si estuviera cubierto de cieno. Luego se preguntó si Ludlow se habría empeñado tanto en salvar a Erick de saber lo que el futuro les reservaba a ambos. La descripción de Jessamyn acerca del ser que se cernía sobre la cuna de Erick parecía sacada de una película de terror de Roger Corman. Por supuesto, era una excusa para racionalizar su odio hacia Erick, porque quizá creía que el niño se interponía entre ella y Ludlow. Cualquiera que fuera el motivo, se perdía en el pasado.

Alguien llamó suavemente a la puerta de Rix, y

éste se sobresaltó. Eran casi las dos de la madrugada... ¿quién andaría por ahí a esas horas, aparte de Puddin'? Boone se había marchado alrededor de las once al club, a su inevitable partida de póquer. Rix se dirigió a la puerta, que había atrancado con una silla y una maleta, y preguntó:

—¿Quién es?

—La señora Reynolds. ¿Puede abrir la puerta, por favor?

Rix le abrió. Las luces del pasillo estaban apagadas y la señora Reynolds llevaba un candelabro de plata con cuatro velas encendidas. Era la primera vez que Rix la veía sin la mascarilla, y su impresión inicial de fuerza se acentuaba por su mandíbula cuadrada. No obstante, se notaba que el cuidado de Walen estaba minando su férrea constitución; tenía la cara muy pálida, y la luz de las velas resaltaba sus ojeras amoratadas y las arrugas de la comisura de sus labios. Tenía la mirada extraviada, casi perdida en el vacío.

—Me envía el señor Usher —dijo, con voz queda—. Dice que quiere verle.

—¿Ahora?

Ella asintió, y Rix la siguió por el pasillo. Cuando Rix se detuvo a encender la luz, ella le dijo rápidamente:

—No, por favor, no lo haga. He ordenado a los criados que apaguen todas las luces de la casa.

—¿Por qué?

—... Lo ha ordenado su padre —le explicó mientras proseguían—. Dice que no puede soportar el sonido de la electricidad pasando por los cables.

—¿Cómo?

—Dice que es un gemido agudo y chisporroteante —continuó la señora Reynolds—. Algunas

veces lo oye con más intensidad y, según él, es el ruido que más le impide dormir. Le he ido incrementando las dosis de sedantes y de pastillas para dormir, pero ya casi no le hacen efecto.

Se acercaban a la escalera de la habitación insonorizada. El olor a descomposición —al cual Rix se había ido acostumbrando en el resto de la casa— era tan fuerte y repugnante que se detuvo al pie de la escalera, combatiendo una náusea. No puedo volver a subir ahí, se dijo, con el estómago revuelto. ¡Dios santo!...

La señora Reynolds se volvió a mirarle desde unos peldaños más arriba, y la luz de las velas dibujó su sombra alargada en la pared.

—Se le pasará. Intente respirar por la boca —le dijo.

Él la siguió hacia la puerta blanca y se puso dos mascarillas y unos guantes; después sostuvo el candelabro mientras ella hacía lo propio. Justo antes de abrir la puerta, la señora Reynolds apagó las velas.

Les envolvió la oscuridad; durante unos segundos terribles sintió el pánico de cuando se perdió en el Pabellón, sin saber en qué dirección moverse. Entonces ella le dio la mano y le guió al interior de la habitación insonorizada. Cerraron la puerta sin hacer ruido, y la enfermera le condujo hacia la cama de Walen.

El osciloscopio estaba apagado. Sólo se oía el jadeo suave e irregular de Walen. Rix se rozó la espinilla contra un mueble, pero no dijo nada. La señora Reynolds le soltó la mano y él sintió que le observaban. La respiración de Walen continuó hasta que la interrumpió un gruñido áspero, casi ininteligible. Rix hizo un esfuerzo por comprender las palabras de su padre:

—Salga —ordenó Walen a la enfermera.

Rix no la oyó salir, pero no dudaba de que le habría obedecido. Walen se volvió en la cama, lenta, agónicamente. Habló y Rix tuvo que concentrarse para entender lo que le decía.

—La bruja no tardará en ponerme pañales.

Suspiró lastimosamente; el sonido de su exhalación, una respiración valiosísima, exhalada con vacilación, partió el corazón de Rix. Era un sonido tan humano, casi amable, tan suave como el humo.

—Aborrezco la noche —susurró Walen—. El viento se levanta por la noche. Antes no lo oía. Ahora es como si estuviera gritando en un huracán.

—Lo siento.

Rix lo dijo en voz muy baja, pero Walen se sobresaltó. Rix hizo una mueca, apretando los puños.

—¡Baja la voz, maldita sea! ¡Ay Dios... mi cabeza!

Rix creyó oír sollozar a su padre, pero también podía haber sido una palabrota. Cerró muy fuerte los ojos, con los nervios de punta.

Walen tardó un par de minutos en volver a hablar.

—Hace mucho que no subes a visitarme. ¿Qué pasa? ¿Tienes cosas mejores que hacer?

Rix se preguntó si el viejo sabría lo que estaba haciendo... No, claro que no. No hacía falta ponerse paranoico.

—Pensaba que... necesitabas descanso. —Lo susurró tan bajo que casi no se oyó a sí mismo.

Esa vez no había duda: Walen se rió amargamente.

—¡Descanso! —repitió—. ¡Eso sí que es bueno! Claro que necesito descansar...

Se detuvo a recobrar aliento. Cuando volvió a hablar su voz era más vulnerable que nunca.

—Estoy a punto de morirme, Rix. Ya no soy de este mundo. Estoy cansado... tan cansado.

Pilló a Rix desprevenido. Tal vez la idea de la muerte hubiera debilitado a Walen por fin, pero su voz sonaba completamente diferente de la de pocos días antes, cuando Rix subió a verle.

—¿Cómo está Margaret? —preguntó Walen—. ¿Qué tal lo soporta?

—Muy bien.

—Oigo las discusiones de Boone y Puddin' por la noche. Por lo menos me entretengo. ¿Y Katt? ¿Qué opinas de ella?

¿Opinar?, pensó Rix. Qué palabra más curiosa.

—Está muy bien.

—¿Y tú? ¿Qué tal estás tú?

—Yo también estoy bien.

—Sí —otra vez el sarcasmo—. Estoy seguro de que lo estás. ¡Maldito viento! ¡Escucha cómo aúlla! ¿Es que no lo oyes?

—No.

—Entonces, disfruta del silencio mientras puedas —dijo Walen con amargura.

Los tubos de debajo de su cama empezaron a gorgotear y Walen profirió un murmullo de asco.

Los ojos de Rix se fueron habituando a la oscuridad. Veía la figura esquelética de la cama. Sobre la almohada, junto a la cabeza de Walen, resaltaba la negrura del bastón de ébano. Walen había sacado su brazo flaquísimo y cogía el bastón como a punto de golpear con él.

—¿Qué estabas buscando en la biblioteca antes de caer enfermo? —preguntó Rix.

La pregunta se le escapó sin poder remediarlo.

Walen guardó silencio un momento.

—¿Enfermo? —dijo luego—. ¿Enfermo? Ya me gustaría estar enfermo. Las enfermedades se curan. Oh, deberías haber visto la cara del maldito médico cuando subió el último día... Se puso más blanco que la cera, y no paró de examinarme con su linternita, me tomó el pulso y la temperatura y toda clase de cosas ridículas. Quiere llevarme a un hospital. —Dio un ronco gruñido—. ¿Te lo imaginas? Periodistas acudiendo como buitres... Con médicos y enfermeras incordiándome a todas horas, noche y día... Le dije que estaba chiflado.

Rix asintió. Walen había eludido la respuesta. Decidió intentar el ataque por otro flanco.

—He ido a la biblioteca —dijo con calma—. Le pedí la llave a Edwin porque quería buscar algo para leer. He encontrado un libro, un libro de canciones infantiles, dedicado a Simms Usher...

Había abierto la jaula del león con una mentira y esperó una respuesta.

Walen no dijo palabra.

Rix insistió.

—Hoy he ido al cementerio con Katt, a caballo. Encontré la tumba de Simms. ¿Por qué nos has ocultado que tenías un hermano pequeño?

Walen siguió sin contestar.

—¿Qué le sucedió? ¿Cómo murió?

Rix tenía curiosidad por cotejar la historia de Walen con la de Wheeler Dunstan.

—¿Pero qué haces? —le preguntó Walen al fin—. ¿Destrozar la biblioteca?

—No. No creí que te importara que entrara a echar un vistazo.

—¡Claro que me importa! ¡Edwin ha sido un estúpido dándote la llave sin consultármelo!

—¿Por qué? ¿Intentas ocultar alguna cosa?

—Todos esos documentos... son muy frágiles. No quiero que se estropeen. Antes de caer enfermo, como has dicho, estaba leyendo unos papeles para un proyecto de trabajo.

Rix frunció el entrecejo, desconcertado.

—¿Qué tienen que ver los documentos familiares con un proyecto para Usher Armaments?

—No te importa. Pero ya que me lo preguntas, te hablaré de Simms. Nunca he ocultado nada. Simms era mi hermano pequeño, y era retrasado mental. Murió cuando era niño. Y punto.

—¿Cómo murió? ¿De muerte natural?

—Sí. No... espera. Tuvo algo que ver con el bosque. Hacía muchísimo tiempo que no pensaba en Simms, y me cuesta recordarlo. Simms murió en el bosque. Lo mató un animal. Sí, eso es. Simms se fue al bosque y un animal salvaje lo mató.

—¿Qué clase de animal?

—No lo sé. Hace mucho tiempo. ¿Qué más da eso ahora?

Sí, claro, pensó Rix, y luego dijo:

—Supongo que no tiene importancia.

—Simms era retrasado mental —repitió Walen—. Le gustaba cazar mariposas, pero nunca cogía ninguna. Recuerdo... el día que trajeron sus restos al Pabellón. Vi su cuerpo antes de que papá me apartara. Llevaba un ramo de flores en la mano. Dientes de león amarillos. Estaba cogiendo flores cuando el animal lo mató. Recuerdo cuánto lloró

mamá. Papá se encerró en su estudio. Bueno... fue hace mucho tiempo.

Rix se quedó decepcionado. Después de todo, no había ningún misterio en la muerte de Simms. Walen nunca lo había mencionado porque era evidente que nunca le había considerado un ser humano, simplemente un disminuido que estaba recogiendo flores cuando falleció.

—Te he mandado llamar —dijo Walen— porque quiero que anuncies una cosa a la familia de mi parte. A la hora del desayuno les informarás de que no deberán utilizar la luz eléctrica en la casa. El funcionamiento de todos los aparatos eléctricos deberá quedar reducido al mínimo indispensable. No puedo controlar el ruido del viento, ni el de los latidos de mi corazón, ni el de las malditas ratas que rascan las paredes... pero a veces oigo pasar la corriente eléctrica por los cables. Hoy me ha pasado dos veces. Ese ruido se me mete en los huesos. ¿Has entendido?

—Sí, pero no les va a gustar.

—¡Me importa un pito si les gusta o no! —siseó Walen—. Mientras viva, seguiré siendo el dueño de esta casa. ¿Entendido?

—Sí —dijo Rix.

—Muy bien. Pues ya lo sabes. Puedes marcharte.

Rix se sintió como un criado despedido y emprendió la salida entre las tinieblas de la habitación. Pero se detuvo y se volvió hacia Walen.

—¿Qué quieres?

—Te haré ese favor a cambio de otro. Me gustaría saber algo sobre la agencia artística de Boone.

—¿Su agencia artística? ¿Qué le pasa?

—Eso es lo que quiero saber. Tú le diste el dinero. ¿A qué se dedica la agencia?

—Contrata artistas... ¿Por qué?

Rix sonrió detrás de sus dos mascarillas.

—¿Qué clase de artistas? ¿Actores? ¿Cantantes? ¿Bailarinas?

—Eso es cosa mía y de Boone, no es asunto tuyo.

Rix agudizó los sentidos. La evasiva de Walen le indicó que estaba pisando terreno prohibido, y él estaba decidido a averiguar la razón.

—¿Se trata de algo tan reprobable que no quieres que lo sepa nadie? —le preguntó—. ¿Dónde se ha metido mi hermano Boone? ¿En pornografía?

—Te he dicho que ya puedes marcharte —carraspeó Walen con irritación.

Rix comprendió que, fuera lo que fuera el asunto de Boone, Walen no quería que Katt o Margaret lo supieran. Tal vez hubiera alguna otra razón para impedir la salida de Puddin' de la propiedad... No sólo sabía demasiado sobre la familia Usher, sino que también había averiguado a qué se dedicaba la agencia de Boone.

—Me lo dirá Puddin' —dijo Rix tranquilamente—. Y estoy seguro de que a mamá le encantará enterarse.

Y se dirigió a la puerta.

—¡Espera!

Rix se detuvo.

—¿Qué quieres?

—Tú siempre has despreciado a Boone, ¿verdad? —murmuró Walen—. ¿Por qué? ¿Porque tiene más arrestos que tú? Tú no me has acarreado más que vergüenza. Ya de niño se veía que eras débil.

La fría crueldad del tono de su padre fue como una puñalada. Se le contrajo el estómago en su es-

fuerzo por endurecerse contra el daño que le infligía el desdén de Walen.

—Tú nunca te defendías. Dejabas que Boone te pisoteara como un felpudo. Yo os observaba. Lo sé. Ahora has dejado que creciera el odio en ti y no sabes cómo desahogarte, así que quieres herirme. Nunca fuiste nada de nada, ni lo serás en la vida.

Rix avanzó un paso. La ira había quebrantado su dominio de sí mismo. Le ardía la cara, y casi gritó, pero en el último instante apretó los dientes.

—Sabes, papá... —dijo en un susurro apenas contenido—, siempre me ha gustado ver la mansión totalmente iluminada. Probablemente podría ir de habitación en habitación ahora mismo, encendiendo las luces, y dejar la casa como un árbol de Navidad.

Le embargó una oleada de vergüenza, pero no pudo reprimirse, y además, tampoco quiso; tenía que continuar, devolver el golpe, dar crueldad a cambio de crueldad.

—Imagínate toda esa electricidad corriendo por los cables... ¿No sería fantástico? ¿Te has tomado los tranquilizantes últimamente, papá?

—No serías capaz de hacerlo. No tendrías valor.

—Lo siento —Rix alzó la voz a un tono normal.

Walen se convulsionó.

—No te he oído. Lo de la agencia. ¿A qué se dedica? —Tenía los ojos húmedos de rabia y el corazón desbocado—. ¡Dímelo!

—¡Silencio! ¡Ay Dios! —gimió Walen.

Rix pronunció la palabra con una lentitud deliberada.

—Dímelo.

—Tu... hermano... contrata artistas. Animadores... de espectáculos.

—¿Para qué clase de espectáculos?

Walen levantó de repente la cabeza de la almohada. Temblaba violentamente.

—¡De feria! La agencia de Boone... busca monstruos de feria. ¡Vete de aquí! ¡Fuera de mi vista!

Rix encontró la puerta. Tropezó con los escalones a oscuras, y estuvo a punto de caer. La señora Reynolds le esperaba en el pasillo con el candelabro encendido. Rix se quitó las mascarillas de la boca y le dijo que ya podía volver a la habitación insonorizada, que ya había acabado de hablar con su padre.

Una vez solo, Rix se apoyó en la pared, combatiendo sus náuseas. Las sienes le dolían intensamente y se las presionó con las palmas de las manos.

Lo que acababa de hacer le asqueaba. Se sintió sucio, contaminado por la corrupción de Walen. Comprendió que había hecho una cosa muy propia del mismo Walen, o de Erick, o de cualquiera de sus antepasados varones. ¡Pero él no era como ellos! ¡Él no era así!

Tardó unos minutos en pasársele el mareo. El dolor de cabeza le duró un poco más, y luego se le fue disipando.

En su interior sentía una excitación fría y extraña.

Era una sensación de poder recién estrenada.

Rix exhaló una profunda bocanada de aire apestoso y después se alejó en la oscuridad.

CINCO

EL TIEMPO CONTARÁ LA HISTORIA

26

Unos grises nubarrones velaban el sol mientras Raven Dunstan traqueteaba en su Volkswagen por la pista que ascendía a Briartop Mountain. De vez en cuando, una racha más fuerte de viento atravesaba los árboles y zarandeaba el coche, cuyos neumáticos patinaban sobre la gruesa capa de hojas en descomposición.

Una hora antes había encontrado la casa de Clint Perry, y le había contado adónde pretendía subir. Perry, un hombre enjuto, con la nariz aguileña, vestido con un mono de trabajo, la había mirado como si estuviera loca. Le advirtió que le esperaba un buen trecho hasta allá arriba, y que la única pista estaba en tan mal estado que la última vez que él había subido con el sheriff Kemp, hacía dos meses, se había dejado el cárter de su furgoneta en un bache. Raven insistió en que Perry le dibujara un plano y le ofreció veinte dólares para que la acompañara, pero él, que parecía muy nervioso, le dijo que tenía mejores cosas que hacer antes que subir a la montaña.

Raven ya había pasado la cabaña de los Tharpe y otras casitas destartaladas semiocultas en rincones umbríos. Llegó al cruce que le había señalado

Perry y tomó por la pista que salía a la izquierda. A partir de ese momento, las ruedas del coche empezaron a traquetear por los baches. La pista ascendía tan abruptamente que creyó que su coche no podría subir, pero cambió de marcha y advirtió aliviada que la pendiente se suavizaba. Hacia su izquierda, entre los claros del bosque, se veía Usherland desde lo alto. Las chimeneas y los torreones del Pabellón Usher asomaban entre unas nubes bajas.

La tortura del coche prosiguió durante un par de kilómetros más, y ella se maldijo por su estúpido empeño de subir allí. Luego, de pronto, tras salir de una curva entre árboles, la pista se acababa junto a un montón de piedras. Un sendero serpenteaba entre las rocas y se perdía en el bosque.

Siguiendo las instrucciones de Perry, Raven se bajó del coche y tomó por el sendero. Era muy empinado y le empezó a doler la pierna a los treinta metros de iniciarlo. Grandes matorrales de zarzas salían caracoleando del bosque; a ambos lados del camino, la vegetación era impenetrable. Pero poco más adelante, en la cresta de la ladera, Raven distinguió los restos de la ciudad en ruinas de la cumbre de la montaña.

Llamarla ciudad, pensó Raven, era una exageración. Tal vez fuese un pequeño asentamiento de hacía más de cien años, pero actualmente no quedaban más que montones de piedras, alguna chimenea y alguna que otra pared en pie aquí y allá. Un par de construcciones de piedra seguían medio intactas, pero sólo una de ellas conservaba un asomo de tejado, y la otra mostraba enormes agujeros en las paredes. Curiosamente, las ruinas no estaban invadidas por las malas hierbas, las zarzas ni

las enredaderas. Aunque habían crecido algunos matorrales de la tierra desnuda y oscura, las ruinas se hallaban en el centro de un claro sembrado de rocas. Los escasos árboles que quedaban entre las ruinas estaban como muertos y petrificados, sus ramas sin hojas retorcidas en ángulos extraños. El sitio era desolador y llevaba muchísimos años totalmente deshabitado.

Raven sintió frío; se subió el cuello de la cazadora de pana. Se preguntó cómo sobreviviría allí el anciano, de ser cierto lo que le habían contado. Raven siguió por el sendero hasta las ruinas. Sus botas crujían en el suelo pedregoso; la joven se detuvo y cogió un puñado de tierra.

Algunas briznas de cristal brillaron en la palma de su mano. Dejó escapar la tierra entre los dedos y se incorporó de nuevo. Mientras caminaba entre las ruinas, Raven vio que la mayor parte de las piedras de las casas parecían carbonizadas. Pensó que en el más remoto pasado habría habido un incendio tremendo. Apartó con el pie unas hojas secas y examinó las esquirlas de cristal del suelo.

Después se dirigió a la zona más alejada de una pared que seguía en pie y se detuvo. Contra las piedras negras se recortaba la silueta gris de un ser humano, con los brazos abiertos como debido a un impacto. El cuerpo estaba retorcido. A sus pies había otra silueta, apenas reconocible, de otra persona con un brazo levantado en actitud suplicante.

Un montón de piedras sueltas le llamó la atención. Se agachó con cuidado, a causa del dolor de la pierna. Una de las piedras tenía un clavo oxidado. Otra mostraba la silueta de una mano.

Raven acarició la piedra. Le recordó las fotos de Hiroshima que había visto en un libro. En esas fo-

tos se veían las siluetas de las víctimas de la bomba atómica recortadas contra las paredes, igual que allí. Fuera lo que fuese, pensó Raven desazonada, los restos de aquel suceso —las siluetas, las piedras ennegrecidas, la tierra fundida en cristales— eran extraordinariamente similares.

Raven se incorporó. ¿Qué clase de destrucción había dejado aquellas marcas? ¿Cuándo? ¿Por qué había un pueblo en la cima de la montaña? ¿Quiénes eran sus habitantes?

Mientras meditaba esas cuestiones, se alejó del montón de escombros y descubrió al anciano a tres metros de ella, recostado en la pared carbonizada.

Se apoyaba en un nudoso bastón y tenía la cabeza ladeada, para mirar por el ojo sano. Iba cubierto de harapos y el viento le agitaba los faldones de un abrigo negro, muy largo.

—¿Has encontrado algo interesante? —le preguntó taladrándola con la mirada.

Era el mismo anciano al que por poco atropelló Raven el día que había subido a la cabaña de los Tharpe.

—Yo... no le había visto.

El viejo profirió un gruñido.

—Te he visto contemplar esa pared. Te he visto agacharte sobre las piedras. Estaba aquí mismo.

Imposible, pensó Raven, porque no le había visto al acercarse a la pared.

—¿Quién eres y qué quieres? —le preguntó él.

—Me llamo Raven Dunstan. Soy propietaria del *Foxton Democrat*.

El ojo no dio muestras de reconocimiento.

—El periódico de Foxton —le explicó ella—. He subido a buscarle.

—Pues ya me has encontrado. —Se volvió hacia el camino por el que ella había llegado—. ¿Has subido a la montaña en ese cochecito amarillo? El viento lo levantará y lo arrojará a Usherland.

Raven se volvió a quedar pasmada. El coche no se veía desde allí. ¿Cómo sabía él que era amarillo?

—La pista está bastante mal, pero he conseguido llegar. ¿Vive usted aquí solo?

—Solo —repuso el viejo—. Sí y no. ¿Qué te pasa en la pierna?

—Tuve... un accidente, hace mucho tiempo.

—Cuando eras niña —afirmó él, tocándole la rodilla con la punta del bastón.

—Sí. —Raven retrocedió, con un doloroso calambre en la rodilla.

El viejo tosió y escupió en el suelo. Cuando volvió a respirar hondo, Raven oyó un borboteo líquido en sus pulmones. Tenía la tez olivácea. La joven observó la telaraña de cicatrices que le cubría casi por completo el rostro; le faltaba el ojo derecho. El otro, todavía cubierto por una película gris, era verde claro y brillaba de astucia e inteligencia. El anciano estaba muy flaco, tiritaba un poco por el frío, y Raven no supo calcular su edad; podía tener entre setenta y cien años. Pero una cosa estaba clara: estaba enfermo.

—Hace un frío tremendo en el agujero —dijo el Rey de la Montaña señalando el cielo con la cabeza—. Va a cambiar el tiempo. El viento traerá nubes. Se avecina una tormenta.

Con mano temblorosa levantó el bastón del suelo y señaló el refugio que conservaba parte del tejado.

—Ésa es mi casa. Dentro estaremos más calentitos.

Y sin esperarla, dio media vuelta y echó a andar hacia allí, abriéndose camino con el bastón.

Raven se quedó asombrada por las condiciones de vida del anciano, pero las paredes les protegieron del viento. Había varios leños medio consumidos en la lumbre apagada. El suelo estaba sembrado de latas vacías. Sobre una base de periódicos descansaba un viejo colchón, cubierto por una manta andrajosa de color naranja. A Raven le pareció un lugar francamente desagradable.

El Rey de la Montaña se sentó en su colchón. Raven oyó cómo le crujían los huesos. Tuvo un ataque de tos que le duró alrededor de un minuto y después escupió en una lata vacía de melocotón que tenía junto al jergón. El hombre arrugó la cara.

—No puedo mear —dijo en tono lastimoso—. Ojalá pudiera.

—En Foxton hay una clínica con médicos que podrían hacer algo por usted.

—¿Médicos? —exclamó el anciano. Carraspeó y volvió a escupir—. Los médicos son asesinos titulados. Te clavan agujas y te dan pastillas. No pienso ir a Foxton. Hay demasiada gente. Me quedaré aquí.

—¿Desde cuándo está enfermo?

—Desde que cayeron los cometas —respondió él—. Ya ni me acuerdo de cuando estaba sano. Se me va y se me viene. Todavía hace frío, ¿no?

Dirigió su ojo sano hacia el hogar.

Raven sintió una oleada de calor a su espalda y luego oyó crepitar el fuego. Sorprendida, se volvió hacia el hogar: los leños estaban ardiendo. El anciano no los había tocado, pero había lumbre.

—¿Cómo... cómo lo ha hecho? —le preguntó.

—¿El qué?
—El fuego. ¿Cómo lo ha... encendido?
—¡Chist!
El Rey de la Montaña cogió su bastón y se puso en pie. Tardó un poco en enderezar la espalda y dio un gemido de dolor. Se dirigió a la puerta, haciendo rodar las latas y las botellas, y atisbó hacia fuera.
—Viene alguien —anunció—. Dos personas. Un hombre y una mujer. No, un chico y una mujer. Suben por la pista. Conduce el chico. Es él —hizo una pausa, con el bastón levantado como una antena—. Sí, es él, seguro.
Raven seguía absorta en las llamas; le daba vueltas la cabeza y casi no oyó lo que había dicho el anciano. Acercó las manos a la lumbre para comprobar que era auténtica.
—La mujer ha visto el coche amarillo —murmuró el viejo—. Lo ha reconocido. Quiere dar media vuelta. —Echó un rápido vistazo a Raven—. No le gustas ni un pelo.
—¿A quién?
Raven se frotó las sienes con las yemas de los dedos.
—¿Es la señora Tharpe?
—Sí. Te tiene miedo.
El viejo guardó silencio y después soltó un gruñido de satisfacción.
—El chico tiene más sentido común. Siguen subiendo por el camino.
El Rey de la Montaña salió arrastrando los pies para recibirles.
Una vez sola, Raven se alejó del hogar. Se sentía desconcertada, en un mundo extraño donde no regían las leyes de su realidad. El viejo no había to-

cado los leños... pero se habían encendido; había adivinado que subía alguien a más de cien metros de distancia; incluso había afirmado que Myra Tharpe la temía. ¿Qué clase de hombre era y por qué había decidido vivir entre aquellas ruinas? Raven contempló el desorden del refugio. Bajo los agujeros del techo había botes para recoger el agua, y diseminadas por todas partes, hojas muertas, botellas y latas de conserva.

La joven posó la mirada en el colchón, y lentamente distinguió una cosa que no había advertido antes.

Bajo la manta amarilla se percibía la vaga forma de un cuerpo.

Raven se lo quedó mirando sin moverse. Después, muy despacio, se aproximó al jergón y apartó la manta.

Debajo había un montón de harapos y papeles de periódico. Emergió un olor a moho. La figura se destacaba más claramente, tapada por los harapos y los periódicos. Raven apartó uno de los trapos. Debajo había más periódicos. Cogió la punta de un periódico amarillento y la levantó con sumo cuidado.

Y descubrió los huesos de un brazo y una mano.

Poco después encontró los restos de una pequeña caja torácica.

El Rey de la Montaña dormía con un esqueleto en su cama, comprendió Raven apartándose rápidamente del jergón.

El fuego chisporroteó. Raven se volvió a mirar por encima del hombro y descubrió al viejo en el umbral. Ella no sabía cuánto tiempo llevaría él allí, pero parecía no prestarle atención; atravesó la es-

tancia para calentarse junto a la lumbre y tosió varias veces para descongestionarse los pulmones.

Al momento, New Tharpe entró en el refugio. Llevaba una cazadora marrón y un grueso suéter. En su cara muy pálida resaltaban las leves cicatrices rojas de los arañazos de las zarzas. Llevaba una bolsa de papel. Myra Tharpe se detuvo en la puerta, con la boca torcida en una mueca de amargura.

—Vaya vaya... —dijo—. ¡Mira quién está aquí! Hemos visto su coche más abajo. Si New no hubiera insistido en subir, habríamos dado la vuelta hace rato. Parece que vuelve usted siempre, como un billete falso.

—Hago lo que puedo.

Myra entró en la casa arrugando la nariz. Se quedó junto a la puerta, con la espalda recostada en la pared. Sus ojillos asustados iban de Raven al Rey de la Montaña.

—Dale lo que le hemos traído, New.

El chico le tendió la bolsa. El viejo la cogió con precaución, examinó su contenido y luego la llevó a un rincón, donde la vació directamente en el suelo. Varias latas de conservas salieron rodando.

—No teníamos melocotón —dijo Myra nerviosa mientras él manoseaba las latas—. Pero le hemos traído macedonia de frutas. Y un par de latas de carne estofada.

El Rey de la Montaña cogió la lata de macedonia. Se la acercó al oído y la sacudió.

—Es fresca —le aseguró Myra—. La he comprado hace unos días en el mercado de Foxton.

Él gruñó, evidentemente satisfecho. Clavó su ojo en el muchacho.

—Te llamas New, ¿verdad?

—Sí señor, Newlan Tharpe.

New temblaba de miedo por dentro, pero no estaba dispuesto a que se le notara. Mientras su madre y él subían por la ladera, el Rey de la Montaña había aparecido súbitamente a su espalda. Después, sin decir palabra, les había conducido entre las ruinas hasta su desolado refugio. La madre de New había protestado al reconocer el coche de Raven Dunstan, pero New la había convencido; ya que habían llegado hasta allí, lo mejor era continuar. ¿Qué más les daba que la periodista también estuviera allí? Myra le había contestado que le molestaba muchísimo, pero la aparición del Rey de la Montaña había puesto fin a su discusión.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años, señor.

—¿Sabes cuántos tengo yo? —le preguntó el anciano con una chispa de orgullo—. Nací en mil novecientos... ochenta y nueve. A los quince años... —Se le apagó la voz. Luego prosiguió—. Estaba aquí. Eso era después de que cayeran los cometas. Mis recuerdos son muy confusos... Pero recuerdo ese año, porque fue cuando Lizbeth cumplió once... y él casi se la lleva.

—¿Lizbeth? —preguntó Raven.

—Mi hermana. Sólo quedamos ella y yo cuando cayeron los cometas. Subimos juntos hasta aquí. Aquello fue en... —frunció el ceño, intentando acordarse, pero meneó la cabeza—. Hace mucho tiempo.

—¿Quién casi se la lleva? —preguntó New—. ¿El Hombre de la Calabaza?

—¡New! —le regañó su madre.

—Sí, hijo —contestó el viejo—. El Hombre de la Calabaza. El Ladrón de Briartop. El Coco que se lleva a los niños. Llámale como prefieras. Yo le

conozco por lo que es en realidad: un agente del demonio. Lizbeth y yo colocamos unos cepos para conejos. Ella salió al atardecer a ver qué habíamos atrapado. Salió al bosque y le vio, tan cerca que casi podía tocarle. Él fue a agarrarla y ella echó a correr. Oía cómo la perseguía de cerca, cada vez más cerca; me dijo que él corría tan aprisa como el viento, y nada le refrenaba, ni las zarzas, ni los matorrales. Lizbeth corrió tanto que se quedó sin aliento. Y él no dejó de decirle que se detuviera a descansar, porque estaba agotada y era inútil seguir corriendo.

—¿Él habló con ella? —preguntó Raven.

El anciano se tocó la frente.

—Aquí dentro. Ella le oía en su cabeza. Me dijo que su voz era como un arroyo fresco un día de calor, y sus palabras te hacían desear pararte a descansar. Pero ella sabía quién era y que intentaba engañarla. Así que no le escuchó; cada vez que le entraban ganas de descansar, recordaba el sonido de los cometas al caer y eso la ayudó a continuar. No se detuvo hasta llegar aquí, y nunca volvió a salir sin mí.

—¿Y Lizbeth le vio la cara? ¿Cómo era?

—Su cara... cambiaba.

El anciano puso un dedo sobre la tapa de la lata de frutas, y la fue apretando en distintos sitios como para perforar la lata.

—Primero tenía cara y luego no. Lizbeth me dijo que había visto la palidez de su cara... y luego ya no tenía. No quedaba más que un vacío en su lugar.

El viejo volvió a mirar al muchacho, ladeando la cara.

—Tú también le viste, ¿verdad?

—Sí —repuso New.

—Y al felino negro llamado Faucevoraz. Anoche fue a buscarte, ¿no es verdad?

—Sí.

New se sintió tan impotente como una cerradura contra una llave: el Rey de la Montaña hurgaba en su interior, le ponía a prueba y le iba abriendo gradualmente.

—Tu madre tiene miedo —dijo el Rey de la Montaña suavemente—. Mucho miedo. Hace mucho tiempo que tiene el miedo en el cuerpo. Eso la ha vuelto casi ciega. Pero tú... tú estás empezando a verlo claro, ¿verdad?

—No lo sé.

—Tharpe —susurró el viejo. Su respiración era un jadeo congestionado—. Tharpe. ¿Era tu padre el hombre que vivía en tu casa?

New asintió.

—¿Cómo se llamaba?

—Bobby —contestó Myra.

—Bobby Tharpe. Yo le he visto por ahí. A veces me quedaba toda la noche en el bosque, junto a vuestra casa, observándolo. Le he seguido hasta la Lengua donde se asomaba a mirar Usherland. Sabía lo que tenía en mente, sabía lo que le llamaba y le atraía. Le he seguido muchas veces cuando salía de casa y se adentraba en el bosque. Oh, él nunca me veía, pero yo estaba allí. Una vez bajó de Briartop hasta el Pabellón, se acercó a la orilla del lago y tenía tantos deseos de entrar que casi no podía resistirse; pero lo hizo. Yo le ayudé a resistirse, porque sabía que él no podría hacerlo solo. Igual que tú no pudiste liberarte solo de las zarzas, muchacho. Ni tampoco enfrentarte solo a Faucevoraz.

—¿Cómo? —murmuró New.

—No sé nada de ti —continuó el Rey de la Montaña—, ni tampoco sabía nada de tu padre. Pero sí sé que el Pabellón le llamaba, como te llama a ti. También te he visto en la Lengua. He visto cómo miras el caserón, cómo deseas recorrer sus estancias y acariciar sus finos mármoles. Faucevoraz no fue a matarte anoche; fue a ponerte a prueba, a averiguar si eres de piedra o de papel. Antes de morir, tu padre estaba empezando a ceder. Tenéis que estar contentos de su muerte, porque estaba a punto de penetrar en el Pabellón... Y en tal caso, al salir sería... mejor no saberlo.

Raven meneó la cabeza, totalmente confusa. Las palabras del anciano le parecían un galimatías. ¿Estaría loco... o era ella la que estaba loca?

—En el Pabellón no vive nadie. Está deshabitado —dijo.

—¡Yo no he dicho que lo habite ningún ser humano, muchacha! —exclamó enfadado el Rey de la Montaña. Le dedicó una mirada como un latigazo, y luego volvió a mirar al chico—. Ninguna persona llamaba a tu padre. Ninguna persona te llama a ti. El Pabellón es algo más que paredes y mármoles, muchacho. Tiene un alma oscura y una voz cortante como un cuchillo. Y lo sé porque no ha dejado de hablarme desde que cayeron los cometas. Me ha regañado, me ha provocado, me ha llamado, ha invadido mis sueños y ha intentado estrangularme. Lo mismo que le hacía a tu padre y lo mismo que te hace a ti. Pero yo soy un viejo y Faucevoraz cualquier día se colará en mi casa y yo estaré demasiado débil para mantenerle a raya. Ese será mi final; pero el Pabellón te está llamando, como llamaba a tu padre.

El anciano cogió con fuerza su bastón; su único ojo permanecía impávido.

—Estaba a punto de abandonarse, muchacho. El muro que había edificado en su alma comenzaba a agrietarse. Por eso... tuve que asegurarme de que no volvía a oír esa voz.

Myra contuvo el aliento. New no se inmutó, pero se le aceleró el pulso.

—Yo lo maté, muchacho —dijo muy tranquilo el Rey de la Montaña—. Como si le hubiera puesto un revólver en la cabeza y le hubiera volado los sesos. Me lo encontré bajando de la montaña, el día en que ocurrió. Yo sabía cuál era su trabajo. Estaba débil, así que no me costó demasiado; todo lo que tenía que hacer era hinchar un neumático, y seguir hinchándolo hasta que le explotara en la cara. Él ni siquiera se dio cuenta de lo que pasó.

New guardó silencio; se le había helado la sangre y le latían las sienes. Myra fue la primera en hablar, con voz incrédula y ronca:

—Usted... ¡usted es un viejo chiflado! —Se acercó a su hijo—. Ni siquiera conocía a mi Bobby. ¡No tiene poderes ni nada! ¡No es más que un viejo embustero!

—Mírame, muchacho —ordenó el Rey de la Montaña. Tendió el brazo con el bastón y lo colocó debajo de la barbilla de New—. Tú sabes si miento o no, ¿verdad?

New apartó el bastón. Miró indefenso a Raven y empezó a hablar, pero se le quebró la voz y se quedó sin habla. Su cara reflejaba la lucha de emociones que se libraba en su interior. Se esforzó en aguantar la mirada del anciano.

—Es usted... un viejo chiflado —dijo New con gran esfuerzo—. ¡Todo eso son cuentos!

Dio media vuelta bruscamente y salió del refugio. Myra lanzó una mirada venenosa a Raven y salió detrás de su hijo.

El Rey de la Montaña suspiró profundamente. Le silbaron los pulmones y reprimió un acceso de tos.

—Lo sabe —dijo cuando recobró el aliento—. Pero no quiere reconocerlo delante de su madre, aunque sabe que es cierto.

Y tú estás como una regadera, pensó Raven. El esqueleto oculto por los harapos y los papeles le dio un escalofrío. Pensó que sería la hermana pequeña del viejo... pero ¿y si no era? ¿Y si era el esqueleto de uno de los niños desaparecidos cuya foto aparecía en los carteles que ella misma había encargado?

—¿Cuándo murió su hermana? —le preguntó.

—No recuerdo qué año fue —dijo el viejo con voz fatigada, frotándose el ojo sano—. Ella tenía veinte... o veintidós años. No me acuerdo. Has visto sus huesos.

—¿Por qué no la enterró?

—No quería que le pasara nada malo. Juré que la protegería, y eso es lo que he hecho.

Se acercó tambaleante a su jergón, levantó la manta y hurgó bajo el montón de harapos.

—No quería que la criatura que la mató se la comiera. —Sacó una calavera destrozada; le faltaba la mandíbula inferior y tenía toda la zona nasal aplastada—. Fue la pantera. La atrapó en pleno día, en el arroyo. —Volvió a dejar la calavera y cogió la lata de macedonia que había dejado al alcance de la mano—. El chico lo sabe. Lo sabe —murmuró.

—¿Qué es lo que sabe?

El Rey de la Montaña la miró, y sus labios dibujaron una leve sonrisa.

—Que es como yo —dijo, horadando la lata con el dedo como si fuera de papel.

Luego sacó el dedo y bebió un poco de almíbar de la lata.

Raven ya había visto bastante. Salió de la casa. A su espalda oyó la risa del viejo, que le desencadenó un ataque espasmódico de tos. Raven corrió junto a las siluetas de las paredes y cruzó la tierra achicharrada sin mirar atrás.

Cuando llegó a su coche se llevó otra sorpresa.

El Volkswagen estaba encarado hacia abajo. Alguien le había dado la vuelta. Se puso rápidamente al volante y arrancó.

A media ladera de Briartop se dio cuenta de que había podido correr entre las ruinas.

Se le había curado la cojera.

27

Cuando Wheeler Dunstan abrió la puerta principal, Rix le tendió el libro de visitas del centro Baird. Dunstan lo hojeó cuidadosamente, sin prisas, y luego indicó a Rix que pasase, sin decir palabra.

Dunstan dejó el libro en una mesa y empezó a llenar de tabaco su pipa de mazorca.

—Esta mañana me ha llamado el señor Bodane —dijo al fin—. Ha corroborado lo que me dijo Raven, que eres escritor. Ayer telefoneé a la biblioteca para preguntar si tenían algún libro de Jonathan Strange. No tenían ninguno. Así que mandé a uno de los chicos del *Democrat* a la librería de Crockett Mall.

Deslizó su silla de ruedas hasta una estantería y enseñó a Rix sendos ejemplares en rústica de *Congregación* y *Dedos de fuego*.

—Anoche los estuve leyendo un rato. No son malos... pero tampoco son demasiado buenos.

—Gracias —dijo Rix secamente.

Dunstan dio media vuelta a su silla y se lo quedó mirando pensativo a través de una nube de humo.

—Así que... quieres ayudarnos a escribir el libro y te imaginas que aceptaré porque eres escritor y ya has publicado algo.

—Más o menos.

—Llevo mucho tiempo trabajando en este proyecto. Supongo que se podría decir —dijo torciendo la boca hacia un lado— que es una tarea de amor. Raven y yo formamos un buen equipo. Y no estoy seguro de necesitar a ningún otro miembro.

—Tal vez no —coincidió Rix—, pero le he demostrado mi seriedad en este asunto. Estoy corriendo graves riesgos al venir aquí. He tenido que salir furtivamente después de comer, como un ladrón. Puedo conseguir lo que quiera de nuestra biblioteca. Puedo ayudarle en la redacción. Y lo más importante es que el apellido Usher en la portada le daría credibilidad. ¿Lo ha considerado?

Dunstan no contestó, pero Rix advirtió que entornaba los ojos casi imperceptiblemente. Se había anotado un tanto, pensó.

—Le he traído el libro de visitas. Y le he dicho lo que quería saber, ¿o no?

El hombre profirió un gruñido.

—Hace meses que sé lo del Retiro Baird. Ya había asimilado el material y le había devuelto el li-

bro al señor Bodane. Lo siento, pero no me entusiasma. No consigo entender por qué tienes tanto empeño en intervenir. —Apretó la pipa entre los dientes como un bulldog—. Si te crees que vas a llegar aquí y meterle mano al manuscrito, te equivocas, amiguito.

Aquello era como intentar encontrar una fisura en un muro de granito.

—Edwin confía en mí —dijo Rix, irritado—. ¿Por qué no hace usted lo mismo?

—Porque soy muy desconfiado.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué puedo hacer para que confíe en mí?

Dunstan meditó la pregunta. Acercó la silla de ruedas a la puerta ventana, contempló los nubarrones que se atropellaban en el cielo y luego volvió a mirar a Rix.

—El señor Bodane aceptó el trato con la condición de que sólo me suministraría documentos, pero no información verbal. Supongo que, a su modo, sigue siendo leal a Walen. Yo lo admiro. No me dijo cuál era la situación de Walen, y por eso tuve que enterarme por ti. Tengo algunos interrogantes que necesitan respuesta: cosas que relacionan los acontecimientos de la historia. Y sólo un Usher puede darme esas respuestas.

—Pruébelo.

Dunstan le señaló una silla y Rix se sentó.

—Muy bien. Quiero saber cosas sobre el bastón. El bastón negro con una cabeza de león de plata en el puño. ¿Por qué es tan importante ese bastón para la familia? ¿De dónde procede y por qué lo enarbolan todos los patriarcas como si fuera un cetro?

—Que yo sepa, Hudson Usher se lo trajo de

Gales. Es probable que el viejo Malcolm también lo usara. Creo que su posesión otorga el rango de jefe de la finca y de la empresa ante la familia. No tiene ningún secreto.

—Tal vez no —dijo Dunstan—, pero quizá sea algo más. —Soltó un poco de humo por la comisura de los labios—. El bastón no ha estado permanentemente en poder de tu familia. Una vez se lo robaron a Aram Usher, tu tatarabuelo, y permaneció extraviado durante casi veinte años. Durante esos veinte años, tu familia vivió grandes desgracias: Aram murió en un duelo, su hijo Ludlow estuvo al borde de la muerte en varias ocasiones, se arruinó la carrera de Shann, la hermanastra de Ludlow, las tropas de la Unión invadieron Usherland, y los barcos de vapor, el ferrocarril y la empresa textil de tu familia se fueron al garete.

La avalancha de información dejó a Rix perplejo.

—¿Sugiere usted que el bastón guarda relación con todo eso?

—No. Son especulaciones, nada más. Esa época fue desastrosa para la familia Usher. Lo único que no resultó demasiado perjudicado fue la empresa de armamento. Amasó una fortuna durante la guerra civil, sobre todo porque Usher Armaments vendió rifles, municiones y piezas de artillería a los dos bandos. El viejo Aram era muy listo. Su corazón estaba con el sur, pero sabía que el norte arrasaría.

—¿Quién robó el bastón? —preguntó Rix, intrigado por los nuevos descubrimientos—. ¿Un criado?

—No. Un jugador mestizo de Nueva Orleans llamado Randolph Tigré. O por lo menos ése era

uno de sus nombres. Y he dicho «robado» en sentido figurado. La segunda esposa de Aram, Cynthia Cordweiler Usher, fue quien se lo dio.

—¿Por qué?

—Porque él le hacía chantaje. Ella era viuda de Alexander Hamilton Cordweiler, que poseía una línea de barcos de vapor, una red de ferrocarriles y la mayor parte de los corrales de ganado de Chicago. Cuando se casó con ella, Cordweiler tenía sesenta y cuatro años; ella, dieciocho.

—¿Y por qué le hacía chantaje?

A Dunstan se le había apagado la pipa y dedicó unos segundos a encenderla.

—Porque Cynthia Cordweiler Usher, tu tatarabuela, era una asesina. —Sonrió levemente al ver la expresión desolada de Rix—. Puedo contarte la historia, si quieres. He ido atando cabos de distintas fuentes, y también he hecho algunas conjeturas, gracias a lo que sucedió después. —Enarcó sus pobladas cejas—. ¿Qué? ¿Te atreves a escucharlo o no?

—Adelante —dijo Rix.

—Bien. Todo empezó en el verano de 1858. Ludlow, su hijo, tenía cuatro semanas. Aram estaba en Washington, de negocios. Si hubiera estado en su casa, las cosas habrían sucedido de otro modo. Total, que un caballero llegó de visita al Pabellón. Se quedó esperando en la planta baja mientras una criada subía su tarjeta al dormitorio de Cynthia...

El humo caracoleaba en torno a la cabeza de Dunstan mientras iba devanando la historia. Rix le escuchaba atentamente y se imaginaba que las volutas azules de humo eran caras, los fantasmas del pasado, que se congregaban en la habitación. El humo formaba imágenes; el Pabellón un soleado

día de verano, los rayos de luz que se colaban por las ventanas e iluminaban el entarimado del suelo. Una mujer hermosa, de rasgos acusados, en su cama, amamantando a su bebé. Y en su mano temblorosa, una tarjeta con el nombre de Randolph Tigré.

—Despídele —dijo Cynthia Usher a la doncella, una joven robusta de color llamada Righteous Jordan—. Estoy ocupada con mi hijo.

—Ya le he dicho que no iba usted a recibirle, señora. —Righteous medía casi un metro ochenta y tenía una voluminosa barriga, como un tonel—. Se lo he dicho claramente, pero él ha contestado que no le importaba, que le subiera la tarjeta.

—Bueno, ya la has subido. Ahora, baja y dile...

—Buenos días, señora Usher.

Fue una voz suave y aterciopelada, que puso a Cynthia la piel de gallina. Righteous se volvió, indignada. Randolph Tigré estaba apoyado indolentemente en el quicio de la puerta, vestido con un elegante traje marrón, con una fusta de montar en la mano. Sus dientes resplandecían en su bonita cara de color café con leche.

—¡Cielo santo! —exclamó Righteous, intentando interponerse—. ¿Es que no tiene usted decencia?

—No me gusta que me hagan esperar, así que te he seguido. La señora Usher y yo somos... viejos amigos. Ya puedes marcharte.

Righteous se ruborizó ante tamaña impertinencia. Que ese hombre hubiera entrado en la casa era un descaro... pero que presenciara cómo la señora Usher daba el pecho a su bebé era intolerable.

Sonreía como un gato, y Righteous tuvo el impulso de agarrarle por las solapas y hacerle bajar las escaleras. Pero no lo hizo porque era el hombre más guapo que había visto en la vida; el alfiler de topacio de su corbata negra era del mismo color que sus ojos, profundos e intensos; gastaba barba y bigote, cuidadosamente recortados. El tono cremoso de su tez hacía aparecer a Righteous, en contraste, como bañada en tinta china. Llevaba guantes de piel de becerro y botas inglesas de montar, relucientes. Ser un hombre libre, de color, era una cosa, pensó Righteous, pero hacer semejante ostentación en esos tiempos difíciles merecía un escarmiento.

—¡Salga de aquí mientras la señora Usher se arregla! —le amonestó Righteous, protegiendo a su señora.

Cynthia había dejado al niño sobre una almohada de brocado y se abotonó con calma el camisón hasta el cuello.

—No soy un carbonero... señorita —dijo Tigré, echando chispas por los ojos y con una velada amenaza en la voz—. No emplees ese tono conmigo. Dígaselo, señora Usher. Somos viejos amigos, ¿verdad?

—Sí —dijo Cynthia.

Righteous la miró con incredulidad.

—El señor Tigré y yo... nos conocemos. Ya puedes dejarnos solos.

—¡Señora! ¿Dejarla sola aquí? ¿En su dormitorio?

—Sí. Pero quiero que vuelvas dentro de un cuarto de hora para acompañar a la puerta al señor Tigré. Ahora puedes marchate.

La mujer dio un bufido y salió furiosa. Randolph Tigré se apartó para dejarla pasar, haciendo

un amago de reverencia. Después cerró la puerta y se volvió hacia Cynthia, con una sonrisa fría e insolente.

—Hola, Cindy —dijo él en voz baja—. Estás impresionante.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Te has vuelto loco?

—Vamos, vamos, ése no es lenguaje apropiado para una dama...

Tigré se paseó por el suntuoso dormitorio, acariciando las texturas del terciopelo azul, la caoba labrada y el encaje belga.

Cogió un frasco del tocador y examinó su intrincada decoración.

—Exquisito —murmuró—. Eres una mujer de palabra, Cindy. Siempre juraste que algún día poseerías cosas exquisitas... y mírate ahora, dueña y señora de Usherland.

—Mi marido regresará en cualquier momento. Te advierto que...

Tigré se echó a reír tranquilamente.

—No, Cindy. El señor Aram Usher se fue a Washington en tren ayer por la mañana. Seguí su coche hasta la estación. Es un hombre de aspecto atractivo. Bueno, tú siempre has perdido la cabeza por unos hombros cuadrados y unos pantalones ceñidos, ¿verdad?

Cogió un abanico japonés pintado a mano de su peana de cerámica y lo abrió, admirando sus colores.

—Has vuelto a cazar a otro rico, ¿eh? Primero a Alexander Cordweiler, y ahora a Aram Usher. —Tigré señaló con la cabeza al bebé, que hacía gorgoritos—. Supongo que es suyo...

—¡Debes de estar mal de la cabeza para atreverte a poner los pies en esta casa!

—En realidad nunca he estado más cuerdo. ¿No me encuentras bien?

Le enseñó los gemelos con topacios y se sacó un reloj del bolsillo, de oro y brillantes.

—Siempre he tenido suerte en el juego. Los barcos de vapor que van de Nueva Orleans a St. Louis están llenos de pardillos pidiendo a voces que les desplume. Me encanta hacerles ese favor. Claro que mi buena suerte necesita que le eche una mano de vez en cuando.

Se abrió el chaleco y dio unas palmaditas a la pequeña pistola que llevaba en una funda de cuero.

—Tu marido fabrica unas armas estupendas.

—Suelta lo que hayas venido a decirme o sal de mi casa. —Se le quebró la voz y la embargó la vergüenza.

Tigré se dirigió al otro extremo de la habitación y contempló el lago desde una ventana.

—Te he traído un regalo...

Se dio media vuelta y tiró al aire una moneda de plata que brilló en el rayo de sol que entraba por la ventana. La moneda cayó sobre la cama, junto a Cynthia. Ella fue a cogerla, pero se quedó helada a medio camino. Apretó lentamente el puño.

—Es un recuerdo de los viejos tiempos, Cindy. Pensé que te gustaría verla.

Ella había reconocido la moneda. No sabía cómo lo habría conseguido, pero su mente despierta se hizo cargo rápidamente de la situación: la monedita de plata podía arruinarle la vida.

Tigré se acercó a los pies de la cama. Ella percibió el aroma de su agua de colonia y su brillantina: viejos olores familiares que, advirtió horrorizada,

le aceleraron el pulso. Se abrazó las rodillas contra el pecho en actitud defensiva.

—¿A que me has echado de menos...? —le preguntó él—. Sí, se te nota. Siempre he sabido leer en tus ojos. Por eso formábamos tan buen equipo. Tú entretenías a los clientes con tus cuentos y tu risa... y después la ira divina descendía sobre sus cabezas. Yo nunca fallaba, ¿verdad? Pero morían felices, Cindy. No has de temer las llamas del infierno.

El bebé se echó a llorar. Cynthia abrazó a Ludlow.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ya no soy la misma mujer.

—Claro que no. ¿Cuántos millones heredaste de Cordweiler? ¿Diez? ¿Veinte? Tus barcos fluviales son muy cómodos, hay que reconocerlo. Juego mis mejores partidas de póquer en el *Bayou Moon*.

Su sonrisa se fue desvaneciendo para dar paso a una mueca de desprecio. Tigré acarició su fusta de cuero.

—Nunca has contestado a mis cartas. Empezaba a tener la sensación de que no querías volver a verme. Al fin y al cabo, yo fui quien te presentó a Cordweiler... ¿o ya se te había olvidado? Dime una cosa... ¿cómo lo hiciste? ¿Echaste raticida en un pastel? ¿Arsénico en el café?

Ella le miró fríamente. Ludlow se debatía en su regazo.

—Da igual —dijo él, dado un papirotazo con la mano—. Fuera como fuese, supiste no dejar pistas. Lo cual me lleva a preguntarme otra cosa: ¿Cuándo piensas matar a Aram Usher?

—Sal de aquí —susurró ella—. ¡Sal de aquí antes de que llame a la policía!

—¿Lo harías? No lo creo. En el fondo tú y yo somos iguales. Pero los martillos no son tu estilo. Lo tuyo son las palabras dulces y los besos húmedos. Estoy harto de esperar mi parte, Cindy... —Señaló impacientemente al niño—. Tiene hambre. ¿Por qué no te sacas la teta y le das de mamar?

Ella no le contestó. Tigré se apoyó contra el pie de nogal tallado de la cama.

—Yo también tengo que alimentarme. El día primero de cada mes me entregarás diez mil dólares en un sobre, en la suite Andrew Jackson del hotel Crockett de Asheville.

—¡Estás loco! ¡Yo no tengo tanto dinero!

—¿Ah, no?

Tigré se metió la mano en el bolsillo. Lanzó al aire un puñado de monedas de plata relucientes. Cynthia se encogió cuando éstas cayeron a su alrededor por la cama, dándole en la cara, contra la cuna del niño y por el suelo.

—Tengo una caja llena. Diez mil dólares, todos los meses. Incluso te demostraré lo razonable que soy: este mes me conformaré con cinco mil. Más ese bastón precioso que usa tu marido.

—¡Eso es una reliquia familiar! ¡Incluso duerme con él! Será imposible...

—Calla —dijo Tigré dulcemente—. Quiero el bastón. Lo admiré ayer, en la estación de ferrocarril. Quítaselo como sea, me da igual. Déjale sin sentido follando... Siempre has sido muy hábil para eso. —Miró al niño, que no cesaba de llorar—. ¿Es que no puedes hacer que se calle?

—No pienso dejarme chantajear —exclamó Cynthia, desafiante—. ¡No sabes con quién estás hablando! Soy Cynthia Cordweiler Usher. Mi esposo y yo nos queremos. ¡Él no escuchará tus porquerías!

Tigré se inclinó, con una mirada de rabia no contenida.

—Te olvidas de una cosa: yo sé dónde están enterrados los cuerpos. A la policía de Chicago le gustará saber quién eres en realidad. Aram Usher es un caballero; te echará de aquí a patadas en cuanto sospeche... ¡Maldita seas!

De pronto apartó la cuna y le arrebató el niño de las manos. Ella no soltó a su bebé, pero Tigré lanzó una carcajada y retrocedió rápidamente, agarrando al niño por el cuello.

—Hijo de puta chupatetas... —exclamó, con ojos enloquecidos.

Cynthia ya le había visto así en otras ocasiones y no se atrevió a proferir palabra.

—Si fueras mío, te retorcería el pescuezo y te tiraría por la ventana. ¡Venga, llora, llama a tu madre! ¡Llora!

—Dámelo —dijo ella, intentando desesperadamente mantener la calma.

Se le quebró la voz y le temblaban las manos al tenderlas hacia el niño. Tigré acercó la cara, sonriente, a la del pequeño.

—Me recordarás mucho después de que me haya ido, ¿verdad? Muy bien. Me gusta dejar mi marca.

Levantó al niño por encima de Cynthia y lo soltó como un saco de ropa sucia. Mientras ella lo cogía, Tigré le desgarró el camisón de arriba a abajo. Los botones saltaron por los aires, dejándole los dos pechos fuera. Ella abrazó al niño contra su pecho y éste empezó a mamar.

—Señora Usher... —llamó Righteous desde la puerta—. ¿Se encuentra bien, señora?

Tigré le colocó la fusta junto a la mejilla.

—Sí —dijo ella en un susurro. Y luego, más alto—: ¡Sí! Estoy... estoy bien. El señor Tigré ya se iba.

—Recuerda lo que te he dicho. Cinco mil dólares y el bastón. Y después, diez mil al mes. —Le acarició el pómulo con la fusta—. Eres muy guapa, Cindy. Siempre fuiste una belleza. ¿Me vendrás a visitar personalmente al hotel Crockett?

—¡Fuera! —exclamó ella.

—Estaré esperando el primer pago —le dijo él, retirándose hacia la puerta.

Se detuvo y le dedicó una graciosa reverencia antes de salir de la habitación.

Cynthia dejó al niño y se puso a recoger rápidamente las monedas. Las metió precipitadamente en la funda de la almohada; más tarde ya resolvería lo que hacía con ellas.

Una semana más tarde, el bastón de Aram desapareció del salón. Los criados registraron el Pabellón entero sin encontrarlo. Cynthia insinuó que lo habría robado algún criado para venderlo. Aram se pasó muchas horas encerrado en su habitación, desconsolado, después de despedir a la mitad de la servidumbre. Cynthia pasó ese tiempo sola, cuidando al niño, que dormía en una cuna tapizada de piel junto a su cama.

A los tres meses, un grito de Cynthia despertó en plena noche a Aram, que se dirigió a toda prisa a su dormitorio. Al entrar la encontró estrangulando a su hijo; Ludlow tenía la cara amoratada y su cuerpecito se agitaba en busca de aire. Aram le arrebató al niño de las manos, pero ella gritó:

—¡Se está asfixiando!

Aram descubrió que el bebé tenía algo en la garganta.

Le abrió la boca y le metió un dedo.

—¡Ayúdale! —suplicaba Cynthia frenéticamete.

Aram agarró al niño por los talones, intentando que escupiera el objeto. Ludlow seguía asfixiándose. Cynthia llamó al timbre para convocar a los criados. La alarma resonó por los pasillos, en un horripilante coro fúnebre.

Keil Bodane, el hijo del viejo Whitt, fue el primero en llegar al dormitorio. Se abalanzó sobre Aram, cogió al niño, lo puso boca abajo y le dio una palmada a la espalda. Luego otra. Y otra.

El bebé emitió una tos gutural. Algo tintineó en el suelo y salió rodando. Entonces Ludlow empezó a berrear, ahuyentando la muerte. Sollozando, Cynthia lo cogió en brazos y empezó a acunarlo.

—¿Qué es esto?

Aram se agachó, recogió algo y lo acercó a la luz. Cynthia vio el reflejo de la plata... y se le cortó el aliento.

—Los Sauces —leyó Aram en la moneda—. Habitación número cuatro. Cindy.

Cuando levantó la cara para mirarla, ostentaba ya la dura máscara que conservaría durante el resto de su vida.

—Explícame cómo es posible que una casa de putas por poco asfixiara a mi hijo.

Wheeler Dunstan observó atentamente a Rix.

—Cynthia debió de perder una de las fichas cuando las recogió. Se quedaría en alguna parte de la cuna del niño. Y Ludlow se la tragó. Y así se reveló el secreto. A los dieciséis años trabajaba como prostituta en un burdel de Nueva Orleans.

—¿Qué ocurrió después? ¿Se divorciaron?

—No. Creo que la amaba de veras. Ya había estado casado, con una joven china de San Francisco, de la que tuvo una hija, Shann, que en 1858 tenía doce años y estaba estudiando música en París. Pero Aram admiraba la habilidad de Cynthia para los negocios, y por supuesto adoraba a Ludlow. El divorcio hubiera arruinado a Cynthia socialmente, y es muy probable que económicamente también.

—¿Qué pasó con Tigré? Si tenía tanto dominio sobre ella, no abandonaría así como así...

—Aram le encontró en el hotel Crockett... Estaba donde el Crockett Mall... Y le retó públicamente en duelo. Los duelos estaban prohibidos, por supuesto, pero Aram Usher tenía muchas relaciones en las altas esferas. Cynthia le suplicó que no lo hiciera porque Randolph Tigré era un gran tirador, pero él no le hizo caso. Se batieron en un campo, no muy lejos de aquí. Tigré llevó el bastón. Se batieron con una pareja de pistolas Usher chapadas en oro.

Dunstan guardó silencio un momento, sin dejar de fumar.

—No hubo competencia. Tigré le dio entre los ojos y Aram Usher cayó muerto allí mismo.

—¿Y Tigré regresó a por Cynthia?

—No —repuso Dunstan—. Aram la quería. Quería proteger a su mujer y a su hijo. Cuando Keil Bodane fue a comprobar la pistola de Aram, descubrió que no estaba cargada. No la cargó. En una palabra, Aram se suicidó. Y Randolph Tigré, un hombre de color con reputación de jugador, había cometido un asesinato. Tigré fue obligado a dejar el estado. Aún muerto, Aram fue el vence-

dor. Su testamento estipulaba que Cynthia se haría cargo de la empresa y de la finca hasta que Ludlow cumpliera dieciocho años.

—¿Y el bastón? —preguntó Rix—. ¿Cómo volvió a la familia?

—Ésa es una pregunta a la que no puedo responder. Ludlow lo recuperó... pero no sé cómo —Dunstan se sacó la pipa de la boca—. Hay montones de preguntas sin respuesta. A veces creo que nunca las resolveré. Este libro es tan importante para mí... tanto...

Dunstan entrelazó las manos y se le contrajeron los músculos de los antebrazos.

—Llevo seis años trabajando en él, pero hace muchísimo tiempo que lo tengo en mente.

—¿Desde su accidente? —aventuró Rix—. Edwin me lo ha contado. Lo siento.

—Vaya —dijo Dunstan con amargura—. Tú lo sientes, pero mi esposa está muerta, mi hija sufre secuelas físicas y emocionales y yo estoy inválido. Mientras, Walen Usher se sentó detrás de un muro de abogados que alegaron que yo estaba borracho cuando chocamos. Él volvió a su casa del Pabellón y yo tuve que luchar con uñas y dientes para conservar mi periódico. Ya sé cómo funciona la mente de los Usher: coge lo que quieras, cuando quieras, y a la porra con las consecuencias. Desde aquel momento he deseado averiguar todo lo posible sobre los Usher. Y pienso terminar el libro, haga lo que haga tu familia conmigo. Y entonces, por mi madre, la gente sabrá toda la verdad: que los Usher tienen la moral de los gusanos, que no poseen el más mínimo escrúpulo y que venden su alma por el dólar todopoderoso.

Rix iba a protestar, pero lo reconsideró. Se dio

cuenta de que su presencia en aquella casa era la prueba de lo que acababa de decir Dunstan; moralmente estaba traicionando a su familia, por el dinero y el reconocimiento que le depararía ese libro. Pero no tenía otra elección. Si quería controlar ese proyecto, primero tenía que ganarse la confianza de Dunstan.

—¿Cómo puedo ayudarle? —preguntó tranquilamente.

Dunstan se lo quedó mirando en silencio, pensativo.

—Muy bien —dijo al fin—, si de verdad deseas ayudarme, te daré una oportunidad. Ya te he dicho que necesito la respuesta a algunas preguntas: ¿Cómo recuperó Ludlow el bastón? ¿Cómo murió Cynthia Usher, y cuándo? ¿Qué le pasó a Shann? —Tenía una fría mirada de determinación—. Ludlow fue un joven genio con una memoria fotográfica. He leído que se construyó un laboratorio en el sótano del Pabellón, para sus inventos. ¿De qué se trataba? Y hay otra pregunta... una más amplia, y probablemente la más importante de todas.

—¿Cuál?

Dunstan sonrió ligeramente, con expresión arrogante.

—Primero averigua lo otro. Después ya volveremos a hablar.

—¿Y me enseñará el manuscrito?

—Tal vez —dijo Dunstan.

Rix se levantó para marcharse. De momento, tendría que jugar según el dictado de Dunstan.

—Volveré —dijo camino de la puerta.

—¡Rix! —le llamó Dunstan.

Rix se detuvo.

—Ten cuidado. No conoces a Walen como yo lo conozco.

Rix abandonó la casa y se dirigió a su coche bajo un cielo cargado de nubes.

28

Al dejar a Dunstan, Rix no se detuvo en la mansión Usher y continuó hacia el Pabellón. No tenía prisa por volver a su casa, donde habían precintado todos los interruptores de la luz. Esa noche tendría que llevar a cabo su investigación en la biblioteca a la luz de las velas. El hedor de Walen había aumentado; acechaba a Rix por todos los rincones, se colaba por debajo de las puertas e impregnaba la ropa de su armario. A la hora del desayuno, cuando Rix anunció lo que le había pedido su padre, Margaret se quedó como una estatua, con el tenedor a medio camino de la boca; después había parpadeado, había dejado el tenedor y le había mirado como si Rix hubiera perdido el juicio.

Katt también se había quedado pasmada.

—¿Quieres decir que tendremos que vivir a oscuras?

—Eso ha dicho. Podemos utilizar velas, desde luego. En casa tenemos suficientes candelabros de plata para iluminar una catedral.

—¿Ninguna luz eléctrica? —preguntó Margaret en voz baja y tensa.

El brillo apagado de sus ojos inquietó a Rix; su madre se hallaba al borde del colapso nervioso.

—¿Ni una?

—Lo siento. Ha dicho que nada de luz ni de aparatos eléctricos, excepto los de la cocina.

—Sí —murmuró ella—, claro. Si no, ¿cómo íbamos a comer?

—Me sorprende que papá no te llamara a ti para darte el recado —dijo Rix a Katt—. No creía que confiara tanto en mí.

Katt le dedicó una sonrisita forzada.

—Eso ha sido porque sabe que detesto la oscuridad —dijo nerviosa—. Tengo que dormir con una luz encendida. Y él lo sabe. Ya sé que es una estupidez, pero... me da miedo la oscuridad. Es como si... me acechara la muerte o algo así.

—Bueno, no será tan desagradable... Encenderemos muchas velas. Podemos pasearnos por la casa como en las películas de Vincent Price.

—¡Pues vaya una gracia! —exclamó Margaret—. Estamos en una situación de emergencia y tú te dedicas a hacer bromitas tontas. ¡Dios mío! —Levantó la voz en tono estridente—. ¡Tu padre está enfermo y tú haces bromas! ¡La familia está en crisis y tú haces bromas! ¿También hiciste bromas cuando te encontraste a tu mujer muerta en la bañera?

Rix logró controlarse y no arrojó el plato del desayuno contra la pared. Se tragó lo que tenía en la boca y salió del comedor en cuanto pudo.

Vio las chimeneas y los pararrayos del Pabellón entre el follaje, y aminoró involuntariamente la velocidad del Thunderbird. Ante él, los adoquines del puente mostraban la marca y el desgaste de cien años de cascos de caballerías, ruedas de carruajes y neumáticos de automóviles. El viento rizaba las negras aguas del lago, y unos patos comían entre las hierbas de los bajos rocosos.

El Pabellón era como una montaña, con las ventanas tapiadas, el corazón callado de Usherland. ¿Qué acontecimientos habría presenciado? ¿Qué secretos albergaría entre sus muros?

Rix oyó el zumbido del Jetcopter que se acercaba y al levantar la vista le vio sobrevolar el Pabellón y virar hacia el helipuerto de la mansión. Los pájaros, asustados, huyeron volando de los árboles. ¿Quién vendría esta vez? ¿Los dos hombres que había visto hacía dos días? Si Walen les permitía utilizar el Jetcopter, ahora que no podía soportar el menor ruido, era evidente que consideraba su visita importantísima. Walen estaba trabajando en su último proyecto. ¿De qué se trataba? ¿Qué habría estado investigando en los documentos antiguos? Un movimiento cerca del Pabellón le llamó la atención. Había un caballo palomino atado junto a la puerta cochera que cerraba la entrada principal al Pabellón. Asustado por el rugido del helicóptero, el animal tiraba del bocado. Pero las bridas aguantaron, y al cabo de un par de minutos el caballo se tranquilizó.

Rix pensó que habría alguien en el interior del Pabellón. ¿Boone? ¿Katt? ¿Qué harían allí dentro, merodeando a oscuras?

Rix apretó los dedos sobre el volante. Avanzó unos metros más por el puente y detuvo el coche. Logró adelantar otro poco, muy despacio, como si temiera que las piedras se hundieran bajo su peso. En mitad del puente, Rix sintió correrle el sudor por debajo de los brazos. El Pabellón parecía llenar todo el horizonte. Cuando llegó al otro lado del puente, advirtió que la fachada del Pabellón estaba cubierta de grietas diminutas. En algunas zonas se habían caído trozos de piedra y de mármol

al suelo. Cadáveres en descomposición de pájaros tapizaban el pie de sus muros; las plumas se hallaban aprisionadas como copos de nieve en los setos y los arriates de flores, muy descuidados. Esculturas ornamentales de faunos, centauros, Górgonas y otras criaturas mitológicas se alzaban por la isla, coronando las fuentes de mármol, bordeando los paseos y puntuando los jardines abandonados. Rix contempló a través del parabrisas la formación de gárgolas y estatuas que decoraban los aleros del caserón. Desde el tejado, de más de treinta metros de altura, los leones de piedra vigilaban su avance.

El Pabellón necesitaba cuidados urgentes. Las enredaderas trepaban por sus muros, agarradas a las grietas. Manchas negras indicaban sus humedades. La entrada estaba llena de baches y el césped de la isla se había agostado, mostrando la tierra pelada y pedregosa.

Rix detuvo el coche. No había estado tan cerca del Pabellón desde que era niño; le sorprendió que su sensación de terror irracional se convirtiera poco a poco en admiración. Daba igual lo que hubiera pensado en su día; sabía que el Pabellón había sido una obra maestra asombrosa. La artesanía que había labrado las gárgolas, los florones, los arcos, los balcones, los arabescos y las torretas era realmente majestuosa; gran parte del trabajo no podría ser reproducido de nuevo en ese momento, a ningún precio. ¿Cuánto valdría un palacio semejante? ¿Treinta millones de dólares? Eso como mínimo, sin contar los muebles. Condujo el coche hasta la puerta cochera. El caballo estaba atado a una de las argollas de hierro, junto a la escalinata de piedra que ascendía hasta el macizo portón de roble. Rix paró el motor, pero no se apeó del Thunderbird.

El portón estaba abierto de par en par. Lo coronaba el escudo en mármol verde y negro de los Usher: tres leones rampantes separados por bandas.

Rix no tuvo que esperar mucho rato. A los de diez minutos salió Boone por la puerta, blandiendo una linterna de lente abombada. Se detuvo en seco al ver el Thunderbird; después se recobró, cerró el portón y bajó las escaleras.

Rix bajó el cristal de su ventanilla.

—¿Qué tal? —Se le quebró la voz; delante del Pabellón se sentía estúpidamente inquieto.

Boone apartó de una patada unas hojas muertas que habían caído en la escalinata.

—¿Qué haces aquí, Rixy? —preguntó sin mirar a su hermano—. ¿Me estabas espiando?

—No. ¿Es que hacías algo que valiera la pena espiar?

—No te hagas el listillo —dijo Boone con aspereza—. Pensaba que no te gustaba acercarte al Pabellón.

—Y no me gusta. Vi el caballo desde la orilla.

—Así que cruzaste el puente para echar un vistazo, ¿eh? —Boone sonrió maliciosamente—. ¿O es que querías observar el Pabellón de cerca?

—Tal vez las dos cosas. ¿Qué estabas haciendo ahí dentro?

—Nada... vengo algunas veces a echar un vistazo. No es nada malo, ¿verdad?

—¿No te da miedo perderte?

—No me da miedo nada. Además conozco muy bien la planta baja. No es difícil cuando has averiguado la situación de los corredores.

—¿Ya sabe papá que vienes a merodear por aquí?

Boone sonrió con frialdad.

—No. ¿Por qué habría de saberlo?
—Por curiosidad.
—La curiosidad mató al gato, Rixy. Me me sorprendes, ¿sabes? A lo mejor tienes más agallas de lo que pensaba. Después de lo que te sucedió aquí dentro, creía que nunca te atreverías a acercarte tanto al Pabellón. ¿Cómo te sientes, Rixy? ¿Te acuerdas de cuando te perdiste? ¿Te acuerdas de las tinieblas que se cernían sobre ti, de tus gritos que nadie podía oír?
Boone se inclinó hacia el coche y encendió y apagó la linterna en las narices de Rix.
—He traído una luz. ¿Qué te parece si entramos en el Pabellón otra vez, los dos juntos? Te pasearía por toda la casa. ¿Qué te parece?
—No, gracias.
Boone resopló.
—Ya me lo imaginaba. Mientras estás dentro del coche, te sientes a salvo, ¿eh? El malvado Pabellón no puede hacerte nada ahí dentro. Oye, deberías ser como los protagonistas de tus libros, que tienen agallas para meterse en sitios oscuros.
Era el momento de atacar.
—Papá me lo ha dicho —dijo Rix—. Lo de los monstruos.
La sonrisita de Boone empezó a difuminarse mientras sus ojos adquirían una expresión de fiereza, como la de un animal atrapado y sin escapatoria. Después logró controlarse y dijo tranquilamente:
—Así que te lo ha dicho ¿eh? ¿Y qué? Dirijo un negocio. Coloco artistas de feria en todo el sudeste. El año pasado gané medio millón de dólares.
—¿Y a qué vienen los engaños? ¿No quieres que mamá y Katt sepan a qué clase de artistas representas realmente?

—Ellas no lo entenderían. Les parecería poco para un Usher. ¡Pero es un error, Rixy! Hay mucha demanda de monstruos. Gente sin brazos, sin piernas, enanos, chicos con la piel de cocodrilo, hermanos siameses, bebés y animales deformes... ¡La gente paga por verlos! Y alguien tiene que sacarle provecho. Y además hay que encontrarlos. Lo cual no es una tarea tan fácil como tú te figuras.

—Parece una carrera muy compasiva —dijo Rix.

Se imaginó a su hermano recorriendo fincas polvorientas, donde algún animal deforme tiraba de sus cadenas en el establo, o negociando con algún abortista de mala muerte que conservaba los fetos «especiales» en jarras de formol.

—¿Y ahora qué? ¿Piensas proclamárselo al mundo a voz en grito?

—Si no te diera vergüenza lo que haces, yo no pensaría que te importa.

Boone dejó la linterna sobre el capó del Thunderbird. Se cruzó de brazos y miró a Rix con expresión dura, como muerta.

—Deja que te diga cómo están las cosas, Rixy. Cuando papá me legue la finca y las empresas, yo puedo hacer dos cosas: concederte una asignación o dejarte sin blanca.

Rix se echó a reír. Tenía la mano en la manivela de la ventanilla para subirla si Boone intentaba agredirle.

—¡Papá va a dejar la herencia a Katt! ¿Te enteras?

—Claro. ¡Y yo soy marciano! Ese negocio no puede dirigirlo una mujer. Yo tengo grandes ideas, Rixy. Para la finca y para la empresa.

Rix permaneció en silencio, y Boone prosiguió:

—Hay una ciudad en Florida, cerca de Tampa, donde sólo viven monstruos. Es una ciudad entera sólo de monstruos. Por supuesto, no dejan entrar a los turistas. Pero yo pienso levantar una ciudad entre Foxton y Usherland, y la voy a llenar de monstruos... Después vendrá la gente, y pagará por entrar a verlos y pasearse por donde quiera. Será un espectáculo las veinticuatro horas del día, trescientos sesenta y cinco días al año.

Los ojos de Boone brillaban de excitación.

—¡Sería como Disneylandia, con trenecitos y todo! ¡Y si te portas bien, te haré descuento!

Rix se quedó mudo de asombro. Boone sonreía de oreja a oreja, con la cara arrebolada. Cuando Rix recobró el habla, le salieron las palabras a trompicones.

—¿Te has vuelto loco? ¡Es la idea más repugnante que he oído en mi vida!

La sonrisa de Boone se resquebrajó. Rix descubrió un asomo de dolor en la mirada de su hermano, algo nunca visto, y comprendió que Boone le había confesado su sueño, un sueño muy retorcido, tal vez, pero el sueño de su vida. Durante un instante, Rix pensó que Boone reaccionaría con su furia habitual, pero no, se enderezó con orgullo.

—Sabía que no lo entenderías. Serías incapaz de reconocer una buena idea, aunque te pinchara en el culo —le dijo.

Recogió la linterna y se dirigió hacia su caballo, desató las riendas de la argolla y se montó.

—Soy un hombre razonable. —Forzó una helada sonrisa—. Estoy dispuesto a concederos a Katt y a ti una asignación, siempre y cuando los dos viváis a más de mil kilómetros de Usherland.

—Seguro que Katt tendrá algo que objetar.

—Me dejará tranquilo si sabe lo que le conviene.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que yo sé algunas cosas sobre nuestra hermanita que te dejarían helado, Rixy. Papá nunca le dejará Usherland. Será mío. Ya lo verás. ¡Arre!

Espoleó al caballo en los flancos y se alejó al galope por el puente.

¡Hijo de puta!, pensó Rix. Observó cómo se alejaba Boone y luego arrancó el coche. Cuando estaba a punto de seguir a su hermano, echó un vistazo a la puerta del Pabellón.

Estaba abierta de par en par.

Él había visto cómo Boone la cerraba. Se levantó un remolino de hojas muertas de la escalinata y se coló por las fauces del Pabellón.

Rix se quedó mirando asombrado la puerta abierta. Era una invitación, se le ocurrió de repente. Quiere que me acerque. Soltó una risita nerviosa, pero no apartó los ojos de la entrada.

Después hizo un esfuerzo y se apeó del automóvil. Dio el primer paso y el segundo sin dificultad; al tercero, se le aflojaron las rodillas.

Al otro lado de la puerta la oscuridad no era total. Logró distinguir el contorno de los muebles en la penumbra, y una alfombra violeta y oro sobre el suelo sembrado de hojas. Había unas figuras entre tinieblas que parecían estar observándole.

«Deberías ser como uno de los protagonistas de tus libros», le había dicho Boone en son de mofa.

Ascendió los últimos escalones. El estómago empezó a hacerle extraños ruidos cuando se plantó ante el umbral del Pabellón, por primera vez en más de veinte años.

En sus pesadillas había visto el Pabellón como un lugar polvoriento, horrible y encantado. Lo que vio en ese momento le dejó pasmado.

Ante sus ojos se extendía un vestíbulo hermoso y elegante, tal vez dos veces mayor que el salón de la mansión. De sus paredes de mármol blanco sobresalía una docena de manos de bronce de tamaño natural, para recibir los abrigos y sombreros. Advirtió que las figuras que le observaban eran esculturas de faunos y querubines, vueltos hacia la puerta, con los ojos de rubíes, esmeraldas y zafiros. Colgando de la bóveda del techo brillaba una inmensa araña de cristal. Más allá del vestíbulo, unos cuantos escalones conducían a la zona de recepción, con el suelo de baldosas de mármol blancas y negras. En el centro se alzaba una fuente, en ese momento vacía, con criaturas marinas reclinadas en rocas. El resto de la casa estaba sumido en la oscuridad.

Rix había olvidado la magnificencia de su interior. Tan sólo las esculturas del vestíbulo valdrían una fortuna. La perfección del trabajo del mármol, los techos y las manos de bronce de las paredes le dejó apabullado.

Se imaginó el aspecto del Pabellón durante una de las fiestas de Erick, deslumbrante de luces y alegría. De la fuente manaría champán, y los invitados se llenarían las copas sumergiéndolas desde el borde. Le asaltaron aromas del pasado: el perfume de las rosas, el bourbon de Kentucky, los puros habanos y las mantelerías almidonadas. Desde lo más hondo del Pabellón le pareció oír el eco de voces sobrenaturales: débiles risas femeninas, un grupo de hombres embriagados coreando alguna cancioncilla indecente, una conversación de negocios

a media voz, la atronadora voz de un hombre pidiendo más champán. Todo ello se superpuso, cambió y se convirtió en un aterciopelado susurro que decía:

—Rix...

Rix sintió la voz en los huesos. El viento se arremolinó, acariciándole la cara con sus fríos dedos.

—Rix...

Las hojas bailaban por el suelo del vestíbulo. El viento arreció, y Rix experimentó una succión que intentó hacerle traspasar el umbral. Las estatuas tenían los ojos fijos en él, las manos de bronce se tendían hacia él.

—Rix...

—No —dijo él, como hablando debajo del agua.

Cogió el enorme picaporte de bronce e intentó cerrar el portón. Pero era muy pesado y le pareció que se le resistía. Al tirar de él, creyó percibir un movimiento en la penumbra, junto a la fuente de mármol. Era un movimiento lento y sinuoso, como el de un animal estirándose. Después dejó de verlo y la puerta se cerró con un portazo siniestro.

Rix se dio media vuelta bruscamente y bajó las escaleras. Después se montó en el Thunderbird. Estaba temblando y tenía un nudo en el estómago de la tensión. ¿Con quién había hablado?, se preguntó. ¿Qué había ahí dentro, intentando retarle a abandonar la seguridad del umbral? Si el Pabellón tenía voz, pensó Rix, procedía de su propia imaginación y del gemido del viento por los largos pasillos y las habitaciones cavernosas.

Puso el motor en marcha y no pudo resistirse a la tentación de volverse para mirar el Pabellón.

El portón estaba abierto de par en par.

Metió la marcha y se alejó por el paseo de entrada, hacia el puente.

29

Rix entró en la sala de la mansión y se dirigió al mueble bar a servirse una copa. Mientras escanciaba un poco de bourbon en un vaso, su madre le dijo:

—¿Dónde has estado?

Rix se volvió al oírla. Estaba sentada en su butaca, frente a la chimenea, con un vestido blanco y un collar de brillantes. Rix terminó de servirse la copa y bebió un trago largo.

—¿Dónde has estado? —volvió a preguntarle su madre. ¿Fuera de la finca?

—He dado un paseo en coche.

—¿Por dónde?

—Por ahí... ¿Quién ha venido a visitar a papá?

—El general Mc Vair y el señor Meredith, de la fábrica. No cambies de tema. No me gustan demasiado tus desapariciones repentinas.

—De acuerdo.

Rix se encogió de hombros, intentando inventarse una excusa para calmar a su madre.

—He ido a Asheville, a ver a un amigo de la universidad. Después me he acercado al Pabellón.

Le temblaba la mano mientras se llevaba el vaso a la boca de nuevo. Lo que había sucedido en el Pabellón hacía poco le parecía tan vago y extraño co-

mo un sueño inquietante y medio olvidado. Se sintió asustado e irritable, y la imagen de la puerta abierta y la magnificencia del Pabellón no se le quitaban de la cabeza.

—¿Dónde está Katt? —preguntó. Había advertido la ausencia de su Maserati rosa del garaje.

—También se ha ido a Asheville. A veces sale a comer con sus amigas.

—Así que ella puede salir cuando quiera pero yo no, ¿eh?

—No entiendo tus entradas y tus salidas —dijo su madre, observándole atentamente—. ¿Has dicho que has ido al Pabellón? ¿Por qué?

—Pero bueno, qué es esto, ¿un interrogatorio? Sí, he ido al Pabellón. Por ninguna razón en especial. Y he visto a Boone. También estaba allí. Estaba merodeando dentro con una linterna.

Margaret contempló las llamas del hogar.

—Le encanta el Pabellón. Me lo ha dicho cientos de veces. Entra y recorre sus pasillos. Pero yo le he advertido, Rix. Le he dicho que no confíe en el Pabellón.

Rix apuró su copa y la dejó en una mesa.

—¿Que no confíe en el Pabellón? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir exactamente eso —repuso ella en tono neutro—. Le he advertido que un día... algún día, el Pabellón no le dejará volver a salir.

—El Pabellón no es un ser vivo —dijo Rix.

Pero recordó los aromas y los sonidos que había imaginado, el débil susurro de su nombre, como si alguien le llamara, el movimiento oscuro junto a la fuente de mármol. Se preguntó qué habría sucedido si él se hubiera decidido a proseguir hacia el interior del Pabellón. ¿Y si se hubiera ce-

rrado la puerta, encerrándole? ¿Se habrían alargado y deformado las habitaciones como cuando era niño?

Su madre permaneció un momento callada como si no le hubiera oído. Después dijo en voz baja:

—A mí también me gustaba. Walen y yo vivimos allí durante los últimos días de vida de Erick. Fue una época terrible, pero aun así... yo creía que el Pabellón era la casa más hermosa del mundo. Walen me advirtió que no deambulara sola por sus pasillos, pero yo era una joven estúpida y tozuda. Decidí explorarlo por mí misma. Pasé de una habitación exquisita a la siguiente. Recorrí los pasillos interminables. Subí por escaleras que nunca había visto... y que nunca volví a ver.

Margaret miró a su hijo.

—Estuve perdida diez horas y no había pasado tanto miedo en mi vida. Para ti debió de ser espantoso entonces... Si Edwin no te hubiera encontrado, sólo Dios sabe lo que podía haberte ocurrido.

—Fue un milagro que no me rompiera el cuello en aquella escalera —dijo Rix.

—No sólo eso... No sólo eso.

Margaret hizo una pausa, como sopesando si continuar o no. Cuando tomó la palabra, bajó mucho la voz.

—Erick siempre estaba construyendo cosas y más cosas en el Pabellón. Las obras se acabaron no porque concluyera el trabajo sino porque los obreros no pudieron terminarlo.

—¿Por qué? ¿Es que no les pagaba lo suficiente?

—Oh, claro que les pagaba. Les pagaba salarios de fábula. Pero Walen me dijo que lo dejaron porque tenían miedo. La víspera de nuestra boda entraron treinta obreros en el Pabellón. Sólo salieron

veintiocho. Los otros dos... en fin, no salieron. Ni aquel día ni nunca. Siempre he pensado que el Pabellón no los dejó salir, en cierto modo.

Rix nunca había oído a su madre hablar así del Pabellón Usher. Se sintió nervioso, a la vez que fascinado.

—¿Por qué decidisteis papá y tú dejar el Pabellón tras la muerte de Erick?

—Porque era demasiado grande. Y yo nunca superé la sensación de perderme entre sus muros, casi... como si estuviera a la merced del Pabellón. Además, el Pabellón no está seguro. Se notaban los movimientos del suelo bajo los pies. En el centro de la casa, las paredes se agrietaban. —Margaret manoseaba nerviosamente sus sortijas—. No tapiamos las ventanas por los pájaros, Rix; las tapiamos porque no dejaban de romperse los cristales. A lo largo de los años no quedó una ventana entera, estallaban. No sé a qué sería debido... Cuando vivíamos allí me aterrorizaban las tormentas. Las tormentas particularmente violentas, cuando el trueno hacía vibrar toda la casa, me volvían loca de miedo. Era entonces cuando estallaban las ventanas.

Tormentas, pensó Rix. Recordó los temores de Ludlow, reflejados en el diario de Nora, y las observaciones de ésta sobre los estremecimientos del caserón. Erick había dicho que el Pabellón se alzaba en una zona propensa a los terremotos. Rix se preguntó si las tormentas serían capaces de provocar terremotos.

—Creo que la afición de Boone al Pabellón es una locura peligrosa —dijo Margaret—. Últimamente ha estado insistiendo para que volviéramos a conectar la electricidad. No me sorprendería que

quisiera mudarse allí. —Vaciló, y Rix captó su desaliento—. Siempre he pensado que el Pabellón atrae los rayos y los truenos, con todos sus pararrayos y sus torreones. Cuando se forma una tormenta en las montañas, parece que va derecha al Pabellón —dijo con un asomo de repulsión—. Cuando los truenos son muy fuertes, se estremece todo el edificio.

—Hubo un terremoto por aquí en 1892 o 1893, ¿verdad? ¿Sabes si causó daños en el Pabellón?

Ella le miró interrogante, como si se preguntara de dónde había sacado esa información.

—No lo sé, pero no me extrañaría. Hace cuatro años, mientras yo estaba sentada aquí mismo, casi todas las ventanas de la fachada norte saltaron por los aires. Hubo que llevar al hospital a una de las criadas. Cass se hizo un corte en un brazo. Y muchas veces los platos tiemblan encima de la mesa del comedor. Así que es probable que haya temblores de vez en cuando, aunque eso no es nada en comparación con lo que ocurría en el Pabellón en el ojo de la tormenta.

—¿Las ventanas de la fachada norte?

Rix cruzó la habitación, en dirección a la ventana orientada hacia el norte, y corrió la cortina. La vista daba a Briartop Mountain y al Pabellón.

—No me había enterado —dijo.

—Después de que ocurriera, nunca lo hemos comentado entre nosotros. Walen dijo que era una cosa rara, que tenía que ver con la presión del aire, que algún reactor había roto la barrera del sonido o algo por el estilo. Recuerdo que se llenó todo de agua y se puso perdido.

Rix se volvió hacia su madre.

—¿También sucedió durante una tormenta?

—Sí, sí. Toda la alfombra estaba llena de cristales, y yo tuve la suerte de mirar hacia otro lado cuando la ventana estalló hacia dentro del cuarto.

—¿Estalló hacia dentro? —preguntó Rix.

Ella asintió. Rix reflexionó si habría alguna relación entre los terremotos, las tormentas y el Pabellón. Su madre había dicho que las ventanas del Pabellón estallaban hacia fuera. Ello parecía indicar alguna turbulencia del aire, en lugar de un terremoto... tal vez una onda expansiva, pensó. Pero una onda expansiva, ¿de qué?

—Voy a decirte una cosa que nunca le había dicho a nadie —le dijo Margaret, mirando el fuego y eludiendo su mirada—. Odio Usherland con toda mi alma.

Lo expresó con tal convicción que Rix no pudo responderle. Había creído durante toda su vida que su madre adoraba la magnificencia de Usherland, que no le gustaría vivir en ninguna otra parte del mundo.

—Al principio —continuó ella—, pensaba que Usherland era el lugar más hermoso del mundo. Tal vez lo sea. Yo quería a Walen cuando me casé con él. Y todavía le quiero. Bueno, él siempre ha sido un solitario; no necesita realmente a nadie, y yo lo comprendo. Pero antes de que Erick le cediera el cetro, Walen era un hombre feliz y despreocupado. Yo le vi la tarde en que salió de la habitación insonorizada de Erick, con el bastón en la mano. Y te juro que parecía que hubiera envejecido diez años. Se encerró en su estudio durante tres días y tres noches, y al cuarto día salió, por la mañana, porque Erick había fallecido esa noche. —Levantó la barbilla y clavó sus ojos velados en los de Rix—. Desde aquel día, Walen fue distinto. Dejó de son-

reír y se entregó de cuerpo y alma a su trabajo. —Se encogió de hombros—. Pero yo aguanté. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me dediqué totalmente a vosotros, mis hijos...

—¿Y crees que Usherland tiene la culpa del cambio de papá?

—Antes de la cesión del cetro, tu padre y yo salíamos de vacaciones. Fuimos a París, a la Costa Azul, a Madrid y a Río de Janeiro. Pero cuando Walen se convirtió en el dueño de Usherland, se negó a salir de aquí. Siempre tenía trabajo que hacer. Usherland nos ha atrapado, nos ha hecho prisioneros. Ésta es nuestra jaula de oro —dijo señalando las paredes—. Pronto el cetro volverá a cambiar de manos. Me compadezco de quien lo acepte. Los otros seréis libres para vivir vuestra vida como mejor os plazca. Espero que los dos viváis bien lejos de Usherland.

Margaret emitió un suspiro muy hondo, sin fuerza, como aliviada de una enorme carga. Rix se le acercó. Parecía frágil y cansada, una vieja embadurnada de maquillaje. Rix pensó que su madre no viviría mucho tiempo después de la muerte de Walen. Todo lo que ella era, su identidad absoluta, estaba imbricado en Usherland. Katt insistiría, por supuesto, en que permaneciera allí, pero la vida de Margaret había sido un objeto de decoración en la casa de Walen Usher.

Sintió una arrebatadora oleada de compasión por ella. Se preguntó cómo era posible que sus propios padres fueran unos auténticos extraños para él. Se inclinó a darle un beso en la mejilla.

Ella se removió, incómoda, y apartó la cara.

—No. Hueles a bourbon.

Rix se incorporó y se quedó rígido. El silencio fue interrumpido por una llamada a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Rix secamente.

Se abrió la puerta, y una doncella asomó prudentemente la cabeza.

—Señora Usher... Los caballeros desean hablar con usted, señora.

—Que pasen —dijo Margaret.

Rix observó la transformación de su madre, tan súbita como si le hubieran dado a un interruptor. Se levantó de su butaca y se dirigió a recibir a los visitantes con el movimiento suave y experto de la perfecta anfitriona, con los ojos brillantes y una amplia sonrisa en los labios.

El hombre de uniforme, al que Margaret había identificado como general Mc Vair, penetró en la sala. Era un hombre corpulento, de rasgos duros, con espesas patillas grises, muy cortas, y los ojos pequeños, azules e intensos como el rayo láser. Le seguía Meredith, de la fábrica de armamento. Meredith llevaba un traje azul marino con chaleco y tenía el pelo rubio, muy corto, entreverado de gris. Se protegía los ojos con unas gafas de sol de aviador y llevaba un portafolios negro esposado a su muñeca izquierda.

—Discúlpenos —dijo el general Mc Vair con un exagerado acento sureño—. Señora Usher, queríamos pasar a despedirnos. Muchas gracias por su hospitalidad.

—Siempre son ustedes bienvenidos, general. Sé que Walen aprecia mucho sus visitas.

—Bueno, lamento interrumpirles en un momento como éste, pero me temo que los negocios son los negocios. —Desvió la mirada de Margaret a Rix.

—Oh, perdonen. Creo que no les había presentado a mi hijo menor. Rix, el general Mc Vair... lo

lamento, no recuerdo su nombre de pila. —Hizo un ademán de impotencia.

—Llámeme Bert, es como me llaman todos mis amigos.

Estrechó la mano de Rix con fuerza, como para molerle los nudillos. Rix se lo devolvió lo más fuerte que pudo, y sus miradas se encontraron como las de dos animales midiéndose el uno al otro.

—¿Conoces al señor Meredith?

—No nos conocíamos. —La voz de Meredith era grave y reservada, y hablaba con la boca torcida. No le tendió la mano.

Mc Vair examinó el rostro de Rix poro a poro.

—Se parece usted a su padre. Tiene la misma nariz y el mismo pelo. Su padre y yo hace años que nos conocemos. Nos salvó la vida en Corea mandándonos diez mil artefactos incendiarios que fueron un acierto. Desde luego, todo lo que produce su padre vale su peso en oro. —Sonrió ampliamente, mostrando una dentadura blanca y regular—. En platino, tal y como van los tiempos.

Rix señaló con la cabeza el portafolios de Meredith.

—¿Están trabajando en algo nuevo?

—Pues sí —repuso Meredith.

—¿De qué se trata, si puede saberse?

—Lo siento, pero es asunto reservado.

Rix se preguntó si sería el último proyecto de Walen. ¿Pendulum? Sonrió al general.

—¿No puede adelantarme algo?

—No, a menos que firme usted un montón de papeles y supere unas pesadas pruebas de seguridad, joven. —Mc Vair le devolvió la sonrisa—. Hay algunos elementos, a los que no quiero mencionar, que estarían encantados de echarle un vistazo.

Meredith consultó su reloj.

—General, tenemos que volver a la fábrica. Señora Usher, ha sido un placer saludarla. Y encantado de conocerle, señor Usher.

Rix les dejó alejarse hacia la puerta y después intentó un disparo a ciegas.

—¿Qué tal va Pendulum, general?

Los dos hombres se quedaron de piedra. Mc Vair se volvió, con la sonrisa en los labios, pero con la mirada fría y cautelosa. Meredith se quedó impasible.

—¿Cómo has dicho, hijo? —preguntó Mc Vair.

—Pendulum —contestó Rix—. Es el nombre del último proyecto de mi padre, ¿no? Tengo curiosidad por saber qué es exactamente, y cómo piensa utilizarlo el Pentágono.

De pronto cayó en la cuenta de que en otra ocasión había visto una cara muy parecida a la de Mc Vair: la cara gorda y colorada del policía que le había llamado «hippie de mierda» antes de darle en la cabeza con la porra. Eran tal para cual.

—Pendulum —repitió, mientras Mc Vair le miraba—. Es un nombre propio de juegos de manos, ¿verdad?

Les dedicó una sonrisa forzada, con los músculos doloridos. Tenía la sensación de haber perdido el control, pero no le importó. Aquellos dos hombres representaban todo lo que detestaba del clan Usher.

—Veamos, ¿qué podría ser? ¿Un misil nuclear dirigido al corazón de los niños? ¿Cápsulas de efecto retardado propagadoras de virus?

—¡Rix! —exclamó Margaret con la cara contraída.

—¡Un gas nervioso! ¡Eso es! —prosiguió Rix—.

O algo que derrite a las personas como si fueran gelatina. ¿Me voy acercando, general?

La sonrisa de Mc Vair no era más que un rictus.

—Creo que deberíamos marcharnos —apremió Meredith en voz baja.

—¡Oh, no se vayan todavía! —dijo Rix, decidido a llegar hasta el final. Avanzó dos pasos—. Estábamos empezando a conocernos, ¿verdad?

Meredith cogió al general por el brazo, pero éste se desasió con gesto brusco.

—He oído hablar mucho de ti, muchacho —dijo Mc Vair con calma—. Sé que te dieron de palos en una manifestación pacifista y que tu cara salió en todos los periódicos. Bueno, voy a decirte una cosa. Tu padre es un patriota, y si no fuera por hombres como él, a estas horas estaríamos de rodillas debajo de la bota de los rusos. Hace falta mucho más seso para contruir materiales bélicos que para acudir a marchas pacifistas. Es posible que te hayas cortado el pelo, pero te debe de haber crecido hacia dentro. —Miró a Margaret—. Lamento esta discusión, señora. Buenas tardes.

Se tocó la visera de la gorra y siguió rápidamente a Meredith por la puerta.

Rix se dispuso a seguirles, decidido a continuar la discusión.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió Margaret.

Rix se detuvo junto a la puerta. Ella se le echó encima como una bala.

—¡Muy bonito! —le regañó, echando chispas por los ojos—. ¡Oh, espero que te sientas como el amo del mundo! ¿Has perdido el juicio?

—Estaba expresando mi opinión.

—Dios nos libre de tus opiniones. ¡Creía que te había inculcado buenos modales!

Rix no pudo reprimir una risita desdeñosa.
—¿Modales? —exclamó con incredulidad—. ¡Ésta sí que es buena! ¿Y tu alma? ¿Está cubierta de seda blanca y de collares de brillantes? ¡Ese hijo de puta se lleva otra máquina mortífera inventada por mi padre!
—Creo que es mejor que subas a tu cuarto —dijo Margaret secamente.
Rix reprimió un grito de angustia. ¿Es que su madre era incapaz de entenderlo? ¿Es que no lo entendía nadie más que él? Todo aquel derroche de comida, ropa, muebles y coches caros no podía alterar el hecho terrible de que los Usher vivieran de la muerte.
—Tranquila, ahora mismo me largo cagando leches.
Dio media vuelta y salió de la sala a grandes zancadas, acompañado por los gritos de su madre.
Cuando iba por la mitad de las escaleras se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos. Empezó a dolerle la nuca, mientras le latían fuertemente las sienes. Los colores y los sonidos se agudizaron. Se tambaleó y tuvo que agarrarse al pasamanos. Comprendió que le iba a dar un ataque de los fuertes... ¿Dónde podía meterse? Los latidos de su corazón le estaban dejando sordo. Una procesión de imágenes se agolparon en su mente: su padre, demacrado, muriéndose en la habitación insonorizada; la puerta abierta del Pabellón, invitándole a penetrar en sus tinieblas; un esqueleto con las órbitas de los ojos sanguinolentas, meciéndose lentamente en una puerta; la cara distorsionada de Boone diciéndole: «Te has meado en los pantalones, ¿eh?»; el pelo de Sandra flotando en el agua roja...

Le dolían los huesos como si se los estuvieran arrancando. Subió a trompicones la escalera, en dirección a la habitación insonorizada de Katt. La piel de las manos le ardía contra la barandilla.

Una vez en el dormitorio de Katt, abrió la puerta del armario. Era muy grande, con percheros metálicos llenos de trajes y cientos de pares de zapatos en estanterías. Apartó los vestidos de la pared del fondo, y su dolor se agudizó cuando le cegó el frenesí de colores. Empezó a tantear desesperado por la pared, sudando a mares.

Sus dedos tropezaron con un pequeño picaporte y lo hizo girar, rogando que no estuviera echada la llave.

Se abrió. Rix se coló en un hueco tan estrecho como un ataúd. Las paredes y el fondo estaban tapizados con una gruesa capa de espuma de goma. Cuando Rix cerró la puerta, todos los ruidos —las cascadas de agua por las cañerías, los gemidos del viento en el exterior, los bombazos de un reloj— se tamizaron dramáticamente. Pero no se podía defender del sonido de los latidos de su corazón y de su propia respiración. Rix gimió, se tapó los oídos con las manos y se hizo un ovillo en el suelo.

El ataque se agudizaba. Por debajo de la ropa, sudaba y le picaba la piel.

Rix advirtió con horror que un rayo de luz se colaba por debajo de la puerta. Una visión normal hubiera sido incapaz de percibirlo, pero a Rix le deslumbraba como un rayo de neón blanco. El calor de la luz le quemaba la cara; se convirtió en la hoja de una espada que corría por el suelo, cada vez más afilada y brillante.

Rix volvió la cara y se encontró con un feroz resplandor rojo parecido al de una lámpara de in-

frarrojos. El reflejo procedía de un objeto situado sobre un estante, justo por encima de su cabeza. Tanteó con la mano y descubrió unas orejeras, un antifaz de terciopelo con una goma elástica y una cajita metálica. La luz chocaba contra la esquina de la cajita, explotando como una nova. Rix se colocó el antifaz y esperó, temblando, a que su ataque disminuyera o arreciara.

Por encima del bombardeo de su corazón, Rix oyó un sonido gutural de pesadilla, que al principio no supo reconocer. Aumentó poco a poco de volumen y al final adivinó lo que era y de dónde procedía.

De la habitación insonorizada.

Eran las carcajadas de su padre.

Rix dobló la espalda por la intensidad del ataque y cuando gritó, a punto estuvo de estallarle la cabeza.

30

—New...

La voz era suave como el terciopelo. La oyó en sueños y se coló delicadamente en su cerebro.

—Ven a casa...

New se revolvió inquieto en la cama, envuelto en la fina manta.

—Ven a casa...

El Pabellón resplandecía de luz, que refulgía como rayos dorados en la superficie del lago. La noche era cálida, perfumada por las rosas del jar-

dín. New estaba junto a la orilla, a la entrada del puente, y contemplaba las figuras que pasaban de un lado para otro por detrás de las ventanas iluminadas. La brisa nocturna le llevó un susurro de música; una orquesta entera tocaba las melodías alegres y rítmicas que le gustaban a su padre, las que escuchaba en la emisora de radio de Asheville.

—Ven a casa...

New ladeó la cabeza. La música sonaba y se desvanecía. El Pabellón le llamaba. El precioso Pabellón, mágico y fantástico, le quería, le necesitaba. Parpadeó, intentando recordar lo que le había dicho su madre sobre el Pabellón Usher. Era algo malo, pero en ese momento no lograba recordar exactamente lo que era, y el pensamiento se desvaneció como las notas musicales y las luces en el agua.

Se oyó un ruido de cascos sobre las piedras. Un coche tirado por cuatro caballos blancos cruzaba el puente. El cochero llevaba un guardapolvo negro y sombrero de copa, e hizo restallar su látigo sobre el lomo de sus animales para que mantuvieran el ritmo. Cuando el coche llegó a la altura de New, el cochero le sonrió.

—Buenas noches —le dijo el hombre. Llevaba guantes blancos y una pluma en el sombrero—. Le están esperando, señorito Newlan.

—¿Me están... esperando?

Él sabía que estaba durmiendo en la cabaña de Briartop Mountain. Pero todo le parecía tan real... tocó la barandilla del puente, y sintió la rugosidad de la piedra en la palma de la mano. El cochero le miraba como un viejo amigo. New se dio cuenta de que seguía vestido con lo que llevaba al acostarse: calzoncillos largos y una de las camisas de franela de su padre.

—El señor te espera, señorito Newlan —le dijo el cochero con paciencia—. Quiere darte la bienvenida a casa personalmente.

New meneó la cabeza:

—Yo... no lo entiendo.

—Sube. Al fin vamos a celebrar tu llegada a casa.

—Pero... el Pabellón no es mi casa. Yo vivo en Briartop Mountain. En una cabaña, con mi madre. Soy el hombre de la casa.

—Ya lo sabemos. No tiene importancia. —Señaló el Pabellón con el mango de su látigo—. Ése puede ser tu nuevo hogar, si quieres. Ya no tendrás que vivir en la montaña nunca más. El señor quiere que estés cómodo y que dispongas de todo cuanto desees.

—¿El señor...? ¿Quién es?

—El señor —repitió el cochero, sin perder un momento la sonrisa—. Oh, tú sabes quién es el señor, señorito Newlan. Venga, nos está esperando. ¿No quieres acompañarme?

Se abrió la portezuela del coche con un chasquido. Los asientos estaban tapizados de raso rojo.

New se acercó al coche y acarició la madera pintada de negro. Se levantó una brillante polvareda. ¡Estoy soñando!, pensó. ¡No es más que un sueño! Se volvió a mirar la oscura masa de Briartop, y después nuevamente el Pabellón iluminado.

—¿Te gustaría conducirlo? —le preguntó el cochero—. Ven. Te ayudaré a subirte. Los caballos son muy dóciles.

New vaciló. Algo malo vivía en el interior del Pabellón; su madre se lo había dicho. Algo solitario que le esperaba en la oscuridad. Recordó al Rey de la Montaña y la advertencia del anciano de que

se mantuviera alejado del Pabellón. Pero en ese momento el Pabellón estaba iluminado, y aquello era un sueño. Estaba durmiendo en su cama, a salvo. El cochero le tendió la mano.

—Deja que te ayude.

New se preguntó qué habría dentro del impresionante caserón. ¿Por qué no entrar en él en su sueño? Sólo para ver lo que había dentro.

La música de la orquesta ascendió y se desvaneció.

—Muy bien —dijo el cochero, aunque New no recordaba haber dicho nada.

New se acercó muy despacio y se cogió a la mano del hombre. Éste tiró de él suavemente hacia arriba, le hizo sitio en el asiento y le tendió las bridas.

—El señor estará encantado, señorito Newlan. Ya verás.

—¡Arre! —exclamó New, agitando las riendas.

Los caballos se pusieron a trotar y maniobraron para dar la vuelta al coche. Tomaron por el puente, y sus cascos sonaron contra las piedras. El cochero le puso amablemente una mano en el hombro.

Delante de New, el puente empezó a alargarse hacia delante, y el Pabellón retrocedió a lo lejos. Tendrían que recorrer un buen trecho, acaso unos cuatro kilómetros o más, antes de llegar a la puerta. Pero no pasaba nada, pensó New. Aquello era un sueño y él estaba a salvo en Briartop Mountain. La mano del cochero en su hombro era tranquilizadora. El Pabellón no es malo, pensó New. Es un palacio precioso, lleno de vida y de luz. Probablemente, su madre le había mentido, y el viejo chiflado de la cima de la montaña estaba mal de la ca-

beza. ¿Cómo iba a ser malo el Pabellón? Es un palacio precioso y mágico, y si quiero, puedo quedarme a vivir en él.

—Para siempre —intervino el cochero, sonriéndole.

Los cascos de los caballos hacían un ruido rítmico y adormecedor sobre las piedras. El puente seguía estirándose y al otro extremo estaba el Pabellón, todo iluminado, esperándole porque lo necesitaba.

—Más deprisa —apremió el cochero.

Los caballos aceleraron. New sonrió; el viento le rozaba los oídos silbando.

Pero, desde muy lejos, le llegó una voz: «¡No!»

New parpadeó. Le recorrió un escalofrío.

El cochero hizo restallar el látigo.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

New escuchaba. Pasaba algo malo; estaba temblando y pasaba algo malo. Los caballos galopaban demasiado rápido y la mano del cochero le atenazaba el hombro; después una voz invadió su mente con un poder tan fuerte que le pareció que le golpeaba en la frente.

—¡No!

New sufrió una sacudida, y la cabeza se le balanceó hacia atrás. Los caballos retrocedieron, confundiéndose, distorsionándose y desvaneciéndose en un torbellino de humo. Junto a él, el cochero se hizo añicos, como un enjambre de avispas que le zumbara en los oídos, y luego se desvaneció en una neblina. El coche cambió de forma, y un segundo después New estaba sentado en la furgoneta, con las manos al volante. El motor estaba en marcha, y las luces encendidas. New, vestido con lo que se había puesto para meterse en la cama, estaba total-

mente desorientado; al mirar por encima del hombro advirtió que se había alejado unos cincuenta metros de su casa.

El Rey de la Montaña, con su único ojo como una esmeralda reluciente, apareció cojeando en el haz de los faros. Blandió su bastón hacia delante, como una espada, y aun sin que moviera los labios, New oyó su voz en su interior:

—¡No! ¡No irás! ¡No voy a permitir que bajes allí!

El motor de la furgoneta seguía ronroneando. New se dio cuenta de que seguía pisando el acelerador, pero el vehículo no adelantaba. Levantó el pie del pedal; la furgoneta se estremeció violentamente y el motor se caló.

—¡New! —Era su madre, llamándole desde la cabaña; y después, con pánico en la voz—: ¡New, vuelve!

Myra echó a correr hacia la furgoneta, luchando contra una racha de viento helado.

El Rey de la Montaña permaneció impávido, con su abrigo flotando al viento. Se le marcaban mucho las venas del cuello y tenía el ojo fijo en New, con feroz determinación.

Dios mío, pensó New, podía haber bajado hasta el Pabellón. No era un sueño, no era un sueño en absoluto...

Abrió la portezuela y fue a apearse de la furgoneta.

Entonces una forma negra y enorme saltó a la luz y atacó al Rey de la Montaña por su lado tuerto.

—¡Cuidado! —gritó New.

Pero fue demasiado tarde. El anciano advirtió el movimiento e intentó volverse, pero la pantera negra se le echó encima, le embistió con las patas

delanteras por los hombros y le tiró al suelo. El bastón voló por los aires, pasó rozando a New y aterrizó en el suelo. Faucevoraz mordió al Rey de la Montaña en la nuca. Los ojos del monstruo brillaban como brasas a la luz de los faros.

New se bajó de un salto de la furgoneta. El viejo chillaba mientras Faucevoraz le desollaba la espalda. Rubíes de sangre saltaron por los aires. New buscó un arma —un palo, una piedra, algo— y vio el bastón retorcido a escasa distancia. Lo cogió, y un calambre eléctrico le subió por el brazo. Corrió hacia la pantera, que soltó al Rey de la Montaña y empezó a enderezarse sobre las patas traseras, con el cascabel de su cola sonando amenazador.

New hizo una finta. Faucevoraz se abalanzó sobre él, pero falló. New saltó hacia un lado y golpeó a la pantera en su cráneo triangular con todas sus fuerzas.

Sonó un crujido que le dejó medio sordo, y una llama azul brotó de la punta del bastón. New se cayó como muerto. Olía a pelo chamuscado. Faucevoraz corría en círculo, dando mordiscos y zarpazos en el aire. El monstruo tenía la piel del cráneo achicharrada y en carne viva donde había recibido el golpe.

El bastón le había desollado las manos. Pequeñas llamitas azules brotaban aquí y allá a lo largo del bastón. Antes de que New pudiera recobrarse y volver a golpear a la pantera, Faucevoraz se metió de un salto en el bosque. New la oyó alejarse rompiendo el monte, y todo terminó.

Cuando Myra alcanzó a su hijo, New estaba agachado junto al Rey de la Montaña. El viejo tenía la espalda y los hombros desollados hasta el

hueso. De los profundos mordiscos de la nuca manaba mucha sangre.

—¡Dios mío! —exclamó Myra al ver las heridas.

El anciano gemía. Myra no podía creerse que un ser tan destrozado pudiera seguir vivo todavía.

—Mamá —la apremió New—, ¡tenemos que ayudarle! ¡Se morirá si no lo hacemos!

—No podemos hacer nada. Está destrozado. Mira, si casi no puede respirar.

Myra observaba alrededor, temiendo que la pantera regresara. Se alejaba del viejo.

—En Foxton hay una clínica —dijo New—. ¡Los médicos podrán curarle!

Ella meneó la cabeza.

—No hay nada que hacer. Es imposible que sobreviva con esas heridas.

New se levantó.

—Ayúdame a montarle en la furgoneta.

—¡No! ¡No pienso tocarlo!

—Mamá —insistió él.

Quería detener a su madre antes de que huyera corriendo.

—¡Espera! —exclamó New tan decidido que le asombró el tono de su voz.

Myra obedeció. Se quedó inmóvil, con la boca abierta y los ojos extraviados. Parecía una estatua; sólo su pelo castaño ondeaba al viento, sobre sus hombros.

—Vas a ayudarme a montarle en la furgoneta.

New abrió la puerta trasera del vehículo.

—Cógelo por los brazos. Yo lo cogeré por las piernas.

Ella todavía dudaba.

—¡Venga! —exclamó, y volvió a oír y a sentir la gélida fuerza de su voz.

Myra levantó el tronco del Rey de la Montaña,

mientras New le cogía por las piernas. Pesaba como un leño. Consiguieron izarlo entre los dos a la parte de atrás de la furgoneta. Myra, que parecía sumida en una especie de trance, se miró las manos manchadas de sangre.

—Necesitamos unas mantas, mamá. ¿Quieres traer un par de ellas de casa?

Myra parpadeó, se limpió las manos en los muslos y meneó la cabeza.

—No... nada de mantas. No pienso manchar de sangre mis mantas.

—¡Traelas! —exigió New—. ¡Date prisa!

Había ferocidad en sus ojos verdes. Myra empezó a decir algo, pero las palabras se le atragantaron en la garganta. Mantas, pensó. Las mantas eran mantas. De repente le pareció que el hecho de ir a buscar las mantas a la cabaña para envolver al viejo era la razón de su vida. No podía pensar más que en esas mantas; nada en el mundo le importaba más que ir a buscarlas a la cabaña.

—Corre —le dijo New.

Y ella echó a correr.

New se frotó la sien izquierda, que le latía mucho, justo encima de la oreja. Sentía todo el cuerpo dolorido y magullado. Mentalmente se había formado la imagen de su madre haciendo lo que él le había ordenado, igual que había edificado el muro azul de piedra que le había protegido de Faucevoraz. Ella había obedecido su orden mental casi sin vacilación. New comprendió que aquél era un elemento diferente de la magia que había iniciado con el cuchillo de monte entre las zarzas. Le había dado una orden con el pensamiento, y le había resultado fácil, tan fácil como gritar «¡Uh!» a una ardilla, sabiendo que saldría huyendo.

Cualquiera que fuera la magia que poseía —brujería, magia blanca o negra— cada vez la dominaba mejor.

New recordó que la pantera habría destrozado la cabeza del viejo si él no la hubiera atacado con el bastón. Lo cogió y lo examinó. Olía a azufre. ¿Qué clase de bastón era aquél, que parecía un viejo palo tirado a la cuneta pero que escupía fuego?

Mágico. Era mágico, y el Rey de la Montaña también. Había una magia de naturaleza distinta en Faucevoraz, en el Hombre de la Calabaza y también en... sí, en el Pabellón. Su sueño había sido tan real... Si no se lo hubiera interrumpido, tal vez habría llegado con la furgoneta —como aquel coche de caballos negro a través del larguísimo puente— hasta el mismo Pabellón.

El Rey de la Montaña se movió.

—New... —susurró con voz ronca, con enorme esfuerzo, la cara destrozada en un charco de sangre—. No le dejes... vencerte... —Su voz se extinguió poco a poco y su único ojo se quedó sin vida.

Myra llegaba corriendo con tres mantas.

La voz aterciopelada se coló en su mente, desde ninguna parte y desde todas partes, y sonó más rotunda que antes, más fiable, más vehemente y oscura.

—Ven a casa...

Algo procedente del Pabellón estaba intentando darle órdenes, como él acababa de hacer con su madre y las mantas.

—Ven a casa...

New cogió las mantas y cubrió el cuerpo del viejo con ellas. Myra, después de cumplir con su cometido, recobró la libertad; retrocedió asustada, mientras New dejaba el bastón al lado del anciano y cerraba la trasera de la furgoneta.

—Móntate delante, mamá. Yo conduciré.

—Está acabado, New. Es inútil...

—Móntate en la furgoneta.

Ella le obedeció sin decir una palabra. Mientras New se sentaba al volante, Myra miraba fijamente hacia delante, con los brazos cruzados sobre el pecho, para darse calor. New puso el motor en marcha y arrancó.

—New...

La voz rielaba y resonaba en su cabeza. New no sabía cuánto tiempo lograría resistirse a su seducción. Pero sabía una cosa, que estaba descubriendo en su interior unos poderes cada vez mayores. En ese momento, el hecho de mover el cuchillo le parecía un juego de niños. Estaba averiguando que era capaz de hacer unas cosas nunca soñadas, y esa sensación le gustaba. Le gustaba muchísimo.

Mientras descendían de Briartop, New miró a su madre y pensó con mucha intensidad en que entrelazara las manos sobre su regazo, para ver si lo hacía. Sus brazos se contrajeron.

Cuando volvió a mirarla, había hecho el movimiento que él le había ordenado.

Tenía las manos entrelazadas como en una oración. Su rostro era una máscara blanca, pero tenía los ojos hundidos, brillantes, aterrorizados.

31

A la luz ambarina de una docena de velas en palmatorias repartidas por toda la biblioteca, Rix

estaba revisando metódicamente todos los documentos de la casa Usher. Cartas, libros, cuentas y álbumes de fotos se amontonaban en pilas alrededor de la mesa. Abrió un volumen mohoso y vio que era un libro de contabilidad, con las cifras y las anotaciones pulcramente manuscritas. Había una lista de fechas —de 1851 y 1852— con las cantidades pagadas a varios acreedores. La fábrica de pólvora Brewston de Pittsburg había recibido doce mil dólares. Uriah Hynd y Compañía de Chicago, quince mil. La Fundición de plomo Hopewell había cobrado diez mil dólares a Hudson Usher. Y página tras página se sucedían las entradas, ordenadas y muy juntas.

Rix sintió vértigo y se le nubló la vista.

—¡Mierda! —dijo bajito y se apoyó en la mesa, con la cabeza gacha hasta que se le pasó.

Todavía seguía débil después del ataque y se había pasado casi toda la tarde en la cama. Su madre había olvidado, o le había perdonado, su exabrupto. Cass le había subido la cena a la cama.

Pero no eran sólo las secuelas de su ataque lo que le tenía profundamente deprimido. Era lo que había encontrado en la habitación insonorizada de Katt, el objeto que en ese momento guardaba escondido debajo de su cama. Mortalmente asqueado, había preferido quedarse en su cuarto durante la cena para no tener que enfrentarse a la mirada de su hermana.

Rix se preguntó qué le habría pasado a su familia. ¿Por qué tanta maldad y autodestrucción? Los planes de Boone sobre el parque de atracciones con monstruos de carne y hueso en Usherland ya habían sido bastante repulsivos, aunque aquello formaba parte del carácter de Boone. Pero lo que

estaba haciendo Katt era totalmente inesperado. ¡Seguramente, Walen no lo sabía!, se dijo Rix. Pero si lo averiguaba, pobre Katt...

Rix reanudó su tarea. Su investigación entre los restos de las vidas pasadas le parecía en ese momento lo único que podía evadirle del presente. Rix repasó las entradas, fijándose en las cantidades más elevadas. La fábrica de pólvora salía varias veces, con sumas diversas. Descontento de la Hopewell, Hudson había probado con otras fundiciones de plomo. También constaban los salarios de la servidumbre, al céntimo.

Pero Rix se detuvo en la sexta anotación de Uriah Hynd y Compañía. Las sumas eran siempre las mismas: quince mil dólares, una cantidad bastante alta, incluso más que la del apartado de la pólvora. ¿Qué vendería esa compañía? No había indicación alguna del género que suministraba Uriah Hynd y Compañía.

Llegó al final del libro de contabilidad. Durante 1851 y 1852, Uriah Hynd y Compañía había cobrado quince mil dólares en nueve ocasiones. Era la única compañía citada tantas veces. Le comprara lo que le comprara Hudson, se había perdido en el pasado. Rix dejó el libro y hurgó en el interior de otra caja.

Descubrió un viejo periódico que se le quedó entre las manos al sacarlo con sumo cuidado. Era un ejemplar del *St. Louis Journal*, con fecha del 10 de octubre de 1871. El titular en negritas mayúsculas rezaba: «Cientos de muertos en el incendio de Chicago». Y debajo, en caja baja: «Un gran incendio diezma la ciudad fronteriza. Entrevistas de los supervivientes. Lista parcial de los edificios y los negocios destruidos.»

Bajo esas líneas había un dibujo de la ciudad en llamas, vista desde la orilla del lago Michigan. El dibujo mostraba a cientos de personas huyendo del incendio. El *Journal* había recogido el testimonio de unos veinte supervivientes, en un hospital de campaña. Rix reconoció entre ellos el nombre de un familiar: Righteous Jordan.

Desplegó el periódico cuidadosamente encima de la mesa y se sentó a leer la historia narrada por la mujer. Con palabras cargadas de emoción y casi histéricas, Righteous Jordan explicaba al periodista lo sucedido el 8 de octubre de 1871. Rix recordó que era la fecha de la muerte que figuraba en la lápida de Cynthia Cordweiler Usher.

Mientras Rix leía, las velas tililaban. Se imaginó la gran ciudad en llamas, la explosión de los edificios, los tejados barridos por el huracán de fuego, las sacudidas del suelo cuando las toneladas de ladrillos se precipitaban a la calle. Righteous Jordan hablaba de los muertos, y Rix casi podía oír el barullo de gritos, de súplicas a Dios, el el ruido de cascos y el tintineo de las alarmas. Chicago ardía. Righteous Jordan acompañaba a Cynthia y a Ludlow Usher, que tenía trece años, en su huida de las llamas en un coche de caballos conducido por Keil Bodane, ya entrado en años.

—¡Dios santo! ¡Vamos a volcar! —gritó Righteous.

—¡Calla! —le ordenó Cynthia.

Una racha de viento había inclinado peligrosamente el coche hacia un lado. Keil hacía restallar el látigo para azuzar a los caballos árabes.

—Keil es un cochero estupendo. Nos sacará de aquí.

Las campanas sonaban por toda la ciudad. La calle Clybourne estaba atascada de coches, carros y carromatos de todos los tamaños. La gente corría, arrastrando sacos con sus pertenencias de las mansiones de la calle Clybourne. En el aire revoloteaban cenizas y pavesas. La noche estaba iluminada como un crepúsculo anaranjado hacia poniente, donde se había iniciado el fuego. Bolas de fuego inmensas volaban por el cielo, chocaban con los tejados y los prendían sin dar tiempo a salir huyendo. Sentado junto a su madre, y frente a Righteous Jordan, el joven Ludlow se encogía con cada explosión. El suelo se estremecía como si la ciudad entera temblara, agonizante.

Sólo se habían llevado lo puesto. Cuando las llamas se aproximaron al río Chicago, Cynthia ordenó los criados que enterraran en el jardín las joyas, la plata y las obras de arte de la mansión que había heredado de Alexander Hamilton Cordweiler. Cuando las bolas de fuego empezaron a cruzar el río, prendiendo fuego a todo lo que tocaban, Cynthia dijo a los criados que tomaran los otros coches, cogieran lo que quisieran y huyeran. Estaba clarísimo que el fuego no se saciaría con las chabolas de los irlandeses y los establos... alcanzaría la calle Clybourne con la misma voracidad.

—He visto el fuego avanzar por las devanadoras —dijo Righteous—. Sabía que no lograrían detenerlo. El río es demasiado pequeño para parar un incendio semejante, señora.

—Keil nos llevará al puerto sanos y salvos.

Cynthia pretendía embarcar en su yate y salir a navegar al lago Michigan hasta que pasara el peligro.

—En cuanto salgamos de este embotellamiento, Keil encontrará un camino más rápido.

—Estamos a dos kilómetros del puerto —dijo Ludlow en voz baja.

No las miraba; atisbaba por la ventanilla la progresión de las llamas. Su cara estaba iluminada con el resplandor anaranjado, pero su mirada era sombría.

—El fuego avanza muy deprisa, mamá. Sopla mucho viento.

Ella le apretó la mano y le dedicó una sonrisa de aliento:

—Lo conseguiremos, Ludlow. ¡Righteous, deja de gimotear y de revolverte! ¡Vas a volcar el coche!

Por encima del barullo de la calle, oyeron restallar el látigo de Keil.

—¡Adelante, maldita sea! —chilló—. ¡Apartad! ¡Paso!

—Llegaremos al puerto —dijo Cynthia, pero su voz era poco convincente.

Hubo una explosión a un par de manzanas de distancia y Ludlow le apretó la mano tan fuerte que le destrozó los nudillos.

El coche dio una sacudida hacia delante, se detuvo y volvió a avanzar con otra violenta sacudida, entre la confusión de los otros vehículos y una multitud enfebrecida. En las intersecciones de las calles, iban apartando los carros que habían chocado, mientras la muchedumbre hormigueaba frenética entre el barullo. Los caballos enloquecidos se resistían y coceaban cuando las pavesas les quemaban el lomo. El humo acre y asfixiante se espesaba, y las bolas de fuego rugían por encima de las cabezas como balas de cañón.

Keil Bodane logró salir del atolladero y tomó por la calle Halsted, en dirección al lago. Los caballos árabes respondieron con velocidad, los flancos

espoleados por las cenizas. Las calles estaban alfombradas de escombros y brasas. De los toneles de los bares destruidos manaba el whisky a raudales y la gente se paraba a bebérselo, hasta que el alcohol prendía y les estallaba en la cara. Algunos corrían junto al coche, intentando agarrarse, pero Keil dio con el látigo a los caballos para que corrieran más aprisa. Se disparó una pistola, y la bala fue a alojarse a escasos centímetros de la rodilla de Keil, haciendo saltar unas esquirlas de madera.

Pero cuando Keil iba a torcer por la esquina de la calle Grand, le alcanzó un carro de heno en llamas; el tiro se había desbocado y llevaba un cadáver achicharrado sobre el lomo.

Los caballos árabes chocaron con los otros caballos en una tremenda embestida, que catapultó a Keil Bodane como una piedra. El coche entero, que llevaba una inercia suicida, se aplastó contra los caballos de los dos carruajes y volcó, con un estremecimiento de sus ruedas doradas.

—¡Dios se apiade de nosotros! —gritó Righteous.

Ludlow salió despedido de su asiento y golpeó con la rodilla la cara de Righteous. Cynthia cayó violentamente hacia un lado y se golpeó la cabeza con el panel del coche, de intrincada elaboración. Cuando el carruaje aterrizó sobre un costado, los caballos árabes heridos lo arrastraron unos treinta metros más. El carro de heno en llamas se inclinó hacia delante, mientras los animales heridos seguían intentando escapar del fuego.

Después del choque, mientras las cenizas iban cayendo sobre los adoquines y la nube de humo se hacía más densa, unos hombres desesperados robaron los tres caballos árabes que seguían en pie. El

cuarto se quedó en el suelo, con dos patas rotas. Junto a él yacía el cuerpo de Keil Bodane, con la cabeza aplastada contra una farola.

—¡Fuera! —ordenó Cynthia a Righteous, que sollozaba—. ¡Date prisa! ¡Trepa hasta la portezuela!

Righteous, con los dientes rotos por el rodillazo de Ludlow y la cara cubierta de sangre, consiguió gatear hasta la puerta y desde arriba ayudó a encaramarse a Cynthia. Ludlow salió por sus propios medios, con una herida abierta en la frente y la nariz aplastada. Sus ojos eran dos pozos grises velados y traumatizados.

—¡Señora Usher! ¡Señora Usher!

Righteous sacudió a Cynthia por los hombros. Todo el lado izquierdo de la cara de Cynthia se estaba amoratando y se le hinchaba rápidamente. Le salía sangre de los dos oídos, manchando su chaqueta de terciopelo negro.

—Estoy bien... —Tenía la voz pastosa—. Tenemos... que llegar al lago. Ayúdame... Llévate a Ludlow al lago.

—¡Señor Bodane! —gritó Righteous.

Luego vio su cuerpo, tendido en el suelo. Tenía la cabeza partida en dos como un cántaro de barro.

—Righteous.

Cynthia cogió la delgada muñeca de su doncella. Ésta observó horrorizada que su ojo izquierdo se le salía de la órbita.

—Tú.... hazte cargo... de Ludlow —dijo con gran esfuerzo—. Llévalo al lago.... Luther sabrá... lo que debe hacer. Luther... no le dejará morir.

Righteous sabía que sus balbuceos se referían a Luther Bodane, el hijo de Keil, que se había quedado en Usherland mientras ellos estaban fuera.

—Vamos a ir todos hasta el lago —dijo con decisión, y ayudó a Cynthia a bajar al suelo.

Ludlow salió del coche gateando; se quedó paralizado mirando el cadáver de Keil mientras la gente corría por su lado sin detenerse, algunos incluso saltando sobre él.

Righteous preguntó a Cynthia si podría andar, y Cinthia asintió. No veía bien con su ojo herido y todo ese lado de la cara se le estaba amoratando. Cayeron unas pavesas silbando, y Righteous apagó con la mano las que se prendían en el pelo de su señora.

—¡Tenemos que irnos! —llamó al muchacho—. ¡Al lago!

Sangrando profusamente por la frente, Ludlow siguió a Righteous Jordan, que sostenía a Cynthia por el centro de la calle Grand.

Se unieron a la muchedumbre que corría, tropezaba, se tambaleaba y daba traspiés, en dirección al lago Michigan. Un estallido atronador estremeció la calle a sus espaldas, y los cristales saltaron por los aires mientras se desmoronaban los edificios de la manzana contigua. Las bolas de fuego rojas y amarillas rugían sobre sus cabezas. La multitud estaba enloquecida; la gente asaltaba las tiendas, saqueando todo lo que podía, desde abrigos hasta violines. Una mujer en llamas bailaba una giga enloquecida en la acera, atrapada bajo el peso de siete u ocho abrigos de visón que acababa de robar. Alguien la empujó a la cuneta, donde cayó en un arroyo de whisky y se achicharró del todo. Un hombre desnudo vociferaba:

—¡Destrucción! ¡La ira de Dios ha caído sobre Chicago!

Righteous tenía la piel llena de ampollas. Escu-

pió dos dientes y siguió andando, cogiendo a Ludlow de la mano para que no lo arrastrara la multitud. Sobre el estruendo de los gritos se oía un ruido semejante al de mil locomotoras con la caldera a punto de estallar. Cuando Righteous miró atrás, las inmensas llamaradas que lamían el cielo casi la dejaron ciega. Los tejados salían volando en torbellinos, hasta perderse de vista. La tierra tembló bajo el impacto de toneladas de ladrillos. Ludlow estaba paralizado de horror, mirando el incendio con lágrimas en las mejillas. Ella tiró de él, dándole una sacudida para espabilarlo, y siguió adelante.

Cynthia Usher se resbaló del hombro de Righteous casi hasta el suelo, antes de que la doncella lograra sujetarla.

—¡Mamá! —gimió Ludlow, con los labios cubiertos de ampollas.

La agarró por la cintura para impedir que se cayera, mientras la gente corría indiferente a su alrededor. Ludlow miró la cara desfigurada de su madre, horriblemente hinchada. Ella le sonrió.

—Mi ángel... —susurró, y le acarició el pelo.

Entonces le empezó a manar sangre de la nariz y de la órbita del ojo izquierdo, salpicando a Ludlow. Righteous estuvo a punto de desmayarse, pero logró controlarse; había sentido que la vida abandonaba a Cynthia Usher en un suspiro. Depositó su cuerpo en el suelo, empujando a la gente que se les echaba encima.

—Se ha ido —dijo Righteous al chico—. Tenemos que proseguir sin ella.

—¡No! —gritó Ludlow abalanzándose sobre el cuerpo de su madre.

Cuando Righteous intentó tirar de él, el muchacho la agredió brutalmente. Ella le propinó un

puñetazo en la mandíbula, y cuando Ludlow cayó inconsciente, ella le cogió en brazos.

Righteous se abrió camino hacia el lago, con el muchacho gimiendo en brazos. Cuando llegaron a la orilla, llevaban toda la ropa hecha jirones. Cientos de personas se habían metido en el agua aceitosa. Por todas partes había botes recogiendo a la gente. La mayor parte de los yates habían sido robados de sus amarres, y los que quedaban estaban ardiendo. Righteous se metió en el agua hasta el cuello y después humedeció el pelo y la cara de Ludlow para que las pavesas no le quemaran.

Pasó casi una hora hasta que con ayuda de los soldados izó al muchacho a bordo de un transbordador y luego embarcó ella. Ludlow, con la ropa destrozada y la cara achicharrada, se quedó en el puente, contemplando la destrucción de Chicago. Cuando Righteous le tocó un brazo, él se apartó rápidamente.

¡Dios santo!, pensó ella. Como relataría al periodista unas cuantas horas más tarde, acababa de darse cuenta de la realidad: con su padre y su madre muertos, Ludlow Usher, a los trece años, era el amo de todo: la finca, la empresa de la familia y los demás negocios pertenecientes al señor Cordweiler. Era el chico de trece años más rico del mundo.

Righteous le observó, esperando que llorara, pero no lo hizo. Se mantuvo firme como una roca, atento al incendio de la ciudad.

Los soldados estaban ayudando a izar a bordo a un hombre y a una mujer que venían en un bote de remos. Iban bien vestidos: el hombre con un traje oscuro y un alfiler de corbata con un brillante, y la mujer con los sucios restos de un vestido de baile rojo. El hombre miró a Righteous y a Ludlow y se volvió hacia uno de los soldados.

—Oiga —inquirió—, ¿es que vamos a compartir el barco con negros y mendigos?

Rix llegó al final del relato de Righteous Jordan. Echó una ojeada a los otros artículos. Chicago había ardido durante veinticuatro horas, y el incendio había destruido más de diecisiete mil casas. Cien mil personas se habían quedado sin hogar. Nueve pirómanos, como mínimo, habían colaborado en el desastre. Los bomberos habían tardado en reaccionar esa noche porque estaban muy cansados; durante la semana anterior al gran incendio, habían atendido más de cuarenta alarmas.

Rix contempló el retrato de Ludlow Usher, pensativo. Trece años y un pie en el infierno, pensó Rix. ¿Cómo habría mantenido la cordura?

Rix había descubierto la respuesta a la pregunta de Dunstan sobre la muerte de Cynthia Usher. Al día siguiente le llevaría el periódico. Pero en cuanto al bastón, ¿cómo y cuándo había recuperado Ludlow el bastón de manos de Randolph Tigré?

Varias columnas de la página siguiente daban una lista de los negocios que habían sido destruidos, en letra pequeña. No venían en orden alfabético, y Rix tuvo que armarse de paciencia para leerla hasta encontrar lo que estaba buscando.

«Uriah Hynd y Compañía, Comestibles.»

¿Una tienda de comestibles? ¿Hudson Usher pagaba cuentas de quince mil dólares a una tienda de comestibles de Chicago? ¿Por qué no compraba la comida en Asheville, sencillamente?

Rix dobló con cuidado el periódico y se levantó de su silla. De momento, los interrogantes ha-

brían de esperar. Apagó todas las velas de las palmatorias menos una, que utilizó para alumbrarse para subir por las escaleras.

Cuando abrió la puerta de su dormitorio, la luz dorada iluminó a Puddin' Usher, tumbada lánguidamente en su cama, esperándole.

Le sonrió medio dormida, bostezó y se estiró. Le asomaban los pechos por encima del embozo de la cama.

—Has tardado mucho rato —dijo con voz ronca—, Pensaba que nunca vendrías a acostarte.

Él cerró la puerta, alarmado de que alguien la oyera.

—Es mejor que te vayas. Boone se...

—Boone no está. —Le desafió con la mirada—. El viejo Boonie se ha ido al club hace rato. Esta vez no me vas a rechazar, ¿verdad?

Rix metió el periódico doblado en la cómoda.

—Puddin', pensaba que habías entendido lo que te dije la otra noche. Yo no puedo...

Ella se incorporó, dejando resbalar las sábanas. Le mostró completamente los pechos y se humedeció los labios con la lengua.

—Mira cuánto te necesito... No me digas que no te apetece un poquito...

La luz de la vela la favorecía, la hacía aparecer menos ordinaria y más vulnerable. A Rix le empezó a responder el cuerpo. Ella se estiró como una gata.

—No me digas que Boone te da miedo... —le espoleó ella.

Él meneó la cabeza. No podía apartar los ojos de sus pechos.

—Boone dice que no eres capaz de conservar a una mujer —dijo Puddin'—. Dice que estás a medio camino de volverte un poco marica.

Rix dejó el candelabro.

—Ven —insistió ella—. Enséñame lo que sabes hacer.

Quiso decirle que se marchara, pero de pronto se sintió incapaz. Una ligera sonrisa se le formó en la comisura de los labios. ¿Por qué no? pensó. Estaría mal, claro, pero... ¿no había hecho mal Boone tratándole como una mierda durante todos esos años, pavoneándose, y pergeñando toda clase de jugadas sucias? Ésa era la oportunidad de hacérselo pagar, que Rix llevaba esperando tantos años. Hizo caso omiso de la vocecita interior que le aconsejaba que no lo hiciera.

—¿Por qué no? —dijo, y su voz le sonó como ajena.

—¡Bien! —Puddin' apartó las sábanas con los pies, exhibiendo su cuerpo sensual—. Pues apaga las velas y empecemos.

32

Boone se había emborrachado con Chivas Regal y había perdido siete mil dólares en dos horas veloces, en la mesa de póquer del Country Club. Empezaba a pensar que sus viejos amigotes conspiraban y le hacían trampas. Mientras se reían y le daban palmadas a la espalda y le encendían sus cigarrillos Dunhill, Boone rumiaba en silencio cómo destruirlos.

Cogió su Ferrari rojo y recorrió las calles de Foxton a más de cien, pasó zumbando junto a una

destartalada furgoneta que venía en dirección opuesta. Para fastidiar, Boone fue tocando el claxon, haciendo sonar varias notas de «Dixie». Cuando el coche salió rugiendo de Foxton, Boone pisó a fondo el acelerador y el Ferrari saltó hacia delante como un cohete.

Decidió comprar el Country Club Asheville Heights. Por el precio que fuese. Tal vez los miembros de la directiva colocaran una estatua suya en el vestíbulo. Lo menos que podían hacer era ponerle su nombre al club. En pocos días sería uno de los hombres más ricos del mundo. Papá no aguantará mucho más, pensó con emociones contradictorias, porque quería al viejo. Walen le había enseñado a ser duro; le había enseñado a no confiar en nadie, a pensar que todo el mundo era un asesino en potencia. Cuando Boone era más joven mantenían largas conversaciones sobre dinero, que hacía triunfar a los hombres. El dinero es poder, le había dicho Walen muchas veces; sin él, el mundo te aplasta como una apisonadora. Ponía a Rix como ejemplo que debía evitar. Walen decía que Rix era un cobarde soñador que nunca valdría su peso en mierda. A Walen le gustaba que Boone pegara a su hermano pequeño.

De todos modos, Rix albergaba en su interior una cosa que asustaba a Boone. Algo profundo, algo oculto a todo el mundo. Había visto su chispa en los ojos de Rix en varias ocasiones, durante los últimos días: un odio y una amargura tan retorcidos que podían impulsarle a cometer un asesinato. Y Rix había intentado clavarle un cuchillo en el comedor. Boone lamentaba no haberle roto los dientes delante de todo el mundo. Rix se habría retirado a su cuarto, llorando.

Boone derrapaba en las curvas, sin apenas tocar el freno, sonriendo por la emoción de la velocidad. Katt creía que iba a heredarlo todo, pero se equivocaba de medio a medio. Tenía que agradecer a Puddin' la caída en desgracia de Katt: la última vez que Katt se había marchado a pasar el fin de semana a Nueva York, Puddin' había registrado su armario en busca de un vestido y había descubierto la entrada de su habitación insonorizada. Puddin' le había enseñado lo que encontró allí dentro. Boone se lo había llevado a Walen, que todavía no estaba encerrado en la habitación insonorizada. Boone nunca olvidaría la expresión de sorpresa y de repugnancia del viejo. Probablemente compraría esa mierda en Asheville, le había dicho Boone. Y además probablemente le habría costado una fortuna.

Walen le había dicho que volviera a dejarlo donde estaba y que él ya se ocuparía personalmente de Katt.

Boone sabía lo que eso significaba. Era posible que su padre estuviera tomando el pelo a Katt, y que la hubiera desheredado.

La lluvia empezó a repiquetear en el parabrisas. Boone aminoró la marcha. No estaba tan borracho como para querer hacerse papilla en la carretera. Al torcer por el desvío de la verja de Usherland, accionó el interruptor del salpicadero y la verja se abrió suavemente ante él; cuando hubo pasado, volvió a cerrarse.

No le apetecía nada ir a la habitación donde dormía Puddin'. ¡Se cree que me tiene cogido por las pelotas!, resopló. Bueno, cuando echara mano a todos esos millones, podría elegir entre montones de mujeres hermosas. Puddin' ya no era tan guapa como antes. Su halo de reina de belleza se había di-

sipado y debajo no quedaba más que puro cartón campesino. Pasó lentamente junto a la mansión y siguió el paseo que conducía al Pabellón.

Cuando se mudara allí, el Pabellón sería una morada divina. Pensaba tirar todas aquellas malditas antigüedades polvorientas, armaduras y demás porquerías y decorarlo con muebles nuevos y bonitos. Tendría una planta entera llena de vídeojuegos, y en el sótano se haría una cueva de piedra artificial, con luces de colores y vapor de agua. Mandaría construir un dormitorio regio, con las paredes rojas y una cama enorme tapizada de piel negra, con un espejo en el techo. Organizaría fiestas interminables, y si le daba la gana, metería sus caballos dentro, por los pasillos.

Boone solía ir al Pabellón a pasear y a imaginarse cómo viviría allí en su día. A veces decía a Puddin' y a su madre que iba a las caballerizas, pero en realidad iba al Pabellón. Para él era la casa más hermosa del mundo. Su majestad y su inmensidad le emocionaban; se sentaba en alguna butaca y, en el silencio del Pabellón, soñaba en que pronto, muy pronto, todo aquello le pertenecería.

El Pabellón nunca le había dado miedo. El Pabellón le amaba, también, y deseaba que él fuera su amo. En sus sueños de los últimos meses, veía el Pabellón iluminado, y figuras que pasaban como flotando por detrás de las ventanas, como en la fiesta que Boone pensaba organizar en cuanto se mudara. Últimamente, el sueño se repetía casi todas las noches, y a veces oía una voz suave e insinuante que le llamaba, y él se despertaba rebosante de alegría.

El Pabellón le quería. El Pabellón esperaba acogerle en su seno, y él lo amaría hasta el final de sus días.

Boone cruzó el puente y aparcó bajo el portón. Después salió a la llovizna, se dirigió al maletero del coche, lo abrió y sacó la linterna y un plano que él mismo había trazado de la planta baja. Encendió la linterna e iluminó los escalones.

La puerta principal del Pabellón estaba abierta. En varias ocasiones, al llegar allí se la había encontrado de par en par. Se lo había comentado a Edwin, que le prometió echar un vistazo. Boone sabía que no era probable que alguien se atreviera a entrar en el Pabellón, por todas aquellas historias del Hombre de la Calabaza y la pantera negra que rondaban por la finca. Boone suponía que el Pabellón había hecho algún movimiento, y la puerta no encajaba bien. Por el aspecto de las profundas grietas de las paredes, el caserón soportaba una fuerte presión interna. Cuando Boone entrara en funciones, daría prioridad a las obras de apuntalamiento del Pabellón.

Siguió el haz de su linterna hacia el interior. Inmediatamente le invadió un vértigo de placer; ya estaba de nuevo en su universo favorito y casi gritó de alegría. Atravesó el vestíbulo, pasando junto a la fuente con las esculturas, y entró en la cavernosa zona de recepción con sofás y sillas azules, mesas de caoba y banderas de todos los países del mundo, colgadas del techo. El silencio del Pabellón era total mientras Boone recorría una serie de estancias enormes. Cogió por un corredor enrevesado, avanzó por él unos cuarenta metros y luego abrió una gran puerta corredera. Allí estaba el estudio principal, y la linterna de Boone iluminó varios objetos familiares: butacas de cuero negro, dispuestas alrededor de una mesita de palo de rosa, un enorme escritorio oscuro con cabezas de león labradas, una

alfombra de piel de oso polar y estanterías llenas de garrafas y copas. Una pequeña escalera daba a una puerta que Boone encontró cerrada con llave. Atravesó la habitación hasta la chimenea de mármol negro; las cenizas de la última lumbre que había encendido en ella seguían en el hogar. A un lado había un barril de bronce de la época de Erick, lleno de leña, y algunos periódicos que había llevado él recientemente. Se entretuvo unos minutos preparando unos leños para la lumbre, se dio un golpe en la cabeza contra la repisa de la chimenea, soltó un taco y después metió unas bolas de periódico debajo. Prendió los papeles con el mechero y retrocedió cuando las llamas crecieron. La leña vieja y seca ardía muy bien. La habitación adquirió un resplandor festivo. Boone dejó la linterna a un lado y se acercó a las estanterías.

La última noche que estuvo allí se había acabado un whisky delicioso. Olisqueó varias garrafas hasta reconocer el aroma del coñac; dio un gruñido de satisfacción, se sirvió una copa y después se sentó a la mesa. El coñac le bajaba suavemente por el gaznate como oro líquido. Se le ocurrió que esa noche podía dormir allí. Colocaría una butaca delante de la chimenea para estar calentito y a gusto. Pensó en el viejo Erick sentado ante su escritorio, firmando papeles importantes. Estaba seguro de que él y Erick se habrían llevado como uña y carne. Se habrían respetado.

Boone bebió un trago de coñac y se puso a escuchar el crepitar del fuego. Allí se sentía en paz, seguro y a salvo. Olía al humo de la lumbre, en lugar de la podredumbre de su padre. No sabía cuánto tiempo más aguantaría en la mansión. Tras sorber la última gota del aromático coñac de su copa, se quedó inmóvil. Dejó la copa y ladeó la cabeza.

En la mesita de café, junto a una gran caja de puros, había una cosa que no estaba allí por la tarde.

Era un grueso álbum con el canto dorado. Boone se levantó y se acercó; luego acarició las tapas de cuero fino. Se lo llevó junto a la chimenea y lo abrió.

Contenía fotografías antiguas. Boone sabía que a Erick le encantaban las fotos; las paredes de la planta baja del Pabellón estaban cubiertas de fotografías de la época de Erick. Pero las fotos de aquel álbum eran muy distintas. A Boone se le encogió el estómago.

Eran fotos de cadáveres.

De soldados, advirtió Boone. Petrificados en todas las posturas de la muerte. Había fotos tomadas en el campo de batalla, en hospitales de campaña, en depósitos de cadáveres, primeros planos de soldados atrapados en alambradas de espino o despanzurrados en el fondo de trincheras llenas de barro, cuerpos casi totalmente descarnados, hechos trizas por minas o granadas, aplastados en el suelo por los tanques... Por lo que Boone pudo deducir de los uniformes y el escenario, pertenecían a la Primera Guerra Mundial. Otra serie de fotografías mostraba cadáveres decapitados, seguidas por las cabezas aisladas. Boone contempló la muerte en sus formas más espantosas, y pese al calor de la lumbre se le puso la piel de gallina.

El álbum contenía varios centenares de fotografías. Algunas se habían despegado y cayeron a sus pies. Boone recordó que a Erick le encantaban las fotos. Y quizás aquéllas fueran las que más le gustaban.

Boone oyó un portazo en el interior del Pabe-

llón y se sobresaltó. Una puerta, pensó, con la mente algo embotada. ¿A quién se le había cerrado la puerta?

Y entonces lo comprendió con horror y meridiana claridad: se había cerrado la puerta de la calle.

Boone permaneció inmóvil, escuchando. Los cadáveres mutilados de los jóvenes soldados le miraban fijamente. Boone dejó caer el álbum al suelo y retrocedió, limpiándose las manos en los pantalones. Después cogió la linterna y salió al pasillo.

El interior del Pabellón le pareció mucho más helado; veía el vaho que le formaba el aliento al salir de la boca. Retrocedió por el pasillo, por donde había entrado.

Y entonces se detuvo en seco.

—No —susurró.

Su voz resonó en un eco:

«No no no no...»

Su linterna iluminaba una pared de piedra que no estaba allí cuando había entrado hacía un momento. La tocó; las piedras estaban frías y eran muy reales. Retrocedió desconcertado, intentando pensar dónde se había equivocado. Cuidado, Boone, se dijo. No hay problema. Vuelve al estudio de Erick, ¿de acuerdo?

Se dirigió hacia la puerta el estudio y se detuvo en el umbral. Su linterna reverberó en el ascensor del Pabellón. El estudio había desaparecido.

Miró en la habitación del otro lado del pasillo, y descubrió una sala de música con un piano de cola blanco, un armonio y un clavecín. El techo estaba decorado como un cielo azul con nubecillas blancas. Todas las veces que Boone había entrado en el Pabellón por aquel corredor, nunca había vis-

to aquella sala. La siguiente puerta de arco daba a un amplio salón de estilo muy femenino, pintado de rosa pálido. Su plano, cuando lo acercó a la luz, no señalaba aquella habitación en la planta baja. Boone se quedó aturdido junto al ascensor que se hallaba en el lugar del estudio. Muy bien, se dijo. Me habré equivocado. No pasa nada. Seguiré andando hasta encontrar una habitación que me resulte familiar, y luego ya buscaré la salida.

El pasillo le condujo, zigzagueando y cruzándose con otros, junto a escaleras que se desvanecían bajo la luz de la linterna. Boone no reconoció ninguna habitación de las docenas de puertas que fue abriendo. Le sudaban las palmas de las manos y en la cara se le congeló una sonrisa de incredulidad. Estaba mareado y desorientado. Comprendió que le podía pasar lo mismo que le sucedió a Rix. ¡Dios santo! pensó. ¡Tengo que encontrar la salida!

Y tras un último recodo a la izquierda, el corredor desembocó en una amplia escalera que ascendía hacia la oscuridad.

Boone examinó el mapa. Había descubierto diez escaleras en sus exploraciones por la planta baja del Pabellón, pero ésa era la primera vez que la veía. Si no sabía dónde se hallaba, el plano le sería inútil. Pensó que debía dar media vuelta. Me plantaré delante del ascensor y esperaré a que alguien vea mi coche ante la puerta. No pasa nada.

Dio unos cuantos pasos más y sus piernas chocaron con algo. Gimoteó bajito, asustado.

Otra pared se alzaba a su paso, adornada con antiguas fotografías enmarcadas del Pabellón.

Soltó una risita nerviosa, un gruñido que resonó débilmente a su alrededor. Aquella pared no estaba hacía un momento. El corredor se había ce-

rrado a su espalda. Pero las fotografías indicaban que aquella pared llevaba allí cincuenta años.

El aire estaba cada vez más frío, y Boone veía el vaho que se formaba en torno a su boca. Paseó la luz por la pared. Sobre los marcos de las fotografías había una fina capa de polvo. Golpeó los ladrillos con el puño pero la pared, como el resto del Pabellón, estaba hecha para resistir muchas generaciones.

No tenía más remedio que subir las escaleras. Pero cuando llegó arriba, descubrió que entonces descendían hacia las profundidades del Pabellón.

Se agarró al pasamanos y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, las escaleras seguían apuntando hacia abajo. ¡Me he perdido!, pensó, al borde del pánico. ¡Perdido, como una rata en un laberinto! Pero ese laberinto cambiaba a medida que él iba pasando. ¿Era eso lo que le había pasado a Rix, hacía años? Los pasillos se cerraban solos, las escaleras cambiaban de dirección, las habitaciones se sucedían en cuestión de segundos...

El miedo le agarrotó las entrañas. ¡Tengo que salir de aquí!, gritó interiormente. El único camino que le quedaba era la escalera y empezó a bajarla.

Le castañeteaban los dientes de frío. La escalera hacía una curva hacia las tinieblas y Boone se agarró al pasamanos para no resbalar, porque los peldaños eran cada vez más empinados. Cuando llegó al pie de la escalera, la linterna iluminó unas paredes, un suelo de granito, y un arco que daba a un corredor con un recodo, que se perdía fuera del alcance de la luz. En las paredes había viejas bombillas eléctricas; por encima se veían rastros de hollín, de cuando se iluminaban con antorchas.

Boone comprendió que estaba en uno de los sótanos más altos. Allí hacía mucho más frío que arriba, un frío horroroso e insoportable, el más intenso que Boone había sentido en la vida.

Comprendió que no podría resistirlo y que era preferible volver a subir las escaleras, y emprendió su ascenso, temblando de frío.

A los siete escalones, su cabeza chocó de repente con el techo.

La escalera terminaba allí.

—Ay, Dios —graznó Boone.

¡Estoy atrapado! pensó desesperado. El Pabellón le había encerrado, le tenía atrapado.

—¡Socorro! —gritó, pero se le quebró la voz.

El silencio del Pabellón le hacía burla.

Pegó un puñetazo en el techo. ¡No está! ¡Ese maldito techo no puede estar aquí!, pensó. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras intentaba comprender lo que le estaba pasando, y sentía el inmenso peso del Pabellón sobre él, como una bestia enorme e implacable.

—Te quiero —murmuró en la oscuridad.

Se le saltaron las lágrimas, que se le helaron al llegarle a la barbilla.

Al pie de la escalera, Boone se encaró con el corredor que llevaba hacia... ¿dónde? ¿Más escaleras, pasillos y habitaciones que se desvanecían y se materializaban a su paso...? Pensó que podía quedarse allí hasta que le encontraran. ¡Antes o después alguien acabaría por encontrarlo!

Pero se estaba helando, y comprendió que debía moverse. Se le estaban paralizando las articulaciones, y el aire le raspaba los pulmones. No tenía más remedio que coger por aquel pasillo, alumbrándose con la linterna.

Cuando había recorrido unos veinte metros le pareció oír un leve latido, rítmico y distante como de alguna maquinaria. Pero allí no había electricidad. ¿Cómo iba a estar funcionando una máquina? Más adelante, por el sinuoso corredor, Boone sintió unas vibraciones lentas y regulares, como el latido de un inmenso corazón, bajo las suelas de sus zapatos. Fuera lo que fuese aquella cosa, la tenía debajo, en el piso inferior.

La luz iluminó otro arco, que se abría en la pared de su derecha. Le daba miedo mirar por encima del hombro, temiendo que de nuevo se le hubiera cerrado el paso a su espalda. En tal caso, se volvería loco. El Pabellón le estaba conduciendo, pensó. Le empujaba, le manipulaba. ¿Hizo lo mismo con Rix?

Recordó por qué entraron Rix y él en el Pabellón: para jugar al escondite con el demonio. Era lo que él había dicho para asustar a su hermano. Pero en ese momento, el Pabellón estaba jugando al escondite con él, y él sabía que ese juego era a vida o muerte.

Pasó bajo el arco y entró en una sala enorme llena de animales.

La luz se reflejó en los ojos de los leones, tigres, osos, leopardos, pumas, panteras, cebras y los antílopes. La sala estaba llena de animales en posición de ataque, muy apretados en una casa de fieras irreal. Sus miradas silenciosas parecían observar a Boone, que se había dado cuenta, después de la primera impresión, que eran los trofeos de caza disecados de Erick.

La sala contenía cientos de animales, y sus sombras, producidas por la linterna de Boone se alargaban por las paredes. Retrocedió y se volvió para salir de allí.

Pero el arco había desaparecido, estaba tapiado, como si nunca hubiera existido.

Boone estuvo a punto de caerse de rodillas.

Y oyó a su espalda una respiración.

Se volvió, iluminando en todas direcciones con la linterna. Entre los animales disecados no se movía nada.

—¡Soy Boone Usher! —gritó.

Los ecos «Usher Usher Usher» rebotaron a su alrededor, en el ambiente gélido.

Un tigre agazapado saltó hacia delante y cayó, el pelo rígido, las patas tiesas. Detrás, la luz iluminó algo negro antes de que desapareciera.

Boone se echó a llorar.

—Soy Boone Usher —susurró—. Maldita sea, escúchame...

Las lágrimas se le helaban en las mejillas. Se recostó contra la pared y se fue deslizando hasta el suelo, llorando suavemente, con los nervios destrozados. Otro animal se cayó, seguido por un tercero. Una cálida humedad se desparramó entre los muslos de Boone; se hizo un ovillo, enfocando la linterna hacia delante.

El sonido de una respiración se le acercó, desde todas direcciones.

Y entonces Boone sintió en la mejilla un aliento terrible y frío.

Se volvió de lado, enfocando la linterna.

Una pantera negra monstruosa, con unos ojos verdes muy brillantes, estaba inmóvil a poco más de un metro de él. Al principio Boone creyó que era otra de las fieras disecadas, pero luego el animal abrió lentamente la boca y sacó una lengua bífida, que zigzagueó velozmente en el aire.

La pantera le observaba. Sobre el cráneo tenía

una peladura roja en carne viva que parecía una quemadura.

Boone quiso gritar, pero no emitió sonido alguno. Apretó la espalda contra las piedras, contrayendo la cara de terror.

La pantera se sentó sobre los cuartos traseros, sin perderle de vista. Boone oyó una especie de chasquido cuando el animal movió la cola.

Las lágrimas heladas le pegaron los párpados. Boone empezó a reírse y a gimotear alternativamente, y enloqueció de pánico.

Sin hacer el menor ruido, la pantera dio un salto.

Abrió las fauces sobre el rostro de Boone y luego las cerró. Su cerebro y su sangre salpicaron la pared. La linterna se le cayó de la mano. La pantera clavó las garras en los hombros de Boone, derribando su cuerpo estremecido, y empezó a despellejarle la cabeza. Después le mordió la garganta, dejándole sin voz en mitad de su grito. Le aplastó el tórax, le clavó los colmillos entre los tejidos y las costillas, hasta que encontró su corazón, que todavía latía. Con un rápido movimiento de su macizo cuello, la pantera arrancó el corazón de Boone y se lo tragó entero.

El cadáver despedía vaho. La pantera lamió ávidamente un charco cada vez mayor de sangre coagulada y después empezó a descuartizar su cuerpo y a roer sus huesos. Hacía girar los ojos en sus órbitas de puro placer.

Cuando se hubo saciado, el monstruo dio media vuelta, la panza hinchada con lo que había sido Boone Usher, y salió de la sala por el arco que estaba a menos de un metro de distancia.

SEIS

EL VALLE DE LA SOMBRA

33

Logan Bodane se adentraba en los bosques de Usherland detrás del haz de luz de su linterna.

Había estado lloviendo durante la última media hora, pero en ese momento sólo una leve neblina flotaba en la luz. El bosque olía intensamente a tierra húmeda. De las ramas de los árboles caían gruesos goterones y el viento agitaba sin descanso las copas de los árboles.

Logan caminaba sin hacer ruido por el sendero de herradura, alumbrando despacio a ambos lados del camino. No tardó en llegar al viejo zoológico y continuó hasta donde estaban colgados los cadáveres de los animales. La mayor parte se hallaban roídos hasta los huesos por las moscas y las hormigas, pero había tres más recientes: un zorro y dos ardillas. A sus pies, la sangre que había chorreado de sus gargantas rebanadas había formado charcos y se había secado.

Lo más difícil había sido trepar a los árboles para prender los alambres y colgar a los bichos justo encima del sendero. Desde que era niño, Logan había sido un excelente cazador. Si había algo en el mundo que le diferenciaba de sus semejantes, pensó con ironía, era su habilidad para cazar animales... a su manera, tan especial.

Logan retrocedió unos metros por el sendero y se sentó con la espalda contra una roca. Apagó la linterna y se quedó inmóvil en la oscuridad, escuchando el rumor del viento.

La noche anterior creía haber oído al bicho rondando por el bajo bosque, hacia el cebo. Luego, a menos de seis metros de él, se había detenido de repente. Logan agudizó los sentidos y percibió el olor característico de un felino predador. Pero después de media hora sin el menor movimiento, había encendido la linterna, descubriendo que el animal, cualquiera que fuese, se había marchado sigilosamente.

Tal vez fuera Faucevoraz, o tal vez no, se dijo Logan. Si es que realmente existía esa bestia. Pero si una pantera monstruosa rondaba por los bosques de Usherland, antes o después sería atraída por el olor de la sangre y la carne. Logan se pasaba varias horas todas las noches en aquel sitio, y había visto huellas de lince y de zorro en el suelo, pero ninguna pisada lo bastante grande para ser de una pantera tan enorme como decían.

Faucevoraz era la razón principal por la que Logan aceptó el trabajo en Usherland. Hacía mucho tiempo que quería demostrar su habilidad para encontrar a la pantera, pero la invitación a Usherland le había situado en pleno territorio del monstruo. Su única arma era un cuchillo con la hoja de sierra, que llevaba en una funda de cuero en la pantorrilla derecha. Si existía un animal semejante, y si Faucevoraz se cruzaba en su camino, Logan sabía que tendría que ser rápido, más rápido que nunca. Pero aquello era más que un desafío, y él tenía fe en sus dotes especiales.

Había llegado el momento. Empezó a respirar

lenta y rítmicamente, apretando la espalda contra la roca. A través de la camisa de franela sentía las grietas y los bultos de la piedra, y se concentró para fundirse con ella para ser parte de la piedra. Se estremeció cuando su temperatura corporal descendió, pero enseguida volvió a concentrarse en permanecer perfectamente inmóvil. Su respiración disminuyó hasta hacerse casi imperceptible. En su rostro inmóvil, las pupilas se le dilataron muchísimo. Su corazón casi dejó de latir.

Si se acercaba alguien o algo, Logan parecería una extraña excrecencia de la roca. Podía pasarse varias horas en esa posición, si era necesario, pero también podía dar un salto en cuestión de segundos, si lo deseaba.

Pocos días antes estaba en el jardín, observando a Kattrina Usher que se encaminaba al garaje. Le gustaba la promesa de su cuerpo esbelto y prieto, el sugestivo movimiento de su trasero embutido en su mono rosa. Era la mujer más guapa que había visto en su vida, a años luz de distancia de las chicas de Taylorville con las que había salido algunas veces. Cuando pasó junto a él, él la saludó, pero ella le miró con desdén, y Logan se sintió menos que un gusano. Después ella se había alejado por el paseo del jardín. Logan conocía esa mirada: ella se consideraba demasiado importante para dirigirle la palabra. Él la había observado mientras se dirigía al garaje, y el deseo le había abrasado el cuerpo. Kattrina era como Mutt, el perro de su abuelo Robert, pensó Logan en el silencio de su trance; le molestaba cómo le evitaba Mutt, que hasta llegó a morderle la mano que le ofrecía. Así que fue un reto practicar con Mutt sus habilidades, dejar que el animal se le acercara meneando el rabo, servil, y luego darle en la cabeza con un martillo.

Logan había calculado cuál era la ventana del cuarto de Kattrina, y algunas veces se quedaba debajo, atisbando hacia arriba. Edwin le había pillado allí la tarde anterior y le había dicho que debería estar en la lavandería. Edwin no dejaba de vigilarle, y Logan sabía que Cass no le apreciaba. Edwin le había dicho que estaba abusando de su confianza —a saber lo que significaba aquella mierda— y que no sobresalía en las diversas tareas que debía realizar en la finca. A Logan no le importaba; no pensaba quedarse en Usherland mucho tiempo. Aquella porquería de puesto de encargado le quitaba mucha libertad; todo lo que quería era el dinero suficiente para comprarse un coche nuevo y marcharse a California.

Pero tal vez, meditó Logan, antes de irse debería probar su habilidad con alguna persona. Como Kattrina. Recordó su mirada y se le retorcieron las tripas. La haría suplicarle, acercarse sumisa y meneando el rabo. O tal vez lo intentara con el hijo de puta de Rix. Hacer que ese arrogante bastardo se metiera el cañón de un revólver entre los dientes y apretara el gatillo, o se rajara las venas en la ducha. Eso sería estupendo siempre y cuando él no tuviera que limpiarlo todo después.

Lo más fácil eran los animales domésticos, como los perros y los gatos. Los animales salvajes necesitaban más dominio. Una vez, en el zoo de Asheville, se detuvo ante una jaula donde una loba lamía a sus cachorros. De pronto se dio cuenta de lo que quería que hiciera la loba, y formó cuidadosamente esa imagen en su pensamiento. A su lado, un niño llamó entusiasmado a su madre, y eso le había quitado la concentración, así que tuvo que volver a empezar. Repitió la imagen en su pensa-

miento, la fijó, y luego le dio vida. La loba era fuerte y se le resistió un momento.

Pero a los pocos minutos cogió a sus cachorros, y uno a uno, los fue estrujando entre sus fauces.

El niño que estaba junto a Logan se echó a llorar. Mientras Logan se alejaba, la loba daba con el hocico a sus cachorros, intentando que volvieran a mamar.

Sólo lo había intentado una vez con un ser humano: el señor Holly, su profesor de geometría del instituto. El señor Holly era un tipo viejo y larguirucho que llevaba pajarita y tirantes y le iba a suspender. Una mañana, en clase, Logan había mirado al señor Holly mientras el viejo hablaba de las áreas de los triángulos, sosteniendo su mirada. Logan había formado la imagen mental del señor Holly en su destartalado Ford, apretando a fondo el acelerador. El señor Holly había dejado de vomitar fórmulas. Logan añadió detalles a su montaje: el coche iba a toda pastilla por la carretera del condado, entre el instituto y Taylorville, hacia el puente Pearl Creek. Dentro del Ford, el señor Holly tenía una cremallera en la boca, con la misma expresión en la cara que cuando amenazó a Logan con los cursos de verano. «Gira el volante», le ordenó Logan mentalmente, y se imaginó al hombre dando un brusco golpe de volante a la derecha. El Ford se estrelló contra la barandilla de cemento del puente con tanta fuerza que el señor Holly salió despedido contra el parabrisas, y el eje del volante le perforó el vientre. Cuando Logan dejó que la imagen se difuminara como una película, el señor Holly dijo que se encontraba mal y que tenía que salir un momento. Toda la clase le había oído vomitar en el pasillo.

Pero al día siguiente volvió. Durante más de una semana, Logan se entretuvo repitiendo la misma imagen en su pensamiento. Como mínimo, interrumpía las aburridísimas clases del viejo. Cansado del jueguecito, Logan empezó a inventarse trucos para copiar en el examen final.

Un mes más tarde, el *Foxton Democrat* publicó que el señor Paul Holly de Taylorville, de cincuenta y ocho años de edad, profesor de geometría durante más de diecisiete años, se había matado al estrellar su Ford contra la barandilla del puente Pearl Creek. Por el instituto corrió el rumor, que Logan escuchó con asombrada satisfacción, de que el viejo chiflado de Holly había dejado una nota de suicidio a su mujer, donde había escrito cien veces «gira el volante».

Pero de todos modos, el profesor que sustituyó a Holly en mayo cateó a Logan.

Logan siempre mantuvo en secreto su especial habilidad. No entendía de dónde procedía, ni por qué las poseía, pero sabía que cada vez la dominaba mejor. No quería que sus padres se enteraran. ¿Qué hubieran dicho si averiguan lo que le había hecho a Holly? Logan lamentaba haber descuartizado a Mutt; aquello había sido una estupidez, pero el abuelo no había dicho nada a Edwin, así que se imaginó que su pequeño experimento había triunfado.

El crujido casi imperceptible de una ramita despertó a Logan de su trance. En un minuto, su pulso había recobrado la normalidad, lo mismo que su temperatura. Agudizó los sentidos en la oscuridad. Olió un felino agazapado a escasa distancia.

Se movió un arbusto junto al sendero. Logan se puso en guardia. Si ese hijo de puta se me echa en-

cima, más vale que esté preparado. Esperaba deslumbrarlo con la linterna antes de que tuviera oportunidad de atacarle. Esperó un rato más, escuchando, y luego enfocó la linterna hacia el sendero.

Y la encendió.

La luz iluminó a un lince peludo, con las orejas hechas jirones, que estaba lamiendo ávidamente la sangre seca que se había acumulado debajo de los últimos cadáveres.

Sus ojos brillaron en la luz y Logan vio que el animal tensaba las patas traseras, preparándose para saltar al monte bajo. Al instante sintió deseos de añadirlo a su colección, y se representó mentalmente la imagen del lince petrificado en el sendero. Mandó esa imagen mental como una jabalina hasta sentirse unido al lince. El animal intentó dar un salto pero se quedó sin voluntad. Empezó a dar volteretas, intentando morderse el rabo.

Logan se concentró en esa imagen, la reforzó y la ralentizó, hasta que el lince se detuvo, jadeando y confundido en el sendero, con las patas rígidas y la boca abierta. Los ojos se le habían velado.

Logan sentía que el animal intentaba liberarse, y mantuvo su pensamiento firmemente mientras se le acercaba. De no ser por el movimiento de sus flancos al respirar, el lince hubiera parecido un trofeo de caza disecado. Logan se agachó a escasa distancia del animal, mirando su lengua rosada y sus dientes brillantes. Abrió la funda del cuchillo que llevaba en la pantorrilla, y luego extendió el brazo y le pinchó en el costado.

El animal abrió más la boca, pero no se movió.

Siempre le divertía verlos así, indefensos, esperando la cuchillada mortal. Su mente poseía una

trampa para animales, y él podía atraparlos o soltarlos a voluntad. De todos los bichos que había atrapado, matado y colgado de los alambres, las ardillas eran los más difíciles porque se movían con gran rapidez. Era difícil detenerlas en plena carrera.

Logan resiguió el costillar del lince con la punta del cuchillo. El animal se estremeció de repente, pero volvió a quedarse inmóvil. Logan colocó la hoja del cuchillo contra la blanda garganta del lince y se la clavó. Después, con un gesto preciso, nacido de la práctica, le rebanó el pescuezo.

La sangre le salpicó el brazo antes de que tuviera tiempo de retirarlo. El lince dio una sacudida y emitió un estertor silbante por la boca. Era difícil controlarlos cuando sentían dolor, y Logan retrocedió por si se rompía su vínculo mental. Y así ocurrió a los pocos segundos: el lince aulló, dando salvajes zarpazos al aire, fuera de control y retorciéndose en su agonía. Con interés frío y cínico, Logan contempló su muerte. Finalmente, el lince cayó de costado en su propia sangre y dejó de respirar.

Logan limpió la hoja del cuchillo en el pelo del animal y volvió a guardarlo en su funda.

Cuando se puso en pie, se le puso la carne de gallina. De repente sintió que era observado desde muy cerca.

Se volvió, enfocando la linterna. No vio más que árboles, jaulas oxidadas, enredaderas colgantes y rocas escarpadas. Pero seguía con la carne de gallina; había algo allí, muy cerca, aunque él no sabía lo que era. ¿Faucevoraz? Sintió un estremecimiento de pánico. No, no... no era un animal. No había ningún olor animal en el aire. Barrió todo el sen-

dero con la luz de la linterna. Fuera lo que fuese, su observador era tan hábil como él para fundirse con el entorno.

Las piernas se le quedaron rígidas, heladas. ¡Vete!, se dijo. ¡Vuelve a la casa!

Intentó mover los pies y gimió al darse cuenta de que tenía las rodillas trabadas. El frío estaba invadiendo rápidamente todo su cuerpo, inmovilizándole las piernas.

Abrió involuntariamente los dedos: la linterna cayó al suelo.

¡Corre! gritó mentalmente. Sus piernas no le obedecieron. El frío le estaba paralizando el cerebro y se dio cuenta de que era invadido, lo mismo que él había invadido al lince hacía unos minutos. El corazón le seguía latiendo, pero sus impulsos mentales iban disminuyendo, como el mecanismo congelado de una máquina.

La linterna, encendida en el suelo, iluminó los zapatos de una figura que se alzaba ante él en el sendero, a menos de tres metros.

Logan intentó gritar, pero tenía los músculos de la cara paralizados y no logró abrir la boca. Se le apretaron los dientes mientras luchaba contra un poder que le dominaba, aunque sabía que no tenía nada que hacer ante aquella fuerza sobrecogedora.

Se le hincharon las venas del cuello; sus ojos brillaban de terror.

El... Hombre... de la...Calabaza, pensó Logan antes de que la mente se le cerrara como una nevera.

La figura permaneció inmóvil ante él durante un momento más, y después se le acercó en silencio y tendió una mano para tocar la cara de Logan.

34

A treinta kilómetros de Usherland, el teléfono de Dunstan sonaba insistentemente.

Raven salió de su cuarto a contestar y encendió la luz del pasillo. Eran más de las tres y Raven estaba leyendo desde las once, incapaz de conciliar el sueño. Descolgó el auricular.

—¿Diga?

—¿Señorita Dunstan? —Era la voz cansina del sheriff Kemp—. Disculpe por despertarla a estas horas. Estoy en la clínica de Foxton y... bueno, hace un par de horas, la señora Tharpe y su hijo trajeron al viejo que dice llamarse Rey de la Montaña. Está destrozado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un animal le atacó. Los Tharpe no quieren hablar conmigo, pero me da la impresión de que saben lo que pasó allí arriba. La enfermera de urgencias me llamó al darse cuenta de la gravedad de la situación del viejo.

—¿Un animal? ¿Qué clase de animal?

—Los Tharpe no quieren decirlo. El doctor me ha dicho que han hecho todo lo que han podido por él, pero no cree que se salve. La llamo porque el chico ha dicho que quiere verla. Dice que hablará con usted, pero con nadie más.

—Muy bien. Dentro de un cuarto de hora estoy ahí.

Raven colgó y se vistió apresuradamente, con unos tejanos y un suéter azul marino. Después se puso unos calcetines gruesos y unas botas de campo, gastadas pero cómodas. Se pasó los dedos por la melena negra y se abrigó con un chaquetón ma-

rrón de mezclilla. Los libros que había sacado esa tarde de la biblioteca de Foxton estaban en su mesilla de noche. La bibliotecaria la había mirado como si fuera un monstruo de dos cabezas cuando se los pidió.

Cuando descendió de Briartop Mountain, se quedó sentada dentro del coche, temblando, al borde de la carretera. Las cosas que había hecho el Rey de la Montaña delante de sus propios ojos no tenían explicación racional. Le había curado la rodilla con un toque de su bastón. El Volkswagen había dado la vuelta como movido por una fuerza sobrehumana.

Recordó lo que le había dicho el sheriff Kemp en su oficina: «Y también están las historias de brujas. Por lo visto las había a montones en Briartop Mountain...»

El libro que estaba leyendo cuando sonó el teléfono se titulaba *Dark Angels*, y era una historia de brujería y magia negra. Estaba abierto sobre la mesilla de noche, por una de sus ilustraciones fantasmagóricas: un grabado del siglo XVII de una figura de negro en la cumbre de una montaña, con los brazos en alto, convocando a un ejército de reptiles demoníacos. Agazapada a sus pies había una forma parecida a un perro enorme... o a una pantera, pensó Raven. Había leído en el libro cosas sobre el mal de ojo en hombres y animales, sobre los hechizos y las varitas mágicas que se iban cediendo de generación en generación, brujas de magia negra y de magia blanca, y sobre el amigo de la bruja, una bestia creada por el poder satánico para proteger y ayudar a su amo.

Los otros dos libros, uno de Bill Creekmore titulado *No Fear: The World Beyond*, y el otro *The*

Unfathomed Mind, trataban respectivamente de la vida después de la muerte y de habilidades mentales extraordinarias. Raven también había hojeado otro libro, descubriendo que coincidía con muchos elementos tradicionales de la brujería de la novela de Rix Usher *Congregación*, que había cogido de la estantería donde su padre la había dejado. Se preguntó cuál sería su reacción si supiera cuánto se había acercado su obra a la teoría.

Wheelerse se había asomado al pasillo en su silla de ruedas cuando ella salió de su cuarto. Le dijo quién había llamado y por qué, y que estaría de vuelta antes de que amaneciera.

Mientras conducía hacia Foxton cayó un chaparrón. Las hojas muertas revoloteaban en la luz de los faros y agarró con más fuerza el volante.

La cuestión de las ruinas seguía intrigándola. ¿Qué habría pasado allí arriba para que perduraran aquellas siluetas de seres humanos achicharrados, recortadas contra las paredes? Ese mismo día había hablado con su padre de las ruinas, pero él no sabía quién había vivido allí arriba, ni conocía su antigüedad. La población de la cima de Briartop Mountain no aparecía en ninguna obra histórica de la biblioteca de Foxton, y su llamada a la biblioteca de Asheville también resultó infructuosa. No existía constancia de las personas que la habitaban, ni de dónde venían, ni —lo más importante— de lo que les había pasado.

La clínica de Foxton, un edificio pequeño de ladrillo, estaba a una manzana del café Broadleaf. El personal médico lo componían un par de doctores y un par de enfermeras, que veían más casos de gripe y de resfriados que de cualquier cosa seria. Raven sabía que por la noche se quedaba una en-

fermera de guardia, que llamaba al médico en caso de necesidad.

Esa noche, el coche del sheriff estaba aparcado frente a la clínica, al lado de la furgoneta de los Tharpe y otros dos vehículos. Raven metió su coche en un hueco y entró apresuradamente en la clínica.

El sheriff Kemp estaba sentado en la sala de espera, hojeando un ejemplar de *Field & Stream.* Al otro lado de la sala se hallaban Myra Tharpe y su hijo.

Cuando Kemp se levantó a saludarla, Raven miró a Myra Tharpe y observó que tenía los hombros encogidos y la mirada extraviada, fija en el suelo. A su lado, Newlan Tharpe, que llevaba una camisa de franela y unos pantalones muy holgados, que obviamente no eran suyos, se puso rápidamente en pie al ver a Raven.

—Ha sido una carnicería —dijo Kemp, con la cara sin afeitar y los ojos enrojecidos de sueño—. El viejo está hecho trizas, es increíble. Fuera lo que fuese, la bestia le atacó por la espalda. Le ha roto las costillas, la clavícula, la nariz y la mandíbula. El animal debe de tener unos dientes tremendos, por las heridas que tiene el hombre en la nuca.

—New —preguntó Raven—, ¿qué fue lo que le atacó?

El chico miró indeciso a Raven y al sheriff, y luego contestó:

—La pantera. Faucevoraz, señorita Dunstan.

Kemp dio un resoplido.

—¡Esa criatura no existe! ¡Es una invención de la gente de la montaña!

—¿Igual que el Hombre de la Calabaza? —dijo

New con voz serena y firme, pero con una autoridad que borró la sonrisa del rostro de Kemp.

—Dios mío... —susurró Myra Tharpe, apretándose las manos sobre el regazo.

—¿Tú la viste? —insistió Raven.

—Cuando la pantera saltó sobre el viejo, estaba tan cerca de ella como ahora de usted. Supongo que... él estaba tan ocupado conmigo que no advirtió que ella le estaba acechando por la espalda. El Rey de la Montaña estaba al lado de nuestra casa. De no haber sido por él, yo hubiera bajado al...

Dejó la frase sin terminar y luego cogió el nudoso bastón que estaba apoyado contra una silla.

—Golpeé a Faucevoraz con esto, y entonces huyó.

—¿Con un bastón? —se mofó Kemp—. ¿Quieres decir que pusiste en fuga a una pantera negra con ese viejo bastón?

—Es... algo más que un viejo bastón. —New lo acarició—. No entiendo muy bien qué es, pero le quemó toda la cabeza a Faucevoraz. Y a mí me tiró de espaldas, además.

New lo manejaba con cuidado y con mucho respeto; aunque ya no sentía su poder, le parecía estar tocando un arma cargada.

El bastón, pensó Raven, el bastón que le había curado la pierna. Hechizos y varitas mágicas. Brujas en Briartop...

—Señora Tharpe, ¿se encuentra bien? —preguntó Kemp—. ¿Quiere un poco de agua?

Ella meneó la cabeza.

—No, gracias, estoy bien.

Kemp volvió a mirar al chico, frunciendo el ceño.

—¿No habrás bebido más de la cuenta? Es posi-

ble que el viejo fuera atacado por algún felino, pero Faucevoraz no existe. Un lince muy grande, por ejemplo...

—¿Son negros los linces, sheriff? —New avanzó unos pasos—. ¿Y si se levantan sobre las patas traseras miden dos metros de alto? ¿Y tienen en la cola una cosa como las serpientes de cascabel? Usted ha visto al Rey de la Montaña. No pensará en serio que un lince le podría hacer todas esas heridas.

—¡Ya basta! —exclamó Myra Tharpe de repente, levantándose de su asiento. Miró a Raven echando chispas por los ojos—: ¡Usted empezó todo este... desastre! ¡Usted, con su malditas preguntas y su fisgoneo! La pantera nos habría dejado en paz de no ser por usted. ¡Maldita sea! ¡Debí haberla matado la primera vez que la vi!

—¿Se ha vuelto loca? —dijo Kemp—. ¿Qué tiene que ver con esto la señorita Dunstan?

—¡Lo ha desencadenado todo! —gritó Myra señalando a Raven con mano temblorosa—. Subiendo a la montaña hasta las ruinas, haciendo preguntas tontas sobre el Hombre de la Calabaza y otras cosas que es mejor no mencionar. Oh, no podía aceptar respuestas evasivas, ¿verdad? Tenía que seguir insistiendo e insistiendo, hasta sacar de quicio al mismísimo demonio.

Raven sostuvo con calma la mirada de la mujer.

—Usted no quería que Nathan apareciera, ¿no es cierto? Usted sabía que los hombres no lo encontrarían, y tampoco quería que lo encontraran. ¿Y por qué? ¿Por qué se niega a hablar del Hombre de la Calabaza y no permite a su hijo que me cuente lo que ha visto?

La cara de Myra enrojeció de rabia.

—Porque —dijo con gran esfuerzo— si empiezan a subir extraños a Briartop Mountain, a buscar al Hombre de la Calabaza, todo este valle será un mar de muerte y de destrucción. ¡Mi madre lo sabía, y la madre de mi madre también! ¡Hay que dejar tranquilo al Hombre de la Calabaza! Si alguien intenta evitar que coja lo que desee, hará que la tierra se abra y nos mandará a todos al infierno.

Kemp se quedó boquiabierto.

—Pero qué historias nos está contando...

—¡Un terremoto! —gritó Myra—. Provocará un terremoto que nos destruirá a todos, como el del otoño de 1893. Sí, entonces vinieron muchos forasteros y se metieron en el bosque, con sabuesos y armas de caza, y registraron cada centímetro de Briartop. Impidieron que el Hombre de la Calabaza cogiera lo que quería y él rajó la tierra en dos. Desaparecieron las casas, las rocas aplastaron a la gente, toda la montaña se estremeció como si fuera a partirse en dos. Mi madre lo sabía, y la madre de mi madre, desde hace más de cien años. En Briartop todo el mundo lo sabe, y sabe que no hay que hablar del Hombre de la Calabaza con los extraños, ni dejar que los extraños nos ayuden. ¡El Hombre de la Calabaza coge lo que desea! Si se lo impedimos, nos destruirá.

—¿Quiere usted decir que la gente de Briartop cree que el Hombre de la Calabaza provocó el terremoto de 1893? —preguntó Raven.

Había leído un artículo sobre el particular en un antiguo ejemplar del *Democrat*. Una soleada mañana de noviembre empezaron los temblores, y en pocos minutos estallaron todas las ventanas de Foxton. La máxima intensidad había tenido lugar en Briartop Mountain, donde los corrimientos de

tierra destruyeron muchas cabañas del bosque y murieron veintidós personas. Se rompieron los cristales hasta en Asheville.

—No es que creamos! —dijo Myra ásperamente—. ¡Lo sabemos! Subió la policía a Briartop, con perros. Recorrieron toda la montaña durante el otoño y bloquearon los caminos a la puesta del sol. Negaron al Hombre de la Calabaza lo que quería... y él devolvió el golpe. No ha habido ningún otro terremoto desde entonces, porque no le hemos negado nada... y tampoco hemos permitido que lo hicieran los extraños.

El único año en que disminuyeron las desapariciones fue el año 1893, recordó Raven.

—¿Quiere usted decir... que le entregan a sus hijos deliberadamente? ¿Por qué no se van de la montaña? A cualquier otra parte...

—¿Adónde? —preguntó Myra con sarcasmo—. ¡Siempre hemos vivido en la montaña! No tenemos otro hogar. La mayor parte de nosotros no podría vivir en otra parte.

—¿Sabe usted que Briartop Mountain pertenece a los Usher?

—Sí. Los Usher nos dejan en paz. No les pagamos renta. Si un niño sale de noche, o se aleja demasiado de casa, entonces... es que ese niño es para el Hombre de la Calabaza.

—¿Como Nathan? —preguntó Raven fríamente.

Los ojos oscuros de Myra desafiaron a la joven.

—Sí —repuso—. Muchas familias de Briartop tienen más bocas que alimentar de las que pueden permitirse. El Hombre de la Calabaza se lleva a tres, cuatro, o a veces cinco niños en cada estación. Nosotros lo sabemos y estamos resignados. Así es la vida.

Hubo un momento de silencio.

—New —susurró Myra, tendiendo la mano a su hijo.

Él no se la cogió.

—No me mires así —le suplicó ella—. He hecho todo lo que he podido. Si no hubiera sido Nathan, habría sido otro niño. ¡No podemos enfrentarnos al Hombre de la Calabaza, New! ¿Es que no lo entiendes?

Una lágrima le resbaló por la mejilla. La mirada de su hijo la hería.

—El... el Hombre de la Calabaza no es real —dijo el sheriff Kemp débilmente, mirando sucesivamente a Raven y a New—. Todo el mundo lo sabe... Es sólo un cuento. No existe ese...

—Sheriff. —Una enfermera entró en la sala de espera—: Ha recobrado el conocimiento. Quiere ver al muchacho.

—¿Vivirá? —le preguntó New.

—Su situación es crítica. El doctor Robinson no cree que pueda resistir el traslado a Asheville, así que estamos haciendo todo lo posible por él. No puedo decir nada más.

—Pues vete a verlo —dijo Kemp a New, sentándose en una silla—. ¡La Virgen, esto no tiene ni pies ni cabeza!

—New —dijo Raven mientras él se disponía a seguir a la enfermera—. Me gustaría verle. ¿De acuerdo?

Él asintió. Myra sollozó suavemente y se derrumbó en una silla.

En una de las pequeñas habitaciones de la clínica, un médico de rasgos afilados, con el pelo gris y embutido en una bata blanca se volvió hacia New y Raven cuando la enfermera les hizo pasar.

La habitación olía intensamente a antiséptico. En una cama, el Rey de la Montaña yacía boca abajo, con la espalda cubierta por una sábana. Estaba conectado a dos frascos, uno de sangre y otro con un líquido amarillento, de glucosa, supuso Raven. El Rey de la Montaña tenía la cara vuelta hacia la puerta, por el lado de su ojo sano, y estaba tan pálido que las venitas violetas de su sien izquierda le sobresalían en relieve. Tenía toda la cara cubierta de rasguños negruzcos, y llevaba puntos de sutura en un largo corte de la frente. Un vendaje le cubría el puente de la nariz.

Bajo su película grisácea, su ojo era verde oscuro y no parpadeaba. Raven oyó su respiración lenta y trabajosa.

La expresión del doctor Robinson reveló a Raven todo lo que quería saber acerca de las posibilidades de superviviencia del anciano. El médico salió de la habitación y cerró la puerta.

New se acercó a la cama, sujetando el bastón del viejo con las dos manos. Pero el Rey de la Montaña no se movió; sólo el leve movimiento de subida y bajada de las sábanas.

Después torció la boca y dijo con voz ronca y extraña:

—Ha llegado... mi hora. Acércate, muchacho... para que te vea.

New se aproximó a la cama.

—Estoy aquí.

—Hay... alguien más. ¿Quién es?

—La periodista del *Democrat*.

—La joven del coche amarillo —recordó el Rey de la Montaña—. Tenía una lesión en la rodilla. Dile... que se acerque. Quiero que lo oiga... ella también.

New le hizo un ademán. El Rey de la Montaña dirigía la mirada hacia un punto concreto, sin enfocarles a ninguno de los dos.

—Ha llegado mi hora —repitió—. Tengo que pasarla.

—¿Pasar el qué? —preguntó New.

—La historia. Ha llegado el momento de pasar la historia.

Asomó una mano delgada de debajo de las sábana, buscando la de New.

—Dame la mano —ordenó.

New le obedeció. El viejo le apretó la mano tan fuerte que New creyó que le rompería los nudillos.

—Ahora tienes... la varita. Muy bien. Guárdala. Ay, cuánto me duelen las costillas...

New contuvo el aliento. Una oleada de dolor le estalló en las costillas. La mano del viejo no le soltaba.

—Escúchame —jadeó éste—. Escuchadme los dos. Voy a contaros la historia... de las ruinas... de Briartop. Os la contaré... como me la contó mi padre... antes de que cayeran los cometas.

Guardó silencio un momento, respirando fatigosamente.

—Faucevoraz ha intentado matarme... antes de que pudiera contarlo. Esas ruinas fueron un pueblo lleno de gente. Pero no era... gente corriente. Mi padre me dijo que vinieron de Inglaterra... cuando empezó a poblarse este país. Vinieron del norte... y construyeron un pueblo para ellos. En la cima de Briartop, para vivir en secreto.

El Rey de la Montaña cerró el párpado, que le empezó a latir. Pero no aflojó la presión de su mano sobre la de New.

—Una congregación —susurró—. Era un pueblo... de hechiceros y brujas.

Raven miró a New, vio que el chico entornaba los ojos, y comprendió que se lo creía, como ella. Se aproximó más al anciano.

—¿Qué le pasó a ese pueblo?

—Fue destruido... por el fuego y la ira —respondió, y exhaló un suspiro dolorido—. Por... uno de ellos.

Raven guardó silencio, esperando a que continuara.

—El que hizo... lo que para el Demonio es... la peor de las blasfemias.

—¿Qué? —le apremió Raven.

El Rey de la Montaña curvó sus labios grisáceos en una sonrisa.

—Se enamoró. De una chica de otra ciudad. Una chica... cristiana. Él quería abandonar su mundo... y casarse con ella. Pero los otros... sabían que debían impedírselo. Él era uno de los hechiceros... más poderosos de todos.

Tuvo que hacer otra pausa para recobrar fuerzas y seguir hablando.

—Debió de sufrir una tortura infernal... para decidir qué camino tomar. Porque una vez que el demonio te posee... es como una droga... que te puede... y te puede... y siempre necesitas más.

Volvió a parpadear y cerró el ojo; pero la presión de su mano era tan fuerte que New tenía los dedos destrozados.

—Pero él... la quería más a ella que... al mal —susurró el Rey de la Montaña, abriendo el ojo—. Tomó una decisión... y bajó a la ciudad del valle. Ahora... se llama Foxton.

Mientras el viejo iba hablando sin soltarle la mano, New empezó a visualizar imágenes menta-

les; imágenes fantasmales de gente vestida de oscuro, con cuellos blancos y rígidos, las estrechas calles de tierra de un pueblo, bordeadas por cercas de estacas, caballos y carretas que levantaban nubes de polvo, hombres con cazadoras de ante y sombreros flexibles, campesinos arando sus campos a lo lejos.

Un hombre con un sombrero de tres picos y una larga capa negra desmontó de su caballo frente a una casita blanca y se detuvo. En la puerta había una corona de lazos negros.

Traía del bosque un ramo de flores silvestres. Le abrió la puerta un hombre mayor, alto, de ojos tristes, vestido de oscuro.

El hombre de los ojos tristes le dijo lo que había sucedido: el día anterior por la mañana, ella había subido a la buhardilla, había colgado una cuerda de una viga y se había ahorcado. ¡Sin ningún motivo! ¿Quién podía entender por qué había hecho una cosa así una joven tan encantadora? El hombre mayor le dijo que la había encontrado su madre, que en ese momento estaba en la cama.

El hombre del sombrero de tres picos inclinó lentamente la cabeza. Las flores se desparramaron por el suelo. Cerró los puños. ¿Quién fue el último que la vio?, preguntó en voz baja.

Su madre y yo, fue la respuesta. ¡No tenía sentido! ¡Se fue a acostar y se levantó feliz como un pájarillo! Oh... estaba un poco turbada por un vendedor ambulante que vendía cuchillos y cepillos, que le pidió un vaso de agua. Ella había hablado con él un momento, y cuando se fue, dijo que le gustaría que los vagabundos como él pudieran encontrar el amor y la felicidad de una familia. Pero, ¿por qué se había matado? ¿Por qué?

Las flores del suelo se marchitaron. Cuando el hombre del sombrero de tres picos dio media vuelta y salió de la casa, las flores estaban muertas.

—La congregación... la mató —dijo el Rey de la Montaña—. Él lo sabía. Mandaron... a uno de los suyos... a sembrar la semilla del suicidio... en su mente. Él volvió a la cima de la montaña... y convocó todo el poder de muerte y de destrucción de su alma...

La cabeza de New se llenó de llamas cegadoras. Le asustó su intensidad, pero cuando intentó desasirse, el Rey de la Montaña le sujetó con más fuerza. New comprendió que estaba viendo las escenas del pasado a través del pensamiento del Rey de la Montaña. New no podía hacer otra cosa que soportarlo, mientras una tormenta de fuego de espantosas proporciones resplandecía ante sus ojos. Vio las casas de piedra estallar en pedazos, cuerpos ardiendo arrojados contra las paredes, cadáveres achicharrados fundiéndose en la tierra arrasada y vítrea. Una pared explotó en fuego azul y las piedras salieron disparadas hacia él a una velocidad terrible.

—Se defendieron con todas sus fuerzas. Pero... no pudieron con él. La mayor parte murió... Otros huyeron. Él averiguó la verdad... que existía el mal... que destruye el amor. Cuando terminó... se construyó una choza en la montaña. Se dedicó a vigilar las ruinas... en castigo por sus pecados. Ese hombre —dijo el Rey de la Montaña— era mi tatarabuelo.

—Pero, si dejó de ser lo que era, ¿cómo conservó la magia?

—Abandonó el mal... no lo que había en él —respondió el Rey de la Montaña—. El demonio

no le dio la magia... sólo la utilizaba. La magia es una cadena de hierro... que une a las generaciones. El hombre no encuentra a Satán. Satán encuentra al hombre.

Hizo una pausa, respirando agitadamente. Su voz era más serena, casi amable, cuando prosiguió:

—Muchacho... Lo que quiero saber es... ¿por qué eres como yo?

—No es así —repuso New rápidamente.

—Sí que lo eres. Tienes muchos poderes mágicos. Satán encuentra al hombre. Te está llamando, como llamaba a tu padre. Como me ha llamado a mí durante todos estos años. Quiere el poder que posees... Quiere manipularte... quiere poseerte. Dime. ¿Eres descendiente... de alguno de los que huyeron de la congregación?

—No... yo... —New se calló bruscamente.

Su padre era como él. ¿Quién era su padre? Bobby Tharpe se había criado en un orfelinato, cerca de Asheville, pero había decidido vivir en Briartop. ¿Quiénes fueron sus padres?

—Mi padre se crió en un orfelinato —dijo—. No sé nada de su familia. Mi madre...

—¿En un orfelinato? —El Rey de la Montaña pareció extrañarse—. ¿Qué edad tenía tu padre... cuando murió?

—No estaba seguro de su fecha de nacimiento. Pero él decía que tenía cincuenta y dos años.

El Rey de la Montaña soltó un susurro leve, exhausto.

—Dios mío... nació en 1931. He matado... a mi propio hijo.

Aflojó la presión de su mano y New se la soltó.

35

Rix se despertó sobresaltado con los ronquidos de Puddin'. Estaba desparramada encima de él y olía como un animal. Le había atacado febrilmente cuando él se metió en la cama, arañándole la espalda y mordiéndole en el hombro. Estaba acostumbrada a la brutalidad y Rix intentó sin éxito tranquilizarla. Sus sacudidas eran tan bestiales que le había rozado la pelvis. Después de la carrera hacia el orgasmo, Puddin' se le había agarrado, medio sollozando y preguntándole como una niña pequeña si no era la mejor hembra que había poseído en su vida.

¡Dios mío! pensó Rix, con una punzada de culpabilidad en el estómago. ¿Qué me pasa? ¡Acabo de acostarme con la esposa de Boone! Ella se recostaba contra él, como una pesada masa de carne. Rix se sentía sucio y corrompido, y sabía que sólo había utilizado a Puddin' para vengarse. Pero, ella se lo había pedido, ¿o no? Fue ella quien se le metió en la cama, se dijo Rix. ¡Yo no he ido a buscarla!

Intentó quitársela de encima. Puddin' dejó de roncar y murmuró algo con una gangosa vocecita infantil.

Hubo un leve movimiento furtivo en el dormitorio. Rix lo notó más que verlo directamente. Miró hacia la cómoda y distinguió la vaga forma de una persona de pie.

Boone, pensó. Se le aceleró el pulso. Podía imaginarse a Boone acercándoseles embriagado, blandiendo un candelabro para machacarles el cráneo.

Pero la figura no volvió a moverse en unos veinte segundos. Luego, muy despacio, se dirigió a la puerta.

—Te estoy viendo —dijo Rix—. No hace falta que te agaches.

Puddin' cambió de posición.

—¿Eh? ¿Qué...?

Rix buscó la caja de cerillas de su mesilla de noche. En cuanto se movió, la figura dio un salto hacia la puerta y salió a la oscuridad del pasillo. Rix apartó a Puddin', que soltó un taco, se volvió y siguió roncando. Rix encendió una cerilla y prendió las mechas del candelabro que había subido de la biblioteca.

En la luz ambarina vio que la cómoda tenía varios cajones abiertos; la puerta del armario estaba abierta de par en par. Se bajó de la cama, se puso unos tejanos y salió al pasillo.

No vio ningún movimiento en la zona débilmente iluminada. La mansión estaba tranquila. Caminó lentamente hasta el final del largo pasillo y se detuvo al pie de las escaleras que subían a la habitación insonorizada de Walen. El intenso olor a descomposición de su padre parecía flotar en el ambiente. Rix tuvo una náusea y regresó rápidamente por donde había llegado. Se detuvo ante la puerta de la habitación de su madre y escuchó; no oyó nada. La siguiente era la habitación de Katt. Se detuvo delante, expectante, y después tocó el picaporte.

Estaba húmedo.

Rix se miró la palma de la mano. La tenía mojada de sudor. Lentamente, giró el picaporte y abrió la puerta con un leve chasquido.

Las velas iluminaron la cama con dosel rosa de

Katt. Estaba dormida, con la cabeza sobre la almohada y volviéndole la cara.

Rix cerró la puerta. De repente, el hedor de Walen había empeorado, era mareante. Arrugó la nariz con repugnancia y miró hacia el fondo del pasillo.

La luz de las velas iluminó un cadáver de carne grisácea, tirante y agrietada, de la que rezumaba un líquido amarillento, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas y la mandíbula inferior colgando, exhibiendo unas negras encías.

Rix dio un grito de horror y a punto estuvo de soltar el candelabro.

La criatura retrocedió, tambaleándose sobre sus flacas piernas, y lanzó un alarido agudo por su boca destrozada. Se tapó los corrompidos oídos con las manos y Rix advirtió que sostenía el bastón de ébano.

Era su padre.

A la luz de las velas, Walen Usher era una figura horrenda y deforme, envuelta en un sudario de seda blanca.

Al tensar la cara para gritar, con los ojos húmedos, la carne se le desgarró a lo largo de la nariz, manchándole de líquido la mortaja.

—¿Qué pasa? —gritó Margaret, a punto de salir de su cuarto.

—¡No salgas! —le ordenó Rix—. ¡No abras la puerta!

La firmeza de su voz la detuvo. Walen enloqueció y empezó a asestar golpes con el bastón, rompiendo los jarrones de flores.

—Ay Dios... ay Dios —se lamentó Katt desde su puerta.

Walen se volvió, con las manos pegadas a los oídos, y se alejó dando trompicones hacia las esca-

leras de la habitación insonorizada. En el segundo escalón perdió el equilibrio y se cayó de cabeza; su cuerpo quedó en el suelo, retorciéndose violentamente.

La señora Reynolds, con la mascarilla y los guantes puestos, emergió a la luz del pasillo.

—¡Ayúdeme! —ordenó a Rix, agachándose sobre Walen—. ¡Dese prisa!

Rix comprendió que quería que la ayudara a coger a Walen y se estremeció.

—¡De prisa, maldita sea! —exclamó ella.

Rix dejó el candelabro encima de una mesa y se impuso la obligación de coger a su padre por los brazos.

Su carne era suave y esponjosa, como de algodón mojado. Cuando le levantaron, se le cayó el bastón de la mano.

—Ayúdeme a subirlo —dijo la señora Reynolds.

Le llevaron a la habitación insonorizada. Rix contuvo el aliento y apretó los dientes para no gritar, y le dejaron en su cama, a oscuras. El anciano adoptó instantáneamente la posición fetal, gimiendo bajito.

Una vez fuera de la habitación insonorizada, la señora Reynolds cerró la puerta y enfocó con su linterna la cara cenicienta de Rix.

—¿Se encuentra bien? Si quiere puedo darle un sedante...

—¿Qué estaba haciendo fuera de esta habitación? —preguntó Rix, furioso—. ¡Pensaba que no podía abandonar la cama!

—Baje la voz —susurró ella—. Venga.

Le condujo hacia las escaleras. Katt y Margaret habían salido de su cuarto y se abrazaban. Al fon-

do del pasillo, Puddin' preguntaba a gritos qué pasaba.

—¡Cierra la boca, puerca! —le chilló Margaret.

Puddin' se calló.

—Lo siento.

Por encima de la mascarilla, la señora Reynolds tenía los ojos enrojecidos.

—Me he quedado dormida. He de dormir cuando tengo ocasión. Anoche me desperté y me lo encontré fuera de la cama. Debe de haberle costado un enorme esfuerzo llegar hasta aquí. —Señaló las velas con la cabeza—. Le habrá asustado la luz. Y los gritos tampoco han ayudado...

Se quitó la mascarilla y se la guardó en la mano.

—¿Y qué esperaba? ¡Dios mío, no había visto nada igual en mi vida! —exclamó Rix.

Tuvo una sensación de vértigo y náuseas, y tuvo que apoyarse en la pared a recobrar aliento. El pulso le estallaba en las venas.

—¡Se supone que debe usted vigilarlo las veinticuatro horas del día! —dijo Margaret con voz estridente.

Tenía la cara cubierta de crema blanca y llevaba una bolsa de plástico en la cabeza, encima del pelo tieso de laca.

—¡No puede dejarle salir de la habitación!

—Lo siento —repitió la enfermera—, pero yo también he de dormir. Una persona sola no puede vigilarle todo el tiempo. Ya les he sugerido que contraten a alguien más...

—¡Le pagamos el sueldo de tres enfermeras! —le dijo Margaret—. Y cuando aceptó usted este trabajo, sabía que habría de hacerlo sola.

—Señora Usher, yo tengo que descansar. Con

unas cuantas horas de sueño me basta. ¿No podría cuidarle alguien durante un rato?

—¡Desde luego que no! Es usted una profesional titulada.

—Edwin —dijo Rix cuando se le aclararon las ideas—. Llamad a Edwin. Él podría quedarse con papá.

—¡Ése no es su trabajo! —exclamó Margaret.

—¡Llamadlo, maldita sea! —gritó Rix; su madre se encogió— ¿O prefieres subir tú y quedarte allí a oscuras con... eso?

Margaret se le acercó echando chispas por los ojos. Antes de que Rix pudiera eludir el golpe, Margaret le dio una sonora bofetada.

—¡No te atrevas a hablar así de tu padre! Todavía es un ser humano —bufó.

Rix se frotó la mejilla.

—Apenas... —replicó—. Y da gracias a Dios por no haberle visto, mamá. Te lo volveré a preguntar: ¿quieres subir tú a cuidarle?

Ella fue a contestarle duramente, pero después vaciló, y miró a Rix y a la señora Reynolds frunciendo el ceño.

Se dirigió al teléfono del pasillo y marcó el número de los Bodane.

—Gracias —dijo la señora Reynolds—. Nunca se me habría ocurrido que su padre tuviera fuerza suficiente para bajar las escaleras.

—¿Pero qué se imaginaba? ¿Que salía a dar un paseo?

Rix vio el bastón de ébano en el suelo y se agachó a recogerlo. Cuando cerró la mano sobre el bastón, sintió una aguda punzada en la columna vertebral. Se enderezó y examinó el fino labrado de la plata de la cabeza del león; le recordó el círcu-

lo plateado que veía en sus pesadillas del Pabellón, aunque no era exactamente igual; el león del bastón no estaba rugiendo.

El bastón era muy bonito. Había algunas muescas en el ébano, que revelaban una madera oscura y brillante. Era más ligero de lo que imaginaba, y estaba tan equilibrado que probablemente se aguantaría derecho sobre la punta de un dedo.

Le empezó a hormiguear la mano. La sensación le fue subiendo por el brazo.

Diez mil millones de dólares, pensó, mirando el bastón. ¡Dios mío, qué fortuna!

En su mente se formó una imagen, que adquirió gradualmente más intensidad: él, más viejo, con el pelo gris y la cara más envejecida, pero hermosa y serena, sentado en la cabecera de una larga mesa de juntas, con el bastón en la mano, mientras sus subordinados desplegaban gráficas de producción y tablas; él en el Pentágono, dando un puñetazo en la mesa y observando con satisfacción cómo se encogían ante él los veteranos militares; él en una fiesta magnífica, rodeado de mujeres hermosas y de hombres que le adulaban; él caminando con paso regio por los largos pasillos de hormigón de la fábrica de armas, mientras las máquinas latían como corazones mecánicos del otro lado de las paredes.

La mano de Katt salió disparada y cogió el bastón. Las visiones de Rix se fragmentaron y se disiparon. Forcejearon un momento por el bastón. Katt tenía los ojos furiosos y la frente perlada de sudor. Desconcertado, Rix soltó el bastón, que Katt agarró con las dos manos. Con una sensación de asco en el estómago, Rix se preguntó qué estaba pensando. ¿Que deseaba realmente Usher Arma-

ments? El desafío se borró de la cara de Katt. Era su hermana de nuevo, no la extraña que había sido hacía un momento.

—Edwin llegará enseguida —anunció Margaret, volviendo del teléfono—. Ya se imaginará usted, señora Reynolds, que pienso hablar de esto con el doctor Francis.

—Como quiera. Sabe usted tan bien como yo que el señor Usher insistió en tener una sola enfermera. Y mi sueldo me lo gano, señora Usher. Si no lo cree usted así, hago la maleta y me voy ahora mismo.

Margaret tensó las facciones pero no le contestó.

La señora Reynolds miró a Katt.

—El señor Usher quiere el bastón. Lo ha tenido siempre desde que yo llegué aquí.

Katt vaciló.

—Dáselo, Kattrina —dijo Margaret.

Katt tendió el bastón a la señora Reynolds de muy mala gana, según observó Rix. La enfermera dio media vuelta y regresó a la habitación insonorizada sin decir palabra.

Rix todavía sentía el hormigueo en la mano, y se la frotó con la otra. Cuando levantó la vista, tropezó con la mirada de Katt, y comprendió que era ella quien había entrado en su habitación, y el motivo por el que lo había hecho.

—Me voy a la cama —dijo Katt con voz aguda.

—¡Dios mío, qué nochecita! Voy a bajar a por una taza de café para serenarme... Si alguno de vosotros quiere acompañarme...

Como ninguno de los dos respondió, Margaret cogió el candelabro y se dirigió a las escaleras. Al pasar junto a la puerta del cuarto de Rix, echó una

mirada cáustica a Puddin', que estaba en el umbral, envuelta en una sábana. Al darse cuenta de lo que había pasado, se detuvo en seco.

—Dios santo, ¿es que no tienes bastante con uno de mis hijos?

Puddin' le respondió abriéndose la sábana.

—¡Guarra! —murmuró Margaret, camino de la escalera.

—Tengo lo que estabas buscando, Katt —dijo Rix en la oscuridad.

Ella se detuvo en el umbral de su puerta, recortada contra la azulada claridad del alba que se colaba por las ventanas de su dormitorio.

—Sabía que tenías que ser tú —repuso ella tranquilamente—. Ya he buscado en la habitación de Boone. ¿Dónde la tienes?

—Debajo de la cama.

—Dámela, Rix. La necesito.

—¿Desde cuándo? —preguntó él.

—¡Qué más da!

—¿Desde cuándo?

—Desde hace dos años —las palabras cayeron como un mazazo—. Dámela.

—¿Y si no te la doy? ¿Y si la tiro por el retrete, que es donde tiene que estar?

—No seas estúpido. Puedo conseguir más.

Cuando se le pasó el ataque en la habitación insonorizada de Katt, Rix se había quitado el antifaz y lo había puesto en el estante de encima de su cabeza. La cajita metálica le había llamado la atención y se la había llevado a su dormitorio para abrirla. Contenía dos jeringuillas hipodérmicas, una vela medio consumida, varias bandas de goma, una cucharilla chamuscada y una papelina de polvo blanco.

—¿Por qué? —le preguntó—. Es lo único que quiero saber.

—Entra y cierra la puerta —le dijo ella con aspereza.

Rix la siguió e hizo lo que le había pedido. Katt prendió una cerilla y encendió varias velas. El sudor le cubría la cara como brillantes diminutos, pero tenía los ojos sombríos y muy hundidos, como las órbitas de una calavera.

—¿Por qué heroína? —susurró Rix—. ¿Es que quieres matarte?

—No soy una adicta. —Katt apagó la cerilla—. ¿Por qué me la robaste? ¿Pensabas enseñársela a papá? ¿O lo has hecho ya?

—No, no se la he enseñado, ni pensaba hacerlo.

—Claro —le sonrió ella forzadamente—. Y ahora cuéntame otra. Pensabas enseñársela a papá. Pensabas subir a decirle que Katt es drogadicta, ¿a que sí?

Él meneó la cabeza.

—Te juro que no...

—¡No digas mentiras, maldita sea! —Katt hizo una mueca torcida de desprecio—. ¿Y si no pensabas utilizarla para conspirar contra mí, por qué me la has quitado? ¡Ya he visto cómo sostenías el bastón de papá! ¡Sabes tan bien como yo lo que significa poseer ese bastón! ¡Lo deseas tanto como yo!

—Te equivocas —dijo Rix, asombrado de lo mal que conocía a su hermana—. Yo no quiero nada, Katt. Por el amor de Dios, ¿por qué heroína? ¡Tienes todo lo que quieres! ¿Por qué intentas destruirte?

Ella le dio la espalda y se dirigió a la ventana. Contempló Usherland con los brazos cruzados

contra el pecho. El cielo estaba cubierto por nubes bajas, veteadas de púrpura y escarlata. El viento cantaba un lamento fúnebre y un puñado de hojas rojizas se arremolinaba contra los cristales.

—No finjas que te importa —dijo Katt con voz cavernosa.

—¡Claro que me importa! Pensaba que te habías desintoxicado. Después de lo ocurrido en Japón...

—Eso no fue nada. Hubo publicidad porque era la hija de Walen Usher. ¿Qué hacías en mi habitación insonorizada? Nadie más que yo entra ahí.

—Me dio un ataque. No te registré la habitación, si es eso lo que insinúas.

—¿Y ahora qué? —Ella se estremeció y le miró—. ¿Piensas decírselo a papá?

—Te he dicho que no. Pero necesitas ayuda, Katt. La heroína es un veneno muy...

Ella se echó a reír. Era una risa aterciopelada, pero su sonido desquició los nervios de Rix.

—De acuerdo. Mándame a un sanatorio. ¿Es eso lo que quieres? Después, Boone y tú podéis disputaros la herencia sin la pequeña Katt por medio. El viejo Rix de siempre, tan condenadamente previsible. Tú y Boone siempre peleándoos, tan preocupados en mataros el uno al otro que dejabais de lado a la pequeña Katt. Y la pequeña Katt se sentía tan marginada y tan rechazada que se metió en su concha... y se quedó allí mucho, mucho tiempo.

Katt sonrió. El sudor le brillaba en las mejillas y en la frente.

—Bueno —susurró—. Ahora la pequeña Katt ha crecido. Y le ha tocado el turno de dar empujones. Siempre he querido la empresa, Rix. Me dediqué a la moda porque era fácil y porque mamá me

animó. Pero quería demostrar que puedo tener responsabilidades... y que sé manejar el dinero.

—Nadie ha dudado nunca de que fueras inteligente. Y has ganado mucho más dinero que Boone y yo juntos.

—Entonces —dijo Katt, mirándole fijamente—, ¿por qué no me querías?

—¿Qué? ¡Pues claro que te quiero! No entiendo por qué...

—En Tokio les dejé encontrar el tarro adrede —prosiguió Katt—. Cuando llamé a casa, pedí que vinieras tú a ayudarme. No quería que fueran papá, ni Boone, ni sus abogados. Pero tú no viniste. Ni siquiera me llamaste para saber si estaba bien.

—¡Sabía que papá y Boone te traerían a casa! Además, yo no podía hacer nada en absoluto por ti.

—Nunca te molestaste en intentarlo —dijo ella en voz baja—. Yo te admiraba tanto cuando éramos pequeños... Boone no me interesaba. A ti te quería muchísimo. Pero tú nunca tenías tiempo para mí. Estabas demasiado ocupado odiando a papá y a Boone por las cosas que creías que te habían hecho, y más tarde... cuando fuimos adolescentes, estabas demasiado ocupado rumiando cosas sobre la empresa.

—¡Siempre tuve tiempo para ti! —protestó Rix.

Pero al decirlo se dio cuenta de que mentía. ¿Cuándo había escuchado realmente a su hermana? Incluso cuando salían a montar a caballo juntos, la había manipulado para visitar el cementerio. Siempre la había utilizado como instrumento en sus disputas con Boone y Walen, la había usado para espiar a Margaret, sin tener la menor consideración por sus sentimientos.

—Siempre te escabullías cuando éramos niños. Por lo menos tenías a Cass y a Edwin. Mamá me compraba muñecas y vestidos y me decía que me fuera a jugar a mi habitación. Papá me sentaba de vez en cuando en sus rodillas, para examinarme los dientes y las uñas. En fin... eso fue hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Tal vez yo no fuera el mejor hermano del mundo —dijo Rix—, pero eso no tiene nada que ver con el hecho de chutarse heroína.

Ella se encogió de hombros.

—Las drogas llegaron solas cuando tuve la agencia. Empecé con tranquilizantes porque no quería tener ataques cuando estaba trabajando. Después, para divertirme, probé el LSD, el PCP, la coca... todo lo que pillaba. Lo de la heroína empezó por otras razones.

—¿Qué razones? —inquirió Rix.

—Pues... quería saber el efecto que me haría. —Se pasó los dedos por sus pómulos perfectos—. ¿Qué aspecto tengo, Rix?

—Eres una mujer muy guapa, y en este momento me das pena y miedo.

Ella se le acercó.

—He visto a otras mujeres hermosas enganchadas en la droga. Al cabo de un par de años estaban destrozadas. Mírame. Mírame bien...

Se pasó un dedo por debajo de los ojos.

—¿Me ves alguna arruga, Rix? ¿Algún signo de deterioro? ¿Ves alguna cosa que indique que tengo treinta y un años, en lugar de veinte?

—No. Por eso no entiendo lo de la heroína. Para alguien que se cuida tanto...

—¡Es que no me escuchas! —exclamó ella furiosa—. No me cuido, Rix. ¡Nunca me he cuidado! Sencillamente, no envejezco.

—Entonces, da gracias a Dios por tus genes. ¡Pero no intentes matarte!

Ella suspiró y meneó la cabeza.

—Sigues sin enterarte, ¿eh? Te estoy diciendo que la heroína me hace un efecto especial. ¿Por qué no me ha cambiado nunca la cara, Rix?

—Muchas mujeres se volverían locas por tener un aspecto como el tuyo. Si esperas que te devuelva la droga para que prosigas con tu estúpido experimento, lo tienes claro.

—Conseguiré más. Lo único que tengo que hacer es ir a Asheville.

—Te estás suicidando lentamente —dijo Rix con tristeza—. Y yo no pienso quedarme a ver el espectáculo.

—¿Ah no? —Enarcó las cejas, con una sonrisa burlona—. Mi suicidio favorecería tus propósitos, ¿no? Quieres la finca y la empresa. Se te veía en la cara cuando cogiste el bastón. ¿Para qué has vuelto a casa, si no? No por papá, ni por mamá. Y desde luego, menos aún por Boone o por mí. Finges que no te interesa. Tal vez durante todos estos años has hecho ver que odiabas la empresa simplemente para averiguar lo que pensábamos Boone y yo. Ahora te conozco de veras, Rix. Te conozco muy bien.

—Estás equivocada.

Rix se quedó pasmado por la acusación de su hermana, pero comprendió que ella se había formado una opinión y él poco podía hacer o decir.

—¿Ah sí? —Ella se le acercó hasta casi tocarle—. Entonces mírame a los ojos y dime que puedes despreciar diez mil millones de dólares.

Rix empezó a decirle que podía, pero las imágenes de poder que había sentido al sostener el bastón se agolparon en su mente. Diez mil millones

de dólares, pensó, y sintió vibrar en sus entrañas con deseo algo muy profundo, algo que llevaba oculto, envenenándole, a espaldas de sus convicciones. Diez mil millones de dólares. No había nada imposible para esa suma semejante. Se podía comprar una editorial para él solo... Katt tenía razón, comprendió Rix con claridad y repugnancia. Si Usher Armaments no fabricaba las bombas, los misiles y los cañones, los construiría otra empresa. Siempre habría guerras y armas. De pronto su época de manifestaciones pacifistas le pareció ridícula. ¿Acaso pensaba que unas cuantas voces disidentes servirían para algo? Los héroes radicales de esa época eran en ese momento hombres de negocios de Wall Street, políticos y comerciantes codiciosos. En realidad nada había cambiado. El sistema había ganado, había demostrado que era invencible.

Se preguntó si había ido a Usherland a buscar su parte de la herencia. ¿Llevaba todos aquellos años esperando, ocultando su auténtica personalidad, para acaparar parte del poder de los Usher?

El esqueleto se meció suavemente en su cabeza.

Como un péndulo, pensó, y rechazó la imagen.

—Es dinero manchado de sangre —dijo, pero oyó una vacilación en su voz—. Cada centavo.

Katt guardó silencio. A su espalda, el cielo estaba turbulento; un frente de nubarrones grises y violetas se cernía sobre las montañas. Los rayos del sol las atravesaron un instante, y luego las nubes volvieron a cerrarse. La triste claridad del alba se oscureció.

—Cuando papá me lo ceda todo —dijo Katt tranquilamente—, pienso otorgaros a Boone y a ti una renta de un millón de dólares anuales. A ma-

má le daré cinco millones al año. Y puede quedarse en la mansión si le apetece. Y Boone también. Yo pienso irme a vivir a Nueva York. Quiero decirte lo que pienso hacer, porque no deseo perjudicar a nadie. Puedes dedicarte a escribir tranquilamente, con un millón de dólares al año.

—Sí —repuso él fríamente—. Supongo que sí.

—Devuélveme la droga, Rix. La necesito.

¿Por qué no? pensó él. Podía derretirla y pinchársela en la vena. Si quería matarse, ¿por qué no ayudarla? Pero meneó la cabeza.

—No, lo siento. No pienso dártela.

—No sé qué estás intentando demostrar... pero no demuestras nada.

—Yo tampoco lo sé —dijo Rix.

Salió de la habitación de su hermana para que su mirada desesperada no le volviera loco.

Cuando llegó a su cuarto, echó a Puddin'. Ella quería quedarse, pero soltó un taco cuando él le cerró la puerta en las narices. Rix sacó la cajita de heroína de debajo de la cama y la tiró por el desagüe.

Después se miró al espejo del cuarto de baño, a la luz de las velas. Desde que había vuelto a Usherland, las arrugas de la comisura de la boca y de los ojos se le habían difuminado muchísimo. Tenía los ojos más claros que desde hacía muchos años, y color en las mejillas. Su envejecimiento prematuro parecía haber remitido en pocos días. Hasta le brillaba el pelo con nueva vitalidad.

Pero su cara le turbó. Era como mirar a otra persona... La cara de alguien que hubiera estado escondido debajo de su pellejo y finalmente saliera a la luz.

Se dio cuenta de que era un compendio de las

caras de los viejos retratos de la biblioteca. Hudson, Aram, Ludlow y Erick se fundían en él como un oscuro extraño en su alma. Vivían dentro de él, y por más que luchara contra su influencia, nunca lograría desembarazarse realmente de ellos. ¿No se merecía una parte de esos diez mil millones de dólares sólo por haber nacido Usher?

No quería limosnas de Katt, se dijo. Era imposible que ella lograra soportar la presión de Usher Armaments, y menos con un problema de drogas y ansias de autodestrucción. Katt intentaba comprar su silencio y su cooperación. Pero quizá lograra persuadirla de que necesitaba un consejero...

¡Dios mío! pensó, advirtiendo el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. ¡No, yo soy un hombre libre! ¡No quiero dinero manchado de sangre!

Diez mil millones de dólares. Todo el dinero del mundo. Siempre habría quien fabricara armas. Y tal y como le dijo Edwin, el apellido Usher era disuasorio para la guerra.

Rix se desnudó y se metió en la ducha. Después se puso unos pantalones azul marino y una camisa blanca del armario. Eligió una chaqueta de punto gris —una de las prendas que le había dejado Margaret— y se la puso. Los botones eran de plata y ostentaban el escudo de los Usher.

Bajó a la biblioteca, a continuar su investigación. Tenía la mente confusa, dividida entre los polos opuestos del idealismo y la realidad. El único lugar seguro para esconderse parecía ser el pasado.

El futuro le daba miedo.

36

«He matado a mi propio hijo», había dicho el Rey de la Montaña.

New Tharpe se sentó en la sala de espera de la clínica, con el bastón del anciano sobre las rodillas. Al otro lado de la sala, Raven Dusntan hablaba por el teléfono público, y Myra Tharpe llevaba más de una hora sentada en un rincón, sin moverse.

New miró a su madre. En su interior se debatían emociones contradictorias. Ella no quería que encontraran a Nathan. En realidad, los hombres que salieron a buscarle tampoco querían dar con él. Nathan había sido sacrificado al Hombre de la Calabaza, igual que todos los niños que habían desaparecido a lo largo de los años. Pero ¿era posible que el Hombre de la Calabaza provocara un terremoto que destruyera Briartop si se sentía frustrado? ¿Existiría alguna forma de destruirle, o reinaría eternamente en la montaña? Su madre tenía miedo.

Él podía sentir su miedo, frío como el mármol. «Estírate», le ordenó mentalmente, visionando su postura.

Ella vaciló durante un par de segundos, y luego se estiró como una marioneta en sus cuerdas. Después se quedó sentada exactamente como antes. Su pelo lacio le tapó media cara.

New se concentró en Raven Dunstan. «Ráscate la cabeza» le ordenó.

Ella le miró, pero estaba absorta en su conversación. Después, levantó inconscientemente la mano izquierda y se rascó la nuca.

¿Tenía límites esa magia?, se preguntó New. Recordó el cuchillo ascendiendo de la maraña de espinos; la lámpara levantándose de la repisa de la chimenea; el muro azul de piedra que le había protegido de Faucevoraz; y a su madre, sentada con las manos entrelazadas en la furgoneta durante todo el trayecto hasta Foxton. Si poseía esa magia desde que nació —como pretendía el Rey de la Montaña—, New pensó que se la había revelado su impotencia en el hoyo de las zarzas. Hasta ese día no había tenido necesidad de usarla. Y de pronto comprendió que si el Hombre de la Calabaza no se hubiera llevado a Nathan, él nunca habría descubierto lo que dormía en su interior.

Y si lo que le había dicho el Rey de la Montaña era cierto, entonces él era descendiente de un linaje de hechiceros y de brujas que se remontaba a cientos de años.

El viejo moribundo de la habitación de la clínica era su abuelo.

El Rey de la Montaña le había dicho a él y a Raven que los cometas habían caído un 4 de julio, cuando él tenía diez años. Lizbeth tenía seis, y era el año 1919. Los cometas se habían precipitado del cielo, sacudiendo su cabaña. Sobresaltado mientras dormía, había salido al porche y había visto los bosques ardiendo. Su padre gritaba que tenían que recoger lo que pudieran y huir. Una estela roja estalló sobre sus cabezas y su explosión arrancó varios árboles de cuajo. El niño que luego sería llamado Rey de la Montaña creyó que era el fin del mundo.

Su madre le entregó a Lizbeth y le dijo que se alejaran. Después regresó a ayudar a su marido. El niño cogió a su hermana muy fuerte y salió co-

rriendo de la casa hacia los bosques en llamas, mientras Lizbeth lloraba aterrorizada. Oyó un aullido desgarrador que le dejó sordo. Miró hacia atrás y vio que sus padres salían de la cabaña.

Entonces se produjo un resplandor cegador de fuego, y la cabaña explotó, lanzando por los aires las vigas de madera.

Algo le dio en la cara después de golpearle en la espalda cuando la abrasadora onda expansiva llegó hasta él. Lo siguiente que recordaba era el pelo y el camisón de Lizbeth en llamas, y que él intentó apagarlas con sus propias manos. Tenía las manos llenas de sangre y cuando su hermana le vio la cara se puso a gritar.

No recordaba cómo llegaron a las ruinas. Debió de ser horas o días más tarde, cuando se acurrucaron en la construcción de piedra que se convertiría en su hogar. Su padre le había llevado allí y le había contado la historia de su familia, y el niño recordaba lo solitario y desolado que estaba aquel lugar, y que nadie subiría allí porque se lo consideraba un sitio encantado.

Lizbeth tenía quemaduras graves. Había perdido el juicio y se pasaba la mayor parte del tiempo agazapada en un rincón, meciéndose y llorando. Él estaba medio ciego, atormentado por los dolores, asustado por todos los ruidos del bosque. Pero más adelante, no sabía cuánto tiempo más tarde, dejó allí a Lizbeth y bajó de la montaña para ver el lugar donde se alzaba su casa. No quedaba más que un montón de escombros.

Registró entre las cenizas, encontró restos de ropa que su hermana y él se podían poner, un par de botas de su padre, unas cuantas latas de conserva... y el cadáver achicharrado de su padre. El único

resto reconocible era un diente de oro en la mandíbula superior de una calavera. En la mano asía el bastón nudoso de nogal americano que había pertenecido a su tatarabuelo. El bastón estaba muy quemado, pero había resistido a la llamas. Había pasado de generación en generación, según le dijo su padre, y en su interior contenía toda la rabia y el amor de su ancestro por la joven del valle. Era un objeto milagroso que debía manejar con sumo cuidado, porque poseía unos poderes insondables.

Liberó el bastón de la mano del cadáver y regresó a las ruinas. Poco después, su ojo lastimado se endureció y se le cayó como un guijarro gris. Sus heridas cicatrizaron.

Un día, al volver de recoger leña, se encontró a Lizbeth jugando con el bastón. Se había disipado su trance, pero lo único que recordaba era el rugido de los cometas al caer.

Con el paso de los años, apenas salieron de las ruinas y estaban cada vez más unidos. Intimaron, su amor fraternal se transformó, aunque el Rey de la Montaña no sabía cuándo ni cómo ocurrió.

En mayo de 1931, Lizbeth dio a luz un hijo, el único retoño que no nació muerto ni se malogró durante el embarazo. Ella tenía dieciocho años y el Rey de la Montaña veintidós. El otoño de ese año, Lizbeth fue vista con su bebé en un riachuelo cercano a las ruinas. Una semana después, el sheriff subió a la montaña y los encontró.

New se imaginaba el espectáculo: un chico y una chica demacrados, andrajosos, con un bebé que jugaba en el suelo cubierto de basura. El sheriff había llamado al juez del condado para pedirle instrucciones, y subieron unos hombres para llevarse al niño a un orfelinato.

El Rey de la Montaña les dijo que casi les mata; podía haberlo hecho, les dijo. Habría sido fácil. Pero en el fondo de su corazón, sabía que el niño estaría mejor en otro sitio. La policía intentó convencerles de que ellos también se fueran de allí, pero ninguno de los dos quiso marcharse. Se llevaron al niño en un Ford marrón y les prometieron llevarles ropa y comida, pero según el Rey de la Montaña, no volvieron a poner los pies en Briartop Mountain.

New se preguntaba por qué su padre habría querido instalarse en la montaña después de criarse en un orfanato. ¿Tenía su lugar de nacimiento muy arraigado en el subconsciente?, o le habría atraído la sensación maligna que según el Rey de la Montaña planeaba sobre Usherland? New recordó lo que su madre le dijo sobre las pesadillas de su padre: veía el fin del mundo. ¿Sería ése alguna especie de recuerdo ancestral de la destrucción de la congregación? No lo sabía con certeza; pero fuera lo que fuese lo que atraía a su padre, ahora le llamaba a él desde el Pabellón Usher. ¿Qué le esperaba en el interior del caserón, y que le ocurriría si se atrevía a desafiarlo?

—New —dijo Raven, interrumpiendo sus pensamientos. Estaba sentada a su lado, con su cuaderno de notas—. Mi padre ha comprobado la historia del anciano. El 4 de julio de 1919, Erick Usher disparó sus cañones sobre Briartop Mountain. Los proyectiles que cayeron eran lo que el Rey de la Montaña ha llamado cometas. El fuego destruyó una docena de cabañas y murieron diecisiete personas, como mínimo. —Raven consultó sus notas—. En el número del 10 de julio del *Democrat* hay una lista de los muertos y los desaparecidos.

Una pareja llamada Ben y Orchid Hartley murió, pero sus hijos, Elizabeth y Oren, no aparecieron.

—¡Oren Hartley! —exclamó New—. Ése es su nombre, ¿verdad?

—Supongo que sí. De todos modos, no hay forma de verificar la historia del bebé, a menos que hable con alguien del orfelinato del estado. Los archivos del sheriff pueden revelarnos algo, aunque lo dudo.

—¿Usted le cree?

Raven asintió.

—Sí. ¿Por qué iba a inventarse una cosa así? Creo que Oren Hartley es tu abuelo. El resto de la historia, no sé. He visto las figuras achicharradas de las paredes de las ruinas. He visto lo que puede hacer el Rey de la Montaña. Pero no consigo asimilarlo, New. Siempre he pensado que las brujas, los hechiceros y las varitas mágicas eran supersticiones de pueblo. —Frunció el entrecejo, mirando el bastón sobre las rodillas del muchacho—. Él ha dicho que tú eras como él. ¿Qué quería decir?

New inspiró hondo, contuvo el aliento un segundo, y luego exhaló el aire. Puso una mano sobre el bastón y miró el teléfono público al otro lado de la sala.

Raven vio que los ojos del chico brillaban intensamente. Una vena le latía rítmicamente en la sien derecha. Estaba inmóvil, concentrado únicamente en una cosa.

Raven oyó un tintineo a su espalda y se volvió para ver de dónde procedía ese sonido.

El disco del teléfono estaba girando. Hubo un chasquido metálico y unas monedas salieron del cajetín de devolución y cayeron tintineando hasta el suelo.

New dirigió su atención hacia otra cosa. Un cenicero de porcelana blanca que estaba en una mesa se levantó y cayó con estrépito. Volaron unas revistas, aleteando con las hojas. Una papelera giró como una peonza, apoyada sobre su canto. Las sillas de la sala de espera empezaron a saltar y a dar patadas. El espectáculo telecinético duró más de un minuto, hasta que los objetos recobraron su inmovilidad. Entonces New miró tranquilamente a Raven.

La joven estaba muy pálida.

—Oh... —dijo en voz baja.

—Lo llevo dentro desde siempre —le dijo New—, pero no lo había necesitado, hasta que me caí en el agujero de las zarzas. Tal vez también lo poseyera Nathan. No lo sé.

Su expresión serena se descompuso de pronto, y Raven percibió en su cara el niño asustado que New llevaba dentro.

—Me arden las entrañas —le dijo—. Creo que... puedo hacer cualquier cosa. Cualquier cosa. Si quisiera, podría hacerla bailar. Podría agujerear estas paredes. Me da miedo porque... no estoy seguro de poder controlarlo. Todo lo que tengo que hacer... es desear una cosa. Si la deseo con mucha intensidad, funciona.

El primer impulso de Raven fue alejarse de él, pero su expresión suplicante se lo impidió.

—No sé qué decirte. Supongo que... debes hacer lo que consideres correcto.

—Si lo que dice el Rey de la Montaña es cierto, entonces... mi antepasado veneró a Satán antes de destruir aquella congregación. Tenía algo malo dentro, si no el demonio no le habría llamado. ¿Cómo voy a saber si no llevo yo también algo malo dentro?

—¿Por qué crees eso?

—Porque me gusta la magia —confesó New—. Me gusta la sensación que me da. Puedo hacer lo que me plazca. Y... que Dios me ayude, pero tengo ganas de contestar a la llamada del Pabellón. —Agachó la cabeza y acarició la áspera madera del bastón—. Una mitad de mí desea que las cosas vuelvan a ser lo que eran, como antes de caerme en el agujero. La otra mitad se alegra de lo sucedido. Me asusta esta otra mitad mía, señorita Dunstan.

Ella observó cómo New apretaba los dedos sobre el bastón.

—No quiero perder lo que era antes.

Raven tendió una mano vacilante y le tocó el brazo. Le notó los huesos por debajo de la camisa. Huesos corrientes, pensó, como los de todo el mundo.

—No lo perderás —le dijo.

Pero sabía que ella era incapaz de entender las experiencias del muchacho. En una semana, toda su vida había cambiado, lo mismo que la suya. Su búsqueda del Hombre de la Calabaza la había conducido a un oscuro laberinto de brujería, al pasado y a unos extraños vínculos familiares. ¿Qué habría en el centro de ese laberinto? ¿Qué era lo que la conducía por los vericuetos y los sinuosos caminos que unían el pasado y el futuro?

Ya lo sabía: el Pabellón Usher. Lo sabía desde el día que habló con Myra Tharpe en el café Broadleaf, y Myra mencionó el «ser oscuro» que habitaba en el Pabellón. Al principio, Raven pensó que vivía alguien allí, un ermitaño como el Rey de la Montaña, alguien que salía a rondar de noche por los bosques, capaz de llevarse a los niños sin dejar rastro. Rix Usher le dijo que el Pabellón no estaba

cerrado con llave; sería un refugio perfecto para un loco que quisiera encarnar las leyendas sobre el Hombre de la Calabaza.

Comprendió que tendría que penetrar personalmente en aquel caserón, para buscar en sus tinieblas las huellas del secuestrador de niños que se escondía allí dentro. Pero después de oír lo que le había dicho New de cómo le llamaba el Pabellón, igual que había atraído a su padre y al Rey de la Montaña, Raven comprendió que el Pabellón guardaba en su seno mucho más que al Hombre de la Calabaza.

El Rey de la Montaña había dicho a New: «Satán busca al hombre. Te está llamando, como llamaba a tu padre y me ha llamado a mí durante todos estos años... Quiere el poder que posees...»

Raven pensó que si alguna fuerza insidiosa del diablo moraba en Usherland, quizá estuviera intentando atraer a New a la tela de araña que su antepasado había eludido...

El doctor Robinson apareció por la puerta de la sala de espera. New y Raven le prestaron atención. Myra Tharpe seguía en su asiento, derrumbada, sin energías, con el espíritu derrotado.

—¿Cómo está? —preguntó Raven.

El médico meneó la cabeza tristemente.

—Se está apagando. Pero le voy a decir una cosa: es como la mala hierba... Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero está hecho polvo. ¿Sabían que arrastraba una pulmonía desde hace tiempo y que está tan anémico que su sangre parece agua? Debería llevar más de un año en cama. —Miró a New—. Creo que le has dicho a la enfermera que no tiene ningún pariente. Nadie a quien notificar... que arregle las cosas, quiero decir.

—Yo pagaré la cuenta —dijo Raven—. Se lo he dicho a la enfermera.

—No me refería a eso. El anciano se está muriendo. Detesto ser tan brutal, pero... ¿quién se va a hacer cargo de los trámites? ¿El sheriff Kemp?

—No, señor —dijo New levantándose.

Miró a su madre, que no se había movido, y luego volvió a mirar al doctor Robinson.

—Me equivocaba, doctor. Sí que tiene parientes. Es mi abuelo, y yo me haré cargo de él.

—¡New! —exclamó Myra, pero él no le hizo caso.

—Ah, ya entiendo...

Estaba claro que el doctor Robinson no entendía nada, pero parecía satisfecho.

—Bueno, en tal caso, llevas sangre de buena calidad en las venas. Tu abuelo es un luchador.

—Sí señor. ¿Puedo ir a verlo?

—Dudo que se entere de que estás ahí, pero puedes ir si lo deseas.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Raven.

Pero New negó con la cabeza y salió de la sala de espera.

Cuando el muchacho hubo salido, el doctor Robinson dijo a Raven en voz baja:

—El viejo se aferra a la vida con uñas y dientes. No sé por qué, pero no abandona.

New estaba en la habitación del Rey de la Montaña, escuchando su débil respiración. Una claridad difusa se colaba por la persiana de la única ventana. La lámpara de la cabecera de la cama estaba apagada. El Rey de la Montaña no se movía. New permaneció allí un momento y luego se volvió para salir.

—Muchacho —susurró fatigosamente el anciano—, no te vayas... todavía.

New se acercó a la cama.

—¿Le duele mucho? —le preguntó al azar.

—No. Ya no... Me cogió, ¿eh? —El Rey de la Montaña soltó una risita—. La vieja hija de puta... me atacó por la espalda. Hace unos años... la habría despellejado viva.

—La señorita Dunstan ha encontrado una historia en su revista —le dijo New—. Se trata de... los cometas que cayeron. Usted se llama Oren Hartley.

—Oren... Hartley —repitió él—. Suena a nombre de predicador afeminado. Ése no soy yo, muchacho. Yo soy el Rey de la Montaña —dijo con orgullo desafiante—. ¿También ha encontrado... el nombre de mis padres?

—Su padre se llamaba Ben. Y su madre, Orchid.

—Oh... qué nombres tan bonitos. Podrían recordarme algo, pero ha pasado tanto tiempo... Dame la mano, muchacho. Y apriétamela muy fuerte.

New se la cogió. La tenía helada.

—Lo que le hice a tu padre —murmuró—, lo hice... porque tenía miedo. Se estaba debilitando. Él no sabía quién era... y estaba a punto de responder a la llamada.

—¿Qué le habría pasado de llegar a ir al Pabellón?

—El Pabellón —siseó trabajosamente el Rey de la Montaña—, no es una casa normal y corriente. Es el santuario del demonio. Es... una catedral del mal. Si tu padre hubiera entrado allí... lo que vive en su interior le habría poseído. En el Pabellón hay un poder que te llama y te prome-

te... todo el oro del mundo. Pero lo que quiere... es utilizarte. Cogerte y retenerte... como las zarzas de la montaña. —Emitió un leve suspiro—. No te gusta mucho tu vida, ¿verdad? A veces... desearías vivir en Usherland y no volver a la cabaña. ¿No es cierto?

—Sí.

—No es importante el lugar donde se vive, sino... lo que vive en ti. Los Usher tienen dinero... pero viven encerrados en una jaula, sin ser conscientes de ello. De vez en cuando chocan de cabeza contra los barrotes. Y todo su dinero es inútil, no puede comprarles la llave. Debes estar... orgulloso de lo que eres, muchacho. Lo demás ya irá saliendo solo. Y tu madre... está asustada, por ti, porque te quiere. No te lo tomes a mal.

—Ella no quería que los hombres encontraran a Nathan —replicó New secamente—. ¡No quería que Nathan volviera a casa!

—Claro que sí. Fingía que no... para seguir adelante. Ahora tú eres lo único que le queda. Aunque considero que yo soy responsable de ello. —Le apretó la mano—. ¿Me perdonas, muchacho por lo que le hice a tu padre?

—Le echo de menos. Muchísimo.

—Lo sé. Pero... había que hacerlo. ¿Lo entiendes?

—Sí —contestó New.

—Por lo menos... murió siendo el hombre que tú conocías. No como lo que habría sido, de haber ido al Pabellón.

—¿Qué le ocurrió a Nathan? —dijo con voz firme—. ¿Adónde se lo llevó el Hombre de la Calabaza?

—No lo sé. Lo único que sé es que... el Hom-

bre de la Calabaza forma parte de todo. Parte de la voz que te llama desde Usherland. No sé qué es el Hombre de la Calabaza, ni por qué se lleva a los niños.

—¿Y que me pasaría a mí —preguntó New— si entro en el Pabellón?

El anciano guardó silencio. En la lejanía, New oyó retumbar el trueno.

—Caerías... en la trampa —dijo el Rey de la Montaña—. Como un animal... al que van a degollar.

—Pienso ir al Pabellón —le dijo New—. Lo he decidido mientras esperaba ahí fuera. Tengo que averiguar qué hay allí dentro. Usted lo sabe, ¿verdad?

—Yo... me lo temía, muchacho. Si pudiera detenerte, lo haría. Haría cualquier cosa por impedírtelo. Pero... estoy agotado. Te he pasado la varita y te he contado la historia. El resto... está en tus manos.

New sintió que aflojaba la presión de la mano. El anciano susurró:

—Lizbeth... ¿Quién se va a ocupar de ella... ahora?

Estaba agonizando. De pronto, el hielo del corazón de New se resquebrajó. ¿Qué mal había en decir unas palabras? Y luego dijo en voz baja:

—Le perdono.

El Rey de la Montaña volvió a apretarle la mano, un segundo o dos tan sólo.

—Ahora te voy a soltar. —Su voz era apenas audible—. Quiero que salgas... y les digas que el Rey de la Montaña quiere descansar.

—Sí señor.

El anciano abrió la mano y el brazo se le quedó colgando fuera de la cama.

New creyó que todavía le oía respirar, aunque no estaba seguro. El trueno retumbó en el valle haciendo vibrar los cristales de las ventanas. New se alejó de la cama y salió sigilosamente de la habitación.

—Quiero ir a un sitio donde pueda estar solo. Necesito hacer una cosa —dijo New a Raven en la sala de espera.

—La oficina del *Democrat* está en esta misma calle. No habrá nadie allí, tan temprano. ¿Quieres que te acompañe?

New asintió y después se acercó a su madre.

—Mamá...

Ella se encogió, con las manos entrelazadas sobre el regazo.

New le tocó dulcemente la mejilla y cuando ella levantó la cara tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Quiero que cojas la furgoneta y vuelvas a casa. ¿Lo harás?

—Sin ti, no. No pienso ir a ninguna parte sin...

—Soy el hombre de la casa, mamá. Me lo has dicho cientos de veces. Si quieres que sea un hombre, debo actuar como un hombre. He de tomar mis propias decisiones. Se avecina una tormenta. Quiero que cojas la furgoneta y que te vayas a casa.

Sabía que podía habérselo ordenado sin dificultad. Le costaría muy poco esfuerzo mental. Casi lo hizo... casi. Pero le dijo:

—Por favor.

Ella intentó protestar; pero luego vio al hombre que había en su mirada, y se calló.

—De acuerdo —dijo Myra—. De acuerdo. Me iré a casa. Pero... ¿cómo irás tú...?

—Ya me las arreglaré.

Myra se levantó, miró a Raven Dunstan, y luego de nuevo a su hijo:

—¿Después vendrás a casa?

—Sí, mamá. Iré a casa.

Myra desvió la mirada y salió de la clínica, bajo un cielo donde se agolpaban negros nubarrones.

New se quedó en la puerta hasta que ella se marchó.

—¿Qué te propones? —le preguntó Raven.

—Ir de caza —repuso él tranquilamente—. Tengo que inventar una trampa.

37

Sentado en la biblioteca a la luz de las velas, Rix oyó retumbar el trueno a lo lejos, mientras examinaba uno de los primeros libros que había encontrado: un cuadernillo negro y mohoso lleno de fórmulas matemáticas, oscuros dibujos a tinta y pentagramas de música. Las fórmulas eran demasiado complicadas para Rix, aunque siempre había sido bueno en matemáticas. Parecían proyectos físicos muy elaborados, con anotaciones de peso y velocidad. Se preguntó qué demonios serían.

Las notaciones musicales eran desconcertantes. Eran extremadamente intrincadas, con docenas de sostenidos y bemoles. ¿Qué serían esas composiciones y cuál sería su relación con las fórmulas matemáticas? Pasó unas cuantas páginas muy frágiles y observó los dibujos de largas varas con medias lunas, círculos y triángulos en la base. Los símbolos le resultaban familiares, pero no conseguía identificarlos.

Una leve llamada a la puerta de la biblioteca le asustó. Cerró el cuaderno, esperó unos segundos y después se levantó y se acercó a la puerta, que crujió al abrirse.

Edwin, con su uniforme Usher inmaculado y su gorra, estaba ante la puerta.

—Pensaba que te encontraría aquí —le dijo.

Rix abrió del todo la puerta para dejar pasar a Edwin, y luego volvió a cerrarla.

—Estaba leyendo. ¿Cómo se encuentra papá?

—Durmiendo. La señora Reynolds ha reanudado sus tareas.

Edwin estaba pálido y ojeroso después de su estancia en la habitación insonorizada de Walen. Era como si la piel se le hubiera despegado de los huesos faciales y Rix olió en su ropa el hedor de su padre.

—Esta mañana no has desayunado —le dijo Edwin—. Cass está preocupada.

Rix consultó su reloj y advirtió que eran casi las nueve.

—Estoy bien. Lo que pasa es que no me apetecía demasiado desayunar esta mañana.

—Necesitas recobrar fuerzas. —Edwin miró el cuaderno negro que Rix tenía en la mano—. ¿Has encontrado algo interesante?

—Creo que sí. Mira esto.

Se acercó a la mesa y abrió el cuaderno bajo el candelabro, por donde las fórmulas matemáticas.

—¿Tienes alguna idea de lo que puede ser todo este galimatías técnico? Parecen problemas de física.

Edwin frunció el entrecejo.

—¿Física? Ni idea. Lo mío era la lengua en el instituto... —Examinó las cifras un instante y des-

pués meneó la cabeza—. Lo siento. No le encuentro pies ni cabeza.

Rix mostró a Edwin los dibujos y los pentagramas. Edwin le dijo que uno de los dibujos le recordaba una herradura, pero los demás le resultaban incomprensibles.

Rix cerró el cuaderno.

—¿Sabes algo sobre el nuevo proyecto de papá? —le preguntó—. Katt me ha dicho que se llama Pendulum, pero es lo único que sabe.

—Tu padre nunca ha confiado a nadie sus proyectos de trabajo. Y a mí menos. He visto entrar y salir a los militares, claro, pero no es asunto mío.

—¿Nunca te has preguntado lo que sucede en Usher Armaments?

—Claro que me lo he preguntado. Muchas veces —Edwin cruzó la habitación y contempló el retrato de Hudson Usher—. Rasgos fuertes —dijo en tono reverente—. Era un hombre con mucha fuerza de voluntad y determinación. Tienes los mismos ojos que él, Rix.

—Creo que estás eludiendo mi pregunta.

—Tal vez... Durante todos estos años me he empeñado en eludirla.

Se volvió a mirar a Rix. En la tenue luz dorada, formaba una figura de buen porte y dignidad, de la cabeza a los pies. La luz de las velas refulgía en los botones de plata de su chaquetilla.

—Ya te lo he dicho otras veces. Aborrezco la guerra, pero siempre habrá quien la emprenda, Rix. Es una realidad de nuestra mísera existencia. Debes pensar que las armas de tu familia son una fuerza disuasoria de la guerra. Esa postura me ha ayudado a soportar la idea durante muchas noches en blanco. Sería deseable que tú la compartieras.

—¿Qué quieres decir?

—Tu paz de espíritu. —Edwin se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo blanco—. Sé las presiones que has soportado durante estos últimos años. Con la muerte de Sandra, y las dificultades de tu carrera... y ahora, con la situación de tu padre. Siempre has sido un chico muy sensible, Rix. Sé que tu vida en el mundo, lejos de aquí, habrá sido muy dura, ¿no?

—Sí —repuso Rix.

—Cuando me llamaste aquel día desde Nueva York, sentí la desesperación de tu voz. Y la he vuelto a detectar cuando me has contado tu idea de escribir la historia de la familia. El mundo puede ser un lugar traicionero, Rix. Puede destruir a las personas sensibles.

—He pasado por muchas tensiones —admitió Rix—. Muchísimas. Creo que... empezaron con la muerte de Sandra. La quería tanto, Edwin. Cuando ella murió, fue como si también muriese una parte de mí, como cuando se apaga la luz. Ahora me siento oscuro por dentro. —Hizo una pausa, pero notó que Edwin esperaba a que prosiguiera—. Y tengo muchas pesadillas. En realidad son como flashes, casi intangibles. Boone colgó un esqueleto de plástico en la puerta de la habitación insonorizada del hotel De Peyser, para que me diera en la cara. Veo ese maldito chisme constantemente, Edwin. Sólo que cada vez que lo veo está más ensangrentado. Y aunque te parezca una locura, veo otra cosa que me aterra: parece un picaporte con la cara de un león rugiendo. Es de plata y está como flotando en la oscuridad. ¿Te recuerda alguna puerta del Pabellón o algo así?

—Es posible —respondió Edwin—. Pero en el

Pabellón hay miles de puertas, Rix. La verdad es que nunca he prestado mucha atención a sus picaportes. ¿Por qué? ¿Qué tiene eso que ver con el Pabellón?

—No estoy seguro, es sólo una suposición... lo debí ver cuando me perdí en el Pabellón. Y el esqueleto era de plástico, pero ahora me parece tan real...

—Aquélla fue una experiencia terrible para ti —dijo Edwin en voz baja—. Solo en la oscuridad durante horas... Y doy gracias a Dios por haberte encontrado. Pero eso pasó hace mucho tiempo, Rix. Tienes que superar tus terrores al Pabellón. Aunque admito que el Pabellón también me ha jugado malas pasadas. Varias veces me he perdido y he tenido que pedir ayuda. Lo cual me recuerda lo que me ha traído aquí: ¿has visto a Logan esta mañana?

—¿A Logan? No. ¿Por qué?

—Creo que se ha escapado. Tuvimos una discusión el otro día. Al parecer Logan considera que su trabajo es excesivo. Esta mañana, cuando fui a despertarle, no estaba en su cuarto.

—Pues mejor —dijo Rix secamente—. Logan nunca será capaz de sustituirte. A estas horas deberías de haberte dado cuenta.

—Yo creía honestamente que Logan tenía capacidad para hacer algo decente en su vida. Cass me dijo que era una tontería. Tal vez tuviera razón. —Frunció el ceño, cosa que Rix no estaba acostumbrado a ver en la cara plácida de Edwin—. Logan no es disciplinado. Tendría que haberlo sabido, por lo que me contó Robert de los jaleos en que se ha metido. Bueno, quería darle una oportunidad, porque es un Bodane. ¿Qué tenía de malo?

—Nada de malo. Tan sólo una excesiva confianza.

—Es exactamente lo que dice Cass. Pero todavía no voy a llamar a Robert. Le concederé a Logan el resto del día. Pero si Logan no puede, ¿quién va a sustituirme? —Se frotó los nudillos de una mano—. Ese chico necesita un buen escarmiento para enderezarlo.

—Ya no tiene edad para eso —dijo Rix.

Edwin gruñó.

—Todavía no he ido al Pabellón. Si Logan ha entrado allí solo después de que yo se lo prohibiera, es tan estúpido como desobediente. Bueno, no quiero importunarte con Logan. Por desgracia, es mi problema.

Y se dirigió hacia la puerta de la biblioteca.

—Edwin... —dijo Rix.

El hombre se detuvo. Rix señaló las cajas de cartón.

—He estado buscando en todas esas cajas, para descubrir cómo logró recuperar Ludlow Usher el bastón de ébano de la familia. Sé que se lo llevó el hombre que mató en duelo a Aram Usher, y que estuvo perdido durante trece años, por lo menos. Evidentemente, ese bastón es algo muy importante. ¿Tienes alguna idea de cómo lo recuperó Ludlow? ¿No te lo explicaron tu padre o tu madre?

—No —replicó Edwin.

Pero lo dijo demasiado deprisa, y eso despertó el interés de Rix.

—Es mejor que vaya a ver si encuentro a...

Rix se interpuso entre Edwin y la puerta.

—Si sabes algo, quiero que me lo cuentes. ¿Qué daño puede hacer? A mamá ninguno, y a papá, menos. Y a ti y a Cass tampoco. —Advirtió la in-

decisión en el rostro de Edwin—. Venga... Por favor, necesito saberlo.

—Rix, yo no...

—Para mí es muy importante. Tengo que saberlo.

En el exterior, el trueno resonó como un redoble de tambor.

—Muy bien —dijo Edwin con resignación—. Sé cómo encontró Ludlow el bastón. Cuando yo tenía la edad de Logan, era como él; odiaba trabajar. Encontré un buen escondrijo: la biblioteca del sótano del Pabellón. —Sonrió vagamente—. Solía robar cigarrillos del salón y me los fumaba allí abajo. Es un milagro que no prendiera fuego a la casa, con todos aquellos libros y periódicos por todas partes. Naturalmente, también leí muchísimo.

—¿Y encontraste algo sobre Ludlow y el bastón? —insistió Rix.

—Entre otras cosas. Estaba en un volumen de recortes de periódicos atrasados. Hace mucho tiempo, claro. No estoy seguro de que mi memoria sea muy fiable en este momento.

—Cuéntame lo que recuerdes. Todo.

Edwin seguía indeciso. Empezó a protestar otra vez, pero luego suspiró y se acomodó en una butaca.

—Muy bien —dijo al fin, mirando la llama de una de las velas—. Sé que Luther Bodane, mi abuelo, fue con Ludlow a Nueva Orleans, en verano de 1882. Ludlow quería ver a su media hermana Shann. Estaba en un convento de las afueras de la ciudad, desde hacía más de ocho años.

—¿Shann era monja? —preguntó Rix—. Pensaba que era concertista de piano. ¿No estudió música en París?

—Sí. Evidentemente era una niña prodigio, porque componía música a los diez años de edad. Creo que Shann estaba en París cuando mataron a su padre. Su muerte debió de causarle una tremenda impresión; era una niña tímida y gentil que idolatraba a Aram Usher. Pero terminó su aprendizaje. Su examen final de la academia fue un concierto compuesto por ella misma que tocó personalmente ante la directora.

Los ojos de Edwin parecieron ensombrecerse mientras evocaba el pasado, mirando a Rix.

—Escribió el concierto en honor de su padre. Shann se graduó con unas calificaciones excelentes. Cuando volvió a América, inició inmediatamente una gira de conciertos.

—¿Y por qué se metió monja?

—La directora de la academia se ahorcó cuando Shann se fue —continuó Edwin, como si no hubiera oído la pregunta de Rix—. En su gira, Shann tocaba la pieza que se titulaba Usher Concerto. Hay docenas de recortes en la biblioteca del Pabellón, elogiando sus interpretaciones. La gira duró más de cuatro meses, y Shann obtuvo un éxito clamoroso en todas partes. Entonces empezaron los suicidios.

—¿Los suicidios? No lo entiendo.

—Al principio no lo entendía nadie. Una docena de personas en Nueva York, diez en Boston, ocho en Philadelphia, otra docena en Charleston. Y siempre después de oír el Usher Concerto.

Rix se replegó en sí mismo. Recordó la desvaída fotografía de la alegre niña sentada ante el piano de cola blanco.

—Quieres decir... ¿que la música tenía algo que ver con los suicidios?

—Evidentemente. —Edwin adquirió un tono fúnebre—. La música era preciosa y extraña, y seguía trabajando en la imaginación mucho después de ser escuchada. La prensa empezó a atar cabos. Cuando Shann se apeó con sus acompañantes del tren en Nueva Orleans, los periodistas la estaban esperando como una bandada de buitres. Había una aglomeración en torno a la estación; la llamaron asesina, gritaron que era una bruja que había compuesto una sinfonía satánica. Fue demasiada presión para Shann, que se desmayó en la misma terminal. Durante varios años, estuvo en un sanatorio de Nueva Orleans. Y cuando salió, ingresó en el convento.

—¿Y nunca volvió a Usherland? ¿No es ella la que está enterrada en el cementerio?

—No. Se erigió el monumento en su honor, pero Shann fue enterrada en Nueva Orleans. No está muy claro para qué quería verla Ludlow; posiblemente intentaba traérsela a casa. De todos modos, ella no quiso abandonar el convento.

Edwin vaciló, ordenando sus recuerdos. Su sombra se extendía en la pared, a su espalda.

—En Nueva Orleans se desencadenaron fuertes tormentas, hubo inundaciones, y cancelaron los viajes por tren —prosiguió—. Ludlow y Luther embarcaron en uno de los últimos buques de vapor de la compañía Cordweiler, el *Bayou Moon*. Según lo referido en los periódicos, el barco estaba decrépito. En cualquier caso, Ludlow se enzarzó en una partida de póquer, y ése es el principio de cómo recuperó el cetro de la familia.

Mientras Edwin hablaba, el sordo retumbar de la tormenta se fue aproximando a Usherland. En su imaginación, Rix veía el *Bayou Moon*, antes or-

gullosa embarcación, convertida en una indigna cafetera llena de parches, navegando por el crecido Mississippi hacia el norte. En una cámara iluminada por lámparas de aceite se desarrollaba una partida de cartas con elevadas apuestas, y Ludlow Usher, con veinticuatro años, se sentó a la mesa redonda para algo más que una simple partida.

El señor Tyson —un caballero con chistera, que había trabado conversación con Ludlow en el bar, le presentó a los otros tres jugadores. Ludlow dijo llamarse Tom Wyatt, consciente de que el caballero de más edad estaba buscando a algún pardillo que desplumar. Era posible que conociera el apellido Usher, y aquélla era una precaución que solía tomar Ludlow con los extraños.

Ludlow les saludó sucesivamente a todos con la cabeza: un hombre corpulento, calvo, que llevaba una ostentosa sortija de brillantes y se presentó como «Nicholls, con dos eles»; un hombre mestizo llamado Chance, que gastaba una perilla gris y llevaba un parche de terciopelo marrón sobre el ojo derecho, a juego con el tejido de su traje; y un negro esbelto que se llamaba Brethen y llevaba un alfiler de corbata con un rubí prendido en la nariz. Sirvieron un vaso de whisky a Ludlow, le ofrecieron un puro habano de calidad y empezó la partida.

El *Bayou Moon* se mecía y cabeceaba en las turbulentas aguas, mientras sus planchas gemían, como a punto de partirse. La mesa estaba cubierta de billetes de cincuenta y cien dólares, y las lámparas dispuestas por la cámara brillaban entre las volutas de humo azulado. Ludlow esperaba perder su di-

nero enseguida y volver al bar durante el resto del viaje a St. Louis; le sorprendió por tanto que en menos de una hora hubiera ganado casi cinco mil dólares.

Tyson le sirvió otro whisky y elogió su habilidad en el juego. Ludlow no había hecho nada especialmente ingenioso; de hecho, la mayor parte de sus ganancias procedían del abandono de sus contrincantes. Nicholls, con el tono de un experto, sugirió de pronto que doblasen todas las apuestas.

—Ya sé que es una locura —dijo con una sonrisita—, pero tal vez cambie la suerte de este joven.

—No estoy seguro, señor Nicholls —replicó Tyson—. El señor Wyatt parece muy prudente. ¿Qué le parece, señor Wyatt? ¿Está de acuerdo?

Ludlow sabía que debía coger el dinero y marcharse. Todos tenían los ojos clavados en él. Hubo un momento de tenso silencio. Ludlow decidió arriesgarse.

—De acuerdo —dijo.

Muy divertido, siguió ganando sin esfuerzo aparente. La mente rápida y retentiva de Ludlow calculaba las posibilidades de cada mano; no hacía falta mucho ingenio para darse cuenta de que se estaba cociendo un desastre. Empezó poco a poco, cuando Brethen ganó un bote de mil dólares, prácticamente sólo de dinero de Ludlow. Después, Ludlow sólo ganaba una mano de cada cuatro, y su montón de fichas disminuía rápidamente. Más tarde, cuando parecía que Ludlow tendría que replegarse y dejar la mesa, le permitieron ganar un bote sustancioso. Sabía que estaban jugando con él, y no debía dejarse engañar por esa precisión tan meticulosa. Tal vez Tyson le hubiera escogido por su buena ropa, o su alfiler de corbata con un brillan-

te, o el fajo de billetes que había sacado para pagar la cuenta del bar. Aunque sus caras se preocupaban inocentemente por su propio juego, los hombres parecían conocer exactamente el juego de Ludlow, y apostaban en consonancia. Ludlow estaba desconcertado; ¿cómo lo hacían?

Dejó de beberse los whiskys que le servía Tyson y se concentró en su venganza con las cartas. Le quedaban menos de mil dólares de ganancias cuando tocó con las yemas de los dedos tres puntitos en relieve en la esquina inferior izquierda del rey de picas. Las otras cartas que tenía en la mano también llevaban una combinación de puntos en el mismo sitio; Ludlow comprendió que ningún hombre medio embriagado se daría cuenta, convencido de que la suerte tenía que volver a su juego. Las cartas estaban marcadas como con un sistema escogido al azar: un intrincado código que revelaba al que tenía la mano qué juego tenían los demás. Ludlow sonrió interiormente por el doble desafío: descifrar ese código y conseguir el control del juego.

—Bueno —dijo con voz de afrenta cuando perdió cuatrocientos dólares más—. Creo que ya está bien por hoy, caballeros —y fue a levantarse.

Tyson le agarró del brazo.

—Una mano más, señor Wyatt. Presiento que hoy es su día de suerte.

Ludlow ganó la mano siguiente, y la otra. Después empezó a perder seriamente. Había consumido sus ganancias y ya se estaba jugando su propio dinero. La mano iba dando la vuelta a la mesa, y el montón de Chance iba creciendo.

Durante toda la hora siguiente, mientras el *Bayou Moon* forcejeaba con la corriente del río y llo-

vía a cántaros, la mente de Ludlow, detrás de una máscara, trabajaba como una máquina. Calculaba las probabilidades como un maestro en matemáticas, acariciando las series de puntos, memorizando cada combinación con la carta correspondiente. Empezó a pasar con más regularidad, a conservar su dinero y por lo tanto —tras un guiño de Chance a Tyson que Ludlow captó por el rabillo del ojo— recuperó su «suerte» con un buen bote, animándole a apostar arrojadamente en la mano siguiente.

Ludlow sabía que, mientras conservara la mano, tendría más oportunidades de vencerles en su propio terreno. Pero ellos tenían más experiencia que él, y tenía que seguir haciéndose el tonto hasta que llegara el momento de destruirles. Se concentraba en las cartas que servía, rozando con el dedo la esquina izquierda de los naipes, pero le costaba trabajo y sólo reconocía la mitad.

Tuvo que esperar otros seis juegos hasta recuperar la mano. Esa vez lo hizo más despacio, deliberadamente. Aunque perdió contra Brethen, el porcentaje de aciertos de Ludlow creció espectacularmente. Cuando obtuvo la baraja de nuevo, Ludlow llevaba perdidos setecientos dólares de su dinero. Los otros hombres tenían los ojos inyectados en sangre; olían la carne fresca y ya estaban tomando impulso para entrar a matar.

Llegó el momento.

—Señores —dijo Ludlow mientras barajaba—. Creo que estoy de suerte. ¿Qué les parece si aumentamos la apuesta?

Una astuta sonrisa dilató la cara de Tyson.

—¿Otros mil dólares cada uno, señor Wyatt?

—No —replicó Ludlow—. Otros diez mil dólares cada uno. En metálico.

En el repentino silencio, colocó cuidadosamente la baraja ante él y sacó los billetes del fajo que llevaba en el bolsillo. Los dejó en el centro de la mesa.

—Ésa es... una suma muy importante —dijo Nicholls, mirando a los otros.

—¿Qué les pasa? —Ludlow fingió una sorpresa tonta—. ¿No les parece bien, caballeros?

—¿Diez mil dólares por una sola mano? —Brethen se sacó el puro de la boca, con los ojos brillantes—. ¿Cuál es el límite?

—El cielo —dijo Ludlow—. ¿Lo acepta alguien?

El silencio se podía palpar. Tyson se aclaró la garganta nerviosamente y bebió un sorbo de whisky. Al otro lado de la mesa, Chance miraba fijamente a Ludlow con una fría sonrisa.

—Yo voy —dijo Chance.

Sacó un fajo de billetes de su americana de terciopelo marrón, contó diez mil dólares y puso su dinero encima del de Ludlow.

—Yo no voy —dijo Brethen.

Nicholls balbució, indeciso, y luego añadió su dinero al bote. Tyson hizo una pausa; sus ojos se habían vuelto opacos y estudiaba el rostro de Ludlow. Después soltó un gruñidito y sacó los diez mil dólares.

Ludlow tenía que ser cuidadoso y preciso. Dio lentamente las cartas, tocando con el dedo los puntos, identificando cada carta antes de dar la siguiente. Cuando terminó de repartir e hicieron el descarte, Ludlow tenía una pareja de dieces, la reina de corazones, el cinco de diamantes y el cinco de corazones. Según sus cálculos, Tyson tenía dos ases, Nicholls no había ligado nada y Chance doble pareja de jotas y nueves.

—¿Apuestas? —preguntó Ludlow en voz baja.

Tyson abrió con mil dólares. Nicholls y Chance fueron.

—Veo sus mil —dijo Ludlow —y pongo diez mil más.

Sacó los billetes y los tiró sobre la mesa.

Nicholls soltó una leve tos de humo de puro. La cara de Tyson adquirió un tinte amarillento; cogió sus cartas y las miró como intentando leer en ellas el futuro. Ludlow miró a los ojos a Chance, que no reflejaban la más mínima expresión.

—¿Bien? —preguntó Ludlow suavemente.

—Yo no voy —dijo Tyson tirando las cartas—. Lo siento señores.

Nicholls tenía una capa de sudor en la nariz. Con un resoplido de resignación, tiró sus cartas boca abajo.

—Cree usted que ya me tiene, ¿verdad? —El único ojo de Chance era del color de un topacio oscuro—. Pues no señor, yo creo que no.

Empezó a contar billetes, pero cuando llegó a ocho mil trescientos, se le acabaron.

—Se queda corto, señor —dijo Ludlow—. Creo que eso le deja fuera de combate.

Y empezó a recoger el dinero. Pero Chance se inclinó hacia delante y le agarró por la muñeca. El ojo del jugador resplandecía y tenía una torcida mueca de amargura en la boca.

—Tengo una cosa —dijo Chance concisamente— que puede compensar esa diferencia.

Se agachó hacia un lado de su silla y colocó encima de la mesa un objeto. A Ludlow se le heló la sangre en las venas.

Era el cetro de los Usher con la cabeza de león.

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó Chance—.

Pertenecía a un hombre muy rico. Mire el labrado de la plata del puño. Mire el ébano, tan liso como el cristal. Me lo dio la esposa de ese hombre. Ella y yo éramos, digamos, muy amigos.

Ludlow miró a Chance a la cara y comprendió que estaba jugando a las cartas con el hombre que mató a su padre. El corazón se le desbocó, devolviéndole el color a su cara.

—¿Qué le hace pensar a usted que un bastón puede valer mil setecientos dólares, señor?

—Es que es mágico —dijo Chance, inclinándose hacia Ludlow con una sonrisa de conspirador—. ¿Ve usted este parche, señor Wyatt? Me pegaron un tiro en la cara hace seis años, en Atlanta. A boca de jarro, con un Derringer. Perdí el ojo, pero no la vida, porque sostenía este bastón en la mano. Hace dos años, un hombre me pegó un navajazo en el vientre, en un tren. Muy profundo, pero la herida cicatrizó en una semana. En Kansas City, una mujer me cortó el cuello con una botella rota. El doctor dijo que debía haberme muerto desangrado, pero no fue así. Tenía el bastón en la mano. Es mágico, y por eso vale mil setecientos dólares, y mucho más.

Ludlow cogió el bastón y examinó la cabeza del león. Le temblaban las manos.

—Trae suerte —dijo Chance—. Míreme, yo soy su prueba personificada.

—Su suerte —dijo Ludlow con voz apagada— está en las últimas, señor Tigré.

Chance —Randolph Tigré— se quedó pasmado, como si un caballo le hubiera dado una coz en la cabeza.

—Me llamo Ludlow Usher. Usted mató a mi padre, Aram Usher. Creo que a la policía le gustaría...

Entonces Tigré se levantó bruscamente de un salto, soltando una maldición, y volcó la mesa sobre Ludlow. Naipes, dinero y fichas saltaron por los aires. Nicholls chilló como un gato escaldado y Tyson se cayó hacía atrás, volcando su silla. Mientras Ludlow se tambaleaba hacia atrás con el bastón en la mano, Tigré sacó un revólver Usher Gentlemen's Defender de una pistolera que llevaba debajo de la chaqueta.

—¡No! —gritó Brethen, cogiéndole el brazo.

El revólver se disparó, haciendo añicos una de las lámparas. El aceite ardiendo salpicó el suelo y la pared. El segundo tiro voló la cabeza de Tyson mientras éste se ponía en pie. Después Tigré empujó a Brethen a un lado y disparó dos veces sobre la mesa volcada. Una de las balas perforó una manga de Ludlow y la segunda le dio en la oreja izquierda como un latigazo.

—¡Asesino! —gritó Nicholls—. ¡Socorro!

Tigré se dirigió a la puerta y salió al angosto pasillo. Ludlow fue tras él, rabiando de venganza. Cuando cruzó la puerta y salió al puente, encontró a Tigré junto a la barandilla, a dos metros de él. Con un gruñido animal, Tigré apuntó a la cara de Ludlow.

Pero Ludlow fue más rápido con el bastón. Golpeó al otro en la mano y desvió el tiro, que le pasó por encima del hombro. Después, Ludlow se abalanzó de cabeza sobre él; al chocar se oyó un agudo crujido, cuando se rompió la barandilla. Ludlow y Tigré cayeron juntos, agarrados, al agitado río.

Tigré pegó a Ludlow en la cabeza con el revólver, debajo del agua. Se revolvieron, cegados por el cieno y sacudidos por la tremenda corriente. La es-

palda de Ludlow chocó con algo duro. Un golpeteo sordo le llenó la cabeza y comprendió que habían sido arrastrados debajo del *Bayou Moon*. Tenían la quilla del barco sobre su cabeza y las palas de las ruedas peligrosamente cerca.

Ludlow golpeó con el puño el cuerpo de Tigré. Le agarró por la chaqueta, pero el otro le dio una patada en el estómago y el aire tan valioso se le escapó de la boca. Tigré se desasió y se alejó nadando desesperadamente. Una impetuosa corriente arrastró a Ludlow hacia lo hondo y al momento quedó atrapado en las ramas de un árbol sumergido, a menos de tres metros de la superficie. Forcejeó por liberarse, con el último resto de aire quemándole los pulmones.

Tigré fue arrastrado por una corriente ascendente. Su cabeza chocó con algo de madera y después logró aspirar una bocanada de aire. Su alivio se convirtió rápidamente en horror. El río hervía a su alrededor y Tigré se sintió izado fuera del agua por el cuello. Tenía la cabeza atrapada entre los radios de la rueda de palas. Mientras salía del agua, Tigré chilló por la presión que le aplastaba el cuello y la cabeza. Su grito fue asfixiado, y el grupo de gente que estaba observando horrorizada el incidente vio la sacudida del cuerpo de Randolph Tigré cuando se le partió el cuello. Como en un horrendo patíbulo giratorio, su cadáver subió con la rueda y luego descendió de nuevo hacia el agua, y arriba otra vez, sin vida y cubierto de barro.

En la estela de la rueda, un árbol que estaba atrapado en el cieno ascendió de pronto del fondo del río. En sus ramas más altas se balanceaba Ludlow Usher, medio ahogado y molido... pero agarrando el bastón de su padre.

Rix miraba el retrato melancólico de Ludlow.

—¿Randoplh Tigré creía que el bastón protegía de la muerte? —preguntó en voz baja.

—Por lo menos ésa es la historia que Nicholls contó al periodista. Desde luego, podía haber dicho cualquier cosa por librarse de la horca.

—Recuerdo que mamá dijo algo, hace un par de días, respecto a que papá se cayó de un caballo de cabeza. —Rix se volvió hacia Edwin—. Me dijo que se levantó y se sacudió el polvo, tan tranquilo. Y que yo sepa, papá nunca se ha lastimado seriamente.

Edwin enarcó las cejas.

—¿Quieres decir que el bastón tenía algo que ver con ello?

—No lo sé. Pero si Tigré logró sobrevivir a todas esas heridas mientras estaba en posesión del bastón...

—Estás pensando como un novelista —dijo Edwin—. No es más que un bastón; no es una varita mágica. Te he contado la historia tal como la recordaba del artículo de un periódico, y creo que no hace falta decir que en aquellos tiempos los periódicos exageraban una barbaridad.

Rix se lo quedó mirando un momento en silencio.

—¿Y si es realmente mágico? ¿Y si es un objeto encantado o así? Por eso protegió a Tigré hasta que Ludlow lo recuperó. Y por eso todos los Usher lo han llevado siempre encima. Mira los retratos. —Los señaló con un ademán—. El bastón sale en todos los cuadros.

Edwin asintió.

—Ya lo sé. Pero el bastón es también un símbolo de poder. Es natural que salga en todos los retra-

tos y es natural que el patriarca Usher lo lleve siempre.

Sonó un trueno muy cerca y Edwin se encogió levemente.

—Está llegando la tormenta. No tardará en diluviar. —Se levantó—. No me apetecía contarte la historia por lo de Shann y el Usher Concerto. No es un asunto muy recomendable para tu familia.

Rix se paseó ante los retratos, advirtiendo dónde estaba situado el bastón en cada uno de ellos.

—En el bastón hay algo más que un símbolo de autoridad, Edwin —dijo resueltamente.

Recordó la desbordante sensación de poder que había experimentado en su interior cuando lo tuvo en la mano. ¿Habrían sentido ese mismo poder los hombres de los retratos? Al mirar el cuadro de Aram le embargó un pensamiento. ¿Sabía Aram que iba a morir en ese duelo porque no tenía el bastón? ¿Habría utilizado esa idea contra Tigré al no cargar su pistola?

—Bueno, tengo que encontrar a Logan. Si lo ves, dile por favor que se presente a Cass o a mí —Edwin se detuvo en la puerta—. Y haz el favor de comer, Rix. Es una tontería perder fuerzas.

—Lo haré —dijo Rix.

Edwin abandonó la biblioteca.

Rix ya tenía la información que quería Wheeler Dunstan. Y tal vez, Dunstan también podría arrojar alguna luz sobre el cuaderno que contenía los dibujos y las fórmulas matemáticas.

Rix salió de la biblioteca con el cuaderno. Mientras atravesaba el salón de fumar, un violento trueno estalló sobre Usherland. El delicado mecanismo del reloj de pared, que ya no tocaba las horas debido a la situación de Walen, emitió un suave

tintineo musical. Rix observó el péndulo de latón y se detuvo en seco. De pronto todo encajaba.

Abrió el cuaderno por las páginas de los dibujos y los comparó con el eje del péndulo, con su decoración en forma de media luna.

Los dibujos representaban péndulos con distintas formas.

«Pendulum», pensó. El proyecto secreto de Walen. Pero ese cuaderno era anterior a Walen, evidentemente. ¿De quién era, y qué significaba?

Mientras contemplaba el reloj, le pareció sentir —durante un segundo muy breve— que el suelo temblaba bajo sus pies. Una pared gimió suavemente y luego reinó el silencio.

Esperó otra vibración, con el corazón en un puño, pero no se produjo.

Tenía un montón de preguntas para Wheeler Dunstan, y se apresuró a subir a su cuarto a buscar el periódico que relataba la muerte de Cynthia Usher.

Y esta vez, se juró Rix, quería ver el manuscrito de *El tiempo contará la historia*, fuera como fuese.

SIETE

EL PABELLÓN

38

Raven y New estaban solos en las oficinas del *Democrat*. El lugar estaba atestado, con varias mesas y máquinas de escribir, una fila de ficheros y estanterías metálicas con diccionarios, enciclopedias y los ejemplares más recientes del periódico. Raven se sentó a su mesa a tomarse una taza de café, de la máquina Mr. Cofee, intentando ordenar sus pensamientos. Sacó un montón de recortes de periódicos, que colocó encima del secante. La bandeja de «entradas» de su mesa contenía artículos del editor de jardinería y del editor de crónicas especiales, negativos en color de la vegetación otoñal y las fotografías de varias señoritas que iban a casarse la semana siguiente; objetos de un mundo que de repente le pareció muy remoto.

New estaba de pie al otro lado de la sala, con el bastón del Rey de la Montaña, mirando el cartel con las fotografías de los cuatro niños desaparecidos, que Raven había colgado en la pared. Al otro lado de la ventana, la mañana había adquirido un extraño colorido púrpura. Los truenos continuaban, todavía lejanos, pero no habían caído relámpagos ni llovía. El viento iba en aumento y levantaba arenisca por las aceras.

El chico no había abierto la boca desde que habían llegado de la clínica. Después de su demostración en la sala de espera, Raven eludía su mirada. Le daba miedo el muchacho, o lo que guardaba en su interior, que intentaba salir al exterior. Era como tener al lado un bruto musculoso un poco corto, aunque Raven no creía que el chico quisiera lastimar intencionadamente a nadie. No obstante, notaba su tensión; tenía una mecha encendida en su interior, y ella no sabía qué clase de explosión provocaría cuando se consumiera del todo.

New se alejó del cartel y miró las enciclopedias.

—¿Ha leído todos estos libros? —preguntó.

—Enteros no, sino un poquito de cada uno.

—Tiene que ser muy inteligente... para escribir historias y tal, quiero decir.

—No necesariamente. Es sólo un trabajo como cualquier otro.

New asintió, pensativo. Seleccionó el volumen de la B y lo hojeó.

—Yo ya casi no voy al colegio —dijo—. Mamá quiere que me quede en casa, ayudándola. La profesora vino una vez a preguntar por qué no iba al colegio, pero mamá le dijo que tenía mejores cosas que hacer.

—Pues está equivocada. Deberías ir al colegio. Tu madre se las puede arreglar sin ti.

—Ahora soy el hombre de la casa —le dijo, como si aquello demostrara la diferencia—. Mamá dice que he de encontrar trabajo cuanto antes.

—Eso será difícil, sin una buena formación.

—Supongo que sí —coincidió él—. Es que... —la miró con expresión de pena— no quiero quedarme en Briartop Mountain toda la vida. Todavía

no sé qué me gustaría hacer ni lo que puedo hacer. Me siento como... encerrado en una jaula o algo así. Tal vez por eso sueño tanto con el Pabellón. Es como si ir allí fuera la única manera de escapar de la montaña. Usherland es tan bonito desde arriba... Briartop es un roquedal cubierto de espinos. Nathan y yo solíamos hablar de lo que haríamos más adelante. —Una frágil sonrisa distendió su cara—. Nathan quería pilotar aviones. Los veíamos volar por el cielo, hacia Asheville, supongo. Parece que pasen a mil kilómetros de altura.

—¿Y a ti qué te gustaría ser?

—Me promete que no se reirá?

—Te lo prometo.

—Antes de morir, papá me leía historias de revistas atrasadas. Historias de detectives, vaqueros y espías. Supongo que cuando era pequeño quería ser detective y tener una placa y todo eso. Cuando papá murió empecé a inventarme historias. Nunca he escrito ninguna ni nada, porque a mamá le habría parecido una tontería. Ya sé que usted es muy lista y eso, pero estoy seguro de que yo sería capaz de escribir las cosas que me he inventado. Me gustaría que la gente viera las imágenes de mi mente. ¿Tiene eso algún sentido?

—¿Quieres decir que te gustaría ser escritor?

New se encogió de hombros, pero Raven advirtió que se había ruborizado levemente.

—No lo sé. Supongo que no tengo formación suficiente. Quiero decir si... ¿es muy difícil?

—Hay que tener práctica y paciencia. Pero eso no significa que no puedas conseguirlo.

El muchacho dejó el libro en su lugar y se acercó a la ventana, donde se detuvo a mirar la calle. Briartop Mountain era una masa gris, cuya

cumbre desaparecía en las nubes bajas. Apretó la mano sobre el bastón.

—Tenía que haber ayudado a Nathan —dijo bajito—. ¡Tenía que haber sido capaz de hacer algo!

—Lo que le pasó a Nathan no fue culpa tuya. Ni de tu madre tampoco. Le da miedo el mundo exterior, New. Por eso no quiere que vayas al colegio, porque le da miedo que la dejes sola en la montaña. No quiere que abandones la montaña.

—No quiero pasar toda mi vida allí, prefiero...

Se interrumpió, y Raven vio que tensaba la espalda. Retrocedió dos pasos de la ventana, con la cabeza ladeada, como escuchando algo.

—¿New? —dijo Raven—. ¿Qué pasa?

El muchacho no respondió. Un trueno muy fuerte hizo vibrar el cristal. Creía haber oído su nombre, una voz dulce y seductora, que no era masculina ni femenina, sino algo más elemental, como si el viento y el trueno pudieran hablar. Escuchó atentamente, esperando y temiendo esa voz.

Y le llegó, débil, apremiante, dirigida sólo a él.

—New...

Contesta, se dijo. Y respondió mentalmente.

—Estoy aquí.

—Ven a casa, ven a casa, ven a casa...

La voz se hizo más fuerte, más insistente. New la sintió latir en su cabeza, intentando calarle muy hondo.

—El Pabellón me llama —dijo a Raven—. Lo siento incluso desde aquí.

Mientras la voz le seguía atrayendo, se volvió hacia Raven. Tenía la cara tensa y una expresión decidida en sus ojos verdes.

—Voy a ir —dijo—. He de averiguar qué hay en esa casa y por qué me llama.

—Se avecina una tormenta. De todos modos, tú no puedes entrar en Usherland. Las puertas están...

—Franquearé las puertas —dijo él—. Hay senderos en el bosque que bajan a Usherland desde Briartop Mountain.

¿Pero cómo protegerse de lo que le esperaba en el Pabellón? Tenía el bastón, aunque no sabía exactamente de qué le serviría. No, necesitaba algo más: alguna trampa, algo que pudiera controlar cuando lo necesitara. Recorrió la oficina con la mirada y descubrió un aparatito de cinta adhesiva encima de una de las mesas. Lo cogió y sacó un trocito de cinta.

—¿Tiene alguna cosa más fuerte? —preguntó.

Raven abrió un cajón y sacó un rollo de precinto para los paquetes grandes que mandaban por correo. Él lo examinó, y luego se lo metió en el bolsillo.

—Me valdrá. —La miró a los ojos—. ¿Puede usted llevarme a la cabaña? Desde allí puedo bajar a Usherland con la furgoneta.

—¿Estás seguro de que es conveniente hacerlo así? Puedo llamar al sheriff Kemp y...

—¿Y qué? —la desafió New—. El sheriff no puede ayudarme. Nadie puede ayudarme. El Pabellón, o lo que haya dentro, me quiere a mí. Tengo que averiguar por qué.

Raven retorció lentamente un clip. Los ojos del muchacho la taladraban, y comprendió que nada le detendría. Sacó unas llaves de su bolso y abrió el cajón inferior de su mesa. Extrajo un estuche con su cámara fotográfica, una Canon de treinta y cinco milímetros y un flash.

—Muy bien —dijo—. Siempre he querido ver cómo era el Pabellón por dentro.

—No —dijo él con brusquedad—. No sé lo que hay allí dentro. No pienso dejar que me acompañe.

Raven tenía un nudo en el estómago ante la perspectiva de entrar en el Pabellón; en cualquier otra circunstancia habría dado un salto ante la oportunidad de penetrar en el mundo Usher. Pero en ese momento lo desconocido la aterrorizaba y la seducía.

—Yo sé lo que hay en el Pabellón —replicó—. Respuestas. Las respuestas a nuestras preguntas, las tuyas y las mías. Si quieres que te lleve a Briartop, tendrás que hacer conmigo el resto del viaje.

New pensó que podía conseguir de ella lo que quisiera. También podía impedir que entrase en el Pabellón...

—Me merezco averiguarlo —dijo ella firmemente, distrayéndole de sus pensamientos—. Si quieres que entremos, será mejor que compremos un par de buenas linternas en la ferretería, de ésas que no se apagan si se caen. Y además, impermeables, porque va a llover. —Se levantó y se colgó el maletín de la cámara al hombro—. ¿Y bien? —preguntó.

New decidió dejarla creer que le acompañaría. Después, una vez en la montaña, la mandaría regresar a Foxton. No podía asumir la responsabilidad de protegerla de lo que le esperaba en el Pabellón, fuera lo que fuese.

—¿Qué dices? —insistió Raven.

New asintió, metiéndose la mano en el bolsillo y tocando el precinto.

—De acuerdo. Vámonos.

39

Cuando Rix detuvo el Thunderbird frente a la casa de Wheeler Dunstan, un rayo zigzagueó sobre las montañas.

El aire olía a ozono, y una nube de polvo se levantó de un campo distante.

Rix subió los escalones del porche y llamó al timbre de la puerta. Llevaba bajo el brazo el cuaderno y el artículo del periódico que narraba la muerte de Cynthia Usher. Mientras esperaba, Rix observó incómodo el paseo de grava que daba acceso a la casa de Dunstan. Había adelantado a una furgoneta marrón, parada en la cuneta, a unos veinte metros de la entrada de la casa, y recordaba haber visto ese vehículo hacía pocos días. ¿Estarían vigilando la casa de Dunstan?, se preguntó, observando el bosque. En tal caso, quienquiera que fuese le habría visto pasar, en un vehículo reconocible de los Usher. También le atenazaba otra preocupación.

Cuando había salido del garaje, había advertido que faltaba el coche de Katt. ¿Se habría ido a Asheville a conseguir más heroína? El Ferrari de Boone tampoco estaba, pero Rix se imaginó que se habría quedado a dormir en el club.

Pulsó de nuevo el timbre y se volvió a mirar el bosque, a su espalda. Si alguien le espiaba, podía verle perfectamente.

—¿Quién es? —preguntó Dunstan desde detrás de la puerta.

—Rix Usher.

Se abrieron los cerrojos. Dunstan, con su pipa de mazorca firmemente asida entre los dientes, hi-

zo retroceder su silla para dejar paso a Rix. Éste entró y cerró la puerta.

—Corre el cerrojo —dijo Dunstan.

Rix le obedeció.

—Siento haber tardado tanto. He estado trabajando desde antes del amanecer.

Tenía unas profundas ojeras y parecía cansado. Miró lo que le traía Rix.

—¿Qué has traído?

—En primer lugar, esto. —Rix le tendió el frágil recorte del diario—. Es un artículo sobre la muerte de Cynthia Usher en Chicago.

Dunstan guió su silla de ruedas hasta la sala de estar, donde había más luz, y Rix le siguió. Las últimas brasas de una lumbre brillaban en el hogar.

—Muy bien —dijo cuando terminó de leerlo—, esto aclara una cuestión. ¿Y lo del cetro?

Rix se sentó y le contó la historia que le había relatado Edwin. Dunstan le escuchó atentamente, entre las volutas de humo de su pipa. Cuando Rix concluyó, la mirada pétrea de Dunstan estaba impasible.

—Necesito documentos que lo confirmen —le dijo.

—Edwin dice que los recortes están en la biblioteca del Pabellón.

—Eso no me sirve para nada. ¿Puedes traérmelos?

—Puede que Edwin los consiga. Se lo pediré. —Ofreció a Dunstan el cuaderno negro—. También quiero que vea esto.

El inválido abrió el cuaderno y fue pasando despacio las páginas. Frunció el ceño.

—¿Esto procede de la biblioteca del Pabellón? ¿Qué significan todas estas cifras?

—Esperaba que usted fuera capaz de decírmelo.

—Pues no. Lo siento. ¿Qué son estos dibujos? —preguntó señalando una página.

—Creo que son péndulos de reloj. Pero no sé por qué están en el cuaderno, ni lo que significan.

—Ludlow tenía mucho interés por los relojes —murmuró Dunstan—. Tenía montones de ellos por toda la casa. Éste podría ser uno de sus cuadernos de notas, pero no consigo entender toda esa aritmética, ni las notas musicales.

Dejó el cuaderno sobre su regazo y miró a Rix.

—Ya sabrás que Ludlow era inventor. Se supone que siempre estaba trabajando en su laboratorio del sótano del Pabellón. Éste podría ser uno de sus proyectos.

—¿Se refiere usted a alguna clase de arma?

—¡Qué sé yo! He oído que algunos visitantes de Usherland habían visto salir chispas de los pararrayos del tejado. A veces, Ludlow se encerraba durante días en su laboratorio. No sabemos a qué se dedicaba, pero es muy probable que tuviera algo que ver con la fábrica.

Rix le cogió el cuaderno y volvió a examinar los dibujos.

—Si se trata de un arma —dijo Dunstan—, ¿qué significan estas notas musicales?

—No lo sé —repuso Rix.

Pero ya estaba formulando una teoría. Shann había sido una niña prodigio en música. El Usher Concerto había afectado a la gente, haciéndola suicidarse como ratas. ¿Acaso, cuando Ludlow fue a visitarla a Nueva Orleans, intentaba aprovechar el talento musical de Shann para el proyecto Pendulum? ¿Deseaba por ese motivo que ella renunciara al convento y regresara a Usherland? No había for-

ma de averiguarlo a menos que descubriera lo que era Pendulum.

—Ayer mencionó usted otra pregunta sobre mi familia —dijo Rix—. Y dijo que era muy importante. Me gustaría que me la planteara.

Dunstan acercó su silla a la chimenea y hurgó con un atizador en los restos de los leños carbonizados.

Después dejó el atizador en su sitio, con las otras herramientas y se detuvo a reflexionar un momento antes de contestarle. Hizo girar la silla para encararse con Rix.

—Yo vi a Walen antes de la muerte de tu abuelo. Era guapo y rebosaba energía. Parecía capaz de ponerse el mundo por montera. —Prendió una cerilla y volvió a encender la pipa—. Un mes después de la muerte de Erick, la limusina de Walen tuvo un pinchazo a una manzana de las oficinas del *Democrat*. Yo salí a echar un vistazo, mientras Edwin Bodane llamaba por teléfono desde una cabina, para pedir otro coche. Pude ver un instante a Walen, antes de que corriera la cortinilla. —Miró fijamente a Rix—. Ya no era el mismo.

Rix frunció el ceño.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Que ya no era Walen?

—No, claro que era Walen. Pero estaba envejecido, agobiado. Nunca olvidaré su mirada... parecían los ojos de un hombre que ha visto al diablo en persona. Tenía el bastón en la mano, lo recuerdo muy bien. Pero nunca había visto cambiar tanto a nadie en tan poco tiempo.

—Supongo que le afectaría la muerte de Erick.

—¿Por qué? Que yo sepa, Walen no era un niño mimado. Escúchame: Erick sufrió un ataque de

nervios la noche que murió Ludlow. Fue durante una de sus fiestas grandiosas. Ludlow le llamó a la habitación insonorizada. Un par de horas después, algunos de los invitados oyeron un estrépito espantoso en el estudio de Erick. Fueron allí y encontraron a Erick en pleno ataque, rompiendo los muebles y tirando cosas contra la pared. Hicieron falta cuatro o cinco hombres para reducirlo, hasta que alguien llamó a un médico. Después, Erick se encerró a solas durante un mes. —Dunstan enarcó las cejas—. ¿Por qué? Erick odiaba a Ludlow. ¿Por qué se volvió loco cuando murió su padre?

—Es muy extraño, desde luego —dijo Rix—. En todo caso, se habría puesto a bailar de alegría.

—Exacto. Erick hizo todo lo posible por acelerar la muerte de su padre. Y Walen no era mejor hijo que él: no habría movido un dedo por ayudar a Erick. Entonces, ¿por qué reaccionaron los dos de esa manera?

—No lo sé.

—Pues yo tampoco. Ni nadie. Pero te voy a decir lo que creo. —Dunstan se inclinó hacia delante, con sus ojos azules brillando intensamente—. Algo pasó del padre al hijo en el último minuto. No sé si algún tipo de información, o alguna responsabilidad que no esperaban ni Erick ni Walen. Creo que Ludlow dijo algo a Erick en la habitación insonorizada, justo antes de morirse, y eso casi le volvió loco.

—¿Y luego Erick le transmitió eso mismo a Walen antes de morir?

—Sí. Y por eso la salud de Walen se quebrantó justo después de la muerte de su padre. Ambos, Erick y Walen, se recuperaron algún tiempo después. Tal vez se les pasó la impresión, o se resigna-

ron porque no tenían otro remedio. Mi pregunta es la siguiente: ¿qué es lo que se trasmiten de padres a hijos antes de que muera el patriarca?

—El bastón —respondió Rix. Era una respuesta evidente.

—No. Es algo más que eso. El bastón no es ninguna sorpresa. Creo que es algo que ocultan hasta el último momento, alguna responsabilidad que debe pasar de generación en generación. Se lo he preguntado a Edwin, pero no me lo dirá, por supuesto. Él sólo me trae los documentos, los deja aquí y luego vuelve a buscarlos cuando ya no los necesito. —Dunstan entrelazó las manos—. La respuesta puede estar en la biblioteca del Pabellón. Y necesito averiguarla.

—Yo no puedo entrar en el Pabellón, después de lo que me pasó cuando era niño.

—Pero podrías entrar con Edwin, ¿no? Él podría conducirte a la biblioteca.

Rix se encogió de hombros. La idea de penetrar en el Pabellón, incluso con Edwin, le revolvía el estómago de miedo.

—No sé... ¿Pero qué debemos buscar?

—Datos de la empresa. Títulos de propiedad. Cualquier cosa sobre Hudson Usher. Tal vez algo sobre vuestros antepasados galeses. El matrimonio de Aram con la madre de Shann, en San Francisco. Él la conoció allí una vez que fue a visitar a su tía Madeline, contraviniendo las órdenes de Hudson. Quizá documentos sobre la finca de Pensilvania o la muerte de Roderick. Es de suponer que allí abajo existe todo un museo sobre los Usher. Si hay algún documento que responda a esta pregunta, lo más probable es que esté allí.

Rix acarició la mohosa tapa del cuaderno. Fue-

ra, el trueno retumbó más cerca. Se dijo que si reunía el valor suficiente para volver a entrar en el Pabellón, habría de ser por una razón que realmente mereciera la pena.

—Ahora quiero ver su manuscrito —dijo.

—Todavía no. Te lo enseñaré cuando me traigas lo que quiero.

Rix miró la cara seria de Dunstan, de expresión resuelta. De repente comprendió, con un retortijón de rabia en las tripas, que Wheeler Dunstan estaba jugando con él, que le estaba utilizando como chico de los recados sin intención de dejarle compartir su obra.

—Ahora —exigió Rix—. Ya me he arriesgado bastante por usted. Podría pasarme un año registrando la biblioteca sin encontrar lo que está buscando. Si mi padre se entera de lo que estoy haciendo...

—¿Te desheredará? —terminó Dunstan maliciosamente—. Creía que no te interesaba la empresa.

Rix se encogió interiormente por el sarcasmo de la voz de Dunstan y se maldijo por haberse dejado enredar por él.

Sí, en lo más hondo de su alma deseaba coger un buen pellizco de la fortuna de los Usher; sería su fin si la casa estaba vigilada. Tenía que salvar alguna cosa del naufragio.

—Ahora escúcheme —dijo fríamente—. Le he demostrado que puedo ayudarle a escribir el libro. Creo que me merezco leer ese manuscrito.

—No. No pienso enseñárselo a nadie hasta que esté acabado.

—¡Usted no sabe lo que me juego viniendo aquí! —Rix se levantó furioso de su asiento—. ¡No

estoy trabajando para usted! Si quiere que entre en el Pabellón y le haga el trabajo sucio, tendrá que enseñarme lo que ha escrito. No pienso arriesgarme más hasta que vea el manuscrito.

Dunstan abrió la boca para decir algo, pero luego pareció como si se le congelaran las facciones y miró a Rix con ojos penetrantes. Levantó lentamente una mano y se quitó la pipa de la boca. Y con una voz extraña, sin emoción, dijo:

—No pienso enseñar mi libro a nadie.

—¡Pues no habrá libro digno de publicarse si no me permite ayudarle! —exclamó Rix—. ¿Quién va a traerle los documentos cuando Edwin se vaya?

La cara de Dunstan era una máscara.

—No pienso enseñar mi libro a nadie —repitió.

Rix estaba furioso. Sentía deseos de pegarle, pero era como si el viejo estuviera en trance. ¿Qué demonios le pasaba?, se preguntó Rix. Raven tampoco había visto el manuscrito. ¿Por qué? ¿Qué era lo que intentaba ocultar Dunstan? Rix miró el bolsillo de la camisa de Dunstan, donde guardaba la llave de su despacho, en el llavero con una pequeña máquina de escribir. Rix se acercó muy decidido al viejo, que no parecía ni siquiera darse cuenta de su presencia, se colocó a su espalda y metió rápidamente la mano en el bolsillo de la camisa. Cerró los dedos sobre el llavero pero, al ir a retirar la mano, Dunstan le agarró de repente con una fuerza que casi le parte los nudillos. Rix abrió la mano y el llavero rebotó en el brazo de la silla de ruedas y cayó al suelo. Antes de que Dunstan tuviera tiempo de dar la vuelta a la silla, Rix cogió el llavero.

—¡Muy bien, maldita sea! —dijo Rix muy exaltado—. ¡Ahora lo podré ver!

Atravesó el pasillo hacia la puerta que daba al sótano.

Un trueno retumbó cerca de la casa. Rix oyó un tintineo metálico y se volvió.

Dunstan se le acercaba en la silla de ruedas, blandiendo el atizador de la chimenea. Sin embargo, Dunstan parecía alelado, inexpresivo. Se movía como una máquina con ruedas.

—¡Pero bueno! —exclamó Rix—. ¿Qué se cree usted que...?

El atizador cayó como un rayo, trazando un arco. Rix tardó en reaccionar y encajó el golpe en el hombro. El dolor le recorrió todo el brazo, y se tambaleó hacia atrás.

Dunstan volvió a atacarle. Rix le esquivó hacia un lado y el atizador le rozó la cabeza.

—¡Basta! —gritó Rix.

¡El viejo se había vuelto loco! Antes de que Dunstan volviera a levantar el atizador, Rix cogió la silla por los brazos para empujarla... pero Dunstan le agarró por la muñeca con la otra mano.

Sus ojos extraviados miraron a Rix a la cara.

—No pienso enseñar mi libro a nadie —repitió, con voz ronca.

Y levantó el atizador para asestarle otro golpe. Rix lo cogió, apoyándose con todo su peso sobre un lado de la silla. Ésta se volcó, y Wheeler Dunstan cayó al suelo. Pero se incorporó sobre sus musculosos brazos y empezó a arrastrarse hacia Rix.

Asombrado, Rix retrocedió. Dunstan avanzaba muy decidido, la cara cubierta de sudor. Rix retrocedió hasta el pasillo. La puerta del sótano estaba a cuatro pasos. La cruzó y bajó la rampa mientras Dunstan lanzaba un grito gutural.

En el despacho atestado de Dunstan, Rix se dio

cuenta de que el original podía estar escondido en cualquier parte. Era imposible encontrarlo sin destrozarlo todo. Pero el procesador de textos estaba encendido y la pantalla exhibía en letras verdes lo que estaba escribiendo Dunstan antes de que Rix le interrumpiera.

Rix se aproximó a la mesa y apartó una pila de papeles para verlo mejor.

Lo que vio le hizo emitir un sonido extraño, mezcla de risa y de gemido.

Había un solo párrafo: «El tiempo contará la historia. Siempre habrá guerras y siempre habrá quien fabrique armas. El tiempo contará la historia. El apellido Usher es un arma disuasoria. El tiempo contará la historia.»

El párrafo se repetía una y otra vez, en diversas combinaciones de las mismas frases. Con mano temblorosa, Rix pulsó la tecla que hacía subir el texto por la pantalla, y leyó la esencia de la historia de la familia Usher que Dunstan llevaba seis años escribiendo.

«El apellido Usher es un arma disuasoria. El tiempo contará la historia. Siempre habrá guerras y siempre habrá quien fabrique armas. El tiempo contará la historia.»

Y así seguía, página tras página.

—Oh, Dios mío... —murmuró Rix.

No había ningún libro. Nunca había existido tal libro. Wheeler Dunstan estaba loco. Llevaba seis años bajando a ese sótano, día tras día, creyendo que estaba escribiendo un manuscrito...

Rix subió la rampa, con el corazón tan desbocado que casi no podía pensar. En la sala, la silla de ruedas seguía volcada, pero el hombre se había marchado a rastras. El atizador estaba en el suelo,

al lado del cuaderno de notas que se le había caído a Rix. Lo recogió. Fuera tronó y la lluvia empezó a repiquetear en el tejado. En pocos segundos cayó tal cantidad de agua que Rix no podía ver su coche por la ventana.

Al acercarse a la puerta, Rix vio a Dunstan tendido en el suelo, con los brazos encogidos debajo del cuerpo. Para salir de la casa, Rix tendría que pasar por encima de él. De pronto, el cuerpo de Dunstan se estremeció y el inválido volvió lentamente la cara hacia Rix.

Tenía los ojos en blanco, inyectados en sangre. El sudor le perlaba la frente y las mejillas. Jadeó buscando aliento y después pronunció unas palabras casi ininteligibles:

—No pienso... enseñar... mi libro... a nadie.

Sacó la mano derecha de debajo del tronco. Empuñaba un Usher calibre 357 Commando.

Rix saltó hacia un lado cuando le disparó. La bala hizo un agujero del tamaño de un puño en la pared de madera de la sala.

Rix se agazapó en el suelo, tras la escasa protección de una silla, con la chimenea a su espalda. El revólver tenía otras cinco balas. Por encima del martilleo de la lluvia, Rix oyó a Dunstan arrastrarse por el suelo. Se tensó para echar a correr por el pasillo, pero la silla de ruedas se interponía en su camino. Si saltaba por encima, Dunstan podía meterle un balazo en la espalda. Buscó desesperadamente a su alrededor alguna cosa que le protegiera. La pala de la chimenea estaba apoyada contra el hogar. Rix miró las brasas encendidas, y después cogió la pala y la metió entre las cenizas y los fragmentos de brasas humeantes.

Rix esperó, escuchando el lento arrastrar del

cuerpo de Dunstan. No tenía más que una oportunidad; si no calculaba exactamente, Dunstan le mataría.

Tenía la cara empapada de sudor; seguía esperando, intentando ver cómo y dónde se situaba Dunstan. Oyó que el inválido corría un mueble; una lámpara se estrelló en el suelo.

Espera, se dijo. Estalló un relámpago, seguido casi al momento por un trueno que sacudió toda la casa.

Dejó de oír el ruido del cuerpo de Dunstan por el suelo.

Y Rix pensó: ¡Ahora!

Con una descarga de adrenalina, empujó la silla hacia delante con el hombro. Dunstan disparó desde el otro extremo de la habitación. La bala atravesó la tapicería a pocos centímetros de la cara de Rix, rociándole de algodón humeante. Antes de que Dunstan rectificara su puntería, Rix se levantó y le tiró las brasas.

El inválido disparó otro tiro mientras las brasas le caían sobre la cara y la pechera de la camisa. La bala pasó silbando junto a la cabeza de Rix, rompiendo el cristal de una de las puertas ventanas. La lluvia y el viento barrieron la habitación. Dunstan se retorcía en el suelo, mientras las brasas le chisporroteaban en la cara y le quemaban la camisa.

Rix le cogió por la muñeca e intentó arrebatarle el revólver. Dunstan levantó la otra mano y agarró a Rix por el jersey. Rix le pegó un puñetazo en el codo, y luego otro y otro, con todas sus fuerzas. Dunstan abrió la mano y el Commando cayó al suelo. Rix lo cogió y se apartó del inválido.

—Muy bien —dijo con voz ronca—. Se acabó.

Dunstan le miró sin expresión, con marcas ro-

jas en las mejillas y la frente. Después se vino abajo y empezó a sollozar como un niño. Rix no podía soportar el espectáculo; vació las tres balas que quedaban en el Commando, se las metió en el bolsillo y después dejó el arma fuera del alcance de Dunstan, sobre la repisa de la chimenea.

Rix encontró un teléfono en la parte trasera de la casa y buscó el número de teléfono del sheriff. Se oían crujidos por la electricidad estática. Cuando le contestaron, Rix dijo que había ocurrido un accidente en la casa de Dunstan, cerca de Taylorville, y colgó cuando la mujer le preguntó su nombre.

No podía hacer nada más. Pensó en llamar a Raven, pero ¿qué podía decirle? Lo siento, pero su padre está loco y ha intentado matarme, y no existe ningún libro... Cuando regresó a la sala, tenía los nervios de punta. Dunstan yacía de costado, respirando agitadamente, con la mirada perdida.

Rix se quedó de pie junto a él, mientras el viento y la lluvia que entraban por la ventana rota le azotaban. Le embargó una rabia tremenda. Había cooperado con Dunstan para nada, se había arriesgado a perder la herencia que le tocara por una historia de los Usher que nunca existió.

Dunstan profirió un gemido atormentado. Tenía un brazo a lo largo del cuerpo, con el puño muy apretado.

Se ha burlado de mí, pensó Rix bullendo de rabia. ¡Me la he jugado por su culpa!

La furgoneta marrón... Si la casa de Dunstan era vigilada por orden de Walen, entonces...

Rix apretó los puños, clavándose las uñas en la palma de las manos. Desde lo más profundo de su ser, de ese ser extraño que él no conocía y cuya

existencia había negado, le entraron ganas de matar.

Miró el arma sobre la repisa de la chimenea. Bastaría con un disparo. Si apretaba el cañón contra el cráneo de Dunstan, el cerebro y la sangre del hombre saltarían y salpicarían la pared. Un solo tiro.

—Hazlo ahora...

Rix se miró la mano: se había sacado las tres balas del bolsillo.

—Hazlo ahora...

Un rayo cayó muy cerca. El trueno llenó la casa.

Rix cogió el Commando. Metió una bala en el tambor.

—Hazlo ahora...

Cerró el cilindro. El sudor y la lluvia le corrían por la cara. Le gustaba la sensación del arma en la mano; era una sensación de poder absoluto, inquebrantable.

Se volvió hacia Wheeler Dunstan, se le acercó y le apuntó en la cabeza. Un tiro. Hazlo ahora.

Le temblaba la mano. Una fría rabia se había apoderado de él, aunque se sentía ajeno, como si se viera desde fuera. El oscuro extraño de su alma le susurraba insistentemente que apretara el gatillo. Ya no era el padre de Raven el hombre que estaba en el suelo; era el peor enemigo de Walen, y por culpa de él, Rix había puesto todas sus esperanzas en un libro inexistente. Se lo había jugado todo por ayudar a Dunstan, y ahora se quedaría sin un céntimo de toda la fortuna Usher. Su dedo se tensó sobre el gatillo.

Dunstan gimió y empezó a abrir el puño.

En la palma de la mano tenía un botón de pla-

ta. Era uno de los botones del suéter de Rix. Se lo arrancó mientras luchaban por el revólver.

Un botón de plata, pensó Rix. Intentó pensar por encima del susurro que le instaba a matar al padre de Raven. Un botón de plata. ¿Dónde lo había visto...?

La cabeza le daba vueltas y la voz de su interior le gritó:

—¡Hazlo ahora!

El dedo de Rix se crispó sobre el gatillo, al tiempo que oía su propio grito desesperado.

El Commando se disparó y levantó un pedazo de madera a diez centímetros de la cabeza de Dunstan.

Rix se volvió, dio un grito de rabia y de repulsión y arrojó el arma por la ventana rota.

Recogió el botón de plata y salió de la casa. Llegó a su coche bajo una manta de agua. Al final del paseo, advirtió que la furgoneta marrón se había ido. Apretó a fondo el acelerador, dando un peligroso coletazo con el Thunderbird. Agarró muy fuerte el volante, y la vergüenza por haber estado a punto de cometer un asesinato le llenó los ojos de lágrimas.

Casi había hecho una cosa que habría enorgullecido a su padre, por primera vez en su vida.

40

El viaje de ida y vuelta a Asheville había sido un infierno. Al volante de su Maserati, mientras la lluvia caía en tromba sobre la carretera, Katt no

podía pensar en otra cosa más que en una vela encendida, una cucharilla de heroína burbujeante y una jeringuilla hipodérmica.

Los limpiaparabisas no servían de mucho. Ella temblaba por su necesidad de chutarse; tenía la piel áspera, escamosa. Los nervios se le desataban en pequeños ataques de pánico. Hasta le ardían las palmas de las manos, embutidas en unos guantes de cabritilla. Un relámpago la asustó, y por primera vez en mucho tiempo temió que le diera un ataque.

Pegado con cinta adhesiva debajo de su asiento llevaba un paquete de diez gramos de heroína, que había comprado hacía una hora a un banquero de inversiones al que Katt llamaba señor Candy Garden. Margaret les había presentado durante una fiesta hacía varios años, y más tarde había confiado a Katt que esperaba que ella le encontrara atractivo; al fin y al cabo, era uno de los solteros más codiciados de Carolina del Norte.

Cruzó con el Maserati la verja de Usherland y se dirigió al garaje, pasando junto a la mansión. Pulsó el mando a distancia que abría la puerta de la plaza de su Maserati y luego se metió en su fresca penumbra.

Katt advirtió que las luces del garaje no se encendían, y pensó que la tormenta habría fundido algún fusible. Diría que lo revisaran. Paró el motor ronroneante, se metió las llaves en el bolso y sacó el valioso paquetito de su escondrijo. La perspectiva de un sueño reparador la serenó. En esos sueños ella era siempre la niña pequeña cuya principal preocupación era fastidiar a su hermano mayor, o montar a caballo por los deliciosos senderos de Usherland, o contemplar las figuras que formaban las

nubes por encima de las montañas. En sus sueños siempre era verano y ella llevaba vestiditos de colores vivos. A veces su padre la visitaba en sus sueños, siempre sonriente, y le decía lo guapa que la encontraba.

Katt se apeó del coche. De repente, con un chirrido de engranajes y cadenas, la puerta del garaje empezó a cerrarse.

Asombrada, se volvió y vio cómo la puerta bajaba hacia el suelo de cemento. Había un panel de control general en alguna parte del garaje que abría y cerraba todas las puertas individuales, pero estaba cerca de la limusina. La claridad grisácea se convirtió en una rendija y luego desapareció cuando la puerta topó con el suelo.

Katt se quedó en la más absoluta oscuridad. La lluvia martilleaba contra el tejado del garaje y Katt sintió como si se ahogara en unas aguas negras. Su miedo a la oscuridad la paralizó. Se había asegurado de que hasta su habitación insonorizada tuviera un resquicio de luz; prefería el dolor de la luz al horror de la oscuridad.

—¿Dónde están las luces? —dijo en voz alta para paliar su pánico creciente—. ¡Tendría que haber luz aquí dentro!

¡Los faros del coche!, pensó. Hurgó en su bolso para buscar las llaves y sus dedos encontraron la peluda pata de conejo del llavero. Se inclinó en el interior del Maserati, metió la llave y dio al contacto. Encendió los faros, que iluminaron unas estanterías con latas de aceite, lubricante de transmisión, correas de ventilador y varias herramientas colgadas en ganchos, y casi lloró de alivio. Buscó el mando a distancia para volver a abrir la puerta.

Un brazo frío y musculoso la agarró por la gar-

ganta desde atrás y la sacó del coche. Su grito fue asfixiado por una mano que le tapó la boca.

Katt forcejeó violentamente para desasirse. Percibió el olor corporal de un hombre. Su cara sin afeitar le rozó la mejilla.

—No te muevas —le susurró él—. Es inútil que luches.

Ella continuó debatiéndose, pero cada vez con menos fuerza. «No te muevas —repetía aquella voz en su mente—, es inútil que luches.» La orden resonó como un eco en su cabeza, ganando autoridad, como si procediera de una persona cada vez más próxima. La invadió la desesperación, dejó de forcejear y oyó, como en una pesadilla de la que no podía despertarse, el gruñido satisfecho del hombre.

—Te voy a soltar —le dijo—. No grites. Ya no tienes voz. Voy a soltarte y te vas a quedar quieta donde estás.

No grites, pensó ella. Es inútil que luches. No grites. Quédate donde estás.

Él la soltó.

Katt quería gritar; su garganta vibraba, sus cuerdas vocales intentaban formar un grito. No grites. Ya no tienes voz. Es inútil que luches.

Tenía los brazos y las piernas helados. Intentó moverlos pero descubrió que no podía ni despegar los codos. Quédate quieta donde estás. Cuanto más luchaba por moverse y gritar, más difícil y desesperado se hacía su esfuerzo. Es inútil que luches. No grites.

El hombre se situó frente a ella y, en el haz de luz de los faros de su Maserati, Katt reconoció a Logan Bodane.

Ella le había visto unas cuantas veces, rondan-

do alrededor de la mansión. En ese momento, su cara era distinta; sus ojos brillaban peligrosamente en su tez grisácea y mortecina. Su boca ostentaba una sonrisa torcida y malvada. La chaquetilla gris del uniforme Usher que llevaba estaba sucia, pero no húmeda. Tampoco su enmarañada mata de pelo cobrizo. La parte de la mente de Katt que todavía lograba formar pensamientos coherentes calculó que Logan estaba en el garaje desde antes de que empezara a llover. ¿Llevaba tanto tiempo esperándola?

Logan paseó lentamente la mirada por el cuerpo de Katt. Después la miró directamente a la cara, y sus ojos relucían como dos funestas lámparas azules.

—Sonríe...

Su orden mental se introdujo en la mente de Katt como la punta de un punzón para el hielo. Y se le clavó muy hondo, dolorosamente.

Kat notó que su boca se fruncía. Las comisuras de los labios se le tensaron hacia los lados en un rictus grotesco, mientras lágrimas de terror le rodaban por las mejillas.

—Muy bien —dijo Logan en voz alta.

De un gesto brusco, le abrió la parte superior de su mono rosa. Ella jadeó, buscando aliento; seguía con la sonrisa fija en la cara, incapaz de moverse. La voz seguía martilleándole la cabeza: sonríe, es inútil que luches, sonríe, no grites, quédate quieta donde estás...

Logan retrocedió un paso para admirar su cuerpo.

—Se está preparando para ti —le susurró, mirándole alternativamente la cara y el busto—. Sí, se está preparando. El verdugo, quiero decir. Llegará enseguida. Ya lo he visto. —Sonrió, satisfecho de sí

mismo—. No pienso desperdiciar el tiempo mientras llega.

Se acercó a ella.

Katt temblaba violentamente, pero no podía librarse del dominio que Logan tenía sobre ella. Cuando le cogió rudamente los pechos y la besó en la garganta, Katt no logró ni cerrar los ojos. Gritó por dentro, pero no tenía voz. Apretó los dientes, angustiada.

Logan la agarró por el pelo y le echó la cabeza para atrás.

—Te creías superior a mí, ¿verdad? —le dijo, entornando los ojos—. Bueno, pues voy a demostrarte lo equivocada que estabas, señorita.

La besó en la boca, metiéndole toda la lengua, mientras deslizaba la mano por su vientre.

Los dientes, pensó Katt. Podía utilizar los dientes...

Logan profirió un gruñido animal, agarrándole los pechos. Siguió hurgándole en la boca con la lengua.

Y Katt se la cogió con los dientes.

Antes de que Logan pudiera apartar la cabeza, Katt le mordió con toda la furia y toda la fuerza que logró reunir.

Cuando el hombre gritó, la cadena mental que sujetaba a Katt se rompió. Se separaron como hojas muertas en un vendaval. Katt recobró la sensación de sus miembros con un hormigueo y pinchazos. Pero seguía sin soltarle la lengua, mientras él chillaba y forcejeaba por librarse.

Ella notó que le desgarraba la lengua y se le llenó la boca de sangre.

Logan retrocedió tambaleándose, echando sangre por la boca, y cayó de rodillas al suelo. Intentó

levantarse, farfullando un grito entre borbotones de sangre.

Katt escupió un trozo de carne. Echó a correr, pero Logan la agarró por un tobillo y casi la tiró al suelo. Ella se agitó, intentando liberarse, y entonces vio la palanca de hierro, colgada de uno de los ganchos de la pared, al alcance de la mano. La cogió y se volvió hacia Logan mientras él se incorporaba. Su frenético «¡No!» estalló en la mente de Katt, pero ella ya había levantado el brazo y estaba descargando el golpe. La palanca de hierro trituró el cráneo de Logan.

Éste cayó a cuatro patas, con la cabeza colgando. Katt se le acercó y volvió a pegarle en la paletilla derecha. Se oyó un crujido escalofriante. Logan cayó de costado, con los ojos relampagueando en su cara cubierta de sangre.

A la espalda de Katt, todas las latas y herramientas de las estanterías cobraron vida súbitamente. Volaban en todas direcciones; una lata de anticongelante le dio en las costillas, un par de cables de conexión se le enganchó en el pelo, una llave inglesa le rozó una mejilla. El limpiaparabrisas del Maserati empezó a funcionar. Las órdenes mentales descontroladas provocadas por los poderes de Logan interferían y chocaban por todo el garaje, rompiendo parabrisas y moviendo más latas y herramientas. Una onda de choque empujó a Katt contra el capó, con tanta fuerza que se quedó sin aliento. Después metió medio cuerpo en el coche y accionó frenéticamente el mando a distancia de la puerta. La puerta del garaje empezó a subir dejando entrar la luz grisácea y la furiosa lluvia.

Katt se precipitó a la puerta, se agachó y salió a

la tormenta. El aguacero casi la tiró al suelo, pero ella siguió corriendo por el jardín, hacia la mansión. Resbaló en una piedra cubierta de musgo y se cayó, dándose un golpe en la rodilla. Los árboles se agitaban tumultuosamente, y las hojas muertas revoloteaban junto a ella como un tornado en miniatura. Volvió la cabeza para mirar por encima del hombro y la invadió un nuevo pánico.

La perseguía una figura oscura, enorme e irreconocible, saltando por encima de los setos ornamentales y los arriates inundados.

—¡Socorro! —gritó hacia la casa, pero la tormenta apagó su grito.

El siguiente relámpago iluminó brevemente la mansión y Katt creyó ver una silueta detrás de una ventana, mirando tranquilamente hacia el jardín.

Hizo un esfuerzo por ponerse en pie y echó a correr. Tras unas cuantas zancadas, notó que se le ponía la carne de gallina y supo con una certeza terrible que no llegaría a la mansión.

Cuando se volvió, el monstruo brincó bajo la lluvia como un carnero alado de ébano. Katt chilló, pero la pantera negra cerró las fauces sobre su garganta y le partió el cuello, mientras ella se caía de espaldas en el paseo de piedra. Katt tuvo una sensación de asfixia, un dolor abrasador en la garganta y después se hundió en las tinieblas.

Estaba muerta a los pocos segundos de caer al suelo.

La pantera la agarró por el cuello y la arrastró rápidamente hacia el monte bajo. Al lado, un fauno de mármol tocaba su flauta muda bajo el chaparrón.

A los pocos minutos, la lluvia había lavado todo rastro de Kattrina Usher de las piedras del jardín.

41

—Está lloviendo mucho —dijo Raven cuando New volvió de su cuarto, en la cabaña de Biartop Mountain.

New se había puesto unos tejanos, una camisa de franela y una cazadora de pana marrón, con parches.

—Las carreteras estarán inundadas.

—Es posible —dijo él distraídamente.

Miró a su madre, que estaba sentada en una silla, sin decir nada, con una foto de Bobby en el regazo.

La lluvia se colaba por una docena de goteras del tejado, tintineando en varias palanganas, tazas y botes metálicos.

Raven y New habían llegado a la cabaña cuando estalló la tormenta, cuyos truenos sacudían las endebles paredes.

—Tú no vas a bajar allá abajo —dijo Myra sin mirar a su hijo, acariciando repetidamente la foto de Bobby—. No eres más que un niño. No sabes lo que haces.

—Soy el hombre de la casa. —New se tiró de las mangas de la cazadora—. Y ya es hora de que actúe como tal.

—¿Cómo, dejándote matar, o tal vez algo peor?

Su mirada desenfocada y acuosa se detuvo en Raven, que estaba al otro lado del cuarto, contemplando la tormenta por la ventana. Tenía el pelo negro completamente mojado, con los rizos apretados.

—Señorita Dunstan —dijo Myra con una voz suplicante que partía el corazón—, no deje que mi hijo entre allí solo. Por favor... se lo ruego.

—Iremos juntos —contestó Raven—, en cuanto amaine la tormenta.

—No —dijo New, subiéndose la cremallera de la cazadora—, no iremos juntos. —Miró desafiante a Raven—. Voy a ir solo, señorita Dunstan. Usted quédese aquí. Y no pienso esperar a que amaine.

—Pues yo mantengo lo que dije en la oficina. Dios sabe que me gustaría que hubiera otra forma, pero no la hay. Voy a acompañarte.

—El Pabellón me llama a mí, no a usted. No puedo asegurarle que la protegeré, porque sería mentira.

—Puedo cuidarme sola —afirmó Raven—. Hace tiempo que lo hago.

New la miró en busca de algún punto débil. Era una mujer muy testaruda, y New comprendió que una vez decidida no habría quien la convenciera.

Su madre era como el agua, y Raven Dunstan como una roca.

Retumbó un trueno. Los cristales de las ventanas vibraron en sus marcos.

—New...

La llamada era más poderosa y le requería urgentemente hacia Usherland y el Pabellón.

—Ven a casa...

La voz ascendía y descendía, se difuminaba en un siseo aterciopelado hasta fundirse en el repiqueteo de la lluvia en el tejado.

—No vayas. —A Myra se le quebró la voz—. Por Dios, no vayas, no vayas...

—Debo averiguar lo que le ocurrió a Nathan —le dijo New—. No pienso quedarme en esta montaña durante otra cosecha, mientras el Hombre de la Calabaza hace lo que le da la gana. Voy a enfren-

tarme con lo que haya en el Pabellón, sea lo que sea, mamá.

Raven le tocó en el hombro; él se volvió hacia ella, intentando ordenarle que permaneciera en la cabaña hasta que pasara la tormenta, pero vio la fuerza de su mirada, su necesidad de averiguar por sí misma lo que había entre los muros del Pabellón.

New recordó las caras de los niños del cartel. Tal vez Raven mereciera descubrir la respuesta que buscaba, pero New temía por ella. ¿Cómo iba a protegerla de algo tan poderoso como lo que le atraía hacia Usheland?

Estuvo a punto de mandarle la orden —a punto—, pero le dijo:

—Yo ya estoy dispuesto para irme. ¿Y usted?

—Yo también.

—Dios mío... —suspiró Myra, reprimiendo un sollozo.

New recuperó el bastón, que tenía apoyado detrás de la puerta.

—Mamá...

Cuando ella levantó la mirada de la fotografía, New vio que le rodaban lágrimas por las mejillas.

—Volveré —le prometió—. Pero tengo que hacerlo. ¿Lo entiendes?

—Tu padre no...

—Yo no soy él. Yo soy yo. Te quiero mucho, mamá, pero tengo que bajar a esa casa.

Ella se lo quedó mirando un momento y después susurró:

—Pues que Dios os ayude. A los dos.

El muchacho se inclinó a darle un beso. Las lágrimas de Myra cayeron sobre la foto de su marido.

—Te quiero mucho —dijo, mientras New y Raven empezaban a salir.

El sonido de sus palabras infundió a New una resolución desconocida hasta entonces.

La lluvia aporreaba el techo de la furgoneta que New conducía, mientras dejaban atrás la cabaña. Sólo funcionaba el limpiaparabrisas de su lado, pero era suficiente para ver. Las linternas de plástico que Raven había comprado en la ferretería estaban entre los dos, y Raven llevaba la bolsa de su cámara colgada del hombro.

—¿Para qué quieres el precinto? —le preguntó ella.

—Para mi trampa —respondió New sin más explicaciones.

La insistente llamada de Usherland le embargaba la mente, le hormigueaba en los huesos. El primer camino que cogieron estaba bloqueado por un árbol caído. Retrocedieron y encontraron otro, que también estaba obstruido por enormes charcos y zarzales. El tercero era demasiado empinado para la furgoneta. Mientras New conducía el vehículo por el cuarto camino, que serpenteaba a través del bosque, los neumáticos patinaban sobre las rocas mojadas. El camino se estrechó y los guardabarros apenas pasaban entre los troncos de los árboles. Raven bajó su ventanilla para ayudarle, y la lluvia le azotó la cara.

—¡No lo lograremos! —le dijo—. Hemos de dar la vuelta.

Él no respondió. La llamada a voces del Pabellón era más fuerte, alegre y casi triunfante, emergiendo de forma sobrenatural del viento, la lluvia y el trueno. A paso de tortuga, la furgoneta penetraba más y más profundamente en Usherland.

Bruscamente, al salir de una curva muy cerrada, las voces cesaron.

New pisó el freno. La furgoneta patinó tres metros antes de detenerse.

Justo frente a ellos, el camino terminaba en una densa espesura de vegetación. Los faros de la furgoneta no la atravesaban. A ambos lados del camino, los espinos negros crecían en malvadas espirales, como alambre de espino.

—No hay forma de salir de aquí —dijo Raven—. Necesitaríamos un tanque.

Pero New miraba el monte bajo. El camino estaba en uso, había sido transitado recientemente; las rodadas eran demasiado profundas, muy frescas. Siguió adelante y vio un brillo metálico entre la espesura. Dejó que la furgoneta se deslizara hasta donde terminaba el camino, frenó, y desde allí pudo distinguir claramente lo que tenían delante.

Era una especie de construcción cuadrada, cubierta por una red verde a guisa de camuflaje. Había un gran agujero en la red, al nivel del suelo, y el resto estaba sujeto por estacas.

Lo primero que se le ocurrió a Raven fue que se trataba de la choza de algún furtivo, pero ¿quién se atrevería a vivir en Usherland? La red de camuflaje la hizo cavilar. Fuera lo que fuera esa estructura, se pretendía ocultarla.

—Vamos a echar un vistazo —dijo New cogiendo una de las linternas y el bastón, y bajando de la furgoneta.

Raven le siguió bajo el aguacero, con la otra linterna.

New se coló por el agujero y encendió la linterna. Era una construcción de madera pintada de verde, más grande por dentro de lo que parecía

desde fuera. Las linternas iluminaron unas vigas metálicas corroídas.

—Un garaje —dijo Raven en voz baja—. ¿Para qué habrá un garaje aquí?

Había tres vehículos: un viejo Ford marrón muy destartalado, una furgoneta verde oscuro y un Rambler negro picado de herrumbre. Ninguno llevaba matrícula, pero en un rincón lleno de telarañas había una caja de cartón con varias placas de matrícula de Carolina del Norte. La mayor parte de los números estaban manchados de barro.

New alumbró el Ford. En el suelo de la parte trasera había una bolsa negra de lona.

Era lo bastante grande, pensó lúgubremente, para contener el cuerpo de un niño.

En el asiento delantero de la camioneta había un montón de caramelos de menta, envueltos en sus papeles.

Raven examinó el interior del Rambler negro. Había un mapa en el suelo y abrió la puerta para estudiarlo. Cuando lo cogió, una enorme rata gris que estaba debajo lanzó un chillido y se escabulló debajo del asiento.

—Jesús —dijo Raven en voz baja.

Luego desplegó el mapa y vio que representaba los contornos inmediatos a Usherland. Había muchas marcas rojas, junto a las líneas de las carreteras secundarias. Raven tenía el estómago encogido, y oyó que New le decía en voz tensa:

—Mire...

Estaba en el fondo del garaje, enfocando su linterna hacia abajo. Cuando Raven se le acercó, sintió una racha de aire frío en la cara. Ascendía un fuerte olor a humedad. Enfocó con su linterna hacia el suelo.

El suelo era de tierra apisonada. Pero el haz de luz desaparecía por un angosto agujero, con unos escalones de piedra tallados en el suelo.

New aspiró hondo y bajó por ellos, tentando el suelo con el bastón. Había ocho peldaños, y después un túnel de piedra muy húmeda que se extendía fuera del alcance de su linterna.

Pero la luz iluminó un objeto, en el suelo del túnel, a unos tres metros de distancia. Con el corazón en un puño, New se agachó a cogerlo.

—¿Qué es? —preguntó Raven cuando él salió—. ¿Qué has encontrado?

—Un túnel. Creo que sé adónde va. —Su voz sonaba hueca y tenía los ojos sombríos—. Y sé para qué sirve.

Abrió la mano para enseñarle a Raven lo que había cogido.

Era un juguete, un yoyó azul.

—Era de Nathan —dijo New—. El Hombre de la Calabaza pasó con Nathan por este túnel. Creo que... ha dejado esto ahí para que yo lo encuentre.

—Entonces, el túnel...

—Conduce al Pabellón. Tal vez pase por debajo del lago. —New se metió el yoyó de Nathan en el bolsillo—. ¿Todavía está decidida a venir conmigo?

—Necesitamos un arma —dijo Raven—. Teníamos que haber traído una pistola o...

—Eso no serviría de nada. Sea lo que sea lo que nos espera, supondrá que vamos armados. Pero tal vez yo guarde un as en la manga.

—¿Qué?

—Yo soy un arma —dijo—. Puede usted volverse, si quiere. Le daré las llaves y se puede llevar la furgoneta.

—No —replicó ella—. Quiero verlo personalmente.

New la miró a los ojos. Estaba resuelta.

—De acuerdo. Entonces yo iré delante. No se aleje de mí.

No tuvo que decírselo dos veces. Se metieron en el túnel, y al poco rato se desvaneció el rumor de la tormenta. Empezó a gotear agua del techo, y cuando Raven cogió un poco en su mano y lo iluminó con la linterna, vio una mancha negra de turba. Se hallaban debajo del lago.

Mientras Raven seguía al niño de la montaña, se le pusieron los nervios de punta. Manaba agua de las pequeñas fisuras del techo. El túnel era muy antiguo. ¿Quién lo habría construido? ¿Hudson Usher, al edificar el Pabellón? Si los Usher guardaban alguna relación con el Hombre de la Calabaza, ¿por qué no había aparecido éste hasta 1872? Los Usher se habían asentado allí hacia 1840. ¿Qué era el Hombre de la Calabaza y cómo había sido capaz de rondar en libertad durante más de cien años? ¿Qué había ocurrido con los niños desaparecidos? Raven pensó que la respuesta a esas preguntas se hallaba en las tinieblas, al final del túnel.

Un trueno lejano resonó a lo largo del túnel. Tuvo que ser un tremendo estruendo, pensó Raven, para que lo oyeran desde allá abajo.

New se detuvo.

—Escuche... —murmuró.

Desde el fondo del túnel les llegó un ronroneo grave, como el gruñido de una bestia al despertarse. Pero no era un ruido animal; sonaba como una combinación de notas desafinadas, la vibración grave de alguna máquina. Raven sintió el sonido en los huesos, y le dolieron hasta los dientes. New tocó las paredes del túnel. Las piedras vibraban.

Notaban el temblor del suelo. Trozos de argamasa crujieron y saltaron por los aires.

Después, tan repentinamente como habían empezado, las extrañas notas se desvanecieron.

¿Un temblor de tierra?, se preguntó Raven. Dios mío, pensó; si un terremoto desfondaba el techo del túnel, se les derrumbaría el lago encima. ¿Pero qué había causado el retumbar? A Raven le castañeteaban los dientes.

—¿Está bien? —le preguntó New.

—Tá bien... tá bien... —coreó el eco.

—Sí —dijo ella temblando—. Sigo aquí detrás.

Pero mientras seguía a New, intentando concentrarse únicamente en el círculo de luz que la precedía, Raven oía pasos en la oscuridad, a su espalda.

Se volvió y enfocó su linterna en dirección contraria.

—¿Qué pasa? —preguntó New.

—No lo sé.

Raven se apartó los rizos de la frente. No vio más que las piedras del túnel y los charquitos de agua.

Pero desde las tinieblas les llegó un remoto siseo, como el de una serpiente de cascabel.

Entonces New comprendió por qué había un agujero en la red de camuflaje. La pantera había entrado tras ellos en el túnel y les bloqueaba la salida.

—Sigamos adelante —dijo a Raven—. No deje de vigilar a nuestra espalda. Si ve que algo se mueve, grite.

—Desde luego —murmuró ella.

Continuaron. Raven oyó unos arañazos furtivos, como el sonido de unas garras sobre la piedra, pero fuera lo que fuese lo que les seguía, se mantenía a prudente distancia de la luz.

New iluminó otro tramo de escaleras que daba a una puerta abierta. Habían llegado al extremo del túnel. Sospechaba que sobre ellos se extendía el impresionante Pabellón, que guardaba las respuestas a las preguntas que transformarían a New para siempre. Hizo una pausa y le recorrió un escalofrío de indecisión y de miedo.

«Satán encuentra al hombre», había dicho el Rey de la Montaña.

Su antepasado había venerado al señor de las tinieblas. ¿Guardaba él algun resto de esa clase de mal? ¿Le estaba seduciendo, jugando con él, una fuerza capaz de avivar esa chispa hasta prenderle fuego?

New recordó cómo había hecho actuar a su madre como una marioneta sin seso. Pero la peor parte, la peor, era que le había gustado ese poder. Lo había descubierto en el fondo del hoyo de los espinos, pero en ese momento sabía que el hecho de controlar el cuchillo mágico, o que su madre hiciera lo que él le ordenaba sólo con el pensamiento, eran un juego de niños. Podía hacer otras cosas, con otros poderes que poseía, bullendo y a punto de estallar en la caldera a presión de su alma. Quería sacarlos a la luz, deseaba explorar los límites de esos poderes, si los había. Se sentía como una llama voraz, capaz de quemar su antigua vida de niño confinado en Briartop Mountain y dejarla reducida a cenizas.

Y de repente sintió miedo de sí mismo, de lo que moraba en él, en lo más recóndito de su alma, más que de ninguna otra cosa.

Raven jadeó de pronto, roncamente.

—Oh... Dios mío.

New se volvió.

Los ojos de Faucevoraz eran dos luces verdes y doradas en la oscuridad. Lentamente, el monstruo emergió a la luz de la linterna de Raven. Primero su hocico manchado de sangre, luego su cráneo negro con la quemadura, y empezó a reptar hacia ellos. Su cuerpo musculoso bloqueaba el túnel. El animal levantó su rabo de piel escamosa, que restalló brutalmente en el aire.

42

Rix metió el Thunderbird en su plaza de garaje, cerró los ojos y apoyó la frente en el volante.

Por poco, pensó. Por poco le pego un tiro en la cabeza a Dunstan. ¡Dios santo, quería matarle! ¡Quería matarle!

Se estremeció con el recuerdo del disparo del revólver. Seguía muy mareado, y había tenido que pararse junto a la cuneta de la carretera de Foxton para vomitar. Al poco rato, una furgoneta marrón le había adelantado y había desaparecido en la lluvia.

Pero ya no le importaba. Si le estaban vigilando, no podía hacer nada. La lunática historia de los Usher se había desvanecido en humo. Podía empezar el libro solo, pero tardaría años en terminarlo. Años. Contaba con compartir el trabajo iniciado por Dunstan, pero ahora ya era imposible. ¿Qué haría mientras reunía el material? ¿Otra novela de terror? El fracaso de *Casa de locos* seguía suspendido sobre su cabeza como una espada.

Había estado casi a punto de matar a Wheeler Dunstan, asumió con horrenda claridad. No podía terminar el libro solo. No tenía fuerza para llevar a cabo una tarea tan enorme y extenuante. Era todo lo que le decía Walen, lo que él negaba con tanta vehemencia. Walen le conocía mejor que él mismo, pero Rix daba gracias a Dios de haber desviado el revólver justo antes de dispararlo.

Vio que la puerta del garaje del Maserati seguía abierta. Las luces estaban apagadas y el interior del garaje se hallaba en semipenumbra. Pensó amargamente en las ansias de chutarse de Katt.

Diez mil millones de dólares, pensó. ¿Por qué tenía que besar la mano de Katt y aceptar una pensión de una drogadicta? ¿Cómo iba ella a dirigir Usher Armaments? ¡Y Boone sería capaz de hundir el negocio en cuatro días!

—Oh, Dios —murmuró Rix.

¿Qué me pasa? Lo único que necesito es un poco de dinero para ir tirando, lo justo para sobrevivir. Y es dinero manchado de sangre, pensó. Todo, hasta el último céntimo.

Pero siempre habría quien fabricara armas. Siempre habría guerras. El apellido Usher era un poder disuasorio, ¿o no? ¿Qué mal había en reclamar su parte de la empresa y de la finca?

¿En qué creo?, se preguntó desesperadamente. Se sintió perdido y frenético. Tal vez sus esperanzas eran como el libro de Dunstan, una cosa vacía y sin sentido. ¿Se había enfrentado realmente alguna vez a Usher Armaments, o más bien atacaba a su padre de la única manera que sabía, maldiciendo y rechazando el negocio que era el pilar de la familia Usher?

Detrás de sus ojos cerrados, el esqueleto se balanceó lentamente de un lado a otro.

El pelo de Sandra flotaba en el agua teñida de sangre.

Una mano pequeña se tendía hacia un círculo plateado con la cara de un león rugiente; pero esta vez, mientras la mano se tendía, el picaporte empezó a encogerse. Se hizo diminuto y la mano lo cubrió.

Rix abrió los ojos con el retumbar de un trueno sobre el garaje. El pomo. Era algo que debía recordar. Algo importante. El esfuerzo por recordar exactamente lo que era y dónde lo había visto le produjo un feroz dolor de cabeza. Se metió el cuaderno debajo del suéter, salió del garaje y echó a correr por el jardín hacia la mansión.

Al entrar en la casa estaba empapado. Cuando pasó junto a la sala de estar, su madre le llamó:

—¡Rix!

Margaret salió al pasillo a buscarle. Aunque iba impecablemente vestida con un traje azul marino, con un collar de zafiros y perlas, y perfectamente maquillada, había pánico en su mirada.

—¿Dónde has estado? —le preguntó con voz chillona.

Llevaba los labios pintados de rojo vivo, como los bordes de una herida.

—Fuera.

—¡Estás chorreando! ¡Mira cómo lo has puesto de agua!

—Lo siento. No podía...

—¿Dónde está Boone? —Se le quebró la voz—. Boone no está en casa, ni tampoco Katt. ¡La tormenta ha arreciado! ¡La radio dice que va a haber inundaciones!

—El coche de Katt está en el garaje...

Era evidente que había entrado a hurtadillas,

pensó Rix, para chutarse en su habitación insonorizada.

—¡Pues no está aquí! ¡Y Edwin ha telefoneado al club de Boone! ¡Se fue poco después de media noche!

—Tranquilízate —le dijo Rix.

Le importaba un rábano dónde estuviera Boone, pero vio que Margaret estaba al borde del colapso.

—Pueden cuidarse solos. Boone se habrá refugiado en alguna parte a esperar que pase la tormenta.

—Estoy muy preocupada, Rix. Deberías llamar al sheriff, o a la patrulla de carreteras.

—Si pasa algo, ya nos enteraremos. No hace falta preocuparse por anticipado.

La mirada asustada de Margaret escrutó su cara.

—Pareces enfermo. ¿Qué te pasa?

—Nada.

Le dolía rabiosamente la cabeza, estaba temblando y tenía que quitarse la ropa mojada.

—Mira, mira cómo has puesto el suelo —gimió—. ¡Y el jersey! ¡Se te ha caído un botón! ¿Es que no puedes tener más cuidado?

—Bueno, ya se limpiará. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó el botón de plata—. Y además, mira, traigo el...

No terminó la frase. Contempló el botón en la palma de su mano. Un candelabro cercano le sacaba destellos anaranjados.

El esqueleto se meció en su mente, sangrando por las órbitas de los ojos.

El esqueleto de plástico de Boone. El pendiente del taxista.

Algo pugnaba por salir de la oscuridad. Rix sentía el recuerdo cerca, muy cerca, pero no acaba-

ba de captarlo. La chispa de la vela que se reflejó en el botón de plata de su mano le taladró el cerebro como un cuchillo.

El pelo de Sandra flotaba en el agua teñida de sangre.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Margaret—. ¿Qué miras?

Agua teñida de sangre, pensó Rix. Pelo flotando en agua teñida de sangre. Una bañera. Un barreño metálico. ¿Qué era? ¿Qué debía recordar? Le empezaron a latir las sienes, y las imágenes de su mente —formas y sombras frágiles, fantasmales— empezaron a agrietarse. Vio a Dunstan tumbado de lado en el suelo, con el botón en la mano y los ojos extraviados. Pero la cara de Dunstan cambió, se fundió y volvió a formarse. Rejuveneció: era la cara de un niño, de un niño pequeño con el pelo castaño claro y los ojos grises, y estaba impresionado.

Rix comprendió que era él. Se veía a sí mismo.

Levantó el botón de plata y vio su cara reflejada sobre el escudo de armas de los Usher. Un botón, pensó. No era un picaporte de plata, sino un botón de plata. ¿De quién? ¿Dónde había visto él un botón con la cara de un león grabada? ¿Y qué significaba ese recuerdo?

El dolor le recorrió el cerebro, le latió en las sienes. Cerró la mano muy fuerte, apretando el botón. Comprendió que se trataba de no recordarlo. Es algo que no debo recordar...

—¿Rix? —su madre retrocedió—. Dios mío... ¿Te ya a dar un ataque?

Él casi no la oyó. Recordó, clara y repentinamente, su caja de tesoros infantil, donde guardaba su colección de monedas, mármoles y piedras. El

dolor le latía detrás de los ojos, como si la presión fuera a hacérselos estallar. La caja de tesoros, pensó. Es algo que metí en la caja de tesoros hace mucho tiempo.

Rix dejó a su madre y subió la escalera, temiendo un ataque, pero sabiendo que estaba a punto de recordar algo importante; algo sobre el esqueleto que se mecía, el pelo en el agua teñida de sangre y el botón de plata. Algo importante... y terrible.

En su habitación, cogió la caja con manos temblorosas y vació su contenido sobre la cómoda. Había peniques con la cabeza del indio, níqueles del búfalo, un par de dólares de plata, piedras grises y pulidas de los bosques Usher, guijarros negros de las orillas del lago, mármoles de ojo de gato, uno que parecía una estrella en explosión, otro que guardaba en sus profundidades cien tonos azules. Su colección, parte de las reliquias que su madre había conservado para él, permanecía intacta, pero lo que buscaba no estaba allí. No recordaba cuándo lo había puesto allí, ni cómo lo había conseguido, pero lo que buscaba no estaba.

Un botón de plata con la cabeza de un león rugiente. El recuerdo le produjo un intenso dolor que le dobló la espalda y le cubrió la cara de sudor frío. ¡Un ataque!, pensó. Ay Jesús, me va a dar un...

—¡Rix!

Hizo un esfuerzo y se volvió hacia la voz. Tenía la cara cenicienta y los párpados enrojecidos.

Edwin estaba en el umbral. Miró a Rix, luego los objetos desparramados sobre la cómoda, y después volvió a mirar a Rix.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con una nota de inquietud en la voz.

—Sí. Bueno, necesito...

Edwin se le acercó al instante. Sus manos reconfortantes le dieron un masaje en la nuca.

—Respira hondo y despacio. Relájate. Relájate. Déjate ir, descansa la mente. Relájate.

Los músculos de Rix respondieron. Siguió las tranquilizadoras instrucciones de Edwin y el dolor empezó a remitir. Algo se le cayó de la mano. ¿Qué era? No le importaba. Lo único que le importaba era el poder reconfortante de las manos de Edwin.

—Has estado a punto, ¿verdad? —dijo Edwin—. Pero ya te sientes mejor, ¿no?

Rix asintió. El dolor ya casi se le había pasado. Tenía la cabeza despejada. ¿Qué era lo que estaba pensando? En ese momento todo estaba confuso y muy lejano. Dunstan, recordó. Dunstan estaba loco y la historia de los Usher no existía.

Pero antes de que Rix dijera nada, Edwin le dijo:

—Quiere verte. Ha dicho que te llevara a la habitación insonorizada en cuanto llegaras a casa.

—¿Mi padre?

—Está agonizando. Hemos llamado al doctor Francis, pero no creo que pueda llegar con la tormenta. Ven, te acompaño.

Rix se detuvo a mirar el contenido de la caja de tesoros. ¿Qué había guardado allí? ¿Qué estaba buscando? Ya no se acordaba. Parte de su mente se había vaciado. Frunció el ceño, intentando pensar.

—¡Rix! —le apremió Edwin—. Es mejor que subas a verle.

—Sí, de acuerdo. Es mejor que suba.

Edwin caminó junto a él por el pasillo iluminado con velas hasta el pie de la escalera de la habita-

ción insonorizada. Rix ascendió los escalones solo y, todavía aturdido, se puso una mascarilla para protegerse del hedor.

Dentro de la habitación insonorizada, el fragor de la tormenta era un lejano rumor. Rix se quedó junto a la puerta antes de cerrarla, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. A pocos metros de él estaba la vaga figura de la señora Reynolds, sentada inmóvil en su butaca. ¿Durmiendo?, se preguntó. No se levantó a saludarle. Rix oyó la respiración jadeante de su padre y se acercó a él.

—Tú... —siseó Walen.

Rix hizo una mueca. La habitación estaba fría, pero junto al lecho de su padre se sentía la fiebre de la descomposición, como una antesala del infierno.

—¿Dónde... has estado... esta mañana?

El susurro de Walen era tan confuso, tan diferente de una voz humana, que Rix apenas le entendió.

—He ido a Foxton.

—¿A qué?

—Necesitaba dar un paseo. Para pensar...

Distinguió la forma de su padre, hecho un ovillo en la cama, como una serpiente. Junto a él estaba el bastón de ébano.

—Te crees... que soy idiota, ¿verdad?

—¿Cómo?

Walen cogió el bastón y alcanzó con esfuerzo el mando del panel que estaba junto a su cama. Pulsó el interruptor. Se encendió una de las pantallas de televisión. Aunque el contraste y el brillo estaban muy bajos, la imagen era inconfundible. Era una toma de la casa de Wheeler Dunstan un día soleado. Al pie de la pantalla aparecía un rótu-

lo blanco que indicaba el día y la hora, con los segundos corriendo. Rix contuvo el aliento; era el primer día que había ido con Raven a su casa. La cámara de control remoto debía de estar escondida a unos seis metros o así, en un árbol, porque ofrecía una perspectiva desde arriba.

El Volkswagen amarillo entraba en imagen y se paraba frente a la casa. Mientras dos figuras se apeaban del coche y subían al porche, Dunstan aparecía en su silla de ruedas. La cámara acercaba la imagen. La imagen se congeló, mostrando a Rix, Raven y su padre juntos, en complicidad.

La furgoneta marrón era del servicio de seguridad de los Usher.

—El señor Meredith... me trajo este vídeo. ¡Mírame, maldita sea! —ordenó Walen.

Rix hizo un esfuerzo por mirar de frente a su padre, y casi se desmaya de terror. Desde que Rix le había visto en el pasillo, esa madrugada, Walen se había deteriorado a increíble velocidad. Tenía la cabeza deformada, la frente y las sienes hinchadas por alguna horrenda presión interna. La piel de la cara, grisácea, se le saltaba como las piezas de un puzzle mal colocadas. Por las grietas le rezumaba un líquido amarillento que brillaba a la luz débil de la pantalla como las babas de un caracol. Los ojos de Walen eran dos huecos negros que no reflejaban vida ni expresión.

—Te han estado siguiendo... desde que llegaste aquí. Sabía que acabarías revelando tu juego antes o después. Traidor —susurró—. ¡Eres un miserable, un maldito traidor! No eres digno del apellido que llevas y... te juro que te echaré de Usherland... como un perro. ¡No recibirás ni un céntimo, ni uno! Vuelve a Atlanta y búscate a otra

fulana... para que te cuide hasta que la lleves también al suicidio.

Rix había empezado a retroceder ante la arremetida verbal de su padre, pero su referencia a Sandra le detuvo. Torció la cara; el recuerdo de cientos de rencores de su juventud que saldar embargaron su mente. La rabia creció en su interior, amarga y retorcida. Rix se acercó despacio a la cama.

—Déjame decirte una cosa, viejo —dijo en voz normal, y Walen se estremeció—. Pienso escribir la historia de la familia. Yo. No me importa el tiempo que tarde. Pienso seguir hasta terminarla. Será un buen libro, papá, te lo prometo. A la gente le encantará leerlo.

—Tú... imbécil... —jadeó Walen, tapándose los oídos con las manos.

—He encontrado muchos detalles esclarecedores entre los documentos de la biblioteca —continuó Rix—. Por ejemplo, de cómo asesinó Cynthia Usher a su primer marido. Y de que Shann Usher se volvió loca después de escribir una composición musical que hacía suicidarse a la gente. Ludlow se volvió loco antes de morir, encerrado en su habitación insonorizada y aterrado por las tormentas. Y no nos olvidemos de Erick, el Calígula del linaje Usher. Escribiré sobre el 4 de julio, cuando Erick bombardeó Briartop Mountain, y sobre el trato que hizo para comprar a Nora St. Clair como si fuera ganado. ¿Qué te parece, papá? ¿Quieres que te dedique el libro?

De repente, con un gemido que puso los pelos de punta a Rix, Walen se incorporó en la cama. En la luz espectral de la pantalla de televisión, su cara esbozó un rictus de odio, sus dientes amarillos y desiguales brillaron en su boca. Extendió brusca-

mente el brazo armado con el bastón de ébano y asestó un golpe a Rix en la clavícula. El siguiente bastonazo le dio en el hombro, cerca de la magulladura que le había hecho Wheeler Dunstan con el atizador de la chimenea, y Rix soltó un grito. Cuando Walen falló el tercer golpe con el bastón, Rix se lo arrebató de la mano. Una fría oleada de poder le recorrió el brazo.

Sujetó firmemente el bastón, desafiante, con el puño cerrado. Se lo acercó a la cara y distinguió el brillo de la cabeza del león de la empuñadura. Diez mil millones de dólares, pensó. Todo el dinero del mundo. Siempre habría quien fabricase armas. El apellido Usher era un poder disuasorio para la guerra. Diez mil millones de dólares...

—¡El cetro! —jadeó Walen—. ¡Devuélvemelo!

Rix se alejó de la cama, y Walen intentó agarrarlo. A su espalda, la señora Reynolds permanecía inmóvil en su butaca.

Walen tendió el brazo para coger el bastón. Los tubos se le salieron de la vena.

—¡Devuélvemelo! —le ordenó—. ¡Es mío, maldito seas!

Un trueno estremeció la mansión. El cetro parecía arder en manos de Rix, como si estuviera al rojo. Magia, pensó. El bastón era mágico, tenía poderes, protegía. Siempre habría quien fabricase armas. Todo el dinero del mundo...

Una carcajada terrible de codicia pugnó por salir a través de sus dientes apretados. Y el oscuro extraño que habitaba en el fondo de su alma gritó:

—Lo quiero. ¡Lo quiero todo!

Walen chilló. A la luz de la pantalla, Rix vio cómo se le descarnaba la cara. Se le desencajaron los huesos. Se oyó un crujido agudo, como de ra-

mas partidas por una mano brutal. Las grietas de la cara de Walen se ensancharon.

Walen empezó a farfullar y a gimotear lamentablemente.

—Boone... ¿dónde está Boone?... Kattrina... Ay Dios, ay Dios, la he oído gritar... traidor... traidor... Edwin... en el Pabellón, Pendulum en el Pabellón...

Su cuerpo se agitaba, agonizante. Se le hinchó la cabeza y las grietas se rajaron. Una sustancia gris verdosa empezó a supurarle por ellas.

Rix estaba paralizado de repugnancia y de terror. Después se volvió hacia la señora Reynolds, en un movimiento lentísimo, como de pesadilla.

—¡Haga algo! —exclamó.

Pero la enfermera no se movió.

—Eres... tú —susurró Walen con incredulidad. Se le estaba reventando la cabeza—. Oh, Dios mío... Tú eres... el siguiente.

Se oyó un crujido frágil, mareante. Dos lágrimas asomaron por los párpados oscuros de Walen Usher.

—Que Dios... me perdone... —logró articular.

Entonces le estalló toda la cara y se le abrió en dos, desde la frente hasta la barbilla. La sustancia gris verdosa le borboteó por la fisura, como pus que se hubiera desarrollado durante largo tiempo en un lugar maligno y recóndito.

Con un suave suspiro de alivio, el cuerpo se estremeció y se hundió en la cama, inmóvil. El líquido que le había rezumado de la cabeza formó un charco sobre la sábana.

Rix se quedó mirando el cadáver de su padre, y la impresión le embargó como un escalofrío helado.

—Ya está. —Una mano le apretó firmemente el hombro—. El cetro ha cambiado de manos.

Como Rix no respondió, Edwin se colocó delante de él y le quitó la mascarilla de la cara. Le levantó la barbilla con un dedo y examinó los ojos dilatados y extraviados de Rix.

—¿Me oyes, Rix?

Era de nuevo un niño, perdido y tembloroso en la fría oscuridad del Pabellón. Escuchó la voz lejana de Edwin —¿Me oyes, Rix?»*— y la siguió por los sinuosos corredores. Edwin estaba allí. Edwin era su amigo. Edwin le protegería y le cuidaría en lo sucesivo.*

Rix se tambaleó. El esqueleto con las órbitas de los ojos sanguinolentas se balanceó en su mente. El pelo flotaba en un barreño metálico lleno de sangre. La cara de Edwin, pintada de naranja y de negro por el resplandor de la lumbre y las sombras, emergió de las tinieblas. Era una cara más joven, con un brillo acerado en sus ojos azul grisáceo. Mientras Edwin abrazaba contra su pecho al pequeño Rix, el niño vio una luz anaranjada reflejada en uno de los botones de la chaquetilla de Edwin.

Era de plata y llevaba grabada la cara de un león rugiente.

El niño lo miró fijamente, hipnotizado, con los ojos hinchados, sin pestañear. Le pareció un botón muy bonito. Levantó lentamente la mano y lo cogió. Era redondo y brillante, y estaría precioso en su caja de tesoros.

Edwin le acarició el pelo.

—¿Rix? —Su voz era suave como el terciopelo—. Quiero que olvides lo que has visto en esta habitación. Nunca has estado aquí. Quiero que lo olvides. ¿Me oyes, Rix?

Toda su atención estaba fija en el botón de plata. No le importaba nada más. Ni la cosa que se balanceaba colgada de un gancho del techo, ni el barreño ensangrentado con el pelo flotando dentro... sólo el botón de plata.

Y el niño que había crecido y se había hecho hombre con un recuerdo terrible oculto por la imagen de un botón de plata, dijo:

—Sí, señor.

El Rix adulto parpadeó mientras las imágenes del pasado se agolpaban en su mente como una tormenta. El Hombre de la Calabaza está en el bosque, pensó enloquecido. Y luego: No, no.

Tenía delante al Hombre de la Calabaza, con la cara de un hombre muy querido para él.

Edwin miró el cadáver de Walen Usher en el lecho, y después volvió a mirar a Rix.

—A rey muerto, rey puesto —dijo—. Cass y yo te queremos mucho, Rix. Siempre fuiste nuestro favorito. Te elegimos a ti hace mucho tiempo. Esperábamos que el señor también te eligiera.

—¿El... señor? —preguntó Rix con voz ronca, oyéndose como desde el fondo de un pozo.

—El señor de Usherland. Su auténtico señor. Ahora tienes la varita, Rix. El señor te ha elegido, ha descartado a Boone y a Katt. Tú serás nuestro orgullo, Rix; y el orgullo de nuestro señor.

—Yo... no...

—Quiero responder a tus preguntas —dijo Edwin—. Quiero ayudarte a comprender. Pero eso debemos hacerlo en el Pabellón. El señor quiere a alguien más... alguien que te ayudará cuando Cass y yo terminemos nuestro cometido.

—¿Logan?

—No. —Edwin sacudió la cabeza—. Estaba

equivocado con Logan. Le escogí para que me sucediera, pero es demasiado débil, demasiado indisciplinado. El señor ha elegido a alguien mejor. Tenemos que ir ahora mismo, cuanto antes. Quiero que me esperes delante de la casa hasta que traiga la limusina. ¿Entendido?

Rix no podía pensar a causa del sonido de la voz de Edwin. Edwin estaba con él. Edwin le protegería y le cuidaría.

—Sí —repuso.

Edwin le acompañó a la puerta de la habitación insonorizada. Rix caminó como un sonámbulo, asiendo firmemente el bastón.

Diez minutos después, la señora Reynolds se despertó de una terrible pesadilla. Ella estaba sentada allí, a oscuras, sumida en un infierno de voces fantasmales, incorpóreas, gritos furiosos y lamentos agónicos. Su cuerpo pesaba como un muerto y no tenía voz. Lo último que recordaba con cierta claridad era que el señor Bodane había subido a preguntar cómo se encontraba el señor Usher. Se frotó los ojos; los tenía irritados, como si no hubiera parpadeado y se le hubieran secado.

Advirtió el resplandor de la pantalla de televisión, se levantó y se acercó al lecho del señor Usher.

Pese a todos sus años de ejercicio como enfermera, le resultó imposible reprimir el chillido que se le escapó.

43

Faucevoraz seguía acechando a New y a Raven en el túnel. Se les acercó a unos tres metros y se quedó agazapada sobre sus fuertes patas traseras. Por debajo de sus ojos brillantes y su hocico manchado de sangre, sacó y agitó en el aire su lengua bífida.

Raven hizo todo lo posible por reprimir el grito de terror que quería salir de su garganta, y miró aturdida de asombro al animal. Sabía lo que era: el monstruo mítico que rondaba por Briartop Mountain y Usherland. El animal de compañía del Hombre de la Calabaza. La pantera miraba fijamente a New, con expresión terrible, con la cabeza gacha y los músculos de los flancos en tensión.

Pese a su posición de ataque, Faucevoraz permanecía inmóvil, bloqueando el túnel, como una estatua de piedra negra.

New distinguió la peladura de su cráneo triangular, producida por su golpe con el bastón. Faucevoraz respetaba ese bastón, pensó... y tal vez a él también.

—Suba por la escalera —dijo a Raven, sin atreverse a desviar la atención de la pantera—. Venga.

Ella inició el ascenso y New la siguió. Faucevoraz les observaba, pero permaneció inmóvil. Cruzaron la puerta y entraron en una habitación helada, con el suelo de piedra, en la planta inferior de la casa.

Sus linternas iluminaron unos gruesos pilares de granito que sostenían el techo, que se alzaba a más de seis metros sobre sus cabezas. Muchos de

los pilares estaban agrietados y los habían reforzado con argamasa y docenas de varillas de hierro clavadas en el suelo.

Junto a la puerta, Raven descubrió con la linterna una escalera de piedra que subía al piso superior.

Empezaron a subir por ella y volvieron a oír el retumbar de un trueno, amortiguado por los muros, pero de una tremenda potencia. Disminuyó el ruido y reinó otra vez el silencio.

A cabo de un instante, New, que precedía a Raven, se detuvo bruscamente. En el aire había un leve zumbido, muy grave, que se le caló hasta los huesos.

El tono empezó a ganar volumen e intensidad, envolviendo a New y a Raven; no procedía de ninguna dirección en particular sino como de todas partes a la vez. Al incrementarse su intensidad —a semejanza del sonido sobrenatural que habían oído en el túnel— les lastimó los tímpanos. Les cayó encima polvo del techo, y la escalera empezó a temblar bajo sus pies como un puente de cuerda. Aumentó la intensidad del ruido, estremeciéndoles dolorosamente los huesos, como si una mano invisible se los retorciera. A Raven se le aflojaron las rodillas e intentó taparse los oídos, pero el ruido le martilleaba las entrañas con tal fuerza que temió que se le partieran los huesos como si fueran de arcilla. Casi no oyó su propio grito de dolor.

El tono perdió intensidad hasta amortiguarse del todo, y cesaron las vibraciones del suelo. Cuando reinó el silencio, New y Raven tragaron saliva hasta que les crujieron los tímpanos. Ella estaba débil y desorientada, y sentía todos sus músculos magullados.

El polvo revoloteaba en el haz de luz de la linterna de New. Le dolía mucho la cabeza y aspiró una bocanada de aire frío, que de pronto le pareció muy pesado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó New, con los sentidos alterados—. ¿Un terremoto?

Ella meneó la cabeza.

—No lo sé. Parecía el mismo ruido que oímos en el túnel, pero yo nunca había experimentado una cosa así. Parecía que la cabeza me fuera a estallar en pedazos.

Iluminó con la linterna a su alrededor, y se estremeció de pánico.

La pantera estaba agazapada a dos metros de ella, en la escalera, con los ojos relucientes. Sacó la lengua como para cazarla.

—No se mueva —le dijo New—. No creo que quiera hacernos daño. Si quisiera atacarnos, ya lo habría hecho. Siga subiendo muy despacio, delante de mí.

Raven le obedeció. El monstruo avanzó dos pasos y luego se paró a esperar a que ellos siguieran subiendo. Nos está guiando, pensó New. El muy cerdo nos conduce como al ganado.

En lo alto de la escalera había un largo pasillo. Sus luces revelaron una serie de arcos que daban a unas cámaras oscuras y cavernosas. Más lejos, por el pasillo, había varias puertas cerradas con cerrojos de bronce. Mientras él y Raven buscaban la escalera que subía al piso superior, New oyó el sonido de las garras de la pantera sobre las piedras.

Dio media vuelta, dispuesto a defenderse con el bastón.

Pero Faucevoraz se alejaba por el pasillo, en dirección opuesta. El animal desapareció del alcance

de la luz de New. Se preguntó sombríamente a quién o qué perseguiría.

—Mira las paredes —dijo Raven.

Al iluminarlas con las linternas, New y Raven vieron que las paredes estaban agrietadas, desde el techo hasta el suelo. A sus pies, había piedras que se habían desmoronado como cubitos de hielo. Estaban cubiertas por una capa de polvo, que se elevaba fantasmagóricamente en el haz de luz. Raven pensó que esa zona del Pabellón soportaba una tremenda presión; en el piso inferior, los pilares de granito y las varillas de hierro sostenían el inmenso peso del caserón.

En busca de alguna salida, New enfocó con su linterna una de las aberturas del corredor. Y encontró una cosa sin pies ni cabeza.

—Señorita Dunstan —la llamó.

Raven cruzó el corredor para echar un vistazo.

Era una estancia de unos dieciocho metros de anchura y quince o más de alto, con las paredes y el suelo de piedra, surcados de hondas fisuras. Había una capa de polvo y arena sobre lo que parecían anticuados aparatos eléctricos, unas extrañas máquinas de hierro con tubos y una intrincada maraña de cables. Sobre una mesa alargada de roble había rollos de cable, polvorientas piezas de maquinaria y varios diales e indicadores. A lo largo de las paredes y el suelo corrían cables de todos tipos.

Pero la pieza central de la sala era un descolorido péndulo de bronce de unos diez metros de longitud, que pendía de un entramado de cables, poleas y engranajes de madera colgados del techo, suspendido a metro y medio del suelo. Sobre unas peanas de hierro, y formando una circunferencia

exacta, por debajo del disco del péndulo, de un metro de ancho y con forma de media luna, había ocho diapasones de diversos tamaños, el más pequeño, del tamaño del puño de un niño, y el mayor, de unos treinta centímetros de alto.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Raven, acercándose al péndulo.

Alumbró con la linterna todo el eje manchado de gris. Parecía el mecanismo interior de un enorme reloj de pared. Se aproximó más y tendió la mano para tocar el disco del péndulo.

—No lo haga, señorita Dunstan.

Se volvieron hacia la voz. En el umbral de la sala se alzaba Edwin Bodane, con una linterna. En su gorra y en su largo impermeable negro brillaban gotitas de lluvia. Desvió la linterna de Raven hasta New y sonrió levemente; tenía unas profundas ojeras y las mejillas hundidas.

—Bienvenido al Pabellón, señorito Newlan.

—Usted... ¡es el hombre que vi en mi sueño! —advirtió New—. ¡El cochero!

—Si hubieses venido entonces, y solo, habrías evitado molestias a la señorita Dunstan. Esto es algo entre el señor y tú, y no...

Frunció el entrecejo cuando la linterna iluminó el bastón nudoso que sostenía New.

—¿Es esto, verdad? ¿Te lo entregó él?

New asintió.

Una sonrisa feroz crispó el rostro de Edwin. Sus ojos bailaron de alegría y Raven se estremeció. Nunca había visto una expresión tan malvada, ansiosa y violenta.

—Bien —dijo Edwin, muy excitado—. Muy bien. Entonces... el viejo ha muerto, ¿verdad? Tiene que haber muerto, para entregarte su varita mágica.

—Ha muerto —corroboró New.

—Y te ha dado el bastón. ¡Oh, qué fantástico!

Le tiene miedo, pensó New. Finge lo contrario, pero el bastón le asusta. Se preguntó por qué. ¿Porque le podía hacer lo mismo que le hizo a Faucevoraz?

Resonó el estruendo de un trueno, que pareció penetrar las paredes como una carcajada burlona. Edwin iluminó los engranajes del péndulo del techo.

—Ah, éste ha sacudido la casa —dijo con cínico interés—. Señorita Dunstan, usted quería saber qué hace esta máquina. Está a punto de averiguarlo. Pero yo de usted me alejaría un poco...

Los engranajes empezaron a gemir y a rechinar desde lo alto.

Raven retrocedió, con el corazón en un puño, mientras el péndulo empezaba a moverse muy lentamente.

Se balanceó de un lado a otro, ensanchando su arco, mientras los chasquidos del mecanismo se incrementaban. Se oyó el silbido del aire que producía el disco al pasar sobre el círculo de diapasones.

—¡Escuchad su canción! —dijo Edwin.

Los diapasones emitieron una cacofonía de notas graves y discordantes que se convirtieron en el tono profundo que ellos habían oído en el túnel y en la escalera. El sonido cobró intensidad y adquirió una potencia física que empujó a Raven hacia atrás, le aguijoneó los huesos y la tiró de rodillas. A su espalda oyó el grito de dolor de New, cuando el sonido le invadió también a él. Todo el suelo vibraba y las piedras de las paredes rechinaban. Se levantó una nube de polvo, que se le metió en los ojos y cegó a Raven momentáneamente. Buscó aliento en aquella cámara de los horrores.

El balanceo del péndulo comenzó a decrecer. El zumbido de los diapasones se amortiguó. El suelo y las paredes dejaron de vibrar, y cuando el péndulo se detuvo, el polvo volvió a posarse.

—A veces, el trueno lo pone en marcha —dijo Edwin alegremente, enfocando la maquinaria con la linterna a través del polvo.

Raven estaba de rodillas, recobrando aliento, y New meneaba lentamente la cabeza de un lado a otro, para disipar las motas negras que bailaban en su visión. Edwin parecía encantado con la demostración, pero tenía polvo en la gorra y en el impermeable, y se lo sacudió.

—Bueno, mejor dicho —rectificó—, la vibración del trueno en las paredes. El péndulo está tan equilibrado que la más ligera vibración del Pabellón lo pone en marcha. Conozco sus caprichos y sus costumbres. ¿No es precioso? —dijo con orgullo.

Cualquiera que fuera su propósito, Raven nunca había sentido un dolor tan insoportable, ni siquiera durante el accidente, cuando se rompió la pierna. Miró a Edwin y vio sus profundas ojeras. Su sonrisa era fría y malévola. Edwin Bodane formaba parte de aquella extraña fuerza maligna que reinaba en el Pabellón.

—¡Creía que estaba ayudando a mi padre! —exclamó—. Pensaba que quería ayudarle a escribir el libro.

—Le ofrecí mis servicios, sí. Pero sólo para acercarme a él y controlar su proyecto. No hay ningún manuscrito, señorita Dunstan. Bueno, al principio lo hubo. Su padre ya había escrito una parte cuando me puse en contacto con él. Se cree que va avanzando en su investigación y escribe un

poco cada día; se cree que lo ve escrito en la pantalla, y también se cree que es importantísimo impedir que nadie lo vea. Pero el libro no existe, porque el señor y yo no queremos que lo haya.

—¿El señor...? ¿Quiere decir Walen Usher?

—¿Walen Usher? —repitió su nombre con desprecio—. No. Me refiero al auténtico señor. Aquél que convocó a Hudson Usher aquí, hace mucho tiempo. Walen Usher no era más que un subordinado, y además malo. No tenía imaginación. Ya veis cómo dejó que se deteriorara el Pabellón. Pero eso ya es agua pasada.

Edwin se volvió hacia el pasillo y tiró de Rix Usher.

—Walen Usher ha muerto. Viva su heredero.

—¡Rix!

Raven vio que tenía la mirada muerta, la boca exangüe, la tez cenicienta. Agarraba el bastón de ébano con la mano derecha. No respondió a la voz de Raven y Edwin le guió al interior de la estancia como un sonámbulo. Tras ellos, la pantera negra vigilaba la entrada.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó Raven, incorporándose trabajosamente.

—Le he cambiado. Pero está bien. Bueno, estará bien. Puede oír lo que decimos y sabe dónde estamos, pero le da igual. Lo único que le importa es que yo esté aquí, y sabe que yo le protegeré. ¿Verdad, Rix?

Rix abrió la boca, y de la garganta le salió un jadeo terrible.

—Habla —le ordenó Edwin.

Rix respondió con voz infantil:

—Sí señor.

New reconoció la mirada extraviada del hom-

bre; era la misma que tenía su madre cuando él le había ordenado que le ayudara a montar en la furgoneta al Rey de la Montaña, cuando la obligó a entrelazar las manos en el regazo, cuando le había cerrado la boca en la clínica de Foxton. El hombre alto y demacrado que hacía de cochero en su sueño era igual que él, igual que el Rey de la Montaña. Los tres estaban vinculados por la magia.

—Es usted... igual que yo, ¿no le parece? —le preguntó.

—Sí. La familia Bodane ha servido al señor durante generaciones. Mucho antes de que los Usher se instalaran aquí formábamos una colonia que vivía en Briartop Mountain.

—Y cuando fue destruida —dijo New—, los Bodane se fueron.

—Ah —Edwin asintió, impresionado—. Sabes tanto de mi familia como yo de la tuya. Pero la tuya formaba parte de la mía, cuando compartíamos la misma congregación. El señor te ha estado vigilando, como vigiló a tu padre y a tu abuelo. El señor creó a la bestia a su imagen y semejanza, para que fuera sus oídos y sus ojos.

New observó a la pantera. Faucevoraz le miraba con ojos siniestros, completamente inmóvil en la entrada de la sala.

—El Rey de la Montaña se nos resistió hasta el final, ¿verdad? —Edwin miró el bastón de New—. Tu padre no tenía la fuerza ni la voluntad necesarias para el señor. Pero tú, señorito Newlan, tú has respondido a la llamada y has venido a casa, ¿no es cierto?

—¿A casa?

—El señor sólo quiere tu afecto —dijo Edwin amablemente, pero su mirada era sombría y peli-

grosa—. Quiere perdonarte tu rechazo. Habría perdonado a tu padre. Habría perdonado incluso al anciano, si hubiera venido al Pabellón a pedir perdón. Todo lo que has de hacer es usar tu magia para él, y él te lo dará todo.

—Te lo dará todo...

New sintió que se le descerrajaba la mente como una cerradura oxidada. No conseguía eludir la mirada eléctrica de aquel hombre. Todo, pensó, y vio el magnífico panorama de Usherland, desplegado como un regalo para él: las onduladas colinas, los verdes bosques, un hermoso mundo de caballos, coches buenos y riquezas inimaginables para New. No tendría que volver nunca a la cabaña de Briartop, donde el viento silbaba por las rendijas de los marcos de las ventanas y la lluvia se colaba por el tejado. Podría disponer de todo lo que le ofrecía Usherland, con sólo utilizar su magia.

—Considéralo —susurró Edwin.

Luego miró a Raven. En sus ojos brillaba el poder frío y oscuro de un hechicero, una fuerza que casi la hizo caer de rodillas. Comprendió que no permitiría que ella saliera nunca con vida del Pabellón.

—Pendulum —dijo Edwin con una leve sonrisa. Deslumbró a Raven con su linterna, como si fuera un insecto.

—Ludlow Usher lo construyó cuando era joven. Su experiencia en el incendio de Chicago le infundió un gran respeto por el poder del sonido. Las explosiones, el rugido de las bolas de fuego, las vibraciones del suelo cuando se derrumbaban las casas, todo aquello se le quedó grabado en la mente. Ludlow probó Pendulum una sola vez: en noviembre de 1893.

—El terremoto de Briartop Mountain —dijo Raven—. Esto...

—Creó unas vibraciones y produjo un terremoto, sí —continuó Edwin, como un padre orgulloso—. Durante la prueba, colocó amplificadores eléctricos en los tejados del Pabellón. Dirigieron las vibraciones hacia la montaña. Después, Ludlow se quedó horrorizado por los resultados. Quería desmantelarlo, pero mi abuelo le disuadió. Su potencial como artefacto militar, señorita Dunstan, supera al de la bomba atómica.

—¿Artefacto militar? —repitió Raven, estupefacta—. ¿Ludlow lo construyó para Usher Armaments?

—El señor reconoció su utilidad. El señor interviene en casi todas las armas que produce la fábrica. Me comunica los proyectos, y yo se los transmito a los Usher. —Edwin iluminó el círculo de diapasones—. Pendulum es un arma sónica, señorita Dunstan. Es una complicada teoría física, pero en realidad el principio es muy simple: el movimiento del péndulo crea una turbulencia en el aire que afecta a los diapasones; éstos se combinan y forman un tono que, según la longitud y la intensidad de las vibraciones, puede ocasionar un gran dolor físico, romper cristales o piedras y simular terremotos. Lo que han experimentado hace unos minutos era su mínima potencia; si Ludlow Usher no hubiera interrumpido su experimento de 1893, Briartop Mountain se habría desmoronado.

Edwin iluminó un rincón, donde una pesada cadena colgaba de los engranajes y las poleas.

—Eso controla los contrapesos. Como ya he dicho, a veces el trueno lo pone en marcha. Ludlow Usher vivió sus últimos años aterrorizado por las

tormentas, porque conocía el potencial de Pendulum. Ya ha visto cómo ha afectado las paredes y el suelo a lo largo de los años. Algunas veces, el sonido de Pendulum rompe los cristales de la mansión y se estremece toda la casa. Por desgracia, es inevitable.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Vender terremotos al mejor postor? —dijo Raven Dunstan con voz insegura, pero desafiando con la mirada a Edwin Bodane.

—Esto es un prototipo, sólo uno de los experimentos de Ludlow con el sonido. Intentó que su hermana le ayudara a desarrollar una combinación de notas para producir un arma sónica, pero ella no quiso abandonar el convento, así que lo hizo él solo. Esto es una curiosidad, una antigualla. En este momento, Usher Armaments está trabajando en una miniatura de Pendulum. Imagíneselo del tamaño de una caja de puros, o de un transistor. Se podría colocar junto a las plantas nucleares enemigas y accionarlo por control remoto. Podría colarse fácilmente por una frontera y ser ocultado en las ciudades enemigas. Cuánto más dura el tono, más potencia adquiere, y más potentes son las vibraciones. —Edwin sonrió como la encarnación de la muerte—. Se podría reducir a escombros ciudades enteras, sin las radiaciones de la bomba atómica. La acción de Pendulum cerca de una falla geológica... ¿quién sabe lo que podría provocar? Ludlow teorizaba que si las vibraciones de Pendulum se multiplicaban, podría reventar todo el planeta.

Si era cierto lo que proclamaba ese hombre —y no había ninguna razón para dudar de sus palabras—, Usher Armaments crearía el arma más temible de la historia.

—Oiga, sólo por curiosidad —dijo Raven—, ¿por qué no lo desconectan?

—No puede ser, señorita Dunstan —repuso Edwin cortésmente—. Si los extraños vuelven a invadir Briartop Mountain con sus perros, podrían descubrir el garaje y el túnel que utilizo. Tal vez necesiten otro terremoto para aprender la lección de seguir respetándonos...

—Que utiliza... —susurró Raven.

—Tenemos otro destino —dijo Edwin—. Es sólo un poco más allá, por el mismo corredor. Nos acompañarán los dos, ¿verdad? —dijo señalando con la linterna.

New había oído las palabras de Edwin desde lejos, y no entendió la mayor parte de lo que dijo. Sus sueños seguían fijos en Usherland, su imaginación recorría las magníficas estancias del Pabellón, y todo lo que veía le pertenecía. Todo... Podía vivir en el Pabellón, si le apetecía. Lo único que tenía que hacer era usar su magia.

Le necesitaban en Usherland. Querían que él fuera el hombre de la casa.

—Señorito Newlan —dijo Edwin dulcemente—. Puedes dejar el bastón del anciano aquí, si quieres. Ya no lo necesitarás.

New empezó a aflojar los dedos, y el bastón se fue deslizando hacia el suelo.

—Tenerlo todo...

La voz de Edwin era suave y tranquilizadora.

—Déjalo aquí...

¡No! pensó New. ¡No lo dejes! Recordó lo que le habían dicho su madre y el Rey de la Montaña respecto al Pabellón. Era maligno, tramposo. Le destruiría. Pero de repente le pareció que se equivocaban, que ambos tenían miedo y querían rete-

nerle en Briartop Mountain. Vaciló: ¿qué era lo correcto y qué era lo incorrecto? Allí le necesitaban y podría conseguir todo lo que quisiera. La voz suave y la sonrisa de Edwin Bodane le prometían cualquier cosa. Lo único que tenía que hacer era utilizar su magia. ¡No dejes la varita mágica!, le dictó una voz interior. Pero Edwin Bodane le miraba fijamente y New sintió la férrea autoridad de su poder; un poder frío, tan frío como las heladas de invierno, tan frío como el viento de Briartop. Derrotó su fuerza de voluntad, y New abrió la mano.

El bastón cayó al suelo.

La trampa, pensó New débilmente. Todavía tengo la trampa, y debo guardarla.

Edwin le miraba con la cabeza ladeada y el ceño un poco fruncido. Enfocó el bastón con su linterna y luego, de nuevo, la cara de New.

New comprendió que no podía, que no debía pensar en la trampa. Si el hombre de la gorra se enteraba...

Se dejó invadir por las imágenes de Usherland y el Pabellón que se agolpaban en su mente. Todo. Usherland sería su hogar...

—Vámonos —dijo Edwin observando a New con mucha atención.

En el corredor, Raven dio media vuelta para huir. La pantera negra le bloqueó el paso.

—No —susurró Edwin.

Las ganas de escapar de Raven fluyeron como el agua de un cubo agujereado.

—Vamos, no sea mala.

Raven soltó la linterna. Edwin le tocó la mano con unos dedos helados; ella se encogió pero le dejó guiarla sin esfuerzo por el corredor.

Edwin se detuvo ante una puerta cerrada y enfocó a Rix en la cara con su linterna. Las pupilas de Rix se contrajeron, pero su rostro permaneció gris y exangüe.

—Ahora vamos a atravesar esta puerta. Tú ya la has traspasado una vez, cuando te perdiste por el Pabellón. El señor te puso a prueba, Rix. Intentaba conocer tus fuerzas, cuánto podías soportar sin hundirte. Boone y Katt fracasaron, cada cual a su manera. No eran aptos y hubo que disponer de ellos. Pero tú sobreviviste —Edwin cogió a Rix por el hombro—. Ahora vamos a entrar. ¿Me oyes?

—Sí señor —respondió Rix.

Era un niño pequeño y tenía una pesadilla de panteras, péndulos y ruidos muy fuertes que le resonaban en los huesos. Pero Edwin estaba allí. Edwin le quería y le cuidaría.

Edwin cogió el picaporte —un picaporte corriente de latón, gastado y descolorido por el uso— y abrió la puerta.

44

Sollozando aterrorizado, el niño vio una rendija de luz al fondo de un túnel largo y negro. Corrió hacia ella, con las rodillas magulladas de caerse por una escalera de piedra. Tenía un arañazo sobre el puente de la nariz y los ojos casi cerrados de tanto llorar. Llegó a la luz, que se colaba por debajo de una puerta de superficie áspera y astillada. Encontró el picaporte y lo accionó.

Penetró en una habitación con las paredes y el suelo de tosca piedra gris. Dos antorchas situadas en paredes opuestas producían una lúgubre luz anaranjada y sombras alargadas que se superponían. Había alguien allí, pensó. ¡Por fin le encontrarían! Intentó gritar, pero emitió un sonido ronco. Se había destrozado la garganta durante aquella eternidad en que el Pabellón había cerrado sus corredores y desviado sus escaleras a su espalda.

Pero en ese momento no había nadie en la habitación, aunque alguien había encendido las antorchas y luego había salido a buscarlo. Si se quedaba allí esperando, alguien regresaría y lo encontraría.

Estaba agotado de chocar con la paredes, de forcejear con puertas que se negaban a abrirse, de recorrer pasillos que le sumían más profundamente en un mundo frío y silencioso. Veía el halo de vapor que le salía de la boca en aquella habitación y se puso a temblar; cruzó los brazos sobre el pecho en busca de calor.

A la luz de las antorchas vio brillar varios cuchillos de distintas formas, colgados en ganchos de una pared, encima de una mesa alargada y con manchas oscuras.

En uno de los extremos de la habitación había algo parecido a una bañera metálica con ruedas. Suspendido encima, colgado de una cadena que pendía de una viga, había algo envuelto en un trapo negro. Otros ganchos grandes, de punta afilada, colgaban al extremo de cadenas similares. En una esquina de la habitación había una gran caja metálica, rectangular, con una manivela.

El niño se acercó a la colección de cuchillos. Eran diez, desde el más fino, semejante a un picador de hielo, hasta el más grande, de hoja curvada y serrada. Junto a la mesa había una piedra de amolar para afi-

larlos. Los cuchillos parecían muy afilados y muy cuidados. El niño pensó que pertenecerían a una carnicería. La superficie de la mesa estaba cubierta de densos coágulos incrustados, de color escarlata. También había un rollo de papel de embalar y un ovillo de cordel.

Se acercó al barreño metálico. Contenía un líquido rojo oscuro. Era el color de uno de los vestidos favoritos de su madre. El líquido olía igual que los viejos peniques con la cabeza del indio de su caja de tesoros.

Pero flotaban mechones de pelo en el líquido. Pensó que alguien se había cortado el pelo. Una buena pelada.

Miró el bulto envuelto en la tela negra que colgaba directamente encima del barreño. El borde del trapo estaba a pocos centímetros por encima de su cabeza. Levantó el brazo y tocó la tela. Estaba mojada y un poco grasienta. Tiró suavemente de ella, pero no se movió. El movimiento de su brazo hizo que el objeto se meciera de atrás a adelante, chirriando en su cadena. Algo cayó dentro del barreño.

Pensó que no debía tocarlo. ¡No lo toques!

Pero agarró la tela con las dos manos y tiró con fuerza hacia abajo.

El trapo se desgarró y se soltó.

—Sabía que estabas empezando a recordar —dijo Edwin en voz baja, detrás de Rix, en el umbral.

Rix miraba sin ver la habitación a oscuras, pero le empezó a latir una vena en la sien.

—Cuando me contaste el argumento de *Casa de locos* por teléfono, comprendí que lo estabas recordando. Algo despertó tu memoria... no sé qué. Pero cuando mencionaste los esqueletos colgados en el sótano de tu edificio imaginario, comprendí que

recordabas lo que encontraste en esta habitación cuando eras niño. Ayer tuve la certeza cuando me hablaste del esqueleto que veías en mente y también del picaporte de plata...

Rix soltó un leve jadeo agónico.

Recordó que la tela se desgarró y cayó al suelo.

El esqueleto se balanceó como un péndulo sobre la cabeza de Rix. Todavía conservaba trozos de carne y de músculo pegados a los huesos, y sus ojos eran dos agujeros rojos de sangre y tejidos resecos. Tenía un gancho clavado a la espalda y la boca abierta. El esqueleto tenía el mismo tamaño que Rix, aproximadamente.

Había retrocedido y se había caído lentamente de rodillas mientras la lúgubre cara de la muerte seguía meciéndose de atrás a adelante, con la cadena chirriando. Después se había echado de costado, se había hecho un ovillo, sin dejar de mirar con sus ojos hundidos.

—Te encontré aquí —dijo Edwin—. Te pedí que te levantaras y te cogí en brazos. Hice que olvidaras lo que habías visto y te saqué del Pabellón. No quería que lo descubrieras, Rix. Intenté encontrarte antes de que lo vieras, pero era el cuerpo de un niño que acababa de llevarme el mismo día que Boone y tú entrasteis en el Pabellón. No me dio tiempo de prepararlo adecuadamente.

Los huesos de Rix se convirtieron en una jaula de hielo. Sabía dónde estaba y con quién, pero la voz suave y tranquilizadora de Edwin no le dejaba concentrarse. Varias imágenes pasaron por su mente como meteoritos: el pendiente con el esqueleto del taxista rastafariano, el esqueleto de plástico que Boone colgó en la puerta de su habitación insonorizada, el pelo de Sandra flotando en la bañera te-

ñida de sangre... Recordó lo que había sucedido allí, recordó que Edwin estaba con él, recordó la manita tendida para tapar el botón de plata con la cara del león rugiendo...

—Más adelante —prosiguió Edwin—, me di cuenta de que había perdido un botón de la chaqueta. Lo encontré en tu caja de tesoros, el día que trasladamos los antiguos muebles de tu dormitorio que estaban en el Pabellón. Me lo arrancarías aquel día y creo que te concentraste en él para olvidar lo que habías visto. Hoy lo estabas buscando, ¿verdad? Creo que la broma estúpida que te montó Boone en el hotel De Peyser sólo sirvió para espolear más tu memoria.

Cogió a Rix por el brazo y lo introdujo en la cámara. New les siguió atontado, y la pantera avanzó, empujando a Raven.

Edwin empezó a encender con una cerilla las antorchas de aceite colocadas por las paredes. Su sombra se alargó. Una luz anaranjada se reflejó en los garfios que colgaban de unas cadenas que bajaban del techo, brilló en la colección de cuchillos dispuestos sobre la mesa manchada de sangre, iluminó el barreño metálico y la caja rectangular del rincón. Cuando la iluminación aumentó, Raven miró la cara de New; tenía los ojos de un verde brillante y miraba al frente. Temió que ya estuviera perdido.

Había una pila de ropa contra la pared, a escasa distancia de ella. Raven se quedó mirando, aturdida, las zapatillas deportivas, los tejanos descoloridos, los suéteres y las camisas, los calcetines y la ropa interior.

—Aquí es donde los traigo —la voz aterciopelada de Edwin resonó en la estancia, rebotando en

las piedras—. A la mayoría los encuentro en Briartop Mountain. A veces cojo uno de los coches viejos del garaje que usted y el señorito Newlan han encontrado, señorita Dunstan, y me voy a sitios más lejanos, donde nadie ha oído hablar del Hombre de la Calabaza. No es muy distinto de la caza menor. Salvo que ahora ya no soy tan rápido, y algunos se me escapan. —Miró a Raven con una sonrisita en los labios—. Cuando era joven, los dejaba secos a treinta metros. Se quedaban de piedra, los podía atrapar a un tiro de piedra de sus casas. El señor me ayudó a perfeccionar mis poderes innatos, señorita Dunstan. Llego incluso a cegar a la gente que sube a buscar a los niños perdidos. Miran mis huellas sin verlas. Puedo ocultarme en la sombra, tan cerca que podría tocarlos, y no se enteran de mi presencia.

—Usted... trae a los niños aquí... y los mata.

—Los preparo —la corrigió—. Es parte de la tarea que los Bodane realizan para los Usher.

Cruzó la estancia y puso una mano en el hombro de Rix.

—¿Me oyes, Rix?

—Sí, señor.

El Hombre de la Calabaza está en el bosque, pensó Rix enloquecido.

—Hay que transmitir otra cosa —dijo Edwin acercando su cara a la de Rix—. Primero el bastón creado para el antepasado de Hudson Usher. Después, la responsabilidad de Usher Armaments. Después, el conocimiento. Tus ancestros han venerado al señor durante siglos, el auténtico señor de este mundo, no sólo de Usherland. La varita mágica es un regalo, un símbolo de la confianza del señor. Protegerá tu vida, Rix, pero para merecer esa

confianza debes hacer todo lo que quiera el señor. Tú eres sus manos, Rix. Yo soy su voz. Te ha dado Usher Armaments a ti porque, de los tres hijos de Walen, tú eres el más apto para llevar a cabo la tarea que el señor quiere que se haga.

El pelo de Sandra flotaba en el agua teñida de sangre. El Hombre de la Calabaza está en el bosque. Edwin estaba allí para protegerle y él siempre había querido mucho a Edwin.

—Puedes emplear la rabia que te reconcome en beneficio del señor —susurró Edwin suavemente—. He visto cómo crecía en ti esa rabia a lo largo de los años. Sé de qué eres capaz y creo que tú mismo acabas de entenderlo. Hay un fuego frío en tu interior, y puedes utilizarlo en Usher Armaments. Yo te he estado ayudando siempre...

—¿Ayudando? —resopló Rix.

—Sandra —dijo Edwin—. No te convenía, Rix. Ella te estaba enseñando a utilizar tu rabia en tus libros. Estabas desperdiciando unos recursos valiosísimos que había que canalizar a través de Usher Armaments. Hablé por teléfono con ella y le dije lo que tenía que hacer. Sabía que eso trastornaría tu carrera de escritor. Lo hice por ti, ¿entiendes?

—Yo... la quería —dijo Rix. Una lágrima le rodó por la mejilla.

—Aquello no era amor. Era un desperdicio. Lo que es amor es... lo que vas a hacer por el señor, por mí y por Usher Armaments.

Algo se agitó en el alma de New. Desde una tremenda distancia, lo que le había dicho el Rey de la Montaña fue retornando: «El mal... el mal existe... para destruir el amor.»

Se oyó un deslizamiento en un rincón, junto a

la caja metálica rectangular, la trituradora de huesos que estaba utilizando Edwin esa madrugada, cuando Boone vagaba por el Pabellón. Edwin se volvió, y una figura ensangrentada con la cara destrozada emergió de las sombras. La cabeza de Logan tuvo un espasmo, y uno de sus brazos colgó, inerme. Sus ojos tenían un brillo enloquecido. Cuando abrió la boca emitió un gemido lastimoso y truncado y le salió sangre por la comisura de los labios.

Edwin había llevado allí a Logan hacía dos noches, cuando le descubrió esperando a Faucevoraz junto a las ruinas del zoo. Había decidido hacerle una demostración de sus poderes como Hombre de la Calabaza, habilidades que también Logan poseía, pero en bruto y sin refinar. Logan había actuado en aquella cámara como un niño con zapatos nuevos, examinando los cuchillos. Edwin se lo había contado todo y Logan se había entusiasmado con la idea de pasar el resto de su vida jugando con aquellos cuchillos, pensando que tanto sus padres como sus abuelos ya habían dado su aprobación.

Edwin le había mandado al garaje con instrucciones estrictas: debía retener allí a Kattrina para que actuara la pantera, pero él no debía tocarla. Las habilidades de Logan todavía eran suceptibles de sucumbir a sus pasiones, y Edwin siempre había querido mucho a la señorita Kattrina; no había necesidad de violarla antes de ejecutar la sentencia del señor.

Cass había presenciado la muerte de Kattrina desde la mansión. Al ver que Logan no salía del garaje, Edwin había ido allí y había encontrado sangre en el suelo, la palanca de los neumáticos tirada,

con sangre y parte de cuero cabelludo en un extremo. El pelo no era del color del de Kattrina. Edwin comprendió que algo había salido mal, probablemente a causa de la desobediencia de Logan.

Cuando Edwin miró al joven, advirtió el daño que le había hecho Kattrina con la palanca. Logan estaba hecho una carnicería y Edwin meneó la cabeza, indignado.

—Así pues —le dijo—, has venido arrastrándote hasta aquí...

Logan, sonriendo estúpidamente, con sangre en la barbilla, avanzó arrastrando los pies.

—Cometí un error contigo —prosiguió Edwin—. No tienes la disciplina necesaria. Creía que te metería en vereda, porque yo de joven era igual que tú. Pero fue un error, ¿verdad?

Edwin miró a la pantera con el rabillo del ojo.

Faucevoraz se levantó de un brinco, cruzó la cámara hacia Logan y le tiró al suelo. Logan empezó a patalear, emitiendo un estertor espantoso. Raven se tapó los oídos y retrocedió hasta chocar con una pared. A sus pies estaba la ropa de los niños. Las fauces de la pantera partieron el espinazo de Logan, que no profirió sonido alguno.

—Yo... la... quería —murmuró Rix, con la cara cubierta de frío sudor.

Edwin contempló cómo la pantera diabólica devoraba el cuerpo de Logan. Después, satisfecho, se volvió hacia Raven.

—Usted será su próxima víctima, señorita Dunstan. Siempre está hambrienta.

—¡New! —susurró ella débilmente—. Por favor, ayúdame.

—El señorito Newlan ha venido a su casa, está donde le corresponde. Él será el próximo Hombre

de la Calabaza. El señor y yo le enseñaremos su cometido. La dieta Usher es muy importante, ¿sabe? Si no se alimentan correctamente, la enfermedad les hace envejecer antes de tiempo. Hudson Usher, su hermano Roderick y su padre, Malcolm, se quedaron encerrados en una mina de carbón, en Gales. Tardaron semanas en encontrarlos. Hudson y Roderick sobrevivieron gracias a que... compartieron a su padre. Los Usher son caníbales, señorita Dunstan. Durante muchos años compraron la carne a un carnicero de Chicago. Uriah Hynd también servía al señor. Pero, por desgracia, el incendio de Chicago le destruyó el negocio, y también a él.

—Que... se comen...

—A los niños, sí. Mi mujer hace una maravillosa empanada galesa.

A Raven se le aflojaron las rodillas. Antes del incendio de Chicago, comprendió, no hacía falta el Hombre de la Calabaza. Pero después del incendio, cuando los Usher no pudieron comprar carne humana, el Hombre de la Calabaza apareció en Briartop Mountain.

New cerró el puño dentro del bolsillo y encontró un objeto: el juguete de Nathan. Aquel hombre había llevado a Nathan allí y le había descuartizado.

Su alma se estremeció. Todo, pensó. Todo... y lo único que tengo que hacer es usar la magia. El mal existe para destruir el amor. Todo. Lo único que tengo que hacer es...

El Rey de la Montaña dijo: «Satán encuentra al hombre». No se trata del lugar donde se vive, sino de lo que vive en uno.

Todo... usar la magia...

—Señorito Newlan. —Edwin le tendió la mano—. Acércate.

Él intentó resistirse, intentó echar raíces en el suelo de piedra.

—Acércate. Dame la mano.

New fue impulsado hacia delante. Sus ojos verdes relucían como brasas y tenía la cara cenicienta y cansada.

—Ven a casa —susurró Edwin—. Deja que el señor te ame.

Paso a paso, New se le acercó. Era incapaz de negarse. El rostro de Edwin estaba suspendido en la luz anaranjada, como una luna deforme.

Todo, pensó. Usar la magia.

Sus dedos se tocaron. Edwin le agarró firmemente de la mano y sonrió.

New sintió que le arrastraban hacia abajo, hacia un cráter volcánico; en esa sima humeante se sucedían imágenes infernales: ciudades que se desmoronaban en tremendas grietas, bloques de piedra que aplastaban a la gente que corría por las calles, bolas de fuego que estallaban, setas atómicas, cuerpos achicharrados amontonados y revueltos, un cielo escarlata cruzado por misiles y un clamor de gritos que se convirtieron en la risa del ser que habitaba en el rostro de Edwin Bodane: una bestia oscura y correosa de ojos de gato amarillos y lengua bífida que saboreaba el aire sulfuroso.

—Ven a casa —le apremió Edwin.

La mente de New estaba a punto de quebrarse: El mal... el mal existe... para destruir el amor... Que Dios me ayude... tenerlo todo... usar la magia... es lo que vive dentro de ti... que Dios me ayude.

¡Usa la magia!

La trampa, recordó. El monstruo sonriente, el mismísimo Hombre de la Calabaza acababa de meter el brazo en la trampa.

¡Usa la magia!, se gritó New por dentro. Pensó en Nathan, descuartizado en esa misma cámara, en los cientos de niños que habían muerto allí para alimentar a los Usher en vajilla de plata. ¡Usa la magia! La rabia le bullía en las venas, se le salía por los poros, borrando de cuajo las ilusiones de una vida de riquezas en Usherland, como el dibujo de un tapiz podrido. New sintió que se le aclaraban las ideas; apretó la mano de Edwin y sintió cómo le crujían los nudillos.

La sonrisa de Edwin se disipó. Sus ojos adquirieron un destello rojizo de temor. Intentó desasirse.

¡Usa la magia! Chispas azules brillaban en el pelo de New.

Bajo la manga de su brazo extendido, el cuchillo mágico se soltó del precinto que lo sujetaba a la parte interior de su antebrazo. Bajó hasta su puño como un proyectil, rozándole.

Antes de que Edwin pudiera eludirle, el cuchillo mágico se le clavó hasta la empuñadura debajo del brazo. Su hoja barrenó violentamente, impulsada por la energía de la rabia de New Tharpe, y mientras Edwin chillaba y retrocedía tambaleándose, el cuchillo se hundió en sus entrañas como una broca, taladrándole los huesos y los tejidos. Edwin aullaba y bailaba mientras el cuchillo seguía destrozándole el cuerpo. Luego le salió por la espalda con un chorro de sangre y chocó contra la pared con tanta fuerza, que se le partió la hoja.

Edwin cayó al suelo, pero su cuerpo seguía retorciéndose. Tenía los ojos abiertos y la boca grisá-

cea, y jadeaba. Frías ondas de poder chocaban y rebotaban contra las paredes. Los ganchos se balanceaban violentamente en las cadenas. Los cuchillos salieron volando y rebotaron peligrosamente en las paredes, el suelo y el techo. Uno de ellos desgarró la chaqueta de Raven, otro le pasó como un rayo, junto a la cara. El barreño metálico se levantó del suelo y se dirigió botando hacia New, que hubo de apartarse de un salto.

Uno de los cuchillos, que zumbaba como una avispa, cortó a Rix en la mejilla. Le manó un chorrito de sangre y el dolor partió el hielo que le atenazaba. Al mirar los ganchos que se mecían, tomó conciencia de la realidad. Edwin era el Hombre de la Calabaza. Edwin había provocado el suicidio de Sandra. El canibalismo mantenía jóvenes a los Usher, retrasando la enfermedad al máximo. Los Usher veneraban al Maligno y habían construido Usher Armaments como un altar a la fuerza que habitaba el Pabellón, la gran malvada que le había invadido, convirtiéndole en el combustible de la gran caldera de la destrucción.

Edwin se retorcía en el suelo en un charco de sangre. Tuvo un espasmo, y las ondas de su poder estremecieron las paredes. Como un animal que se debatiera enloquecido en las angustias de la muerte, atacaba en todas direcciones con su magia maligna. La puerta de la cámara se desprendió de sus goznes. Las gélidas corrientes de energía que actuaban como un látigo tiraron a Raven al suelo y a Rix contra una pared, como atrapado en un huracán.

New oyó el grito de advertencia de Raven y se volvió rápidamente. La pantera se abalanzaba sobre él, con las garras extendidas.

Se apartó a un lado y al mismo tiempo envió una ráfaga de magia como una almádena, que golpeó a Faucevoraz en las costillas y empujó a la bestia contra una pared. La pantera se levantó y volvió a atacarle, con los ojos inyectados en sangre.

New permaneció inmóvil hasta que tuvo a la pantera casi sobre él y luego mandó otra explosión de energía como una púa de hierro que se clavó en el cráneo de Faucevoraz. La pantera dio un aullido de dolor y salió disparada hacia atrás, chocando con el barreño metálico. Pero volvió a saltar, con todos los músculos estremecidos.

Mientras la pantera se preparaba para la tercera embestida, New levantó la mesa por un extremo y se la aplastó en el lomo. La mesa era muy pesada y New comprendió que había gastado gran parte de sus energías al clavarle el cuchillo a Edwin Bodane. Se estaba debilitando rápidamente.

Faucevoraz se revolcó por el suelo, meneando su cola de serpiente, pero después saltó sobre New con una velocidad inesperada.

El muchacho intentó dar otro golpe, pero estaba agotado, como un motor recalentado. La esquivó, pero el animal le atravesó la chaqueta con las zarpas y se las clavó en las costillas. New lanzó un grito y cayó de rodillas. Faucevoraz se revolvió y se encaró con él, con la lengua fuera y un relámpago rojo de triunfo en los ojos. El monstruo sabía que él estaba casi agotado, sabía que su mente estaba enturbiada por el dolor.

Faucevoraz tomó impulso sobre las patas traseras para lanzarse hacia delante. Cuando abrió las fauces para romperle el cráneo, New percibió el olor a sangre y azufre de su aliento.

New miró hacia arriba: ¡los ganchos! Si lograra reunir fuerza suficiente...

De pronto, Faucevoraz salió despedida hacia el niño de la montaña.

New tensó cada fibra de su cuerpo para concentrar y dirigir suficiente poder; una punzada de dolor le cruzó el cerebro y al gritar sintió que le recorría un rayo de energía procedente del mismo foco de rabia que poseía su antepasado. Le atravesó los huesos como una bola de fuego y durante un instante terrible, New creyó que había estallado en llamas.

La última oleada de magia chocó con Faucevoraz en el aire y la mandó hacia el techo; luego, mientras la bestia caía, chocó brutalmente con uno de los ganchos.

El garfio se le clavó en el bajo vientre. Mientras la pantera rugía y forcejeaba, el gancho se le clavaba más profundamente. El peso de su cuerpo tensó la cadena y dobló la viga que la sostenía. Entonces Faucevoraz empezó a deslizarse por el gancho hacia el suelo; se le rajó el vientre, vomitando vísceras negras como el carbón. La viga crujió como un disparo.

New estaba exhausto, incapaz de levantarse del suelo. Se llevó una mano al costado herido mientras la pantera gruñía y se retorcía para liberarse.

Como Edwin se negaba a morir, las frías ondas de energía seguían sacudiendo la cámara. Raven oyó un zumbido grave y desgarrador procedente del pasillo, que fue cobrando volumen e intensidad.

¡Pendulum!, pensó horrorizada. Las agonías del hechicero han puesto en marcha el sensible mecanismo...

Rix se incorporó con esfuerzo sobre el suelo

que se estremecía y ayudó a Raven a levantarse. Tenía la cara macilenta y gris, excepto por la raya encarnada que le corría por la mejilla. Parpadeó pesadamente, todavía aturdido por la impresión.

—¡Tenemos que salir de aquí! —le gritó ella. Los cuchillos que estaban desparramados por todo el suelo de la habitación se alzaron en torbellinos y volvieron a chocar contra las paredes.

—¿Sabrás encontrar la salida?

Él meneó la cabeza. No recordaba cómo le había llevado Edwin hasta allí y temía que el Pabellón les encerrara.

Raven pensó que tendrían que salir por el túnel. La viga que sostenía a Faucevoraz se estaba desprendiendo. Raven levantó a New y le dijo:

—¡Vámonos, deprisa!

En la puerta, mientras el tañido grave del péndulo seguía creciendo y las corrientes de magia negra del cuerpo convulso de Edwin empezaban a agrietar las paredes, Rix se detuvo a mirar al hombre al que tanto había querido.

Pero sólo vio al Hombre de la Calabaza.

Entonces se volvió y salió corriendo detrás de New y Raven.

Todo el corredor temblaba. Se desplomaban pedazos de piedra del techo, y el polvo que se levantaba casi les cegaba.

—¡El bastón! —exclamó New—. ¡Tengo que recuperarlo!

En el laboratorio de Ludlow, el péndulo se balanceaba ferozmente. Los diapasones vibraban tanto que apenas se distinguían, y el tono grave había superado el umbral de dolor. Raven, estremecida hasta los huesos por la onda sónica, recogió la linterna. Las paredes y el suelo temblaban violenta-

mente y el suelo se agrietaba bajo los pies de New cuando recogió el bastón del Rey de la Montaña. Un pedazo de roca del tamaño de un yunque cayó del techo y se estrelló a su lado. Llovían los escombros sobre su cabeza y su espalda. El péndulo se movía más deprisa y New sintió una terrible presión en la cabeza. Comprendió que no habría forma de detenerlo. Estaba fuera de control y sólo Dios sabía lo que podía ocurrir. Debían salir del Pabellón lo antes posible.

El suelo de la habitación se combó, y casi tiró a New de rodillas. El tono grave era como un bramido diabólico.

Guiados por la luz, corrieron por el pasillo que cabeceaba hacia la escalera por donde Raven y New habían subido del piso inferior. En ese momento, el zumbido del péndulo había alcanzado un tono de tortura salvaje. Rix tenía los tímpanos a punto de reventar, y mientras bajaba las escaleras intentando mantener el equilibrio, alterado por el ruido, le salió sangre por la nariz.

En el piso inferior, los pilares de granito se estremecían. Las barras de hierro producían un zumbido agudo, como las cuerdas de un arpa entre las manos de un demente. Uno de los pilares crujió y se derrumbó, seguido por otros dos. El techo escupía piedras.

—¡Los cimientos! —gritó Raven, que apenas oyó su propia voz—. ¡Está destruyendo los cimientos!

El túnel se extendía ante ellos. A su alrededor, las piedras rechinaban y se movían. Por las grietas del techo se colaba un agua negra.

El zumbido del péndulo todavía les perseguía. Raven desfalleció, pero Rix la sujetó y cogió la lin-

terna antes de que se le cayera. El agua se les arremolinaba en los tobillos.

New sintió que se le erizaba el vello y se volvió hacia el Pabellón. Varios pasos más adelante, Rix miró por encima del hombro y después enfocó la linterna en la dirección por la que venían. Se quedó helado de horror. El haz de luz iluminó a la pantera que les perseguía por el túnel, como una impresionante máquina de destrucción. Arrastraba la cadena y sus entrañas, con el gancho clavado en el vientre.

Mientras el monstruo se abalanzaba sobre ellos, New intensificó la presión de su mano sobre el bastón. Ya no le quedaba un ápice de su poder; estaba debilitado, agotado, y tendría que confiar en el poder que había pasado de generación en generación, acumulado en el nudoso bastón que no valdría dos dólares en un mercadillo.

—¡Ven aquí, bastardo! —gritó New desafiante.

Faucevoraz dio un salto, exhalando un vaho sangriento por el hocico.

New agarró el bastón como un bate de béisbol.

Cuando golpeó con él la cabeza de la pantera, brotó una bola de fuego azul. El monstruo lanzó un aullido, y New y Faucevoraz permanecieron un instante conectados por la vara mágica. El cuerpo del animal salió despedido hacia atrás como si hubiera chocado con un muro de piedra y New se cayó al agua, que le llegaba por las rodillas, con los nervios ardiendo.

El cuerpo de la pantera, con la cabeza aplastada y colgando de filamentos de tejidos, empezó a incorporarse poco a poco sobre las patas. Cerró las mandíbulas, mordiendo el aire.

Por encima del tañido de la máquina de Lud-

low Usher sonó el crujido agudo de las piedras del túnel, como palitos quebrados por unas manos poderosas. Una sección del túnel se derrumbó entre ellos y el Pabellón. Un cieno negro mezclado con agua y algas se coló en el túnel. Un torrente se abalanzó hacia Faucevoraz, New, Rix y Raven. Rix sólo tuvo tiempo de coger a Raven por la cintura antes de que el agua les golpeara con tal fuerza que les tiró de espaldas. Se quedó cegado. El cuerpo de New chocó con él y luego fue arrastrado.

Rix fue levantado por el agua revuelta. Cuando su cabeza emergió al aire en las tinieblas, oyó las piedras del túnel que crujían y se rajaban por encima de él. El agua del lago se precipitaba al interior del túnel. Rix cogió aire y gritó a Raven:

—¡Agárrate!

La mano de Raven encontró su hombro y le agarró con fuerza. Todo el túnel estaba inundado, y Rix se sumergió otra vez.

La fuerte corriente les arrastró. Rix fue sacudido violentamente hacia arriba y se arañó la espalda contra las piedras del túnel que todavía no se habían caído. Se le escapó el aire por la nariz y por poco suelta a Raven, pero Rix la sujetó con todas sus fuerzas.

Los pulmones le ardían, sin aire. La corriente se arremolinaba en todas direcciones, tirando de él y empujándole al mismo tiempo. Una oleada de agua fría volvió a izarle hacia lo alto, y él braceó para evitar otro choque con el techo del túnel.

Pero entonces se sintió enganchado en hierbas y barro y comprendió que la corriente le había arrastrado fuera del túnel, hasta la superficie del lago. El agua empezó a tirar de él hacia abajo y Rix se debatió como un loco. Raven también forcejeaba para escapar a la succión.

Fueron arrastrados hacia abajo, pero al momento otro remolino ascendente les lanzó hacia el agua negra y las algas de arriba.

La cabeza de Rix emergió bajo una cortina gris de lluvia. A su lado, Raven tosió, buscando aliento. Rix casi se había dislocado el brazo por el esfuerzo de sujetarla. Las olas les revolcaron, propulsándoles hacia la orilla rocosa. Cuando estuvieron sobre las ásperas rocas, vapuleados por las olas y la lluvia, Rix miró hacia la isla.

El Pabellón temblaba como un enorme diapasón. La cúpula de cristal se hizo añicos, los leones de mármol se balancearon y cayeron en picado desde el tejado.

El zumbido del péndulo latía en el aire turbulento. Pero luego se convirtió en un grito terrible y enloquecido que se clavó en el cerebro de Rix:

—Traidoooor.

El Pabellón se desmoronaba como un castillo de naipes. Se inclinó y se estremeció. Sus torres y chimeneas oscilaron y cayeron. Los tejados se hundieron. Las olas del lago batían sobre la casa, levantando espuma negra a cinco metros del suelo. El ala occidental sufrió una sacudida y se derrumbó, mientras el contenido de las habitaciones saltaba por los aires como las joyas de una caja de tesoros.

—Todo por ti...

La voz del Pabellón se estaba debilitando.

Con la siguiente vibración, toda la fachada del caserón crujió y se vino abajo en una avalancha de mármoles y mampostería. Quedó al aire todo un dédalo de habitaciones, pasillos y escaleras, que se fueron hundiendo poco a poco, uno tras otro, y desaparecieron en las aguas. El lago se convirtió en

un agitado caldero lleno de maravillosos restos que hervían y luego se hundían en las profundidades.

De repente, los restos del Pabellón fueron hendidos por un torrente impresionante que ascendió de sus cimientos y se ramificó por una docena de grietas, por cien más, inexorablemente, y borboteó entre las piedras.

—Traidor... todo por ti...

El Pabellón se hundió, se desmoronó en una explosión lenta y gigantesca, y toneladas de mármol se sumergieron en el lago.

Las paredes se desplomaron. Desde las ruinas del Pabellón les alcanzó una onda de choque que aplastó a Raven contra Rix, una furia fría que arrastraba la palabra «traidoooor» por encima de la superficie del lago y por todo Usherland, resonando en Briartop Mountain y derribando miles de árboles.

La voz del Pabellón y el rugido del péndulo enmudecieron.

Trombas de agua bailaban como peonzas sobre el lago. Sillas, mesas, trofeos disecados, vitrinas de curiosidades, camas, escritorios y pianos llegaban hasta la orilla. Alrededor del lago, los árboles estaban cortados de cuajo, y gran parte del bosque de la parte sur de Briartop estaba arrasado.

El Pabellón era un montón de escombros, completamente arrasado por el arma sónica de Ludlow Usher.

Cuando pudieron moverse, Rix y Raven avanzaron con dificultad entre los bajos. Junto a los restos del puente había otra figura, echada de lado en el barro.

Rix ayudó a Raven a subir a tierra y se volvió hacia las ruinas. Le salía sangre de la nariz, estaba

magullado y el brazo derecho le colgaba inerme. Sabía que Pendulum no había alcanzado su potencia total; pensó que el peso del Pabellón habría aplastado la maquinaria antes de que ésta destruyera la montaña y toda aquella zona a varios kilómetros a la redonda.

De repente, el morro de la limusina marrón emergió de las profundidades. Estaba cubierta de barro y su parrilla parecía una boca sonriente y deformada. Después se hundió lentamente en las aguas.

Fue entonces cuando Rix se dio cuenta de que llevaba el bastón de ébano en la mano. La cabeza del león de plata estaba casi limpia de barro.

Lo apretaba tan fuerte que le dolían los nudillos.

OCHO

LA DECISIÓN

45

MUERE EL PATRIARCA USHER. EL PABELLÓN DESTRUIDO

FOXTON ES SACUDIDO POR TEMBLORES

Raven Dunstan,
editora de *Foxton Democrat*

Walen Erick Usher, patriarca del poderoso clan Usher, propietario y presidente de la compañía Usher Armaments, murió el miércoles 31 de octubre en Usherland, la finca de la familia situada a quince kilómetros de Foxton.

Walen Usher llevaba varios meses enfermo, obligado a guardar cama. La causa de su fallecimiento, según el doctor John Howard Francis de Boston, fue una hemorragia cerebral. El 2 de noviembre se celebraron los funerales privados en la finca, a los que asistieron varios miembros del gobierno y oficiales de las fuerzas armadas.

Deja esposa, Margaret Usher, una hija, Kattrina, y dos hijos, Boone y Rix Usher.

Rix Usher ha sido nombrado sucesor

del negocio familiar. A través de un portavoz, Boone y Kattrina han anunciado que planean salir de viaje.

A las pocas horas de la muerte de Usher, una serie de violentos terremotos, localizados en la zona de Briartop Mountain, destruyeron el Pabellón Usher, el palacio construido por Hudson Usher hace 143 años. Según Rix Usher, no tiene intención de reconstruirlo.

Los temblores se advirtieron incluso en Asheville y rompieron cristales en Foxton, Taylorville y Rainbow City. Neville S. Winston, Betty Chesley, Elton Weir y Johnny Faber, todos ellos vecinos de Foxton, han recibido atención médica en la clínica de Foxton por las heridas ocasionadas por los cristales.

Los geólogos de la Universidad de Carolina del Norte han recibido la noticia de los terremotos con desconcierto y van a iniciar una investigación en la zona con la esperanza de averiguar su origen.

El área de Briartop Mountain-Foxton sufrió un terremoto en otoño de 1893, que causó graves daños materiales y la muerte de más de veinte habitantes de la montaña.

El personal y la dirección del *Foxton Democrat* desean expresar su condolencia a la familia de Walen Usher.

A mediados de enero soplaba un viento helado cuando Raven Dunstan detuvo su Volkswagen ante la verja cerrada de Usherland. Se subió el cuello

del abrigo y después bajó la ventanilla. Al alcance de su mano había un portero automático. Raven pulsó el botón y esperó.

—¿Diga? —contestó una voz.

—Soy Raven Dunstan. El señor Usher me está esperando.

Las puertas se abrieron con un chasquido y volvieron a cerrarse cuando el coche hubo pasado.

La recibió en la puerta principal de la mansión una joven doncella que cogió su abrigo y luego la escoltó no a la sala de estar —en la que había estado varias veces desde aquel horrible día— sino al piso de arriba, por un pasillo donde sólo se oía el sonido del tictac de un viejo reloj de pared. La doncella guió a Raven hasta una escalera que subía hacia una puerta blanca con un picaporte de plata.

—El señor Usher la está esperando —le dijo la doncella, mirando nerviosa las escaleras.

—Gracias.

Raven ascendió hasta la puerta y luego se detuvo. Se percibía un leve olor desagradable en el ambiente, como a carne en malas condiciones. Raven llamó a la puerta. El silencio de la casa la puso nerviosa. Como Rix no respondió, abrió la puerta y atisbó en el interior del cuarto.

Rix estaba sentado en el borde de una cama grande, directamente sobre el colchón. En la habitación no había luces ni ventanas y él entornó los ojos al mirar hacia la puerta.

—¿Raven? —preguntó—. Pasa. Puedes dejar la puerta abierta, si quieres.

Ella entró y se le acercó. Allí dentro, el olor era más intenso. Vio que las paredes estaban tapizadas de goma espuma y comprendió que aquélla era la

habitación insonorizada de la que Rix le había hablado, la habitación donde murió Walen Usher.

Rix llevaba un traje gris, caro, y una corbata de rayas azules, con un alfiler con un pequeño brillante. Tenía la cara macilenta y cansada, como si llevara bastante tiempo sin dormir, y también profundas ojeras. La miró con expresión turbada y Raven advirtió que tenía el cetro de ébano sobre las rodillas.

—He venido en cuanto he podido salir de la oficina —le dijo—. ¿Qué tal estás?

Él sonrió levemente.

—No estoy muy seguro. Ya no estoy seguro de nada.

—Yo tampoco —le dijo ella. Hacía frío y cruzó los brazos sobre el pecho para darse calor—. Mi padre está mejor. El doctor dice que está progresando. La última vez que fui a verle me reconoció.

—Estupendo. Me alegro. —Rix acarició el liso bastón de ébano—. Mi madre ha encontrado un condominio por fin. Dice que debo ir a Hawai una temporada, de vacaciones.

—¿Ya sabe... lo de Boone y Kattrina?

—Creo que desea creer que Katt está en Italia y Boone de viaje por Europa. Por supuesto, intuye que pasa algo raro. Si se entera que han muerto, se derrumbará. Supongo que algún día habrá de enterarse, pero entonces ya veremos. Yo... te estoy muy agradecido por el artículo que escribiste, Raven. Todavía no acabo de entender por qué no lo desvelaste todo, pero quiero que sepas cuánto te lo agradezco.

Raven sabía que era la oportunidad de su vida, pero la dejó pasar. ¿Qué ganaba con ello? El Hombre de la Calabaza estaba muerto —la cadena de

Hombres de la Calabaza, rota— y ya no desaparecerían más niños sin dejar rastro. Todavía no acababa de entender muchas de las cosas que había vivido; a veces le parecía que todo había sido un mal sueño, salvo que su cojera se había esfumado, su padre estaba en un sanatorio y el Pabellón Usher, destruido. Pero en el fondo de su corazón le repugnaba la idea de escribir una historia que contara a los habitantes de la montaña dónde habían terminado sus hijos a lo largo de los años. Su percepción del mal se había agudizado dramáticamente, y cuando leía una noticia sobre la desaparición de algún niño en otro periódico, se le ponía la piel de gallina. La tirada del *Democrat* seguía subiendo, y New Tharpe estaba trabajando muy bien como botones. Raven pensaba darle muy pronto ocasión de escribir el primer artículo para el periódico, pero de momento iba al instituto como cualquier otro niño normal.

—Ayer recibí una carta —dijo Rix—, de Puddin' Usher. Está en Nueva York y me dice que acaba de firmar un contrato para un editor.

—¿Qué?

Rix asintió, esbozando una fría sonrisa.

—Le van a pagar cien mil dólares por escribir un relato sobre su vida con los Usher. Concederá entrevistas para la prensa y los medios de comunicación. ¿Qué te parece?

—¿Y puede hacer eso?

—No lo sé. Mi abogado está trabajando en ello. Dios... —dijo en voz baja—. Oye, creo que cada día me parezco más a mi padre. Cuando me miro al espejo, veo su cara.

—¿Qué piensas hacer? Respecto a tu situación, quiero decir.

—Se acabaron las empanadas galesas —dijo, y ella se estremeció—. Lo siento. No quería decir eso. Me ha llamado el doctor Francis. Insiste todavía en hacerme aquellas pruebas. Tendría que ir a Boston y permanecer ingresado en el hospital durante un par de semanas.

—¿Vas a ir?

—Quisiera hacerlo pero... ¿y si la enfermedad no tiene cura, Raven? ¿Y si está tan calada en los genes Usher que no hay forma de remediarla? Yo vi cómo moría mi padre en esta cama. No se lo desearía a mi peor enemigo. Ni siquiera a él. —La miró con expresión suplicante y susurró—: Tengo tanto miedo...

—Pero tienes esa oportunidad —dijo Raven—. Todos los demás Usher tuvieron esa oportunidad y la rechazaron. Pero tú tienes mejor suerte. Con la moderna tecnología médica, existe realmente la posibilidad de que la enfermedad sea controlada, Rix. ¿No te lo ha dicho el doctor Francis?

—Dice que le darían un buen golpe. Pero, ¿y si no basta? ¿Y si tengo que morir en esta habitación como mi padre?

Ella meneó la cabeza.

—Tú no eres tu padre, Rix. Tú ves las cosas de otra manera. No tienes que vivir esa clase de vida. Pero eres tú quien debe hacer el esfuerzo por cambiar las cosas. Si no lo haces tú, ¿quién lo va a hacer?

—Todavía se nota su olor —dijo Rix y cerró los ojos. Acarició el cetro—. Lo llevo dentro. Todos ellos, Hudson, Aram, Ludlow, Erick, Walen... los llevo a todos dentro. No puedo escapar de ellos, por más que lo intente.

—No, no puedes —convino ella—. Pero tú pue-

des ser el Usher que cambie la suerte de todos los futuros Usher.

—Soy el último del linaje, Raven. Se acabará conmigo. Sería incapaz de traer al mundo un niño Usher.

—Comprendo. ¿Así que has decidido volver la espalda a la vida? ¿Vas a encerrarte aquí y tragarte la llave? ¡Maldita sea, Rix, lo tienes todo en tu mano y eres incapaz de verlo! Y no estoy hablando de dinero. Probablemente serías más feliz gastándotelo que guardándolo en un banco. ¡Piensa en las escuelas que podrías construir! ¡Y los hospitales! Piensa en la gente que necesita casa y comida, no faltan por esta zona... ¡Tienes la oportunidad, Rix! Puedes ser mil veces el hombre que nunca fue ninguno de los Usher...

Rix sabía que ella tenía razón. Lo primero que tenía que hacer era construir unas cuantas casas decentes para los habitantes de Briartop Mountain, casas de ladrillo, mucho mejores que las cabañas llenas de goteras, como un colador. Había personas que necesitaban comida y cobijo, y niños como New Tharpe que querían la oportunidad de tener educación, de ampliar sus límites por encima de sus posibilidades actuales. Una décima parte de la fortuna Usher podía crear un complejo universitario sin parangón.

—¿Vendrías a Boston conmigo? —le preguntó.

Ella hizo una pausa, intentando leer en sus ojos. Tenían un nuevo brillo.

—Me encantaría —repuso—. Sí, me gustaría mucho.

—Te he pedido que vinieras porque... necesito tu ayuda para una decisión que estoy intentando tomar. No sé si puedo hacerlo solo, pero es muy importante.

—¿De qué se trata?

—De Usher Armaments. Quiero cerrarla. Tengo que dejar de producir armas, Raven.

—Si lo has decidido —le dijo ella con firmeza—, el *Democrat* te apoyará.

Rix se levantó de la cama. Empezó a pulsar botones en la consola de control, y las pantallas de televisión se iluminaron, mostrando escenas del universo Usher. Rix tenía la cara muy arrugada.

—Quiero cerrarla, pero mi hermana tenía razón. Siempre habrá quien fabrique armas. ¿No significa eso que siempre habrá guerras? ¿Es todo tan desesperado que no podemos poner fin a la destrucción? Dios mío... lo he pensado día tras día y sigo sin poder decidirme. Si cierro Usher Armaments, más de seis mil personas perderán su puesto de trabajo. Si no la cierro, la escalada armamentística no tendrá fin. Las armas serán cada vez más mortíferas, más terribles.

Tendió el brazo con su cetro; le temblaba la mano.

—Ahora sé lo que esto significa, y lo que ha significado para todos los Usher: poder. ¿Por qué no puedo rechazarlo? ¿Por qué no puedo partirlo en dos contra mi rodilla? ¡Dios, lo he intentado! Pero hay algo en mi interior que no me deja abandonar el poder.

El rostro de Rix estaba atormentado de dudas.

—¿Debo cerrar Usher Armaments y perder toda la influencia sobre esta locura, o es mejor que deje que todas las fábricas sigan fabricando bombas y misiles, y participar en esa locura? ¿Qué hago?

—Perdone, señor Usher...

Rix miró hacia la puerta, donde esperaba la doncella.

—¿Qué pasa?

—Tiene usted visita, señor. El general Mc Vair y el general Berger. También ha venido el señor Meredith, y piden permiso para pasar a verle.

Rix suspiró, y luego sacó el aire por la nariz.

—Muy bien, Mary —dijo al fin—, que pasen.

Se pasó una mano por la cara.

—Sabía que no podría mantenerles a distancia mucho tiempo —dijo a Raven—. Traerán sus portafolios y sus planes. Me sonreirán y me dirán que tengo buen aspecto, teniendo en cuenta la trágica muerte de Walen. Y ése será el principio, Raven. ¿Qué les digo?

—Hagas lo que hagas —le dijo ella—, te ayudaré. Estaré a tu lado. Utiliza tu oportunidad. Sé un Usher diferente.

Rix la miró y de repente supo qué decisión tomar cuando se enfrentara con los sonrientes generales en casa de su padre. Rogó a Dios que fuera la decisión correcta.

Cogió a Raven de la mano y bajaron a enfrentarse con el futuro.

46

El viento helado barrió la superficie del lago y azotó la cara de New Tharpe.

Se alzaba a la orilla del lago, con el grueso abrigo forrado de muletón que el señor Usher le había regalado cuando estaba en el hospital de Asheville. Llevaría toda la vida aquellas cicatrices en el costado, en recuerdo de su batalla con Faucevoraz.

El cielo era de un uniforme gris pálido. Esas nubes traerían nieve, pensó. Pero ese año no pasarían tanto frío, porque el señor Usher había hecho aislar la cabaña de los Tharpe. También les ofreció la instalación de calefacción central, pero Myra Tharpe no quería que nadie se metiera en su casa de la montaña.

En el centro del lago, las ruinas del Pabellón Usher asomaban sobre la isla como dientes mellados. El puente no se había reparado, y sólo se podía llegar a la isla en bote.

Lo cual le parecía perfecto a New. No habría vuelto a poner los pies allí ni por un millón de dólares.

Caminó por la ribera del lago, con el agua susurrando a sus pies. Con la punta de su nudoso bastón iba haciendo agujeritos en el barro negro que lamían las aguas.

Cuando se había hundido el techo del túnel, New se había aferrado a la varita mágica del Rey de la Montaña mientras era baqueteado de un lado a otro contra las paredes. Consiguió meter los dedos en un agujero del techo de donde se habían soltado varias piedras, y se había quedado allí colgado como una bandera mientras el agua se arremolinaba a su alrededor. Había forcejeado por subir, mientras la corriente le empujaba y tiraba de él, y después fue escupido al exterior del túnel por la fuerza de las corrientes contrarias, saliendo a la superficie. Las fuertes olas le habían llevado a la orilla y él se había quedado allí en el suelo, atontado y sin aliento, hasta que Raven y el señor Usher le habían encontrado.

Ya había bajado varias veces hasta allí para ver qué iba escupiendo el lago. Una vez vio cientos de

cuchillos, tenedores y cucharas de plata, en el barro; otra vez habían emergido dos armaduras. Pero el objeto más raro que descubrió fue un caballo disecado, cubierto de lodo, en posición de galope. En los flancos tenía unos cortes profundos, como de espuelas.

New se detuvo a recoger con la punta del bastón los jirones de una camisa de seda; después los tiró al agua. Cuando todo acabó y salió del hospital, advirtió que ya no sentía aquella rabia. Nathan había sido vengado y el Hombre de la Calabaza estaba muerto. Faucevoraz estaba enterrada en alguna parte entre el barro y los desechos. Esperaba que el Rey de la Montaña hubiera alcanzado su merecido descanso. Él era el hombre de la casa y tenía que seguir siéndolo. Estaba trabajando duro para hacer las paces con su madre, que coleccionaba y leía el *Democrat* ahora que llevaba su nombre en cabecera.

Al principio había puesto objeciones a lo que él quería hacer al salir del hospital, pero al final había aceptado.

Habían enterrado al Rey de la Montaña y los restos de su hermana detrás de la casa, a cada lado de la tumba de su padre.

New se detuvo a observar el vuelo de una bandada de mirlos que cruzaba el lago. Ya no podían chocar contra el Pabellón. Las aves y los patos volvían.

Miró la isla y acarició la varita mágica con los dedos. Todavía poseía unos poderes incomprensibles para él. A veces pensaba que debía de haberlo abandonado en el túnel, pero en cierto modo, el bastón le había infundido fuerza suficiente para salir a flote.

Le costaba trabajo controlarse, pero también se esforzaba en ello. Una vez había dado un capirotazo a Bully Boy Vickers en el instituto, por pegar a otro chico más pequeño. Bully Boy nunca supo qué le pegó. Pero en general, New se contenía. De todos modos, algunas veces era más divertido trabajar por lo que le apetecía. Como su trabajo en el *Democrat*. Raven le había dicho que estaba haciendo tantos progresos en lengua que pronto podría escribir algún artículo.

Sin embargo, la magia seguía allí. Siempre estaría allí. Sólo tenía que discernir cuándo y dónde utilizarla.

Miró un precioso plato verde semienterrado en el barro. Se agachó a cogerlo, y lo sacó cubierto de ondulantes rayas negras. New enjuagó el plato en el agua del lago y luego lo hundió.

El frío le mordía las mejillas. Contempló la isla y escuchó.

A veces, cuando el viento venía de la dirección adecuada y los pájaros estaban callados, se imaginaba oír un leve murmullo procedente de las ruinas. Aunque no estaba seguro; era sólo una cosa que sonaba y enmudecía cuando él no estaba atento.

Echó a andar y luego se detuvo.

Flotando entre unas algas marrones, a metro y medio de la orilla, había una gorra gris manchada de lodo.

New esperó a que la gorra alcanzara la orilla, pero estaba enganchada en las algas. Avanzó unos pasos por el agua helada y luego extendió el brazo con el bastón y pescó la gorra.

Al sacarla, algo emergió de las aguas: un cadáver descarnado, embarrado y descompuesto, que llevaba una americana gris con botones de plata, con la cara de un león rugiendo.

New gritó e intentó retroceder, pero el barro le aprisionó los pies.

El ser —lo que quedaba del Hombre de la Calabaza— apartó su bastón, estiró sus brazos largos y mojados y agarró a New por el cuello, apretándoselo con una fuerza diabólica, apretando, apretando...

New jadeó, sin aliento, y se incorporó en su cama.

Todavía era de noche. Tenía la cara cubierta de sudor y permaneció sentado hasta que se le pasaron los temblores.

¡El mismo sueño!, pensó. ¡Siempre el mismo sueño!

Su madre estaba durmiendo y no quiso despertarla, pero se levantó de la cama y cogió la varita mágica de donde la había dejado, apoyada en un rincón. Se dirigió al cuarto de estar. Todavía brillaban las últimas brasas en la chimenea. En el exterior, el viento incansable soplaba por Briartop Mountain, con el rumor de una cosa oscura y solitaria al acecho.

El mismo sueño. Se preguntó por qué soñaba siempre lo mismo.

New se acercó a la ventana a escuchar el agudo lamento del viento. El aislamiento encargado por el señor Usher mantenía la casa caliente. Al día siguiente le esperaba una jornada muy dura en el instituto, y tenía que descansar, pero aún así... se detuvo a escuchar, con expresión preocupada.

¿Había terminado todo realmente? Se preguntó si eso sería posible. Tal vez el mal adquiriría una forma distinta y regresaría con nuevas fuerzas... quizás a buscarle.

En tal caso, debía de estar preparado.

Apretó el bastón con las dos manos.

El viento cambió de tono y dirección. Bajó hasta un leve gemido y azotó la cabaña con un ritmo regular y extraño.

New escuchó.

Y se imaginó que oía el sonido de un péndulo en la noche, balanceándose de un lado a otro... de un lado a otro...

Esperó que fueran imaginaciones suyas.

Oh, sí, Dios mío, imaginaciones.

ÍNDICE